traducción de
josé aricó,
úrsula köchmann,
nilda palacios
y ana sebastián

Generated by CamScanner from intsig.com

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PAMPA

la revolución social
el camino del poder

karl kautsky

68
CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

316.26
316.26
KAUr
ej. 1

edición al cuidado de josé aricó

primera edición en español, 1978
© ediciones de pasado y presente
impreso y distribuido por siglo xxi editores, s. a.
cerro del agua 248 - méxico 20, d. f.
ISBN 968-23-0262-5

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

Generated by CamScanner from intsig.com

ÍNDICE

KAUTSKY Y EL KAUTSKISMO, *por* ERICH MATTHIAS 7

Introducción: el fenómeno del kautskismo, 7; 1. Límites de la comprensión de Marx, 8; 2. La penetración de elementos marxistas en la ideología de la socialdemocracia alemana en el período de la ley antisocialista, 10;3. El programa de Erfurt y la táctica de la socialdemocracia, 14;4. El "Catecismo Socialdemócrata" de Kautsky. 1893, 17;5. El núcleo táctico de la polémica con Bernstein y los revisionistas, 20; 6. Ideología y mentalidad, 26; 7. La justificación del patriotismo de la organización, 32; 8. La cobertura ideológica de la pasividad política, 38;9. Conclusión, 46

LA REVOLUCIÓN SOCIAL, *por* KARL KAUTSKY 51

PREFACIO DE LA EDICIÓN ALEMANA 53

PRIMERA PARTE: REFORMA SOCIAL Y REVOLUCIÓN SOCIAL 55

1. La idea de la revolución social, 57;2. Evolución y revolución, 59;3. Las revoluciones en la antigüedad y en la Edad Media, 65;4. La revolución social-del período capitalista, 68; 5. La atenuación de los antagonismos de clase, 73; 6. La democracia, 88; 7. Formas de la revolución social. Los medios de que dispone, 96;

SEGUNDA PARTE: AL DÍA SIGUIENTE DE LA REVOLUCIÓN SOCIAL 107

1. Delimitación del problema, 109;2. Expropiación de los expropiadores, 111; 3. Confiscación o indemnización, 116; 4. Cómo interesar al obrero en el trabajo, 118; 5. Aumento de la producción, 130; 7. Supervivencia de la propiedad privada de los medios de producción, 134; 8. La producción intelectual, 138; 9. Las condiciones psicológicas previas a la dominación proletaria, 146;

EL CAMINO DEL PODER, *por* KARL KAUTSKY 151

Prefacio a la primera edición, 153; Prefacio a la segunda edición, 155; Prefacio a la tercera edición, 162; 1. La conquista del poder político, 179; 2. La profecía de la revolución, 185; 3. El desarrollo hacia el estado futuro, 192; 4. La evolución económica y la voluntad, 199; 5. Ni revolución ni legalidad a cualquier precio, 208; 6. El crecimiento de los elementos revolucionarios, 220; 7. Debilitamiento de los antagonismos de clases, 228; 8. Agravación de los antagonismos de clases, 236; 9. Un nuevo siglo de revoluciones, 252;

ÍNDICE

APÉNDICE
1. CORRESPONDENCIA ENTRE KARL KAUTSKY Y OTROS DIRIGENTES SOCIALISTAS
2. UN COLABORADOR DE LA LIGA DEL REICH, *por* KARL KAUTSKY
3. ENGELS, EL HOMBRE SIN CARÁCTER, *por* KARL KAUTSKY
4. ESTADÍSTICAS NEGLIGENTES, *por* KARL KAUTSKY
5. EL CAMINO DEL PODER, *por* OTTO BAUER
6. TRABAJO POSITIVO Y REVOLUCIÓN, *por* KARL KAUTSKY

Generated by CamScanner from intsig.com

ERICH MATTHIAS

KAUTSKY Y EL KAUTSKISMO*

La función de la ideología en la socialdemocracia alemana hasta la primera guerra mundial

INTRODUCCION: EL FENOMENO DEL KAUTSKISMO

La imponente masa de libros, opúsculos, ensayos y artículos en los que se despliega ante nosotros la obra de toda la vida de Kautsky[1] testimonia de manera impresionante la productividad de este hombre, la multiplicidad de sus intereses en los campos más diversos del saber y su constante esfuerzo por alcanzar los principios, generalmente comprometidos, de un encuadramiento metódico y de una evaluación de la concepción del mundo. Según el juicio de Benedikt Kautsky, con los fragmentos dejados por Marx —a partir de los cuales Engels habría comenzado a erigir un edificio unitario— su padre habría logrado "hacer un sistema orgánico que en verdad representa por primera vez el marxismo[2]"; semejante juicio es ciertamente discutible en más de un aspecto, pero no puede ser entendido sólo como manifestación de una devoción filial. También Hermann Brill, en su ensayo escrito en ocasión del centenario del nacimiento de Kautsky y publicado en la *Zeitschrift für Politik*, expresa un juicio casi igualmente favorable. Allí se afirma, entre otras cosas, que "la formación del marxismo" se produce en los años 1883-1895, cuando Engels y Kautsky estaban en continuo y estrecho contacto. De todos modos, Kautsky no habría sido durante su vida solamente intérprete del "marxismo puro" que defendía frente a Lenin, sino que muy tempranamente habría ido "más allá", hacia un territorio inexplorado. El viejo Kautsky, por último, habría "previsto teóricamente y superado idealmente el Tercer Reich[3]".

* Título original: *Kautsky und der Kautskyanismus. Die Funktion der deutschen Sozialdemokratie vor dem ersten Weltkriege*, en *Marxismusstudien*, II serie, J. C. B. Mohr, Tubinga, 1957, pp. 151-197.

1. El Instituto de Historia Social de Amsterdam ha publicado una bibliografía completa sobre Kautsky, preparada por W. Blumenberg.

2 Advertencia preliminar de Benedikt Kautsky al volumen miscelánico, *Ein Leben für den Sozialismus / Erinnerungen an Karl Kautsky*, Hannover, 1954, pp. 8 ss.

3. H. Brill, "Karl Kautsky, 16. Oktober 1854-17. Oktober 1938", en *Zeitschrift für Politik*, año I, 1954, pp. 211-240.

Estos reconocimientos recientes reflejan todavía la enorme autoridad de la que, como jefe intelectual del llamado "marxismo ortodoxo", Kautsky gozó en las dos décadas que precedieron al desencadenamiento de la primera guerra mundial, mucho más allá de las filas de la socialdemocracia y que lo puso en condiciones de presentarse como "praeceptor mundi"[4] del socialismo internacional y como árbitro reconocido en las controversias ideológicas. Quien en cambio considere la cuestión de manera desapasionada y no se deje influir por vínculos sentimentales con el mundo de la vieja socialdemocracia alemana y de la II Internacional, debe necesariamente reconocer que la validez del contenido teórico de la producción político-literaria de Kautsky es singularmente desproporcionada con su papel histórico. A la comprensión de este fenómeno puede ayudar el análisis sociológico e histórico concreto de los antecedentes del partido, mientras que toda investigación aislada, conducida desde el punto de vista de las ideas, sobre los escritos kautskianos conduciría a un callejón sin salida.

1. LIMITES DE LA COMPRENSION DE MARX

Las dos componentes que desde un principio determinaron de manera decisiva el mundo de las ideas de Kautsky aparecen claramente señaladas en el estudio de Brill: el racionalismo iluminista debido al espíritu de la revolución francesa y el "fundamental modo de sentir naturalista del tiempo" que llevó a Kautsky al darwinismo. Pero si Brill caracteriza sin duda correctamente a Kautsky como un "materialista biológico-histórico", no es fácil coincidir con él cuando, siguiendo la valoración que Kautsky había dado de sí mismo, pretende que la "concepción naturalista de la sociedad y del estado" de este último deba ser considerada como el ulterior desarrollo y enriquecimiento de la originaria teoría marxista de la historia.[5] Por cierto, también Marx era un verdadero hijo de su siglo, confiado en el progreso; su antropología filosófica, sin embargo, sobre la cual se funda esencialmente su concepción de la historia, tiene rasgos modernos. Efectivamente, supera en mucho la imagen del hombre propia del iluminismo y del darwinismo de marca kautskiana, y sólo en tiempos recientes fue siendo colocada cada vez más en el centro de una discusión adecuada al objeto.

El joven Kautsky aceptó "con entusiasmo" el darwinismo que, en los años 1870, había conquistado a todo el mundo culto, y su "teoría de la historia no quiere ser sino la aplicación del darwinismo al desarrollo de la

4. Así, Brill, *op. cit.*, p. 236.
5. Brill, *op. cit.*, p. 240.

Generated by CamScanner from intsig.com

sociedad".[6] Una línea directa conduce[7] del *Esbozo de una historia del desarrollo de la humanidad*, que el joven compuso antes de convertirse al marxismo, a la prolija obra de la vejez, en dos volúmenes, *La concepción materialista de la historia*, cuya seudonaturalista metafísica del desarrollo culmina en el esfuerzo de conocer a fondo la ley general "a la cual está sometido el desarrollo del hombre tanto como el desarrollo del animal y de la planta.[8] Pese a todas las modificaciones en los aspectos particulares, permanece en un plano dominante la síntesis de fe iluminista en el progreso y de darwinismo social. El joven premarxista Kautsky y el maestro reconocido del "marxismo" están tan próximos que las citas de Marx en la obra teórica de la vejez parecen sin duda superfluas. La terminología marxista de viejo Kautsky no puede llamar a engaños sobre el hecho de que su concepción de la historia ha coincidido con la de Marx y Engels –entre estos dos últimos se debería, a decir verdad, establecer una diferencia–[9] "en todas las fases de su desarrollo... siempre y sólo en la representación ideológica de los kautskistas ortodoxos y de los adversarios que compartían con ellos idéntico terreno dogmático-ideológico, pero en realidad no ha coincidido jamás con ella".[10]

6 K. Kautsky, *Mein Lebenswerk* (publicado anteriormente en 1924 en el volumen *Volkswirtsschaftslehre* de la Wissenschaft der Gegenwart in Selbsdarstellungen), en *Ein Leben für den Socialismus* (véase nota núm. 2), pp. 11-34; la cita está en la página 13.

7 Es significativo que Kautsky no haya tenido escrúpulos en publicar en su obra de la vejez el citado *Esbozo de historia universal* redactado en 1876; cf. vol. I, pp. 155-165. En la misma obra y en el mismo volumen, pp. 442-476, son reimpresos sin modificaciones los ensayos publicados en los años 1883-1884 en la *Neue Zeit*. Particularmente característico del darwinismo social de Kautsky es el librito *Ethik und materialistische Geschichtsauffassung*, 1906. (En esp., véase *Etica y concepción materialista de la historia*, Cuadernos de Pasado y Presente, n. 58, Cba. (Arg.), 1975. Esta edición incorpora las críticas de Otto Bauer y Franz Mehring al folleto de Kautsky.)

8 K. Kautsky, *Die Materialistische Geschichtsauffassung*, 2 vols., Berlín, 1927, vol. II, p. 63. Sobre este libro véase el amplio análisis crítico realizado por Karl Korsch, *Die materialistische Geschichtsauffassung. Eine Auseinandersetzung mit Karl Kautsky*, Leipzig, 1929.

9 Sobre la diferencia entre Marx y Engels, por un lado, y Kautsky, por el otro, véase Korsch, *op cit., passim*. Sobre la necesidad de distinguir entre Marx y Engels, éste último fuertemente influenciado en su pensamiento por el principio de la idea del desarrollo del iluminismo y más tarde también por el positivismo (y que desde el punto de vista de la historia de las ideas se vincula en cierto aspecto con el kautskismo–, véase especialmente H. Bollnow, *Engels'Auffassung von Revolution und Entwicklung in seinen " Grundsätzen des Kommunismus"*, en *Marxismusstudien*. Tubinga, 1954, pp. 77-114.

10 K. Korsch, *op. cit.*, p. 123. Consecuentemente, también Korsch habla de un "kautskismo". Sin embargo, este término adoptado por nosotros es desde un principio usado en sentido positivo también por Brill, *op. cit.*, p. 239: "Estimado juntamente con Bebel en Alemania y Austria, amado en Rusia y en los Balcanes, respetado en Francia, Inglaterra y Escandinavia, el político Kautsky era una autoridad internacional, y su casa una academia de socialismo. Existió un kautskismo."

Esto no quita, sin embargo, el hecho de que la interpretación estrictamente evolucionista del marxismo propia de Kautsky y estuviese desde un principio indisolublemente ligada con el modo de operar y con el comportamiento táctico de los partidos obreros en ascenso en el período de la II Internacional.

El punto de partida de su camino a Marx y la manera en que buscaba conciliar las ideas del movimiento obrero, desarrollándose históricamente, con las doctrinas de Marx y Engels, no pueden comprenderse sobre la base de los límites personales de su capacidad de recepción. Kautsky no inventó el kautskismo, es decir, el "marxismo" desnaturalizado –que fue aceptado no solamente por la socialdemocracia alemana como ideología oficial del partido y doctrina pura– ni fue tampoco su único creador, aún si a su infatigable actividad debe atribuirse una parte esencial de sus procesos de afirmación y de esclerotización dogmática. El fue el más eminente divulgador de Marx de la época y, subjetivamente, fue un apasionado y leal propugnador de las doctrinas de Marx y Engels. Pero los límites de su comprensión de Marx, que en los puntos esenciales no superó jamás las barreras de la formación política premarxista, son los límites propios de su generación histórica.

2. LA PENETRACION DE ELEMENTOS MARXISTAS EN LA IDEOLOGIA DE LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA EN EL PERIODO DE LA LEY ANTISOCIALISTA

La influencia teórica del complejo de ideas marxistas sobre la socialdemocracia alemana ha sido, por lo común, fuertemente sobrevalorada.[11] Cuando en los años 60 del siglo pasado el movimiento obrero tomó distancia de la democracia burguesa constituyéndose como fuerza política autónoma a través de los dos grupos rivales de los lasallianos y de los eisenachianos, el marxismo, en cuanto sistema teórico, no tuvo parte alguna en ese proceso. La lucha entre los eisenachianos y los lasallianos se reduce sustancialmente al enfrentamiento táctico de ambos grupos demo-

11 Para las argumentaciones siguientes, cfr.: G. Mayer, "Die Tronnung der proletarischen von der bürgerlichen Demokratie", en *Archiv für die Geschichte der Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, 1912, vol. II, pp. 1-67; K.F. Brockschmidt, *Die deutsche Sozialdemokratie bis zum Fall des Sozialistengesetzes*, tesis de doctorado en filosofía, Frankfurt a. M., 1939 bajo el mismo título, pero con el verdadero nombre del autor, Kurt Brandis, esta disertación se publicó como un estudio independiente.

Este hecho dió lugar a que en toda una serie de bibliografías, Brockschmidt y Brandis sean citados como dos personas distintas); A. Rosenberg, *Demokratie und Sozialismus. Zur politischen Geschichte der letzten 150 Jahre*, Amsterdam, 1938, particularmente pp. 272 y ss. (Hay edición en español, *Democracia y socialismo*. Buenos Aires, Claridad, s/d.)

Generated by CamScanner from intsig.com

crático-socialistas en el momento de la formación del Reich de Bismarck. Aunque los eisenachianos reivindicasen para sí oficialmente a Marx, tanto para unos como para otros el socialismo no significaba en el fondo nada más que la progresiva democratización del estado con los medios propios de la democracia burguesa: información y formación del pueblo y conquista de una mayoría socialdemócrata en el parlamento. Ninguna de las dos fracciones tuvo necesidad de un cambio radical de dirección cuando en 1875 se fusionaron en un partido socialdemocrático unitario. Aun la "hostilidad hacia el estado" de la joven socialdemocracia carecía de raíces revolucionario-marxistas, en cuanto era expresión del rechazo –proveniente de la tradición democrática de 1848– del nuevo Reich creado "con la sangre y con hierro" sin la participación de un movimiento popular de liberación. Así, la separación de la socialdemocracia de la democracia burguesa quedó limitada al ámbito sociológico y organizativo, mientras el complejo de las ideas democrático-burguesas seguía como siempre ejerciendo una influencia determinante sobre la ideología del partido obrero que, desde un principio, se había desarrollado como partido legal democrático de oposición.

Tampoco en el período de la ley antisocialista el partido se alejó de su táctica rigurosamente legal. La fórmula "Contra nuestra legalidad nuestros enemigos irán a la ruina" evidencia el punto de vista que la dirección del partido y la fracción del Reichstag continuaron sosteniendo durante todo el período de la ley antisocialista. La indignación general por la persecución y el activismo de los miembros del partido condujeron sin embargo a una exasperación del lenguaje propagandístico e hicieron nacer la necesidad de una más radical ideología de partido, finalmente adecuada a su situación excepcional y a la conciencia de clase de los obreros, que se robustecía en el curso de la creciente industrialización. Fue este desarrollo lo que preparó el terreno para una más masiva infiltración de elementos marxistas en el sistema de pensamiento del movimiento obrero alemán.

En este proceso ejerció una particular acción propagandística la publicación del *Anti-Dühring* de Engels, ocurrida en los inicios del período de la ley antisocialista. La publicación de esta obra dio también a Kautsky el impulso decisivo para trasformar su concepción de la historia; a esto se agregó la amistad con Eduard Bernstein, cinco años mayor que él y al que retrospectivamente reconocerá luego como su "enérgica guía"[12] para su conversión al marxismo. A continuación, Bernstein con el *Sozialdemokrat* redactado por él a partir de 1880, y Kautsky con la *Neue Zeit* fundada en enero de 1883, pusieron toda su actividad de publicistas al servicio de la difusión del marxismo. Al inicio de los años 80, ambos entraron en el más estrecho contacto con Friedrich Engels ganándose su confianza y su amistad, pudiendo de este modo sentirse luego tranquilamente los legí-

12. K. Kautsky, *Mein Lebenswerk* (cfr. nota 6), p. 17.

IINL Pam. B.C. R.P.N° 44.080

timo intérpretes de la doctrina marxista.[13] Entre los libros que Kautsky produjo en el período de la ley antisocialista, tuvo la máxima difusión la exposición divulgativa del primer tomo de *El capital—Las doctrinas económicas de Karl Marx*— que apareció en 1887 y fue luego repetidamente reimpresa; muchos eminentes socialistas deben a este libro su conversión.

El concreto entendimiento entre Engels y la dupla Kautsky-Bernstein no sufrió conmociones[14] hasta la muerte de Engels (1895). Engels no era consciente de los límites en la capacidad de recepción de sus discípulos, que se habían acercado al marxismo a través del *Anti Dühring*. Esta obra actuó a modo de filtro que dejaba pasar solamente aquellas partículas del sistema original que parecían insertarse sin suturas en la visión naturalista del mundo de la nueva generación. Kautsky y Bernstein, que por entonces eran "un corazón y un alma" a tal punto que se los consideraba "una especie de Orestes y Pilatos rojos",[15] en su ulterior profundización del sistema de pensamiento marxista por primera vez no tenían realmente ningún motivo para ser escrupulosos; incluso, los fuertes intereses del viejo Engels por las ciencias naturales y por la prehistoria, intereses que se encontraban con su orientación personal, contribuyeron en buena medida a ratificarlos en su limitada comprensión del marxismo. Sólo que el acuerdo en las cuestiones teóricas y práctico-políticas, a favor del cual Engels siempre se declaró participando con su crítica a la actividad publicística y a las luchas políticas de los discípulos, era apenas superficial y se fundaba sobre un profundo equívoco alimentado inconscientemente por ambas partes. No se trataba sin embargo de un equívoco de carácter personal. Marx y Engels no comprendieron jamás del todo la real naturaleza de los partidos obreros modernos que se fueron fundando en Alemania y en Europa en general a partir de los años 60.[16] Ellos quedaron siempre prisioneros del marxismo revolucionario de 1848, aun cuando estudiando la situación política y social de su tiempo se convencieran de que las cambiadas condiciones exigían una táctica diferente de parte de los partidos obreros que iban desarrollándose como partidos de masas. Kautsky y Bernstein, en cambio, fueron auténticos representantes de la II Internacional en ascenso. También allí donde sus concepciones y la de Engels coinciden exteriormente, detrás de las

13 Véase particularmente el trabajo *Friedrich Engels Briefwechsel mit Karl Kautsky*, segunda edición, integrada con las cartas de Kautsky, de *Aus der Frühzeit des Sozialismus*, preparada por Benedikt Kautsky, Viena, 1950; además, K. Marx-F. Engels, *Briefe an A. Bebel, W. Liebknecht, K. Kautsky und andere*, edición del Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú preparada por V. Adoratski, Moscú-Leningrado 1933; *Die Briefe von Friedrich Engels an Eduard Bernstein*, Berlin, 1925.

14 Aquí podemos abstenemos de considerar el endurecimiento de las relaciones personales entre Engels y Kautsky provocado por el divorcio de Kautsky de su primera esposa.

15 K. Kautsky, *Mein Lebenswerk* (cf. nota núm. 6), p. 17.

16 Cf. A. Rosenberg, *Demokratie und Sozialismus* (cf. nota núm. 11), p. 281.

Generated by CamScanner from intsig.com

mismas palabras se esconde un sentido político totalmente diferente.[17] Así, Engels no evaluó de manera realista el camino recorrido por la socialdemocracia alemana en el período de la ley antisocialista, del que forma parte la función de mediadores ideológicos desempeñada por Kautsky y Bernstein, inclusive después del 1890 al creer que podía tener confianza en la acción de la socialdemocracia alemana. Engels aprobó la posición quietista asumida por la SPD sin reconocer su índole pacifista. La comprobación hecha en su famosa "Introducción" a *Las luchas de clases en Francia* de Marx, escrita en 1895, según la cual "el método de lucha de 1848 está hoy anticuado en todos los aspectos"[18] habla sin duda a favor de su realismo táctico y de su autonomía de juicio –en lo que concierne a la política de potencia– en este campo. Mucho menos realista era que viese siempre en el partido obrero alemán un partido del pueblo en el sentido de 1848, cuando era revolucionario por naturaleza, hacía presión para llegar al poder y esperaba impaciente el momento para alcanzar esta meta.

No es casual que más tarde, tanto Kautsky como el mismo Bernstein, se hayan vuelto a remitir a la "Introducción"[19] para justificar su postura. Los dos podían subjetivamente reivindicar para sí una apariencia de derecho, aunque ambos, mediante un forzamiento interpretativo, introdujeron en las palabras de Engels también sus visiones personales, de manera que este último no puede tener valor para el historiador como testimonio principal y decisivo ni a favor del "revisionista" ni a favor del llamado "radical". Gustav Meyer relega al reino de las leyendas la opinión según la cual Engels, en los últimos años, habría puesto en guardia a la socialdemocracia europea respecto a todo uso de la violencia. Hasta el fin, el

[17] Kautsky, más tarde, advirtió de tanto en tanto con claridad esta diferencia entre las generaciones políticas. El 21 de noviembre de 1901, en una carta a Viktor Adler, designa a Lassalle como una "potente personalidad" y como un "tipo imponente", y prosigue: "¡Pero no es lícito en modo alguno olvidar qué gran época fue aquella! Candente todavía la gran revolución, y la época del 48, o la del 56, 59, 66, 70, ¡qué batallas implicaron!... Estos grandes combatientes, los Marx, Engels, Lasalle, y también Liebknecht eran hombres de hierro. Nosotros, en cambio, estamos demasiado poseídos por la degeneración nerviosa, la forma burguesa de la 'pauperización'. También aquí nosotros debemos alimentar las mejores esperanzas en la nueva generación que es, por cierto, educada de manera más racional". Cf. V. Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*, como también con otros socialdemócratas alemanes, recogido y comentado por Friedrich Adler, Viena, 1954, pp. 381 y ss.

[18] K. Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848 bis 1850*, colección "Demokratie und Sozialismus", fasc. 21, Offenbach, 1948, p. 10 [en esp.: K. Marx, *Las luchas de clases en Francia desde 1848 a 1850*. Introducción de Friedrich Engels, en Marx-Engels, *Obras escogidas*, en tres tomos, Moscú, Ediciones Progreso, 1973, t. I, p. 194].

[19] Cfr. K. Kautsky, *Der Weg zur Macht*, Berlín, 1920, 3a. edic., pp. 54 y ss. [En el presente volumen, cf. pp. 208] Para Bernstein véase el ensayo de Ch. Gneuss en *Marxismusstudien*, II Serie, Tubinga, 1957, pp. 198 y ss.

viejo campeón "había sido consciente del hecho de que sólo en condiciones totalmente excepcionales habría sido posible cumplir, sin difíciles luchas políticas, la conquista del poder por parte del proletariado. Engels habría aún puesto hasta el fin con estusiasmo su experiencia y su cultura militar a disposición de la revolución proletaria en cualquier país donde ésta se hubiese desencadenado. Mientras fuese posible, él quería sustraerse a las vejaciones de la policía prusiana; sin embargo, aun en sus últimos años de vida habría considerado como 'una cuestión del todo fútil' el 'silbido de las balas', como en 1849, durante la revuelta del Baden".[20]

3. EL PROGRAMA DE ERFURT Y LA TACTICA DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Los tiempos de la ley antisocialista ingresaron en la tradición del partido como "el período heroico" de la socialdemocracia alemana. Pero una consideración crítica retrospectiva revela por el contrario un cuadro mucho más matizado. Los obreros socialistas, dotados de una conciencia de clase indestructible, soportaban por cierto toda persecución antes que abandonar a su partido, aunque difícilmente pensaban en una revolución inminente que expulsase a los Hohenzollern y llevase al poder a la socialdemocracia.[21] Sus posiciones sustancialmente radicales tampoco fueron decisivas para el proceso ulterior, como sí lo fue la intensificación de la actividad parlamentaria, promovida por la ley antisocialista. La ley de excepción obligó al partido a concentrar su actividad, en una medida mayor que hasta entonces, en las batallas electorales y en el parlamento, tanto más cuando el parlamento se había convertido en el único ámbito legal para la propaganda. Pero de este modo la dirección fue cayendo cada vez más en las manos de la fracción parlamentaria, en la que predominaba el ala más moderada del partido. En la práctica política de la socialdemocracia se fue consolidando así la fisonomía –suya desde un principio– de un partido parlamentario de las reformas sociales, mientras contemporáneamente se operaba la radicalización de la teoría de la que hemos hablado. Esta radicalización derivó de una auténtica necesidad moral de los miembros que constituían el nervio del partido y encontró su expresión válida en el gradual crecimiento de la influencia de la escuela marxista representada por Kautsky y Bernstein.

El nuevo programa que, una vez transcurrido el período de la ley antisocialista, la SPD se dio en 1891 debe ser comprendido en su significado en la historia del partido sólo como resultado de este desarrollo contra-

[20] Cfr. G. Mayer, *Friedrich Engels*, II vol., La Haya, 1934, pp. 496 y ss.; la cita es de p. 499.

[21] A. Rosenberg, *Demokratie u. Sozialismus* cit., p. 276.

Generated by CamScanner from intsig.com

dictorio.[22] La primera parte, teórica, del programa de Erfurt, retomando un bosquejo de Kautsky y en la cual las leyes del capitalismo son expresadas bajo las formas conceptuales marxistas, y la segunda parte, práctica, conteniendo las reivindicaciones democráticas y de reforma social sostenidas por la socialdemocracia desde su fundación, se yuxtaponen sin una relación intrínseca. Pero también la primera parte, que en la época de la adopción del programa era solamente patrimonio espiritual de una pequeña élite intelectual aglutinada en torno a *Die Neue Zeit* de Kautsky, muestra los límites dentro de los cuales se realizó la recepción del marxismo. La unidad dialéctica de teoría y práctica no está adecuadamente realizada; y la ideología oficial del partido reduce al marxismo revolucionario a la descripción de un desarrollo "naturalmente necesario" tendiendo hacia el objetivo final del socialismo.[23]

El Programa de Erfurt, juzgado por los interesados y por sus contemporáneos como un programa revolucionario-marxista, fija por lo tanto el real proceso de separación entre teoría y práctica: La discrepancia entre realidad política y conciencia ideológica, característica de la SPD de la época imperial y jamás superada ni siquiera en la época de la república, correspondía a la situación histórica de la socialdemocracia prebélica. De este modo, la interpretación fatalista del marxismo –que debe entenderse como expresión ideológica de la toma fundamental de posición evolucionista ligada al espíritu del tiempo de la corriente socialdemocrática dominante– justificaba la práctica moderada frente a la teoría radical, cuya instancia revolucionaria permaneció siempre operante de manera latente y nutrió las bases de la oposición de izquierda, desde los "Jóvenes" de los primeros años del 90 hasta Rosa Luxemburg.

El distanciamiento entre la efectiva orientación del partido, que salió del período de la ley antisocialista aún más parlamentario y moderado de cuanto lo hubiese sido en el pasado, y la irreal condición de la conciencia típica del grupo no era, sin embargo, nada nuevo desde el punto de vista de los principios y solamente se había acrecentado. A lo largo de todo el camino de la socialdemocracia, de los inciertos comienzos de los años 60 al imponente partido de masas que se presentó al público después de la abolición de la ley de excepción, la continuidad de su desarrollo no fue nunca realmente perturbada. La más importante premisa para el reconocimiento ofi-

[22] Cfr. en particular a K.F.Brockschmidt, *op. cit.*, pp. 98 u ss.

[23] Desde el principio fue recibida sólo una parte del sistema marxiano. Como comprueba Brockschmidt, *op. cit.*, p. 102, se puede "desde el punto de vista puramente crítico textual [...] probar que en los primeros cuatro parágrafos del Programa de Erfurt, que intentan exponer el desarrollo del capitalismo, algunos períodos 'fueron' tomados en forma muy abreviada del tomo primero de *El capital* de Marx y del *Anti-Dühring* de Engels y vinculados unos con otros de manera inconexa". Al hacer esta comprobación, Brockschmidt se refiere al capítulo XXIV de *El capital* (parágrafo "Tendencia histórica de la acumulación capitalista") y a la tercera parte del *Anti-Dühring* ("II. Elementos teóricos").

cial del partido fue así tal vez el hecho de que la interpretación fatalista del marxismo propia del Programa de Erfurt permitía por cierto continuar usando la vieja "táctica", "seguida durante 25 años": táctica que por cierto se daba un aspecto revolucionario, aunque por su contenido era legalista y parlamentaria. Gracias a esta táctica, "el partido" había llegado a ser "grande y potente", declaró Bebel en Erfurt, "de manera que no tenemos motivo alguno para cambiarla", y más aún, "la sociedad burguesa" trabajaba "con tal energía por su propia ruina" que –así formuló Bebel las esperanzas socialdemócratas de un indetenible crecimiento en el número de votos– "nosotros no debemos hacer otra cosa que esperar el momento en que deberemos asumir el poder caído de sus manos."[24]

Esta situación de hecho permite también entender que el Congreso de Erfurt fuese dominado por los apasionados y movidos debates en torno a la táctica justa, mientras los delegados aceptaron sin discusión alguna las fórmulas del nuevo programa.[25] La antigua y experimentada táctica parece puesta en peligro desde dos lados. En este caso, la oposición radical de los "jovenes" sindicados como anárquicos fue considerada mucho menos peligrosa que el "oportunismo" de Vollmar, favorecido por la nueva situación del partido. "También yo desapruebo la táctica vollmariana" exclamó un participante en las discusiones, "pero Vollmar no ha expresado nada diferente de lo que toda la fracción, a mi juicio, ha hecho hasta ahora".[26] "El punto de vista puramente protestatario que acepté antes de 1870 –pensaba el viejo Liebknecht– puede valer en general sólo para breves períodos de transición, pero a la larga cansa y paraliza."[27] Y para Bebel, pese a todo el revolucionarismo verbal, una "consecuencia necesaria del crecimiento del partido" era que el propio partido, con sus millones de seguidores, tuviese entonces que actuar con más prudencia "que una secta sin importancia ni responsabilidad".[28] De este modo, Bebel juzgó también "natural" el hecho de que en el interior del partido, que "luego del generalizado desarrollo social de los últimos años se había convertido en el partido más fuerte de Alemania", y no era "de ningún modo completamente homogéneo", estuviesen presentes "diferentes corrientes respecto al ritmo del movimiento de avanzada". El "defendió siempre el valor de las reivindicaciones prácticas frente a nuestra oposición", comprobaba Bebel, pero

[24] *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der Sozialdemokratischen Partei Deutschland abgehalten zu Erfurt vom 14. bis 20. Oktober 1891*, Berlín 1891, pp. 280 y 172.

[25] Véase también A. [ugust] B. [ebel], "Zum Erfurter Parteitag", en *Die Neue Zeit*, a. X, n. 1, pp. 33 y ss.: "Una táctica justa en determinadas circunstancias es por lo tanto mucho más importante para el partido que un programa justo." Un programa erróneo sería corregible, mientras que una derrota causada por una táctica equivocada resulta "por lo general irreparable".

[26] *Op. cit.*, p. 225.

[27] *Op. cit.*, p. 204.

[28] *Op. cit.*, p. 75.

Generated by CamScanner from intsig.com

—y aquí aparece el significado táctico del radicalismo oficial del partido— "si nosotros colocamos en una perspectiva lejana y nebulosa nuestro bello objetivo y añadimos siempre que sólo las futuras generaciones lo alcanzarán, entonces con pleno derecho nos esquivarán dispersándose". Vollmar le quitaría al "partido aquello sin lo cual un partido como el nuestro no puede existir: el entusiasmo.[29]

En la discusión sobre el comportamiento táctico de la socialdemocracia no se trata tanto de la cuestión de una vía políticamente transitable por el partido para llegar al poder como del efecto de esta postura contradictoria en el interior del partido. Todavía más evidente se hace esta relación en una carta que Bebel envió a Viktor Adler algunos días después del Congreso de Erfurt. No se habría debido dar la impresión —escribió— de que intentamos tener a cualquier costo a Vollmar fuera del partido... con tal que no ofendamos con esto a una gran parte de nuestros compañeros". Si a Bebel la exclusión de los jóvenes opositores de izquierda resulta por una parte necesaria por razones de disciplina de partido, aplicada por él con rigor en Erfurt, "ellos advertirán muy pronto que estar fuera del partido significa estar moral y políticamente muertos", por la otra, él considera deplorable esa exclusión, "dado que el partido, en sus actuales dimensiones, recoge una cantidad de elementos que deben ser impulsados hacia adelante". Por lo tanto, vería "con mucha simpatía una positiva oposición de izquierda. . . incluso ésta es directamente necesaria"; por lo demás, "también en el congreso había muchas personas, hasta en los círculos de los amigos más cercanos, que simpatizaban totalmente o en gran parte con Vollmar, aunque no lo dijesen en forma abierta, como Grillenberger y el mismo Auer... Mi única esperanza es que las cosas y el impulso hacia adelante sean más fuertes que la voluntad de los jefes y que, en el momento oportuno, intervenga la presión de la base en el caso de que desde arriba se frene demasiado abiertamente.[30]

4. EL "CATECISMO SOCIALDEMOCRATA" DE KAUTSKY (1893)

Que la concepción unilateralmente evolucionista del marxismo propia de Bebel y de su utilización táctica de la ideología radical no están en contradicción con las intuiciones de Kautsky, el representante de la "doctrina pura", lo pone ya de manifiesto el informe sobre el proyecto de programa aparecido en la *Neue Zeit*.[31] Todavía más clara resulta esta relación en el

[29] *Op. cit.*, pp. 272 y ss., 275.
[30] V. Adler, *Briefwechsel*, pp. 80 y ss.
[31] *Die Neue Zeit*, a. IX (1890), núm. 2, pp. 723 y ss., 780 y ss., 814 y ss., en el que el informe sobre la parte teórica es atribuible a Kautsky y el referido al programa

Catecismo socialdemócrata[31] de Kautsky publicado en 1893 y que puede valer como artículo clave para evaluar la relación entre su actividad ideológica y las exigencias de la táctica largamente experimentada y representada por Bebel y por el partido oficial y que al mismo tiempo ya para el Kautsky de mediana edad lleva *ad absurdum* la leyenda de un Kautsky "revolucionario".

La socialdemocracia, destaca Kautsky en este artículo cuyo objetivo es el de propagar el "llamado método pacífico de la lucha de clases democrático-proletaria",[33] conforme al efectivo comportamiento político del partido, es sin duda "un partido revolucionario pero no un partido que hace revoluciones". El carácter revolucionario oficialmente declarado del movimiento es, como en el caso de Bebel, no comprometedor para su práctica: "Sabemos que nuestros objetivos pueden ser alcanzados sólo mediante una revolución, pero sabemos también que está tan poco en nuestras manos hacer esta revolución como en las de nuestros adversarios impedirla. Por esto no nos pasa siquiera por la mente el querer provocar o preparar una revolución. Y puesto que la revolución no puede ser hecha a nuestro arbitrio, no podemos decir absolutamente nada respecto al tiempo, las condiciones y las formas en que ella se producirá."[34]

Pero dado que en torno a las "batallas decisivas de la guerra social" –dejando a un lado la "inevitable" victoria final por parte del proletariado garantizada por el desarrollo económico– no se sabría nada, no se podría naturalmente tampoco decir "si serán sangrientas, si la violencia física tendrá durante su desenvolvimiento un papel importante o si sus combates serán librados exclusivamente con los medios de la presión económica, legislativa y moral". Luego de esta –en el verdadero sentido de la palabra– insignificante comprobación, Kautsky continuó reflejando de manera ingenua la actitud pacifista-humanitaria de la corriente socialdemócrata dominante: pero se puede "decir perfectamente que, con toda probabilidad, en las luchas revolucionarias del proletariado" predominarán los medios pacíficos de lucha.[35] Esta probabilidad crecería con la eficacia de las "instituciones democráticas" como también de la "conciencia política y económica y del "autocontrol de la población".[36] Sin embargo la socialdemocracia debe por su parte, "evitar e incluso combatir todo aquello que

de acción, a Bernstein. Reimpreso en *Das Erfurter Programm*, colección "Demokratie und Sozialismus", fasc. 3, Offenbach, 1947, pp. 69 y ss., y aquí editado erróneamente bajo el nombre de Friedrich Engels. Cf. también el artículo redaccional de la *Neue Zeit*, a. X, n. 1, pp. 160 y ss. sobre los resultados del Congreso de Erfurt.

[32] Reproducido por K. Kautsky, *Der Weg zur Macht* cit., pp. 57 y ss. [En el presente volumen, pp. 210 y ss.]

[33] K. Kautsky, *op. cit.*, p. 59 [nuestra edic., p. 213]

[34] *Op. cit.*, p. 57 [nuestra edic., p. 211.]

[35] *Op. cit.*, pp. 57 y ss. [Nuestra edic., pp. 212 y ss.]

[36] *Op. cit.*, p. 59 [nuestra edic., p. 213]

Generated by CamScanner from intsig.com

fuera una inútil provocación de las clases dominantes, todo lo que diera a sus políticos un pretexto para arrastrar a la burguesía y su séquito a un loco odio comesocialistas".[37]

No obstante esta perspectiva, destaca Kautsky todavía de manera análoga a Bebel, se podrá renunciar menos que nunca al "entusiasmo revolucionario", la "gran palanca de nuestros éxitos". Por cierto, la situación actual trae consigo el peligro de "que aparezcamos fácilmente 'más moderados' de lo que somos". Cuanto más fuerte va siendo el partido, tanto más ascienden "al primer plano las obligaciones prácticas" y tanto más el partido debe "extender su propaganda más allá del ámbito del proletariado asalariado de la industria". Sería difícil "sostener la justa medida en este caso, restituir al presente su pleno derecho sin perder de vista el porvenir, adherir al modo de pensar de los campesinos y los pequeños burgueses sin abandonar el punto de vista proletario, evitar en todo lo posible cualquier provocación y, no obstante, hacer en general consciente el hecho de que somos un partido de lucha, de lucha sin cuartel contra el entero orden social existente".

Si la socialdemocracia da la impresión de querer "renegar de sus principios revolucionarios", favorece sólo a los "anárquicos", "precisamente ese movimiento que trabaja más que ningún otro para que en lugar de las formas más civiles de lucha, éstas se remplacen por las más brutales". Partiendo de aquí, Kautsky llega a la conclusión, a primera vista desconcertante, "según la cual, hoy solamente una circunstancia podría impulsar a las masas proletarias a derogar los métodos 'pacíficos' de lucha examinados más arriba: el desvanecimiento de la fe en el carácter revolucionario de nuestro partido. Nosotros podemos poner en peligro el desarrollo pacífico sólo mediante un pacifismo extremo."[38]

Por lo que concierne a la historia del partido, en conclusión, de las argumentaciones citadas de Bebel y Kautsky, que reflejan fielmente la actitud oficial del partido, resulta lo siguiente:

1. En las polémicas desarrolladas en el interior del partido a comienzos de los años 90, para la corriente socialdemócrata dominante no se trata en efecto de las dimensiones de la actividad parlamentaria y político-social del partido, sino de la "táctica", cuyo problema principal es el de integrar las diversas tendencias de la socialdemocracia, que se van diferenciando social y políticamente cada vez más, en el marco de una organización unitaria.

2. El significado político de la ideología oficial del partido –que se sirve de fórmulas marxistas y que por la autoconciencia típica de la socialdemocracia de la época fue aceptada como el marxismo integral– es determinable solamente partiendo de su relación con la "táctica". Esta ideología,

[37] *Op. cit.*, p. 60 [nuestra edic., pp. 214-215].

[38] *Op. cit.*, p. 64 [nuestra edic. p. 210].

que aquí llamamos kautskismo, es esencialmente una ideología de la integración[39] y como tal es el complemento necesario de la táctica de la integración.

3. El kautskismo permite conservar la ficción del carácter revolucionario de la socialdemocracia. Esta ficción resulta un momento indispensable del proceso de integración, del que la dirección del partido se sirve conscientemente.

4. La adecuación de la corriente socialdemócrata dominante a la "táctica" transforma al "marxismo" revolucionario en una fe en el desarrollo no dialéctico, que confía a las "condiciones" la realización del socialismo".

5. EL NUCLEO TACTICO DE LA POLEMICA CON BERNSTEIN Y LOS REVISIONISTAS

Los conceptos de revisionismo y de reformismo son por lo general usados en forma indistinta por los escritores de partido contemporáneos y hasta en la literatura científica habitualmente no se hace una distinción: Bernstein definió una vez al revisionismo como la "teoría de una práctica", "para la cual la expresión 'reformismo' ha sido considerada como la designación más adecuada", y con esto —para su persona, con pleno derecho— se ha distinguido al revisionismo del "oportunismo".[40]

En realidad muchos de los más conspicuos representantes de la política reformista, como Vollmar, Auer y especialmente los jefes sindicales, mostraban por las teorías revisionistas "poco o directamente ningún in-

[39] Cf. también el ensayo sobre Bernstein de Ch. Gneuss, en *Marxismstudien*, II serie, Tubinga, 1957, p. 198.

[40] E. Bernstein en *Sozialistische Auslandspolitik*, núm. 7, del 16.6. 1915. Véase también su contribución *Der Revisionismus in der Sozialdemokratie*, en el *Handbuch der Politik*, vol. II, Berlín, 1914, p. 55 "En la socialdemocracia alemana no existe ninguna fracción separada que se designe como revisionista, ni tampoco existe una teoría precisamente definida o un programa elaborado que lleven ese título. Revisionismo es sobre todo el nombre de una corriente a la que pertenecen o en la cual son incluidos aquellos socialistas que a su vez difieren entre sí en una cantidad de puntos de vista, como por ejemplo ocurrió durante la Reforma respecto del protestantismo y durante el primer período del puritanismo y durante el período de la gran revolución francesa, entre aquellos políticos a los que inicialmente se designaba en forma indiferenciada como democráticos. La palabra indica solamente la necesidad o el deseo de modificaciones sin definir de manera precisa tales modificaciones. Simplemente su orientación está fuera de toda duda: revisionismo significa perfeccionamiento de la teoría y de la práctica de la socialdemocracia en sentido evolucionista."

Para la génesis del concepto, cfr. *op. cit.*, p. 57. Tal concepto se habría impuesto procediendo del escrito *Revision des Sozialismus* de A. Nossig, aparecido en 1901, "si bien el escrito fue drásticamente rechazado también por la mayor parte de aquellos a los que comenzó a designarse como revisionistas en base al título de tal trabajo".

Generated by CamScanner from intsig.com

terés",[41] cuando no las consideraban lisa y llanamente como inoportunas o dañosas. "Allí donde existen dogmas", declaró Auer en el tono drástico que le era habitual a propósito del conflicto entre Kautsky y Bernstein, "existen curas y heréticos" y "que el propio Ede [es decir Bernstein] haya caído entre estos últimos es el aspecto humorístico del asunto. Ahora devora a sus propios hijos. Si Kautsky devorase la otra mitad, nosotros los pequeños monstruos nos habríamos desembarazado de los dos padres de la Iglesia y no tendríamos necesidad de litigar excepto sobre la 'táctica' ".[42] Pero también Kautsky sin hacerse ilusiones pensaba que los "verdaderos marxistas" como los "verdaderos revisionistas" eran bastante pocos y que la "masa de nuestros compañeros" no estaba constituida ni por "verdaderos marxistas" ni por "verdaderos revisionistas", y juzgaba según los estados de ánimo los sentimientos que no "son nuestros argumentos, sino las condiciones que las determinan".[43] Como muestran estas citas, no es posible delimitar claramente las dos alas de los "radicales" o "marxistas ortodoxos" y de los "reformistas".[44] Los contrastes que, a partir de 1898, agitaron la vida interna del partido no fueron nunca tan profundos como aparecieron en un primer momento, y en todos los puntos esenciales fueron irrelevantes para la práctica socialdemócrata. Si de un lado la predisposición de los revisionistas a aceptar el orden existente venía limitada notablemente por la estructura del poder del imperio alemán, del otro la mayoría radical, con Bebel a la cabeza, sostenía en el interior precisamente de estos límites las mismas reivindicaciones de reformas sociales y políticas por las cuales se había declarado abiertamente la minoría. Considerado desde un punto de vista general, el conflicto, en el que "los unos aprobaban como reformistas, lo que también propugnaban los otros como *revolucionarios*",[45] se reducía por tanto a la "formulación y explicación *teórica* de una práctica de realismo político –en la medida en que esto era posible en el ámbito de la Alemania guillermina– aceptada por ambas partes".[46] También en cuestiones tales como la aprobación del presupuesto[47] y la coalición con los partidos burgueses, en las cuales los sectores ideológicamente represen-

[41] E. Bernstein en *Soz. Auslandpolitik, loc. cit.* En el *Handbuch d. Pol.*, vol. II, p. 57, Bernstein señala expresamente: "Allí donde ninguna base teórica, es decir, 'concepción del avance general del desarrollo social' determina de manera normativa la acción, falta para el revisionismo un momento esencial".

[42] Auer a Adler, 18.8.1899, en V. Adler, *Briefwechsel* cit., p. 323.

[43] Carta a Rappoport del 8.7.1911, en K. Kautsky, *Nachlass*.

[44] Cfr. la nota 40.

[45] K. Mandelbaum, *Die Erörterungen innerhalb der deutschen Sozialdemokratie über das Problem des Imperialismus (1895-1914)*, tesis de doctorado, Frankfurt a. M., 1930, p. 11.

[46] K. F. Brockschmidt (Brandis), *op. cit.*, p. 105.

[47] Cfr. sobre esto K. Mandelbaum, *op. cit.*, p. 12: "Sólo allí donde dominaban relaciones políticas más liberales como en Alemania del Sur, el revisionismo extrajo todas las consecuencias políticas (aprobación del presupuesto) y con esto, a decir

tados por Kautsky y por Bernstein se enfrentaban con extrema dureza, las diferencias no eran en efecto tan insuperables como afirmaban los portavoces del radicalismo oficial en el ardor de la lucha. Un caso Millerand en las condiciones dominantes en Alemania no habría sido imaginable, de modo que la discusión sobre el ministerialismo tuvo sólo un carácter académico. No obstante esto, también aquí Kautsky retuvo para sí una vía de escape reconociendo prudentemente ya en 1900 que se trataba de "una cuestión de táctica y no de principio".[45] La aparente intransigencia dogmática de la mayoría radical no fue puesta seriamente a prueba únicamente porque "la idea de una gran izquierda burguesa" no se había demostrado realizable y "porque nuestros adversarios no quieren".[46]

El análisis posterior confirma el juicio, al que prestamente había llegado Víctor Adler, y que sostiene que Bernstein y Kautsky se alejaron uno del otro mucho más "automáticamente y por motivos psicológicos" que "por razones objetivas".[47] Aquí debe recordarse que ni Bernstein ni Kautsky habían encontrado nunca el justo camino para alcanzar la unidad dialéctica de teoría y práctica que caracterizó al marxismo originario. Ambos habían receptado el marxismo en los límites de sus convicciones políticas democrático-liberales y de su visión evolucionista del mundo y procuraron a éstas un reconocimiento general en una forma ya "revisada", amparados por la autoridad del viejo Engels, que involuntariamente favoreció también este desarrollo. Esta base común —en lo que respecta a la concepción del mundo— no fue tocada por la polémica y permitió a Kautsky y a Bernstein, una vez cesado el enfrentamiento, aproximarse nuevamente y reanudar la vieja amistad. En el fondo, sus posiciones ideológicas aún en los momentos de las polémicas más encendidas no son otra cosa que momentos de un mismo proceso de revisión, que comienza ya en los inicios de la re-

vedad, se puso prácticamente en oposición respecto a la mayoría del partido. Pero el debate sobre la cuestión de la concesión financiera que se produjo en el Congreso de Leipzig, en 1902, y la adhesión de la fracción parlamentaria al proyecto de ley sobre la defensa (1913) demostraron que este contraste no era en modo alguno un contraste de principio". A esto corresponde el juicio de Bernstein. *Handbuch d. Pol.*, II, ya cit., p. 57, según el cual sería erróneo tomar las deliberaciones de los congresos de 1901, 1902 y 1910 referidas a la aprobación del presupuesto "como indicaciones para las perspectivas de las ideas de reforma del revisionismo en la socialdemocracia. Tales deliberaciones se explican en parte por el hecho de que las relaciones políticas en los estados alemanes del norte y en la mayor parte de Alemania todavía no son de naturaleza tal como para recomendar a los socialdemócratas la aprobación del balance".

[45] K. Kautsky, *Der Weg zur Macht* cit., p. 15 (Prefacio a la tercera edición de 1920). [En nuestra edic., véase p. 172.]

[46] *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands abgehalten zu Dresden vom 13. bis 20. September 1903*, Berlín, 1903, pp. 334 y ss., 337 (declaraciones de Kautsky).

[47] Adler a Kautsky del 1.6.1901, en V. Adler, *Briefwechsel*, p. 353.

Generated by CamScanner from intsig.com

cepción del marxismo durante el período de la ley antisocialista y avanza desde el criptorrevisionismo del Programa de Erfurt hasta el revisionismo abierto, que en la ideología oficial del partido y también en Kautsky [51] se afirma sólo durante la república de Weimar, aunque tampoco entonces se haya logrado colmar el abismo entre ideología y práctica.

No nos ocuparemos en este ensayo de la marcha de este más amplio proceso de revisión. "Revisionismo" en sentido estricto debe ser considerada la tentativa emprendida por Bernstein[52] y por un pequeño grupo de intelectuales de partido de crear, con la ayuda de una revisión de las teorías económicas del marxismo, que ya en los años 90 determinaba el comportamiento político de todo el partido.

Estas primeras tentativas de revisión abierta, cuya "sustancial legitimidad"[53] fue secretamente reconocida hasta por el propio Kautsky, fueron por cierto provocadas por la discrepancia cada vez más descubierta entre teoría y práctica, sin embargo en el momento en que Bernstein somete audazmente al debate sus tesis, tales tentativas debían necesariamente —por causas que reclaman un examen todavía más profundo— entrar en un elemental contraste —determinado por el sentimiento— con la autoconciencia política de la base de masa de la socialdemocracia y no podían dejar de crear confusión precisamente entre los mejores elementos organizados del partido. Sólo desde este punto de vista se puede comprender la reacción de la dirección del partido. Concedido que Bernstein tuvo buenas razones para poner en duda "meras cuestiones de doctrina y no momentos de la lucha real que actualmente se está realizando en Alemania"[54] desde el punto de vista de la táctica de la integración representada ideológicamente por Kautsky, su iniciativa se tornaba imperdonable. Aquí está el auténtico motivo de la persecución contra los revisionistas realizada con igual energía por Bebel y Kautsky, mientras que el acuerdo reina en lo que respecta a la tendencia fundamental de la actividad práctica del partido, y el enfrentamiento acerca de la interpretación de Marx enmascara solamente la verdadera sustancia de los contrastes.

"La expansión del partido", rebate Kautsky a Bernstein, "no debe ja-

[51] K. Korsch, *op. cit.*, pp. 4 y ss., caracteriza *La concepción materialista de la historia* de Kautsky como "la expresión resumida del pasaje realizado por Kautsky y por los suyos, del revisionismo enmascarado al revisionismo abierto".

[52] Para el revisionismo del Bernstein confrontar el reciente libro de P. Gay, *Das Dilemma des demokratischen Sozialismus. Eduard Bernstein Auseinandersetzung mit Marx*. Nüremberg, 1954, que es indispensable porque utiliza los escritos póstumos de Bernstein y otro material publicado, sin embargo tanto en lo que concierne al planteamiento del problema como también al método adoptado para realizar la investigación adolece de deplorables debilidades. Cf. también el juicio de Ch. Gneuss en *Marxismusstudien*, II serie, 1957, p. 199.

[53] Kautsky a Adler, 21.11.1901, en V. Adler, *Briefwechsel* cit., p; 382.

[54] Bernstein a Adler, 28.3.1899, *op. cit.*, p. 306.

más ocurrir a expensas de su carácter compacto y unitario. Nada es peor que la confusión en la táctica. La esencia de la táctica consiste precisamente en la *unitariedad*, en concentrar fuerzas diversas en torno a una acción común y ordenada [. . .]; sobre el carácter unitario de la táctica se funda la unidad del partido, y allí donde dicho carácter está ausente, se derrumba también esta última".[55]

La "teoría", sin embargo, tiene el objetivo de demostrar la justeza de la "táctica": "La teoría debe precisar si los contrastes sociales tienden o no a agudizarse: de esto depende la correcta opción táctica [. . .]; las cuestiones de teoría no son secundarias, pues están íntimamente conectadas con la táctica".[56]

Bernstein había llegado a la conclusión de que el derrumbre de la sociedad capitalista no era predecible a corto plazo ni debía verificarse con la necesidad de los fenómenos naturales, y de aquí extrajo la consecuencia de que el "movimiento" era "todo, y el objetivo final nada". Por otra parte, el esfuerzo teórico de Kautsky, que partiendo del "objetivo final" postulaba el carácter revolucionario del partido de su época que se servía de métodos pacíficos, se concentraba en demostrar que el desarrollo económico no "procede en una dirección diferente de la indicada por Marx" de modo tal que no habría motivo alguno para cambiar "nuestro programa".[57] En lo que concierne a "las formas de desarrollo hacia el socialismo", el Programa de Erfurt no habría dicho absolutamente nada.[58] Bernstein puede hablar de una contradicción entre "tradicional frase revolucionaria y real sentimiento reformador" porque su concepción no deriva "de la totalidad de los fenómenos, hasta ahora manifestados, de nuestro modo de producción" –cosa que Kautsky reivindica para su propia doctrina– sino únicamente de "una de sus frases"'[59]

De este modo para Kautsky es liquidada la insuficiencia de las tentativas de revisión bernsteiniana y es probado el carácter "revolucionario" aun de la socialdemocracia de aquel momento, un carácter que si bien resulta "de la totalidad. . . de los fenómenos" –que garantiza el "objetivo final"– no tiene la mínima importancia para la política práctica del partido. Para la socialdemocracia no se puede tratar en modo alguno de una "revolución en sentido policial".[60] La "revolución política", no es otra cosa, según Kautsky, que un "objetivo, que se puede. . . plantear *por principio*".

"Pero no es lícito equiparar a la insurrección ni con la revolución *social*

[55] K. Kautsky, *Bernstein und das sozialdemokratische Programm*, Stuttgart, 1899, pp. 2 y ss.

[56] *Protokoll Dresden 1903*, p. 382 (informe de Kautsky).

[57] K. Kautsky, *Bernstein u. das sozialdem. Programm* cit., p. 152.

[58] *Op. cit.*, p. 154.

[59] *Op. cit.*, p. 166.

[60] *Op. cit.*, p. 181.

Generated by CamScanner from intsig.com

ni con la revolución *política*. Con la expresión 'revolución política' el lenguaje no-policial designa toda gran *subversión política* que acelera la vida política de la nación y la hace pulsar de la manera más enérgica, mientras que la contrarrevolución es una subversión que paraliza la actividad política".[61] Este total vaciamiento de sentido y reducción del concepto de revolución justifica plenamente la comprobación de Kautsky: "En efecto, precisamente gracias a su base teórica nula es más flexible para la táctica de la socialdemocracia".[62] Así, él puede admitir directamente: "En la actualidad, en el movimiento obrero ambas corrientes quieren en la práctica la misma cosa: reformas político-sociales y democráticas". Pero no obstante esto, no resultaría inutil disputar en torno a la revolución", dado que la cuestión del "objetivo final" estaría íntimamente vinculado "con la cuestión de la *organización* y de la *propaganda* del proletariado como *partido político* de la época presente".[63]

El pecado de Bernstein no consiste por lo tanto en hacerse sostenedor de una política reformista ni tampoco en comprobar el "naufragio de nuestras antiguas esperanzas revolucionarias" determinado por la "nueva prosperidad", sino en abandonar la "idea de la revolución".[64]

En la campaña contra Bernstein no aflora ningún punto de vista esencialmente nuevo. Ya en un momento en el que el problema del revisionismo no se había todavía presentado, Kautsky con un forzamiento interpretativo había introducido el contenido reformista de la política socialdemócrata en la forma revolucionaria de la doctrina marxista. Y también en la polémica con Bernstein persistía en este procedimiento ya experimentado: por un lado continuó despojando de su contenido peligroso a los conceptos políticos del marxismo, tales como "revolución" y "dictadura del proletariado", por medio de una interpretación unilateral en el sentido del desarrollo pacífico; por el otro lado, "recogió todo tipo de proposiciones de Marx, que pudieran interpretarse según la doctrina bernsteiniana. Es decir, él no sostenía que las tesis de Bernstein fueran equivocadas en sí; Bernstein erraba sólo en cuanto atribuía a Marx otras posiciones".[65] La encarnizada oposición de Kautsky resulta de los motivos ya preanunciados en el artículo de 1893. Es sintomático que en 1909 haya reimpreso el *Catecismo socialdemócrata* en su volumen *El camino del poder*, declarando con orgullo que desde entonces el punto de vista de "los marxistas revolucionarios" no había en efecto cambiado.[66] Esto es cierto, en cuanto el

[61] *Op. cit.*, p. 183.

[62] *Op. cit.*, p. 166.

[63] *Op, cit.*, p. 184.

[64] K. Kautsky, *Der politische Massenstreik*, Berlín, 1914, p. 39.

[65] H. Herkner, *Die Arbeiterfrage*, vol. II, Berlín-Leipzig, 1921, 7a edic., p. 374.

[66] K. Kautsky, *Der Weg zur Macht*, p. 65 [en nuestra edic., p. 219].

problema de la táctica y la misma relación de Kautsky y de su escuela ideológica –de palabra partidaria ortodoxa de Marx, pero en la realidad criptorrevisionista– con estos problemas, no obstante toda adecuación de la socialdemocracia a la mutable situación, habían permanecido siendo los mismos. Además de esto, Bebel, el indiscutido jefe político del partido, y Kautsky, su ideólogo-guía, malgrado algunas ocasionales divergencias de opinión estuvieron siempre de acuerdo en la tendencia fundamental de sus concepciones y de su actividad. Mientras el jefe del partido, en virtud de su autoridad y con intransigentes reclamos a la dirección del partido, contribuía siempre a la victoria de la política de la integración en los congresos de preguerra, Kautsky, que en 1892 había constatado orgullosamente que se estaba ahora "en el camino correcto para encarnar al marxismo en el cuerpo vivo de la masa de compañeros",[67] vigilaba como "padre de la iglesia"[68] la "unitariedad de la concepción del mundo".[69] La actividad de Kautsky no es separable de la de Bebel. Si se desea apreciar de manera suficiente el papel que estos dos hombres desempeñaron en el período del incontenible ascenso del partido desde la derogación de la ley antisocialista hasta la muerte de Bebel, ocurrida poco antes del estallido de la primera guerra mundial, sería necesario una doble biografía política que al mismo tiempo debería ser una historia de la "táctica" socialdemócrata del período.

6. IDEOLOGIA Y MENTALIDAD

Aun cuando el radicalismo oficial imperó en la socialdemocracia alemana desde el estallido de la primera guerra mundial, a partir de la derogación de la ley antisocialista la práctica reformista del partido se había extendido cada vez más, lo que se manifestó especialmente en la influencia creciente de los sindicatos sobre la política socialdemócrata. Esta actitud fue característica de los partidos de la II Internacional que se preocupaban por los intereses particulares de los obreros pero que además concordaban plenamente con la democracia liberal burguesa en las grandes cuestiones de política práctica. Apuntalados por la leal y fuerte conciencia de clase de las masas obreras europeas de la época, los partidos de la II Internacional advertían sin embargo la necesidad de diferenciar a los partidos socialistas con relación a los demás. El gesto de protesta y de aislamiento frente al estado burgués y a la sociedad capitalista era acorde

[67] Kautsky a Adler, 15.10.1892, en V. Adler, *Briefwechsel*, p. 108.

[68] Cfr. nota 42.

[69] Kautsky a Bernstein, 23.10.1898, en Victor Adler, *Briefwechsel* cit., p. 274.

Generated by CamScanner from intsig.com

con la mentalidad de los obreros que –muy frecuentemente en forma equivocada– se sentían rechazados y perseguidos por las instituciones dominantes.[70] Es verdad que la contradicción entre ser y conciencia en la socialdemocracia alemana –que por las imponentes dimensiones y por el grado de unidad de su organización, el sentido de disciplina, el consciente *pathos* radical y sus enormes éxitos electorales fue considerada por los demás partidos como un modelo por largo tiempo acríticamente aceptado– se expresó de una manera particularmente relevante. El mito del partido se nutría del periodo de la ley antisocialista, que no había podido impedir el ulterior crecimiento del movimiento. En doce años el partido socialdemócrata alemán se había impuesto contra el más fuerte poder gobernativo de la Europa de entonces; pero aun después del fin de la ley de excepción, él siguió teniendo una posición de paria y hasta para muchos liberales de izquierda representó una suerte de fantasma nacional. Para el estado, la Iglesia y la sociedad burguesa de la Alemania imperial, la socialdemocracia estaba efectivamente fuera de la nación oficial,[71] de modo tal que la postura de protesta intransigente representaba para la masa de los partidarios socialdemócratas una cuestión de "honor de partido".[72] No obstante el crecimiento de la tendencia a la inserción en el sistema estatal existente era irrefrenable; y cuanto más encontraba el partido su función en el interior del orden constituido, tanto más se ponía de manifiesto su dualismo interno.

Este aspecto contradictorio de la política socialdemócrata se refleja de manera sorprendente en el epistolario recientemente publicado de Victor Adler con los jefes del partido alemán.

"En los mismos obreros", recordaba Adler a August Bebel poco antes del Congreso de Dresde, "están radicadas y se desarrollan cada vez más *junto* al permanente instinto revolucionario las tendencias *a gozar tranquilamente de los conquistado*, de poder vivir por una vez como los demás".[73] Y en 1901, escribiendo a Kautsky comprobaba que "el promedio del parti-

[70] Cfr. A. Rosenberg, *Demokratie u. Sozialismus*, pp. 272 y ss. (cap. XVI, "Liberaldemokratie und II. International").

[71] Es, por ejemplo, característico el comportamiento de los electores progresistas en ocasión de las elecciones suplementarias de 1912 analizado por C. E. Schorske, *German Social Democracy 1905-1917*, p. 233.

[72] Son las palabras de Stücklen en el Congreso de Dresde en 1903 *(Protokoll*, p. 352), cuando sobre la cuestión de si un socialdemócrata puede ser vicepresidente del parlamento, afirma: "¿Pero podemos nosotros pretender que un socialdemócrata se siente en un puesto desde donde se ha hablado de nosotros como de miserables, como de hombres no dignos de llevar el nombre de alemanes? Como socialdemócrata uno tiene por cierto un propio honor de partido *(vivo asentimiento)*."

[73] V. Adler, *Briefwechsel*, pp. 421 y ss. (8.9.1903).

do no quiere o mejor dicho no puede agotarse detrás de una siembra eterna y que bien o mal *debemos* recoger lo que está maduro".[74]

No obstante esta evaluación realista, que correspondía bien tanto a la condición del partido alemán como a la del partido austríaco y por lo tanto también a la práctica realizada por Bebel y defendida por Kautsky, Adler no pudo aprobar con entusiasmo la iniciativa de Bernstein, aunque la juzgó con más reticencia que Babel y Kautsky, y cuando el conflicto estalló abiertamente, reconoció sin temor que él —Bernstein— *"en ningún momento"* se había colocado "fuera de la socialdemocracia".

"Me irrita más que todo el aspecto táctico —sobre el teórico, ni siquiera pienso; sobre éste deberás ponerte de acuerdo con Karl [Kautsky]. Tú te construyes un concepto de 'revolución' que nadie tiene ya, excepto un par de viejos polleías, y luego declaras a grandes voces: Nosotros no somos 'revolucionarios', somos un partido de reformas. Creer que de esta manera se pueda conjurar el peligro para el derecho electoral y que nos volvamos amables es simplemente infantil. Tú nos representas como ovejas vestidas de lobos y nos quieres quitar la piel. Estas son cosas que pueden venirte a la cabeza sólo como fruto de tu aislamiento. . .".[75]

El hecho de que reconozca de inmediato el núcleo táctico de los contrastes arriba indicados y, renunciando a todo oropel ideológico, reduzca tales contrastes a sus efectivas dimensiones demuestra una vez más la superior sagacidad de Viktor Adler. No tiene menos valor la toma de posiciones de Ignaz Auer,[76] que, como hombre positivo y desprejuiciado que era, condujo adelante según sus fuerzas la política práctica de las reformas del partido, ganándose la fama de "revisionista" o de "reformista", y al mismo tiempo en calidad de secretario del partido por largos años y de táctico experto, cuya influencia en el interior de la organización no era inferior a la de Bebel, tuvo en cuenta de modo mucho más realista que Bebel la autoconciencia irreal de la mayoría de los miembros y de los funcionarios del partido. Aun cuando en el enfrentamiento que se perfilaba tanto él como Adler buscó desde el principio desempeñar el papel de mediador y de conciliador, no ahorró a Bernstein un enérgico reproche: "Verdaderamente no tienes idea siquiera del error que cometes cuando en la p. 165 escribes: 'La socialdemocracia debería encontrar el coraje de emanciparse de una fraseología, en los hechos superada, y de aparecer tal como hoy es ella en la realidad: un partido de reformas democrático-socialista'!? ¡Consideras en verdad posible que un partido que tiene una literatura de cincuenta años, una organización casi de cuarenta y una tradición aún más antigua puede en un parpadeo realizar tal viraje? Actuar así,

[74] *Op. cit.*, p. 386 (30.11.1901)

[75] *Op. cit.*, p. 298 (17.3.1899)

[76] Para la personalidad de Auer, Cfr. E. Bernstein, *Ignaz Auer, Eine Gedenkschrift*, Berlín, 1907.

Generated by CamScanner from intsig.com

como tu pretendes, especialmente por parte de los círculos autorizados del partido, significaría simplemente hacer explotar al partido, lanzar al viento el trabajo de decenios. Mi querido Edo, lo que tu pretendes, una cosa de ese tipo, no se *delibera*, una cosa semejante no *se dice*, una cosa semejante *se hace*. Toda nuestra actividad –hasta la desplegada en los años de la ley infame– era la actividad de un partido socialdemócrata de reformas. Un partido que tenga en cuenta a las masas, no puede de ningún modo ser otra cosa".[77]

Es indicativo que en el congreso de Erfurt Auer se haya pronunciado también contra Vollmar, aun cuando en muchos aspectos simpatizara con él, sin preocuparse por ocultarlo. Si el partido se empeñara en respetar la "autolimitación" propugnada por Vollmar, sostenía, la consecuencia necesaria –aunque no querida por su iniciador– de esta política sería que "la rigurosa línea de demarcación que nuestro partido ha observado hasta ahora frente a todos los demás" quedaría "a largo plazo cancelada".[78] Esta modesta fórmula es válida para todo el período prebélico. Ella indica de manera precisa el límite que debía hacer fracasar todas las tentativas práctico-reformistas y también teórico revisionistas que no tomaban en consideración la dualista autoconciencia –típica del grupo– de los estratos principales del partido. Si la dirección socialdemócrata consideraba como su tarea fundamental la de mejorar las condiciones materiales de los obreros en el interior del estado burgués, ésa se encontraba plenamente de acuerdo con los intereses y las expectativas de la mayor parte de los adherentes. Pero aquellos mismos que no pensaban en la subversión o en la revolución, habrían considerado inaceptable la eventualidad de que el partido obrero se comportara como cualquier otro partido. Sólo partiendo de esta verdadera necesidad de distanciamiento es comprensible la importancia que para la vida del partido socialdemócrata adquiría la discusión de cuestiones como la participación en las elecciones para el Landtag prusiano, la posibilidad de una coalición con los partidos burgueses, la aprobación del presupuesto, la participación en la presidencia del Reichstag, el cumplimiento de los llamados deberes "de corte", la colaboración de los compañeros del partido en la prensa burguesa, etc. Ninguna de estas, que eran simples cuestiones de oportunidad o se referían sólo a bagatelas, tenía la importancia de principio que se les atribuía; ninguna era, en efecto, una cuestión clave para el carácter sedicentemente "revolucionario" de la política socialdemócrata. Sin embargo, tales cuestiones ofrecían la ocasión para indicar eficazmente la "rigurosa línea de demarcación" que precisamente en la política práctica y parlamentaria del partido no podía, en cambio, ser respetada.[79]

[77] *Op. cit.*, p. 63 (carta del 13.7.1899).

[78] *Protokoll Erfurt* del 1891, p. 223.

[79] Sobre la cuestión de la aprobación del presupuesto, cfr. supra el parágrafo V, especialmente la nota 4. En cuanto a la continuidad de los problemas fundamentales,

Si es poco legítimo juzgar la política socialdemócrata sobre la base de la aparente intransigencia política que se agotaba esencialmente en tales actos de distanciamiento simbólico, es en cambio perfectamente lícito subrayar la importancia de esta intransigencia para la moral del socialdemócrata medio. Las mismas circunstancias psicológicas aseguraban también al marxismo popular la impronta kautskiana –que según una eficaz fórmula de Arthur Rosenberg tanto para la socialdemocracia alemana como para toda la II Internacional era sólo el medio "para separar ideológicamente al propio movimiento de la burguesía".[80] su influencia como ideología de la integración. Esta doctrina, cuya íntima esencia revisionista correspondía al reformismo enmascarado de la práctica del partido, con su fraseología revolucionaria pero no comprometida no estaba por cierto en condiciones de satisfacer la pretensión oficial de ser una teoría de la política socialdemócrata. Sólo que la unidad de teoría y práctica, presente en el planteamiento marxiano originario y que tanto Bernstein como Rosa Luxemburg por caminos diversos trataban de reconquistar, no era tampoco el momento decisivo para el proceso de integración en el interior del partido, en el que estaban más interesados la dirección y el aparato del partido. Tal unidad viene sacrificada, parte conscientemente y parte inconscientemente, al acuerdo entre *ideología* y *mentalidad*.[81] Si los radicales oficiales que se movían en torno a Bebel y Kautsky estaban dominados en la práctica como en la ideología por el temor de cancelar "las diferencias entre nosotros y los liberales"[82] y de declararse "social-liberales"[83] tal como en efecto eran por *habitus* mental, las exigencias de la

cfr. Auer en el Congreso de Dresde de 1903: *Protokoll*, p. 373, donde entre otras cosas, él demuestra cómo "el avance del tiempo y del desarrollo" ha modificado ya los "principios" del partido: "Qué desventuras se creía que debían recaer sobre el partido por la participación en las elecciones para el parlamento prusiano. . . Esta era la situación todavía muy pocos años atrás. . . Se debían discutir argumentos tales como el problema de la vieja táctica, el del punto de vista de la lucha de clases, el pasaje del Rubicón y la alianza con la izquierda burguesa; todas éstas son por otra parte las mismas objeciones que nuevamente son hechas también hoy".

[80] A. Rosenberg, *Geschichte der deutschen Republik*, Karlsbad, 1935, p. 16.

[81] Para la distinción metodológica entre *mentalidad* (entendida como "disposición psíquica-espiritual", como expresión psíquica inmediata del *ser*) e *ideología* (entendida como expresión consolidada y objetiva de la conciencia) cfr.: T. Geiger, *Die soziale Schichtung des deutschen Volkes*, Stuttgart 1952, pp. 64; 83; 303 y ss.

[82] Kautsky a Adler, 7.3.1899, en V. Adler, *Briefwechsel* cit., p.293. Cfr. también, *op. cit.*, p. 273.

[83] Bebel a Adler, 4.11.1898, en *op. cit.*, p. 269: "Cierto es que debemos rever algunos conceptos, pero cuando la revisión va tan lejos que *todo* aquello que hasta ahora pasaba por verdadero o es erróneo o es verdadero sólo en forma muy relativa, cuando esta crítica conduce al resultado de que *debemos* dejar de llamarnos socialdemócratas puesto que de ahora en adelante debemos llamarnos *social-liberales*, entonces yo no soporto más, porque no puedo, porque esto contrasta con todas mis convicciones".

Generated by CamScanner from intsig.com

política de la integración coincidían con la ya descrita exigencia de distanciamiento de la parte principal de los partidarios.

Este temor debía ser tanto más fuerte por cuanto la degeneración que la democracia burguesa había sufrido desde 1866 en Alemania ofrecía a los jefes socialdemócratas un ejemplo saludable,[84] mientras que el hecho de que el obrero dotado de conciencia de clase se reconociera en la organización del partido socialdemócrata –magníficamente compacto hacia el exterior– y en la solidaridad sindical se basaba esencialmente sobre la ostentación demostrativa de aquella posición particular. Así el kautskismo se impuso como expresión ideológica de una actitud que nacía de la tradición de persecución y que venía consolidada y conservada por la situación del partido en la Alemania guillermina. El vino al encuentro de los sentimientos y resentimientos vivos en las filas socialdemócratas y allí se conformó, sin embargo, él no ha producido en absoluto de manera artificial las contradicciones características de la socialdemocracia prebélica introduciéndola en el partido desde el anterior. Aunque los jefes del partido reconocían la importancia de estos estados de ánimo para la política de la integración y los explotaban con conciencia, no existe motivo alguno para reprocharles su cinismo y dobleza de lenguaje. Ellos mismos vivían tales sentimientos y resentimientos; y la resonancia que los discursos del tribuno del pueblo August Bebel tenían en las masas se fundaban también sobre el hecho de que él encarnaba en sí todas las contradicciones de su partido.

"Nadie cree más que August en la teoría del derrumbre, pero nadie menos que él se deja determinar en su acción práctica por dicha teoría", comprobaba Eduard Bernstein, "sería capaz de hacerme decapitar si yo le demostrara teóricamente lo que él realiza en la práctica". Su "modo de pensar dogmático" está "en la más grosera contradicción... con su límpida práctica".[85]

Cierto es que esta debilidad política de Bebel, reconocida tan claramente por Bernstein, era la base de su fuerza en el interior del partido. Su integridad personal estaba fuera de cuestión; y también la honorabilidad de los motivos del pedantesco ideólogo del partido Kautsky no estaban en discusión. En 1898 le escribió a Bernstein: "Nuestra comunidad en la lucha ha concluido. Yo no puedo seguirte y mi convicción es igualmente profunda y sólida como la tuya"[86] y este párrafo lleva el sello de su probidad personal. Bebel habría podido expresar sus propios sentimientos con las mismas palabras.

[84] Cf: por ejemplo Bebel a Adler, 21.6.1907, en *op. cit.*, p. 482: "Ustedes recorren precisamente el camino ya recorrido por el liberalismo burgués. A causa de una política meramente práctica se pierde el sólido terreno sobre el cual se estaba y al final se llega allí donde hoy está el liberalismo burgués."

[85] Bernstein a Adler, 8.3.1899, en *op. cit.*, p. 327.

[86] *Op. cit.*, p. 278 (23.10.1898).

7. LA JUSTIFICACION DEL PATRIOTISMO DE LA ORGANIZACION

El desarrollo de la socialdemocracia de anteguerra se produjo a través de una continua polémica entre las tres principales corrientes operantes detrás de la fachada de la unidad del partido: el centro, el ala derecha y el ala izquierda que, sin embargo, entre 1890 y 1914 no llegaron jamás a constituirse en fracciones precisamente definidas. Después de la salida de los "Jóvenes", el ala de izquierda casi nunca se proyectaba hacia el exterior. Sin embargo, como corriente clandestina ella llegó a ser significativa, aunque las diferencias entre el "radicalismo" oficial de la amplia corriente del centro y la fundamental actitud revolucionaria de la izquierda se fueron separando en la lucha contra el reformismo vollmariano y más tarde contra el revisionismo ideológico de Bernstein. Sólo cuando a partir de la revolución rusa de 1905[87] una nueva ala izquierda bajo la guía intelectual de Rosa Luxemburg se impuso en medida creciente como fuerza política autónoma en el interior del partido, se abrió paso una clarificación de las relaciones y la corriente socialdemócrata dominante que se movía en torno a Bebel y a Kautsky fue finalmente obligada a conformarse como "centro marxista" para distinguirse de la extrema izquierda pasada a la oposición abierta contra la dirección del partido.

El centro del partido, que bajo el aspecto organizativo y político estaba representado por el aparato y por los líderes sindicales —reformistas sin tapujos, pero ampliamente indiferentes al revisionismo ideológico— y en lo que respecta a la ideología estaba representado por el kautskismo, no era sin embargo ni desde el punto de vista político, ni desde el de la concepción del mundo, una unidad encerrada en sí misma. No es un error que el centro haya sido definido como "el punto de encuentro de todos los elementos heterogéneos de los que estaba compuesto el partido": "aquí se entrecruzaban las tendencias proletarias con las pequeñas burguesas, las tendencias revolucionarias con las reformistas, aquí encontraban su expresión la intransigencia como el oportunismo, el dogma como sus contradicciones".[88] Precisamente de la heterogeneidad de las tendencias representadas en el centro resultaba su capacidad de adaptación hacia los dos lados, que tomaba posible al aparato tener bajo control todas las tentativas de oposición abiertas o latentes verificadas en las alas. La función de control fue facilitada por el hecho de que en el interior del partido fue tolerada la existencia de organizaciones particulares y los confines entre las corrientes principales debieron quedar inciertas dado el carácter difuso de la posición del centro.

[87] Cfr. sobre esto el trabajo de Schorske ya citado en la nota 71, y el estudio particular de R. W. Reichard, "The German Working Class and the Russian Revolution of 1905", en *Journal of Central European Affairs*, vol. XIII, pp. 136 y ss.

[88] Mandelbaum, *op. cit.*, p. 17.

Generated by CamScanner from intsig.com

Esta circunstancia explica la posición de árbitro entre las alas extremas, que desde el Congreso de Magdeburgo de 1910 la dirección del partido comenzó a desempeñar perceptiblemente hasta en el exterior. La constelación aparentemente nueva, que determinó la vida en el interior del partido, hasta la primera guerra mundial y que asignó al kautskismo su clásico rol de ideología del "centrismo", no era sin embargo en realidad nada más que una expresión más evidente de las antiguas tensiones y de los antiguos reagrupamientos de fuerzas en el interior del partido, que la táctica ya experimentada había desde siempre intentado integrar.[89] Así, por ejemplo, la declaración de Bebel en la carta a Viktor Adler del 16 de agosto de 1910, según la cual un poco de luxemburguismo no habría que desestimar, y él mismo –para balancear el "oportunismo extremo" de los alemanes meridionales, que desprecia "todos los principios"– no querría "renunciar a la presencia de aquella mujer en el partido. . . a pesar de todas las intrigas",[90] testimonia el uso inmutado de los mismos principios tácticos, que habían determinado su posición hacia las corrientes de oposición ya en los tiempos del Programa de Erfurt.[91] Pero también en el período intermedio 1890-1910 Bebel y la dirección del partido habían siempre practicado una política de equilibrio, de hecho ya "centrista", que trataba de tener en cuenta tanto el carácter de la socialdemocracia como partido popular de oposición democrática y socialreformista, como los humores de la parte radical de los miembros obreros del partido.[92]

Ciertamente, es dudoso que la táctica bifronte del equilibrio haya podido con el tiempo superar las fuertes tensiones y contradicciones internas del partido. Sin embargo, en el último quinquenio anterior a la primera guerra mundial aparece cada vez con mayor claridad que entre el partido oficial, cuyo radicalismo puramente formal revelaba siempre más su inconsistencia, y la extrema izquierda permanecían profundas diferencias en el comportamiento político y en la voluntad política. Si por una parte hasta al viejo Bebel no le desagradaba la existencia del ala luxemburguiana, por otra la gran revolucionaria Rosa Luxemburg veía casi siempre bien cuando se lamentaba de que "el compañero Bebel escuchara solamente por su oído derecho".[93]

Contra la tentativa seriamente meditada de una activización revolucionaria de la política socialdemócrata, los representantes del radicalismo oficial se pusieron en guardia sin vacilaciones junto con los revisionistas y los reformistas declarados, contra los que habían combatido desde tanto tiempo

[89] Cfr. K. Kautsky, *Der politische Massenstreik*, Berlín 1914, p. 222; F. Engels, *Briefwechsel mit Kautsky* (cfr. nota 13), p. 452.

[90] V. Adler, *Briefwechsel* cit., pp. 512 y ss.

[91] Cfr. supra parágrafo 3, párrafo final.

[92] Cfr. Mandelbaum, *op. cit.*, pp. 14 y ss.

[93] F. Stampfer, "August Bebel", en *Die grossen Deutschen*, vol. III, p. 559.

y con tanto encarnizamiento y cuyos pecados veniales continuaron estigmatizando de la manera habitual. La coartada seudoradical no pudo sin embargo mantener el engaño acerca del hecho de que en esta convergencia de posiciones se tornaba evidente aquella creciente orientación hacia la derecha que caracterizó todo el desarrollo del partido desde la puesta en vigor de la ley antisocialista. Pero para este desarrollo lo decisivo no fue tanto la influencia creciente del ala derecha y de sus pioneros ideológicos y políticos —y esto debe ser puesto claramente de manifiesto frente a los encubrimientos histórico-culturales de la historiografía del partido— cuanto que el compromiso parlamentario y político-social del propio centro, compromiso que ya en Erfurt había sido determinante para la práctica socialdemócrata y que desde entonces en adelante se había reforzado mucho. Sin los aparatos del partido y de los sindicatos y sin la fracción parlamentaria, que táctica e ideológicamente se regulaban según los intereses del amplio centro del movimiento obrero y según la propia mentalidad, las alas extremas eran políticamente incapaces de actuar. El curso de todo el partido era decidido por el centro mediante los oportunos desplazamientos de equilibrio.[94]

Pero a pesar de esto la importancia de las alas extremas no debe ser subestimada. Dicha importancia residía, no obstante, no en su peso numérico —que debe ser considerado muy escaso— sino en el hecho de que sus pocos portavoces de relieve se dirigían a los sentimientos y representaban aspiraciones que penetraban en el centro y eran vivas también allí, o que con pocos esfuerzos se podían reavivar. Todo cambio radical de la situación podía por lo tanto generar en el centro un proceso de diferenciación, que a través de la repentina consolidación de las fuerzas centrífugas amenazaban poner seriamente en peligro la unidad del partido.[95] Si las condiciones eran tales

[94] A este respecto, véase el instructivo: *Bilder aus unserer Reichstagsfraktion. Von einem alten Parlamentarier. I. Die Mittern*, p. 19 (editado por la "Internationale Korrespondenz", A. Baumeister), Berlín, 1919. El autor de este breve escrito parece ser el diputado al parlamento A. Südekum.

[95] La separación de la USPD (Partido Socialista Independiente de Alemania) se fundó desde un punto de vista sociológico esencialmente sobre un proceso similar de diferenciación, cuyas específicas fuerzas motrices son en verdad comprensibles sólo partiendo de la situación de la primera guerra mundial. En el fondo, el partido de la mayoría prosiguió "la política formal de la dirección del partido de la preguerra, pero ahora ciertamente con un signo inverso" (Arthur Rosenberg), mientras que la corriente dominante de los independientes que giraba en torno a Haase y a Kautsky persistió la igualmente formal oposición "de principio". En ninguno de los dos grupos existió una fractura brusca en el desarrollo: aun en la orientación fundamental de la política exterior ellos estuvieron siempre de acuerdo, mientras que la real línea de demarcación estaba entre la SPD y la USPD por un lado, y la pequeña minoría de la Gruppe Internationale (Liga Espartaco) por el otro. Cfr. sobre esto: A. Rosenberg, *Die Entstehung der deutschen Republik*, Berlín, 1928, p. 113; id., *Geschichte der deutschen Republick*, Karlsbad, 1934, pp. 18 y ss.; E. Matthias, *Die deutsche Sozialdemokratie und der Osten 1914-1945*, Informes e investigaciones sobre la historia

Generated by CamScanner from intsig.com

como para favorecer "los humores revisionistas", escribía Kautsky en una carta del 8 de julio de 1911, entonces no existiría ningún freno y la mayoría pasaría bien o mal al revisionismo: "Si el gobierno alemán hiciera mañana una política a la Lloyd George o a la Waldeck-Rousseau, el revisionismo se tornaría irresistible".[96]

Pero al mismo tiempo le preocupaba con angustia que el proletariado, si se "aparece ante él la posibilidad de echar por tierra este orden social, ... nadie podrá impedírselo y si la socialdemocracia lo intentase, el proletariado la haría despectivamente a un lado".[97]

Esta inmanente debilidad explica por qué las fuerzas de la dirección del partido fueron absorbidas en gran medida por las exigencias de la táctica de la integración. Mientras que los máximos funcionarios eran sensibles a toda mutación de la constelación de fuerzas en el interior del partido, frente a la cuestión políticamente decisiva de la conquista del poder —sea a través de medios revolucionarios, sea a través de medios legales y parlamentarios— se comportaban con sorprendente indiferencia. En cada una de las fases del desarrollo del partido su principal preocupación era sobre todo que "la homogeneidad del partido a pesar de todas las dificulatades" apareciera "intacta".[98] Pero la defensa de la homogeneidad del movi-

contemporánea de la Arbeitsgemeinschaft für Ostenropaforschung, n. 11, Tubinga, 1954, p. VI, 1 y ss., 10, 15, 18 y ss., 20 y ss. (particularmente sobre la actitud de Kautsky), 29-38 y ss.

[96] Carta a Rappoport, en el *Nachlass* Kautsky.

[97] En la serie de artículos *Was nun?* [¿Y ahora qué?] publicada en abril de 1910 en *Die Neue Zeit* y reproducida por Kautsky en *Massenstreik*, pp. 224 y ss., cita en página 234. [En español, los artículos de Kautsky están reproducidos en *Debate sobre la huelga de masas* (primera parte), Cuadernos del Pasado y Presente, n. 62, Córdoba (Arg.), 1975, pp. 128-155, cita en p. 141.] De manera prometedora, Kautsky agregaba: "Pero hoy las cosas no son así"; existe solamente "un *único* partido enemigo de la sociedad burguesa", y el proletariado no puede encontrar ningún otro partido que "aun dentro del sistema productivo actual, represente sus intereses de clase en contraposición con los intereses burgueses", de modo que los proletarios sólo "pueden ser llevados a un partido burgués por desconocimiento, no por impaciencia revolucionaria". Sin embargo esta firme confianza en la capacidad de integración del partido pleno de tensiones internas se refería solamente a la situación presente. Kautsky era bastante realista como para no tener en cuenta posibilidades extremadamente indeseables de "emergencia de situaciones revolucionarias" *(op. cit.*, p. 212), en el caso en que la funesta agudización de las relaciones internacionales desembocara en el caos de una guerra: "las potencias se mueven hacia una situación en la que finalmente las armas se dispararán por sí solas" *(Der Weg zur Macht*, p. 101; en nuestra edición, p. 255). La guerra que amenazaba estallar debía sin embargo provocar al mismo tiempo "la forma de revolución [...], que nosotros deseamos menos": "Nuestra victoria sobre las ruinas; una victoria que nos impondría como primer deber el de curar al cuerpo sangrante del pueblo de sus miles de heridas de guerra, antes que trasferir los tesoros privados del capitalismo a manos de la colectividad y de este modo fecundar la producción social" *(Massenstreik* cit., p. 213).

[98] Kautsky a Adler, 8.10.1913, en V. Adler, *Briefwechsel*, p. 583.

miento obrero que continuaba creciendo de manera irrefrenable, parecía depender paradojalmente –para una fase determinada– del mantenimiento de la relativa estabilidad de aquella misma estructura del poder y de la sociedad, cuya superación era el objetivo oficial, continuamente proclamado, del partido. Así la dirección del partido, prescindiendo totalmente de la evaluación de las posibilidades de éxito, retrocedía aterrada ante toda efectiva prueba de fuerza y ante cualquier riesgo con el propósito de no destruir temerariamente los supuestos básicos de la imponente unidad del movimiento socialista de masa.

La preminencia de la táctica de la integración sobre la política –preminencia que en algún momento llegó hasta la completa disolución de la política en la táctica– tuvo una doble consecuencia: por una parte, condujo a una limitación y cristalización de la perspectiva política; por la otra, a otorgar el máximo relieve al pensamiento institucionalizado en el interior del partido, el cual por su propia cuenta tendía por su posición particular a replegarse en sí mismo. Así las organizaciones obreras de impronta socialdemócrata se transformaron cada vez más en organismos que encontraban su finalidad en sí mismos y formaron un sector de la vida encerrado en sí y con sus propias leyes.

El patriotismo de la organización, dominante en las filas socialdemócratas suministró la base psicológica para la integración de las corrientes no conformistas. Aun cuando en los círculos activistas la impaciencia amenazara a veces trasmutarse en un sentimiento de malestar contra el partido, éste fue considerado en general como una comunidad de vida y de destino –un "partido-patria"[99] y todo reforzamiento de la organización obrera fue intuitivamente evaluado como un real acrecentamiento de poder. Por su parte, la dirección del partido se esforzaba por canalizar dentro de la organización, y por lo tanto por controlar y neutralizar, todas las energías exuberantes que reclamaban debates políticos decisivos. Como muestra el tono de casi todas las deliberaciones congresales del período que precedió a la guerra, la dirección del partido justificaba de modo estereotipado su quietista actitud de espera recordando que las organizaciones obreras o no eran lo bastante fuertes como para emprender la lucha por el poder, o bien todo lo contrario, precisamente a causa de sus dimensiones, debían cubrirse de cualquier riesgo no claramente calculable. Este modo de proceder viene sancionado por la ideología oficial del partido en la medida en que proclamaba que el reforzamiento de la organización era la tarea revolucionaria.[100]

La justificación kautskiana del patriotismo de la organización, que indudablemente contribuyó de manera esencial a que "la árida uniformidad

[99] Adler a Kautsky, 1.2.1915, en *op. cit.*, p. 608.

[100] Cfr. K. Kautsky, *Massenstreik* cit., *passim*.

Generated by CamScanner from intsig.com

de la vida cotidiana" no sofocara[101] el "idealismo", está basada en el razonamiento según el cual "la revolución social... es el necesario objetivo final por el cual acciona necesariamente toda organización del proletariado" y aquel que "organiza al proletariado en partido político autónomo [...] prepara también en él el terreno para la idea de la revolución social por más pacífico y desencantado que él pueda ser y por más escepticismo que tenga en la espera del futuro".[102]

En este fragmento del 1899 —como también ya en la parte teórica del Programa de Erfurt— la organización aparece como el único eslabón que vincula la práctica cotidiana del partido con el "objetivo final" y por tanto adquiere un puesto central en el sistema kautskiano. Esto no significa otra cosa que el *topos* ideológico de la organización corresponde precisamente a la posición dominante que ésa ocupa en el típico sentimiento socialdemócrata de la vida.

Este hecho es tanto más importante por cuanto: 1] la distancia entre el "objetivo final" y el gris y munucioso trabajo organizativo, político-social y parlamentario, que llenaba la vida de los funcionarios del partido y de los sindicatos, se hacía cada vez mayor; 2] sin embargo el objetivo último que se elevaba por encima de la uniforme vida cotidiana, de sus necesidades, de sus aspiraciones y de sus éxitos y que en algún lugar aparecía como una vaga perspectiva, era indispensable como "idea" para mantener vivo el espíritu de solidaridad del partido. Es verdad que el fondo popular del marxismo kautskiano, que "había perdido ciertamente todos sus elementos revolucionarios y político-prácticos", daba al "obrero socialista una autoconciencia, una consolación y una esperanza en el porvenir que hace casi pensar en un movimiento religioso".[103] De aquí derivaba sobre la organización un esplendor irreal que lograba de algún modo trasfigurar hasta las más insignificantes reuniones de las secciones del partido. La ideología consolidaba y profundizaba la unidad psicológica entre los "compañeros" (y este término representaba en la vieja socialdemocracia algo más que una mera fórmula para dar la palabra), creada a través del culto de la organización. Pero fue esta consonancia interna, resultante de la particular esfera de la organización socialdemócrata, la que hasta la primera guerra mundial unió del modo más eficaz, más allá de todas las divergencias de

[101] K. Kautsky, *Bernstein u. das sozialdem. Programm*, cit., p. 195. Cfr. también la ya citada carta a Rappoport, en la que se dice: a pesar de la "decadencia y corrupción" que se manifestarían también en las filas socialistas, "nosottos estamos seguros de la victoria porque la idea del socialismo y la lucha de clases proletaria ejercen en conjunto ciertamente una acción edificante...".

[102] *Bernstein u. das sozialdem. Programm*, p. 183. Cfr. también Kautsky a Adler, 9.6.1902, en V. Adler, *Briefwechsel*, cit., p. 405 (en polémica contra R. Luxemburg sobre la cuestión del uso de la "violencia" por parte del proletariado).

[103] A. Rosenberg, *Demokratie u. Sozialismus*, pp. 297 y ss.

opiniones políticas, las diversas corrientes en el interior del partido. Es verdad que, mientras son altamente elogiables la enorme disciplina, abnegación y fidelidad al partido de las masas de los partidarios organizados, no se puede silenciar en qué gran medida la unilateral sobrestimación –que encontraba su teorización en el kautskismo– de la organización favoreció el anquilosamiento tradicionalista del movimiento obrero. El pensamiento tenazmente internalizado de la organización –el cual, por amor a la organización sentida como un fin en sí, trataba de evitar todo riesgoso compromiso político, pero de este modo alimentaba una ilusoria sensación de fuerza e incrementaba en los funcionarios de cualquier nivel la tendencia a la autosuficiencia y a la autosatisfacción– paralizó fatalmente la iniciativa política de la socialdemocracia también durante toda la época de Weimar hasta la declinación del partido.[104]

8. LA COBERTURA IDEOLOGICA DE LA PASIVIDAD POLITICA

Si hasta los umbrales de la primera guerra mundial, contra todos los ataques que, de derecha y de izquierda, eran desatados por la "impaciencia de los gobernantes" y "de los rebeldes",[105] Kautsky defendió la política de la espera inerte como "estrategia del desgaste" –que "la socialdemocracia... aceptó desde sus orígenes y desarrolló hasta la perfección"–[106] no vale la pena casi señalar que en el caso de la expresión "estrategia del desgaste" no se trataba de otra cosa que de un sinónimo de la vieja "táctica". Aun cuando la lucha interna de partido en los últimos años de preguerra estuviera orientada esencialmente contra las crecientes "incitaciones... a la rebelde impaciencia"[107] proveniente de la extrema izquierda, la dirección del partido, como ya se ha señalado, persistió en su condena oficial del reformismo explícito, para poder satisfacer tanto las exigencias inmediatas como las futuras de la táctica de la integración.

Que en este caso se trataba ante todo de una coartada para toda eventualidad, que viene garantizada por el desinterés del radicalismo oficial, lo

[104] Pocas semanas después del 20 de julio de 1932, el jefe sindical y diputado socialdemócrata Tarnow otorgó una expresión clásica y, en su sustancia ideológica, kautskiana, a la idea de la organización: "No importa que el individuo se crea 'revolucionario', sino que él esté *organizado* y que no demuela por principio el trabajo de la organización" (en el congreso de la unión de los talabarteros, el 10 de agosto de 1932 en Stuttgart, citado según el *Vorwärts* del 11.8.1932). Cfr. también E. Matthias, "Der Untergang der alten Sozialdemokratie. 1932", en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, año 1956, pp. 264 y ss, 269 y ss, 272 y ss, 281.

[105] K. Kautsky, *Massenstreik* cit., p. 247.

[106] *Op. cit.*, p. 234.

[107] *Op. cit.*, p. 247.

Generated by CamScanner from intsig.com

sostuvo el mismo Kautsky en una forma apenas velada en una carta a Rappoport. Ya que las masas aprenden siempre sólo a través de la práctica y no mediante la teoría, allí se afirma, el propio Kautsky no consideraría ninguna desgracia la eventualidad de que el "revisionismo" llegase a ocupar cualquier puesto en el gobierno y sufriera un fracaso. Si los "marxistas", que no deberían sin embargo rehusar a combatir el revisionismo, no fuesen lo suficientemente fuertes como para impedirles cometer tonterías, su continua oposición –malgrado todas las desventajas pasajeras– obtendría que la bancarrota del revisionismo después del fiasco de su experimento" no golpease "a todo el partido", sino "simple y solamente al revisionismo".[108]

La cuestión suscitada por el revisionismo de una participación socialdemócrata en el gobierno, que difícilmente podía tomarse en aguda mientras que la estructura del poder y de la constitución de la Alemania guillermina se hubiera mostrado de algún modo intacta,[109] procuró sin embargo a la dirección del partido sólo pequeños sobresaltos. Las preocupaciones bastante más serias recién se le plantearon con el debate sobre la huelga de masas, que –desde que los acontecimientos de la revolución rusa de 1905 llenaron de "desbordante entusiasmo por la huelga de masas a todo el proletariado del mundo"–[110] también en Alemania se había convertido en actual y era retomado y mantenido vivo por la agudización de las luchas por el derecho electoral en Prusia. Este debate estaba destinado a aparecer a las direcciones de los aparatos del partido y de los sindicatos mucho más desagradable, no sólo porque Rosa Luxemburg y los radicales de izquierda propagandeaban la huelga política como el más importante medio de lucha de una estrategia revolucionaria de "asalto directo",[111] que procede de acción en acción, sino también porque una serie de revisionistas intelectuales, no obstante su profesión de fe parlamentaria, creían haber encontrado en él un instrumento eficaz para activizar la política socialdemócrata y para conseguir las reformas políticas en el interior del orden del estado y de la sociedad existentes.[112] Así Kurt Eisner en 1905 en una polémica contra

[108] Carta del 8.7.1911, en el *Nachlass* Kautsky.

[109] Sobre la cuestión, decididamente más actual, de la aprobación del presupuesto, el mismo Bernstein declaró *(Handbuch der Politik*, II, p. 58, en el año 1914) "que las relaciones políticas en los estados alemanes del Norte y en la mayor parte de Alemania, no son todavía de naturaleza tal como para recomendar a los socialdemócratas la aprobación del presupuesto".

[110] K. Kautsky, *Massenstreik* cit., p. 109.

[111] Cfr. K. Kautsky, *op. cit.*, pp. 208 y ss. Sobre "estrategia de desgaste" y "estrategia de asalto directo" (serie de artículos *Wer nun?*, véase nota 97), En español, véase Cuadernos de Pasado y Presente, n. 62, cit. Para la concepción de Rosa Luxemburg sobre la cuestión de la huelga de masas, véase P. Frölich, *Rosa Luxemburg*, Hamburgo, 1949, pp. 205 y ss.

[112] Véase sobre esto a Adler en su carta a Bebel del 6.11.1899, en V. Adler, *Briefwechsel* cit., p. 330, cuando se refiere a la fundamental actitud activista de los

Kautsky escribía "que en la lucha por los derechos políticos un partido de tres millones de electores no debería hacer cálculos como un mercachifle y especular sobre el futuro más lejano, sino que debería, en el momento en que puede hacer algo, arriesgarse también a la derrota".[113] y Friedrich Stampfer declaraba un año después: mediante la espera de situaciones revolucionarias no se derrumba ningún trono de zar y ningún regimiento de *Junkers*; para la socialdemocracia alemana es del todo indiferente el curso que toma el desarrollo en otros países: *"Aquí, en Prusia, está nuestra* Rodas: aquí se baila; nosotros queremos tener el derecho electoral!" Pero en relación con la cuestión del derecho electoral la huelga de masas no debe ser "cuestión del *si*, sino del *cuándo* y del *cómo*".[114]

Frente a tales ataques Kautsky, cuyo libro sobre la huelga política de masas, aparecido a comienzos de 1914, puede ser directamente considerado como el documento más característico del "centrismo", perseveró siempre en su viejo punto de vista –concorde con la actitud oficial del partido– que él había asumido ya en los inicios de los años 90 frente al movimiento belga, con respecto a la huelga de masas.[115] Cierto es que él se declaraba orgulloso de haber sido el "primer marxista en Alemania" en haber ya en 1891 reconocido *en línea de principio* la posibilidad de usar la huelga para el logro de objetivos políticos[116] pero por otra parte, recordaba con su modo habitual "que hasta que no cambien las relaciones existentes, una huelga de masas en Alemania no es posible".[117] Nada es igualmente característico del modo en que en el interior de la socialdemocracia de preguerra los contrastes eran sobre todo cancelados antes que resueltos, que su comentario a propósito de las modificaciones que la resolución de Rosa Luxemburg sufrió en el Congreso de Magdeburgo de 1910: "En esta forma" constataba satisfecho "la resolución no era en efecto vinculante y fue aceptada de conformidad con la exigencia del relator".[118]

Con la resolución –favorable a la huelga de masas– del Congreso de Jena de 1905, que Kautsky celebra como "la necesaria integración de la resolución de Dresde" no se comportó de manera distinta, más aun ésa no fue "seguramente... más allá de insertar la huelga de masas entre las *armas posibles* del proletariado. Esa no dice nada sobre el modo y las condiciones

jóvenes intelectuales del partido inclinados hacia el revisionismo, cuyo "revolucionarismo" y sus "humores antiautoritarios" se dirigen "hoy mucho más contra Marx y nuestros viejos antes que contra el estado y sus anexos y conexos".

[113] Cit. en K. Kautsky, *Massenstreik* cit., p. 122.

[114] Cit. en K. Kautsky, *op. cit.*, p. 137.

[115] Cfr. *op. cit.*, pp. 22 y ss.

[116] *Op. cit.*, p. 23.

[117] K. Kautsky, *Massenstreik* cit., p. 298.

[118] *Op. cit.*, p. 246.

Generated by CamScanner from intsig.com

para usar esta arma"; el propio Bebel en el informe que pronunció en Jena "muy oportunamente" no tomó posición sobre esta cuestión.[119]

Como ya se dijo, con esto se demuestra que el conflicto sobre la cuestión de la huelga de masas, que gravitó mucho sobre las relaciones entre el partido y los sindicatos en el bienio 1905-1906, ya en la exposición hecha por Kautsky se desenmascara como un seudocontraste político. El partido, que, como Kautsky anota justamente, no había en ningún lugar vinculado su táctica a la huelga de masas, y hasta con frecuencia había alertado en contra de tal vínculo, pensaba bastante poco, igual que los sindicatos, en preparar seriamente una huelga política de masas en Alemania. Por otra parte el razonamiento de la dirección de los sindicatos, que encontró la expresión más clara en el discurso de Bömelburg al congreso sindical de Colonia, muestra solamente que respecto al núcleo de la cuestión la dirección del partido y la de los sindicatos estaban perfectamente de acuerdo. El estado actual de la organización sindical, declaró Bömelburg, ha podido ser alcanzado sólo a través de un fatigoso trabajo de decenios y con grandes sacrificios y también la ulterior obra de construcción de las organizaciones, que deberían ser elevadas "a un grado aún más alto de poder", exige enormes sacrificios; ante todo, sin embargo, "nosotros tenemos necesidad con este fin de calma en el movimiento obrero".[120] También Kautsky acuerda con la dirección de los sindicatos que la tarea de este último era ciertamente la de "vigilar, precisamente en tiempos tan agitados, de que no se realizaran tentativas individuales de arrastrar al partido y a los sindicatos a aventuras desatinadas".[121] El argumento principal que él contrapone a los sindicalistas es un auténtico argumento de táctica de la integración: ellos deberían haber intentado impedir la *"discusión* sobre la huelga de masas; sin embargo, éste habría sido el medio más inoportuno para enfrentar la 'provocación de una huelga de masas' intempestiva".[122]

La discusión —sin compromiso alguno con la práctica— sobre la huelga de masas servía por consiguiente por un lado para calmar y detener sin riesgo mayor la actividad de los elementos inquietos en el partido, por el otro lado para "dar la impresión con los medios a nuestro alcance" sobre los adversarios e inducirlos "a entablar con nosotros una discusión pacífica".[123] Los mismos motivos estaban tanto detrás de la fidelidad al "pensamiento" o a la "idea" de la revolución como detrás de la exhibición pública de la fuerza y del carácter compacto de la organización, para las cuales

[119] *Op. cit.*, p. 127. (Extracto de un artículo de Kautsky aparecido en *Die Neue Zeit* después del congreso del partido).

[120] Cit. en K. Kautsky, *op. cit.*, pp. 117 y ss.

[121] *Op. cit.*, p. 121.

[122] *Ibid.*

[123] *Op. cit.*, p. 102. (Serie de artículos de 1904: "Allerhand Revolutionäres".)

había que pensar ante todo en las demostraciones magníficamente disciplinadas contra el derecho prusiano de las tres clases.

Una socialdemocracia fuerte, escribía Kautsky a Viktor Adler en 1907, "*debe* aparecer como el cuco de las clases en el gobierno, si éstas la toman en serio. Solamente si por vosotros no se nutre ningún respeto, podéis estar seguros que no se los considerará un cuco. Entonces se nos juzgará como pequeños burgueses inocuos, que detrás de las grandes palabras no ocultan ninguna voluntad seria ni ninguna fuerza...".[124]

La "aureola" y el "prestigio" de llevar "siempre consigo una indestructible fidelidad a los principios y una solidez de carácter" son considerados como valores más elevados que la aspiración al "real poder en el gobierno".[125] Un partido que se deja inducir por una victoria electoral a considerarse "como factor de poder" desconoce, según Kautsky, las "raíces de la fuerza efectiva de un partido socialdemócrata" que se encuentran también en el hecho de que él actúa como "partido de agitación".[126] Apenas este partido "solamente se pregunta cómo alcanzar éxitos prácticos" y "no se ocupa más del modo de actuar sobre el pensamiento de la masa" destruye las premisas de un avance victorioso propio.[127] Este progreso aparece ante Kautsky como un proceso que se cumple con la necesidad de una ley natural y que se funda sobre "el carácter indispensable en lo económico" del proletariado, el cual "representa el más importante medio de poder del proletariado..., el único que él, el proletariado, en ocasión de una gran decisión, puede lanzar sobre el platillo de la balanza frente a la prensa, al parlamento, a la burocracia, al dinero, al ejército".[128] Se plantea ahora un interrogante: Qué realidad se oculta desde el punto de vista sociológico detrás del proceso de desarrollo —fundado sobre una base seudonaturalista-económica— que domina el pensamiento político de Kautsky y de los kautskianos. Se ilumina una identificación cada vez más evidente del concepto kautskiano de desarrollo con el crecimiento concretamente determinable del partido, es decir con la ampliación de las organizaciones obreras y el acrecentamiento de las masas de los electores. El kautskismo es la trascripción ideológica de la confiada esperanza en un ulterior aumento del número de los votos y de la aversión contra acciones extraparlamentarias peligrosas. Es lógico que Kautsky designe a la batalla electoral como la "más poderosa acción de masas del proletariado" y que al mismo tiempo vea en la campaña electoral una "válvula de seguridad" que previene "la

[124] Carta del 20.6.1907, en V. Adler, *Briefwechsel* cit., p. 479.

[125] *Op. cit.*, p. 481.

[126] *Op. cit.*, pp. 480 y ss.

[127] *Op. cit.*, p. 480.

[128] Kautsky a Adler, 9.6.1902, en *op. cit.*, p. 405.

Generated by CamScanner from intsig.com

explosión".[129] Las elecciones para el parlamento aparecen así como piedras miliares del desarrollo. Para las "próximas elecciones parlamentarias" se trata "de reunir y aplicar todas las fuerzas".[130] "Asfixiaríamos todos los gérmenes tan prometedores que encierra la próxima elección para el parlamento si antes de la misma provocásemos sin necesidad luchas que nos produjeran derrotas graves".[131]

En los resultados electorales se efectiviza el mismo desarrollo misterioso, cuyo curso normal, es decir pacífico, el partido debe en lo que depende de sus fuerzas defender contra las perturbaciones internas –causadas por la discordia en las propias filas– y externas –causadas por las medidas coercitivas adoptadas por las clases dominantes o provocadas por la verificación en la sociedad de graves perturbaciones similares a las catástrofes naturales. A este respecto, el partido no puede hacer otra cosa que iluminar, reunir y organizar a las masas. Sin embargo, con la organización el partido no logra "eliminar plenamente lo imprevisto, aunque lo limita al mínimo. De esta manera introduce una mayor permanencia en las luchas de las clases inferiores, evita derrotas aniquiladoras, aunque desde luego ya no puede registrar triunfos tan brillantes como la acción espontánea de la gran masa popular desorganizada".[132]

Si no obstante –cosa que Kautsky no excluye, y más aún, a partir de su libro *El camino del poder,* teme– el desarrollo político y social "perderá considerablemente su estabilidad, volverá a proceder por saltos, a tornarse impredecible",[133] el partido no podrá entonces hacer nada, "salvo procurar que no nos tomen totalmente inadvertidos".[134] Pero la preparación para una derrota eventual sólo puede consistir, por otro lado, en la organización de capas cada vez más vastas de la población, donde los trabajadores, "a quienes su vida en la organización los ha educado para la reflexión, la disciplina y la confianza en su causa, sabrán sobrellevar con mayor entereza el fracaso, en retirada ordenada, sin pánico ni desesperación, para volver a reunirse y comunicarse a breve plazo".[135]

Cierto es que nada justifica el riesgo de una derrota que interrumpa el prometedor proceso de desarrollo que se abre por sí mismo su camino. "Experimentos" refomistas demasiado avanzados y agitaciones de masa

[129] K. Kautsky, *Massenstreik* cit., p. 276 (reimpresión de la serie de artículos "Die Aktion der Masse" aparecido en 1911 en *Die Neue Zeit*). En español, estos artículos fueron incluidos en Cuadernos de Pasado y Presente, n. 63, pp. 13-45.

[130] *Op. cit.*, p. 244 *(Was nun?*, cfr. nota 97). [En esp., p. 152.]

[131] *Op. cit.*, p. 243. [En esp., pp. 152-153.]

[132] *Op. cit.*, p. 271 *(Die Aktion der masse).* [En esp., p. 32.]

[133] *Op. cit.*, p. 279 p. 43

[134] *Op. cit.*, p. 280 p. 44

[135] *Op. cit.*, p. 279 p. 43

que desordenadamente arrastren más allá de las vías parlamentarias aparecen de igual modo indeseables. El partido debe por un lado cuidarse de estimular demasiado las expectativas de las masas, y por el otro lado adoptar medidas para que su fuerza propagandística no disminuya. Necesita del respeto de sus adversarios pero no desea desafiarlos a una real prueba de fuerza. Su comportamiento responsable y su ideología seudoradical sirven tanto a su política moderada como al decurso pacífico del desarrollo. El "partido propagandista" no es el motor de este desarrollo sino su instrumento.[136] Aunque sus votos en las elecciones aumenten de modo tan poderoso que en definitiva "el logro de la mayoría absoluta" parezca haberse convertido en una cuestión de pocos años",[137] ni Bebel y la dirección del partido ni Kautsky quieren pensar en cómo los éxitos electorales pueden ser trasformados en poder político concreto. En la imperturbada prosecución del proceso pasivo y fascinante de aumento del número de votos —no en la realización del poder representado por el partido— está

[136] Particularmente característica es la crítica de Kautsky a la huelga de masas belga por el sufragio universal en su carta a Adler del 23.5.1902 (en V. Adler, *Briefwechsel* cit., p. 401 y ss): "Los jefes belgas no tenían evidentemente ninguna idea de lo que el sufragio universal significa en la actualidad para los belgas, de otro modo habrían desde el principio cambiado de tono. No suponían que él habría significado el principio del fin no sólo del régimen clerical sino también de la dignidad real y del mismo régimen burgués y que por tanto ellos habrían encontrado la máxima resistencia, no habrían logrado ninguna ayuda de los liberales y por ello sólo osarían lanzarse a la batalla si hubieran podido tener en sus manos cartas muy fuertes. Pero evidentemente ellos ni siquiera han sospechado que nuestro partido no tiene ningún motivo para acelerar esta decisión sin necesidad. En efecto, ¿cual sería la consecuencia de su victoria? Ninguna otra que una posición casi imposible en la que es muy poco lo que se puede hacer, y en la que se puede naufragar fácilmente." No sería deseable ni una coalición con los liberales ni una victoria electoral socialista sobre estos últimos. En el caso de que el sufragio universal determinara el aniquilamiento de los liberales, se encontrarían frente a frente sólo dos grandes adversarios: los clericales y los socialdemócratas.

"Si nosotros conquistamos la mayoría en estas condiciones, el asunto se tornaría verdaderamente fatal. Los nuestros estarán obligados a formar un gobierno por sí solos y mostrar lo que el socialismo puede hacer. ¿Pero qué se puede hacer en un país como Bélgica que tanto políticamente como económicamente depende por completo del exterior? El pueblo espera grandes cosas de nosotros. Pero en ese pequeño ambiente nosotros sólo podríamos hacer cosas modestas y tarde o temprano entraríamos en conflicto con todo el mundo.

"Como es natural no se puede escoger la situación en la cual se llega al poder, y si la situación lo impone se deben intentar las cosas más difíciles. Ningún hombre razonable, sin embargo, querrá acelerar artificialmente la maduración de una situación tan difícil.

"Si por lo tanto nuestros compañeros fueran razonables, no deberían ofrecer batalla. ¡Tenían una situación tan cómoda! Ellos no tenían necesidad de otra cosa que de ser fieles a los principios y de mantener firme el derecho de voto para las mujeres y todo el asunto habría concluido!"

[137] K. Kautsky, *Massenstreik* cit., p. 241 *(Was nun?)*.

Generated by CamScanner from intsig.com

encerrada para las instancias del partido la solución hasta de los problemas más urgentes de la época. Así Bebel en casi todas las elecciones políticas atribuía con desconsiderado optimismo al crecimiento de los votos socialdemócratas una influencia antibelicista[138] y Kautsky, con igual ingenuidad desde el punto de vista de las relaciones de fuerza, comprobaba que "el rapidísimo reforzamiento del partido" habría diferido en primer lugar la guerra y por tanto paradojalmente también la revolución, "puesto que la guerra es hoy sinónimo de revolución".[139]

Un testimonio característico de la actitud, kautskianamente justificada, de la espera pasiva en todas las cuestiones decisivas de la gran política es el *Prefacio* –compuesto en 1911– de Bebel a *Las luchas de clases en Francia* de Marx, en el que él remite a la memoria "el desarrollo –que procede como un hecho inevitable– de la socialdemocracia" y declara posible que el probable aumento de los votos socialdemócratas en las próximas elecciones para el parlamento "podría impulsar al gobierno y a las clases dominantes a plantearse la pregunta: ¿Qué hacer ahora?", para luego proseguir inmediatamente: "Romperse la cabeza sobre la respuesta a esta pregunta no es tarea nuestra. Es muy posible, por lo tanto, que suceda uno de aquellos momentos histórico universales que imponen al desarrollo de un pueblo grande, numeroso e inteligente, como es el pueblo alemán, caminos nuevos, lo quieran o no las clases dominantes. Para la socialdemocracia queda establecida la regla de conducta: ocurra lo que quiera ocurrir, esto no la hará alejarse del terreno propio o bien inducirla a recorrer caminos que le parecen sospechosos; ella no tiene ningún motivo para dejarse inducir a cometer desatinos y actos intencionales de violencia frente a sus enemigos. La socialdemocracia, fortalecida por la conciencia de que todo el desarrollo histórico colabora con ella y que con la fuerza de los argumentos y con la justeza y la evidencia de sus reivindicaciones se convierte en el punto de encuentro para todos aquellos que están interesados en un nuevo orden social sobre bases socialistas –y éstos constituyen en definitiva la enorme mayoría–, puede esperar el porvenir con pie firme y mirada serena."[140]

Se adapta a la perfección el cuadro de esto fatalista optimismo sobre el progreso el hecho de que Bebel sostuviera la opinión de que para asumir y administrar el poder del estado no había necesidad de ningún tipo de preparación o de enseñanza particular.

"Además, en todo gran movimiento popular", él había exclamado en 1903 en Dresde, "se ha encontrado en el momento justo también los hombres aptos. Y si alguna vez ha existido un gran movimiento de cultura en el mundo, que haya producido sus hombres y sus mujeres aptas, éste es el

[138] Cfr. G. Mayer, *Erinnerungen*, Munich, 1949, p. 180.

[139] K. Kautsky, *Massenstreik* cit., p. 213; cfr. *Der Weg zur Macht*, p. 101.

[140] K. Marx, *Klassenkämpfe in Frankreich* cit., pp. 4 y 6 (prefacio de August Bebel).

caso de la socialdemocracia *(tempestuosos aplausos)*. Si nosotros mañana a través de cualquier circunstancia arrancásemos a nuestros adversarios de sus puestos y pudiésemos sentarnos nosotros mismos, no tengáis preocupaciones, pues nosotros sabremos ciertamente qué hacer *(gestos de asentimiento)*".[141]

El pensamiento "de lo que... todos nuestros compañeros de partido" habrían "hecho en los sindicatos, en los entes de asistencia de los enfermos, en las magistraturas laborales, en los parlamentos"[142] lo satisfacía plenamente. Por lo demás, él creía que podía confiar en el hecho de que para todas las exigencias planteadas por el control de la "máquina" del estado habrían disponibles "numerosos consejeros privados... y hasta directamente ministros" si éstos recibían "un tratamiento decoroso y una mejor retribución".[143] No menos ciegamente que el gran tribuno del pueblo, Kautsky tenía confianza que las capacidades del proletariado, ya tan excelentemente demostradas, habrían ulteriormente crecido en relación al aumento de sus fuerzas; y "si alguna vez tiene en sus manos el poder del estado el proletariado podrá disponer también de todos los enormes recursos materiales y espirituales de los que dispone el poder del estado".[144]

El cómodo punto de vista del agnosticismo –correspondiente a la actitud de la dirección del partido– según el cual "no es tarea nuestra escoger recetas para la cantina del porvenir"– encontró en la kautskiana certidumbre de la fe ("No somos nosotros quienes deberemos llevar a su realización este desarrollo la revolución"),[145] una tranquilizadora confirmación que además se presentaba con la pretensión de rigurosa cientificidad. Partiendo de aquí todas las tentativas de lograr una idea concreta del objetivo –la discución en torno a esta idea en el interior del partido parecía contradecir los intereses de la táctica de la integración– se podían clausurar y desacreditar como inútiles fantasías.

9. CONCLUSION

El empobrecimiento y la cristalización del horizonte político, que en las citas hasta aquí reproducidas se torna evidente, parecen a primera vista

[141] *Protokoll Dresden 1899*, p. 319.

[142] *Op. cit.*, p. 318.

[143] *Protokoll Hannover 1899*, p. 127.

[144] K. Kautsky y B. Schienlak, *Grundsätze und Forderungen der Sozialdemokratie. Erläuterungen zum Erfurter Programm*, folleto de propaganda, Berlín, 1899, p. 24. Cfr. K. Kautsky, *Bernstein u. das sozialdem. Programm*, p. 193; *Massenstreik*, p. 271 *(Die Aktion der Masse*, cfr. nota 129).

[145] K Kautsky, *Die soziale Revolution*, Berlín, 1902, pp. 3 y 1.

Generated by CamScanner from intsig.com

estar en flagrante contradicción con la flexibilidad oportunista que signó la práctica de la socialdemocracia de preguerra. Sin embargo, las dos peculiaridades del carácter político del partido no son pensables una sin la otra. Como comprobaba Arthur Rosenberg, al que debemos la más penetrante descripción de este nexo, "la socialdemocracia alemana oficial de la preguerra, cuyo representante era August Bebel, unía un fuerte activismo político-social a un radicalismo pasivo y formal en todos los demás sectores de la vida pública. Con los problemas de la política exterior y del ejército, de la escuela y de la justicia, de la administración, directamente de la economía en general, y particularmente de la cuestión agraria, el funcionario socialdemócrata medio no tenía ninguna relación. No pensaba que habría de llegar el día en que el socialdemócrata tendría que decidir sobre todas estas cosas. Sentía de corazón todo aquello que tenía relación con los intereses profesionales del trabajador de la industria en sentido estricto. Aquí, él era experto y activo. Junto a esto le interesaba quizás sobre todo la cuestión del derecho electoral. . . Las elecciones para el parlamento eran el barómetro para el estado del movimiento socialdemócrata. Conquistar un colegio electoral era el honor más alto para la organización socialdemócrata local. Cuanta más energía los obreros desplegaban en las elecciones parlamentarias tanto más doloridos estaban porque en Prusia el derecho electoral de las tres clases condenaban a los obreros a la impotencia [. . .] Pero un movimiento político que confía solamente en la boleta electoral y descuida todos los demás factores puede encontrar grandes desilusiones [. . .] La vieja socialdemocracia alemana tenía el pleno derecho de enfatizar el significado de las elecciones parlamentarias y de prepararse para ser lo más fuerte posible en el Reichstag. Ella tenía igualmente razón cuando aspiraba a la reforma del atrasado sistema electoral prusiano. Pero con el radicalismo puramente formal que dominó el partido hasta 1914, el culto de las elecciones y de los éxitos electorales constituía un cierto peligro. Nadie en verdad ha formulado tal teoría y todo funcionario socialdemócrata habría rechazado con desdén una tesis semejante; pero en el subconsciente del socialista medio de antes de 1914 el mundo aparecía de modo tal que la política social y el derecho electoral eran las cuestiones principales y todas las demás cosas flotaban en una finísima niebla. Esta educación unilateral de los obreros alemanes debida a la socialdemocracia oficial, habría de vengarse amargamente en la revolución sucesiva al 9 de noviembre."[146]

La realidad demistificada del partido, como nos la pone delante de los ojos Rosenberg, debe ser comprendida en sus elementos esenciales como resultado de dos componentes fecundas de historia que han determinado de manera decisiva el proceso de desarrollo histórico-social de la socialdemocracia alemana de preguerra. Si por una parte la socialdemocracia

[146] A. Rosenberg, *Geschichte d. deutschen Republick* cit., pp. 16-18.

alemana subyace —como los demas partidos obreros europeos, que deben ser computados completamente en el nuevo tipo, característico de la II Internacional, de los partidos profesionales de los trabajadores de la industria—[147] en las mismas condiciones de desarrollo del capitalismo industrial en ascenso, por la otra parte ella está caracterizada por las particulares condiciones políticas del imperio de Bismarck.[148] A este respecto, no se debe pensar solamente en el hecho de que el modelo estructural del estado prusiano de los militares y de los empleados tenía influencia también sobre la socialdemocracia y que la hegemonía de la organización sobre todo el partido, propia de la socialdemocracia prusiana, bajo ciertos aspectos fuera perfectamente parangonable al predominio de La Prusia en el imperio, sino sobre todo en el hecho de que la despolitización de la burguesía alemana tuvo como consecuencia también una insuficiente politización de las exigencias de emancipación del cuarto estado. En el estado bismarckiano, por su naturaleza semiabsolutista, los partidos políticos, que "no podían necesariamente desempeñar en él su auténtica función",[149] fueron mantenidos alejados y eximidos de las responsabilidades de gobierno. Si los socialdemócratas en su política práctica se limitaban esencialmente a la representación de los intereses, esto correspondía a la tendencia general del imperio alemán a la "economización"[150] de los partidos. No de otra manera se comportó la socialdemocracia en lo que concierne a la ausencia de una relación realista con el poder y con la política del poder. En efecto, hasta los hombres de primer plano de los partidos burgueses no "tenían ningún deseo de poder y no tenían ni la intención ni la capacidad de asumir puestos de hombres de estado responsables", sino que se contentaban con un rol de opositores críticos.[151] Los socialdemócratas sentían tanto menos la estrecha limitación de su espacio de acción política en cuanto gran parte de su vida política se desarrollaba en sus propias organizaciones, que con todas sus prolongaciones deben ser consideradas como el más importante movimiento cultural y educativo que Alemania jamás había tenido. Por lo demás, la construcción y el mantenimiento de este complejo de organizaciones ofrecía una vasta gama de posibilidades de sucedáneos de satisfacción política, de modo tal que a su vez precisamente el meritorio trabajo pedagógico del partido contribuía a su fatal encapsulamiento y aislamiento.

[147] Cfr. A. Rosenberg, *Demokratie u. Sozialismus* cit., p. 281. Para la autocrítica socialdemócrata después de 1933, cfr. E. Matthias, *Sozialdemokratie u. Nation*, pp. 53 y ss. (Hilferding).

[148] Cfr. E. Matthias, *op. cit.*, pp. 53 y ss.

[149] S. Neumann, *Die deutschen Parteien*, Berlín, 1932, p. 21.

[150] *Op. cit.*, p. 20.

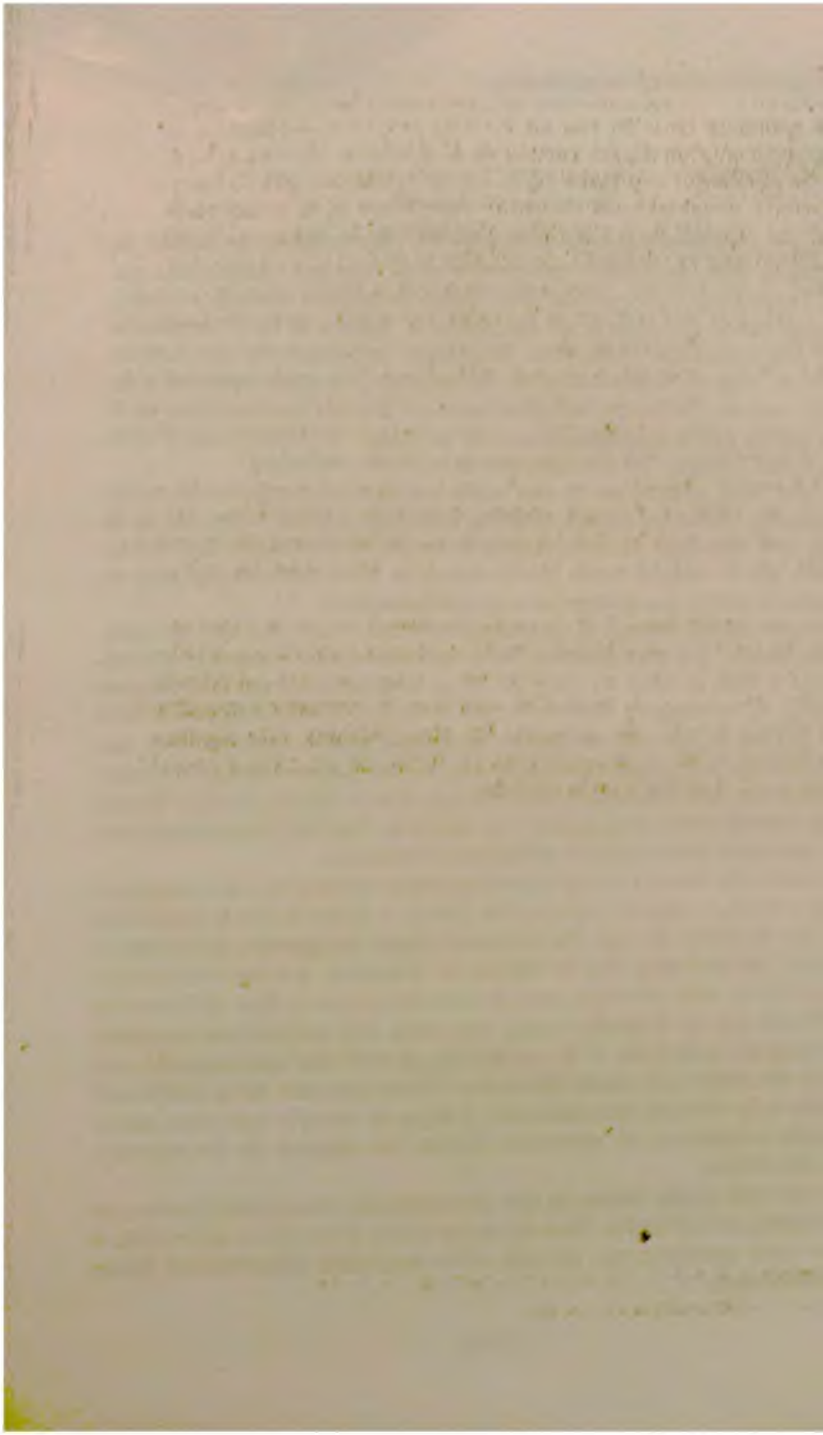
[151] M. L. Bonn, *So macht man Geschichte*, Münich, 1953, p. 41. Cfr. F. Stampfer, *Die vierzehn Jahre der ersten deutschen Republick*, Hamburgo, 1953, pp. 9 y ss.

Generated by CamScanner from intsig.com

Es así como la socialdemocracia de preguerra aparece ante nosotros como una grandiosa creación con un carácter propio y autónomo y al mismo tiempo como un típico partido de la Alemania imperial, el cual, si bien hacia el exterior expresaba vigor, era un coloso con piés de barro, cuyo desarrollo presentaba los elementos específicos de la deformación estructural del sistema de los partidos alemanes desde la fundación del Reich. También ella en el fondo no deseaba ningún cambio de las relaciones existente, puesto que "estaba contenta con la existencia del estado imperial y del ordenamiento de la sociedad capitalista como realidades inconmovibles".[152] Es verdad que "el proletariado en lucha", como Kautsky admite en 1904 en su serie de artículos *Allerhand Revolutionäres*, "con una constitución como la del imperio alemán progresó políticamente de la manera más satisfactoria".[153] En verdad, fueron hechas nuevas tentativas para ampliar el estrecho horizonte político que no sólo comprometía al partido en el respeto al orden existente, sino que impedía también la aceleración activista de sus aspiraciones de reforma democrática. Tales tentativas sin embargo fracasaron ya por la táctica de la integración que evitaba todo riesgo; y la ideología kautskiana de la integración suministró por otra parte el barniz seudorrevolucionario a las anteojeras que se habían formado en la socialdemocracia durante su desarrollo en la Alemania imperial. Se produce así el hecho aparentemente paradojal de que la ideología "revolucionaria" confirmaba y al mismo tiempo facilitaba el proceso de adaptación que insertó la socialdemocracia en la Alemania imperial y en su degenerado sistema de partidos. En otras palabras, esto significa que el kautskismo se había convertido en un factor de estabilidad para el orden existente en el estado y en la sociedad.

[152] A. Rosenberg, *Geschichte d. deutschen Republik* cit., p. 16.

[153] K. Kautsky, *Massenstreik* cit., p. 83.



Generated by CamScanner from intsig.com

Karl Kautsky

LA REVOLUCIÓN SOCIAL

Generated by CamScanner from intsig.com

PREFACIO DE LA EDICION ALEMANA

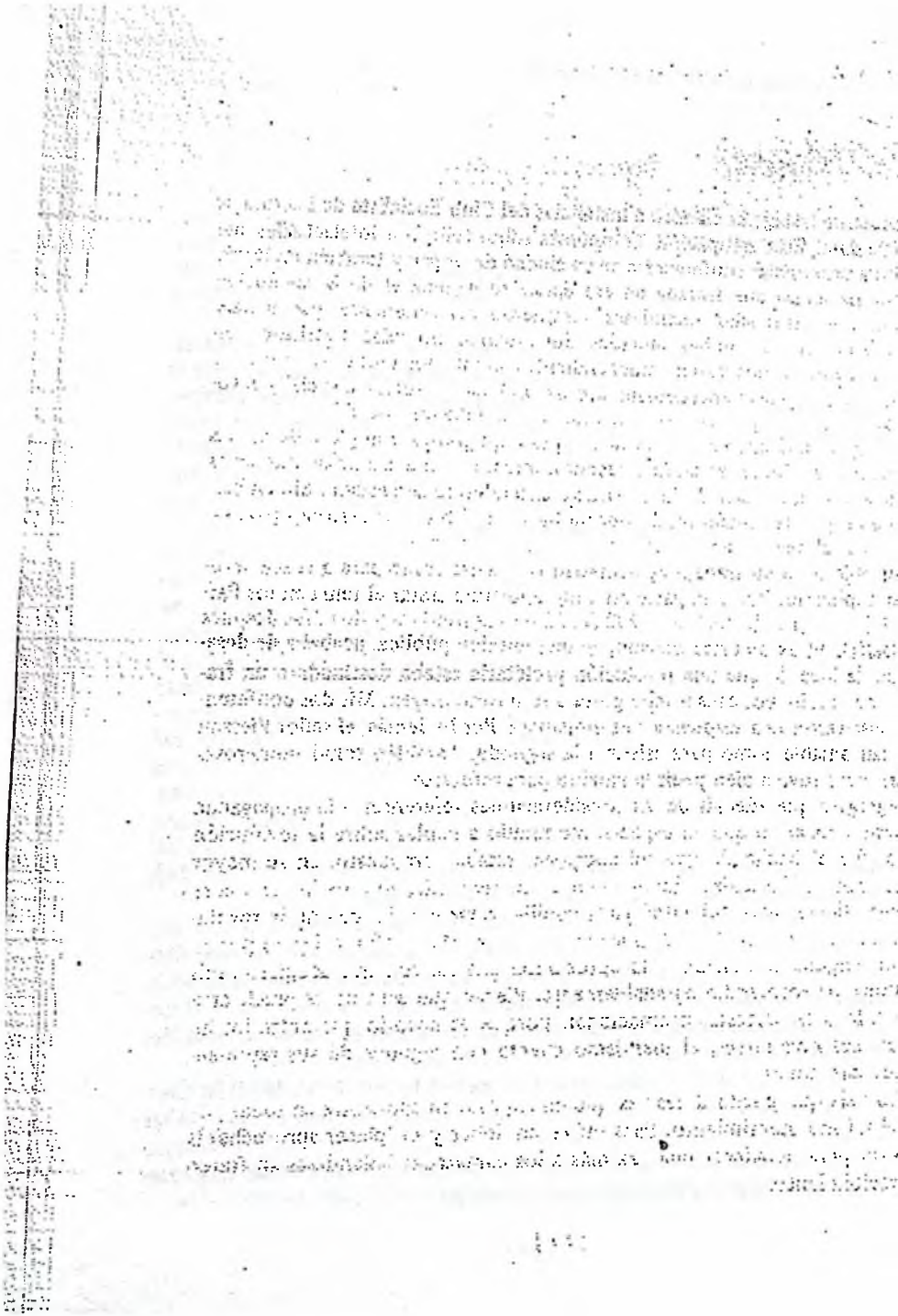
El presente trabajo se elaboró a instancias del Club Socialista de Lectura de Amsterdam. Esta agrupación, compuesta sobre todo por intelectuales, me invitó a pronunciar conferencias en su ciudad de origen y también en Delft. Entre los temas que trataba en esa época se hallaba el de la revolución social. Los camaradas holandeses admitieron perfectamente que hablase del mismo tema en ambas ciudades. Sin embargo, no quise repetirme y dividí mi tema en dos partes, independientes en muchos sentidos, pero en el fondo unidos por el encadenamiento de las ideas: "Reforma social y revolución social"; luego, "Al día siguiente de la revolución social".

Lo que aquí aparece no es una copia taquigráfica completa de ambas conferencias. Como las escribí después, introduje muchas cosas que en la tribuna tuve que dejar de lado para no extenderme demasiado. Sin embargo, dado que de ningún modo quería hacer un libro, me restringí para no desbordar el marco que se impone a un conferenciante.

El objeto de mi trabajo es demasiado evidente como para que sea necesario explicarlo. Por otra parte era muy oportuno tratar el tema en los Países Bajos a fines de abril de 1902 (el 22 en Amsterdam y dos días después en Delft). El ex-ministro Pierson, en una reunión pública, acababa de desarrollar la idea de que una revolución proletaria estaba destinada a un fracaso inevitable, por causas inherentes a su mismo origen. Mis dos conferencias suscitaron una respuesta casi inmediata. Por lo demás, el señor Pierson fue tan amable como para asistir a la segunda. También tomó numerosas notas, pero tuvo a bien pedir la palabra para refutarse.

Agregaré que además de las consideraciones referentes a la propaganda general y local, lo que en especial me indujo a hablar sobre la revolución social fue el hecho de que mi auditorio estaba compuesto, en su mayor parte, por intelectuales. Por lo menos en Alemania, son los intelectuales quienes tienen más dificultad para familiarizarse con la idea de la revolución. Parece que en Holanda sucede otra cosa. Mis conferencias no provocaron ninguna refutación y la aprobación general con que acogieron mis palabras me sorprendió agradablemente. Pienso que esto no se puede atribuir sólo a la cortesía internacional, porque es notorio que entre los intelectuales holandeses, el marxismo cuenta con algunos de sus representantes más firmes.

Lo más que puedo desear es que mi exposición encuentre en todas partes el mismo asentimiento. Para mí es un deber y un placer aprovechar la ocasión para agradecer una vez más a los camaradas holandeses su fraternal recibimiento.



Generated by CamScanner from intsig.com

PRIMERA PARTE

REFORMA SOCIAL Y REVOLUCION SOCIAL

Generated by CamScanner from intsig.com

I. LA IDEA DE LA REVOLUCION SOCIAL

Pocas ideas suscitan tantas discusiones como la de la *revolución*. En primer lugar, y en gran medida, ello se debe al hecho de que no hay muchas nociones tan hostiles a los intereses y a los prejuicios que dominan el medio actual, pero también al hecho de que la palabra *revolución* implica múltiples acepciones.

Por regla general, no es posible delimitar con precisión los acontecimientos, como se puede hacerlo con las cosas. Esto es verdadero sobre todo para las eventualidades de tipo social, que son en extremo complejas, cada vez más a medida que la sociedad evoluciona, es decir a medida que se diversifican las formas de las relaciones entre los individuos. Ahora bien, una revolución social, es decir un trastocamiento total de las formas que revistieron hasta ahora las relaciones individuales, pertenece a la categoría de las eventualidades más complejas.

No hay que asombrarse de que semejante palabra, que todo el mundo emplea, no evoque para todos las mismas ideas, máxime cuando su sentido varía con el tiempo para la misma persona con bastante frecuencia. Para algunos evoca barricadas, incendios de castillos, guillotinadas y setembrinadas, en fin, la acumulación de todas las atrocidades imaginables. Por el contrario, otros querrían limarle todas sus aristas, por así decirlo, y darle el sentido de una transformación social, considerable, pero pacífica y apenas sensible para los contemporáneos, poco más o menos como las que determinaron el descubrimiento de América y la invención de la máquina de vapor. Entre estos dos extremos hay una multitud de matices usuales.

En el prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*, Karl Marx llama revolución social a la transformación lenta o brusca del vasto conjunto de las superestructuras política y jurídica de la sociedad, resultante del cambio de las bases económicas de ésta.

Aceptar esta definición significa establecer una distinción fundamental entre la idea de revolución social y el hecho del cambio de las bases económicas, por ejemplo de la conmoción producida por la invención de la máquina de vapor o el descubrimiento de América. Es admitir que semejantes trastocamientos, lejos de constituir revoluciones por sí mismos, desempeñan en éstas solamente el papel de causas primeras.

Pero me parece imposible contentarnos con la definición de Marx. Creo que se puede alcanzar mayor precisión. Cualquier transformación de las superestructuras política y jurídica de la sociedad no constituye necesariamente una revolución; para hablar con propiedad, ésta es sólo una categoría, un método especial de transformación.

Los socialistas se inclinan por la acepción más amplia del *término* revolución. De ningún modo esto impide que algunos camaradas quieran eliminar la *cosa* y afirmar que la transformación se puede operar sólo con reformas. De este modo, a la doctrina de la revolución social, se opone la de las reformas sociales y esta oposición constituye el fondo de las discusiones que hoy tienen lugar en nuestro partido. Aquí me atendré a la acepción más estricta y entenderé por revolución social sólo un método especial de transformación social.

La oposición entre reforma y revolución se circunscribe a que en un caso se emplee la violencia y se la excluya en el otro. Toda medida política o jurídica es una medida coercitiva impuesta por el Estado con ayuda de la fuerza. Por otra parte, algunas categorías especiales de violencias, como por ejemplo los combates callejeros o las ejecuciones en masa, no caracterizan en esencia a una revolución como fenómeno opuesto a las reformas. Estas pueden resultar de circunstancias aisladas, es decir, no relacionarse para nada con una revolución; pueden apoyar un movimiento reformista. Cuando el 17 de junio de 1789, en Francia, los diputados del tercer estado se constituyeron en asamblea nacional, cumplieron un acto eminentemente revolucionario y sin embargo no hicieron ningún despliegue de violencia. También en Francia se desarrollaron entre 1774 y 1775 grandes insurrecciones que tenían como único objetivo, de ningún modo revolucionario, llegar a fijar un precio para el pan y terminar con la carestía de este alimento.

Sin embargo, es incontrovertible que los combates callejeros y las ejecuciones en masa, si bien no bastan para caracterizar una revolución, en cambio sirven para esclarecernos en forma indirecta sobre lo que en realidad es una revolución. El gran trastrocamiento que se inició en Francia en 1789 se ha convertido en el tipo clásico de revolución. Todo el mundo piensa en ello cuando se trata el tema de la revolución. Si lo estudiamos podremos comprender mejor qué es una revolución en sí misma y en oposición a las reformas.

La revolución fue precedida por una serie de tentativas reformistas, en especial las de Turgot, para citar sólo las más conocidas y, en muchos aspectos, estas tentativas tenían el mismo objetivo al que la revolución habría de tender. Ahora bien, ¿qué distingue las reformas de Turgot de las medidas análogas tomadas por los poderes revolucionarios? Que las segundas resultaban de la conquista del poder político por una nueva clase. En esto reside la diferencia esencial entre reformas y revolución.

Las medidas que tienden a adaptar las superestructuras políticas y jurídicas de la sociedad a condiciones económicas nuevas, son reformas si emanan de las clases que, hasta ese momento, ejercieron en la sociedad la soberanía política y económica. También son reformas si, en lugar de habérselas aceptado de buen grado, fueron arrancadas por medio de un esfuerzo de las clases dominadas o simplemente impuestas por la fuerza de

Generated by CamScanner from intsig.com

las circunstancias. Por el contrario, si son obra de una clase que, oprimida política y económicamente, acaba de conquistar el poder político y, como es necesario, y además fatal, lo utiliza para metamorfosear en su beneficio, en forma lenta y rápida, la totalidad de las superestructuras políticas y jurídicas e instituir nuevas formas de relaciones sociales, entonces constituyen fases de una revolución. Por lo tanto, la conquista de la fuerza gubernamental por una clase oprimida hasta ese momento o, dicho de otro modo, la revolución política, es una característica de la revolución social en el sentido más estricto del término, en el sentido directamente opuesto al de la reforma social. Rechazar en principio la revolución política como medio de transformación social, querer restringir esta transformación a las medidas que se pueden obtener de las clases dirigentes, es ser un reformista, –un *Sozialreformer*, se dice en Alemania– aunque se alimente un ideal absolutamente opuesto a las modalidades sociales existentes. Por el contrario, ser un revolucionario es querer que una clase oprimida hasta ese momento conquiste los poderes públicos y no significa dejar de ser revolucionario preparar y acelerar esta conquista con la ayuda de medidas que se pueden arrancar a las clases dominantes. Tanto el reformista como el revolucionario quieren reformas; lo que los distingue es que el primero reduce la transformación social a una serie de reformas.

Por otra parte, una revolución política sólo se transforma en una revolución social si la realiza una clase oprimida y obligada a asegurar su liberación política por medio de la emancipación social, porque su condición social llegó a ser un obstáculo irreductible para lograr el poder político. De modo que un conflicto en el seno de las clases dirigentes podrá llegar a presentar los más violentos caracteres de guerra civil, pero no por ello será, en absoluto, una revolución social.

Me ocuparé de la revolución social sólo en el sentido que se acaba de describir.

2. EVOLUCION Y REVOLUCION

Entre los intereses de las clases dirigentes y una reforma social no hay una incompatibilidad fundamental. La reforma consolida por un momento su situación social; hasta puede llegar a reforzarla. Por el contrario, una revolución social se opone en forma absoluta a los intereses de las clases dominantes, porque siempre equivale a la supresión de su hegemonía.

Por lo tanto, no es de asombrar que las clases dirigentes de todos los tiempos hayan maldecido y calumniado a la revolución y que, apenas les parecía que su soberanía estaba amenazada, se hayan esforzado por sustituir la idea de la revolución social por la de reformas sociales, reformas que con frecuencia se conformaron con realizar en el cielo.

Siempre se han pedido prestados argumentos contra la revolución a las doctrinas más en boga. Mientras el cristianismo rigió el pensamiento humano se reprobó la revolución como una satánica rebellón contra las autoridades instituidas por Dios. El Nuevo Testamento es rico en anatemas de este tipo, porque vio la luz en la época de los césares, es decir cuando cualquier rebelión contra los poderes temporales parecía desesperadamente vana y había desaparecido la libertad de la vida política. Sin embargo, las clases revolucionarias podían replicar con argumentos tomados del Antiguo Testamento, argumentos que todavía se encuentran en distintas formas en el espíritu de una democracia de origen bastante reciente.

Más tarde, cuando la mentalidad teológica fue remplazada por las concepciones jurídicas, se llegó al siguiente razonamiento: la revolución es una ruptura violenta del derecho en vigor, pero como nadie tiene derecho a atentar contra el derecho, el derecho a la revolución es un absurdo y la revolución sólo puede ser la negación del derecho. Entonces los protagonitas de las clases ascendentes oponían al derecho en vigor, es decir, convertido en histórico, el derecho reivindicado por esas clases, un derecho eterno, afirmaban ellos, porque estaba basado en la razón y en la naturaleza, el inalienable e imprescriptible derecho humano. Sólo se trataba de restaurar un orden jurídico, que por ser el único legítimo, evidentemente sólo se había podido abolir por medio de una violación del derecho y, en consecuencia, no se podía considerar a esta restauración como un atentado al derecho, aun cuando para realizarla hubiera que recurrir obligatoriamente a una revolución.

En la actualidad, los elementos teológicos no tienen mayor influencia en las masas revolucionarias del derecho actual y de los gobiernos, pues han perdido su poder persuasivo. El origen revolucionario del derecho actual y de los gobiernos del presente, ¿no es demasiado reciente como para que en su favor se pueda invocar la legitimidad? No sólo el gobierno de Francia tiene un origen revolucionario, sino también el de Italia, el de España, el de Bulgaria, el de Inglaterra y el de Holanda. Los reyes de Baviera y de Wurttemberg, los grandes duques de Baden y de Hesse deben sus títulos y considerables porciones de sus estados a un revolucionario improvisado: Napoleón. Los Hohenzollern pudieron llegar a instalar su trono sobre las ruinas de otros. Los mismos Habsburgos, ¿no se inclinan ante la revolución de Hungría? Si Andrassy, cuya efigie fue colgada en 1852 como culpable de alta traición, se convirtió en ministro imperial en 1867, fue en virtud de la influencia que ejercieron las ideas de la revolución nacional húngara en 1848.

Por otra parte, la burguesía tenía un interés fundamental en todas estas violaciones del derecho histórico. Y una vez convertida en clase dirigente, tanto menos podía condenar la revolución en nombre de este derecho, cuanto sus juristas multiplicaban sus esfuerzos para conciliar el derecho natural y el derecho histórico. Por lo tanto, para anatematizar la revolución, le

Generated by CamScanner from intsig.com

hacían falta argumentos más eficaces. Los encontró en una mentalidad nueva, cuyo advenimiento, en síntesis, provenía del suyo mismo: en la teoría moderna de las ciencias naturales. Mientras la burguesía fue revolucionaria, las ciencias naturales estaban dominadas, tanto en biología como en geología, por las teorías catastrofistas. Se entendía que en la naturaleza todo procedía por medio de grandes y bruscos sobresaltos. Cuando se realizó la revolución burguesa, las teorías catastrofistas, fueron remplazadas por la idea de un desarrollo continuo, insensible, que se producía por el sucederse de innumerables e ínfimos progresos y adaptaciones y con la ayuda de una perpetua competencia vital. La burguesía revolucionaria había considerado de muy buen grado, lógicas y normales a todas las catástrofes sin excepción, mientras que la burguesía conservadora declaró que esta concepción era ilógica y antinatural.

Por supuesto, no pretendo que los naturalistas, en sus sucesivas teorías, hubiesen sido determinados por las necesidades políticas y sociales de la burguesía. Los representantes de las teorías catastróficas profesaban opiniones profundamente reaccionarias y que no eran revolucionarias en absoluto. Pero el espíritu de clase influye indudablemente sobre todos, y todos tiñen con él en cierta medida, sus convicciones científicas. Con respecto a Carwin, como lo sabemos positivamente, sus hipótesis están muy influidas por las ideas económicas de Malthus, decidido adversario de la revolución. Las teorías de la evolución no por azar nacieron en Inglaterra (Lyell, Darwin). Desde hace ciento cincuenta años la historia de este país se compone de erupciones revolucionarias; pero las clases dominantes siempre supieron despojarlas a tiempo de sus aristas agudas.

Una idea puede estar determinada por la opinión de las clases de las que emana, lo cual de ningún modo prueba que sea verdadera o falsa. Pero su éxito histórico depende de esta opinión. A las nuevas teorías sobre la evolución las adoptaron con rapidez y entusiasmo grandes masas populares que no podían verificarlas. Esto se debía a que estas teorías respondían a necesidades profundas. Por un lado, y esto las volvía preciosas para los sectores revolucionarios, suprimían en forma mucho más radical que las antiguas teorías catastrofistas, la necesidad de reconocer una potencia sobrenatural que crea el mundo por medio de actos sucesivos. Por otra parte, y por ello complacía especialmente a la burguesía, en toda revolución, en toda catástrofe, veían algo monstruoso, contrario a las leyes de la naturaleza, algo absurdo. Todo aquel que hoy quiera combatir la revolución en nombre de la ciencia reivindica la teoría de la evolución. Efectivamente, ella demuestra que la naturaleza no da saltos; cualquier modificación súbita de las condiciones sociales es imposible; el progreso es sólo la suma de modificaciones muy pequeñas, de mejorías sutiles, que cuando se trata de la sociedad, se llaman reformas sociales. Considerada desde este punto de vista, se afirma que la revolución es una noción anticientífica que sólo provoca un levantamiento de hombros en las personas cultivadas.

Se podría responder, sin embargo, que no conviene colocar directamente en el mismo plano a los procesos sociales y los procesos naturales. En forma inconsciente, la concepción que tengamos sobre los primeros influirá sobre la idea que nos hagamos acerca de los otros, como lo acabamos de ver. Pero de ningún modo esto constituye una ventaja. Más bien dificulta, en lugar de favorecer, el pasaje de una ley de una esfera a la otra. Es cierto que cualquier progreso en los métodos de observación, una comprensión más perfecta de los fenómenos en un campo, puede resultar provechosa para nuestros métodos y nuestros conocimientos en otra esfera, y así es, sin ninguna duda; pero no es menos cierto que esta clase de fenómenos está sometida a leyes que no se aplican en otra.

Es necesario distinguir en forma rigurosa la naturaleza inanimada de la naturaleza animada. Si se funda en analogías exteriores, nadie pensará en transportar en forma pura y simple una ley que es válida para un orden de cosas, a otro orden de cosas. A ningún espíritu se le ocurrirá querer resolver los problemas de la reproducción sexual y de la herencia por medio de las leyes de las combinaciones químicas. Pero se comete la misma falta cuando las leyes naturales se aplican directamente a la sociedad; cuando, por ejemplo, reivindicando la lucha por la existencia, se proclama la necesidad natural de la competencia; cuando, apoyándose en las leyes de la evolución natural, se rechaza, se declara imposible la revolución social. Más aún; si las antiguas teorías catastróficas desaparecieron de las ciencias naturales, las nuevas teorías que hacen de la evolución la suma de ínfimas, insignificantes modificaciones, tropiezan con objeciones cada vez mayores. Por un lado, se produce una inclinación a las teorías quietistas, conservadoras, que reducen la evolución a un mínimum; por otra parte, los hechos obligan a asignar un lugar cada vez más grande a las catástrofes dentro de la evolución natural. Esta observación se aplica tanto a las teorías de Lyell sobre la evolución geológica como a las de Darwin sobre la evolución orgánica.

Se produce una especie de síntesis entre las antiguas teorías catastróficas y las nuevas teorías evolucionistas, semejante a la que efectuó el marxismo. El marxismo distingue entre la lenta evolución económica y el trastocamiento súbito de la superestructura política y económica. Del mismo modo, muchas teorías modernas, tanto biológicas como geológicas, más allá de la acumulación de modificaciones a veces ínfimas, reconocen cambios en forma súbita, profunda, catástrofes que se originan en la evolución más lenta.

Un notable ejemplo lo proporcionan las observaciones comunicadas por De Vries al último congreso de ciencias naturales realizado en Hamburgo. Descubrió que las especies vegetales y animales permanecen mucho tiempo sin sufrir modificaciones; algunas al final desaparecen al llegar a viejas y cuando no se adaptan más a condiciones de existencia, que han variado. Otras especies son más dichosas: "explotan" de golpe, como él

Generated by CamScanner from intsig.com

mismo lo dice, para dar lugar a muchas formas nuevas, de las cuales algunas se mantienen y se multiplican y otras desaparecen porque no se adaptan a las condiciones de existencia.

No tengo de ningún modo la intención de extraer de estas observaciones una conclusión en favor de la revolución. Sería caer en el mismo error que si dedujera de la teoría de la evolución la imposibilidad de la revolución. Pero las observaciones que mencionamos por lo menos prueban que los mismos naturalistas no están de acuerdo acerca del papel de las catástrofes en la evolución geológica y orgánica. Por esta única razón, sería más peligroso deducir de cualquiera de sus hipótesis el papel que la revolución debe tener en la evolución social.

No lo haremos en absoluto, pero responderemos con un ejemplo muy común y que es conocido por todos; mostraremos en forma palpable que la naturaleza también da saltos. Quiero hablar del nacimiento, del alumbramiento. Ahí hay un salto. De golpe, un feto, que constituye una parte del organismo de la madre, que comparte su circulación, que recibe de ella su alimento, que no respira, se convierte en un ser humano independiente, dotado de circulación propia, que respira y grita, come su propio alimento y lo evacua por el intestino.

Por lo tanto, evolución y nacimiento proceden por medio de saltos, por brincos. Pero la analogía entre estos dos fenómenos no se detiene aquí. Examinémoslos más detenidamente. Entonces nos convenceremos de que, en el nacimiento, esta transformación súbita se limita a las funciones. Los órganos se desarrollan lentamente. Es necesario que su desarrollo alcance cierto grado; entonces es posible el salto que desencadena las nuevas funciones. Si este acontecimiento se produce antes de que se haya logrado el desarrollo, el resultado no consiste en el comienzo de las nuevas funciones, sino que, por el contrario, se detienen y el recién nacido muere. Por otra parte, si el lento desarrollo de los órganos en el seno de la madre pudiera proseguir todavía, le resultaría imposible comenzar sus nuevas funciones antes del acto revolucionario del nacimiento. Esto se vuelve inevitable en cuanto los órganos alcanzan un grado determinado de desarrollo.

Si observamos la sociedad, llegamos a la misma comprobación. En ella las revoluciones son el resultado de evoluciones lentas, progresivas. En ella, todavía los órganos sociales se desarrollan con lentitud. Lo que se puede modificar de golpe, en forma revolucionaria, son sus funciones. Los ferrocarriles se desarrollan poco a poco. Por el contrario, una línea de ferrocarril sólo de golpe se puede transformar de explotación capitalista, que sirve para enriquecer a un grupo capitalista, en una empresa socialista que sirva exclusivamente para el bien común. Y, así como en el nacimiento, todas las funciones del niño tienen que ser revolucionadas simultáneamente —circulación de la sangre, respiración, digestión—; del mismo modo, en la línea de ferrocarril, todas las funciones tienen que ser revolucionadas en conjunto, de un solo golpe, dado que todas están estre-

chamente unidas. No se las puede socializar gradualmente, sucesivamente; no se puede, por ejemplo, transformar hoy en funciones públicas las del mecánico y el conductor, unos años más tarde las de los guardabarreras, unos años después las de los cajeros y contadores, etc. La cosa resulta clara en el caso de una línea de ferrocarril, pero no es menos absurdo querer socializar en forma gradual las diferentes funciones de un ministerio en un estado centralizado. Un ministerio también es un organismo que tiene su unidad y cuyos órganos deben cooperar. No se puede modificar las funciones de uno de ellos sin que igualmente se modifiquen las de todos los demás. Resulta extraño pensar que la socialdemocracia podrá conquistar sucesivamente las diferentes secciones de un ministerio. Sería como pretender, por ejemplo, dividir el alumbramiento en una serie de actos sucesivos, distribuidos en muchos meses; en cada uno de estos periodos, un órgano particular pasaría del estado inferior que tiene en el feto al estado más perfecto que se da en el niño; el cordón uniría al recién nacido con su madre hasta que aprendiera a caminar y a hablar.

Así pues, una línea de ferrocarril, un ministerio, no pueden pasar gradualmente de la forma capitalista a la forma socialista. De un solo golpe, en todos sus órganos, simultáneamente, se pueden convertir, de órganos del capitalismo en órganos de la clase obrera. Sin embargo, esta transformación sólo es posible si todos los órganos sociales han llegado a un determinado grado de desarrollo. Subrayemos aquí que el caso es diferente si se trata de la sociedad o del organismo materno: para la primera, es imposible establecer en forma científica el momento en que se llega al grado de madurez necesaria.

Por otra parte, el nacimiento no marca el fin del desarrollo de los órganos, sino por el contrario, el comienzo de su nueva evolución. El niño se halla en nuevas condiciones. Se crean nuevos órganos; los que ya existen continúan perfeccionándose. Aparecen los dientes, los ojos aprenden a ver, las manos toman, las piernas caminan, la boca habla, etc. Por lo tanto, una revolución social no puede constituir el término de la evolución social; es el origen de un nuevo desarrollo. Una revolución socialista, de golpe, puede hacer pasar una fábrica, propiedad capitalista, a la propiedad social. Pero sólo en forma gradual, durante una evolución que continúa con lentitud, la fábrica donde se realiza un trabajo forzado, monótono, repelente, se puede convertir en un lugar seductor donde el hombre ejerza su actividad con felicidad. Una revolución socialista también podría transformar súbitamente en propiedad social las grandes explotaciones agrícolas. Pero, por el contrario, en las regiones donde impera la pequeña explotación campesina, hay que empezar por crear los órganos de una producción social, socialista: esto sólo puede ser el resultado de una lenta evolución.

Como vemos, la analogía entre el nacimiento y la revolución continúa largamente, lo cual prueba que se equivocan los que, reivindicando a la

Generated by CamScanner from intsig.com

naturaleza, afirman que la revolución social es necesariamente una cosa absurda, monstruosa. Pero ya dijimos que no tenemos derecho a deducir de los procesos naturales conclusiones que se aplican directamente a los procesos sociales. Por lo tanto, de ningún modo tenemos derecho a continuar y, basándonos en esta analogía, concluir así: como todo animal tiene que pasar por una catástrofe para llegar a un grado superior de desarrollo (sufrir el nacimiento o romper la cáscara del huevo), del mismo modo una sociedad sólo puede elevarse a un grado superior por medio de una catástrofe.

3. LAS REVOLUCIONES EN LA ANTIGUEDAD Y EN LA EDAD MEDIA

Las analogías extraídas de la historia natural no nos autorizan a decidir si la revolución es o no una necesidad. Sólo podemos resolver el problema estudiando los hechos que nos ofrece la evolución social. Una simple mirada basta para mostrarnos que la revolución social, en el sentido estricto como la entendemos aquí, de ningún modo es la consecuencia necesaria de una evolución social. Aun antes de que aparecieran antagonismos de clase y poder político, existía una evolución social. Pero en este estadio, una conquista del poder político, una revolución social, eran naturalmente imposibles.

Aún después que aparecieran esos antagonismos de clase y el poder político, todavía durante mucho tiempo, no encontramos nada, ni en la antigüedad ni en la Edad Media, que responda a nuestra concepción de la revolución social. Por cierto encontramos luchas de clases exasperadas, cantidad de guerras civiles y catástrofes políticas; pero observamos que ninguna produjo una renovación profunda y duradera de las condiciones de propiedad y, por lo tanto, no instituyeron una forma nueva de sociedad.

A mi entender, las razones de que eso sucediera son las siguientes: en la antigüedad y aún en la Edad Media, la comuna era el centro de la vida económica y política. Toda comuna formaba una comunidad que se bastaba a sí misma, en todos los aspectos esenciales. Se vinculaba con el mundo exterior por medio de nexos muy débiles. Los grandes estados sólo eran aglomeraciones de comunas. Una dinastía, una comuna más poderosa, al dominar y explotar a las otras, mantenía la unión. Cada una gozaba de una evolución económica propia que respondía a las condiciones locales particulares. Asimismo, todas ellas tenían sus luchas de clases especiales. En esta época, las revoluciones políticas sólo eran revoluciones comunales. A primera vista, era imposible trastocar, mediante una revolución política, toda la vida social de una gran región.

En un movimiento social, cuando más pequeña es la cantidad de individuos que participan en él, menos se cohesiona la masa y tampoco alcan-

za a prevalecer lo que tiene un carácter general, lo que se produce en virtud de una ley. Todo ello es superado por lo fortuito, lo personal. La diversidad de las luchas de clases en las diferentes comunas sólo podía agudizar más este fenómeno. Al no intervenir las masas en estas luchas, lo fortuito y lo personal ocultaban todo lo que tiene un carácter general, todo lo que se produce en virtud de una ley, y se tornaba imposible el conocimiento profundo de los fines y de las causas sociales de los movimientos de clases. Por grande que haya sido la filosofía griega, la economía científica siempre le fue ajena. Aristóteles sólo nos legó ensayos. En el campo económico, los griegos y los romanos produjeron sobre todo instrucciones prácticas de economía doméstica, referidas sobre todo a las explotaciones agrícolas, como las que compusieron Varrón y Jenofonte.

Por lo tanto, las causas sociales profundas de la situación de las diferentes clases permanecían ignoradas. Las ocultaban los actos de personajes aislados y los incidente locales. Desde luego, no debe sorprendernos que las clases oprimidas, cuando conquistaron el poder político, lo utilizaran para destituir a determinadas personalidades, para abolir ciertas instituciones locales. Nunca llegaron a instituir una nueva forma de sociedad.

Pero la lentitud de la evolución económica fue la causa principal que dificultó esos esfuerzos revolucionarios. Dicha evolución prosiguió, pasando inadvertida. Campesinos, artistas, todos trabajaban de acuerdo con la costumbre de sus padres y sus ancestros. Los procedimientos antiguos, que habían sido probados, eran los únicos perfectos. Cuando aparecía algo nuevo, trataban de persuadirse a sí mismos y a los demás de que sólo se estaba volviendo a una tradición olvidada. Los progresos de la técnica no hacían sentir la necesidad de nuevas formas de propiedad: consistían únicamente en los progresos de la división del trabajo social, en la división de una industria en varias. Pero en cada una de las nuevas ramas estaba siempre el trabajo del artesano que se ejercía como en las antiguas, los medios de producción seguían siendo insignificantes, la habilidad manual era decisiva. Sin embargo, junto a los campesinos y a los artesanos, encontramos, a fines de la antigüedad, grandes explotaciones, aun industriales, pero estaban confiadas a los esclavos que, como extranjeros, permanecían al margen de la comunidad. Son sólo empresas de lujo que no pueden desarrollar ninguna fuerza económica especial, salvo en forma momentánea, en épocas de grandes guerras que arruinan la agricultura y disminuyen el precio del esclavo. Una forma económica superior, un nuevo ideal social no puede surgir de un régimen basado en la esclavitud.

Las únicas formas de capital que se desarrollan en la antigüedad y en la Edad Media son el capital usurario y el capital comercial. En algunos momentos, ambos pueden provocar modificaciones económicas rápidas. Pero el segundo sólo puede favorecer la división de las antiguas industrias en otras más numerosas y acelerar el progreso de las grandes empresas basadas en el trabajo servil. El capital usurario sólo ejerció influencia perturbadora

Generated by CamScanner from intsig.com

en las formas de producción existentes, sin crear otras nuevas. La lucha contra el capital usurario y contra las grandes explotaciones agrícolas confiadas a los esclavos a veces dio lugar a luchas políticas que recuerdan a las revoluciones sociales de nuestra época. Pero tienen como único fin el restablecimiento de un estado anterior; sólo tienden a una renovación social. Fue el caso de la amortización de las dietas que Solón supo conseguir en beneficio de los campesinos del Atico. Lo miso pasó con los campesinos y proletarios romanos a quienes los griegos dieron su nombre.

A todas las causas —lentitud de la evolución económica, ignorancia de las relaciones sociales más profundas, dispersión de la vida política en muchas comunas—, viene a agregarse otra: en la antigüedad clásica y en la Edad Media, los medios de que se disponía para reducir a una clase naciente eran relativamente débiles. La burocracia no existía, por lo menos donde la vida política era activa y donde las luchas de clases eran enérgicas. En el mundo romano, por ejemplo, la burocracia se desarrolló sólo en la época imperial. En las diferentes comunas, las relaciones internas, las que se mantenían con los vecinos, eran simples, fáciles de supervisar y este oficio no exigía conocimientos especiales. Por lo tanto, las clases dominantes no tenían el trabajo de encontrar en su seno a los funcionarios públicos que necesitaban. Por otra parte, la dominación iba acompañada de ocio y la gente se dedicaba al arte, a la filosofía, a la política. Estas clases no se conformaban con reinar, sino que también gobernaban.

Por otra parte, la masa del pueblo no se hallaba completamente indefensa. En los tiempos más plenos de la antigüedad clásica, estaba en vigor el sistema de milicias. Cada ciudadano llevaba armas. En esas condiciones una ligera modificación en el poder de las clases con frecuencia era suficiente para llevar al poder a un nuevo grupo de ciudadanos. Era difícil que los antagonismos adoptaran un carácter agudo, por lo menos lo suficientemente acusado como para que las clases oprimidas pensaran con seriedad en trastocar completamente el orden existente; los grupos opresores no se aferraban con demasiada obstinación a todos sus privilegios. Además, como ya lo observamos, las revoluciones políticas sobre todo tendían a remediar inconvenientes aislados, a destituir a algunos personajes. Por eso no era raro que se llegasen a concertar ciertos acuerdos para prevenir semejantes revoluciones.

De todos los estados modernos, Inglaterra es el que, si no desde el punto de vista económico, al menos en sus formas políticas, ha permanecido más cercano a la Edad Media. La democracia y el militarismo se desarrollaron poco. Posee una aristocracia que no se conforma con reinar, sino que gobierna. En este gran estado moderno, los esfuerzos de las clases oprimidas también se limitan con frecuencia a remediar males particulares y no atacan a todo el sistema social. Sobre todo en estos casos, se trata de prevenir las revoluciones mediante acuerdos.

El armamento general del pueblo no favorecía las grandes revoluciones

sociales. Pero, por otro lado, producía como resultado el hecho de que por las causas más fútiles las clases recurrían a las armas. Los levantamientos violentos, las guerras civiles no están ausentes en la antigüedad y en la Edad Media. Con frecuencia las luchas son furiosas y llegan al exilio, la expropiación y hasta la masacre de los vencidos. Si el carácter de la revolución social se busca en la violencia, se encontrarán muchos movimientos de este tipo en las épocas que nos precedieron. Pero si se piensa que hay revolución social sólo cuando la conquista del poder político por una clase, oprimida hasta ese momento, trastoca la superestructura jurídica y económica de la sociedad y, en especial, las relaciones de propiedad, no descubriremos ninguna revolución social en esos periodos. El desarrollo social procede allí a saltos, pieza por pieza. No se concentra en grandes catástrofes. Se fracciona hasta el infinito, parece que careciera de coherencia y continuidad, no deja de variar y renovarse, prosigue en forma inconsciente. La mayor transformación social que vieron la antigüedad y la Edad Media, la abolición de la esclavitud en Europa, se produce tan insensiblemente que los contemporáneos no se dan cuenta de ello. En la actualidad tenemos que reconstruir ese proceso con la ayuda de hipótesis.

4. LA REVOLUCION SOCIAL DEL PERIODO CAPITALISTA

El aspecto cambia completamente cuando se desarrolla el modo de producción capitalista. Si quisiera exponer aquí su mecanismo, enumerar sus consecuencias, la empresa nos llevaría demasiado lejos. Por otra parte, no haría sino repetir lo que todos saben. En síntesis, este modo de producción crea el estado moderno, que pone fin a la independencia política de la comunas y los distritos; por otra parte, su independencia económica deja de existir. Cada una se convierte en la parte de un todo, pierde sus privilegios, su carácter especial, el nivelamiento es general, todas se someten a la misma legislación, a los mismos impuestos, a las mismas jurisdicciones, a la misma administración. Por eso el estado moderno tiene que esforzarse en completar las otras igualdades por medio de la igualdad del lenguaje.

La influencia ejercida por la autoridad pública sobre la vida social es muy diferente de la que existía en la antigüedad y en la Edad Media. En un gran estado moderno, cualquier modificación política importante actúa profundamente en una amplia esfera, de igual modo, de un solo golpe. Por lo tanto, la conquista del poder político por una clase oprimida hasta ese momento tiene que entrañar efectos sociales muy diferentes de las consecuencias que tenía en otra época.

Además, el poder, los medios de que dispone el Estado moderno, aumentan en proporciones enormes. La revolución técnica llevada a cabo por el capitalismo se extiende a la técnica de las armas de guerra. Después de

Generated by CamScanner from intsig.com

la Reforma no dejan de perfeccionarse, pero también cuestan más. Pertenecen a los privilegios de la autoridad pública. Este único hecho basta para separar el ejército de la nación, aun cuando la obligación del servicio militar sea general cuando no se completa con el armamento general del pueblo, cosa que no sucede en ningún gran estado. En todas partes, los jefes militares son soldados de profesión, separados de la nación y forman una casta privilegiada.

Pero el poder económico, los medios económicos de que dispone un estado moderno centralizado, también son enormes si se los compara con las fuerzas de ese tipo que poseían los grupos militares anteriores. El estado moderno concentra la riqueza de un área enorme cuyos medios técnicos accesorios dejan muy atrás a los de las civilizaciones más adelantadas de la antigüedad.

Además posee una burocracia centralizada, desconocida en otra época. Los deberes del estado se multiplican tan increíblemente que es imposible ejercerlos sin una gran división del trabajo y conocimientos profesionales muy amplios. El modo de producción capitalista priva a las clases dominantes del ocio de que gozaban. Aunque no producen y viven de la explotación de las clases productoras, su parasitismo no es ocioso. Gracias a la competencia, a este resorte de la vida económica actual, los explotadores se ven constreñidos sin cesar a librar mutuamente los más extenuantes combates, que amenazan a los vencidos con una aniquilación total. Pero los capitalistas no tienen ni el tiempo, ni la tranquilidad, ni los conocimientos preliminares indispensables para ocuparse del arte o de la ciencia. También carecen de las condiciones previas para una participación regular en la administración de los asuntos públicos. Al igual que el arte y la ciencia, este oficio ya no lo ejercen las clases dominantes. Lo abandonan a los asalariados, a los burócratas. La clase capitalista reina, pero no gobierna. Se conforma con dirigir el gobierno. La nobleza feudal, en su ocaso, al convertirse en una nobleza de corte, se resigna al mismo papel. Pero lo que en ella es el producto de la corrupción, de la renuncia a sus funciones sociales, para la clase capitalista se convierte en sus deberes sociales, pertenece a su esencia.

Cuando una clase goza de un poderío tan considerable, puede mantenerse mucho tiempo después de haberse vuelto superflua y hasta nociva. Cuando más fuerte es la autoridad pública, más prevalecerá la clase dominante, con mayor obstinación se aferrará a sus privilegios, estará menos dispuesta a hacer concesiones. Pero asegurar su dominación de este modo significa agudizar aún más los antagonismos de clase, es darle un carácter más violento a la catástrofe política, cuando ésta termine por producirse. Los trastocamientos sociales que provocará serán más profundos. La conquista del poder político por una clase oprimida se transformará con más facilidad en una revolución social.

Pero al mismo tiempo las clases en lucha cada vez ven con más nitidez

la consecuencias sociales de sus luchas políticas. En el modo de producción capitalista, el movimiento de desarrollo económico se acelera en forma excesiva. La revolución económica preparada por la época de los descubrimientos, continúa con la introducción de la máquina en la industria. Desde ese momento, nuestra situación económica está sometida a un continuo cambio: todo lo que es antiguo desaparece con rapidez, las novedades se suceden con cortos intervalos. Lo viejo, lo tradicional, deja de aparecer como lo garantizado, lo respetable, lo intangible y se convierte en sinónimo de imperfecto, de insuficiente, de caduco. Esta concepción se extiende más allá de la vida económica, al arte, a la ciencia, a la política. Si antes se atenían a lo antiguo sin examinarlo, hoy se lo rechaza de buen grado del mismo modo, simplemente porque es antiguo y el tiempo necesario para envejecer, el tiempo para que una máquina, una institución, una teoría, pasen de moda, se hace cada vez más corto. Si en otra época se trabajaba con la conciencia de hacerlo para la eternidad, con todo el sacrificio que da esta conciencia, hoy se trabaja para el efecto fugaz de un momento, y, como se sabe, el trabajo se hace a la ligera. Por eso nuestros productos no sólo pasan rápidamente de moda, sino que al cabo de poco tiempo quedan efectivamente fuera de uso.

Primero observamos lo nuevo y lo estudiamos más a fondo. Lo tradicional, lo vulgar, parecen naturales. Cierto es que los hombres meditaron más sobre los eclipses de sol que sobre la salida y puesta de este astro. Asimismo, los fenómenos sociales no solicitaron vivamente la curiosidad mientras eran tradicionales, naturales. Pero esta curiosidad se despierta cuando la vida social presenta formas nuevas, inauditas. Lo que primero provocó la observación científica en el siglo XVII no fue la economía feudal tradicional, sino el capitalismo que surgía junto a ella. Otro factor vino a estimular a la ciencia económica: la producción capitalista es la producción masiva: el tipo de estado capitalista moderno es el gran estado. La economía moderna, como la política moderna, sólo tiene que ocuparse de *fenómenos de masas*. Pero a medida que se multiplican las observaciones de semejantes fenómenos y que resalta más lo que contienen de general, de regular, va desapareciendo lo que tienen de individual, de fortuito y resulta más fácil determinar las leyes a las que obedecen. La observación en masa de los fenómenos sociales, realizada en forma metódica, constituye la estadística. La sociología tiene su punto de partida en la economía política y su punto culminante en la concepción materialista de la historia; una y otra ciencia son posibles sólo con el modo de producción capitalista. Sólo entonces las clases pudieron tener plena conciencia de la importancia social de sus luchas, sólo entonces pudieron proponerse grandes metas sociales, que no fueron pensamientos vacíos, vanos deseos, que chocaron contra la brutalidad de los hechos, sino que resultaron del conocimiento científico de lo que es posible y necesario desde el punto de vista económico. En verdad, este conocimiento científico puede ser erróneo y con fre-

Generated by CamScanner from intsig.com

cuencia ilusorias las conclusiones que se obtienen de él. Pero por grandes que a veces pueden ser estos errores no pueden borrar el carácter de toda ciencia verdadera, que es tender a sintetizar todos los fenómenos en un todo homogéneo. Así es como la sociología nos enseña que la sociedad entera forma un organismo homogéneo en el que no se pueden modificar algunas partes por separado y en forma arbitraria. Desde ahora en adelante, la crítica teórica de las clases socialmente oprimidas, no se dirige únicamente contra determinadas personas, contra determinadas instituciones, sino contra *toda la sociedad actual*, y gracias a este conocimiento nuevo cualquier clase oprimida que conquista el poder político es impulsada a trastocar los fundamentos mismos de la sociedad.

La sociedad capitalista, que nació de la revolución de 1789 y de las revoluciones subsiguientes, ya había sido concebida, en sus líneas principales, por los fisiócratas y sus sucesores ingleses.

En esta diferencia entre el estado y la sociedad actuales y las organizaciones de la antiguedad y la Edad Media, se basa la diversidad en las formas de su evolución: en éstas predomina la inconsciencia: muchas comunas pequeñas, con muy diferentes grados de desarrollo, se desgastan en luchas, en rebeliones, en conflictos locales permanentes y personales; en la actualidad, la conciencia pública se afirma cada vez más, se conoce la gran finalidad social hacia la que se tiende, determinada y propagada por una activa crítica científica. Las revoluciones políticas se han hecho más raras, pero son más amplias y tienen consecuencias sociales más importantes.

La Reforma, que a la vez pertenece a los tiempos modernos y a la Edad Media, realiza la transición entre las guerras civiles antiguas y medievales a la revolución moderna, a la revolución social en el sentido que indicamos al comenzar esta conferencia. La revolución inglesa de mediados del siglo XVII ya se asemeja más a la revolución moderna; la gran revolución francesa de 1789 es el tipo clásico de revolución social; las revoluciones de 1830 y 1848 son sus débiles ecos.

La revolución social, en el sentido que le damos aquí, es, para la sociedad y el estado capitalistas, un estadio particular de su evolución social. Este estadio no se presenta antes del capitalismo porque todavía el marco político era demasiado estrecho y la idea social muy poco desarrollada. Desaparecerá con el capitalismo, puesto que sólo el proletariado podrá vencerlo, el cual, como clase inferior, tendrá que emplear su dominación para liquidar toda distinción entre las clases y, por consiguiente, la condición previa de toda revolución social.

Ahora se nos plantea una gran pregunta, una pregunta que en la actualidad nos agita profundamente porque tiene una gran influencia sobre nuestra conducta práctica actual: ¿pasó el tiempo de la revolución social o todavía no? ¿Están dadas las condiciones políticas que permitirán pasar del capitalismo al socialismo sin revolución política, sin la conquista del poder político por el proletariado o bien todavía tenemos que esperar una

época de luchas decisivas por la posesión de ese poder, una época de revolución? ¿Acaso la idea de una revolución social es una de esas ideas caducas que sólo frecuentan los adoradores irreflexivos de concepciones remanidas o los demagogos ávidos de los aplausos de las multitudes ignorantes y cualquier hombre honesto que observe sin prejuicios los hechos sociales de nuestros días, tiene que rechazarla? Esta es la cuestión. Sin duda es una pregunta importante que merece que nos detengamos en ella.

Vimos que la revolución social es el producto de determinadas condiciones históricas previas. No sólo supone antagonismos de clases agudizados en exceso, sino también un gran estado nacional que haya abolido todos los derechos particulares de las comunas y de las provincias y que se desarrolle con su modo de producción nivelador de todos los particularismos. Además hace falta una autoridad fortalecida por la burocracia y el militarismo, un conocimiento de la economía política y un progreso económico acelerado.

Ninguno de estos factores de la revolución social se ha debilitado en los últimos tiempos; por el contrario, todos ganaron en poder. Nunca la evolución económica fue más rápida. La ciencia económica, si bien no siempre profundizada, se difunde cada vez más, gracias a la prensa. Nunca las ideas económicas tuvieron tanta difusión, nunca como ahora las clases dominantes y las masas populares estuvieron en condiciones de observar las consecuencias más lejanas de sus hechos y gestos. Esto nos demuestra que pasaremos del capitalismo al socialismo, que no podremos minar en forma lenta la dominación de las clases explotadoras, que éstas no lo ignoran, que se pondrán a la defensiva y que emplearán todo el poder de que disponen para mantener sometido al proletariado cuya fuerza e influencia son crecientes.

Si bien nunca como ahora se tuvo una idea tan clara de las relaciones sociales, la autoridad nunca fue tan poderosa, ni tuvieron un desarrollo tan poderoso sus recursos militares, administrativos y económicos. De ello resulta que el proletariado, al adueñarse del gobierno, será suficientemente fuerte como para emprender en forma inmediata grandes reformas sociales, pero también resulta que las actuales clases dominantes, con la ayuda del poder, podrán prolongar su existencia y la explotación de las clases laboriosas mucho tiempo después que haya cesado su necesidad económica. Pero cuanto más se apoyen las clases dominantes en la máquina gubernamental, más se servirán de ella para explotar y oprimir y más aumentará la exasperación del proletariado contra ellas, más se avivará el odio de las clases y con mayor encarnizamiento tratarán de apoderarse de esta maquinaria gubernamental. A este razonamiento se le objeta que no tiene en cuenta los más recientes fenómenos sociales que muestran con claridad que la evolución sigue otro camino. El antagonismo entre el proletariado y la burguesía, lejos de aumentar, se va debilitando en todos los estados modernos y hay bastantes instituciones democráticas

Generated by CamScanner from intsig.com

que permiten al proletariado, si no que tome el poder, por lo menos un poder cada vez más grande y, en consecuencia, no se necesita ninguna revolución social. Veamos hasta qué punto estas objeciones se justifican.

5. LA ATENUACION DE LOS ANTAGONISMOS DE CLASE

Antes que nada consideremos la primera objeción: "el antagonismo entre la burguesía y el proletariado se debilita." Aquí hago la abstracción de las crisis industriales, cuya disminución se afirmó hace unos años. A partir de allí esta opinión fue tan violentamente desmentida por los hechos más evidentes que puedo abstenerme de discutirla; por otra parte su refutación me llevaría demasiado lejos. No contribuiré a prolongar más los debates sobre una teoría que hemos repetido mil veces: la de los partidarios de la miseria creciente. Si queremos, con un poco de habilidad, la podemos desarrollar al infinito, pero entonces sólo amontonamos comentarios sobre el término "miseria" sin comprobar hechos precisos. Todos los socialistas admiten en forma unánime que el modo de producción capitalista, abandonado a sí mismo, tiene como consecuencia un aumento de la miseria física. Pero también estamos convencidos de que ya en la actualidad, en esta sociedad, la organización de la clase obrera y la intervención del estado son capaces de contener esta miseria. Finalmente, estamos de acuerdo en pensar que se debe esperar la emancipación del proletariado no de su hundimiento creciente, sino del aumento de su fuerza.

¿Existe todavía antagonismo entre la burguesía y el proletariado? Esta es otra cuestión. Primero tenemos que examinar si aumenta el grado de explotación.

Ya hace una generación Marx demostró que la explotación aumentaba y, que yo sepa, nadie probó todavía lo contrario. Para poder cuestionar la afirmación de que el proletariado está cada vez más explotado, haría falta haber comenzado por cuestionar *El capital* de Marx.

Quizá se me objete que esto es un refinamiento teórico y que sólo se acepta como verdadero y demostrado lo que se puede tocar con la mano. No se me presentan leyes económicas sino datos estadísticos. A decir verdad, no es fácil recoger estas cifras. Nadie pensó en determinar en forma estadística no sólo el total de los salarios, sino también el total de los beneficios. Una caja fuerte es como una fortaleza y el burgués más tímido, el más bondadoso, la defiende como un león contra cualquier incursión administrativa. También interesa calcular el aumento sufrido por los salarios y por las otras rentas. Aquí nos remitimos a uno de esos estudios, de fecha reciente. Su autor es A.L. Bowley, quien, en marzo de 1895, pronunció en Londres una conferencia sobre el tema ante la Sociedad de Esta-

dística (incluida en el *Journal* de la sociedad, de junio de 1895, pp. 224-285). De ahí tomamos el siguiente cuadro:

Años	Total de ingreso anual proveniente de salarios		Ingreso no proveniente de salarios			
			Sujetos al impuesto sobre los ingresos		No sometidos a impuestos sobre los ingresos	
	Total en millones de libras esterlinas	Porcentaje del total del ingreso nacional	Total en millones de libras esterlinas	Porcentaje del total del ingreso nacional	Total en millones de libras esterlinas	Porcentaje del total del ingreso nacional
1860	392	47	316	45 1/3	64	7 2/3
1866	464	45	485	47	81	8
1870	486	44 1/2	521	48	85	7 1/2
1874	609	45 1/4	635	47 1/4	100	7 1/2
1877	591	43 1/4	652	47 1/2	130	9 1/2
1880	567	42	652	48 1/2	126	9 1/2
1883	609	42 2/3	696	49	122	8 1/3
1886	605	42	715	49 1/2	125	8 1/2
1891	699	43 1/2	782	48 1/2	130	8

Este cuadro sugiere muchas reflexiones. Me parece demasiado optimista y el total de los salarios aparece mayor de lo que es en realidad.

En el cálculo de este total, el autor no tiene en cuenta la desocupación. Además, admite que en la clase obrera algunos momentos importantes permanecen iguales cuando no puede determinar las variaciones. Como estadístico, sin duda tiene derecho a obrar así, pero estos momentos siempre se vuelven en contra de las clases laboriosas. Citemos por ejemplo la proporción entre el trabajo femenino y el trabajo masculino, entre el trabajo calificado (*skilled*) y el trabajo no calificado.

Lo más grave es que el cálculo se refiere sólo a ciertas ramas de trabajo que, salvo las de los obreros agrícolas, todas están poderosamente organizadas en sindicatos. Además, el autor admite sin ningún tipo de explicación que la situación de toda la clase obrera ha mejorado, a pesar de haber seguido la media de los trabajadores organizados sindicalmente los que, aun en Inglaterra, comprenden a lo sumo el cincuenta por ciento de toda la clase. No carece de interés examinar las variaciones de los salarios en las diferentes categorías. El nivel del salario comparado con el de 1860 (tomando a éste como base 100) es el siguiente:

Generated by CamScanner from intsig.com

	1860	1861	1870	1874	1877	1880	1883	1886	1891
Obreros agrícolas	100	105	107	130	132	122	117	111	118
Obreros de la construcción	100	116	116	126	128	125	125	126	128
Industria del algodón	100	125	125	148	148	134	146	155	176
Industria de la lana	100	106	112	121	130	126	120	115	115
Industria del hierro	100	127	127	143	112	112	110	100	124
Construcciones de máquinas	100	108	110	124	123	120	127	126	126
Obreros del gas	100	115	120	125	128	128	130	130	149
Marineros	100	113	103	129	123	102	118	110	143
Mineros	100	?	100	150	115	100	115	100	150
Media	100	113	113	138	132	124	130	125	140

Como vemos, la elevación de los salarios en un 40 por ciento para el período de 1860 a 1891 que, para Bowley, alcanza a toda la clase obrera de Inglaterra, ni siquiera abarca a toda la aristocracia del trabajo, con excepción de los obreros de la industria de algodón quienes, en Inglaterra no pierden nada siendo conservadores y son presentados como modelos por todos los que sueñan con la "paz social".

En 1891 la media sólo fue superada por los obreros del gas, los marineros y los mineros. Los primeros deben este progreso en primer lugar a la política que, en las grandes ciudades, benefició a los trabajadores municipales con muchas mejoras. Para los obreros del gas, cuentan muy poco las consideraciones sobre la competencia y la explotación por parte del capital privado. Por otra parte, el relevamiento de 1891 quizá se deba a la influencia del nuevo unionismo, que despertó esperanzas tan grandes muy pronto esfumadas. Más aún que entre los obreros del gas, la elevación de los salarios en 1891 para los marineros y los mineros parece súbita, insólita, casi fortuita. En 1886, el nivel era el mismo que en 1860, en 1891 se había elevado un 50 por ciento. Esta variación no se puede considerar como un progreso seguro. Pero entre los trabajadores de la construcción, de la lana y del hierro, después de 1860 el aumento de los salarios permanece muy inferior a la media. Por lo tanto, Bowley pretende hacernos aceptar que los salarios del conjunto de los obreros ingleses no organizados se elevaron el 40 por ciento, mientras que los obreros del hierro, a pesar de la excelencia de su organización, sólo se beneficiaron con el 25 por ciento de aumento durante el mismo período.

Pero tomemos este cuadro tal como es. ¿Qué nos muestra? A pesar del optimismo excesivo que presidió su elaboración, los salarios constituyen una parte continuamente decreciente de la renta nacional. Desde 1860 a 1874 constituyen término medio el 45 por ciento de ésta; desde 1877 hasta 1891 sólo el 42 2/3. A falta de cifras más exactas, considerando la suma de las rentas que no provienen de salarios y sometida a un impuesto similar a la masa del plusvalor, en 1860 este plusvalor todavía era inferior en 320 millones de marcos al total de los salarios. En 1891, por el contrario, ya sobrepasaba a éste en 1600 millones de marcos.

Esto denota un aumento verdaderamente considerable de la explotación. La tasa de plusvalor, es decir el grado de explotación del obrero, habría pasado de un 96 a un 112 por ciento durante este período. De hecho, y según las cifras de Bowley, la explotación aumentó en esta proporción abarcando hasta a los trabajadores organizados en sindicatos; la que pesa sobre la masa de los obreros no organizados debe haber aumentado mucho más todavía.

No atribuimos un exagerado valor a estos datos. Pero si prueban algo, hablan a favor nuestro, no invalidan para nada nuestra hipótesis: la explotación de la fuerza de trabajo se agudizó y Marx, por otro camino, al estudiar las leyes dinámicas del modo de producción capitalista, lo de-

Generated by CamScanner from intsig.com

mostró de tal manera que, hasta el presente, ha sido imposible refutarlo. Se nos dirá: concedemos que se eleva la tasa de explotación. Pero los salarios suben, por lo menos en la misma medida que el plusvalor. Por lo tanto, ¿cómo puede el obrero sentir este agravamiento? No resulta evidente; sólo puede ser descubierto mediante largas investigaciones. Las masas trabajadoras no practican la estadística, no reflexionan sobre las teorías del valor y de plusvalor. Es posible. Y sin embargo, tenemos un medio para medir la elevación del grado de explotación. El modo de vivir de la burguesía mejoró a medida que aumentaba la masa de la ganancia. Pero no hay muros de separación entre las clases. El bienestar creciente pasa poco a poco de las clases superiores a las capas inferiores. También en ellas despierta nuevas necesidades, provoca nuevas pretensiones y el salario, que se eleva con lentitud, no basta para satisfacerlas. La burguesía protesta porque las clases inferiores no aprecian la antigua simplicidad, se indigna por su nueva avidez. Pero olvida que si las clases inferiores aumentan sus pretensiones, ello sucede porque las clases superiores mejoraron su manera de vivir; su ejemplo excita la avidez de las capas inferiores.

Este progreso es mucho más rápido para el burgués que para el proletario. Permanentemente tenemos pruebas de ello. Las viviendas de los obreros no mejoraron mucho en 50 años, mientras que hoy en día el departamento de un burgués es fastuoso si se lo compara con un alojamiento burgués común de esa época. Un vagón actual de tercera clase y un vagón de hace 50 años no difieren mucho en su arreglo interior. Pero comparemos un compatimiento de primera clase de mediados del siglo XIX con un coche de uno de nuestros trenes de lujo. No creo que los marineros de un trasatlántico estén mucho mejor alojados que hace 50 años, pero el lujo que se despliega en el salón de pasajeros hubiera resultado inaudito en ese tiempo, hasta en un principesco edificio de fiesta.

No nos detendremos más en la elevación del grado de explotación del proletariado. ¿Pero este factor económico no estará compensado por el acercamiento político de las clases, que es cada vez mayor? ¿Acaso desde el punto de vista político y social, el burgués no reconoce cada vez más al obrero como su igual?

Ninguna duda sobre este tema. El proletariado ve crecer su influencia con rapidez. En su desarrollo económico, lo supera la burguesía, por lo que el descontento y la envidia no tardan en aparecer. Pero, por el contrario, el desarrollo rápido e ininterrumpido del proletariado en el campo intelectual y moral es quizá el fenómeno más sorprendente de estos últimos cincuenta años.

Hace una decena de años, todavía el nivel del proletariado era tan bajo que los mismos socialistas temían mucho su victoria, y recelaban funestas consecuencias para la civilización. En 1850, Rodbertus escribía: "El peligro que más nos amenaza es que una nueva invasión de bárbaros, es-

ta vez nacidos en el mismo seno de la sociedad, aniquile el foco de la civilización y la riqueza."

En esta misma época, Heinrich Heine declaraba que el porvenir pertenecía a los comunistas: "Reconozco que el porvenir será de los comunistas, pero lo hago con aprensión, con el más vivo temor y ¡ay! esto no es sólo ficción. En realidad pienso con terror y escalofríos en la época en que estos salvajes iconoclastas lleguen al poder: con sus manos callosas quebrarán todas las imágenes de belleza," etcétera.

Sabemos que es completamente diferente. No es el proletariado el que hoy en día pone en peligro la civilización moderna. El comunista, precisamente, es el sostén más seguro de la ciencia y el arte y combatió en su favor muchas veces y con gran decisión.

El temor que todavía reinaba en todo el mundo burgués después de la caída de París, tiende a desiparse con rapidez. Se tenía mucho miedo de que, una vez victorioso, el proletariado se estableciera en nuestra civilización como los vándalos de las invasiones, para fundar sobre un montón de ruinas un imperio de barbarie ascética.

Por lo tanto esta aprensión desaparece, y quizá en parte por esta razón, los intelectuales burgueses otorgan cada vez más sus simpatías al proletariado y al socialismo. Así como el proletariado, la clase de los intelectuales todavía es una de las particularidades del modo de producción capitalista. Ya hice la observación anteriormente: este modo ocupa tanto a las clases dominantes que no les deja ni el gusto ni el ocio necesarios para asegurar la administración de los asuntos públicos o para que se dediquen a las artes y las ciencias como lo hicieron la aristocracia ateniense o el clero en los buenos tiempos de la Iglesia católica. La más elevada actividad intelectual, reservada antes a las clases dominantes, en la actualidad es dejada en manos de trabajadores asalariados y la cantidad de estos funcionarios, ingenieros, artistas, sabios de profesión, crece incesantemente.

Forman la clase de lo que se llama los "intelectuales", la "nueva clase media".

Pero se distingue sobre todo de la antigua burguesía por la ausencia de una conciencia de clase especial. Algunos de estos sectores poseen una determinada conciencia profesional, de estrato, y sobre todo una determinada vanidad profesional, pero los intereses son demasiado especiales como para que puedan dar lugar a una conciencia de clase común. Sus miembros se unen a las clases y partidos más diferentes; les proporcionan sus defensores intelectuales. Unos combaten para los intereses de las clases dominantes al servicio de las cuales muchos intelectuales entran por profesión. Otros hacen suya la causa del proletariado. Pero la mayoría quedan encerrados en el círculo de ideas de la pequeña burguesía. Muchos de ellos provienen de la pequeña burguesía; además, su situación en la sociedad tiene analogía con la de la burguesía, forman una clase intermedia entre el proletariado y las clases dominantes.

Generated by CamScanner from intsig.com

Estos son los sectores que, como dijimos antes, expresan cada vez más su simpatía por el proletariado y el socialismo. No tienen un interés de clase preciso, por profesión son muy accesibles a los criterios científicos; las reflexiones de tipo intelectual los hacen inclinarse por determinados partidos políticos. La bancarrota teórica de la economía burguesa, la superioridad teórica del socialismo tenían que hacérseles evidente. También los intelectuales sienten que las otras clases siempre tratan de rebajar la ciencia y el arte; además, sobre todo comparado con la decadencia fatal del liberalismo, a más de uno se le impone el éxito, el progreso irresistible de la socialdemocracia. La simpatía hacia los obreros, y el socialismo se hacen populares entre las personas instruidas. Quizá no exista salón en el que uno no se encuentre con uno o varios socialistas.

Si estos círculos de hombres cultos fuesen sinónimos de burguesía, sin duda tendríamos ganada la partida, y la revolución social sería innecesaria. Con ellos se podría hacer un arreglo amistoso; la evolución lenta, silenciosa, no produciría de su parte una reacción violenta.

Pero ellos constituyen sólo una parte de la burguesía. Es cierto que escriben y hablan en su nombre, pero no determinan su acción. Una clase o un hombre se juzgan por sus actos y no por sus palabras. Además, esta fracción de la burguesía que expresa simpatías hacia el proletariado, constituye su sector menos combativo.

En otra época, cuando aun entre la gente culta, el socialismo era considerado un crimen, como una locura, los elementos burgueses sólo podían llegar al movimiento socialista si rompían con todo su mundo. Todo el que entonces abandonaba las esferas burguesas para ir al socialismo, para hacerlo necesitaba una energía, una pasión y una convicción revolucionarias mucho más grandes que las que necesitaba un proletario. Y, en general, estos elementos eran los miembros más revolucionarios del partido y sostenían las ideas más radicales.

En la actualidad sucede de otro modo: el socialismo es aceptado en los salones, ya no hace falta una energía particular, ya no resulta necesario romper con la sociedad burguesa para llevar el nombre de socialista. Por lo tanto, no tiene nada de asombroso que estos recién llegados sigan imbuidos de las ideas y los sentimientos tradicionales de su clase.

Pero los métodos de combate de los intelectuales son diferentes de los de proletariado. Este tiene que oponer a la riqueza y a la fuerza de las armas la potencia de sus organizaciones de clase. Los intelectuales son insignificantes en cantidad y están desprovistos de toda organización de clase. Su única arma es la persuasión por medio de la palabra y por la escritura, la lucha llevada a cabo con las "armas morales", con la ayuda de la "superioridad moral". A los socialistas de salón les gustaría mucho decidir así las luchas de clases, las luchas proletarias. Se declaran dispuestos a proporcionar al proletariado su asistencia moral, pero con la condición de que renuncie a la violencia, no sólo donde no hay esperanza —igual los

proletarios la abandonan en este caso— sino también cuando el éxito es probable. Por eso tratan de desacreditar la idea de revolución, de presentarla como un medio ineficaz. Se esfuerzan por separar del proletariado un ala de reformistas. Por lo tanto realizan una obra de división, de debilitamiento.

Hasta ahora, ése es el único resultado producido por este comienzo de conversión de los intelectuales al socialismo.

Al lado de esta "nueva clase media", la antigua, la pequeña burguesía, continúa vegetando. En otra época formaba la espina dorsal de las revoluciones. Combativa, propensa a la lucha, cuando las circunstancias eran favorables para ella se rebelaba animosamente contra toda sujeción, contra toda explotación, contra la burocracia y el militarismo, contra los privilegios del feudalismo y el clero. Formaba el núcleo de las tropas de la democracia burguesa. Un sector de la nueva clase media en la actualidad muestra benevolencia hacia el obrero; del mismo modo la pequeña burguesía, en otra época, expresaba una gran simpatía hacia el proletariado, actuaba de acuerdo con él, le daba y recibía de él estímulos morales y fuerzas materiales. Pero, vieja o nueva, la clase media siempre es un aliado poco seguro: la razón de ello está en su posición intermediaria entre las clases explotadoras y las clases explotadas. Como ya lo subrayó Marx, el pequeño burgués no es plenamente un proletario, pero no es en absoluto un burgués. Según la situación, tiene conciencia de ser unas veces lo uno, otras veces lo otro.

Esta posición falsa, doble, tiene el efecto de dividir a la pequeña burguesía en dos fracciones. Algunas de sus clases se identifican con el proletariado, las otras se unen a los adversarios de éste.

La pequeña industria está condenada a desaparecer, su decadencia prosigue fatalmente. Pero se manifiesta en diferente forma, con lentitud para reducir la explotación, con rapidez para arruinarse. Algunos de sus poseedores caen en la dependencia completa del capital, sólo son obreros a domicilio, asalariados que, en lugar de trabajar en la fábrica, ejercen su oficio en sus casas. Otros pequeñoburgueses, comerciantes u hoteleros, permanecen independientes, pero toda su clientela pertenece a las clases trabajadoras. Su existencia está absolutamente unida a la prosperidad o a la miseria del trabajador. Estas diferentes categorías se incorporan cada vez más al proletariado militante.

Por el contrario, otra cosa sucede, en primer lugar, con las capas de la pequeña burguesía que todavía no cayeron totalmente bajo la dominación del capital, que están en camino de hacerlo o se precipitan a la ruina, y luego con las que buscan su clientela fuera de sus clases proletarias. Estas no esperan recuperarse con sus propias fuerzas, lo esperan todo de arriba, de las clases superiores y de los poderes públicos. Cualquier progreso las amenaza, debido a lo cual le manifiestan gran hostilidad, cualquiera sea el campo en que se presente. El servilismo, la necesidad de reacción hacen

Generated by CamScanner from intsig.com

de ellos los agentes voluntarios y hasta los más fanáticos defensores de la monarquía, de la iglesia y de la nobleza. No por ello son menos democráticos; en efecto únicamente las formas democráticas les permiten ejercer influencia política y obtener la asistencia de los poderes públicos.

La principal causa de la decadencia de la democracia burguesa, se encuentra en esta división de la pequeña burguesía. Algunas de sus fracciones se vuelven hacia la democracia socialista proletaria, las otras hacia la democracia reaccionaria que presenta los más variados matices: antisemitismo, nacionalismo, democracia cristiana, subdivisiones del partido conservador y del centro, pero siempre con el mismo contenido.

Esta democracia reaccionaria prestó sus razonamientos y sus argumentos al pensamiento socialista: en un comienzo, se pudo creer que sólo constituía una transición particular entre el liberalismo y la socialdemocracia. Actualmente, cualquiera puede observar que esta tesis es insostenible. La democracia socialista no tiene enemigo más exasperado que la democracia reaccionaria. La primera, en efecto, tiene que favorecer todo progreso, sirva o no en forma directa a los intereses de clase del proletariado. Por el contrario, a la esencia de la segunda, corresponde oponerse a todo progreso, aun cuando no amenace en forma directa a la pequeña burguesía. Si la socialdemocracia es el partido más favorable al progreso, no tiene mayor adversario que la democracia reaccionaria. En efecto, ésta se suma al odio que todos los partidos reaccionarios tienen a la civilización, a la libertad de espíritu, odio determinado por la ignorancia más grosera respecto de todo lo que supera la estrechez de su horizonte. Además, considerados como explotadores, los pequeñoburgueses sólo pueden prolongar su existencia abusando de las fuerzas de trabajo de los más débiles, los que menos pueden defenderse, las mujeres y los niños. Es natural entonces que se enfrenten con la socialdemocracia, que se esfuerza mediante la organización y la legislación en obstaculizar esta destrucción salvaje de vidas humanas.

De este modo, y en la medida en que no se incorpora a la socialdemocracia, la pequeña burguesía, de aliada, de elemento de conciliación entre la clase obrera y las clases superiores se convierte en un enemigo exasperado del proletariado. Lejos de atenuarse, los antagonismos se agudizan hasta lo inimaginable. Y este fenómeno sigue una rápida progresión: desde hace unos años se manifestó lo suficiente como para ser objeto de observaciones nítidas.

Lo que dijimos de la pequeña burguesía también se aplica, salvo ligeras modificaciones, a la clase campesina. Se divide igualmente en dos campos, uno que comprende a los elementos proletarios y otro a los propietarios. Es nuestro deber favorecer el proceso de escisión esclareciendo al primero de estos elementos sobre sus intereses, que coinciden con los del proletariado e inclinándolo de este modo a la socialdemocracia. Pero obstaculizamos esta evolución si ignoramos esta diferenciación y si nos dirigimos

a toda la población campesina sin distinción de clase. Por esencia, la democracia reaccionaria es tan hostil hacia nosotros en el campo como en la ciudad, aunque aquélla no tenga clara conciencia de ese antagonismo. La liga agraria no constituye un estadio de transición para los campesinos, no constituye un pasaje desde los antiguos partidos, en especial el partido del centro, a la socialdemocracia. Los camaradas que lo creyeran así se ilusionarían tanto como los que, en las ciudades, esperaban el mismo efecto del antisemitismo. El campesino rico, el campesino medio odian ya a nuestro partido porque éste lucha para que el trabajador pueda disminuir su tiempo de trabajo y aumentar su salario. Esto significa obligar poderosamente al obrero agrícola a que emigre a las ciudades y deje al campesino.

También en el campo se observan antagonismos sociales entre los poseedores y los proletarios.

Nuestra observación se aplica mejor todavía al conflicto que opone al gran propietario terrateniente con el asalariado agrícola que al antagonismo que convierte a éste en enemigo del campesino.

En la gran explotación agrícola, el proletario desempeña un papel mucho más importante que en la explotación campesina. Para él, la elevación del costo de la vida tiene una importancia diferente que para el campesino que consume él mismo una parte de sus productos. El antagonismo entre el productor y el consumidor de medios de subsistencia no es el mismo que entre el obrero y el explotador, se reduce al antagonismo entre la ciudad y el campo. Pero, en la ciudad, los proletarios actualmente forman la clase más numerosa, la más propensa a la lucha, la más combativa; y el vendedor de productos aquí todavía choca contra su más enérgico enemigo, el proletario. Por lo tanto no tiene nada de asombroso que, en la actualidad, el gran propietario terrateniente haya modificado sus sentimientos hacia el obrero industrial. Antes, las luchas entre los capitalistas industriales y sus obreros lo dejaban indiferente. Cuando les prestaba atención, las derrotas de los patrones le procuraban una alegría maligna y sentía cierta simpatía por los proletarios. Para él el obstáculo no era el trabajador, sino el capitalista, que solicitaba derechos protectores donde hacía falta la libertad de cambio y que, por el contrario, veía en la renta de la tierra un perjuicio para sus beneficios y trataba de disputarle el monopolio de los altos cargos en el ejército y en la burocracia.

Hoy todo sucede de otro modo. Ya pasó el tiempo en que toros y halcones, Disraeli, Rodbertus, Vogelsang, sentían simpatías por los obreros. Al igual que la pequeña burguesía, al igual que la clase campesina de grandes y medianos propietarios, la gran propiedad terrateniente se torna cada vez más hostil hacia los trabajadores.

¿Y la clase capitalista? En la actualidad, su importancia es decisiva. Como sucede con los intelectuales, ¿por lo menos da prueba de un poco más de simpatía hacia los obreros? Lamento tener que decirlo, pero creo que no sucede nada de eso. Es cierto que la clase capitalista cambia, también

Generated by CamScanner from intsig.com

ella; no permanece siempre semejante a sí misma. ¿Pero cuál es la modificación más importante que ha sufrido en estos últimos decenios?

Por una parte, hallamos la atenuación y a veces hasta la abolición completa de la competencia entre los capitalistas de una misma rama de la industria y en un mismo país, gracias a las uniones de empresarios, cárteles y trusts. Por otra parte, observamos la agudización de la competencia internacional producida por la entrada en escena de nuevas y grandes potencias capitalistas: Alemania y Estados Unidos.

Las uniones de capitalistas suprimen en beneficio de sus miembros no sólo la competencia frente a los compradores de sus productos, sino también frente a sus obreros. El trabajador ya no se halla frente a una cantidad de adquirentes de su fuerza de trabajo: uno solo los reemplaza a todos. No necesitamos mostrar con más detalle cómo este método aumenta la superioridad de los patrones, pero por el contrario agrava aún más el antagonismo entre los explotadores y los explotados.

Según el último censo de los Estados Unidos, entre 1890 y 1900 los salarios disminuyeron sensiblemente en la industria americana. Si el hecho es exacto, es probable que no nos equivoquemos al ver en este debilitamiento un efecto de los cárteles y los trusts.

Pero la agudización de la competencia actúa igualmente en el mismo sentido. Aquí esta evolución prosigue no sólo en detrimento del consumidor sino también del obrero. Los derechos proteccionistas que favorecen a la constitución de los sindicatos capitalistas provocan el encarecimiento de las mercancías y, por otra parte, los capitalistas tratan de luchar contra la competencia extranjera aumentando aún más la explotación del trabajador. Por eso atacan con mayor énfasis a las organizaciones obreras de combate, políticas y corporativas, que les crean obstáculos.

Por lo tanto, no existe atenuación sino agudización de los antagonismos de clase. A estos dos tipos de hechos viene a agregarse un tercero: el capital industrial tiende a confundirse cada vez más con el capital financiero, con las altas finanzas. El capitalista industrial es un patrón que posee una empresa de producción (entendida ésta en el más amplio sentido e incluyendo los transportes), donde explota asalariados y obtiene de ellos su beneficio. El capitalista financiero, por el contrario, es el antiguo usurero bajo una forma más moderna. Obtiene renta de su dinero prestándolo a interés, no sólo como antes, a particulares necesitados, sino a empresarios capitalistas, a las comunas, a los Estados, etcétera.

Un antagonismo muy adecuado separa al capitalista industrial del financiero, análogo al que produce disensiones entre el primero y el gran propietario de tierras: Como la renta de la tierra (arriendo, alquiler), el interés pagado por un capital prestado constituye una sustracción operada sobre el beneficio de la empresa. Por lo tanto, estas dos clases de capitales tienen intereses opuestos. Desde el punto de vista político, las direcciones también son divergentes. La gran propiedad terrateniente en la actualidad

adhiere a un poder fuerte, si es posible monárquico: como nobleza de corte, piensa poder ejercer su influencia personal sobre el monarca y a través de él sobre el gobierno. Ama el militarismo hasta la locura: en efecto, abre a sus hijos la carrera de oficial, a la que son menos propensos los hijos de la burguesía. Por eso recomienda incesantemente una política violenta tanto en el orden interno como en el exterior. Asimismo, la alta finanza promueve el militarismo, un gobierno fuerte y una política de violencia. No teme a un poder fuerte, independiente del parlamento del pueblo: domina por medio de las influencias personales que se ejercen en la corte y, por otra parte, el poder es su deudor. Los hombres de dinero no ven con ojos indiferentes el militarismo, las guerras, las deudas públicas, no sólo como acreedores, sino como proveedores del estado porque la esfera de su influencia y su explotación, su poder y su riqueza aumentan con aquéllos.

Otra cosa sucede con el capital industrial; militarismo, guerras, deudas públicas significan elevación de los impuestos, con los que hay que contribuir ampliamente o cuanto menos aumentan los costos de producción. Además, la guerra es sinónimo de un estancamiento en la producción y en el flujo de las mercancías, de inconvenientes comerciales y, con frecuencia, de ruina. Si el financista es temerario, disipador y violento, el industrial es económico, asustadizo, pacífico. Un poder fuerte le inspira cierta desconfianza, pues sabe que no podrá actuar en forma directa sobre él. Sus intereses requieren no un gobierno fuerte sino un parlamento fuerte.

Al contrario de la gran propiedad terrateniente y de la alta finanza, la burguesía industrial, por lo tanto, se inclina hacia el liberalismo, con el que comparte la estrechez de miras. Si bien, por un lado, la renta de la tierra, el interés, los impuestos, restringen sus beneficios, por otra parte el proletariado que se rebela amenaza todo el sistema económico basado en el lucro. Pero frente al proletariado, y cuando éste no le parece demasiado amenazador, en lugar de destruirlo brutalmente, prefiere emplear métodos pacíficos; divide para reinar, corrompe y esclaviza por medio de beneficios sociales, etc. Cuando la clase obrera todavía no se ha constituido como partido independiente, el capital industrial se sirve de ella como carnero, como ganado electoral para aumentar su propio poder político. Para el socialismo pequeñoburgués, el antagonismo entre el capital industrial y el proletariado es menor que la oposición entre el beneficio de empresa por una parte y la renta de la tierra y el interés por la otra; para él la solución de la cuestión social está en la supresión del interés y de la renta de la tierra.

Pero la oposición entre la finanza y la industria se atenúa cada vez más; gracias a los progresos de la concentración de los capitales, la primera se adueña cada vez más de la segunda. Lo que contribuye mucho a ello es el remplazo progresivo de los empresarios privados por las sociedades por acciones. Algunos optimistas bien pensantes ven en ello un medio de democratizar el capital y transformarlo en forma pacífica e insensible, en propiedad nacional. De hecho, es el medio de transformar en capital financie-

Generated by CamScanner from intsig.com

ro todo el dinero que las clases medias inferiores gastan inmediatamente en el consumo; es el medio de ponerlo a disposición de los grandes financistas y de permitirles restringir la cantidad de capitalistas industriales; es el medio de aumentar, para la finanza, la facultad de concentrar la industria en manos de algunos hombres de dinero. Sin el régimen de sociedades por acciones, los grandes financistas sólo hubieran podido gobernar las explotaciones que hubieran comprado con su propio dinero. Gracias a este sistema, llegan a colocar bajo su dependencia a muchas empresas que no pueden comprar por falta de fondos y acelerar de este modo su adquisición. Todo el poderío fabuloso de un Pierpont-Morgan y Cía. que, en Estados Unidos, en el término de unos años, reunió en una sola mano muchas líneas de ferrocarril, minas, casi todas las fábricas siderúrgicas y monopolizó las más importantes líneas de transporte transatlántico, toda esta conquista repentina de la industria y el comercio de los países civilizados más importantes, sería imposible sin las sociedades por acciones.

Según el *Economist* de Londres, cinco hombres, Rockefeller, Barriman, Pierpont-Morgan, Vanderbilt y Gould, poseen en conjunto más de 3 000 millones de marcos. Pero entre los cinco gobiernan un capital de más de 30.000 millones de marcos, porque el capital total invertido en los bancos, ferrocarriles, sociedades industriales de Estados Unidos, se eleva a 70 000 millones. Así, gracias al sistema de las sociedades por acciones, gobiernan casi la mitad de este capital del que a la vez dependen toda la vida económica de la Unión.

Y como siempre, la crisis, que no dejará de estallar en América, expropiará a los pequeños accionistas y ampliará y asegurará la propiedad de los grandes.

Pero cuanto más se apodera de la industria el capital financiero, el capital industrial adopta en mayor medida los métodos del primero. Para el patrón que vive al lado de sus obreros, éstos todavía son hombres. Su prosperidad y su miseria no pueden dejarlo completamente indiferente a menos que esté muy endurecido. Para el accionista sólo existe el dividendo, los obreros sólo son las cifras de un problema de aritmética, pero de un problema en cuyo resultado está poderosamente interesado, que puede reportar más bienestar, más poder u obligarlo a restringirse y hasta golpearlo con la degradación social. De este modo se desvanece el resto de consideración que el simple capitalista todavía podía tener hacia el obrero.

El capitalista financiero es el que más se inclina hacia la violencia. Es el que con mayor facilidad se une a los monopolios y obtiene así poder ilimitado sobre la clase obrera; es el que menos conoce al obrero, finalmente es el que elimina el capital de los capitalistas particulares y domina cada vez más, toda la producción capitalista.

La conclusión natural es la siguiente: se produce una agudización de los antagonismos sociales. ¿Pero Inglaterra?, se me objetará. ¿No encontramos allí una gradual atenuación de esa agudización? ¿No dijo Marx que era

el campo clásico del modo de producción capitalista y que nos mostraba por anticipado nuestro propio destino? ¿Acaso no estamos condenados a llegar al estado actual de Inglaterra? Los devotos de la paz social siempre nos remiten a ese país. Cosa notable; son precisamente los mismos que nos reprochan a los marxistas ortodoxos que nos atengamos con terquedad a toda proposición de Marx, quienes piensan derrotarnos definitivamente con la frase de Marx que citamos.

En realidad, las condiciones cambiaron mucho desde la época en que Marx escribió *El capital*. Inglaterra dejó de ser el campo clásico del capitalismo. Su desarrollo se retrasó cada vez más. Otras naciones, Alemania, Norteamérica, la superan y la relación comienza a invertirse. Inglaterra ya no nos muestra nuestro futuro, sino que nuestro estado económico ya puede indicarle cuál será su destino dentro del modo de producción capitalista. Esto es lo que el estudio de las condiciones reales enseña a estos marxistas "ortodoxos" que no se conforman con repetir ciegamente todo lo que dijo Marx, sino que aplican su método y así tratan de comprender el presente.

Inglaterra era el campo clásico del capitalismo: en ella el capital industrial predominó por primera vez. El capitalismo industrial triunfó, aventajando desde el punto de vista económico no sólo a las otras clases del país, sino también al extranjero. También pudo desarrollar con toda libertad los caracteres que lo particularizan y que determiné antes. Renuncia a mantener a las clases trabajadoras bajo el yugo de la violencia; prefiere seguir una vía pacífica; se esfuerza por dividir el proletariado otorgando privilegios políticos a sus fracciones más poderosas y mejor organizadas tratando de ganar y corromper a sus jefes, en lo que con frecuencia no tiene éxito. Renuncia a toda violencia en el campo de la política exterior: paz y libre cambio es su santo y seña. Adopta una actitud pacífica frente a los Boërs, y al final hasta finge querer reparar el crimen secular de Inglaterra y acordar el *home rule* a Irlanda.

Pero, entretanto, la competencia extranjera se hizo poderosa, demasiado poderosa. Esto obligó a los capitalistas a suprimir en el plano interno todas las trabas puestas a la explotación del obrero, forzándolos, por otra parte, a asegurarse una salida por medio de la violencia. Al mismo tiempo, la alta finanza incrementa aún más las prácticas usurarias que aplican al proceso de producción. Después de producidos todos estos fenómenos, Inglaterra cambió mucho. "El espíritu de la época, comprobaban Beatriz y Sidney Weeb en la *Soziale Praxis* del 20 de marzo de 1902, en estos últimos diez años está en las relaciones entre empleadores y obreros pronunciada contra la práctica del *'self-help'* corporativo, que caracterizaba la generación anterior. En las clases ricas y entre las personas de posición, en realidad la opinión es mucho más hostil a los sindicatos y a las huelgas que lo que era hace una generación."

A raíz de este cambio, los sindicatos son sensiblemente trabados en su

Generated by CamScanner from intsig.com

actividad por los tribunales. El libre cambio pierde terreno y las tarifas aduaneras provocan el encarecimiento de los medios de subsistencia. La política colonial de conquista toma nuevo incremento, así como la legislación coercitiva contra Irlanda. Un solo rasgo desluce el cuadro: el ejército inglés todavía no está organizado a la prusiana. Inglaterra gira de manera absoluta en la órbita política de Alemania y la sigue en su política polaca, en su política comercial, en su política social, en su política exterior, en su política militar.

¿Todos estos hechos no muestran acaso que el destino de Inglaterra hay que estudiarlo en Alemania (y en Norteamérica) y que el estado de aquel país dejo de representar nuestro porvenir? El estudio de "la atenuación de los antagonismos sociales", de la preparación para la "paz social" quedó limitado a Inglaterra y, aun en ella, ya pertenece al pasado.

Gladstone fue el representante más eminente de la política de concesiones llevada a cabo para limar los antagonismos sociales. Este método respondía a la manera de pensar de los industriales ingleses, todopoderosos frente a las demás clases y países. El representante más notable de la nueva táctica es Chamberlain. Es el hombre de los capitalistas financieros que luchan por mantener su supremacía por medio de la violencia. Aquí estamos frente a una de las más extrañas ironías de la historia: en Alemania se celebra con orgullo la época de Gladstone, allí se ve nuestro futuro,se la considera como una de las conquistas imperecederas de Inglaterra, en el preciso momento en que la herencia de este hombre de estado se dispersa a todos los vientos y cuando Chamberlain se convierte en un héroe del pueblo inglés.

Lo reconozco abiertamente: yo también concebí grandes esperanzas en Inglaterra. Nunca pensé que el estadio representado por Gladstone se pudiera reproducir en Alemania. Pero sin embargo esperaba que en Inglaterra, gracias a las especiales condiciones en que se encuentra este país, se podría dar la evolución del capitalismo al socialismo, no por medio de una revolución social sino pacíficamente, mediante una serie de concesiones progresivas consentidas al proletariado por las clases dominantes. La experiencia de estos últimos años también arruinó la esperanza que había puesto en este país. Su política interna comienza a modelarse sobre la de su rival, Alemania. ¡Ojalá esta política pueda producir en el proletariado inglés los mismos efectos que en el proletariado alemán!

Ahora vemos en qué medida la hipótesis se justifica, hasta qué punto hay que admitir que los antagonismos de clase se atenúan, que la burguesía se acerca al proletariado. Ello no es producto de la imaginación, se basa en los hechos concretos. El error consiste en atribuir valor general a fenómenos propios de una esfera restringida. Se identifica a toda la burguesía con algunas clases intelectuales. Una tendencia social propia de Inglaterra, que ya pertenece al pasado, se convierte en una tendencia general, incesantemente en aumento, de todo el modo de producción capitalista.

6. LA DEMOCRACIA

¿Pero acaso la democracia no nos proporciona la base apropiada para asegurar el pasaje gradual, insensible, del capitalismo sin que tengamos que tener la ruptura violenta con el estado existente, que implicaría la conquista del poder político por el proletariado?

Muchos políticos pretenden que únicamente la dominación despótica de una clase torna necesaria la revolución, pues la democracia la hace superflua y en todas las naciones civilizadas gozamos de una dosis de democracia suficiente como para que sea posible la evolución pacífica, para que se produzca sin revolución. Tenemos la facultad de fundar en todas partes sociedades de consumo; una vez extendida, practican la producción por su propia cuenta y, en forma lenta pero segura, modifican el carácter de la producción capitalista. En todas partes tenemos la facultad de organizar sindicatos que limitan cada vez más el poder detentado por el capitalista en su propia explotación, remplazando en la fábrica el absolutismo por el constitucionalismo y también preparando lentamente el pasaje a la forma republicana. En casi todas partes la socialdemocracia tiene la facultad de introducirse en los consejos comunales, de incorporar los intereses de la clase obrera a los proyectos oficiales, de incrementar constantemente las funciones de las municipalidades y de restringir la producción privada, ampliando en forma permanente el área de la producción comunal. Finalmente, la socialdemocracia entra en el parlamento y conquista una influencia creciente, produce una reforma tras otra, limita el poder de los capitalistas por medio de una legislación protectora del trabajo, amplía permanentemente la esfera de la producción del estado impulsando la transformación de los grandes monopolios en servicios públicos. De este modo, mediante el simple uso de los derechos democráticos y permaneciendo en el ámbito actual, la sociedad capitalista se desarrolla en el sentido de una sociedad socialista, la conquista revolucionaria del poder público por el proletariado se torna inútil y favorecerla resulta nocivo, ya que no puede tener otro efecto que trastocar el curso de este progreso lento, pero seguro.

Así se expresan los enemigos del método revolucionario.

Nos muestran un panorama muy seductor. Hasta aquí, todavía no podemos decir que sea pura imaginación, pues se basan en hechos muy reales, pero que nos conducen a una semiverdad. Un poco de dialéctica hubiera llevado a nuestros adversarios a la verdad completa.

Este idílico panorama es válido sólo si se admite que uno de los términos de la oposición, el proletariado, crece en lo que respecta a su fuerza, mientras que el otro, la burguesía, permanece intacto en su antigua situación. Según esta hipótesis, es natural que el proletariado tenga que triunfar en forma progresiva, aun sin revolución, sobre la burguesía y expropiarla insensiblemente.

Pero la cuestión cambia si se considera el otro término. Entonces se ve

Generated by CamScanner from intsig.com

que también la burguesía crece en el poder. Cada progreso del proletariado la impulsa a desplegar nuevas fuerzas, a inventar y emplear nuevos modos de resistencia y de opresión. Al examinar la situación en forma incompleta, sólo se percibe la evolución progresiva hacia el socialismo. En realidad, se organizan masas de combatientes cada vez más compactas, las armas que se crean y emplean son cada vez más poderosas y el campo de batalla se extiende en forma constante. La lucha de clases no desaparece, el socialismo no absorbe al capitalismo. Por el contrario, la lucha se reproduce con amplitud mayor cada vez; cada victoria y cada derrota tienen consecuencias más y más profundas.

Las cooperativas, y entre ellas únicamente las sociedades de consumo merecen atención hoy en día, son absolutamente inocentes. Su carácter hace que sean muy apreciadas por todos los adversarios del método revolucionario. Indudablemente pueden ofrecer muchas ventajas a la clase obrera, pero es ridículo esperar de su funcionamiento la expropiación, aun parcial, del capital. Si eliminan una clase, es la de los pequeños comerciantes y algunas categorías de oficios, los panaderos, por ejemplo. Por eso nunca se observa que los grandes capitalistas combatan las sociedades de consumo que, según se dice, tendrían que provocar su desaparición. No los pequeñoburgueses se alzan con furia contra ellas; sobre todo aquéllos cuya clientela es en su totalidad obrera. Es decir los que están más próximos a aliarse a una política proletaria. Si bien las cooperativas de consumo procuran ventajas materiales a muchas categorías de obreros, alejan del movimiento a elementos cercanos al proletariado. Este medio destinado a facilitar la absorción pacífica del capitalismo y a suprimir la lucha de clases introduce un nuevo tema de discordia y aviva un nuevo odio de clase. La cooperativa de consumo hasta ahora sólo triunfó sobre el pequeño comerciante. Le falta vencer al comercio grande. No lo logrará fácilmente.

Es totalmente absurdo afirmar que los dividendos de estas sociedades, aun si no se reparten y se ahorran, pueden crecer con más rapidez que la acumulación del capital, es absurdo creer que pueden triunfar sobre esta concentración y restringir poco a poco la esfera del capitalismo.

Las cooperativas de consumo no tienen importancia para la emancipación del proletariado, salvo en los lugares donde la lucha de clases es intensa, donde significan un aumento de fuerza y poder para los proletarios militantes. Pero, aun así, dependen por completo del estado de la legislación y de la actitud del gobierno. Hasta que el proletariado no conquiste el poder político, la importancia de estas sociedades para la lucha de clases es muy limitada.

Para el proletariado, los sindicatos son mucho más importantes que las cooperativas, pero sólo como organización de combate y no como movimiento que persigue la paz social. Aun donde culminan en convenciones con los patrones –aislados u organizados– sólo pueden hacerlo si fueron capaces de triunfar en la lucha.

Pero por importante, por indispensable que el sindicato sea para el proletariado militante, tarde o temprano tiene que habérselas con su rival, el sindicato patronal, el cual, si adopta la forma de un trust o un cártel, se convierte fácilmente en un obstáculo infranqueable para la unión obrera.

Las asociaciones patronales no son las únicas que amenazan a las agrupaciones corporativas; también hay que temer la autoridad pública. En Alemania tenemos experiencia al respecto. Y algunos juicios recientes, que conocemos bien, demostraron que, aun en la democrática Inglaterra, los sindicatos todavía no están fuera de peligro, pues la sentencia de esos juicios trataron, nada menos, que de paralizar por completo su acción.

El artículo ya citado, que publicaron Beatriz y Sidney Webb en la *Soziale Praxis*, nos proporciona enseñanzas dignas de atención sobre este punto y esclarece el tema relativo al porvenir de los sindicatos. En primer lugar, nos muestra en qué forma desigual se desarrollan las agrupaciones corporativas en Inglaterra: "En general, las uniones poderosas lo son cada día más; las que no lo eran, ahora son más débiles que antes. Los sindicatos de mineros, de trabajadores de la industria algodonera, de la construcción, metalúrgicos, se han desarrollado. Tienen menos importancia entre los obreros agrícolas, marineros, en la industria del vestido y entre los peones. La hostilidad creciente de las clases dominantes amenaza a todo el mundo sindical." Las leyes inglesas son apropiadas para asfixiar a las organizaciones peligrosas. El temor de que se las aplique a las corporaciones obreras "aumentó la aversión hacia los sindicatos y las huelgas que magistrados y jueces comparten con el resto de las clases medias superiores" aumenta todavía la inquietud. Las leyes existentes pueden "poner al obrero a merced del patrón, atado de pies y manos". Los esposos Webb llegaron a prever una situación en la que "el contrato colectivo de trabajo y el paro accidental de la industria, se haga, sin no imposible, por lo menos oneroso y difícil, debido a cómo se interptete la ley"

Pero si bien los sindicatos llegaron a molestar a los capitalistas, no se puede decir que éstos hayan disminuido realmente la explotación. Piénsese en la conducta de los poderes públicos, aun en Inglaterra, ese Eldorado sindical, si las corporaciones obreras llegaran a entorpecer sensiblemente al capital.

Lo que se denomina el socialismo comunal, también halla su límite en el orden establecido, político y social, aun en los lugares donde el sufragio universal gobierna a la comuna. Esta siempre permanece sometida a las condiciones generales, políticas y económicas, a las que no puede sustraerse por sus propias fuerzas. En algunas localidades industriales, los proletarios pueden llegar a adueñarse de la administración comunal antes de ser lo bastante fuertes como para conquistar el poder público. De este modo pueden atenuar lo que ella tiene de más hostil e introducir ciertas mejoras que no se pueden esperar de un régimen burgués. Pero la actividad de estas comunas muy pronto choca con un límite infranquea-

Generated by CamScanner from intsig.com

ble: el obstáculo es no tanto el menor obstáculo, es el poder real como la impotencia económica. Las comunas que la democracia socialista conquista primero, casi siempre son pobres, habitadas en forma casi exclusiva por proletarios. ¿Dónde podría encontrar los medios para realizar grandes reformas? En general, la legislación limita los impuestos de los habitantes de la comuna; y cuando no es así, no se puede gravar a los ricos más allá de cierto límite sin provocar la emigración de los únicos a los que es posible golpear con utilidad. Toda reforma profunda exige nuevos impuestos y éstos desplazan no sólo a las clases altas sino también a importantes fracciones de la población. La cuestión de los impuestos hizo perder comunas conquistadas por socialistas o reformistas próximos a ellos.

Poco importa que su administración haya sido admirable. Esto sucedió una vez en Londres y últimamente en Roubaix.

¡Pero el área política desconoce esos límites! En este campo, ¿no volvemos a encontrar un progreso ininterrumpido de las medidas de protección obrera?

La más mínima sesión parlamentaria, ¿acaso no impone nuevos límites al capitalismo? Cada elección, ¿no aumenta la cantidad de nuestros representantes en el parlamento? ¿Acaso nuestro poder en el estado, nuestra influencia sobre el gobierno no crecen, con lentitud, es cierto, pero en forma progresiva e invencible? Por lo tanto, el capital ¿no tiende a pasar cada vez más a depender del proletariado?

Sin duda, la cantidad de leyes de protección obrera aumenta todos los años. Pero, si se las examina, nos damos cuenta de que sólo son una ampliación a otras esferas de las prescripciones existentes. Ahora se les aplica a los empleados de comercio, a los vendedores de vino, a los niños que trabajan fuera de las fábricas, a los trabajadores a domicilio, a los marineros, etc. Las medidas son tibias, el resultado problemático y los legisladores se cuidan muy bien de reforzarlas donde ya existen. Si se considera con qué rapidez poco común extiende su esfera de acción el modo de producción capitalista, con qué prontitud ataca a todos los gremios, a todos los países, nos daremos cuenta de que la protección obrera se desarrolla con lentitud y que sus progresos nunca superan los del capitalismo. Insegura, sigue al capital con dificultad. El desarrollo de éste continúa con paso cada vez más rápido. La protección del trabajo, cada vez más tiende a permanecer estacionario.

Si su progreso ya resulta insuficiente en extensión, en profundidad es casi nulo. En 1847, en Inglaterra, bajo la presión del movimiento cartista y la miseria creciente de los obreros de la industria textil, se había logrado la jornada de diez horas para las mujeres y los niños, es decir, para casi todos los trabajadores empleados en esta rama. ¿Acaso en la actualidad hemos ido mucho más lejos?

En 1848, en Francia, la segunda república fijó en diez horas la jornada de trabajo para todos los obreros de París y en once para el resto de

Francia. Cuando últimamente Millerand hizo adoptar por la cámara (en el papel, con numerosas restricciones), la jornada de diez horas para las industrias en las que las mujeres y los niños trabajan con los hombres (sólo para algunas industrias) en esta medida se vio una obra digna de toda admiración y de la que sólo era capaz un ministro socialista. Y sin embargo, Millerand era menos generoso que la legislación burguesa inglesa de medio siglo antes. Permitió que la jornada de diez horas fuese aplicada a los niños cuyo tiempo de trabajo en Inglaterra, desde 1844, se había limitado a seis horas y media!

Ya en 1866, el congreso de Ginebra de la Primera Internacional reclamaba la jornada de ocho horas y en ello veía la condición previa de cualquier reforma social fecunda. Y treinta y seis años más tarde, en el reciente congreso socialista francés de Tours, un delegado se opuso a que la jornada de ocho horas fuese incluida entre nuestras primeras reivindicaciones. Sólo quería proponer medidas preparatorias. No hay que reírse en la nariz de este individuo, más bien, pudo ser candidato en París en las últimas elecciones.

Como está a la vista, en el partido de la reforma social, una sola cosa progresa: la modestia de los reformistas.

¿Pero cómo es posible esto? La cantidad de diputados socialistas crece sólo en los cuerpos representativos. La explicación es simple: basta con no limitarse a este fenómeno y considerar también el reverso de la moneda. La cantidad de diputados socialistas aumenta, es cierto, pero al mismo tiempo la democracia burguesa retrocede. Con frecuencia, esta decadencia se manifiesta en forma pública: disminuye la cantidad de votos que obtiene en las elecciones y la desmoralización estalla a cada momento. Cada día evidencia menos carácter, cada día afloja un poco más. Sólo sabe defenderse de un modo del reproche de reaccionaria: se declara dispuesta a practicar por sí misma una política de reacción; y la lleva a cabo realmente cuando llega al poder. Hoy en día éste es el método que a los liberales les gusta emplear para conquistar el poder político.

Cuando Bismarck vio que su régimen tambaleaba, pidió que la duración de los mandatos legislativos del Reichstag se prolongara de 3 a 5 años. Era una medida desesperada, reaccionaria, que desencadenó una tempestad de indignación. Pero en Francia, el último ministerio radical, el ministerio de defensa republicana, que incluía un ministro socialista, propuso prolongar el mandato de 4 a 6 años y la mayoría republicana aprobó la prolongación. Sin el acuerdo del senado, esta medida tan reaccionaria pasaba a la categoría de ley.

Pero no sólo el liberalismo burgués tiende a desaparecer a medida que se desarrolla la democracia socialista. La influencia del parlamento también decrece más a medida que nuestro partido aumenta su influencia. Estos dos fenómenos son simultáneos, pero no existe entre ellos ninguna conexión inmediata. Por el contrario, los parlamentos en los que no tenemos

Generated by CamScanner from intsig.com

representantes, la cámara prusiana o sajona, pierden su influencia y su potencia de trabajo con más rapidez que las otras.

La decadencia de los parlamentos tiene las más diferentes causas. Las más esenciales no están referidas a la técnica parlamentaria. No creamos que la podremos evitar modificando el orden del día o la competencia parlamentaria. Las causas más profundas se originan en el carácter de las clases que, por medio del parlamentarismo, ejercen una acción determinante sobre el gobierno.

Para prosperar, este régimen necesita dos condiciones preliminares. Primero, le hace falta una mayoría fuerte, unida; en segundo lugar, un gran objetivo social, que persiga con energía y que imponga al gobierno. En la época en que el parlamentarismo estaba en auge, estas dos condiciones se cumplían. Mientras el capitalismo representó el futuro de la nación, todas las clases del pueblo que tenían importancia desde el punto de vista parlamentario y, entre todas, la masa de los intelectuales, se ocuparon de su liberación; la mayoría de los pequeñoburgueses, el mismo obrero, se colocaron bajo la conducción de la burguesía.

Así nació el liberalismo; era un partido cerrado que se proponía fines elevados. Sus esfuerzos para conquistar el parlamento, sus luchas en el parlamento, hacían que éste fuera importante.

Pero cuando se produjo la evolución que describí antes, el proletariado que posee una conciencia de clase especial y luego una fracción de los intelectuales de la pequeña burguesía y de los campesinos pequeños propietarios entraron en el campo socialista; el resto de los pequeños burgueses y de los pequeños agricultores se hizo completamente reaccionario, mientras los elementos más poderosos del capitalismo industrial se unían a la alta finanza, que jamás apoyó al parlamentarismo, para lo que tenía buenas razones (véase Panamá).

El partido liberal se diluye en sus elementos sin que las clases dirigentes, para reemplazarlo, puedan constituir un gran partido parlamentario suficientemente unido. A medida que las clases poseedoras se hacen más reaccionarias, dejan de formar una masa unida. Se dividen cada vez más en pequeñas fracciones y cada vez se les hace más difícil reunir una mayoría parlamentaria homogénea. A medida que nosotros avanzamos, sólo es posible una mayoría cuando las más diferentes tendencias se reúnen en coaliciones pasajeras. Tienen una base muy insegura porque no las une ningún lazo íntimo sino únicamente consideraciones oportunistas. En primer lugar, están afectadas de esterilidad; sus elementos son tan diferentes que sólo pueden permanecer unidos con una condición: cada uno de ellos en forma deliberada tiene que renunciar a obrar en el sentido que le corresponde. Estas combinaciones tienen su origen en la decadencia del parlamentarismo; denotan su impotencia política y social. Sólo el extraordinario desconocimiento de su naturaleza puede hacer creer que la partici-

pación en el parlamento permitirá al proletariado apoderarse en forma gradual y lenta del poder político.

Pero la evolución social no conduce sólo a la división de los grandes partidos parlamentarios en numerosas fracciones diferentes, aun opuestas. Tiene otro resultado más: con frecuencia las mayorías parlamentarias son más reaccionarias, más hostiles hacia el obrero que los mismos gobiernos. Si bien estos últimos son sólo los dependientes de las clases dominantes, sin embargo comprenden mejor el conjunto de las relaciones sociales y políticas. Si bien la burocracia oficial sólo es el sumiso esclavo del gobierno, no por ello deja de seguir su propio camino, sus propias tendencias, las que a su vez actúan sobre el poder. Pero la burocracia se recluta entre los intelectuales, los cuales, como vimos, en forma tímida, es cierto, pero progresiva, comienzan a ver la importancia del proletariado.

Todo esto tiene el siguiente efecto: los gobiernos, a pesar de todas sus ideas reaccionarias, hostiles a los trabajadores, no muestran el mismo odio ciego que las clases dominantes que los siguen y su séquito de pequeños burgueses y campesinos. Los parlamentos, que en otro tiempo servían para arrastrar a los gobiernos hacia el progreso, ahora constituyen un medio para ahogar el pequeño progreso que las circunstancias imponen a los gobiernos. En la medida en que las clases que dominan por medio del parlamentarismo se vuelven superfluas y hasta nocivas, el mecanismo parlamentario pierde importancia.

Por otra parte, si la consideración que se debe a los electores proletarios fuerza a un cuerpo representativo a mostrar simpatía hacia los trabajadores, a pregonar sentimientos democráticos y a superar al gobierno en este punto, éste encuentra con facilidad los medios para acabar con el parlamento.

En Estados Unidos, la lucha contra los sindicatos es llevada a cabo no tanto por los cuerpos representativos como por los tribunales. En Inglaterra también la jurisdicción de los lores y no la legislación de la Cámara de los Comunes sometida a elección originó estos ataques contra los sindicatos; y en Alemania el espíritu de la ley contra las intrigas subversivas, derogada ahora, subsiste todavía en muchos tribunales, como bien lo saben nuestros trabajadores.

De este modo, la llama arde por las dos puntas: los partidos dominantes y los gobiernos tachan al parlamento de esterilidad. El parlamentarismo cada vez es menos capaz de seguir una política precisa en cualquier dirección que sea. Cada vez se halla más decrépito, más impotente. Sólo encontrará una nueva juventud, una nueva fuerza cuando el proletariado, todavía en la adolescencia, lo conquiste, como a todos los poderes públicos y lo haga actuar de acuerdo a sus designios. El parlamentarismo, lejos por lo tanto de tornar imposible o superflua la revolución, necesita él mismo de la revolución para volver a vivir.

Pero nadie se equivoque en esto, que nadie crea que considero inútil

Generated by CamScanner from intsig.com

a la democracia y que las cooperativas, los sindicatos, la entrada de la democracia socialista en las comunas, la obtención de algunas reformas, son cosas sin valor. Nada sería más erróneo. Por el contrario, cualquier progreso tiene una importancia inapreciable para el proletariado y sólo pierde valor si en él se ve el medio de impedir la revolución, es decir, la conquista del poder político por el proletariado.

La democracia tiene un gran valor porque hace posibles las formas superiores de lucha revolucionaria. Esta ya no será como en 1789, y tampoco como en 1848, un combate de masas desorganizadas, sin experiencia política, que no comprenden cuál es el poder mutuo, la fuerza de los factores en lucha, que no comprenden las dificultades del combate e ignoran los medios de resolverlo. Ya no será un combate de masas que se dejan arrastrar, desviar ante la menor sospecha, la menor conjetura. Por el contrario, será una lucha de masas organizadas, esclarecidas, plenas de constancia y reflexión, que no siguen cualquier impulso, no estallan ante la menor injuria, pero tampoco se dejan abatir por el menor fracaso.

Por otra parte, las luchas electorales sirven para evaluar las fuerzas propias y las del adversario. Además permiten percibir con claridad la fuerza relativa de las clases y los partidos, sus progresos y retrocesos. De este modo, ayudan a descartar ataques prematuros y evitan derrotas; también permiten que el adversario reconozca en forma pública cuán insostenible es determinada posición y que la abandone voluntariamente cuando para él no es una cuestión de principios. Por lo tanto, el combate cobra menos víctimas, es menos cruel, depende menos del azar.

Además, no es necesario despreciar las conquistas prácticas que se pueden lograr gracias a la democracia y mediante el uso de sus libertades y sus derechos. Son demasiado mínimas para restringir el poder del capitalismo y hacerlo evolucionar en forma insensible hacia el socialismo. Pero la más mínima reforma, la organización más débil pueden tener una gran importancia para el resurgimiento físico e intelectual del proletariado que, sin ellas, entregado al capitalismo atado de pies y manos, sería desmoralizado por la miseria, que lo amenaza incesantemente. Pero la acción de las organizaciones proletarias y la actividad de representantes proletarios en los parlamentos y en las asambleas comunales, no son necesarias sólo para que el proletariado salga de la miseria. Es un medio para familiarizar al proletariado en forma práctica con los problemas que plantean la administración del estado o de la comuna y las grandes empresas económicas. Es un camino que lleva a esa madurez intelectual que el proletariado necesita si un día ha de remplazar a la burguesía como clase dirigente. Por lo tanto, la democracia es indispensable, pues contribuye a que el proletariado madure para la revolución social. Pero la democracia no está en condiciones de impedir esa revolución. La democracia es para el proletariado lo que son el aire y la luz para el organismo: sin ella no puede desarrollar sus fuerzas. Pero el progreso de una clase no tiene que hacer olvidar el progreso simul-

táneo del adversario. La democracia no inhibe el desarrollo del capital; su organización, su poder político y económico crecen al mismo tiempo que la fuerza del proletariado. Las cooperativas de consumo progresan, pero la acumulación del capital aumenta también. Los sindicatos son prósperos, pero la concentración del capital continúa en gran escala; se organizan en gigantescos monopolios. Para tocar un punto que no desarrollaremos, la prensa socialista se extiende, pero al mismo tiempo se difunde también la prensa sin partido, sin línea, que embota y envenena a grandes sectores de la población. Los salarios suben, pero la masa de los beneficios se eleva todavía más rápido. La cantidad de diputados socialistas en el parlamento aumenta, pero la importancia y eficacia de estas instituciones desciende cada vez más. Sus mayorías, así como los gobiernos, caen cada vez más bajo el poder de las altas finanzas.

Junto a las fuerzas del proletariado se desarrollan las fuerzas del capital. Esta evolución sólo puede terminar en un combate decisivo entre los dos adversarios, combate que sólo cesará con la victoria del proletariado.

En efecto, la clase capitalista es superflua. Por el contrario, el proletariado se ha convertido en la clase necesaria de la sociedad. La clase capitalista es incapaz de suprimir, de aniquilar al proletariado. Después de cada derrota, debe aparecer más amenazante que nunca. Por el contrario, el proletariado sólo puede usar de un modo la victoria que pondrá el poder político en sus manos; lo tendrá que emplear en abolir el capital. Hasta que esta abolición no se produzca, la lucha entre las dos clases no terminará, no puede terminar. La paz social en el modo de producción capitalista es una utopía, nacida de necesidades muy reales de la inteligencia, pero no encuentra en la realidad ninguna base sólida que le permita producirse. No es menos utópico creer que el capitalismo, al desarrollarse, pasará poco a poco al socialismo. No tenemos la menor razón para admitir que termine de un modo diferente de como comenzó. Ni la evolución política ni la evolución económica nos enseña que la era de las revoluciones que caracteriza el modo de producción capitalista se ha cerrado. Las reformas sociales, los progresos de las organizaciones proletarias no pueden impedirlo. Cuanto más, pueden tener el siguiente efecto: en las esferas más desarrolladas del proletariado militante, la lucha de clases llevada a cabo contra el capital no se remitirá más a las condiciones primeras de la existencia, sino que tendrá como objetivo la conquista del poder.

7. FORMAS DE LA REVOLUCION SOCIAL. LOS MEDIOS DE QUE DISPONE

¿Pero qué formas adoptarán las luchas decisivas entre las clases dominantes y el proletariado? Indudablemente, podemos descubrir por anticipado,

Generated by CamScanner from intsig.com

y hasta cierto punto, la tendencia de la evolución, pero no podemos prever ni su forma, ni su ritmo. Al buscar la tendencia de la evolución, nos encontramos con leyes relativamente simples, pudiendo hacer abstracción de la variedad confusa de fenómenos a los que no podemos reconocer ni regularidad ni necesidad, que nos parecen simplemente fortuitos. Pero estos fenómenos desempeñan un gran papel en la determinación de las formas y de la rapidez del movimiento. Del mismo modo, en todos los pueblos civilizados modernos la dirección de la evolución capitalista fue la misma en el último siglo, pero en cada uno de ellos adoptó una forma diferente y tuvo distinta rapidez. Estas diferencias dependían de particularidades geográficas, de cualidades de raza, del apoyo o rechazo de los países vecinos, de grandes personalidades que las atacaban o favorecían y de otras cosas más. Muchos de estos hechos no podían conocerse por anticipado, pero muchos factores que se podían conocer, reaccionaban de tal modo unos sobre otros que el resultado era extremadamente complicado, imposible de desenmarañar en el estado actual de la ciencia. Así, sucedió que aun quienes superaban en mucho a sus contemporáneos por el conocimiento completo y profundo del estado social de nuestros pueblos civilizados y por el método fecundo utilizado en sus investigaciones, por ejemplo, Marx y Engels, pudieron determinar de antemano la tendencia del movimiento económico para un lapso bastante largo y sus previsiones fueron brillantemente justificadas por el curso de los acontecimientos, pero estos mismos pensadores a veces se equivocaron en cuanto a las formas y la rapidez del movimiento producido en el término de unos meses.

A mi entender, hay una sola cosa que se puede decir con certeza sobre la próxima revolución: no se parecerá en nada a las precedentes. Uno de los mayores errores que cometen los revolucionarios y sus adversarios, es representarse la próxima revolución de acuerdo con el modelo de las revoluciones pasadas, y como nada es más fácil de demostrar que revoluciones como éstas ya no son posibles, se concluye sin dificultad afirmando que la revolución social, en resumen, es una idea caduca. Por primera vez en la historia del mundo marchamos hacia luchas revolucionarias que se dan bajo formas democráticas por medio de organizaciones basadas en las libertades democráticas, contra fuerzas hasta ahora nunca vistas, contra las ligas de empresarios ante los que se inclinan los mismos monarcas y cuya fuerza aumenta con todos los recursos desarrollados por el despotismo de las grandes potencias, es decir de la burocracia y del ejército.

Una particularidad de la situación actual es, como dijimos, que ya no son los gobiernos los que nos oponen las mayores resistencias. Bajo el régimen del absolutismo, al que atacaban las revoluciones anteriores, el gobierno era todopoderoso y los antagonismos no se podían desarrollar con nitidez. El gobierno impedía que no sólo las clases explotadas sino aún los explotadores defendieran con libertad sus intereses y sólo un sector de ellos se alineaba junto al gobierno, pues una considerable fracción de los

explotadores, en especial los capitalistas industriales, se hallaban en el campo de la oposición, igual que todas las clases trabajadoras, los campesinos y los pequeños burgueses, junto a los proletarios, con excepción de algunas regiones atrasadas. En consecuencia, el gobierno estaba aislado de la nación, no contaba con el apoyo de las masas populares, representaba la principal fuerza que oprimía y saqueaba al pueblo. En determinadas circunstancias, se lo podía derribar con un golpe de mano.

En la democracia, no sólo los explotados sino también los explotadores pueden desarrollar sus organizaciones con más libertad; y es necesario que lo hagan si quieren defenderse contra el poderío creciente de sus adversarios. Ambos son más fuertes que bajo el régimen del absolutismo; utilizan su fuerza en forma más brutal, más despiadadamente que el mismo gobierno, el cual, lejos de dominarlos, se les subordina.

Por lo tanto, las masas revolucionarias se las tienen que ver no sólo con el gobierno, sino también con poderosas organizaciones de explotadores, y estas masas ya no representan, como en las anteriores revoluciones, la inmensa mayoría de la nación frente a un puñado de explotadores. En la actualidad, representan esencialmente una clase, la de los proletarios, cuyos adversarios no son sólo los explotadores, sino también la mayor parte de la pequeña burguesía y los campesinos y una gran parte de los intelectuales.

Sólo una fracción de los intelectuales, pequeños campesinos y algunos pequeñoburgueses, que en realidad son asalariados que viven de la clientela obrera, están de acuerdo con los proletarios. Pero a veces son auxiliares poco seguros, que en general no están dispuestos a servirse del arma que, sobre todo, determina la fuerza del proletariado, es decir, de la organización.

Si bien las últimas revoluciones fueron un levantamiento de las masas populares contra el gobierno, se puede decir que la revolución futura, quizá con excepción de Rusia, más bien tendrá el carácter de una lucha de una parte de la nación contra la otra fracción y por eso se parecerá, nada más que por eso, más a las luchas de la reforma que a la revolución francesa. Yo diría que no será para nada una insurrección espontánea contra la autoridad, que se parecerá más a una *guerra civil* prolongada, si no se atribuye a esta palabra la idea de guerra verdadera, de masacre. Pero no tenemos ninguna razón para admitir que insurrecciones armadas, combates de barricadas y otros datos de hostilidad, todavía hoy puedan desempeñar un papel decisivo. Las razones para que esto suceda fueron expuestas con tanta frecuencia que no tengo necesidad de detenerme más en ese punto. El militarismo sólo podrá ser derrotado cuando ya no pueda contar con la fidelidad de los soldados y no porque el pueblo rebelado triunfe sobre él.

No debemos esperar el derrumbe de la sociedad actual ni de una crisis financiera ni de insurrecciones armadas. En este aspecto también la situa-

Generated by CamScanner from intsig.com

ción es completamente diferente de 1789 y 1848. Entonces el capitalismo todavía era débil, la acumulación de capitales era mediocre, el capital era raro y difícil de encontrar. Por otro lado, el capital era hostil al absolutismo, o por lo menos se mostraba desconfiado con respecto a él. Los gobiernos todavía eran independientes del capital, en especial del capital industrial y con frecuencia hostiles a su desarrollo, aunque a su pesar. Pero el feudalismo que se extinguía dejaba que se agotaran todas las fuentes de recursos, si bien los gobiernos, que cada vez obtenían menos dinero del país, debieron recurrir cada vez más a los empréstitos. Esta situación tenía que conducir a un crack financiero o a concesiones a las clases que tendían a elevarse, pero ambos acontecimientos traían aparejada la derrota política.

Hoy todo sucede de manera distinta. El capitalismo no descuida la producción, como lo hacía el régimen feudal, sino que ayuda a desarrollarla. El capital, lejos de escasear, es muy abundante, busca una ubicación ventajosa, los riesgos no lo asustan. Los gobiernos dependen completamente de los capitalistas, que tienen toda clase de buenas razones para protegerlos y sostenerlos. El aumento de las deudas públicas sólo puede ser un factor revolucionario en el caso de que los impuestos se hagan muy pesados e impulsen a las clases inferiores a la rebelión, pero ésta difícilmente conducirá, con excepción de Rusia, a la bancarrota de los gobiernos o aun a una crisis financiera seria. La crisis financiera no nos llevará a la revolución en mayor medida que la insurrección armada.

El particular medio de que dispone el proletario para luchar, para ejercer una presión sobre los adversarios, es la paralización del trabajo organizado, la huelga. Cuanto más se desarrolla el modo de producción capitalista, más se concentra el capital y más gigantescas son las proporciones que adquieren las huelgas. Y la producción capitalista, cuanto más rechaza la de la pequeña burguesía y por lo tanto cuanto más depende toda la sociedad del curso regular de la producción capitalista, tanto más una huelga importante se convertirá en un acontecimiento político, en una calamidad nacional. Así se produjo en Bélgica y Francia y en ambos casos exitosamente. A mi entender, la huelga desempeñará un gran papel en las revoluciones futuras. Esa es mi opinión desde hace mucho tiempo. En mis artículos sobre el nuevo programa del partido de 1891 (véase *Die Neue Zeit*, (1890-91), núm. 50, p. 757) ya indiqué "que en determinadas circunstancias, cuando se trata de tomar una gran determinación, cuando importantes acontecimientos agiten profundamente a las masas obreras, será posible provocar grandes efectos políticos por medio de huelgas considerables".

No quiero recomendar la huelga general como la entienden los anarquistas y los sindicatos franceses. Según ellos, debe remplazar a la acción política y en especial a la acción parlamentaria del proletariado y que súbitamente podrá subvertir la organización social actual.

¡Es insensato! Una huelga general comprendida de modo que a una señal dada todos los obreros de una país abandonen el trabajo supondría una preparación y una organización obrera difícilmente realizables en la sociedad actual y que, si pudieran convertirse en realidad, tornarían tan invencible al proletariado que la huelga general resultaría inútil. Semejante huelga haría imposible, súbitamente, no sólo la sociedad actual sino la existencia del proletariado, más aún que la del capitalista, y esta terrible arma fracasaría en el mismo momento en que su acción revolucionaria comenzara a hacerse sentir.

La huelga, como arma de guerra política, quizá no adopte nunca, con seguridad nunca antes de mucho tiempo, la forma de huelga general de *todos* los obreros de un país; tampoco puede proponerse *remplazar* los otros medios empleados en la lucha política del proletariado a los que *completará* y *reforzará*.

Nos encaminamos hacia una época en que la huelga aislada, no política, será tan inútil contra la preponderancia de los empresarios organizados, como lo es la acción parlamentaria aislada de los partidos obreros contra la presión del gobierno sometido a los capitalistas. Siempre hará falta que se completen entre sí y extraigan nuevas fuerzas de su cooperación.

Como ocurre con toda otra arma, en primer lugar hay que aprender a servirse de la huelga entendida en sentido político. No es una panacea, como lo proclaman los anarquistas al son de las trompetas, tampoco es un remedio infalible en todas las circunstancias, como ellos piensan. Aquí no puedo asumir la tarea de investigar en qué condiciones se puede recurrir a ella, pero con respecto a los recientes acontecimientos de Bélgica, quisiera hacer notar que evidenciaron que la huelga exige un método especial que no se asocia de buen grado con otros métodos como es, por ejemplo, la cooperación con los liberales.

Yo no la rechazaría en todas las circunstancias. Sería insensato no obtener provecho de la desunión, de las divisiones de nuestros adversarios. Pero no hay que esperar de los liberales más de lo que pueden dar. En los debates parlamentarios sobre una determinada medida podemos diferir menos con ellos que con los demás adversarios burgueses; en ese caso, lo más indicado es una acción común. Pero en la lucha extraparlamentaria sobre el tema de una reivindicación de alcance revolucionario no se puede contar con la ayuda del liberalismo. Pretender aumentar las fuerzas proletarias por medio de una alianza con los liberales es mellar las armas que se emplean. La huelga política es un arma puramente proletaria que sólo se puede emplear en una lucha emprendida por el proletariado solo. Por lo tanto, debe tenérsele en cuenta sobre todo en una lucha contra toda la sociedad burguesa. Así comprendida, puede ser la más revolucionaria de todas las armas del proletariado.

En el futuro podrán desarrollarse otros medios, otros métodos aún desconocidos para nosotros. Entre el conocimiento de métodos y organización

Generated by CamScanner from intsig.com

y el conocimiento de la dirección que siguen las luchas sociales, existe una diferencia: esta última puede ser estudiada teóricamente por anticipado, mientras que los primeros son obra de los prácticos; sólo después los teóricos pueden observarlos y estudiar su importancia en la prosecución de su evolución. Los sindicatos, las huelgas, las sociedades por acciones, los trusts, etc. surgen de la práctica, no de la teoría. En este campo todavía podemos esperar más de una sorpresa.

También la guerra puede ser un medio de apresurar la evolución política del proletariado y de otorgarle el poder. Con frecuencia la guerra desempeñó el papel de factor altamente revolucionario. Hay situaciones históricas en que se necesita una revolución para que la sociedad continúe, pero en las que las clases revolucionarias son demasiado débiles como para revertir los poderes dominantes. Cuando se dice que se necesita una revolución no hay que entender por ello que las clases que tienden a elevarse adquieren en el momento oportuno la fuerza que necesitan para hacer esta revolución. El mundo, desgraciadamente, no está tan bien organizado. Hay situaciones en las que es absolutamente necesario que una clase dominante sea reemplazada por otra y donde sin embargo la primera se empeña en mantener a la segunda constantemente oprimida. Si esta situación dura mucho tiempo, toda la sociedad se corrompe y desintegra. Pero con frecuencia, en esa situación, la guerra ejecuta la tarea que desborda las fuerzas de la clase que tiende a elevarse. La ejecuta de dos maneras. Una guerra es imposible si todas las fuerzas de la nación no se dedican a realizarla. Si en una nación existe una escisión profunda, la guerra obliga a la clase dominante a hacer concesiones a la clase que se quiere elevar, a interesarla en objetivos comunes y, de este modo, a darle el poder que no hubiera tenido sin la guerra.

Pero si la clase dominante no es capaz de semejante sacrificio o si lo realiza demasiado tarde, la guerra culmina en una derrota que provoca la revolución. Subvierte un régimen cuyo principal apoyo era el ejército, quebrando ese apoyo.

Así es como en circunstancias en las que todos los demás medios resultan impotentes, la guerra con frecuencia ha servido al progreso; medio brutal y devastador por cierto, pero sin embargo eficaz.

El desplazamiento del centro de gravedad económico de Europa hacia los países bañados por el océano Atlántico, la guerra de los treinta años y su prosecución, debilitaron mucho a la burguesía alemana, por ejemplo, como para que con sus propias fuerzas pudiera derrumbar al régimen feudal. Las guerras napoleónicas y a continuación las de la era de Bismarck la desembarazaron de él. El testamento de 1848, en resumen, lo ejecutaron las guerras de los poderes contrarrevolucionarios, como con frecuencia se ha dicho.

En la actualidad, hemos llegado a un estado análogo al que existía entre 1850 y 1870: en el interior y en el exterior existen antagonismos políti-

cos. Otra vez se han acumulado materiales inflamables. La solución de los problemas por resolver se impone en forma cada vez más imperiosa, pero ninguna de las clases o partidos dominantes se atreve a actuar en forma seria, porque esta acción es imposible sin grandes conmociones y se cuidan de ella porque conocen demasiado bien la fuerza terrible del proletariado que amenaza desencadenarse con cualquier conmoción.

Antes señalé que cuando en el orden interno se corrompe la vida política, la decadencia creciente del parlamentarismo lo pone de manifiesto con mucha claridad. Pero esta corrupción es acompañada con la corrupción de la política exterior de Europa. Se tiene mucho miedo de una política enérgica que podría llevar a un conflicto internacional, no porque se repruebe la guerra como inmoral sino poque se teme la revolución, cuya precursora sería la guerra. Por eso toda la política de nuestros gobernantes consiste, tanto en el exterior como en el interior, en remitir todas las cuestiones a las calendas griegas, en dejar que se acumulen los problemas no resueltos. Gracias a esta circunstancia, todavía subsiste una serie de Estados aparentes que una generación revolucionaria más enérgica colocó, hace ya cincuenta años, en su lecho de muerte, como es el caso de Turquía y Austria. Por otro lado, debido a las mismas razones, la burguesía dejó de interesarse completamente en el problema de una nacionalidad polaca independiente.

Pero estos focos de crisis no se han extinguido, se pueden reavivar un día u otro y, como el monte Pelé en el isla de la Martinica, encender guerras devastadoras. La misma evolución económica crea nuevos focos de crisis, multiplica las causas de fricción y produce complicaciones que pueden llegar a la guerra. En efecto, en las clases altas despierta el deseo de monopolizar los mercados, de conquistar territorios allende los mares y a las ideas pacífistas del capitalismo industrial las sustituye por las ideas de violencia del capitalismo financiero.

La única garantía de paz que tenemos en la actualidad es el temor del proletariado revolucionario. Falta saber cuánto tiempo dicho temor resistirá a las múltiples causas de conflicto. Existe gran cantidad de Estados que todavía no temen al proletariado revolucionario independiente y muchos de ellos están totalmente dominados por una pandilla de grandes financistas sin honor ni vergüenza. Estas potencias, que hasta ahora eran pacíficas y carecían de importancia dentro de la política internacional, cada día desempeñan un papel más perturbador. Nos referimos, sobre todo, a Estados Unidos, Inglaterra y Japón. En otra época Rusia ocupaba el primer lugar en la lista de los Estados perturbadores de la paz europea, pero su heroico proletariado le hizo renunciar rápidamente a ese puesto.

Pero la desesperación de un régimen decadente también puede encender la guerra, tanto como la turbulencia de un gobierno que no puede controlar nada en el orden interno. Ese fue el caso de Napoleón III en 1870 y hoy podría ser el de Nicolás II. Estas potencias con sus antagonismos son

Generated by CamScanner from intsig.com

las que más amenazan la paz del mundo. Ya no es el antagonismo entre Francia y Alemania, entre Austria e Italia. Debemos contar con la probabilidad de conmociones políticas que lleguen directamente a insurrecciones proletarias o que por lo menos les abran el camino.

Deseo que se me comprenda bien. Aquí examino, no profetizo, y tampoco expreso mis deseos. Investigo sobre lo que puede suceder, no declaro qué sucederá y de ningún modo deseo que suceda. Si bien considero que la guerra es un medio para la revolución, esto no quiere decir que desee la guerra. Es algo tan espantoso que sólo los fanáticos del sable todavía en nuestros días pueden tener el triste valor de desearla a sangre fría. Aunque una revolución, en lugar de ser un medio para llegar a un fin, constituyera por sí misma un fin cuyo precio nunca sería demasiado caro, costase oleadas de sangre, aun en ese caso no se podría desear la guerra como medio para desencadenar la revolución. Porque es el medio más irracional. Trae consigo desórdenes terribles, exige del estado sacrificios tan enormes que una revolución resultante de ella tiene que soportar cargas aplastantes que no provienen de sí y que absorben casi todos sus recursos, todas sus fuerzas. Además, una revolución que surge de una guerra es un signo de debilidad de la clase revolucionaria y con frecuencia provoca un mayor debilitamiento, debido a los sacrificios que impone la guerra y también a la degradación moral e intelectual que provoca a menudo. Por lo tanto, aumenta mucho el peso que debe soportar el régimen revolucionario, al mismo tiempo que disminuye sus fuerzas. Por eso una revolución surgida de una guerra naufraga con facilidad o pierde rápidamente su impulso. ¡Cuánto más eficaz fue la revolución burguesa en Francia, donde fue el resultado de un levantamiento popular, que en Alemania, donde fue impuesta por una sucesión de guerras! Y la clase proletaria hubiera sacado mucho más provecho de la insurrección del proletariado de París, si, provocada por la guerra de 1870-71, aquélla no hubiera estallado prematuramente sino que lo hubiera hecho más tarde, en el momento en el que los parisienses se hubieran encontrado lo suficientemente fuertes como para desembarazarse sin guerra de Napoleón Bonaparte y su banda.

Por lo tanto, carecemos de la más mínima razón para desear que nuestra marcha hacia adelante se acelere en forma artificial por medio de una guerra.

Nuestros deseos no tienen importancia. Es verdad que los hombres hacen su historia por sí mismos, pero no eligen a gusto los problemas que deben resolver ni las circunstancias en las que viven, ni los medios que utilizarán para resolver los problemas. Si dependiera de nuestros deseos, ¿quién no preferiría los medios pacíficos a un medio violento que quizá desborde nuestras fuerzas y nos aniquile? Pero nuestra tarea no es formular piadosos deseos y pretender que el mundo se adecue a ellos, sino que consiste en conocer los problemas planteados, las circunstancias y los medios que permitan aplicar en forma útil estos últimos para solucionar esos problemas.

El estudio de los hechos es el fundamento de una política racional; si estoy persuadido de que marchamos hacia una era revolucionaria cuyo advenimiento no podemos precisar, llegué a esta convicción mediante el estudio de los hechos y no formulando deseos. Quisiera equivocarme y que tengan razón los que creen que las mayores dificultades de la transición del capitalismo al socialismo están superadas y que ya nos encontramos en terreno seguro, sobre el que avanzaremos hacia el socialismo. Por desgracia no puedo compartir esta opinión. Lo más grande, lo más penoso, está por hacerse: la lucha por el poder político será larga y dura y todos nosotros tendremos que emplear el máximo de fuerza y energía.

No se le puede hacer mayor mal al proletariado que aconsejarle que se desarme desde ahora para estimular los llamados avances de la burguesía. En el actual estado de cosas, es poner al proletariado en manos de la burguesía, es hacerlo depender de ella en el aspecto político e intelectual, es debilitarlo, degradarlo, incapacitarlo para cumplir sus altos destinos históricos.

Los obreros ingleses nos dan la prueba de que no exagero. El proletariado en ninguna parte es tan numeroso, en ninguna parte su organización económica está más desarrollada, en ninguna parte su libertad política es mayor que en Inglaterra. Y en ninguna parte tienen menor poder político. No sólo perdió toda independencia en la alta política, sino que ni siquiera sabe defender sus intereses más inmediatos.

Otra vez querríamos apelar al testimonio de los Webb, a quienes he mencionado varias veces, pues no son sospechosos de sostener ideas revolucionarias. A pesar de los progresos de estos diez últimos años, el interés del obrero inglés hacia la política obrera disminuyó. La ley de las ocho horas y el socialismo constructivo a la manera de los fabianos que apasionaron a los sindicatos entre 1890-93, poco a poco dejaron de cautivarlos. El número de representantes no aumentó en la cámara de los comunes.

Ni siquiera los golpes que recientemente les asestaron sus adversarios pudieron sacudir a los obreros ingleses. Permanecen mudos cuando se vulnera su sindicato, mudos cuando aumenta el precio del pan. Como factores políticos, los obreros ingleses están muy por debajo de los de Rusia, el país de Europa más atrasado desde el punto de vista económico, el menos libre desde el punto de vista político. En la práctica, la gran fuerza de los obreros rusos proviene de su marcada conciencia revolucionaria. Los obreros ingleses no desempeñan ningún papel en la política efectiva porque renuncian a la revolución, porque sólo conocen el interés del momento, la llamada política realista.

Pero en esta política realista, la degradación moral e intelectual acompaña a la pérdida del poder político.

Antes hablé del resurgimiento moral de los proletarios que, después de haber sido los bárbaros de la sociedad moderna, se convirtieron en el factor más importante para mantener el progreso de nuestra civilización. Pero sólo se pudieron elevar a esta altura cuando se declararon adversarios de la burguesía, cuando su aspiración hacia el poder político los convenció profundamente de que están llamados a elevar consigo a toda la sociedad a un estadio superior. Una vez más Inglaterra nos muestra en qué se convierte una clase obrera que renuncia a la revolución y sólo hace política práctica, que, burlándose de su ideal, lo relega a un rincón y descarta cualquier lucha que tenga un objetivo que no sea las libras o los chelines. Los mismos burgueses se lamentan de la decadencia moral e intelectual de la flor de los obreros ingleses quienes, por otra parte, lo único que hacen es seguir las huellas de la burguesía y en la actualidad son pequeños burgueses que sólo se distinguen de los otros por su menor educación y cuyo más elevado ideal es imitar a sus patrones. Imitan su hipócrita respetabilidad, como ellos, admiran la riqueza, cualquiera sea su origen; emplean tontamente sus horas de ocio. La emancipación de su clase les parece un sueño insensato, pero, en compensación, el fútbol, el box, las carreras, las apuestas, son asuntos que los apasionan y que absorben todos sus ocios, toda su inteligencia, todos sus recursos.

Es inútil que por medio de sermones morales se trate de inspirar al obrero inglés una concepción más elevada de la vida, el sentimiento de más nobles esfuerzos. La ética del proletario fluye de sus aspiraciones revolucionarias; son éstas las que dan fuerza y altura. La idea de la revolución salvó al proletariado de la más profunda humillación, regeneración que constituye el mayor acontecimiento de la segunda mitad del siglo XIX.

Queremos permanecer fieles sobre todo a este idealismo revolucionario; de este modo, suceda lo que sucediere, soportaremos trabajos penosos, realizaremos grandes cosas y seremos dignos de la gran tarea histórica que nos está reservada.

Generated by CamScanner from intsig.com

SEGUNDA PARTE

AL DIA SIGUIENTE DE LA REVOLUCION SOCIAL

Generated by CamScanner from intsig.com

Generated by CamScanner from intsig.com

I. DELIMITACION DEL PROBLEMA

Antes de abordar el tema de este estudio, hace falta que en primer lugar me justifique por la grave desconfianza que el título de mi estudio pudo despertar en el espíritu de mucha gente. *¡Al día siguiente de la revolución!* ¿Acaso esto no prueba que nosotros, "marxistas ortodoxos", en el fondo somos blanquistas disfrazados, que esperan por medio de un golpe de mano, un día poder hacerse cargo de la dictadura social? ¿Y no es como volver a los procedimientos pasados de moda de los utopistas, el pretender promulgar prescripciones para un momento determinado que ignoramos cuándo y en qué condiciones se producirá?

Es cierto que si mi título tuviera este significado, existirían las mejores razones del mundo para leer mi trabajo con la mayor desconfianza. Por eso me apresuro a subrayar que considero a la revolución como una fase histórica cuya duración será más o menos larga que, a través de luchas encarnizadas, puede prolongarse durante decenas de años. Por otra parte, estoy convencido de que no tenemos que rompernos la cabeza tratando de inventar recetas para el porvenir. Con un ejemplo probaré cuán poco me preocupo por eso.

Cuando hace diez años, la socialdemocracia alemana discutió un nuevo programa, se propuso introducirle mejoras que facilitaran el pasaje de la producción capitalista a la producción socialista. Yo estaba entre los que se opusieron a la adopción de semejantes proposiciones porque consideraba errado querer fijar al partido, desde ahora, el camino para un acontecimiento que no podemos imaginar, del que sólo podemos tener un vago presentimiento y que quizá nos proporcione muchas sorpresas. Pero creo que es un excelente ejercicio del pensamiento, un medio para dar claridad y consistencia a nuestras ideas políticas, deducir todas las consecuencias de nuestras aspiraciones y sondear los problemas que podrán surgir de la conquista del poder político. Esto también es muy ventajoso desde el punto de vista de la propaganda. En efecto, por una parte, nuestros adversarios pretenden que nuestra victoria nos colocará frente a problemas insolubles; por otra parte, en nuestras propias filas hay hombres que pintan un cuadro muy sombrío de las consecuencias de nuestra victoria. El día de la victoria, dicen, contendrá el germen de la derrota. Por lo tanto, es importante investigar si es así y qué parte de verdad hay en lo que afirman.

Pero para que semejantes reflexiones produzcan resultados precisos, para que no se pierdan en el vacío, hay que estudiar los problemas que pueden surgir, en su forma más simple, como no se presentan en la rea-

lidad, y desembarazarlos de todas las circunstancias que los complican. Se trata del procedimiento común de la ciencia; y ya sabemos muy bien que en la realidad las cosas se comportan de otra manera, no se desarrollan con tanta sencillez como se supone en la abstracción.

Ya dije que la revolución social es un proceso de larga duración; pero si queremos reducirla a su más simple expresión debemos admitir que un buen día todo el poder político le caerá de golpe al proletariado, sin ninguna reserva, que en el uso que hará del poder, lo guiarán sus intereses de clase y que se servirá del mismo del mejor modo posible; por cierto, la primera hipótesis no se realizará y tampoco es necesario que la segunda constituya la generalidad. Para ello haría falta que el proletariado fuera una masa más unida, más homogénea. Es sabido que se divide en grupos, diferentes en su evolución, diferentes por sus tradiciones y por el grado de desarrollo intelectual y económico. Pero es muy probable que otras capas sociales, vecinas del proletariado, se eleven junto con él: una fracción de pequeños burgueses, de pequeños campesinos, que no comparten totalmente las opiniones del proletariado, etc. Eso puede producir fricciones, malentendidos de todo tipo. No siempre podremos hacer lo que queremos; no queremos siempre lo que debemos. Pero aquí es preciso que dejemos de lado estos factores discordantes. Por otra parte, debemos hablar en este estudio de una hipótesis conocida; no podemos basarlo en una situación que aparezca en el futuro sin que se hayan construido sus cimientos. Y sin embargo, es evidente que no llegaremos al poder si la situación permanece tal como hasta ahora. La misma revolución supone luchas largas y serias que, por sí mismas, modificarán nuestra constitución política y social actual. Por lo tanto, cuando el proletariado haya conquistado el poder político, se plantearán problemas que hoy ignoramos, mientras otros, que nos ocupan ahora, ya estarán resueltos. Pero también surgirán medios, que hoy ni siquiera sospechamos, para resolver estos diferentes problemas.

Así como el físico estudia la ley de la caída de los cuerpos en el vacío y no en el aire en movimiento, del mismo modo aquí estudiamos la situación del proletariado victorioso a partir de determinadas hipótesis, que nunca se realizarán con exactitud. Por ejemplo, la hipótesis de que un día, súbitamente, el proletariado se adueñará del poder y para desempeñar la tarea que le incumbe, dispondrá de los medios que se emplean en la actualidad. Si procedemos así, podemos llegar a resultados que diferirán de lo que pasará en realidad, como las leyes de la gravitación difieren de la caída efectiva de los distintos cuerpos. Pero, a pesar de estas perturbaciones, las leyes de la gravitación subsisten en la realidad y presiden la caída de cada cuerpo particular, caída que sólo comprendemos cuando hemos comprendido esas leyes.

Asimismo, las esperanzas y las dificutades que determinamos procediendo como dijimos, estarán reservadas efectivamente al proletariado victorioso —por supuesto si aplicamos bien nuestro método— y desempeña-

Generated by CamScanner from intsig.com

rán un papel decisivo en las luchas de la revolución social y en sus preliminares, aun cuando la realidad pueda apartarse de lo que admitimos aquí. Sólo de esta manera se puede llegar a juicios establecidos científicamente sobre las esperanzas de la revolución social. A quien este modo de pronosticar no ofrezca suficientes garantías, deberá callarse, cuando se trata de la revolución social y simplemente decir: "El que viva, verá." Esto es, sin duda, lo más seguro.

No se pueden discutir otros problemas referentes a la revolución social al margen de lo que se puedan descubrir por el camino que acabamos de indicar. Con respecto a todos los otros, no es posible pronunciarse en ningún sentido.

2. EXPROPIACION DE LOS EXPROPIADORES

Admitamos pues que acaba de surgir el gran día que, súbitamente, otorgará todo el poder al proletariado. Este último ¿qué hará? No digo ¿qué va a hacer apoyándose en tal o cual teoría? sino ¿qué será obligado a hacer bajo la presión de sus intereses de clase y la necesidad económica?

Es evidente que hará ante todo lo que no hizo la burguesía. Barrerá todos los restos del feudalismo y cumplirá de verdad con el programa democrático que también un día fue el de la burguesía. Como conforma la última clase, es la más democrática de todas. Introducirá el sufragio universal en todas las corporaciones, la libertad absoluta de prensa y de reunión; efectuará la separación de la iglesia y el estado y abolirá todos los privilegios hereditarios; ayudará a las comunas a ser completamente autónomas y se desembarazará del militarismo, lo que podrá hacer de dos maneras: o bien armando a toda la nación o bien procediendo al desarme. La política exige que toda la nación se arme; las finanzas exigen el desarme. En ciertos casos, el armamento de la nación puede ser tan dispendioso como un ejército permanente, puede que sea necesario consolidar la democracia para arrebatar al gobierno la principal fuerza que pueda volverse contra la nación. El principal objeto del desarme es disminuir el presupuesto de guerra. Se puede hacer de modo que el poder de los gobernantes aumente todavía con ello, lo que sucede cuando se remplaza el ejército que proviene del servicio militar obligatorio por un conjunto de vagabundos que por dinero, están dispuestos a hacer cualquier cosa. Un régimen proletario necesariamente pensará en conciliar los dos sistemas: en armar a la nación sin renovar el armamento: no se fabricarán nuevos fusiles, nuevos cañones ni nuevos acorazados; no se construirán nuevos fuertes.

También es evidente que el proletariado victorioso reformará radicalmente el sistema de impuestos. Suprimirá todos los impuestos que en la actualidad abruman a la clase obrera, sobre todo los impuestos indirectos

que encarecen los víveres. Como impuesto progresivo a las rentas o a las riquezas, exigirá, sobre todo a los grandes rentistas, a las grandes fortunas, los recursos necesarios para cubrir los gastos del estado. Luego volveré sobre este asunto.

Pero lo que será de principal importancia para nosotros es la instrucción pública. La instrucción primaria siempre preocupó a los partidos proletarios y desempeñó un gran papel entre las antiguas sectas comunistas de la Edad Media. En todos los tiempos, fue un deseo del sector instruído del proletariado arrancar el monopolio de la educación a las clases dirigentes. Es evidente que el nuevo régimen multiplicará y perfeccionará las escuelas, mejorará la situación de los profesores y aumentará su sueldo. Pero todavía hará más. El proletariado victorioso, por más radical que sea, no podrá de golpe hacer desaparecer las diferencias de clases, pues éstas son el resultado de una evolución de muchos miles de años y no se puede borrar, con todas las consecuencias que derivan de ello, tan simplemente como se borra con un borrador la tiza del pizarrón. Pero la escuela puede preparar los espíritus y contribuirá poderosamente a nivelar las clases dando una instrucción igualitaria a todos los niños, igualmente bien alimentados, igualmente bien vestidos; dando a todos la misma facilidad para desarrollar en forma integral sus aptitudes intelectuales y físicas. No hay que exagerar la influencia de la escuela. La vida tiene mucho más poder que ella y, si quiere oponerse a la realidad, fracasará. Si, por ejemplo, a partir de este momento quisiéramos hacer desaparecer las diferencias de clases por medio de la escuela, llegaríamos a mediocre resultado. Pero cuando la escuela actúa en el sentido de la evolución efectiva de la sociedad, puede favorecerla y acelerarla. De este modo, en todas partes donde se tienda a hacer desaparecer las diferencias de clases, la escuela puede tomar la delantera y realizar, por lo menos dentro de un campo restringido, en la generación que educa, lo que se desarrolla en toda la sociedad con esta generación.

El radicalismo burgués ya se propuso todos estos objetivos pero no los pudo lograr porque le hacía falta estar poderosamente armado contra el capital y no tener ninguna consideración consigo mismo; pero ésto no se da en ninguna clase burguesa. La escuela, reorganizada de acuerdo con el plan que acabo de indicar en todo el ámbito del país, según el cálculo que hice en *La cuestión agraria*, exigirá un millar de millones anuales, quizá dos: ¡casi el doble del presupuesto actual de guerra! Semejantes sumas pueden dedicarse a las escuelas sólo donde la cosa pública está en manos de un proletariado quien no paraliza el respeto hacia las grandes rentas.

Pero la revolución no se detendrá después de haber realizado estas trasformaciones. No es precisamente una revolución democráticoburguesa sino una revolución proletaria. Como dijimos, no investigaremos lo que el proletariado hará basándose en una determinada teoría. En efecto, no sabemos qué teorías pueden producirse todavía ni en qué condiciones, bajo qué influencias se realizará la revolución. Investigaremos simplemente lo que

Generated by CamScanner from intsig.com

el proletariado, bajo la presión de la situación económica, deberá hacer si quiere actuar con eficacia.

¡Hay un problema que se impone antes que ningún otro a la atención de cualquier régimen proletario. En todos los casos, deberá resolver el problema de los desocupados. Para el obrero, la desocupación es una verdadera maldición; es sinónimo de miseria, de humillación y de crimen. El obrero vive sólo de la venta de su fuerza de trabajo y, si no encuentra comprador, el hambre lo acecha. Aun cuando el obrero trabaja, la idea de la desocupación lo atormenta, porque no tiene ninguna seguridad para el futuro; la desocupación lo amenaza, y con ella la miseria. Un régimen proletario deberá ocuparse de remediar esta situación, aun si los proletarios, en lugar de ser socialistas, son simplemente liberales, como en Inglaterra. Aquí no investigaremos de qué modo se podrá resolver la cuestión de la desocupación. Hay diferentes métodos y muchos teóricos hicieron al respecto diversas proposiciones. La misma burguesía trató de adornar la miseria que resulta de la desocupación e hizo proyectos de seguros contra la desocupación que en parte se realizaron. Pero la sociedad burguesa no puede hacer nada completo en esta área, porque por sí misma cortaría la rama en la que se apoya. Unicamente el proletariado victorioso podrá tomar medidas —y lo hará— capaces de hacer desaparecer la miseria de la desocupación, sea ésta producto de la enfermedad o de otra causa. Para que todos los desocupados puedan ser asegurados con eficacia, es necesario que la relación de fuerzas entre el proletariado y la burguesía, entre el proletariado y el capital, se desplace de modo tal que el proletariado se convierta en el amo en el taller. Si hoy los obreros se venden a los empresarios, si necesitan dejarse explotar y esclavizar, es porque los acosa el fantasma de la desocupación, porque el miedo al hambre los golpea como un látigo. Si, por el contrario, el obrero tiene su existencia asegurada, aun en caso de desocupación, nada le será más fácil que poner en jaque al capital. Entonces no necesitará más al capitalista, el cual, sin el obrero, no podrá continuar con su explotación. Cuando ésto suceda, el empresario estará en desventaja en todos los conflictos con sus obreros y se verá forzado a ceder. Entonces los capitalistas podrán continuar dirigiendo las fábricas, pero dejarán de ser en ellas los amos y los explotadores. Pero si los capitalistas reconocieran que sólo les quedan riesgos por correr y cargas que soportar, serían los primeros en renunciar a la producción capitalista e insistirán para que se les compren sus empresas, de las cuales ya no obtienen beneficios. Ya se produjeron hechos como éstos. Para dar un ejemplo, cuando en Irlanda la agitación agraria se hallaba en su período más violento, cuando los propietarios de tierras ya no podían tocar sus rentas, los mismos lores pidieron al Estado que adquiriera todo el suelo. Bajo el régimen proletario, podríamos esperar lo mismo de los empresarios capitalistas. Aun cuando este régimen no estuviera inspirado en teorías socialistas y no apuntara *a priori* a convertir en propiedad social los medios de producción capitalistas, los capitalistas mismos pedi-

rían que se les compraran sus medios de producción. La dominación política del proletariado y la continuación de la producción capitalista son dos cosas incompatibles. El que admite la posibilidad de la primera también tiene que admitir la posibilidad de la última. ¿A quién podrían los capitalistas venderles sus empresas? Algunas fábricas, minas, etc., tendrían que ser cedidas a los mismos obreros que trabajan en ellas y podrían explotarse en forma colectiva. Otras podrían venderse a cooperativas de consumo, otras a las comunas o al Estado. Pero es cierto que el capital casi siempre se dirigirá a los compradores más seguros; a los más solventes, al estado y a las comunas y, por esta razón, muchas empresas se convertirán en propiedad del estado o de las comunas. Es sabido que ésta será la solución preferida por la democracia socialista cuando llegue al gobierno. Por otro lado, un proletariado que no esté guiado por ideas socialistas apuntará igualmente *a priori* a transformar en propiedad nacional o comunal todas las industrias que naturalmente —las minas, por ejemplo—, debido a su organización —los trusts—, se convirtieron en monopolios. Estos monopolios particulares, desde ese momento se tornan insoportables no sólo para los asalariados, sino para todas las clases de la sociedad que no están interesadas en ellos en forma directa. Sólo la impotencia de la burguesía frente al capital hace que no ataque a esos monopolios. Una revolución proletaria tendrá necesariamente como consecuencia la abolición de la propiedad privada de esos monopolios. Pero en la actualidad ya se han ampliado considerablemente; dominan toda la vida económica y se desarrollan con rapidez. Nacionalizarlos y comunalizarlos es restituir sus órganos a la sociedad: el Estado y la comuna, dueños de todo el proceso de producción.

Los medios de transporte —ferrocarriles, máquinas de vapor— son los más indicados para ser nacionalizados. Lo mismo sucede con la producción de las materias primas que se extraen de las minas, de los altos hornos, de las fábricas de máquinas, etc. También en estos campos, los cárteles y la gran explotación se desarrollan con frecuencia. El uso de las materias primas y los productos manufacturados para los consumidores y el comercio minorista, muchas veces tiene un carácter local y todavía se halla muy descentralizado. En esta área, las comunas y las cooperativas desempeñarán el papel principal; la explotación por el estado vendrá en segundo lugar. Pero, con el progreso de la división del trabajo, la producción para el consumo personal se hace cada vez menos importante con relación a la de los medios de producción. Y así se amplía el área de la producción estatal. Esta área todavía se desarrolla debido a que el incremento de la circulación y la gran explotación abren un mercado muy vasto a todas las producciones locales y una a una las transforma en industrias nacionales. La iluminación de gas, por ejemplo, evidentemente es un asunto comunal; en compensación, el desarrollo de la iluminación eléctrica y de la transmisión de la fuerza motriz en los países montañosos requiere la nacionalización de la fuerza hidráulica. Este hecho, la iluminación, que es una explotación

Generated by CamScanner from intsig.com

comunal, se convierte en asunto del estado. Por otra parte, el zapatero en otra época trabajaba sólo para el mercado local, mientras que la fábrica de calzados proporcionaba sus productos no a una sola comuna, sino a todo el país. También está madura no para ser comunalizada, sino para ser nacionalizada. Lo mismo ocurre con las refinerías de azúcar, las cervecerías, etc. La tendencia a la evolución, por lo tanto, es hacer predominar cada vez más la explotación por el estado bajo el régimen proletario.

No decimos nada más sobre la propiedad de los medios de producción de la gran explotación, que comprende, naturalmente, las explotaciones agrícolas. Pero ¿qué sucederá con el capital monetario y la propiedad de la tierra? El capital monetario es la porción del capital que se puede colocar a interés. El capitalista propiamente dicho no tiene que cumplir funciones personales en la vida económica; es inútil y sin ninguna dificultad se lo puede expropiar de un plumazo. Con rapidez nos damos cuenta de que es precisamente esta porción inútil de la clase de los capitalistas, la alta finanza, la que cada vez se hace más dueña de toda la vida económica. También es dueña de los grandes monopolios privados, de los trusts, etc. Y no es posible expropiar el capital industrial y detenerse ante el capital monetario. Uno y otro están confundidos estrechamente. La socialización de las explotaciones capitalistas (así designaremos brevemente la transferencia de la propiedad al estado, a la comuna, a las cooperativas) tendrá como consecuencia natural la socialización de una gran parte del capital monetario. Cuando se nacionaliza una fábrica o una hacienda, también se nacionalizan sus deudas; las deudas privadas se convierten en deudas del estado. Si se trata de una sociedad por acciones, los accionistas se convertirán en acreedores del estado.

Falta considerar la propiedad territorial. Aquí hablo de la propiedad del suelo y no de las explotaciones agrícolas. Las grandes explotaciones agrícolas regidas por el capital seguirán naturalmente la misma evolución que las otras grandes explotaciones. No tendrán más asalariados y serán forzadas a ofrecer al estado o a las comunas la compra de sus posesiones, y de este modo también serán socializadas. Las pequeñas explotaciones campesinas permanecerán probablemente como propiedades privadas. Sobre esto volveré más adelante.

Por lo tanto no se trata de explotación agrícola, sino de la propiedad de la tierra, independiente de la explotación, de la propiedad privada del suelo, que procura al propietario una renta territorial en forma de arriendo, alquiler o intereses hipotecarios, ya se trate de propiedad territorial urbana o rural.

Lo que dijimos del capitalismo financiero se aplica también al propietario de tierra. Tampoco tiene que cumplir ninguna función personal en la vida económica y puede ser eliminado con facilidad. En algunos medios burgueses ya se observa el deseo de socializar la propiedad territorial privada, como se busca socializar los monopolios privados de los que hablamos an-

tes. En efecto, esta propiedad privada es cada vez más opresiva, mas desventajosa, sobre todo en las ciudades. También en este caso basta simplemente con ser lo suficientemente fuerte como para llegar a la socialización, y el proletariado vencedor tendrá la fuerza necesaria para hacerlo. La expropiación de los explotadores se convierte en una pura cuestión de poder. Resulta fatalmente de las necesidades económicas del proletariado y será consecuencia inevitable de su victoria.

3. CONFISCACION E INDEMNIZACION

La necesidad y la posibilidad de la expropiación de los expropiadores no deja ninguna duda en nuestro espíritu. No podemos responder con la misma seguridad a esta otra pregunta conexa: la expropiación, ¿será una confiscación o una indemnización? Los propietarios actuales ¿serán indemnizados o no? A esta pregunta no podemos responder ahora. No seremos nosotros quienes nos encarguemos de llevar a cabo esta evolución: no se puede prever cuáles serán las circunstancias, ni cómo pesarán para inclinar la solución en uno u otro sentido. Sin embargo, hay muchas razones para creer que un régimen proletario preferirá el camino del la indemnización y tratará de indemnizar a los capitalistas y a los propietarios de tierras. Daré sólo dos razones, las que me parecen más serias. El capital monetario se ha convertido, como dijimos, en una potencia impersonal, y en la actualidad cualquier suma de dinero se puede convertir en capital sin que el poseedor tenga necesidad de actuar como un capitalista. Sabemos que si economizamos una moneda de 5 francos, podemos colocarla a interés sin que por ello seamos capitalistas. Es un fenómeno muy explotado por los defensores optimistas del orden social actual. Ellos afirman que por este medio sería muy posible expropiar a los capitalistas, que bastaría con que todos los obreros depositaran en la caja de ahorros sus pequeñas economías y de ese modo tuviesen una parte del capital. Por otra parte, esos mismos optimistas dicen: "Si hoy confiscáramos el capital, no tomaríamos sólo el capital de los ricos, sino también el de los obreros, también confiscaríamos las pequeñas economías de los pobres, de las viudas y de los huérfanos." Al actuar así suscitaríamos un gran descontento, aun entre los obreros: es una razón para excitarlos a derribar su propia dominación, acción que los glorificadores del régimen esperan con seguridad.

Me detendré en el primer argumento, que está demasiado desprovisto de sentido. Los que quieren expropiar el capital por medio del aumento de las pequeñas economías, no consideran que el capital aumenta todavía mucho más. Por otro lado, es justo decir que un régimen proletario que se propusiera una confiscación general, también confiscaría los pequeños ahorros, pero esto no hará que los obreros estén disconformes de su propia soberanía —hay que tener muy pocos argumentos serios para oponer a la

Generated by CamScanner from intsig.com

revolución social para concebir semejantes esperanzas—, aunque podrá llevar al proletariado a renunciar a la confiscación de los medios de producción.

En este caso, es posible preguntarse qué ventaja obtendrá la clase obrera de la expropiación. Tendrá el efecto de convertir a todo el capital en capital monetario, en deudas nacionales, comunales o corporativas; y la plusvalía que los capitalistas extraían de los obreros en forma directa, les llegará por conducto del estado, de las comunas o de las corporaciones. ¿Y esto significa un cambio en la situación de los obreros?

Pregunta muy justa. Aun si el régimen proletario tuviese que pagar al capital la misma suma de beneficios que recibía antes, la expropiación bajo el régimen proletario tendría por lo menos la gran ventaja de tornar imposible en lo sucesivo el aumento de la explotación. El capital ya no puede producir nueva renta, ésta no puede crecer más. Este solo hecho ya constituiría un gran logro de la revolución proletaria. Cualquier aumento de la riqueza social, por lo tanto, se convertiría en una ventaja para toda la sociedad.

Pero todavía hay otra ventaja. Desde el momento en que la propiedad capitalista adopte la forma de deuda pública del estado, de la comuna, de las corporaciones, será posible establecer un impuesto progresivo sobre las rentas, sobre la fortuna, sobre las sucesiones, más elevado que el que se pudo aplicar antes. Ya constituye una de nuestras reivindicaciones actuales remplazar por esos impuestos a todos los demás y en especial a los impuestos indirectos. Pero si en la actualidad fuésemos tan fuertes como para introducirlos, gracias al apoyo de otros partidos —con los que no hay que contar, porque ningún partido burgués iría tan lejos— no dejaríamos de encontrar grandes dificultades. Es un hecho conocido que cuando suben los impuestos, mayor es la tentación de defraudar al tesoro. Y aun cuando se lograra impedir todo ocultamiento de ingreso y de riqueza, todavía no se estaría en condiciones de elevar los impuestos a voluntad sobre el ingreso y sobre la riqueza porque los capitalistas que deben pagar grandes impuestos abandonarían el país y el estado cargaría con los gastos: aplicaría impuestos sobre el ingreso, impuesto sobre la riqueza, pero ingresos e impuestos habrían desaparecido. Por lo tanto, estos impuestos no pueden hoy superar una determinada medida, aun cuando el poder político estuviera en manos de los proletarios. Pero la situación cambia por completo si toda la propiedad capitalista toma la forma de deuda pública. Esta propiedad, que actualmente no se puede evaluar con exactitud, se pondrá en evidencia. Bastará con decretar que todas las deudas tienen que inscribirse a nombre del propietario y se podrán examinar con exactitud las rentas y la fortuna de cada uno. Entonces se podrán elevar los impuestos a voluntad, sin que sea posible ningún fraude. Tampoco será posible escapar al impuesto por medio de la emigración, porque, como los intereses los pagan las instituciones públicas del país y el mismo estado, a éste lo resul-

tará fácil retener el impuesto sobre las rentas a pagar. En estas condiciones se podrá elevar el impuesto progresivo sobre la renta y sobre la fortuna tanto como se desee. En caso de necesidad, esta elevación se parecerá mucho a una confiscación de las grandes fortunas.

Pero, se me preguntará, ¿qué ventaja tiene tomar este camino desviado en lugar de confiscar en forma directa las grandes fortunas? Rescatar los capitales en su verdadero valor y a continuación apoderarse de ellos por medio del impuesto, ¿no es pura comedia para disimular las apariencias de la confiscación? La diferencia entre este modo de proceder y la confiscación directa es sólo de forma.

Existe una diferencia. La confiscación directa de los capitales golpea a todos por igual, a los que no trabajan y a los trabajadores, a los pequeños y a los grandes. Con este método es difícil, muchas veces imposible, distinguir las grandes rentas de las pequeñas, cuando ambas pertenecen a las mismas empresas financieras.

La confiscación directa se haría súbitamente, mientras que la confiscación por medio del impuesto permite llegar a la supresión de la propiedad capitalista por medio de un lento proceso cuyo movimiento se acentuará a medida que la nueva organización se consolide y logre notables aciertos. Permitirá que esta confiscación dure decenas de años, de manera que será eficaz en forma plena para la nueva generación que habrá crecido en este nuevo estado de cosas y la que se habrá enseñado a no contar con el capital y los intereses. De este modo, la confiscación pierde lo que tiene de penoso, la gente se habituará a ella, parecerá menos dolorosa. Cuanto más pacíficamente conquiste el poder político el proletariado, este poder se organizará con más solidez, resultará más claro y se podrá esperar que esta forma refinada del impuesto progresivo se prefiera a la forma más primitiva de la confiscación.

Me detuve largamente en esta cuestión porque es una de las principales objeciones de nuestros adversarios y no porque la solución presente dificultades muy grandes. Sólo más tarde nos encontraremos ante dificultades muy serias. La expropiación de los medios de producción es relativamente el más simple de los grandes cambios que traerá consigo la revolución social. Para realizarlo, basta con tener el poder necesario y este poder es la hipótesis sobre la que descansa todo nuestro estudio. Las dificultades del régimen proletario no están en el área de la propiedad, sino en el de la producción.

4. COMO INTERESAR AL OBRERO EN EL TRABAJO

Vimos que la revolución social pone término al modo de producción capitalista, que la dominación política del proletariado está unida necesa-

Generated by CamScanner from intsig.com

riamente a una revolución económica dirigida contra la producción capitalista para detener su desarrollo. Pero es necesario que la producción continúe, pues no puede detenerse ni siquiera unas semanas sin que toda la sociedad perezca. Por lo tanto, es un deber urgente del proletariado victorioso asegurar la continuidad de la producción a pesar de todo lo que pueda trastornarla y llevar a la fábrica y a los talleres a los obreros que les vuelven la espalda y mantenerlos ahí para que la producción no se interrumpa.

¿De qué dispone para eso el nuevo régimen? Por cierto no recurrirá al aguijón del hambre ni a los medios coercitivos. Si hay quienes se imaginan que el gobierno proletario se parecerá a un reformatorio, que la autoridad asignará a cada uno su tarea, es porque conocen mal al proletariado que, al darse sus leyes a sí mismo, estará mucho más imbuido del amor a la libertad que los profesores serviles y bizantinos que se indignan contra el carácter correccional del estado futuro.

El proletariado victorioso nunca se adaptará al régimen de cuartel o de reformatorio. No lo necesita; dispone de otros medios para mantener a los obreros en el trabajo.

Primeramente, es necesario no olvidar la gran fuerza del hábito. El capital acostumbró al obrero a trabajar desde la mañana hasta la noche, y éste no se puede quedar sin hacer nada. También hay personas que están tan habituadas a su trabajo que no saben qué hacer en sus horas de libertad; se sienten desgraciadas cuando no trabajan. Pocas personas se sentirían felices si no trabajaran nunca. Estoy convencido de que cuando el trabajo ya no tenga el sello repugnante de la fatiga, cuando la jomada de trabajo se reduzca en forma razonable, la masa de los obreros, por puro hábito, se dedicará a un trabajo regular en las fábricas y las minas.

Por supuesto que no se puede contar con este único estímulo que es el más débil de todos. Otro mucho más poderoso es el espíritu de *disciplina* del proletariado. Sabemos que cuando un sindicato decide la huelga, el obrero organizado es suficientemente disciplinado como para imponerse voluntariamente todas las pruebas, todos los terrores de la desocupación, como para comer poco durante meses, en interés de la causa común. Por lo tanto, pienso que si la disciplina es suficientemente fuerte como para arrancar al obrero de su fábrica, también lo será para mantenerlo en ella. Cuando un sindicato reconoce la necesidad de un trabajo regular que no debe sufrir ninguna interrupción, podemos estar persuadidos de que, en interés de la colectividad, apenas algún miembro abandonará su puesto. Esta misma fuerza que hoy convierte al proletariado en un arma de guerra contra la producción, entonces lo convertirá en un medio eficaz para asegurar el curso del trabajo social. Cuanto más perfecta es, desde ahora, la organización sindical, más se podrá esperar que la producción prosiga sin interrupción, después que el proletariado conquiste el poder político.

Pero la disciplina del proletariado no es la disciplina militar; no es la

obediencia pasiva a una institución, establecida desde arriba; es la disciplina democrática, la sumisión voluntaria a una dirección elegida y a las resoluciones de la mayoría de los compañeros. Para que esta disciplina democrática funcione en la fábrica, el trabajo tiene que estar organizado democráticamente y la fábrica democrática tiene que haber remplazado a la fábrica autocrática de hoy. Es evidente que un régimen socialista no tendrá nada más urgente para hacer, que organizar la producción en forma democrática. Pero si el proletariado victorioso no tuviera esta intención de entrada, sería impulsado a ella por la necesidad de asegurar la continuidad de la producción. En el trabajo se mantendrá la disciplina indispensable sólo si se introduce la disciplina sindical en el proceso de producción.

Todo esto no se podrá hacer en todos lados de la misma manera: cada industria tiene sus propias características, que indican una distinta organización de los obreros. Por ejemplo, hay explotaciones que no pueden dejar de tener una organización democrática, como los ferrocarriles. En este caso la organización democrática podría consistir en que los obreros eligieran delegados que formarían una especie de parlamento cuya misión sería reglamentar el trabajo y supervisar la administración burocrática. A los sindicatos se les pueden confiar otras funciones; finalmente, otras se pueden dejar en manos de las corporaciones. Por lo tanto, en las industrias hay una gran variedad dentro de la organización democrática y no podemos esperar que todos adopten un único y mismo modelo.

Vimos que podía haber diferentes clases de propiedad: propiedad del estado, propiedad de la comuna, propiedad de las asociaciones; pero muchos medios de producción podrán continuar siendo propiedades privadas, del modo que expondremos. Acabamos de ver hace un momento, que la organización de las explotaciones será muy variada.

La disciplina democrática y la costumbre de un trabajo regular pueden ser poderosos estímulos, pero quizá todavía no garanticen una participación constante de todos los obreros en la producción. No podemos esperar que la organización sindical, en la sociedad actual, abarque a la mayoría de los obreros. Cuando la clase obrera llegue al gobierno, es probable que sólo una minoría de sus miembros esté organizada y disciplinada. Por lo tanto, hará falta encontrar otros estímulos para el trabajo. Habrá que esforzarse para convertir en un placer ese trabajo que todavía hoy es un castigo. Si el trabajo se torna agradable, se hará con alegría.

Por cierto que eso no es fácil; pero cuando sea dueño de la situación, el proletariado podrá dar un primer paso en este camino, abreviando la jornada de trabajo. Al mismo tiempo se hará un esfuerzo para que los talleres sean más higiénicos, más agradables, para quitarle al trabajo, tanto como sea posible, lo que lo hace desagradable o repugnante. Todas estas medidas no harán más que desarrollar lo que las leyes de protección obrera se proponen a partir de este momento. Pero para realizar grandes progresos en este camino habrá que transformar los edificios y la técnica, y estos

Generated by CamScanner from intsig.com

cambios no se pueden producir de un día para otro. Será difícil hacer agradable en poco tiempo el trabajo de la mina y de la fábrica. Por lo tanto, más allá del atractivo del trabajo, habrá que poner en práctica otra atracción: el salario.

Hablo de salarios y sin duda se me dirá: "¿Entonces habrá salarios en la nueva sociedad? ¿No queremos suprimir el trabajo asalariado y el dinero? ¿Cómo se puede plantear un asunto de salarios?"

Estas objeciones estarían justificadas si la revolución social pretendiese abocarse de inmediato a suprimir el dinero, lo que me parece imposible. Hasta ahora el dinero es el más simple de los medios conocidos para facilitar la circulación de los productos y su distribución entre los diferentes miembros de la sociedad, en el complicado mecanismo de la producción moderna y la división del trabajo llevada al extremo. El dinero posibilita que todos satisfagan cada una de sus necesidades de acuerdo con sus inclinaciones (naturalmente dentro de los límites de su poder económico). Como medio de circulación, el dinero seguirá siendo indispensable hasta que no se encuentre algo mejor. Es cierto que perderá algunas funciones, por lo menos en la circulación interna; sobre todo, ya no será la medida de los valores. En este punto no vendrán mal algunas notas sobre el valor; eluciderán lo que diremos más adelante.

Nada es más erróneo que creer que a un régimen socialista le incumbe hacer ejecutar en forma rigurosa la ley de los valores, velar porque haya igualdad entre los valores que se intercambian. . . La ley de los valores más bien es una ley propia de la sociedad productora de mercancías.

La producción de mercancías es el modo de producción en el que, con una división del trabajo muy desarrollada, muchos productores, independientes unos de otros, producen unos para los otros. Pero ningún modo de producción puede subsistir sin una determinada proporcionalidad. La cantidad de brazos de que dispone una sociedad es limitada y para que pueda satisfacer sus necesidades y continuar produciendo, hace falta que las fuerzas productivas disponibles se distribuyan en forma conveniente entre las diferentes ramas de la producción. En una sociedad comunista, el trabajo se regula en forma metódica, los obreros se distribuyen de acuerdo con un plan determinado entre las diferentes industrias. Pero en la producción comercial, esta reglamentación se hace de acuerdo con la ley del valor. El valor de cualquier mercancía está limitado no por el tiempo que se empleó en producirla, sino por el tiempo que su producción requiere en el estado social existente. Aquí no hablaremos de la modificación que sufrió esta ley en la producción capitalista debido a la ganancia, pues complicaríamos inútilmente nuestro análisis, sin echar ninguna luz sobre la cuestión. El tiempo necesario para una producción cualquiera en una sociedad dada está determinado, en primer lugar, por el grado de desarrollo que alcanzó la técnica de esta producción, por la mayor o menor energía puesta en el

trabajo, en resumen, por la fuerza productiva media del obrero, por la calidad de los productos que la sociedad necesita y finalmente por el total de obreros con que la sociedad cuenta. Gracias a la libre competencia, el precio de los productos, es decir la cantidad de oro que se puede obtener a cambio, se relaciona con su valor, siempre determinado por la duración del trabajo necesario en el estado social dado. Así es como, en una industria cualquiera, la producción, sin que la regule un órgano central, nunca se aparta demasiado ni por mucho tiempo, de su nivel normal. Sin la ley del valor, la producción de mercancías, en medio de la anarquía que la domina, muy pronto se convertiría en un gran caos.

Un ejemplo lo va a hacer evidente; elijámoslo lo más simple posible. Como objetos de la producción social tomemos dos mercancías cualesquiera: los pantalones y los tiradores.

Admitamos que en una sociedad la fabricación de pantalones en un tiempo determinado necesita 10 000 jornadas de trabajo, que la de tiradores, en el mismo tiempo, sólo requiere 1 000. De otro modo: vemos la cantidad de jornadas de trabajo necesarias en un estado dado de productividad del trabajo, para proporcionar a la sociedad los pantalones y tiradores que necesita. Si la jornada de trabajo vale 10 marcos, el valor de los pantalones será de 100 000 marcos y la de los tiradores de 10 000.

Si un solo obrero se aparta de la producción normal de la sociedad, si su trabajo sólo equivale más o menos a la mitad del de sus camaradas, el precio del producto de su jornada de trabajo será más o menos la mitad del precio del producto de la jornada de trabajo de sus camaradas. Este es un hecho conocido. Pero lo mismo ocurre cuando la proporcionalidad de los trabajos se torna anormal. Si, por ejemplo, la fabricación de tiradores atrae más obreros que los que la sociedad necesita, estos obreros harán falta en otra parte, porque la cantidad de obreros de que dispone la sociedad es limitada. Para simplificar, admitamos que sólo los sastres proporcionan este excedente de obreros en tiradores; que en lugar de 10 000 jornadas de trabajo, los sastres sólo proporcionan 8 000 y que los obreros de tiradores, en lugar de 1 000 jornadas, proporcionen 3 000. Habrá superabundancia de tiradores, pero faltarán pantalones. ¿Cuál será la consecuencia? el precio de los tiradores bajará y el de los pantalones subirá. Las 3 000 jornadas de trabajo que se dedicaron efectivamente a la fabricación de tiradores sin embargo sólo representará el valor de las 1 000 jornadas que la sociedad necesita y el valor de un par de tiradores se reducirá al tercio de su valor primitivo, mientras que su precio probablemente descienda a mucho menos de un tercio. El valor de los pantalones estará como antes determinado por las 10 000 jornadas de trabajo que la sociedad necesita y no por las 8 000 jornadas que se le dedicaron efectivamente y el valor de cada pantalón será los 5/4 del valor anterior. En consecuencia, la fabricación de tiradores dejará de producir ganancia, la cantidad de obreros que se dedican a ella disminuirá y nuevamente irán a engrosar las filas de los sastres de

Generated by CamScanner from intsig.com

pantalones cuyo trabajo se habrá medido extraordinariamente rudimentario. Así es como el valor regula la producción donde hay libre competencia. No es el mejor modo de regular la producción, pero es el único posible con la propiedad privada de los medios de producción. Cuando la propiedad de los medios de producción sea colectiva, la producción estará regulada colectivamente. Ya no será necesario regular por medio del intercambio de valores iguales. Al mismo tiempo, el dinero no será más la medida de los valores, no será más un objeto de valor. Se podrá remplazar la moneda metálica por cualquier otra moneda. Se podrán mantener los productos con precios independientes de su valor. Pero el tiempo que se emplee en productos tendrá una importancia capital en su evaluación y es muy conveniente que se tenga en cuenta los precios que tenían los objetos anteriormente. Pero si hay dinero y si los productos son estimados, habrá que pagar el trabajo con dinero y se lo hará por medio de salarios.

A pesar de esto, sería un error creer que el asalariado actual persistirá, como lo hacen algunos fabianos que pretenden que la tarea del socialismo no es abolir al asalariado sino generalizarlo. Esto sólo es justo en apariencia. En el fondo el salario es algo completamente diferente en un régimen proletario que en el capitalismo. Actualmente, es el precio del trabajo considerado como mercancía. En última instancia, está determinado por los gastos de mantenimiento del obrero; sus oscilaciones dependen de la ley de la oferta y la demanda. Esto ya no será así en una sociedad en la que dominará el proletariado, el obrero no se verá forzado a vender su trabajo, que ya no será una mercancía cuyo precio está determinado por los gastos de producción, y este precio no dependerá más de la relación de la oferta y la demanda. Lo que de ahora en adelante determinará la tasa del salario, será en última instancia la cantidad de productos que haya que repartir entre los obreros. Cuanto más considerable sea esta cantidad, más se podrá elevar el nivel de los salarios y se elevará efectivamente.

Sin duda que la oferta y la demanda siempre conservarán una cierta influencia sobre los salarios relativos de las diferentes industrias. Como no se asignará militarmente al obrero una determinada industria, sino que se dirigirá a ella en forma voluntaria, podrá suceder que determinadas industrias estén recargadas, mientras en otras falte mano de obra. Para restablecer el equilibrio sólo habrá que bajar los salarios en los lugares donde sobran obreros y elevarlos donde su número es insuficiente, hasta que cada rama de la industria tenga tantos obreros como necesite. Pero el nivel general de los salarios de todos los obreros ya no dependerá de la relación entre la oferta y la demanda, sino de la cantidad de productos disponibles. No se producirá más un descenso general de salarios como consecuencia de la sobreproducción. Cuanto más se produzca, más subirán los salarios en general.

Aquí se plantea una nueva pregunta: para asegurar la continuidad de la producción, será necesario seducir a los obreros con un aumento general de

salarios. ¿Pero cómo se pagarán estos salarios aumentados? O de otro modo: ¿de dónde se sacará la cantidad necesaria de productos?

Si admitimos —como lo hicimos— el caso más favorable al nuevo régimen, el de una confiscación general, si todas las rentas de los capitalistas volvieran a los obreros, de eso resultaría ya un considerable aumento de salarios. En mi trabajo sobre la reforma y la revolución* reproduje una estadística que establece que en Inglaterra, en 1891, las rentas de los obreros se elevaron en cifras redondas a 700 millones de libras esterlinas, y las de los capitalistas a 800 millones aproximadamente. Además hice notar que esta estadística a mi juicio mejoraba la situación real, ya que exageraba la cifra de los salarios y disminuía la de las rentas capitalistas. Pero admitamos estas cifras de 1891: en todo caso, muestran que si la renta de los capitalistas se convertía en la ley de los obreros, todos los salarios podrían ser duplicados. Pero por desgracia eso no será tan fácil. Si expropiamos el capital, hará falta que nos encarguemos de sus funciones sociales. Entre éstas se halla la importante función de la acumulación de capitales. Los capitalistas no consumen todas sus rentas; se reservan una parte que sirve para extender la producción. Un régimen proletario tendrá que actuar de igual modo para ampliar la producción. Por esta razón, aun si la confiscación del capital fuera radical, los obreros no obtendrían todas las rentas anteriores. Por otra parte, los capitalistas están obligados a dar al estado, en forma de impuestos, una parte del plusvalor que embolsan. Esta parte será considerable cuando el impuesto progresivo sobre la renta y sobre la fortuna sea la única imposición del estado y de la comuna. Los impuestos por cierto no disminuirán. Ya indiqué cuántos desembolsos necesitará la nueva organización de la instrucción pública: además habrá que instituir un seguro contra la enfermedad, un seguro para los inválidos por accidentes de trabajo, para la vejez, etcétera.

Por lo tanto, vemos que aun si confiscamos todo el capital de golpe no quedará mucho de la renta de los capitalistas para dedicar al aumento de salarios. Todavía quedará menos si queremos indemnizar a los capitalistas. Por lo tanto, será absolutamente necesario, para poder aumentar los salarios, producir más que lo que se produce hasta ahora.

Para la revolución es urgente no sólo continuar con la producción, sino aumentarla. El proletariado victorioso tendrá que apurarse a desarrollar la producción si quiere estar a la altura de las numerosas exigencias que el nuevo régimen tendrá que satisfacer.

* Kautsky se refiere a su artículo "Reform und Revolution", publicado en *Die Neue Zeit*, año XXVII (1908-1909), vol. I. [E.]

Generated by CamScanner from intsig.com

5. AUMENTO DE LA PRODUCCION

Hay diferentes medios para aumentar la producción con rapidez. Dos de los más eficaces adquirieron ya gran importancia. Ambos se emplean con éxito en los trusts americanos que, en general, nos enseñarán muchas cosas sobre los métodos de la revolución social. Nos muestran cómo, con un golpe de varita, se puede aumentar la productividad del trabajo. Se llega a ello simplemente concentrando toda la producción en las explotaciones más perfectas y parando todas las que no han llegado a ese grado de perfección.

El trusts del azúcar, por ejemplo, hace unos años utilizó sólo un cuarto de las refinerías que poseía y en ese cuarto de sus fábricas produjo tanta azúcar, que era más de lo que producían todas las fábricas reunidas. El trust del whisky compró 80 grandes destilerías de las cuales 48 fueron dejadas inactivas; sólo se utilizaron 12 que muy pronto proporcionaron más whisky que lo que antes producían las 80 destilerías. Un régimen proletario procederá igual y lo podrá hacer con mucha mayor facilidad porque no lo molestará la propiedad privada. Donde las explotaciones particulares son propiedades privadas, la eliminación de los establecimientos insufientes se lleva a cabo con lentitud, por la acción de la libre competencia. Los trusts pudieron dejar de lado inmediatamente las explotaciones que no tenían éxito, porque todas estaban reunidas en una sola mano y ya no eran de propiedad privada.

El método que los trust pueden aplicar en un área relativamente restringida de la producción se podrá extender a toda la producción social por medio de un régimen proletario que abolirá toda la propiedad privada capitalista. Pero su método de aumentar la productividad por medio de la eliminación de las explotaciones insuficientes se distinguirá del de los trusts actuales no sólo por su mayor extensión sino que también tendrá otra eficacia y servirá a otros fines. El nuevo régimen operará este cambio sobre todo para poder elevar los salarios. El trust, por el contrario, no se preocupa por los obreros. Abandona sin cuidado a los que resultan superfluos en las industrias donde hay demasiados brazos. Además, se sirve de ellos para ejercer presión sobre los obreros ocupados, reducir los salarios y aumentar su dependencia. El proletariado victorioso procederá de una manera muy diferente. Ubicará en explotaciones en actividad a los obreros que resulten superfluos donde la explotación terminó. Los trusts están dispuestos a dejar obreros en la calle porque su fin no es aumentar considerablemente la producción.

Cuanto más aumente la cantidad de productos, habrá más oferta y más bajarán los precios, aunque todas las demás circunstancias permanezcan iguales. Pero los trusts precisamente se proponen reaccionar contra la disminución de los precios. Por lo tanto, más bien piensan en restringir la producción que en aumentarla. Si sólo utilizan las mejores explotaciones, es únicamente para disminuir los gastos de producción y de ese modo au-

mentar el beneficio, manteniendo los precios o hasta aumentándolos, pero su fin no es aumentar la producción. Bajo el régimen proletario, por el contrario, se trata de extender la producción, porque este régimen quiere aumentar los *salarios* y no las *ganancias*. Por lo tanto aumentará tanto como se pueda la cantidad de obreros en las mejores explotaciones y puede aumentar la producción haciendo trabajar en una explotación, unos a continuación de otros, a muchos equipos de obreros. La cosa es posible y ejercerá una gran influencia sobre la producción. Lo voy a demostrar con un ejemplo. Las cifras que daré son absolutamente ficticias y pueden no responder a la realidad. Mi ejemplo, sin embargo, no es una pura obra de imaginación; está tomado de lo que se hace en los trusts. Si les parece, consideremos la industria textil en Alemania: hoy ocupa, en cifras redondas, alrededor de un millón de obreros (en 1895: 993 257). Más de la mitad de estos obreros (en 1895: 587 599) trabajan en explotaciones que cuentan con más de 50 obreros. Todavía admitiremos que la explotación más grande, la más vasta, es también la más perfecta. Esto no siempre es cierto; una explotación con 20 obreros puede instalarse mejor, en el aspecto técnico, que otra de 80 obreros; pero esto es así en general y tanto mejor podemos admitirlo aquí porque se trata de un ejemplo útil para la demostración y no como base de un proyecto que tiene que ejecutarse. Por lo tanto, admitamos que las explotaciones más importantes sean las que cuentan con menos de 50 obreros. Todas dejarán de trabajar y los obreros se transferirán a las que ocupan más de 50 obreros; entonces se los podría hacer trabajar sucesivamente dividiéndolos en dos equipos. Si actualmente su jornada de trabajo es de 10 a 11 horas, se la podría reducir a cerca de 8 horas para cada equipo. Por lo tanto a partir de este momento se trabajaría diariamente 6 horas más, la utilización de las máquinas aumentaría en proporción, aunque cada obrero trabaje dos horas menos que antes. Podemos admitir que la producción de cada obrero no disminuirá, porque muchos ejemplos demostraron que las ventajas de una jornada de trabajo así abreviada compensa, por lo menos en general, las desventajas que le son inherentes. Si además admitimos que en una explotación no perfeccionada un obrero produce por año una cantidad de trabajo de un valor de 2 000 marcos y que el obrero produce en las explotaciones más grandes dos veces más (Sinzheiner adopta esta relación de productividad entre la pequeña y la gran explotación), es decir un valor de 4 000 marcos, este medio millón de obreros empleados en las pequeñas explotaciones de la industria textil producirá por lo tanto un valor de un millar de millones de marcos, el otro medio millón de obreros empleados en las explotaciones más grandes producirá un valor de dos millares de millones. Por lo tanto, el valor de los productos del millón de obreros será de tres millares de millones.

Pero, si bajo el nuevo régimen, todos los obreros están concentrados en las explotaciones que ocupan más de 50 obreros, el trabajo anual de cada obrero tendrá un valor de 4 000 marcos, el de todos los obreros textiles

Generated by CamScanner from intsig.com

será de un valor de cuatro mil millares de millones de marcos, es decir un millar de millones de marcos más que antes.

Para facilitar la comparación admitamos que después se producirán valores como antes.

Todavía se podría ir más lejos y hacer cesar el trabajo no sólo en las pequeñas explotaciones sino también en las explotaciones medias que tienen de 50 a 200 obreros, y concentrar toda la industria textil en las fábricas más grandes, en las que tienen más de 200 obreros. La cantidad de obreros alemanes que trabajaban en ellas en 1895 era de 350.306, alrededor de un tercio de la cantidad total de obreros textiles. Por lo tanto, habría que dividir a los obreros en tres series trabajando por turno para ocuparlos en estas grandes explotaciones. Admitamos que para evitar el trabajo nocturno, la jornada de cada obrero se reduzca a 5 horas, la mitad de la duración actual del trabajo. Actualmente el obrero de las fábricas más grandes produce quizá cuatro veces más que el obrero de las pequeñas explotaciones, es decir, un valor de 8 000 marcos según la suposición gratuita que hicimos. La reducción de la jornada de trabajo no entraña una reducción proporcional de los productos, porque el obrero que tiene menos horas de trabajo trabaja mejor que el obrero fatigado. Si admitimos que en 8 horas producirá tanto como en 10 horas, no seremos demasiado optimistas si aceptamos que cuando la jornada de trabajo se reduzca de 8 a 5 horas, el trabajo producido no sufrirá más del 25 por ciento de disminución, que esta reducción, por cierto, estará por debajo del 37 por ciento. Cada obrero producirá como mínimo por un valor de 5 000 a 6 000 marcos por año y todos juntos por un valor de 5 a 6 millares de millón.

Por lo tanto, la producción total podrá ser el doble de la actual *y en consecuencia los salarios también se podrán duplicar* –haciendo completa abstracción de toda confiscación de capitales– *al mismo tiempo que la jornada de trabajo se reducirá a la mitad.* Aún en determinadas circunstancias, el aumento de los salarios, si nos basamos en las cifras que acabamos de enunciar, todavía podrá ser mayor. Admitamos que el producto anual de las industrias textiles que evaluamos en tres mil millones se repartiera como sigue: mil millones para los salarios, mil millones afectados a la compra de materias primas, máquinas, etc. y mil millones que constituyen el beneficio del capital. Bajo el nuevo régimen, producirán seis mil millones, de los cuales dos se afectarán a la compra de materias primas, maquinarias, etc. uno servirá para indemnizar a los capitalistas expropiados y para efectuar contribuciones para la sociedad y quedarán tres mil millones para distribuir en salarios que, de este modo, se *triplicarán*. Todo esto se obtendrá sin que sea necesario hacer otras instalaciones de nuevas máquinas; bastará con detener el trabajo de las pequeñas explotaciones y llevar a los obreros disponibles a las grandes. Por lo tanto, sólo tenemos que ejecutar en grande lo que los trusts nos ejemplifican en pequeño. Unicamente la propiedad privada de los medios de producción traba este desarrollo de las fuerzas productivas modernas.

Este método también puede encararse desde otro punto de vista. Nuestros adversarios nos objetan que todavía durante mucho tiempo será imposible nacionalizar la producción debido a la existencia de una cantidad considerable de talleres. Pasará mucho tiempo antes de que la competencia destruya las pequeñas explotaciones y de ese modo posibilite la producción socialista. El imperio alemán cuenta con 2 millones y 1/2 de explotaciones industriales; solamente las industrias textiles abarcan más de 200 000 ¡Cómo podría el estado dirigir semejante cantidad de explotaciones!

En efecto, la tarea parece pavorosa, pero se simplifica en forma considerable si admitimos que el régimen proletario emplea el método de los trusts, que expropia todas las explotaciones, pero que sólo utiliza las grandes explotaciones perfeccionadas. Sobre las 200 000 explotaciones textiles, sólo 3 000 emplean más de 50 obreros.

Resulta claro que si la industria textil se concentra en estas últimas, esto ya simplificaría mucho la reglamentación social de la producción.

Todavía se simplificará más si, como admitimos, el nuevo régimen cierra todas las fábricas que tienen menos de 200 obreros; de las 200 000 quedarán sólo 800.

La vigilancia y el control de 800 explotaciones no es imposible. De aquí surge un nuevo punto de vista digno de destacar. Nuestros adversarios y los pesimistas que se hallan en nuestras propias filas dudan de la madurez de nuestra sociedad para la producción socialista, a causa de las numerosas pequeñas industrias que vegetan y de las que es incapaz de desembarazarse rápidamente. Y con un aire de triunfo, incesantemente se nos recuerda la gran pérdida de pequeñas explotaciones que todavía subsisten. Pero nuestra madurez para el socialismo no se mide por el número de pequeñas explotaciones que subsisten todavía, sino por el número de grandes explotaciones que ya existen. Sin el desarrollo de la gran explotación, el socialismo es imposible. Pero donde la gran explotación ya está bien desarrollada, al socialismo le resultará fácil concentrar la producción y liquidar rápidamente la pequeña explotación. Los pájaros de mal agüero que sólo saben predecir al socialismo las desgracias que le esperan, se aferran porfiadamente al hecho de que entre 1882 y 1895 la cantidad de pequeñas explotaciones aumentó el 1.8 por ciento en el imperio alemán, no quieren ver el otro hecho de que en el mismo intervalo el número de las grandes explotaciones con más de 50 obreros aumentó el 99 por ciento y el de las explotaciones gigantescas de más de 1 000 obreros, el 100 por ciento. Este aumento es la condición previa al socialismo, y se cumple ampliamente. Si la cantidad absoluta de pequeñas explotaciones no disminuye, esto simplemente prueba que los residuos que tendrá que barrer el régimen proletario todavía son considerables. Mientras esperamos, los trusts nos prometen prepararnos la tarea al respecto.

También en otros aspectos podrán servirnos de modelo. Los trusts actuales aumentan sus ganancias no sólo al aumentar la productividad de sus

Generated by CamScanner from intsig.com

obreros, sino también haciendo toda clase de economías. Una producción socialista tendrá que hacerlas todavía mayores respecto del material, los productos accesorios, el transporte. Para atenernos al ejemplo de la industria textil, hacen falta gastos más considerables para transportar las materias primas y accesorios a 200 000 explotaciones que para transportarlas a 800 fábricas. Idéntica economía deberá hacerse en los gastos de dirección. Las explotaciones más pequeñas, las que ocupan menos de 5 obreros, no necesitan una supervisión especial. El director es obrero al mismo tiempo; si hacemos abstracción de éstas, quedan 12 000 cuya dirección exigirá por cierto más personal que el de 800 explotaciones grandes. Los trusts todavía realizan grandes economías al suprimir toda competencia. Desde que se multiplicaron en Estados Unidos, la cantidad de viajantes de comercio disminuyó. El caso más evidente nos lo señala un trabajo de J.W. Jenks: un trust, que extendió tanto su producción que la cantidad de obreros, desde su fundación, creció en un 51 por ciento entre los que no hicieron aprendizaje y un 14 por ciento entre los profesionales. En compensación, la cantidad de sus viajantes de comercio disminuyó un 75 por ciento en el mismo lapso. El mismo Jenks nos indica que determinados trusts, según sus propias investigaciones, ahorran entre un 40 por ciento y 85 por ciento sobre los gastos de inserción y de publicidad, y con frecuencia todavía más.

La elevación de los salarios en la industria también tendrá como resultado liberar a una cantidad de trabajadores que hoy llevan la existencia parasitaria de los intermediarios. Viven penosamente en sus pequeños comercios, no porque éstos sean necesarios, sino porque sus poseedores desesperan de ganar el pan de otra manera, o bien porque tienen salarios insuficientes y están obligados a buscarse los recursos necesarios.

De los dos millones de personas que en la actualidad se ocupan en Alemania en el comercio y los negocios (sin comprender el correo y los ferrocarriles), quizá la mitad se convertiría en miembros activos de la sociedad, en lugar de dedicarse a sus ocupaciones parasitarias, si en la industria los salarios fueran más altos, si se necesitaran más brazos.

Los dos métodos que permiten aumentar la productividad de los obreros son: la supresión de las ocupaciones parasitarias y la concentración de la explotación en los establecimientos más perfectos. Si se emplean los dos métodos, un régimen proletario llevará la producción a un nivel tal que podrá aumentar los salarios sensiblemente al mismo tiempo que reducirá la jornada de trabajo. Cada aumento de salarios, cada reducción de la jornada de trabajo, dará un nuevo atractivo al trabajo y atraerá a la producción a personas que hasta entonces se ocupaban en trabajos parasitarios, como domésticos, minoristas, etc. Cuanto más se eleven los salarios, habrá más obreros; en consecuencia menos ociosos en la sociedad, se producirá más y los salarios se elevarán. Esta ley resultaría absurda en una sociedad capitalista, donde los salarios se envilecen tanto más cuando hay una gran oferta

de brazos, aun cuando todas las demás circunstancias sean iguales. Es una ley de los salarios de la producción socialista.

6. LA ORGANIZACION DEL PROCESO DE PRODUCCION

Si se aplican a la producción los dos métodos de los trusts que acabamos de examinar, un régimen proletario todavía no habrá hecho todo para asegurar la continuidad de la producción.

El proceso de la producción que implica renovación, que es como una reproducción continua, no exige sólo que la producción nunca se interrumpa: tampoco la circulación se debe detener por ningún obstáculo. Si la producción tiene que ser continua, no hacen falta sólo obreros que fabriquen los productos, tampoco tiene que detenerse la llegada de las materias primas ni las materias accesorias (hulla, herramientas y máquinas, víveres para los obreros); además es preciso que los productos terminados tengan salida. Una paralización de la circulación significa una verdadera crisis económica. Esa paralización tiene lugar cuando hay superproducción de una determinada mercancía. En ese caso, las fábricas que la proporcionan no pueden seguir en plena actividad después de la restricción en la venta de sus productos. No obtienen más dinero y en consecuencia carecen de recursos para comprar nuevas materias primas, para pagar los salarios, etc. Pero una crisis también puede ser el resultado de la producción insuficiente de una determinada mercancía: por ejemplo, fue el caso de la crisis algodonera que hizo estragos en Inglaterra después de la guerra de Secesión en Estados Unidos, durante la cual la producción de algodón disminuyó considerablemente.

Las crisis son los peores azotes de la producción moderna. Un régimen no tiene obligación más urgente que evitarlas, lo que se puede conseguir regulando en forma metódica la producción y la circulación, es decir, la reproducción.

La organización de la producción se considera en general como la tarea del socialismo. Pero el capital se encarga en parte de esta tarea cuando, en lugar de una gran cantidad de pequeñas explotaciones, organiza una gran explotación donde se emplean a millares de obreros. Los trusts llegan a organizar toda una rama industrial. Pero de lo que sólo puede encargarse un régimen proletario es de la reglamentación metódica de la *circulación*, de las relaciones entre las diferentes industrias, entre los productores y los consumidores, tomada esta palabra en su sentido más amplio, que comprende a la vez a los que consumen personalmente y a los que consumen para la producción. El hilo que emplea el tejedor, por ejemplo, es un consumo productivo, el pan que come es un consumo personal.

Unicamente el proletariado puede reglamentar la circulación de los pro-

Generated by CamScanner from intsig.com

ductos al suprimir la propiedad privada de las explotaciones; no sólo puede sino debe hacerlo para asegurar la marcha continua de la producción y para consolidar su régimen. Debe fijar la producción de cada fábrica social, basando su cálculo en las fuerzas productivas disponibles (obreros y medios de producción) y en las necesidades, y tiene que cuidar que cada fábrica reciba los obreros y los medios de producción que necesita, y que sus productos lleguen a los consumidores.

Pero ¿acaso este problema no es insoluble en un gran Estado moderno? Representémonos en Alemania al estado dirigiendo la producción de 2 millones de fábricas y encargado en calidad de intermediario, de la circulación de sus productos, de los cuales los que se utilizan como medios de producción son objeto de cambios recíprocos y los otros, objetos de consumo, tienen que ser suministrados a 60 000 000 de habitantes, cada uno de los cuales tiene necesidades particulares y variables. La tarea parece abrumadora si desde arriba no se pueden llegar a regular las necesidades de los hombres de acuerdo con un modelo muy simple, reducirlas a su extremo límite, racionarlas como en el cuartel, en resumen, producir un descenso de varios grados en la vida civilizada de nuestros días. ¿Sería nuestro ideal la vida de cuartel o la del correccional? Por cierto que la tarea no es simple, es la más difícil de las que han de corresponder al régimen proletario y más de una vez le ocasionará problemas. Pero sin embargo no hay que exagerar la dificultad.

Observemos primero que no se trata de crear una organización totalmente nueva de la producción y la circulación, de un día para otro. Esta organización nueva, hasta cierto punto ya existe, sin ella sería imposible la sociedad moderna. Se trata simplemente de convertir esta organización, que se sostiene penosamente, en medio de irritaciones, crisis y bancarrotas, en una organización formada con premeditación, en la que el juego de la oferta y la demanda es remplazado por un cálculo previo. La proporcionalidad de las diferentes ramas del trabajo existen ya, aunque en forma imperfecta y discontinua; por lo tanto no hay que constituirlas, basta con perfeccionarlas y darles estabilidad. Como en la cuestión de los precios y del dinero, también tenemos que recurrir a la tradición, no cambiar todo a fondo y por completo, sino simplemente extenderlas por aquí, hacer restricciones por allá y consolidarlas cuando sea necesario.

Pero el problema se simplifica mucho por un hecho que ya hemos planteado: que al concentrar la producción en las fábricas más perfeccionadas disminuye en forma sensible la cantidad de explotaciones. De 2 146 972 explotaciones con que contaba en 1895 la industria alemana sólo hay 17 941 explotaciones grandes que ocupan más de 50 obreros cada una (en todos los casos actualmente ya emplean 3 000 000 de obreros, mientras que toda la industria ocupa 8 000 000). Naturalmente no sostengo que estas explotaciones sean las únicas que se pondrán en actividad. Sería ridículo pretender precisar por medio de cifras una situación futura. Todas las

cifras que dimos sólo tienen el fin de echar un poco de luz sobre los problemas que inevitablemente surgirán, pero no constituyen un cuadro exacto de lo que sucederá en realidad. Esta relación entre 2 000 000 de explotaciones industriales y 18 000 grandes explotaciones muestra simplemente que bajo el régimen proletario disminuirá en forma sensible la cantidad de explotaciones. Aparte de esta reducción de las explotaciones, todavía hay otra cosa que podrá facilitar la organización de la producción.

La producción se puede dividir en dos grandes áreas, la de la producción para consumo y la de la producción para producción. La producción de los medios de producción, gracias a la extrema división del trabajo, actualmente es la parte más importante de la producción y cada día abarca una mayor extensión. Por así decirlo, no hay un solo objeto de consumo que salga de las manos de un solo productor, todos pasan por una serie de talleres y el obrero que pone la mano en último lugar es el término extremo de una larga serie. La producción para el consumo y la producción para la producción tienen características muy particulares. La producción de los medios de producción es el campo de la explotaciones gigantescas, tales como las industrias del hierro, las minas, etc. Ya se encuentran muy organizadas, gracias a las asociaciones de empresarios, a los cártels, a los trusts, etc. Pero también entre los compradores de estos medios de producción las asociaciones de empresarios están muy desarrolladas. Lo más frecuente es que los problemas no se traten más entre empresarios particulares, sino entre sindicatos de empresarios. Y aun cuando haya pocos sindicatos de empresarios, en este campo de la producción siempre hay una cantidad relativamente pequeña de productores frente a una pequeña cantidad de consumidores. En efecto, el consumidor, en este caso, no es un individuo, sino toda una explotación. En 1895, 1 152 explotaciones, con 17 047 obreros, se ocupaban de la fabricación de máquinas de hilar y tejer. De este monto, 744 explotaciones, con 1 474 obreros, eran insignificantes. No se tenía en cuenta que 73 grandes explotaciones hacían trabajar a 10 355 obreros. En la actualidad existen 200 000 explotaciones textiles (tejidos, hilos y otros productos), pero, como vimos, la cantidad se podría reducir en algunos miles, quizá en algunas centenas.

Cuando la producción se concentre en las explotaciones más perfeccionadas, quizá queden, por una parte, 50 fábricas de máquinas, y por otra 2 000 tejedurías o hilanderías. ¿Será imposible que entre unas y otras haya acuerdo para regular en forma metódica la producción de sus máquinas?

Como la cantidad de productores y de consumidores es relativamente bastante escasa, se comprende con facilidad que se produzcan pocos medios de producción para el mercado, y que sólo se los produzca por encargo. Por lo tanto, se desarrolla la producción metódica, la producción prevista.

La producción de objetos de consumo tiene otras características. Aquí

Generated by CamScanner from intsig.com

también nos encontramos con explotaciones gigantescas (refinerías, cervecerías), pero en general en este campo impera la pequeña industria, donde con frecuencia se trata de adecuarse a las necesidades individuales de los clientes; la pequeña industria puede hacerlo con más facilidad que la grande. Las explotaciones son muchas y su cantidad no puede reducirse en la misma medida que la de las explotaciones que proveen los medios de producción. Aquí también domina la producción para el mercado en lugar de la producción por encargo. El mismo mercado existe debido a la gran cantidad de consumidores, que no se puede calcular.

La cantidad de sindicatos de empresas es mucho menor. La organización de la producción y la circulación de los productos de consumo por lo tanto será mucho más difícil que para los medios de producción. Pero también en este caso hay que establecer una distinción entre los objetos de consumo indispensables y los objetos de lujo. La demanda de objetos de consumo indispensables sufre fluctuaciones relativamente pequeñas, es aproximadamente constante. Todos los días se necesitan las mismas cantidades de zapatos y de ropa interior. Por el contrario, la demanda de un objeto de consumo sufrirá fluctuaciones tanto mayores cuanto más características tenga de objeto de lujo; es agradable poseer esos objetos, gozar de ellos; pero no son indispensables, su consumo depende de las circunstancias. Pero, si se observa con mayor detenimiento, se reconoce que estas variaciones en la demanda con frecuencia las determina más la misma industria que los compradores. Por ejemplo, se sabe que si las modas cambian tan a menudo no es porque el público tenga gustos inconstantes, sino porque los productores experimentan la necesidad de poner fuera de uso las antiguas mercancías ya vendidas y de exigir a los consumidores que compren nuevamente. Por eso hace falta que lo nuevo difiera sensiblemente de lo antiguo. Aparte de la agitación perpetua que está en el fondo mismo de la producción moderna, una tendencia del productor es la principal causa de los frecuentes cambios de la moda. El crea las nuevas modas que a continuación impone al público.

Pero las fluctuaciones de la demanda de objetos de consumo, sobre todo de objetos de lujo, depende todavía más de las variaciones de los ingresos de los consumidores que de los cambios de la moda. Estas variaciones en los ingresos, como no conciernen a casos aislados, sino a una gran parte de la sociedad, tienen su origen en las alternativas de tiempos prósperos y tiempos de crisis, momentos en que sobran brazos y otros en los que se acentúa la desocupación. Pero si buscamos el principio de estas alternativas, observamos que provienen del área de la producción de los medios de producción. En general se sabe, nadie lo niega, que hoy en día es sobre todo la industria del hierro la que ocasiona las crisis.

La sucesión de tiempos de prosperidad y de crisis y a continuación las grandes oscilaciones en el comercio de los objetos de consumo, surgen, por lo tanto, en el área de la producción de los medios de producción, que la

concentración de las explotaciones y la organización de la producción han desarrollado de tal modo que en ella la organización de la producción y de la circulación se podrá perfeccionar más pronto que en otras partes. Si los medios de producción se produjeran sin variaciones, tampoco habría una gran variación en la demanda de los objetos de consumo y entonces sería muy fácil determinar las dimensiones de esta demanda sin que se deba reglamentar el consumo.

Hay una sola clase de perturbaciones de la circulación que, como surgen de la producción, pueden resultar fatales a un régimen proletario: la insuficiencia y no el exceso de producción. En la actualidad, la superproducción es la principal causa de las crisis. Lo que sobre todo es difícil es la venta, la colocación de los productos. La compra, la adquisición de los productos que se necesitan, ocasiona en general pocos obstáculos, por lo menos a los que tienen la bolsa llena. Pero en un régimen proletario ocurre todo lo contrario. No hay que inquietarse por la colocación de los productos fabricados: ya no son los particulares quienes producen para otros particulares, sino la sociedad que produce para sus propias necesidades. En este caso, sólo puede haber crisis si la fabricación de los productos destinados a la producción o al consumo personal resulta insuficiente. Pero si en todas partes hay sobreproducción, habrá derroche de trabajo, es decir pérdida para la sociedad, pero ni la producción ni el consumo se verán obstaculizados en su curso. La gran preocupación del nuevo régimen será producir en forma suficiente en todos los campos. Al mismo tiempo cuidará, por cierto, que no se disipen sus fuerzas de trabajo en producciones superfluas, porque toda disipación de este tipo se traduce, en primer lugar, en una prolongación superflua de la jornada de trabajo.

7. SUPERVIVENCIA DE LA PROPIEDAD PRIVADA DE LOS MEDIOS DE PRODUCCION

Ya vimos que el régimen proletario se apresurará a poner fin a la pequeña explotación en todas partes donde presente imperfecciones, tanto en la industria como en el comercio minorista.

Los esfuerzos mencionados para organizar la circulación también tenderán a suprimir rápidamente el pequeño comercio, que será reemplazado, o bien por cooperativas de consumo o bien por organizaciones comunales. Para que con más facilidad se puede abarcar y organizar la producción, es importante que su dirección deba dirigirse no a un número prodigioso de compradores, sino a una pequeña cantidad de organizaciones.

Las cooperativas de consumo y las comunas también tendrán que producir todos los objetos de consumo necesarios para la comuna: el pan, la leche, las legumbres, la construcción de viviendas.

Generated by CamScanner from intsig.com

Pero no hay que creer que de este modo desaparecerán todas las pequeñas explotaciones privadas, sobre todo las pequeñas explotaciones agrícolas se mantendrán. Por cierto, las que ya son explotaciones capitalistas se convertirán en explotaciones nacionales, o comunales o cooperativas. Al mismo tiempo, muchos de nuestros campesinos "enanos" renunciarán a su tipo de existencia y se convertirán en obreros en las grandes explotaciones industriales o agrícolas que les aseguren una situación mejor. Pero siempre se puede esperar que haya campesinos que continúen explotando su pequeña propiedad con los miembros de su familia y cuanto más con un criado o una sirvienta.

Teniendo en cuenta el temperamento conservador de nuestros campesinos, es muy verosímil que muchos de ellos quieran continuar trabajando como en el pasado.

Por otra parte, el gobierno proletario tampoco está dispuesto a tomar posesión de las explotaciones muy pequeñas. Y ningún socialista que merezca ser tomado en serio pidió nunca que fueran expropiados los campesinos o que se les confiscaran los bienes. Es mucho más probable que al campesino se le permita continuar con su estilo de vida como en el pasado. El campesino no tiene nada que temer del régimen socialista.

También es verosímil que estas explotaciones campesinas adquieran nueva fuerza con el nuevo régimen. Menos carga militar, desgravación de los impuestos, administración autónoma, escuelas y vías de comunicación mantenidas por el estado, más indigentes para alimentar, deudas hipotecarias nacionalizadas o hasta reducidas, son otras tantas ventajas para él, y la lista no se agota en ellas. Pero también vimos que el proletariado victorioso tiene muchas razones para multiplicar los productos y entre los que serán más solicitados hay que colocar, en primera línea, a los productos agrícolas. A pesar de todas las refutaciones al pauperismo todavía hay mucha hambre que saciar y este sólo hecho nos autoriza a admitir que el aumento de los salarios se manifestará sobre todo por medio de una gran demanda de productos agrícolas. El régimen proletario, por lo tanto, tendrá un gran interés en aumentar la producción de los campesinos y con este fin los secundará poderosamente. En su propio interés, relevará las explotaciones de los campesinos atrasados y les procurará ganado, máquinas, pasto, les mejorará el suelo, etc. Así es como llegará a desarrollar los productos agrícolas, aun en las explotaciones que todavía no estén socializadas.

Pero aquí, igual que en otros campos, las circunstancias impondrán la necesidad de simplificar el proceso de circulación remplazando a muchos particulares que intercambian sus productos entre sí por una pequeña cantidad de organizaciones que se asocian con fines económicos: el Estado proporcionará con más facilidad ganado, máquinas, pastos a las comunas o a las asociaciones de campesinos, que a los particulares.

Estas mismas comunas y asociaciones tendrán como clientes de sus productos no a minoristas privados sino a cooperativas de consumo, co-

munas, explotaciones del estado (molinos, cervecerías, refinerías, etc.). También en este caso la economía privada insensiblemente cederá terreno a la economía social, que terminará por transformar la explotación campesina por medio de la reunión de muchas explotaciones privadas en una gran explotación cooperativa o comunal. Los campesinos reunirán sus tierras y trabajarán en común, sobre todo si ven que la explotación colectiva de las grandes explotaciones expropiadas tiene éxito, cuando comprendan que con el mismo aporte de trabajo producen considerablemente más de lo que puede hacerlo la pequeña explotación, que la fabricación de una misma cantidad de productos deja al obrero mucho más tiempo libre. Si la pequeña explotación agrícola todavía se sostiene, en gran medida es porque toma de sus obreros más trabajo que la gran explotación.

Es innegable que los campesinos trabajan mucho más que los asalariados de las grandes propiedades territoriales. El campesino casi nunca tiene una hora libre y aun durante sus raros ocios todavía reflexiona sobre los medios para mejorar su explotación. Sólo conoce su explotación y ése es una de las razones por las que tenemos tanto interés en ganarlo para nuestra causa. Pero todo esto se aplica sólo a la vieja generación; la nueva ya tiene otra manera de ver, experimenta una gran necesidad de placeres, de entretenimientos, de alegría, pero también de mayor cultura intelectual. Y como en el campo no la puede satisfacer, afluye a las ciudades, abandonando el campo. Si el campesino ve que se puede quedar en el campo sin tener que renunciar a los ocios y a la cultura intelectual, no se irá pero pasará de la pequeña a la gran explotación, y esto hará caer una de las últimas murallas de la propiedad privada.

El proletariado victorioso no pensará en emplear la violencia para acelerar esta evolución debido a que no se preocupará por suscitar luchas sangrientas sin necesidad. No tendrá que esperar otra cosa si trata de imponer al campesino un nuevo modo de producción. Por alta que sea la idea que nos hacemos de la combatividad, de la intrepidez del proletariado, sabemos que no atacará a la gente humilde, también explotada, sino que dirigirá todos sus esfuerzos contra los grandes explotadores.

Más allá de la agricultura todavía tenemos que considerar las pequeñas explotaciones industriales. No se puede esperar que desaparezcan completamente en un futuro cercano. Por cierto, en todas partes donde explotaciones mal organizadas están en competencia con otras más perfeccionadas, el nuevo régimen se ocupará de cerrar a las primeras y de colocar a los obreros en las últimas; se los tomará con facilidad ofreciéndoles salarios más elevados. Pero todavía hay industrias en las que la máquina no puede sostener con éxito la competencia con el trabajo manual, donde es importante para obtener los mismos resultados. En todo caso, es bueno señalar que, al recorrer la estadística de la industria del imperio alemán no encontré ninguna industria en la que la pequeña explotación domine en forma exclusiva (la excepción la constituye una única rama que abarca

cuatro explotaciones con un obrero cada una). Aquí daré algunas cifras que, por lo que yo sé, todavía no fueron publicadas. En las siguientes industrias, la pequeña explotación todavía es casi exclusiva (más del 97 por ciento del total de las explotaciones); la gran explotación (con más de 50 obreros) todavía se desconoce.

Si dejamos de lado los artistas, los peluqueros, los deshollinadores, los fabricantes de violines, los matarifes y los lustrabotas, quedan muy pocas explotaciones pequeñas importantes.

Sin embargo, todavía podemos asignar algún futuro a las pequeñas explotaciones en determinadas industrias que trabajan directamente para el consumo individual. En efecto, las máquinas, como sabemos, fabrican productos masivamente aunque muchos clientes quieren que se tenga en cuenta su gusto particular. También es posible que la cantidad de pequeñas explotaciones aumente con el régimen proletario, porque este régimen reportará un gran bienestar a las masas y en consecuencia los objetos fabricados a mano tendrán más demanda, el trabajo artístico podrá tener nuevo vuelo. Sin duda no podemos esperar que se realice el porvenir que nos pintaba William Morris, en el cual la máquina no desempeña ningún papel; ésta es sólo una ingeniosa utopía. La máquina continuará dominando el proceso de la producción. Nunca abdicará en beneficio de la mano de obra. Eso no quiere decir que el trabajo manual no se vuelva floreciente en determinadas industrias artísticas y que no pueda ganar terreno. Pero el trabajo manual que subsiste en la actualidad, frecuentemente como indus-

	Número de explotaciones		Número de motores
	de 1 a 5 obreros	de 6 a 50 obreros	
Fabricantes de piedras de afilar	77	2	52
Fabricantes de violines	1 037	24	5
Preparadores de piezas anatómicas	125	3	0
Matarifes	971	2	11
Telares sin indicación	275	3	2
Tejidos de material (*)	608	5	5
Juguetes de hule	4	0	0
Peluqueros y peinadores	50 035	470	6
Lustrabotas	744	4	7
Deshollinadores	3 860	26	0
Pintores y escultores	5 630	84	2

* Esta categoría no abarca los telares y tejedores que consumen alguna de las materias primas más conocidas: algodón, lana, seda, etc., sino solamente algunas especialidades raras.

Generated by CamScanner from intsig.com

tria a domicilio, muy miserable, sólo podrá existir en una sociedad socialista como un lujo dispendioso que se podrá ampliar gracias al bienestar general.

La base del proceso de producción siempre será la gran explotación con ayuda de las máquinas. Los pequeños oficios de que hablamos serán como islas diseminadas en el océano de las grandes explotaciones sociales. Aun en éstas, la propiedad de los medios de producción, la colocación de sus productos pueden afectar las más variadas formas. Pueden depender de una gran explotación nacional o comunal, recibir de ellas sus materias primas y sus herramientas y proporcionarle sus productos; pueden producir para particulares o para el mercado, etc. Como en la actualidad, un obrero podrá trabajar sucesivamente en muchas industrias: una costurera, por ejemplo, podrá trabajar un día en una fábrica del estado, otro día trabajar en su casa para un cliente o trabajar a jornal, o finalmente asociarse a otras obreras para abrir una casa de confección o para trabajar por encargo.

En este sentido, como en todos los otros, habrá que tener la mayor libertad de movimientos. Nada es más falso que representarse un sistema socialista como un mecanismo simple y rígido que una vez puesto en movimiento se mueve siempre del mismo modo.

La propiedad de los medios de producción puede existir bajo las formas más variadas en una sociedad socialista. Pueden coexistir propiedades nacionales, comunales, privadas. Las cooperativas de consumo, las cooperativas de producción también pueden ser propietarias. La explotación puede afectar todas las formas imaginables, puede ser burocrática, sindical, cooperativa, individual; también puede haber variedad en lo que respecta al pago del trabajo: sueldos fijos, pago por jornales, por piezas, participación en las economías de las materias primas, del material, etc.; participación en los beneficios de un trabajo más intensivo; también puede ser diversa la circulación de los productos —contratos de entrega, compra en los almacenes del estado, de las comunas, de las cooperativas de consumo, a los mismos productores, etcétera. El mecanismo económico de una sociedad socialista admite la misma variedad que en la actualidad. Lo que desaparecerá es nuestra febril agitación, la lucha a ultranza en la que se trata de vencer o morir, a la que nos condena el sistema actual de la competencia. Lo que desaparecerá en definitiva, es el antagonismo entre explotadores y explotados.

8. LA PRODUCCION INTELECTUAL

No hablaremos más de los problemas importantes que la dominación política del proletariado planteará en primer lugar, de las soluciones que admiten. No obstante sería muy tentador desarrollar nuestro tema e investi-

Generated by CamScanner from intsig.com

gar cómo será la vida familiar, las relaciones internacionales, las relaciones entre la ciudad y el campo, cosas todas que serán modificadas profundamente por la dominación proletaria, que no podrán seguir siendo como son ahora. Pero puedo eximirme de tratar todos estos temas: lo esencial ya lo dije en otra parte. Ya expuse en mi prefacio a la edición de Atlánticus, *Ein Blick in den Zukunftsstaat* ("Ojeada sobre el estado del futuro"), página 19 y siguientes, cuál será la situación de una comunidad socialista frente a las colonias y al comercio mundial; en mi libro *Die Agrarfrage* *, cómo será el hogar doméstico. Hay un solo punto, un punto muy oscuro todavía, que me gustaría examinar aquí: el porvenir de la producción intelectual.

Hasta aquí estudiamos los problemas de la producción material, que es la fundamental, pero sobre su basamento se levanta la producción de los objetos de arte, de los estudios científicos, de las más variadas obras literarias.

La continuidad de esta producción no es menos necesaria para el hombre civilizado de nuestros días que la continuidad ininterrumpida de la producción de pan, carne, hierro. Una revolución proletaria revolucionará también esta producción. ¿Pero cómo la transformará? Ya dije en la primera parte que no existe hombre razonable que tema que el proletariado victorioso actúe como los antiguos bárbaros y considere a las artes y las ciencias como muebles inútiles que hay que mandar al granero. Por el contrario, el proletariado es de todas las clases de la sociedad la que muestra más interés, más estima por el arte y la ciencia. Por otra parte, todo lo que aquí estudio no es lo que el proletariado victorioso querrá hacer, sino lo que podrá o deberá hacer, en virtud de la lógica de los hechos.

A la ciencia y al arte no le faltarán recursos materiales. En efecto, vimos cómo el régimen proletario, al suprimir la propiedad privada de los medios de producción, permitirá eliminar muy pronto toda supervivencia de los antiguos métodos y medios de producción que, en la actualidad, todavía paralizan en todas partes a las fuerzas productivas modernas y que desaparecen con lentitud y en forma imperfecta por acción de la competencia. Gracias a ello, la riqueza social superará muy pronto el nivel alcanzado por la sociedad capitalista.

Pero los recursos materiales no bastan: La riqueza sola no produce una pujante vida intelectual. Se trata de saber si las condiciones de la producción de bienes materiales en una sociedad socialista son compatibles con las condiciones necesarias de una producción intelectual muy desarrollada. Con frecuencia oímos que nuestros adversarios sostienen que no lo son.

Veamos primero de qué naturaleza es la producción intelectual en la actualidad. Se presenta en tres formas: 1) es obra de organismos sociales,

*. Editado en español por Siglo XXI: *La cuestión agraria*, México, 1977, 2a. edición. (E).

que sirven en forma directa para satisfacer necesidades sociales; 2) adopta la forma de una mercancía producida por un solo individuo; 3) la de una mercancía, producto de una sola explotación capitalista.

El primer tipo de producción intelectual comprende toda la enseñanza, desde la escuela primaria hasta la universidad. Si hiciéramos abstracción de las escuelas privadas, de reducida importancia, toda la enseñanza en el presente es un servicio público, y si la sociedad se encarga de él no es para hacer un negocio, para obtener beneficios: esto se aplica sobre todo a las escuelas nacionales y comunales, pero también a las escuelas que, desde la Edad Media, son organizaciones de la iglesia o de las fundaciones de utilidad pública y que todavía son bastantes numerosas, especialmente en los países de civilización anglosajona.

Esta enseñanza social es fundamental para la vida intelectual, sobre todo para la vida científica, y no tiene influencia sobre la generación que crece. También domina cada vez más la investigación científica, al hacer de sus docentes, sobre todo los universitarios, los poseedores exclusivos de todo el aparato científico sin el cual toda investigación científica es casi imposible en la actualidad. Esto es verdad sobre todo en las ciencias naturales, cuya técnica tomó tal desarrollo que, aparte de algunos millonarios, sólo el Estado dispone de recursos suficentes como para crear y mantener las instituciones que requiere esa disciplina. También algunas ciencias sociales, la etnología, la arqueología y otras, reclaman para sus investigaciones un aparato cada vez más dispendioso. Agreguemos a esto que la ciencia se va convirtiendo en un oficio muy mal remunerado, del cual no se puede vivir, y los estudiosos sólo pueden dedicarse a ella cuando el estado paga para que lo hagan, a menos que hayan sido muy previsores en la elección de padres o esposa. Para adquirir los conocimientos preliminares a los trabajos científicos fecundos, ya hace falta mucho dinero y siempre se necesita más. Tanto es así que el gobierno y las clases ricas monopolizan la ciencia cada vez más.

Un régimen proletario tendrá que eliminar todos esos obstáculos de las investigaciones científicas. Como lo dije al comenzar estas páginas, tendrá que organizar la enseñanza de tal manera que cualquier hombre dotado pueda adquirir toda la ciencia que se enseña en los establecimientos. Y necesitará una considerable cantidad de profesores y sabios dedicados a las investigaciones científicas. En fin, al suprimir todos los antagonismos de clases, a los sabios que estudian las ciencias sociales al servicio del Estado les dará plena libertad, plena independencia. Mientras haya antagonismos de clases, también habrá diferentes criterios, muchas maneras de considerar la sociedad. No existe mayor ilusión ni mayor hipocresía que hablar de una ciencia que está por encima de los antagonismos de clases. La ciencia sólo existe en el cerebro de los investigadores, y éstos son producto de la sociedad, no pueden desprenderse de ella ni elevarse por encima. Aun en un régimen socialista, la ciencia no será independiente de las condicio-

Generated by CamScanner from intsig.com

nes sociales, pero por lo menos éstas serán armoniosas en lugar de ser contradictorias.

Pero hay algo peor que esta dependencia de las condiciones sociales a la que ningún sabio se puede sustraer, es la dependencia material en la que se encuentran muchos de ellos frente al gobierno o a los otros poderes constituidos, las iglesias, por ejemplo. Esta dependencia los impulsa a adaptar sus opiniones a las de las clases dominantes; ya no son libres en sus investigaciones, se sirven de los procedimientos de la ciencia para justificar con argumentos el estado actual de las cosas, para rechazar a las nuevas capas que tienden a elevarse. Así es como la dominación de clase ejerce sobre la ciencia una acción desmoralizante. Respirará a su gusto el régimen proletario cuando barra fuera de nuestras escuelas toda dominación directa o mediata de los capitalistas y de los propietarios de la tierra. La vida intelectual, en lo que se refiere a la enseñanza, no tiene nada que temer de la victoria del proletariado; por el contrario, tiene mucho que esperar de ella.

Veamos ahora qué sucederá con la producción intelectual para el mercado.

Primero examinemos la producción realizada por individuos aislados; sobre todo vamos a considerar la pintura, la escultura y una parte de los trabajos literarios.

Un régimen proletario permite esta clase de producción, así como permite la pequeña explotación privada dentro de la producción material. La paleta y el pincel, la tinta y la pluma no serán más que el dedal y la aguja, colocados entre los medios de producción que necesariamente habrá que nacionalizar. Pero es muy posible que cuando termine la explotación capitalista, desaparezcan los compradores solventes que, hasta ahora, constituían la clientela de los artistas. Por cierto que ello no dejará de tener influencia sobre la producción artística; pero ésta no morirá, sólo tendrá que transformarse. El cuadro de caballete y la estatua, que se pueden transportar, pasar de mano en mano, ubicarse a gusto, son el verdadero tipo de producción artística para el mercado; con mucha facilidad adoptan la forma de mercancía, se las puede coleccionar, acumular como piezas de oro, ya sea para venderlas con ganancia o para conservarlas como un tesoro. Es posible que esta producción, con miras a la venta, encuentre serios obstáculos en una sociedad socialista. Pero, por el contrario, podrán surgir otras formas de producciones artísticas.

Un régimen proletario aumentará en forma considerable la cantidad de edificios públicos, además los enriquecerá con ornamentos, hará atrayentes todos los lugares donde el pueblo se reúne para trabajar, para deliberar o para entretenerse. En lugar de producir estatuas y cuadros que se lanzan a la circulación como una mercancía cualquiera y terminan por colocarse en un lugar completamente desconocido para el artista, con un fin que ignora por completo, el arquitecto y los otros artistas se pondrán de acuerdo, como en las épocas de florecimiento artístico, como en los tiem-

pos de Pericles de Atenas, como durante el Renacimiento en Italia; un arte sostendrá y realzará al otro y ya nada dependerá del azar, ni su plan, ni su público, ni su acción.

Por otra parte, el artista ya no tendrá que producir obras para el mercado por necesidad económica. En general, ya no tendrá necesidad de realizar trabajos intelectuales para ganar dinero, de hacer de estas obras un trabajo asalariado, una mercancía.

Ya señalé que un régimen proletario se ocupará, cosa que es desde todo punto de vista natural para un obrero asalariado, de abreviar la jornada de trabajo y aumentar los salarios. También demostré hasta qué punto se puede llevar a cabo en forma inmediata, en un país de producción capitalista desarrollado, suspendiendo el trabajo en las fábricas atrasadas y desarrollando, todo lo que sea posible, las explotaciones perfeccionadas. No es totalmente quimérico admitir que sea posible duplicar los salarios de inmediato y reducir a la mitad la jornada de trabajo. Las ciencias técnicas han hecho suficientes progresos como para esperar de ellas los mejores resultados. Cuanto más se avance, más posible será que los obreros que se ocupan de la producción material y al mismo tiempo se dediquen a trabajos espirituales sin pensar en el provecho material, a trabajos que tengan su recompensa en sí mismos y que, en consecuencia, sean de un orden más elevado. Sus ocios más prolongados los dedicará, quizá en gran parte, a goces puramente intelectuales; los mejor dotados desarrollarán el genio creador y a la producción material asociarán la producción artística, literaria o científica.

Pero esta asociación no será sólo posible, se convertirá en una *necesidad económica*. Vimos que un régimen proletario se ocupará de generalizar la educación. Pero si se quisiera extender la educación con las mismas características que tiene en la actualidad, de la generación que se educa se llegarían a hacer hombres inapropiados para cualquier producción material, a minar los fundamentos de la sociedad.

En la actualidad, la división del trabajo en la sociedad se desarrolla de tal manera que el trabajo material y el trabajo intelectual se excluyen en forma casi absoluta. La producción material tiene lugar en condiciones tales que sólo una cantidad pequeña de personas favorecidas por la naturaleza o por las circunstancias pueden realizar un trabajo intelectual de importancia. Por otro lado, el trabajo intelectual, tal como se lleva a cabo en la actualidad, crea ineptitud para el trabajo físico, que se convierte en algo desagradable. Educar a todos los hombres en estas condiciones tornaría imposible toda producción material, porque nadie podría o querría encargarse de ella. Si se quiere generalizar una cultura intelectual más elevada sin comprometer la existencia de la sociedad, no sólo desde el punto de vista pedagógico sino también desde el punto de vista económico será necesario dentro de la escuela familiarizar a la generación que se educa tanto

con el trabajo material como con el intelectual e inculcarle el hábito de asociar la producción material con la producción intelectual.

En dos formas el régimen proletario hará penetrar en la masa de la población la idea de asociar la producción material a la producción intelectual y, en consecuencia, liberar a ésta de todas las trabas materiales actuales. Por un parte, al reducir cada vez más la jornada de trabajo de las profesiones manuales., lo que será una consecuencia de la productividad creciente del trabajo, a los obreros dejará cada vez más tiempo para dedicar a los trabajos del espíritu. Por otra parte, al aumentar el trabajo material de las personas cultivadas, lo que resultará inevitablemente de la cantidad siempre creciente de éstas.

Pero es fácilmente comprensible que, en esta asociación, el trabajo material se convierte en el ganapán, el trabajo necesario puesto al servicio de la sociedad y el trabajo intelectual se convierte en una manifestación libre de la personalidad, despojado de toda constricción social. Porque el trabajo intelectual es mucho más incompatible con la constricción que el trabajo material. Esta liberación del trabajo intelectual por el proletariado no es un piadoso deseo utopista, es la consecuencia económica necesaria de la victoria proletaria.

Por fin nos queda examinar la tercera forma de producción intelectual, la producción explotada por el capitalismo.

En su primera forma comprende sobre todo la ciencia, en la segunda forma abarca sobre todo las bellas artes, en la tercera forma entran todos los campos de la producción intelectual, sobre todo los escritores y directores teatrales que deben trabajar con empresarios capitalistas: editores, directores de diarios, directores de teatros.

Semejante explotación capitalista es imposile en un régimen proletario. Pero esta explotación tiene su razón de ser. Para trasmitirla al público, esta producción necesita un aparato técnico costoso y el concurso de muchas fuerzas. En este caso, el individuo aislado se ve reducido a la impotencia. ¿Pero quién, si no el estado, podrá sustituir al capitalista? ¿Y la concentración administrativa no aportará a este elemento de la vida intelectual lo que más rechaza, es decir la monotonía y el estancamiento?

En verdad, el gobierno deja de ser el órgano de una clase y se convierte en el órgano de una mayoría y ¿se puede hacer depender la vida intelectual de las decisiones de una mayoría? Esta nueva organización ¿no amenaza con poner en perpetuo conflicto con el régimen proletario a los más honestos e intrépidos campeones de los trabajos intelectuales de todo tipo? Y si el artista y el sabio, tomados individualmente, pueden desarrollarse con libertad, este plus de libertad ¿no estará contrabalanceado por las cadenas que pesan sobre el trabajo intelectual, que necesita recursos de la sociedad? Por cierto, se trata de un problema muy grave, pero no insoluble.

En primer lugar, subrayemos que no consideramos al Estado como el

Generated by CamScanner from intsig.com

único órgano directivo, como el único mecenas de todas las instituciones sociales dedicadas a la actividad intelectual: también está la comuna. Esta basta para precaver contra la uniformidad, contra el sometimiento de la vida intelectual a un poder central; además, hay que tener en cuenta otras organizaciones que pueden remplazar a la explotación capitalista, talleres y teatros para los trabajos intelectuales: quiero hablar de las sociedades libres al servicio del arte, de la ciencia, de la vida pública; que estimulan de mil maneras la producción en estos diferentes campos o la emprenden por sí mismas. En la actualidad tenemos muchas sociedades que organizan representaciones teatrales, que publican diarios, compran obras de arte, editan folletos, equipan expediciones científicas, etc. Cuanto más corta sea la jornada de trabajo, más elevados serán los salarios, y cuanto más prosperen estas asociaciones libres más aumentará su número y también el ardor y la inteligencia de sus miembros, los recursos provenientes de la iniciativa individual o de la colectividad. Espero que estas asociaciones libres desempeñen un papel cada vez más importante en nuestra vida intelectual, porque tienen reservado organizar y dirigir la producción intelectual en lugar del capital, cuando éste sea de naturaleza social.

Una vez más en este plano, el régimen proletario, lejos de sojuzgar, proporcionará cada vez más libertad.

Liberar la enseñanza y las investigaciones científicas del sometimiento a la clase dominante, liberar al individuo de lo que tiene de penoso y agotador un trabajo material realizado en forma exclusiva, sustituir la explotación por el capital, por la explotación por asociaciones libres en la producción intelectual social, es lo que se propone el régimen proletario en el campo de la producción intelectual.

Vemos que los problemas que hay que resolver en el campo de la producción son completamente contradictorios. El modo de producción capitalista creó la obligación de dar homogeneidad y método al proceso de producción social. Esta obligación tiende a encerrar al individuo en una organización sólida, a cuyas reglas hay que someterse. Por otro lado, este mismo modo de producción, como nunca ocurrió antes, proporciona al individuo conciencia de sí mismo; lo despega de la sociedad y le proporciona una especie de libertad moral. Los intelectuales desean poder desarrollar su personalidad con libertad y ser tanto más libres en la elección de sus relaciones con los otros hombres, que estas relaciones sean más tiernas y más íntimas, sobre todo cuando se trata de relaciones sexuales, o de las relaciones del artista y el pensador con el mundo exterior. Poner orden en el caos de la sociedad y liberar al individuo son los dos problemas históricos que el capitalismo tenía que resolver. Parecen contradecirse y sin embargo se pueden resolver en forma simultánea, porque cada uno de ellos concierne a diferentes campos de la vida social. Es cierto que si se quieren regular los dos campos de la misma manera, no se podrá evitar contradicciones. Este es el escollo del anarquismo. Nació de la reacción de la pequeña bur-

Generated by CamScanner from intsig.com

guesía contra el capitalismo que la amenaza y oprime. El pequeño artesano que estaba habituado a organizar su trabajo a su gusto se rebela contra la disciplina y la monotonía de la fábrica. Su ideal no cambió: es el trabajo individual libre. Cuando éste ya no fue posible trató de remplazarlo por la cooperación, por asociaciones libres, independientes entre sí.

La "nueva clase media", los intelectuales, como vimos muchas veces, constituyen dentro de la sociedad una nueva edición corregida y aumentada de la pequeña burguesía primitiva. Su forma de trabajo desarrolla en ellos la misma necesidad de libertad, la misma aversión hacia la disciplina y la uniformidad. En consecuencia, su ideal social es el mismo, el anarquismo. Pero lo que constituye un progreso en el campo de su producción es un retroceso en el de la producción material, el retorno a las condiciones de producción del oficio en decadencia.

En el estado actual de la producción, si se hace abstracción de ciertos casos aislados que, con frecuencia, son sólo curiosidades, existe sobre todo la producción en masa y ésta sólo es posible de dos maneras: por un lado está la producción comunista que supone la propiedad social de los medios de producción y una dirección metódica que parte de un punto central; por otro lado, la producción capitalista. La producción anarquista, cuanto más, puede ser un episodio pasajero. La producción material, por medio de asociaciones libres, que no obedecen a una dirección central, lleva al caos si no es una producción de mercancías que implica el intercambio de mercancías de acuerdo con la ley del valor, que se realiza por medio de la libre competencia. Antes vimos la importancia de esta ley en la producción libre de las industrias particulares. Esta hace que se establezca una justa proporción en la producción de las diferentes industrias, y por ejemplo, impide que la sociedad se llene de botones y que falte el pan. Pero, en el estado actual de la producción social, es necesario que la producción masiva para el mercado se presente siempre en forma de producción capitalista, como lo prueban las vicisitudes de muchas cooperativas de producción. Buscar el ideal anarquista en la producción material es cuanto más un trabajo de Sísifo.

Sucede de modo completamente diferente en la producción intelectual. Esta se eleva sobre la producción material, toma de su excedente sus productos y sus obreros, prospera sólo cuando la vida material está asegurada. Si la proporcionalidad de esta última se ve trastornada, toda nuestra existencia es amenazada. Por el contrario no tiene ninguna importancia saber en qué proporción el excedente de productos y de trabajadores de la sociedad se reparte entre los diferentes campos de la producción intelectual. No hablamos de la enseñanza, que tiene sus leyes particulares y tampoco en la actualidad está librada a la libre competencia, sino que la reglamenta la sociedad.

La sociedad quedaría en muy mala situación si todo el mundo se dedi-

caz a la fabricación del mismo objeto, por ejemplo, botones, y si para ello ocupara tantos obreros, que faltaran para producir otras mercancías, por ejemplo, pan. En compensación, las poesías líricas y las tragedias, las obras de asiriología y botánica se pueden producir en cualquier proporción, sin que su límite esté determinado. Si hoy se escriben dos veces más dramas que ayer y dos veces menos poesías líricas; si hoy aparecen veinte obras sobre asiriología y sólo diez sobre botánica, si las relaciones antes eran a la inversa, no se trastocará en absoluto la prosperidad de la sociedad.

Este hecho, interpretado desde el punto de vista económico, significa que la ley del valor, a pesar de todas las teorías psicológicas del valor, no se puede aplicar a la producción intelectual, como se aplica a la producción material. Imprimir una dirección central a la producción intelectual sería no sólo inútil sino completamente absurdo.

Es el verdadero campo de la libertad sin que tenga que convertirse en producción de valores mercantiles, producción capitalista (para la gran explotación).

Comunismo en la producción material, anarquismo en la producción intelectual: este será el modo de producción socialista, lo será por la lógica de los hechos económicos y como consecuencia de la soberanía del proletariado, en otros términos, de la revolución social, cualesquiera sean los deseos, las intenciones y las teorías del proletariado.

9. LAS CONDICIONES PSICOLOGICAS PREVIAS A LA DOMINACION PROLETARIA

Más de un lector se asombrará de que en este estudio sólo haya hablado de condiciones económicas. No investigué sobre qué fundamento moral se ha de establecer la nueva sociedad, si se apoyará en la ética de Kant o en la de Spencer, si adoptará como *leit-motiv* el imperativo categórico o la mayor suma de felicidad de la mayoría; tampoco investigué cuál ha de ser su principio jurídico supremo: ¿será el derecho al producto del trabajo integral o el derecho a la existencia u otro de los derechos económicos descubiertos por el socialismo de los jurisconsultos? Cierto es que la moral y el derecho desempeñarán su papel en la revolución social, pero sobre todo habrá que satisfacer exigencias económicas.

Pero no existen sólo el derecho y la moral; también hay que tener en cuenta la psicología; también ésta le traerá problemas al régimen proletario, y muy importantes. El régimen socialista, ¿acaso no supone hombres desinteresados, dulces, inteligentes, responsables, verdaderos ángeles? Teniendo en cuenta el egoísmo y la brutalidad de la generación actual, ¿acaso la revolución social no será la señal de luchas horribles seguidas de pillaje o de una holgazanería general que la harán fracasar? ¡Todos los

Generated by CamScanner from intsig.com

cambios de los fundamentos económicos serán vanos mientras el hombre no mejore!

Es la vieja canción; ya sonaba hace cien años, el tema de entonces era el espíritu limitado de los sujetos. Estos tiernos padres del pueblo que constituían la Santa Alianza no pedían nada mejor que otorgar todas las libertades a sus queridos hijos, ¡pero éstos previamente tenían que alcanzar la "madurez" necesaria!.

No negaré que cualquier modo de producción, para tener su plena eficacia, exige no sólo determinadas condiciones técnicas, sino también ciertas condiciones psicológicas. El carácter de los problemas económicos que plantea un modo de producción dado determinará la naturaleza de estas condiciones preliminares psicológicas. Pero nadie supondrá que propongo la existencia de hombres angelicales. Los problemas que hay que resolver exigen inteligencia, disciplina, talento organizativo. Tales son las condiciones psicológicas necesarias en un régimen socialista. Pero son precisamente las que el capitalismo trata de realizar. La tarea histórica del capital es organizar, disciplinar a los obreros y extender su horizonte más allá de su taller y de su campanario.

Es imposible llegar a la producción socialista si se toma como fundamento el trabajo del artesano y del campesino; en primer lugar, por razones económicas, este tipo de explotación es muy poco productivo, pero también por razones psicológicas. En una página ya señalé la tendencia anárquica del pequeño burgués y su aversión hacia la disciplina de una explotación socialista. Esta es una de las grandes dificultades que la producción capitalista encuentra en sus comienzos, porque toma sus primeros obreros de los oficios o del arado. Contra esto tuvo que luchar Inglaterra en el siglo XVIII y todavía hoy, en los estados del sur de la Unión Americana, es lo que traba los progresos de la gran industria, que podría verse muy favorecida por la cercana provisión de importantes materias primas.

No sólo el espíritu de disciplina, también el talento de organización se desarrolló poco entre los pequeños burgueses y los campesinos. No están en situación de asociar grandes masas de hombres en vista de una cooperación metódica. En este estadio económico, sólo los ejércitos proporcionan la ocasión de organizar grandes masas. Los grandes capitanes también son grandes organizadores. La producción capitalista trasplanta a la industria la tarea de organizar grandes masas de hombres. Como sabemos, los capitalistas son sus capitanes y sus generales y de este modo, todos los que se distinguen entre ellos son grandes organizadores.

El capital, en consecuencia, estima mucho y paga con holgura a sus empleados cuando tienen talento de organización, éstos se multiplican y un régimen proletario los empleará con utilidad. No condenaremos a la inacción a los directores de las fábricas y los trusts.

El capital también necesita obreros inteligentes e impulsados por la competencia, los vemos movidos a perfeccionarse en todas partes, por lo

menos en las escuelas industriales. El desarrollo de la circulación y de la prensa contribuye por su parte a ampliar el horizonte intelectual del obrero.

Las condiciones psicológicas preliminares de la producción socialista no se ven favorecidas sólo por el esfuerzo que hace el capital para explotar grandes masas de obreros, sino también por la lucha del proletariado contra esta explotación. Esta lucha desarrolla la disciplina, diferente, es cierto, que la que impone el capital, también desarrolla el talento de organización, porque si los proletarios pueden sostener la lucha contra el capital y el estado capitalista es porque en este sentido cuenta con la ayuda de sus fuerzas, tan numerosas.

La organización es el arma más imporante del proletariado y casi todos sus grandes jefes también son grandes organizadores. Al dinero del capital, a las armas del militarismo, el proletariado puede oponer sus organizaciones y el papel indispensable que desempeña en la economía. Es obvio que su inteligencia se desarrolla al mismo tiempo que estas organizaciones, y gracias a ellas.

Le harán falta una gran inteligencia, una disciplina severa y una organización perfecta de sus grandes masas, y estas cualidades, al mismo tiempo, se harán indispensables en la vida económica si quiere ser lo suficientemente fuerte como para vencer a sus terribles adversarios. No podemos esperar que triunfe hasta que posea estas cualidades en grado muy elevado.

En consecuencia, la dominación del proletariado y la revolución social no se podrá producir antes que se hayan alcanzado suficientemente las condiciones preliminares, tanto económicas como psicológicas de una sociedad socialista. Como esto no exige que los hombres se conviertan en ángeles, esperamos que no pase mucho tiempo hasta que se alcance esta madurez psicológica.

Si bien los proletarios modernos no tienen que cambiar demasiado para llegar a estar maduros para el socialismo, podemos esperar que la nueva sociedad modificará en forma considerable el carácter del hombre.

Lo que se plantea como condición preliminar de un régimen socialista que la sociedad capitalista es incapaz de proporcionar que por lo tanto sería una condición irrealizable, es decir la creación de un tipo humano más elevado que el hombre moderno, es precisamente el resultado que esperamos del socialismo. Este le dará al hombre seguridad, reposo y ocio, elevará su espíritu por encima de las banalidades de la vida cotidiana, porque ya no tendrá que preocuparse en forma constante por el pan de mañana. Dará al individuo una total independencia frente a otros individuos y por eso destruirá el espíritu servil de algunos y el desprecio hacia los hombres de otros. Al mismo tiempo nivelará las diferencias entre la ciudad y el campo, pondrá al alcance del hombre todos los tesoros de una gran cultura monopolizada en la actualidad por las ciudades, al mismo tiempo que lo

volverá hacia la naturaleza de donde tomará la fuerza y la alegría de vivir.

Al mismo tiempo arrancará las raíces fisiológicas y sociales del pesimismo, la miseria y la degeneración de los que hacen de la necesidad una virtud, los excesos de los que, ociosos sibaritas, vaciaron hasta el fondo la copa de los placeres. El socialismo hace desaparecer la miseria, las riquezas excesivas, le da al hombre alegría de vivir, lo hace sensible a la belleza; con lo que pone a todos en libertad de dedicarse a las ciencias y las artes.

¿Acaso no estamos autorizados a creer que en estas condiciones se formará un nuevo tipo de hombre que superará a todos los que la civilización produjo hasta hoy? Un superhombre, si se quiere, pero que será la regla, no la excepción, un superhombre en comparación con sus ancestros, pero no en comparación con sus contemporáneos, un hombre superior que hallará satisfacción no en considerarse grande en medio de enanos esmirriados, sino en ser grande en medio de hombres grandes, felices, en medio de otros hombres felices, que tomará conciencia de su fuerza, no apretando con los pies a los que ha de aplastar, sino al unir sus esfuerzos a los de los camaradas que tendran las mismas aspiraciones y al encontrar en esta unión el coraje necesario para abordar los más vastos problemas.

De este modo, podemos esperar el surgimiento de un imperio de fuerza y de belleza, digno de nuestros ideales más profundos, de nuestros pensadores más nobles.

Generated by CamScanner from intsig.com

Generated by CamScanner from intsig.com

Karl Kautsky

EL CAMINO DEL PODER

Generated by CamScanner from intsig.com

PREFACIO A LA PRIMERA EDICION

Plantear nuevamente el problema de la revolución política, de los grandes cambios de las relaciones de poder, me parece extremadamente actual justo hoy, en el momento en que las luchas contra el régimen personal, y los problemas de carácter constitucional comprometen a todo el mundo. El peligro está en que se atribuya simplemente a una persona en particular las dificultades de la situación, y que por lo tanto se concentre toda la atención sobre esta persona, ahí donde se trata de indicar las más profundas relaciones sociales de las que dependen la inestabilidad y la inseguridad de presente, y a las cuales se debe remitir el hecho de que elementos particulares y debidos al azar, propios de una persona en particular, puedan suscitar movimientos que conmuevan en lo más profundo nuestras relaciones políticas y conduzcan a su trastocamiento.

La existencia de una situación semejante constituye la razón interna de presente escrito, mientras que su ocasión externa estuvo dada por una polémica a la que fui llevado por las ocurrencias de Maurenbrecher[2] y

1. La expresión *Das persönliche Regiment*, referida al emperador, se puso de moda en Alemania con motivo de las continuas intervenciones de Guillermo II en la política interior y exterior del imperio. Al respecto, véase un artículo publicado en el *Vorwärts* del 30 de junio de 1897, titulado precisamente "Das Persönliche Regiment" y el editorial del 17 de octubre de 1900 en *Die Neue Zeit*, año XIX, vol. I (1900-1901), núm 3, no firmado, aunque muy probablemente redactado por Franz Mehring (según indica el índice anual de la revista). Finalmente en 1907, Wilhelm Schröder había publicado en Berlín un volumen titulado precisamente *Das persönlich Regiment. Reden und sanstige öffentliche Ausserungen Wilhelms II* (El régimen personal. Discursos y otras declaraciones públicas de Guillermo II). La expresión rememora la análoga inglesa referida a Carlos I. Vale la pena al respecto recordar la carta de Engels a Kautsky, del 3 de enero de 1895, y citada por el autor en *El camino del poder*, donde aquél recuerda la absoluta similitud de ambas situaciones. Véase en el presente volumen pp. 209. (E).

2 Kautsky se refiere a la polémica que sostuvo con Maurenbrecher, redactor de derecha del órgano oficial de la socialdemocracia alemana. La discusión versaba en torno a la infracción cometida por los representantes socialdemócratas de Baden, Baviera y Würtemberg a las prohibiciones establecidas por los congresos partidarios de Lübeck (1901) y Dresde (1903) de votar en favor de los presupuestos en los *Länder*. Kautsky sostenía que el pecado teórico y práctico principal de los reformistas residía en su incomprensión de que la revolución se había convertido en una realidad histórica inevitable. Por lo que el camino elegido por los socialdemócratas del sur de Alemania, contribuyendo con su voto a la consolidación del poder estatal de la burguesía, no podía menos que alimentar las ilusiones parlamentarias y a la escisión del proletariado. Los artículos principales de Kautsky sobre este problema fueron "Zum Parteitag", "Reform und Revolution", "Der Parteitag uber die Budgetbewilligung", "Maurenbrecher und das Budget", publicados en *Die Neue Zeit* en los años 1907-1909. (E.)

que se sucedió en las columnas de *Die Neue Zeit*. Ya en aquella ocasión me sentí obligado, frente a la situación política moderna, a desarrollar de manera explícita mis concepciones acerca de la revolución. Habiéndoseme pedido desde distintos lugares que divulgase para un público más amplio en una edición aparte estas consideraciones, he retomado la serie de los artículos para trasformarla en un folleto. Naturalmente, he dejado de lado toda la parte polémica dirigida específicamente contra Maurenbrecher, dado que por ser ésta de carácter personal, no presenta un interés general. En consecuencia, la introducción ha sido completamente reelaborada. Por otra parte, la forma de folleto me permitía superar los límites dentro de los cuales se había desenvuelto la polémica. La situación moderna, sus particularidades y las tareas que nos plantea, a la que en mi artículo conclusivo había podido hacer mención sólo fugazmente, ha sido ahora desarrollada en forma más amplia y se ha transformado en el tema principal del escrito. De los nueve capítulos solamente el tercero y el cuarto, y la segunda parte del segundo, representan una reproducción de los artículos de *Die Neue Zeit*; todo el resto fue reescrito.

El conjunto representa un complemento de mi escrito sobre la revolución social, publicado en 1902.

Puesto que es de esperar que la polémica de la que nació este escrito extraerá nuevo alimento de él, quiero aclarar aquí que de aquellas afirmaciones mías no basadas sobre el programa y sobre las resoluciones congresuales de nuestro partido, sólo yo soy responsable y no el partido. Esto vale naturalmente para toda publicación que no es editada oficialmente por el partido, pero siempre es mejor subrayarlo específicamente para aquellos que criticarán y polemizarán con este escrito.

Berlín-Friedenau, abril de 1909.

KARL KAUTSKY

Generated by CamScanner from intsig.com

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICION

La "predicción" del prólogo a la primera edición, que por otra parte no resultaba difícil, de que el presente trabajo daría motivo a las más ardientes polémicas, se ha cumplido. Sin embargo, no veo la necesidad de introducir ninguna modificación de importancia. Salvo la sustitución de algunas cifras por otras más recientes, la nueva edición es una versión inalterada de la primera.

Entre las réplicas se destacó, en particular, una serie de artículos en el *Korrespondenzblatt der Gewerkschaften* (Boletín de prensa de los sindicatos), publicados posteriormente con el título *Sisyphysarbeit oder positive erfolge* (Trabajo de Sísifo o resultados positivos). Se destaca por su extensión pero también por la peculiar irritabilidad de su lenguaje que se volvió intencionadamente ofensivo, cosa para la cual mi trabajo no había dado pie en absoluto, como puede advertirlo quien se tome el trabajo de leerlo. No hay allí palabra alguna que pueda resultar ofensiva para un sindicalista. He rebatido ese trabajo en una serie de artículos aparecidos en *Die Neue Zeit*, y considero innecesario repetir lo allí expresado. Si vuelvo nuevamente a considerar aquel trabajo polémico, lo es solamente para quitar del camino cualquier posibilidad de equívoco respecto a mis intenciones.

El mismo título del trabajo polémico indica que se me acusa de subestimar los éxitos logrados por el sindicalismo. Y va más lejos aún al asignarme también sentimientos hostiles hacia el sindicalismo, afirmando "que no simpatizo con el desarrollo de los sindicatos en organizaciones vigorosas en el seno de la vida económica."

Esto es directamente una falacia; en el presente trabajo (cfr. p. 206 y 242) destaco precisamente lo contrario, y aludo a la importancia y a la absoluta necesidad de los sindicatos. Tampoco me referí en ninguna ocasión al "trabajo de Sísifo" realizado por el sindicalismo, no he negado nunca sus "éxitos positivos"; antes bien, hablé del "brillante desarrollo" de los sindicatos alemanes y reconocí que ellos "habían impuesto mejoras considerables en los niveles salariales, en el tiempo de trabajo y en otras condiciones laborales" (p. 235). Mi interés por el nuevo impulso experimentado por el sindicalismo ha sido también reconocido por una cantidad de sindicalistas imparciales, como por ejemplo, en la publicación especializada de los trabajadores metalúrgicos austríacos.

Con todo, admito que un lector superficial pudo concebir la idea de que yo negaba los logros positivos del sindicalismo. En todo caso, la lectura debía ser muy apresurada para no advertir que hago hincapié en el hecho de que desde los años noventa el sindicalismo alemán ha podido acusar a lo

largo de muchos años progresos sorprendentes. Si se ponen de manifiesto factores que se oponen cada vez más vigorosamente al ascenso del sindicalismo, ello no es más que un fenómeno de los últimos tres o cuatro años. En todo caso, estos factores me llevan a suponer que no podemos esperar que "el fin de la crisis restablezca el auge de los años 1895 a 1907 (...). Por importantes, aun por indispensables que sean los sindicatos en el presente y en el porvenir, no debemos esperar que a través de métodos puramente sindicales hagan progresar tan vigorosamente al proletariado, como lograron hacerlo en los últimos doce años" (p. 240).

Esta es mi tesis. Como se percibe, es algo totalmente distinta de la negación de los éxitos del sindicalismo, con respecto al cual afirmo expresamente que "hizo progresar vigorosamente" al proletariado alemán desde 1895 hasta 1907.

No se trata pues de los éxitos del pasado; éstos son innegables; se trata más bien de los del presente y del futuro. Evidentemente, se pueden sustentar opiniones muy diversas sobre esta cuestión. Pero si el folleto *Sisyphysarbeit* pretende rebatir mis afirmaciones exponiendo todos los logros en cada una de las ramas alcanzados por los sindicatos desde 1895 a 1907, no hace más que hundir puertas abiertas, sólo ilustra lo que yo afirmo, pero comete una cruel injusticia respecto de mi persona al dar a entender a sus lectores que yo niego los hechos más palpables con el propósito de subestimar al sindicalismo.

Frente a una polémica de naturaleza tan falaz –para no emplear términos más enérgicos– me veo obligado a elevar la más enérgica protesta.

Otra es la situación que se plantea respecto a mis expectativas frente a los éxitos futuros del sindicalismo. También aquí tropecé con la oposición de críticos conocedores y bien intencionados, quienes expresaron el temor de que mis explicaciones pudieran desalentar a los sindicalistas y disminuir el poder de atracción de los sindicatos. Las objeciones planteadas por estos críticos fueron de doble naturaleza. En primer lugar, suponían que mi interpretación de la situación económica de la clase trabajadora de los últimos tres o cuatro años y del próximo futuro es excesivamente pesimista.

No obstante, el desarrollo de la situación en el año transcurrido desde la publicación de *El camino del poder* hizo desvanecer todas las dudas que pudieran haberse aducido contra mi interpretación. Por doquier, no sólamente en América, sino también en Inglaterra, en Austria, así como en Alemania, la carestía se ha convertido en un flagelo que acosa de la manera más implacable al proletariado.

Este hecho es reconocido también por aquellos hombres a los que nadie acusará de subestimar los éxitos del sindicalismo. Así, el profesor Staudinger escribía en el núm. 29 de la *Konsumgenossenschafftlichen Rundschau* (Revista de cooperativas de consumo), acerca de los carteles empresariales y sus efectos:

Generated by CamScanner from intsig.com

"Así pues, en el período económico pasado, aun cuando se incrementaban los precios en los momentos de prosperidad, también se incrementaban los salarios, y hasta más que aquellos; en las épocas de crisis, en cambio, se producía una reducción de los salarios, pero los precios bajaban aún más. En general, el signo característico de los años 1860 a 1890 fue el incremento de los ingresos salariales, el descenso de los precios, el aumento del poder adquisitivo. En el período económico actual de alianzas y cárteles, así como de monopolios agrarios, siguen aún incrementándose los salarios en los períodos de prosperidad, pero con frecuencia los precios crecen proporcionalmente aún más; en el período de depresión se reducen los ingresos, pero los precios sólo se reducen parcialmente, y en muchos casos continúan incrementándose. De tal modo, se inicia un período que tiene el siguiente signo: descenso del poder adquisitivo de las masas –estancamiento."

Otto Bauer trata de este problema con mayor detenimiento en su excelente trabajo acerca de la carestía (*Die Teuerung*, Viena, Volksbuchhandlung) en el que arriba a la siguiente conclusión:

"A pesar de que las luchas sindicales han provocado un incremento nominal de los salarios, el valor real de los mismos creció mucho más lentamente: es indudable que éste descendió en los últimos años. La carestía es, en efecto, el peor de los obstáculos que se oponen actualmente al ascenso de la clase trabajadora, y la lucha contra la carestía constituye una de nuestras tareas más importantes."

Con todo, no es necesario en modo alguno que nos volvamos pesimistas en razón de estos hechos. Ni tenía ningún motivo, ni era tampoco mi intención adoptar una actitud pesimista respecto de las aptitudes del sindicalismo. Sólo afirmé que no debíamos esperar que a través de métodos puramente sindicales se pudiera hacer progresar una vez más al proletariado, como se había logrado hacerlo en el período que va de 1895 a 1907. De este modo no se cuestiona el progreso, sino el método.

Está en la naturaleza misma de las cosas que, en lo que respecta a las condiciones de los trabajadores, el sindicalismo alcanza mayores éxitos y resultados más acelerados allí donde aquellos superan su anterior etapa de desorganización y comienzan a tener una vida sindical.

El trabajador organizado muestra una gran superioridad frente al que no lo está. En aquellas ramas o en regiones donde hasta el momento no existían sindicatos, o estos eran muy débiles, a la creación de una organización sindical vigorosa necesariamente le sigue un pronto ascenso de los trabajadores implicados. Quien compare la situación de trabajadores hace un tiempo desorganizados y en la actualidad organizados, podrá comprobar, por regla general, aumentos considerables en los salarios.

Pero resulta falso creer que por el hecho de que la transición del estado de no organización al de organización signifique un poderoso salto hacia adelante, los progresos se sucedan también de la misma manera apenas al-

canzado dicho estadio. Una vez generalizada la organización sindical en una rama y en una región, ésta bien pronto arranca a las empresas todo lo que se puede arrancar en favor de los trabajadores por la simple fuerza de la organización sindical. Todos los progresos ulteriores que sobrepasen este estadio dependen de innumerables circunstancias, no previsibles de antemano. Más aún, después de una existencia prolongada de la organización sindical, el avance a través de métodos puramente sindicales tenderá por lo general a disminuir su ritmo. Inglaterra constituye un testimonio evidente.

Sin embargo, el sindicato no pierde por esto su significación para el trabajador. Si su valor es incalculable para el trabajador no organizado, puesto que le permite obtener grandes ganancias, no lo es, en menor medida, para aquel trabajador organizado durante un tiempo más o menos prolongado. Por medio de ella ha obtenido grandes ventajas, y mucho perdería si declinara dado que sin organización no tendría ninguna posibilidad de conquistar nuevos logros.

Cuando en una rama o en una región subsisten sindicatos fuertes desde varios años atrás, el interés que el trabajador tiene por el sindicato es otro, pero en modo alguno menor que allí donde éste es aún muy reciente. Se convierte entonces en un poder más retentivo que conquistador, en un poder más conservador que revolucionario.

De todas maneras, lo aquí afirmado resulta válido únicamente en lo que respecta a sus funciones puramente sindicales. Se crean simultáneamente nuevas condiciones que en este estadio posterior le asignan nuevas funciones, que mantienen su gran significación anterior, pero que a la vez lo configuran como un poder revolucionario, es decir como un poder que no sólo tiene la función de conservar las conquistas sino de obtener otras nuevas.

Se ha señalado ya reiteradas veces que la significación relativa de la lucha política y de la lucha económica dentro del movimiento obrero sufre modificaciones con el avance del desarrollo capitalista. El interés político predominó en Alemania hasta 1890, no por una falta de comprensión por la actividad sindical, sino porque se encontraban mejor desarrolladas las condiciones para la actividad política y se podían obtener mayores logros a través de ésta. Alemania entró en una etapa revolucionaria desde comienzos de la década del sesenta hasta comienzos de la década del setenta; el régimen antiguo fue derrocado y se creó uno nuevo; se introdujo el sufragio universal, el derecho de agremiación, la libertad de residencia, algunas disposiciones para la protección del trabajador. A fines de la década del setenta volvieron a derogarse algunas de estas conquistas por la ley proscripta del socialismo y a la vez comenzó una crisis que se prolongó durante años. Las condiciones económicas, al igual que las políticas, para la expansión del movimiento sindical se hallaban trabadas, y lo principal era la lucha política contra la ley anti-socialista.

Se produjo un cambio con la derogación de dicha ley. A partir de ese

Generated by CamScanner from intsig.com

momento, se encontró libre de obstáculos el camino para el desarrollo de los sindicatos. Este desarrollo se vio favorecido además por el nuevo auge económico que se iniciaba.

En el campo de la política, por lo contrario, habían llegado a su término las últimas grandes luchas de intereses entre las propias clases poseedoras; la socialdemocracia se convirtió cada vez más en el único partido que pretendía superar la situación subsistente; todos los demás se volvieron de hecho conservadores, y sobrevino un estancamiento político generalizado.

En contraposición a esto descollaba el auge extraordinario del sindicalismo. Desde hace algunos años, empero, se presentan para éste obstáculos crecientes que no pueden ser superados por métodos puramente sindicales, sino únicamente a través de la lucha política y que es indispensable que sean quitados del camino para que prosiga el curso ascendente de la clase trabajadora.

Estos obstáculos encuentran su expresión más palpable en la creciente carestía motivada en parte por el acrecentado poder de los terratenientes, o sea de la propiedad privada de la tierra, que utiliza su monopolio para incrementar la renta del suelo. La carestía es en parte provocada también por la política armamentista —una consecuencia natural de la política mundial— y por los nuevos impuestos que de ella derivan. Y la carestía tiene, por fin, una tercera fuente en la concentración creciente del capital que favorece a las asociaciones patronales y que coloca el poder del estado en una situación de dependencia cada vez mayor con respecto a aquellas.

Superación de la política armamentista, superación del dominio del estado por los señores terratenientes y los grandes industriales, esto es, democratización del Reich: tales son en la actualidad los objetivos prácticos más importantes del proletariado alemán; objetivos que deben ser alcanzados para que su ascenso continúe en marcha.

Es indudable que ellos no pueden ser alcanzados mediante métodos puramente sindicales. Pero es igualmente cierto que no lo serán sin un sindicalismo vigoroso, con capacidad de lucha y consciente de su fuerza.

Si al igual que en el período de 1862 a 1890 la política se ubica hoy nuevamente en el primer plano del movimiento obrero, esto no puede significar un retroceso del sindicalismo, pues la situación ha experimentado muy grandes cambios.

En aquella época existían todavía poderosas capas de las clases poseedoras interesadas en un cambio fundamental de las relaciones del estado y que buscaban la alianza del proletariado que ya era lo suficientemente fuerte como para constituir un factor político, pero aún no lo suficientemente fuerte e independiente para aparecer a ultranza como un enemigo peligroso.

Después de 1864, el joven movimiento obrero permaneció durante mucho tiempo dividido, no porque se preguntara si podía esperar algo de

uno u otro de los partidos de las clases poseedoras, sino porque se preguntaba de cuál de ellos podía esperar más, si del séquito de Bismarck y Wagener, o de la democracia burguesa.

La situación es hoy totalmente distinta. En nuestras filas aún se hacen sentir voces que se pronuncian a favor de una política de bloques, que se perciben a sí mismas como eminentemente modernas; pero en realidad, no son más que atavismos, recaídas en ideas cuyas bases efectivas fueron ya eliminadas en el período que va de 1866 a 1970, ideas que en la actualidad no son otra cosa que deseos piadosos. Nadie que pretenda ser tomado en serio puede pensar en la actualidad en la formación de un bloque de la socialdemocracia con alguno de los partidos burgueses existentes. Para posibilitar una política de bloques de tal género, nuestro partido debería crear él mismo, previamente, la democracia burguesa necesaria para ello; debería también aportar el electorado, dado que resultaría fácil encontrar a los dirigentes.

Hoy en Alemania la socialdemocracia no puede encontrar aliados en otros partidos para una acción política enérgica. Pero como compensación, la clase que representa es en la actualidad la más numerosa, la más necesaria económicamente, la más activa, la más inteligente, la más independiente entre las clases que componen la masa de la población.

No es la diplomacia de bloques la que en los tiempos que corren nos puede hacer avanzar, sino únicamente la acción de masas, y más precisamente la acción de las masas organizadas. La masividad y la organización son las armas que responden a la situación económica del proletariado, y sólo a través de éstas podrá afirmarse y vencer. Pero la organización de masas y la acción de masas implica una organización y una acción sindical.

No podemos avanzar sin conquistas políticas. Pero no podemos obtener victorias políticas sin el concurso de sindicatos vigorosos, combativos y conscientes de su poder.

Si bien en todas las regiones y ramas donde ya existen desde mucho tiempo atrás sindicatos vigorosos, cuyas tareas en el terreno puramente sindical se limitan cada vez más a la defensa de sus conquistas, los grandes avances por métodos puramente sindicales se vuelven cada vez más escasos y difíciles, se les abre no obstante un ámbito enorme de actividad fructífera en la acción conjunta del partido y el sindicalismo, en la realización de acciones fecundas a la vez para la actividad sindical y la actividad política.

A partir de estas consideraciones, es más que ridículo reprochar a los socialdemócratas que sustentan esta posición su falta de interés por un fortalecimiento del sindicalismo. Con ello no solamente se hace una afirmación falaz, sino que se siembra además la desconfianza y se contribuye a un distanciamiento entre el partido y el sindicato, cuando en realidad ambos dependen más que nunca del apoyo mutuo.

Uno de los objetivos que me trazaba en el presente artículo era el de

Generated by CamScanner from intsig.com

desplazar la atención de los sindicalistas hacia las nuevas funciones que van surgiendo, junto a las funciones puramente sindicales; con ello pretendía acentuar la significación del sindicalismo y no disminuir su importancia ni llenar a los sindicalistas de pesimismo.

Mi deseo es que pese a las deformaciones que aparecen en el folleto polémico de la comisión general, mi libro encuentre muchos lectores en los círculos sindicales que comprendan su verdadero sentido y hagan justicia a las buenas intenciones del autor, incluso entre aquellos que no estén de acuerdo con las conclusiones del mismo.

Berlín-Friedenau, 1 de julio de 1910.

PREFACIO A LA TERCERA EDICION

La presente tercera edición de mi libro *El camino del poder* constituye una copia, sin variación alguna, de la segunda. Es verdad que entre ambas hay un decenio completo lleno de guerras y subversiones tan gigantescas como el mundo no había visto nunca. Sin embargo, o más bien por esta razón, no podía cambiar nada en mi escrito. Si hubiera intentado modernizarlo e incluir en el mismo los acontecimientos de los últimos diez años, habría tenido que escribir cosas completamente nuevas, por cuanto el más importante de los problemas que trato aquí ya no existe. Los acontecimientos lo han barrido junto con muchas cosas.

En mi escrito de 1909 examinaba el problema de si era posible que nosotros creciéramos pacífica e inadvertidamente en el socialismo o si, por el contrario, íbamos hacia grandes catástrofes, guerras y revoluciones. Esta pregunta ha sido desde entonces contestada por la historia universal y precisamente en el mismo sentido que yo lo había hecho en las presentes páginas a partir de consideraciones teóricas. Si una relaboración de mi escrito debiera presentar algo fundamentalmente nuevo, eso no dependería de la circunstancia de que el curso de los acontecimientos haya rectificado mis conceptos, sino de que el mismo los ha confirmado de la manera más rápida y completa.

Se podría ciertamente observar: si las cosas están así, si ya no existe el problema al cual mi folleto estaba dedicado, ¿no se ha convertido éste en un simple documento histórico que sirve sólo para el conocimiento de nuestro pensamiento de antes de la guerra? ¿No ha perdido el significado actual? De ninguna manera; sólo que su actualidad es de otra naturaleza.

Lo que mi escrito de 1909 trataba teóricamente se ha convertido ahora en un problema sumamente práctico: la revolución. Sólo pocos la habían esperado; para la gran mayoría vino de improviso, como rugiente oleada que lo arrastra todo consigo y en la cual los menos se encontraban cómodamente en su lugar, mientras que los más fueron empujados de aquí para allá sin hallar un punto de equilibrio. Tales movilidad e incertidumbre se las afronta del mejor modo si se tiene presente no sólo lo circunstancial e inmediato, si no se deja uno dirigir sólo por eso y busca adquirir una visual más amplia que le permita comparar lo cercano con lo lejano, considerar los acontecimientos del momento según conceptos teóricos que descansan sobre las experiencias de muchos siglos y finalmente escuchar no sólo la voz de las pasiones, que provoca una lucha encarnizada de vida o muerte, sino también expresar reflexiones más frías, extraídas de una edad más tranquila.

Generated by CamScanner from intsig.com

Cuando en 1909 apareció *El camino del poder* encontró unánimes aplausos hasta de parte de los elementos revolucionarios de nuestro partido. Aún hoy los hombres de la extrema izquierda suelen referirse a *El camino del poder*, pero se ha abierto entre ellos y yo un gran abismo. Esto provendría de haber yo abandonado los conceptos; me habría vuelto infiel a mis convicciones en el momento mismo en que se mostró que eran justas; las habría sostenido mientras eran escarnecidas en las propias filas del partido, y las habría traicionado en el momento en que triunfaban. ¡Qué extraña actitud!

El hombre débil que desespera de su causa y el desarrapado que la vende se vuelven "renegados" y "Judas" sólo en la hora de la derrota de su causa, no en la de su triunfo.

Quien, apoyándose en *El camino del poder*, quiere descubrir en mí una desviación desde la revolución, no ha leído o no ha comprendido mi escrito de 1909. Tengo hoy el mismo punto de vista de entonces: sólo mi expresión es distinta. Hay épocas de timidez en que conviene alentar y empujar a los medrosos; hay, en cambio, épocas de furor ciego en las cuales se debe llamar a reflexión a los ilusionados y fanáticos. Pero este lenguaje distinto responde solamente a un cambio en la situación histórica y no en el concepto fundamental.

Puedo publicar la nueva edición sin cambio alguno porque hoy puedo aún suscribir cualquiera de sus puntos. Si muchos de los que en 1909 me aplaudían me lapidan ahora, el cambio de opinión en el cual estriba este contraste se encuentra en ellos, no en mí. Como su concepto de la revolución fue formándose en el torbellino salvaje de los últimos años, se ha vuelto inconciliable con aquel concepto de la revolución que había adquirido valor universal en los tiempos de antes de la guerra en las filas de los marxistas radicales. Todos ellos compartían mi opinión cuando yo escribía en este opúsculo:

"No somos partidarios de la legalidad a cualquier precio, ni revolucionarios a toda costa. Sabemos que no se pueden crear a voluntad las situaciones históricas y que de acuerdo con ellas es menester elaborar nuestra táctica." Y pocas líneas antes, yo exigía "una posición revolucionaria, que no será la emoción estúpida de la sorpresa, sino el fruto del conocimiento".

Ya entonces no era yo adorador del empleo de la violencia física en la revolución. Pensaba:

"Como no sabemos nada preciso concerniente a las batallas decisivas de esta guerra social, es natural que no podamos decir por anticipado si serán sangrientas, si la fuerza física desempeñará en ellas papel importante o si se librarán exclusivamente con la ayuda de la presión económica, legislativa y moral. No obstante, se puede considerar como muy probable que en las luchas revolucionarias del proletariado los últimos procedimientos triunfarán con más frecuencia sobre el empleo de la fuerza física, es decir, militar, que las luchas revolucionarias de la burguesía."

Mi expectativa se fundaba en el hecho "de que las clases revolucionarias disponen hoy de mejores armas que aquellas de que disponían las del siglo XVIII para organizar la resistencia desde los puntos de vista económicos, político y moral. Solamente Rusia constituye una excepción a este respecto".

Para Rusia temía, pues, una forma sangrienta de la revolución, pero estaba lejos de ver en ella la forma normal de la revolución moderna. Rusia me parecía ya en *El camino del poder* como un país de excepción, que no podía servir de ejemplo para nosotros. Como fin próximo, inmediato, de la revolución, donde no existía aún la democracia, en Rusia, como en otros países, consideraba la conquista y consolidación de ella. Declaraba:

"La sóla constitución política bajo la cual el socialismo puede realizarse es la republicana, la república en su acepción más general, es decir, la república democrática."

Supuse entonces que hablaba en nombre del marxismo revolucionario, y ninguno de los revolucionarios marxistas me desaprobó, ni Rosa Luxemburg, ni Clara Zetkin, ni tampoco Lenin y Trotski. Todos ellos compartían entonces conmigo la misma convicción democrática. Rebasa toda medida el que elementos que desde entonces han arrojado despectivamente la democracia, "como democracia formal" o "democracia burguesa", al cajón de los trastos viejos, eleven justamente contra mí el reproche de haberme desviado de la vieja convicción.

Ni contra mi proclamación de la democracia protestaron en 1909 los marxistas revolucionarios ni contra mi opinión, natural desde el punto de vista marxista, de que no todos los Estados estaban ya maduros para el socialismo, y entre ellos ante todo Rusia. En mi escrito de 1909 citaba, confirmándolo, un artículo de 1904 en el cual decía:

"Una revolución no podría establecer inmediatamente en Rusia, un régimen socialista, pues las condiciones económicas están allí demasiado atrasadas. No podría fundar, desde luego, más que un régimen democrático; pero éste estaría sometido al impulso de un proletariado enérgico e impetuoso que arrancaría por su propia cuenta concesiones importantes."

De todos modos, el porvenir de la democracia en Rusia y en general en los países orientales de Europa, no se me aparecía como un idilio.

En otra página caracterizaba el período revolucionario que ahora empieza en el oriente como "una era de conspiraciones, de golpes de estado, de insurrecciones, de acciones seguidas de nuevas insurrecciones, de continuas revueltas que durarán hasta que esos países obtengan las condiciones necesarias para un desenvolvimiento pacífico y las garantías de su independencia nacional."

En ese período intranquilo nosotros hemos entrado ahora también efectivamente. Para quien esperaba eso, es claro que debía contar con la aparición de tendencias como las que encuentran su realización en la actual dictadura bolchevique. Yo la rechazaba ya en 1909. Digo en mi trabajo:

Generated by CamScanner from intsig.com

"Pasaron los tiempos en que pequeñas minorías podían mediante una acción enérgica, derribar de improviso al gobierno y poner otro en su lugar. Esto era posible en estados centralizados, donde toda la vida política estaba concentrada en una capital que dominaba el país entero, mientras las poblaciones y las pequeñas ciudades no mostraban vestigios de vida política ni de cohesión. Bastaba entonces paralizar o conquistar el ejército y la burocracia de la capital para apoderarse del gobierno, y para proceder a una revolución económica si la situación general lo exigía."

Pero entre nosotros hoy hemos salido, hecha excepción de Rusia, de ese período. En un gran estado moderno un partido podría adueñarse del poder y afirmarse en él si "representa los intereses de la gran mayoría de la población y posee su confianza".

Por eso rechazaba ya en 1909 la idea de la dictadura de una minoría del pueblo. Para Rusia estimaba tal dictadura como posible, pero no como un medio de llegar al socialismo, para el cual Rusia no está de ningún modo madura.

Tampoco se levantó contra este último concepto la más mínima oposición en las filas de los marxistas revolucionarios.

Era sólo otra forma del mismo pensamiento lo que yo expresaba al declarar que solamente aquellos estados con un alto desarrollo industrial están maduros para el socialismo.

"En un estado tan industrial como Alemania o Inglaterra, el proletariado tendría desde hoy la fuerza para conquistar el poder y las condiciones económicas le permitirían, desde luego, servirse de él para sustituir la producción capitalista por la producción social."

Esta previsión fue considerada en 1909 por la mayoría de mis lectores como optimista. Desde 1918 muchos caen fácilmente de nuevo en el extremo opuesto.

Yo declaraba en 1909 que al proletariado alemán e inglés sólo le faltaba la conciencia de su fuerza para conquistar el poder e iniciar la realización del socialismo. Desde entonces, a raíz de las revoluciones rusa y alemana, el proletariado ha alcanzado por doquiera enorme conciencia de clase, por lo cual se deja a menudo seducir y llega a considerar como secundarias las otras condiciones del socialismo —alto desarrollo de la industria y madurez del proletariado— y a creer que donde hay un partido socialista éste puede en seguida conquistar el poder político y realizar el socialismo. Allí donde eso no ocurre la culpa es de la cobardía e incapacidad de los dirigentes.

Frente a esos elementos me atengo aún hoy al punto de vista de 1909: el proletariado está actualmente en condiciones de conquistar el poder político y de aprovecharlo en el sentido del socialismo, pero por el momento sólo "en un estado tan industrial como Alemania o Inglaterra". Puse entonces en el primer lugar a Alemania porque opinaba que estaba más cerca del socialismo. Hoy debería nombrar a Inglaterra en primer término.

La guerra, no obstante haber provocado el espantoso derrumbe y, por ende, la revolución, no ha mejorado en Alemania las condiciones para el socialismo. Aquí sólo ha elevado enormemente una de las tres premisas: la conciencia de su fuerza en los trabajadores, y, al contrario, ha perjudicado fuertemente las otras dos: la base material de la producción y la madurez intelectual y moral del proletariado.

Nosotros sabíamos muy bien antes de la guerra que el socialismo sólo puede surgir sobre una rica base material creada por el capitalismo. Por eso yo decía en mi escrito:

"Y todavía, si fuese posible transformar Alemania en un estado democrático, el proletariado no habría avanzado más en él. Ciertamente, y puesto que forma hoy la gran mayoría de la población, tendría la palanca de la legislación en sus manos, mas no le serviría de nada si el estado no dispusiese de los abundantes recursos indispensables para llevar a cabo las reformas sociales."

Eso se olvida a menudo. No pocos de entre nosotros opinan que para llegar al socialismo hay que arruinar antes la riqueza capitalista; el socialismo prosperaría tanto mejor cuanto menos encontrara por socializar. Su modo de pensar recuerda aquel joven ingenioso que pensaba heredar de su rico tío lo más pronto posible prendiendo fuego a las fábricas no aseguradas, empujándose a sí mismo a la bancarrota y a una miserable muerte por hambre. La guerra con sus consecuencias ha empobrecido extraordinariamente a Alemania y ha retardado el tiempo de los posibles progresos sociales. Más aún obró en esta dirección la regresión intelectual y moral de la población. Acerca de este punto querría dar una explicación más detallada. La condición más importante del socialismo es un fuerte proletariado industrial. Entre las clases trabajadoras, los asalariados industriales son los que tienen el mayor interés en una producción socialista. Pero ellos son también los únicos que están en condiciones de desarrollar por sus luchas de clase y por sus organizaciones sólidas y extensas una cultura política superior y un sentido común más comprensivo mientras que las otras capas trabajadoras, como los campesinos, los artesanos y también los labradores del campo, sólo difícilmente salen de su estrechez corporativista y local. Fueron particularmente la fuerza de las organizaciones proletarias, el vigor de su vida política, el sentido común fuertemente desarrollado, los que me indujeron a ver en Inglaterra y en Alemania los estados que ya antes de la guerra estaban maduros para el socialismo.

No nombré a los Estados Unidos, aunque también allí el capitalismo había aumentado al máximo las fuerzas productivas, pues faltaba una clase trabajadora compacta y unida. Su proletariado está dividido en nativos e inmigrados; los nativos en blancos y negros, los inmigrados en innumerables nacionalidades que difícilmente se entienden entre sí y tienen entre ellos poco de común.

Generated by CamScanner from intsig.com

También la fuerza de la clase trabajadora inglesa y alemana estaba perjudicada por escisiones internas. Aquí y allá encontramos a una minoría de católicos que se siente pospuesta en el estado y por eso asume una posición especial en el movimiento obrero, siendo así difícil que sea incorporada al movimiento colectivo. Pero por más que los obreros centristas, entre nosotros, y los irlandeses en Inglaterra, puedan constituir de cuando en cuando un obstáculo desagradable para el desarrollo de la potencia del proletariado no estuvieron en condición ni aquí ni allá de contrarrestrar notablemente el progreso de la clase trabajadora. En ambos estados los trabajadores asalariados constituían ya la gran mayoría de la población; en Inglaterra, donde no había una clase agraria considerable, más aún que en Alemania. Aquí como allá los proletarios de las ciudades estaban poderosamente organizados a raíz de las luchas de clases de un siglo y, por el uso de instituciones democráticas penosamente conquistadas, estaban políticamente adiestrados y familiarizados con los problemas del estado, de las comunas y de la economía nacional e internacional.

Pero en primera línea estaba el proletariado alemán. Este había dejado detrás de sí a los ingleses quienes, hasta el último cuarto del siglo pasado, habían sido los campeones de los trabajadores de todos los países. Los sobrepasaron por la sólida unidad de sus organizaciones: los sindicatos ingleses estaban desmenuzados, en cambio los alemanes, coaligados en pocas y poderosas uniones. Los socialistas alemanes se unieron en un único partido de masa, mientras los ingleses llegaron a una serie de minúsculas organizaciones en lucha entre sí y, por fin, a un gran partido laborista, pero sin sólida cohesión, sin programa, sin táctica clara.

Particularmente quedaron los trabajadores ingleses en completa dependencia espiritual del radicalismo burgués, el cual les hacía concesiones no despreciables. Tal radicalismo no existía en Alemania; aquí la masa de los obreros políticamente instruídos —exceptuados los del centro— se sustrajo pronto a la dirección burguesa. Así adquirieron la dirección mediante una teoría socialista, el marxismo, que gozaba de alta consideración, hasta el punto de empezar a influenciar al mismo pensamiento burgués. La independencia espiritual de las masas obreras alemanas estaba especialmente demostrada por el enorme desarrollo de su prensa cotidiana, a la cual Inglaterra no podía oponer, ni aproximadamente, algo semejante. Sólo poco antes de la guerra apareció allá un diario obrero, el único, que no podía ni vivir ni morir.

El proletariado alemán era el más desarrollado del mundo. Llegaron la guerra y el derrumbe que nos arrojaron muy atrás, aunque trayéndonos la revolución y, por ende, aparentemente, la realización de nuestras más ardientes aspiraciones. Pero nosotros habíamos mirado siempre con algún temor la revolución como consecuencia de una guerra. En 1902 yo había escrito en mi libro, *La revolución social*: "Si hablo de la guerra como de un medio de la revolución, esto no quiere decir que deseo la guerra. Sus horrores

son tan espantosos que hoy sólo los fanáticos militaristas pueden tener la osadía de exigir la guerra a sangre fría. Mas aunque una revolucion no fuera, no un medio para alcanzar un fin, sino una meta final, lo que habría que lograr a cualquier precio, aun al más sangriento, no se podría desear una guerra como medio de desencadenar la revolución, porque ella es el medio más irracional para esa finalidad. Una invasión enemiga lleva consigo destrucciones tan horribles, impone al estado tributos tan monstruosos, que la revolución surgida de ella carga con tareas que no le son propias y que absorben transitoriamente todos sus recursos y energías. Además, una revolución salida de una guerra coincide con un fracaso de la clase revolucionaria 'si a raíz de la guerra es llamada prematuramente a la solución de problemas' para lo cual es todavía demasiado débil. La guerra misma puede aumentar esa debilidad por los sacrificios que lleva consigo, como también por la degradación moral e intelectual que insolitamente provoca. Enorme aumento, pues, de las tareas del régimen revolucionario y debilitamiento simultáneo de sus energías" (p. 58, tercera edición).

Ya en 1887 Engels había dado en su prefacio a *Los patriotas del asesinato*, de Borkheim,[3] una grandiosa descripción de la futura guerra mundial y de sus consecuencias. Entre otras cosas, había demostrado la barbarización general tanto de los ejércitos como de las masas populares provocada por la aguda miseria.

Hasta una guerra tan corta como la de 1870-1871, que llamó al frente sólo a una fracción muy poco importante de la población y que no trajo consigo una "miseria aguda", sino más bien una era de prosperidad, produjo un fuerte crecimiento de la criminalidad. ¡En cuántas mayores proporciones la guerra mundial que, por cuatro años, mantuvo a la mayor parte de la población masculina adulta en condiciones que llevaron al grado más alto la brutalidad, la inescrupulosidad hacia la miseria ajena, la avidez y la concupiscencia en todas las clases!

Lo mismo que el *lumpenproletariado*, el soldado es económicamente un parásito, acostumbrado a vivir a costa de la sociedad. La psicología del hampa ha penetrado nuevamente, a consecuencia de la guerra, en amplios círculos del proletariado laborioso. Surgido originariamente y en su mayor parte de ese proletariado miserable, el proletariado asalariado había salido de ese pantano en los últimos siglos con largas y tenaces luchas, para poder afrontar su gran tarea histórica. Ahora alguna de sus partes fueron arrojadas de nuevo en ese pantano, en cuanto concierne a su psicología. Criminalidad, corrupción, concupiscencia en medio de la miseria, brutalidad que llega hasta la bestialidad, explotación fácil y ligera del momento sin cuidado por las consecuencias ulteriores: esa total barbarización de las costumbres y de la

[3] Se refiere a la obra de Segismund Borkheim, *Zur Erinnerung für die deutsche Mordspatrioten 1806-1812*. En su prefacio Engels concluía afirmando lo siguiente: "Es absolutamente imposible predecir cómo habrá de concluir todo esto y quién emergerá victorioso de la lucha. Un solo resultado es absolutamente cierto: agotamiento general y advenimiento de las condiciones para la victoria final de la clase obrera." (E.)

Generated by CamScanner from intsig.com

inteligencia ha escogido a todas las capas de la población, a las superiores tal vez más que a las inferiores. Empero, el capitalismo sufre por esta situación menos que el socialismo, el cual resulta imposible sin un proletariado altamente puro. Antes de la guerra el proletariado alemán estaba bien capacitado para la realización del socialismo. Esta es mi convicción. Ni la espantosa degradación producida por la guerra ha podido quitarle del todo sus aptitudes socialistas, pero las ha debilitado transitoriamente. En cambio, en Inglaterra los efectos corruptores de la guerra se hicieron sentir menos entre el proletariado, como también su riqueza sufrió menos. Las penurias no llegaron a tal extremo y la clase trabajadora no se vio expuesta en tan alto grado a las consecuencias desmoralizadoras de la campaña bélica. Y esto, por un lado, porque al estallido de la guerra no había aún en Inglaterra conscripción obligatoria, la que requirió mucho tiempo antes de tomarse eficaz y, por otro lado, porque los ejércitos ingleses luchaban en su mayor parte en tierras amigas —Francia, Bélgica—; los alemanes, al contrario, en país enemigo. Aquí el soldado se conduce frente a la población civil de una manera completamente distinta que en tierra propia o amiga, excepción hecha cuando la guerra es civil. Además, la guerra no ha producido en Inglaterra tanta penuria y miseria como para desarticular el proceso productivo, pero bastante para agudizar al extremo los contrastes de clase. Ha tenido por consecuencia el que los obreros ingleses se libraran de la dirección burguesa y tendieran cada vez más conscientemente hacia el socialismo. Y los proletarios ingleses fueron agrupándose, cada vez más firmes y unidos, en su gran partido laborista, mientras que los obreros alemanes han perdido a menudo, en la guerra y por la guerra, su confianza en el viejo partido socialista y en sus conceptos, sin hallar otra base sólida. De ahí escisiones y vacilaciones inestables que a ninguna clase son tan ruinosas como al proletariado, que sólo puede accionar por el ímpetu de su masa compacta.

Así, será Inglaterra la que asumirá ahora la dirección en el camino que conduce al socialismo moderno.

Sin embargo, queda aún en pie lo que yo escribí en 1909. Todavía son hoy Inglaterra y Alemania los dos estados que poseen la máxima madurez para el socialismo. Sólo se ha modificado la relación entre ellos, estando ahora Inglaterra a la cabeza. Pero, al lado de Inglaterra, ningún otro estado está tan cerca del socialismo como Alemania. Es decir, del socialismo moderno, que significa la liberación del proletariado de cualquier tutela y servidumbre. Nosotros rechazamos siempre al socialismo de estado, que sustituye la servidumbre capitalista por la servidumbre del estado.

Que la autocracia, principalmente la militar, vaya nacionalizando, bajo ciertas condiciones, medios de producción o de transporte antes que alguna democracia, no es un fenómeno sorprendente. La Prusia militarista de Bismarck nacionalizó sus ferrocarriles, al contrario de la democrática

Inglaterra, de Fancia y de Estados Unidos. Sin embargo, nos hemos rehusado constantemente a ver en esa nacionalización un socialismo en el sentido del moderno proletariado. Y, por eso, tampoco podemos reconocer en la economía bolchevique de estado ningún socialismo en ese sentido. En su punto de partida anarcosindicalista —en la práctica, no en la teoría— se transformó por la coacción de las circunstancias, en un gigantesco sistema de socialismo de cuartel. El grado de desarrollo de Rusia no permite otro socialismo.

Nos quedamos con esta opinión: Inglaterra y Alemania son los estados en los cuales podemos llegar antes a un socialismo moderno, que satisfaga y emancipe al proletariado. Ellas poseen ya hoy los elementos necesarios. Es cierto que en Alemania quedaron, a raíz de la guerra, debilitados dos factores del socialismo: su riqueza capitalista y la sólida unidad y elevación moral del proletariado. Pero el tercer factor necesario, la conciencia de la fuerza del proletariado, ha crecido enormemente. Si llega a restablecer su antigua unidad, en adelante la marcha hacia la victoria del socialismo será irresistible en Alemania.

Las consideraciones que anteceden demuestran suficientemente que el punto de vista hoy adoptado está en acuerdo completo con el marxismo revolucionario de antes de la guerra, y que nada he rectificado ni nada tengo que rectificar. La revolución no ha destruido el punto de vista que yo tenía antes de la guerra, sino que más bien lo ha ratificado. Pero en un punto parece que hubiese cambiado, y debo, pues, tratarlo antes de concluir, tanto más cuanto que él se refiere al problema capital de la actual política práctica: el problema de la participación de los socialdemócratas en un gobierno de coalición. Mi pretendido cambio en este punto me fue a menudo enrostrado por la prensa independiente y comunista. El solo hecho de haber abandonado una opinión no demostraría, por supuesto, nada en contra de mí si yo la hubiera abandonado por buenas razones. Engels y Marx han reconocido insostenibles, en el curso de su vida, algunas de sus anteriores opiniones y han admitido esto abiertamente sin perder por ello nada de su consideración. Igualmente yo admitiría con tranquilidad el haber cambiado mi opinión acerca de las coaliciones, lo que no hubiera ocurrido seguramente sin motivos para mí plausibles.

Es claro, por otra parte, que uno sólo puede cargar con la responsabilidad de cambios que realmente han ocurrido. En cuanto se refiere a las coaliciones, no hay, sin embargo, ningún cambio de mi punto de vista fundamental, sino sólo un cambio en el carácter histórico de las coaliciones y de las situaciones en que ellas surgen. Por eso debía cambiar también mi juicio sobre las mismas, a menos que aquel juicio debiera significar un clisé animado que puede emplearse indiferentemente en todas las circunstancias.

En el presente trabajo rechazo repetidas veces y muy resueltamente cualquier política de coalición. De una manera más decidida digo, entre otras cosas:

Generated by CamScanner from intsig.com

"Un partido proletario en un gobierno de coalición burguesa se hará siempre cómplice de los actos de represión dirigidos contra la clase obrera; se atraerá así el desprecio del proletariado, mientras que la sujeción resultante de la desconfianza de sus colegas burgueses le impedirá en todos los casos ejercer una actividad fructuosa. Ningún régimen semejante puede aumentar las fuerzas del proletariado –a lo cual no se prestaría ningún partido burgués– y sólo puede comprometer al partido proletario, confundir y dividir a la clase obrera."

En época muy reciente he reconocido, por el contrario, que puede haber situaciones de fuerza que hagan indispensable la entrada de socialistas en un gobierno de coalición. Aquí habría una contradicción insalvable. En realidad yo había suministrado el puente verdadero hace dos decenios en mi resolución de París, por la cual declaraba "la entrada de un solo socialista en un ministro burgués" como un "experimento peligroso"; que no hay que buscar y que puede admitirse "únicamente en una situación de fuerza como expediente transitorio y excepcional".

Entonces (1900) como en 1909, en mi obra *El camino del poder*, y ahora en mi artículo en la *Arbeiterzeitung* sobre "Lucha de clases y coalición" (18 de junio de 1920), [4] rechacé y rechazo cualquier gobierno de coalición como medio normal y duradero para el ejercicio del poder político del proletariado. Sin embargo, ya en 1900 preveía situaciones de fuerza que podrían hacer necesaria la coalición como un mal menor.

[4] Kautsky se refiere a su artículo "Klassenkampf und Koalition", publicado en *Arbeiter-Zeitung* el 18 de junio de 1920. Kautsky decía en su artículo que cuando antes de la guerra pensaba en el ingreso de los socialistas en el gobierno, él concebía a la crisis del estado burgués como determinada por la conquista de la mayoría por parte de la socialdemocracia. Luego de la guerra se había provocado una situación nueva: la guerra, al menos en los países vencidos, había conducido a la crisis del estado sin que al mismo tiempo las fuerzas socialistas estuvieran en condiciones de ejercer el "dominio único". Se estaba colocado así ante tres posibilidades distintas: o intentar establecer la dictadura de los consejos con un poder de minoría; o bien adherir a un gobierno de coalición; o bien finalmente dejar todo en manos del adversario. Kautsky afirmaba que el camino de la coalición era por ese entonces el camino más realista: "En Europa occidental, una dictadura de los consejos no es ya posible; de modo tal que si un régimen socialista no obtiene una mayoría de electores socialistas detrás de sí, entonces se vuelve necesario, si no se quiere abdicar, adaptarse a una coalición." Es cierto que no se debe tender a una coalición a cualquier costo, sino a una coalición con elementos burgueses democráticos, antimilitaristas, favorables a las luchas contra el burocratismo y al potenciamiento de las autonomías locales y al autogobierno; a una coalición donde todos estén dispuestos a la socialización de algunos sectores productivos. Puesto que los socialistas, según Kautsky, constituyen la fuerza política individualmente más fuerte, pero sin una mayoría propia, una coalición aparece como justificada. La socialdemocracia debe, sin embargo, tener siempre presente que no se debe ir hacia una coalición desde una posición subalterna, puesto que en tal caso se comete un suicidio político. Y antes que esto es siempre preferible una enérgica oposición. (E.)

Ya con eso yo me distinguía de aquellos que rechazaban cualquier participación en un gobierno de coalición bajo todas las circunstancias. En 1900 declaraque el problema era "una cuestión de táctica y no de principio". Y este concepto fue compartido por mis amigos marxistas revolucionarios. Cuando en el congreso internacional de Amsterdam (1904) [5] fue librada la gran lucha entre los partidarios y los adversarios del ministerialismo socialista, a nadie se le ocurrió, ni siquiera a los más radicales

[5] El Congreso Socialista Internacional de Amsterdam se realizó en esta ciudad del 14 al 20 de agosto de 1904. La discusión central en dicho congreso giró en torno a los problemas tácticos y la lucha contra el revisionismo. Por 25 votos contra 5 y 12 abstenciones, el congreso adoptó una resolución sobre táctica basada en la que previamente se había aprobado en el congreso de Dresde (1903) de la socialdemocracia alemana. Dicha resolución decía lo siguiente:

"El Congreso rechaza, de la forma más enérgica, las tentativas revisionistas tendientes a cambiar nuestra táctica experimentada y victoriosa sobre la lucha de clases, tratando de remplazar la conquista del poder mediante una dura lucha contra la burguesía por una política de concesiones hacia el orden establecido.

"La consecuencia de una tal táctica revisionista sería hacer de un partido que persigue la transfonnación, lo más rápida posible, de la sociedad burguesa en sociedad socialista; de un partido, por consiguiente, revolucionario en el mejor sentido de la palabra, en un partido que se conformaría con reformar la sociedad burguesa.

"Es por lo que el congreso, convencido, contrariamente a las tendencias revisionistas existentes, de que los antagonismos de clase, lejos de disminuir, van acentuándose, declara:

"1o. Que el partido declina toda responsabilidad, cualquiera que sea, en las condiciones políticas y económicas basadas sobre la producción capitalista y, por consiguiente, no aprueba ninguno de los medios que tiendan a mantener en el poder a la clase dominante.

"2o. Que la democracia socialista no puede aceptar ninguna participación en el gobierno de la sociedad burguesa, y esto conforme a la proposición de Kautsky votada en el Congreso Internacional de París en 1900.

"El congreso rechaza además, toda tentativa hecha para ocultar los antagonismos de clase cada vez más crecientes, al efecto de facilitar una reconciliación con los partidos burgueses.

"El congreso espera que los representantes del partido en los parlamentos se servirán del crecimiento de su fuerza, tanto por su número, como por el aumento considerable de la masa de electores que les siguen, para perseverar en su propaganda sobre el propósito final del socialismo y de conformidad con nuestro programa, para defender de la forma más decidida los intereses de la clase obrera, la extensión y la consolidación de las libertades políticas; para reivindicar la igualdad de los derechos para todos; para seguir, con más energía que nunca, la lucha contra el militarismo, contra la política colonial e imperialista, contra toda especie de injusticia, de dominación y de explotación y, finalmente, obrar enérgicamente para perfeccionar la legislación social y hacer posible que la clase obrera cumpla con su misión política y civilizadora." Sobre la discusión general en torno al problema de la posibilidad de colaborar o no en los gobiernos de la burguesía, véase el análisis detenido hecho por Cole en su *Historia del pensamiento socialista* (México, F.C.E., 1959, tomo III, *La Segunda Internacional, 1889-1914*. pp. 57-69). La resolución del congreso la hemos transcrito de la versión incluida en Amaro del Rosal, *Los congresos obreros internacionales en el siglo XX*, México, Grijalbo, 1963, pp. 15-16. (E.)

Generated by CamScanner from intsig.com

marxistas allí presentes, la idea de declarar que los partidarios del ministerialismo habían dejado de ser socialistas y que, por consiguiente, debían ser expulsados de la Internacional. "Este concepto es completamente nuevo", y cada uno de nosotros lo habría rechazado resueltamente antes de la guerra.

El congreso de Amsterdam hizo suya la resolución de la conferencia nacional de Dresde (1903), en la cual se dice: "Que la socialdemocracia, en conformidad con la resolución Kautsky del congreso socialista internacional de París (1900), no puede 'aspirar' a una participación en el poder gubernativo en el régimen burgués." La palabra "aspirar" había sido elegida con reservas. En la traducción francesa había sido remplazada por "aceptar" *(accepter* en vez de *rechercher)*. Hice notar expresamente en Amsterdam que la delegación alemana debía oponerse a que se extremase el texto original de la traducción, por cuanto nosotros no podríamos condenar cualquier ingreso de un socialista en un ministerio burgués.

"Pero la resolución (de París) dice expresamente que una tal asunción del poder constituye 'un sacrificio' que hace la socialdemocracia, una fuente de incertidumbres y peligros a los que no puede tal vez sustraerse, pero a los cuales nunca hay que aspirar" (Actas del congreso de Amsterdam, p. 60).

Jaurès era el gran campeón de la idea de que la participación de un socialista en un gobierno burgués constituía el principio deseable de la conquista del poder político por el proletariado. Este concepto constituye acaso la característica más sobresaliente de la actividad política desplegada por Jaurès en nuestro partido. Jamás abandonó esta idea, aunque desde 1905 renunció a la política práctica bloquista bajo la presión de los acontecimientos.

Rappoport publicó en 1915 una biografía de Jaurès en la cual un capítulo entero trata sólo de la política bloquista. Jaurès es elevado hasta las nubes en aquella biografía; pero hoy Rappoport está en la extrema izquierda de la socialdemocracia francesa y declara socialtraidor no solamente a cualquiera que hace una política como la que pregonaba el Jaurès por él ensalzado, sino también a todos los que quieren tolerar a tales judas en el partido socialista.

La socialdemocracia francesa se ha retirado ahora de la Segunda Internacional porque le resulta imposible convivir con gente que se ha hecho culpable de una política bloquista y ha cesado por eso de ser socialista. Esto no le impide continuar celebrando el culto del más grande y más enérgico representante de la política bloquista, Jaurès. Con razón Renaudel sostiene en *L'Humanité* del 28 de julio que los socialistas franceses debieran ahora decidirse entre Lenin y Jaurès. Propugnar al mismo tiempo las ideas de uno y otro, es absurdo. El marxismo revolucionario se había mantenido antes de la guerra alejado de tales contradicciones. Nosotros hemos

combatido la política bloquista de Jaurès, pero nunca rechazamos la colaboración con él en la Internacional.

Exigíamos que no se debían buscar coaliciones. Cuando un socialista ingresaba en un ministerio burgués con el consentimiento de su partido, no nos levantábamos en seguida con la declaración de que ese partido había dejado de ser socialista, sino que examinábamos si la situación política obligaba a aquel paso. En realidad siempre he encontrado que, hasta la revolución, en ningún país estaba justificado el ingreso de un socialista a un ministerio burgués. Y tengo aún hoy la convicción de que tenía razón.

Examiné en *El camino del poder* si es posible evitar la revolución mediante un gobierno de coalición:

"Por otra parte, se considera posible que el proletariado llegue al poder sin revolución, es decir, sin desplazamiento sensible de fuerzas en el estado, simplemente por una colaboración hábil con los partidos burgueses más allegados, componiendo con ellos un gobierno de coalición que ninguno de los partidos integrantes podría formar solo."

Este aspecto del gobierno de coalición lo tenía ante todo presente cuando examinaba sus perspectivas. Llegué a la conclusión de que hasta la revolución cualquier gobierno burgués-socialista de coalición tiene que fracasar y que ninguno está en condición de hacer superflua la revolución proletaria.

Aún hoy considero justo este concepto. Los acontecimientos lo han corroborado.

Pero la revolución ha estallado ahora y el problema del gobierno de coalición tiene así una fase completamente nueva. Ya he recordado que dos de las premisas del socialismo fueron temporariamente perjudicadas a raíz de la guerra y de sus consecuencias: la riqueza capitalista y la elevación intelectual y moral como también la férrea unidad del proletariado y, por ende, su madurez política. La tercera de aquellas premisas fue, sin embargo, enormemente reforzada: la conciencia de la fuerza del proletariado.

En la Europa civilizada toda la población, de todas las clases y todos los territorios, participa en la forma más vivaz en la vida política, y ninguna autocracia es ya posible en estos países, mucho menos la de un partido o de la burocracia y sus jefes. En varias partes de esta Europa civilizada el gigantesco crecimiento del proletariado, al que actualmente asistimos, salió de un derrumbe de las viejas autoridades, que trajo consigo una notable extensión de los derechos democráticos. Sólo sobre la base de la democracia puede el proletariado llegar aquí al poder y no en la forma de un partido socialista que remplaza la vieja autocracia por una nueva, apoyada sobre un nuevo militarismo y una nueva burocracia.

En la mayor parte de aquellos países los partidos socialistas han conseguido en estas circunstancias, a raíz de la revolución, una posición dominante, pero en ningún lugar la mayoría de la población. Ninguno de ellos ha llegado tan lejos como para poder por sí solo y con su propia fuerza

Generated by CamScanner from intsig.com

constituir un gobierno duradero. Pero casi por doquier los socialistas son bastante fuertes para que ya no se pueda gobernar en contra de ellos en el terreno de la democracia.

Esta situación nos ha llevado en varios estados a gobiernos burgueses-socialistas de coalición. No obstante, son de naturaleza totalmente diferente de la que yo tenía presente en 1909 en *El camino del poder*. Entonces los ministerios de coalición provenían de la situación angustiosa de un partido burgués dominante que se veía amenazado por elementos reaccionarios y necesitaba el apoyo proletario para su salvación. Para este fin se acogía a un socialista en el gobierno. El ministro presidente pertenecía a un partido burgués y era él quien escogía sus ministros. Siempre era acogido un solo socialista que no recibía de sus manos ninguna posición de poder y quedaba sin influencia alguna sobre la política general del gobierno. Se le confería con la "apariencia" del poder "su corresponsabilidad", sin que tuviera ningún medio real de poder. Servía, no para mantener al gobierno dependiente del proletariado, sino viceversa, para asegurar al gobierno su adhesión. Era un instrumento del gobierno burgués en el proletariado, y no un instrumento del proletariado en el gobierno burgués.

De un modo completamente diverso pudieron formarse actualmente gobiernos burgueses-socialistas de coalición. Estos no proceden de la situación angustiosa de un partido burgués dominante y para mantenerse en el poder, sino del completo derrumbe de los dominadores, de la revolución, pues, que lleva al poder en primer lugar al proletariado, o más bien a un partido socialista, por cuanto dominan realmente en el estado, no clases, sino partidos como representantes de determinados intereses de clase. Si ese partido socialista no tiene tras de sí la mayoría del pueblo y si éste está políticamente demasiado desarrollado para someterse a la autocracia de una minoría, en este caso quedan a un gobierno puramente socialista tres posibilidades: la tentativa de afirmarse en contra de la mayoría de la población, "por una guerra civil", o la "coalición" con un partido burgués que prefiere, por un motivo u otro, la estabilización de la nueva base del estado a la guerra civil, o la abdicación sin lucha "ante la contrarrevolución".

Quien aquilate esta situación, tendrá que admitir que, cualesquiera puedan ser las objeciones a un gobierno de coalición, éste representa, bajo las posibilidades que están a nuestra disposición, el menor mal posible. Tanto más cuanto que un ministerio surgido de la revolución resulta constituido de manera totalmente distinta de los prerrevolucionarios.

La dirección en las coaliciones de la época revolucionaria pertenece a los socialistas. Estos están representados en el gobierno no por un solo miembro socialista, que ocupa un puesto secundario, sino por varios, a quienes tocan las posiciones más importantes del poder: la presidencia del ministerio, las relaciones exteriores, el interior, la guerra.

Es verdad que también un tal ministerio de coalición puede hacer una

política que no sea aún decididamente socialista. Queda un mísero resorte, lleno de fuertes contradicciones internas, que son salvadas provisionalmente sólo con gran trabajo por medio de compromisos. De un gobierno semejante no se pueden esperar grandes hechos ni tiene probabilidad de larga duración. Más para él ya no vale lo que yo escribí en 1909 acerca de los gobiernos de coalición entonces posibles:

"Un partido proletario en un gobierno de coalición burguesa se hará siempre cómplice de los actos de represión dirigidos contra la clase obrera; se atraerá así el desprecio del proletariado..."

Eso era cierto entonces, pero hoy ya no. Los partidos socialistas en los gobiernos de coalición son ahora bastante fuertes para impedir tales acciones, y esta función constituye propiamente una de sus tareas más importantes en tales gobiernos y su mejor justificación.

Tampoco hoy un gobierno de coalición podrá raramente hacer mucho de positivo para el proletariado, pero dará ya mucho si logra impedir que el proletariado pierda las conquistas que le trajo la revolución, y si le asegura la explotación de estas conquistas para que así pueda seguir trabajando con éxito en su robustecimiento y en ulterior ascensión para la conquista de la mayoría de la población y, por ende, de todo el poder político.

Si el gobierno de coalición puede dar esto, hay en este hecho más que su justificación. En este caso, tal gobierno puede volverse una necesidad urgente, y pecará gravemente para el proletariado quien impida semejante gobierno de coalición para entregar el país a la guerra civil o a la contrarrevolución.

Ningún gobierno coalicionista es durable. Sin embargo, mientras nos encontramos todavía en el período revolucionario y sus conquistas no están aún aseguradas, mientras la entrega del gobierno a los partidos burgueses puede desencadenar el peligro de una contrarrevolución y la caída de la república democrática, la socialdemocracia no puede rechazar incondicionalmente la idea de la participación en un gobierno burgués de coalición.

Si se advierte en esta opinión un cambio de frente de mi parte, recuérdese que ya en 1900 yo consideraba el problema del gobierno de coalición no como de fondo, sino como de táctica, que había de resolver distintamente según las diversas circunstancias. Pero hemos también visto que los actuales gobiernos de coalición son completamente diferentes de aquellos que eran posibles en 1909.

Acaso el único reproche que se podría levantar en mi contra fuera el de no haber previsto ya en 1909 este cambio de carácter de los gobiernos de coalición. Pero a menudo he mostrado que lo único que se puede conocer con alguna seguridad acerca del porvenir, en el estado actual de la ciencia, son las "direcciones" de la evolución. En cuanto se refiere a las formas que aquellas asuman, hoy no es aún posible igual certeza. Yo estoy satisfe-

Generated by CamScanner from intsig.com

cho de que en *El camino del poder* haya logrado prever exactamente la dirección de la evolución desde 1909 hasta hoy.

Pero cualquiera que pueda ser la opinión acerca del asunto estrictamente personal, es decir, respecto de si yo demostré en 1909 bastante previsión, para el caso es mucho más importante y decisivo saber si los argumentos que en 1909 hablaban en contra de la política de coalición y que yo aún hoy reconozco como valederos para aquella época, pueden todavía, en las actuales circunstancias, afirmar su valor para la nueva política de coalición. Y contesto con un claro "no".

Con esto no se quiere, naturalmente, decir que ya está justificada o que sea una bendición cualquier política coalicionista. La política mejor estructurada puede ser arruinada en la ejecución. Los contrastes de clases, que antes de la revolución hacían de las coaliciones burguesas-socialistas un experimento tan peligroso, no han perdido nada de su carácter agudo. La situación ha variado en cuanto que gracias a la fuerza y a la conciencia de la clase trabajadora, la política de coalición ya no debe, como antes, llegar "siempre" al punto de que un partido proletario se haga "cómplice de los actos de represión dirigidos contra la clase obrera". Pero ella puede aún siempre conducir a eso, y, si lo hace, merece realmente nuestra firme condenación.

La diferencia entre entonces y hoy estriba en que antes de la revolución aquella complicidad en la política burguesa de represión estaba en la naturaleza de las cosas, de modo que ni la mayor firmeza de carácter, ni el conocimiento de las causas y la inteligencia de los ministros socialistas podían cambiar en nada el curso de los acontecimientos. Hoy, al contrario, esta complicidad, allí donde ocurra, hay que imputarla ordinariamente a insuficiencia personal de los ministros socialistas. Socialistas que se dejan atemorizar, burlar y engañar por sus colegas burgueses o por viejos generales y consejeros íntimos, no son ciertamente idóneos para un gobierno de coalición; pero no por eso se debe condenar a fuego y *a priori* cualquier política coalicionista como abandono de todos los principios fundamentales socialistas, por cuanto ella presupone en los socialistas entereza de carácter, inteligencia y conocimientos.

Si yo defiendo aquí la opinión de que en la actual etapa de la revolución es de cuando en cuando inevitable una política de coalición socialista-burguesa, no se debe por eso defender absolutamente la política de la especie que hemos tenido en Alemania. Ella estaba construida *a priori* sobre una base insostenible porque significaba la coalición de un partido socialista con partidos burgueses en oposición a otro partido socialista.

La ruptura en la socialdemocracia hace imposible cualquier política razonable de coalición. Y no sólo ésta. Esa ruptura condena cualquier forma de política socialista *a priori* a la esterilidad y al fracaso. Hasta si fuera posible, en la situación alemana, la solución diametralmente opuesta a la política coalicionista, la dictadura de los consejos, ésta fracasaría porque en

los consejos obreros los dos grandes partidos socialistas se equilibrarían recíprocamente.

Mientras dure la escisión del partido no hay que esperar en Alemania ninguna política socialista provechosa. Si, al contrario, la escisión es superada, cualquiera sea la táctica que el partido unificado siga, aunque sea limitadamente inteligente, llevará al proletariado alemán, en cualquier caso, más lejos que la actual situación.

Si el partido socialdemócrata está unido, su fuerza de atracción y proselitismo aumenta tan enormemente que bien se puede esperar que reúna en torno a sí, en las nuevas elecciones, a la mayoría de los votantes, haciendo, por ende, posible un gobierno puramente socialista.

Si esto no ocurriera y el partido unificado tuviera que dejar el campo a los partidos burgueses, como también lo hacen ahora los dos partidos socialistas, aquél dispondría de tal fuerza moral y política que se atenuarían cuanto antes los grandes peligros que tal condición trae consigo.

Un partido socialista unificado podría también proceder a la formación de una coalición con un partido burgués, sin temor de hacer así el juego a los enemigos del proletariado. Podría aplicar tal fuerza, ejercer tal predominio y encontrar en sus propias filas tantos y tan rigurosos órganos de control, que la coalición nunca podría servir para la represión del proletariado, sino para proteger y elevar al mismo, como también para consolidar la república democrática y convertirla en un órgano que sirva pronto, con todo su poder, para la ascensión socialista, apenas la mayoría de la población esté ganada para esta causa.

Mientras está dividido, el proletariado alemán queda reducido a la impotencia y al fracaso de todos los esfuerzos, tanto de su ala izquierda como de la derecha. Supere, la escisión, y nungún poder podrá en Alemania resistirle.

"La unión de los dos grandes partidos socialistas": este es hoy para el proletariado alemán el verdadero "camino hacia el poder"

Berlín, 1920

Generated by CamScanner from intsig.com

1. LA CONQUISTA DEL PODER POLITICO

Amigos y enemigos de la socialdemocracia concuerdan en reconocer que es un partido revolucionario. Pero, desgraciadamente, el concepto de revolución admite numerosas interpretaciones, lo que hace que las opiniones sobre el carácter revolucionario de nuestro partido estén muy divididas. Un número bastante grande de nuestros adversarios no quiere entender por revolución otra cosa que anarquía, efusión de sangre, pillaje, incendio, asesinato; y, por otra parte, hay camaradas para quienes la revolución social hacia la cual marchamos no parece ser más que una transformación lenta, apenas sensible aunque profunda, de las condiciones sociales, una transformación parecida a la que la máquina de vapor ha producido.

Lo cierto es que el partido socialista, puesto que lucha por los intereses de clase del proletariado, es un partido revolucionario. Es imposible, en efecto, en la sociedad capitalista, asegurar al proletariado una existencia satisfactoria, pues su emancipación exige la transformación de la propiedad privada de los medios de producción y de dominación capitalista en propiedad social, así como el remplazo de la producción privada por la producción social. El proletariado sólo puede encontrar satisfacción en un orden social completamente diferente del de hoy.

Pero el partido socialista es también revolucionario en otra acepción, pues reconoce que el estado es un instrumento, aún el instrumento más formidable de la dominación de clase, y que la revolución social hacia la cual tienden los esfuerzos del proletariado no podrá cumplirse hasta que éste haya conquistado el poder político.

Esta concepción, establecida por Marx y Engels en el *Manifiesto del Partido Comunista*, es la que distingue a los socialistas modernos de los llamados utópicos, por ejemplo, de los partidarios de Owen y de Fourier en la primera mitad del siglo XIX, así como de los de Proudhon, que a veces concedían poca importancia a la lucha política y a veces hasta la rechazaban y creían poder realizar la transformación económica en interés del proletariado con medidas puramente económicas, sin modificación del poder político y sin su intervención.

En cuanto han mostrado la necesidad de la conquista de los poderes públicos, Marx y Engels se aproximan a Blanqui, pero este último creía en la posibilidad de apoderarse del poder por el camino de la conjuración, por el motín organizado por una pequeña minoría, para ponerlo enseguida al servicio de los intereses del proletariado. Marx y Engels, por lo contrario, reconocieron que una revolución no se hace a voluntad, sino que se produce necesariamente en condiciones determinadas y que ella es imposible

mientras esas condiciones, que se elaboran poco a poco, no se encuentran reunidas. Sólo allí donde el sistema de producción capitalista ha alcanzado un alto grado de desenvolvimiento, las condiciones económicas permiten la transformación por el poder público de la propiedad capitalista de los medios de producción en propiedad social; pero, por otra parte, el proletariado no está en condiciones de conquistar el poder político y de conservarlo más que allí donde ha llegado a ser una masa poderosa, indispensable en la economía del país, en gran parte sólidamente organizada, consciente de su posición de clase e instruida sobre la naturaleza del estado y de la sociedad.

Ahora bien, esas condiciones se han realizado más de día en día a consecuencia del desarrollo del sistema de producción capitalista y de las luchas de clases que de él resultan entre el capital y el trabajo; tan inevitable, tan irresistible como el desarrollo incesante del capitalismo, lo es también la reacción final contra ese desarrollo, es decir la revolución proletaria. Es irresistible porque es inevitable que el proletariado engrandecido se ponga en guardia contra la explotación capitalista, se organice en sus sindicatos, cooperativas y grupos políticos, que procure conquistar mejores condiciones de trabajo y de existencia y una influencia política más considerable. En todas partes el proletariado, socialista o no, ejerce esas diferentes formas de actividad. Al partido socialista le corresponde combinar todos esos modos diversos de acción, por los cuales el proletariado resiste la explotación capitalista con una acción sistemática, consciente del propósito por alcanzar y culminando en las grandes luchas finales para la conquista del poder político.

Tal es la concepción expuesta en principio en el *Manifiesto del Partido Comunista* y reconocida hoy por los socialistas de todos los países. Sobre ella reposa el socialismo internacional de nuestra época. Sin embargo, no ha podido celebrar su triunfo sin encontrar la duda y la crítica en las propias filas del partido socialista.

Ciertamente, la evolución real se ha cumplido en la dirección que Marx y Engels habían previsto. Después de los progresos del capitalismo y por consecuencia de la lucha de clase proletaria, es sobre todo la comprensión profunda de las condiciones y del objeto de esta lucha, debida a las investigaciones de Marx y Engels, lo que asegura la marcha victoriosa del socialismo internacional.

En un punto solamente se equivocaron: vieron la revolución en un porvenir demasiado próximo.

Se lee, por ejemplo, en el *Manifiesto del Partido Comunista* (fin de 1847):

"Los comunistas fijan su principal atención en Alemania, porque Alemania se halla en vísperas de una revolución burguesa y porque llevará a cabo esta revolución bajo las condiciones más progresivas de la civilización europea en general, y con un proletariado mucho más desarrollado que el

Generated by CamScanner from intsig.com

de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el siglo XVIII, y, por lo tanto, la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el preludio inmediato de una revolución proletaria."[6]

Con razón los autores del *Manifiesto* esperaban una revolución en Alemania, pero se equivocaron al creer que sería inmediatamente seguida de una revolución proletaria. En una época más reciente, en 1885, encontramos otra predicción de Engels en la introducción que escribió para la segunda edición del folleto de Marx sobre el proceso de los comunistas de Colonia. Se lee allí que la próxima conmoción europea "va a acaecer pronto, pues el plazo de las revoluciones europeas —1815, 1830, 1848, 1852, 1870— dura en nuestro siglo de 15 a 20 años".

Esta esperanza tampoco se realizó, y la revolución con la cual se contaba entonces todavía se hace esperar hoy.

¿De dónde proviene eso? ¿Acaso el método marxista, en el cual se fundaba esa esperanza, es falso? De ningún modo. Pero en el cálculo un factor no era exacto. Hace diez años escribí a este respecto: "En ambos casos, se ha contado demasiado con la fuerza revolucionaria, con la oposición de la burguesía."

En 1847 Marx y Engels habían supuesto en Alemania una revolución de un alcance formidable, parecida a la gran catástrofe que comenzó en Francia en 1789. En lugar de eso no se vio más que un levantamiento mezquino,que hizo acurrucar enseguida casi a toda la burguesía asustada bajo las alas de los gobiernos, de suerte que éstos se encontraron fortalecidos, mientras que todas las probabilidades de un desarrollo rápido estaban perdidas para el proletariado. La burguesía abandonó enseguida a los diferentes gobiernos el cuidado de continuar para ella la revolución mientras le fuese necesaria, y Bismarck especialmente fue el gran revolucionario que, en parte al menos, unificó Alemania, volteó de sus tronos a príncipes alemanes, favoreció la unidad italiana y el destronamiento del Papa, derribó el imperio en Francia y abrió el camino a la república.

Así se cumplió la revolución burguesa alemana que Marx y Engels habían profetizado, en 1847, como de próxima llegada y que no se terminó hasta 1870.

Sin embargo, Engels esperaba todavía en 1885 una "conmoción política" y suponía que "la pequeña burguesía democrática era aún en nuestros días el partido" que, en tal circunstancia, "debía necesariamente ser el primero que llegase al poder en Alemania".

También esta vez Engels había observado con justeza al profetizar la aproximación de una "conmoción política"; pero se engañó de nuevo en sus cálculos al fundar alguna esperanza en la pequeña burguesía democrática. Esta falló completamente cuando se produjo el trastorno súbito

[6] Cfr. Marx y Engels, *Obras escogidas* (en tres tomos), Moscú, Editorial Progreso, 1973, t. I, p. 140. (E.)

del régimen de Bismarck. La caída del canciller quedó reducida a las proporciones de una cuestión dinástica, sin la menor consecuencia revolucionaria.

Se ve cada vez más claramente que una revolución no es en adelante posible sino como revolución proletaria, y que ésta misma es imposible mientras el proletariado organizado no sea una fuerza bastante considerable y compacta para poder arrastrar con ella, en circunstancias favorables, a la mayor parte de la nación. Luego, si el proletariado es en adelante la única clase revolucionaria de la nación, se deduce, por otra parte, que cada trastorno del régimen actual, sea de naturaleza moral, financiera o militar, implica la bancarrota de todos los partidos burgueses, puesto que asumen la responsabilidad, y que únicamente un régimen proletario es capaz en semejante caso de remplazar al actual.

No obstante, todos nuestros camaradas no llegan a esta conclusión. Si la revolución, tantas veces esperada, no ha sobrevenido todavía, de ningún modo deducen de ello que, a consecuencia de la evolución económica, la revolución futura estará sujeta a otras condiciones y revestirá formas distintas de las que se habían inferido de la experiencia de las revoluciones burguesas; establecen más bien que en las condiciones nuevas en las cuales nos encontramos no hay ningún motivo para esperar una revolución, que no sólo es innecesaria, sino que hasta sería perjudicial. Suponen, por una parte, que basta proseguir la edificación de las instituciones ya conquistadas —legislación obrera, sindicatos, cooperativas— para desalojar sucesivamente a la clase capitalista de todas sus posiciones y expropiarla insensiblemente, sin revolución política, sin transformación esencial del estado. Esta teoría de una evolución pacífica y gradual hacia la sociedad futura es una modernización de las viejas concepciones antipolíticas del utopismo y del proudhonismo. Por otra parte, se considera posible que el proletariado llegue al poder sin revolución, es decir sin desplazamiento sensible de fuerzas en el estado, simplemente por una colaboración hábil con los partidos burgueses más allegados, componiendo con ellos un gobierno de coalición que ninguno de los partidos integrantes podría formar solo.

De este modo se evitaría, bordeando, por así decirlo, la revolución, procedimiento anticuado y bárbaro que ya no es corriente en nuestro siglo ilustrado de la democracia, de la ética y de la filantropía.

Si estas concepciones se impusieran, derribarían completamente la táctica socialista tal como Marx y Engels la han establecido. Son, en efecto, inconciliables con esta táctica. Naturalmente, esto no es una razón para suponerlas falsas de inmediato; pero es comprensible que cualquiera que, después de un examen profundo, las haya encontrado falsas, las combata ardientemente, pues no se trata en este caso de opiniones sin consecuencias, sino de la salvación o de la pérdida del proletariado militante.

Ahora bien, en la discusión de estos puntos litigiosos es fácil equivocar-

Generated by CamScanner from intsig.com

se si no se tiene el cuidado de delimitar claramente el objeto de la controversia. Por eso, como lo hemos hecho antes con frecuencia, insistimos otra vez sobre el hecho de que no se trata de saber si las leyes de protección obrera y otras medidas tomadas en interés del proletariado, si los sindicatos y las cooperativas son o no necesarios y útiles. Sobre este punto somos todos del mismo parecer. Sólo negamos una cosa: que las clases explotadoras que disponen del poder político puedan permitir que esos elementos adquieran un desenvolvimiento equivalente a una liberación del yugo capitalista sin oponer antes con todas sus fuerzas una resistencia que no será quebrada más que por una batalla decisiva.

Tampoco se trata de saber si debemos utilizar en beneficio del proletariado los conflictos que se suscitan entre los partidos burgueses. No sin razón Marx y Engels han combatido siempre la expresión "masa reaccionaria"; ella enmascara demasiado los antagonismos existentes entre las diferentes fracciones de las clases poseedoras, antagonismos que fueron a veces de gran importancia para los progresos del proletariado. Con frecuencia el proletariado debe a tales antagonismos las leyes de protección obrera, así como la extensión de los derechos políticos.

Lo que negamos es solamente la posibilidad para un partido proletario de formar, en tiempo normal, con los partidos burgueses un gobierno o un partido de gobierno sin caer por esto en contradicciones insuperables que lo harán necesariamente fracasar. En todas partes el poder político es un órgano de dominación de clase; el antagonismo entre el proletariado y las clases poseedoras es tan formidable que jamás el proletariado podrá ejercer el poder conjuntamente con una de esas clases. La clase poseedora exigirá siempre y necesariamente en su propio interés que el poder político continúe reprimiendo al proletariado. El proletariado, por el contrario, exigirá siempre de un gobierno donde su propio partido está representado, que los órganos del estado lo asistan en sus luchas contra el capital. Esto es lo que debe llevar al fracaso a todo gobierno de coalición entre el partido proletario y los partidos burgueses. Un partido proletario en un gobierno de coalición burguesa, se hará siempre cómplice de los actos de represión dirigidos contra la clase obrera; se atraerá así el desprecio del proletariado, mientras que la sujeción resultante de la desconfianza de sus colegas burgueses le impedirá en todos los casos ejercer una actividad fructuosa. Ningún régimen semejante puede aumentar las fuerzas del proletariado —a lo cual no se prestaría ningún partido burgués— y sólo puede comprometer al partido proletario, confundir y dividir a la clase obrera.

Ahora bien, vemos que el factor que desde 1848 ha postergado siempre la revolución, es decir la decadencia política de la democracia burguesa, excluye ahora más que nunca una colaboración provechosa con ella con el propósito de obtener y de ejercer en común el poder político. Por convencidos que hayan estado Marx y Engels de la necesidad de utilizar en beneficio del proletariado los conflictos entre partidos burgueses y hayan

puesto algún ardor en combatir el término "masa reaccionaria", no es menos cierto que han creado la expresión "dictadura del proletariado", por la cual Engels luchaba todavía en 1891, poco tiempo antes de su muerte, expresión de la hegemonía política exclusiva del proletariado como la única forma bajo la cual éste puede ejercer el poder.

Pues, si de una parte un bloque proletario-burgués no puede ser un medio de aumentar las fuerzas de la clase obrera, si, de otra parte, el progreso de las reformas sociales y de las organizaciones económicas del proletariado permanece siempre limitado mientras nada haya cambiado las fuerzas respectivas de las clases existentes, tampoco hay razón alguna para concluir, por el hecho de que la revolución política no ha llegado todavía, que sólo hubo semejantes revoluciones en el pasado y que no las habrá en el porvenir.

Otros dudan de la revolución, sin expresarse, sin embargo, de una manera tan perentoria. Admiten la posibilidad de la revolución, pero si debe llegar, sólo puede ser, creen, en un porvenir muy lejano. De escucharles, por lo menos por el espacio de una generación la revolución sería completamente imposible, y no podría ser tomada en consideración para nuestra política práctica. Por algunas décenas de años deberíamos acomodarnos a la táctica de la evolución pacífica y del bloque proletario burgués.

En este momento, sin embargo, nos encontramos justamente ante ciertos hechos que deben inducirnos más que nunca a proclamar que esa opinión es falsa.

Generated by CamScanner from intsig.com

2. LA PROFECIA DE LA REVOLUCION

Para desacreditar su esperanza de una revolución próxima se objeta frecuentemente a los marxistas que gustan de profetizar, pero que se muestran malos profetas. Ya hemos visto por cuáles razones la revolución proletaria que esperaban Marx y Engels no se ha realizado todavía. Pero, prescindiendo de estas decepciones, lo verdaderamente sorprendente no está en que todas sus esperanzas no se hayan realizado, sino en que gran número de sus predicciones se hayan cumplido.

Ya hemos visto, por ejemplo, que el *Manifiesto del Partido Comunista* presagiaba en noviembre de 1847 la revolución que estalló en 1848; pues en la misma época Proudhon demostraba que la era de las revoluciones había pasado para siempre.

Marx fue el primer socialista que insistió sobre la función importante de los sindicatos en la lucha de clases del proletariado y lo hizo desde 1846 en su obra polémica contra Proudhon, *Miseria de la filosofía*. Mientras trabajaba en *El capital* en 1860 y en los años siguientes, preveía las sociedades por acciones y los cártels modernos. Durante la guerra de 1870-71 presagió que la preponderancia en el movimiento socialista pasaría en adelante de Francia a Alemania. En enero de 1873 predijo la crisis que comenzó pocos meses después. Lo mismo puede decirse respecto de Engels. Hasta cuando se equivocaba su error encerraba alguna idea justa y profunda. Recuérdese lo que hemos dicho de esa conmoción política que Engels esperaba en 1885 para los años siguientes. Es justamente oportuno terminar aquí con una leyenda que amenaza establecerse. En su libro *Arbeiter-Frage* (La cuestión obrera),cuya quinta edición acaba de aparecer, el profesor berlinés H. Herkner, escribe a propósito del congreso socialista de Hannover (1899):

"Kautsky en el calor del discurso combatió aún más rudamente que Bernstein la esperanza de una revolución social, calificándola de idiotez. Engels, dijo, sólo habló de la posibilidad de la caída del sistema político prusiano en 1898, pero de ningún modo pensó en profetizar la revolución social para esta fecha, pues en este caso hubiera sido un idiota indigno de la confianza de los obreros. Sea de ello lo que fuere, las palabras de Bebel en el congreso de Erfurt de 1891, caían irremisiblemente dentro del calificativo de Kautsky. El cambio de táctica que en realidad se había operado apareció con claridad meridiana a los ojos de los más ortodoxos." (p.379.)

Desgraciadamente, la claridad del señor profesor Herkner deja mucho que desear. De ningún modo he calificado de idiota "la esperanza de una catástrofe próxima (!) que colmaría todos los deseos", por la buena razón

de que no se trataba absolutamente de una catástrofe de este género; si no, hubiera tenido el derecho de tratar de idiota semejante concepción. Escogí el término "idiota" para designar la opinión según la cual Engels habría anunciado la revolución para una fecha determinada, para el año 1898. Sin duda que esta manera de profetizar me parecía idiota; pero Engels no ha sido jamás culpable de ello y Bebel tampoco. En el congreso de Erfurt de 1891 tampoco éste predijo la revolución para una fecha fija. En este mismo congreso, en el cual se ridiculizaron algo sus "profecías", Bebel dijo:

"Que se rían o se burlen de las profecías, los hombres que reflexionan no pueden pasar sin ellas. Vollmar no conocía todavía, hace algunos años, esta frialdad razonable y pesimista que observa hoy. Engels, a quien él ataca ahora, predijo muy justamente en 1844 la revolución de 1848. Y lo que durante la Comuna expusieron Marx y Engels en el manifiesto bien conocido del consejo general de la Internacional, respecto de la situación futura de Europa, ¿no se ha cumplido punto por punto? (*¡Perfectamente!*). Liebknecht, que también se ha burlado un poco de mí, ha profetizado mucho (*risas*). Como yo, predijo en el Reichstag, en 1870, lo que se ha realizado completamente. Leed sus discursos y los míos de los años 1870-71 y hallaréis la confirmación. Pero he aquí que Vollmar grita: ¡Basta de relatar! ¡Dejad en paz a las profecías! Y, sin embargo, él mismo profetiza. La diferencia entre él y yo estriba en que él está dotado del más maravilloso optimismo respecto de nuestros adversarios, pero del más pavoroso pesimismo en lo que concierne a las aspiraciones, los principios y el porvenir del partido." (*Protokoll*, p. 283).

Una de las más importantes profecías de Bebel, después realizada, fue la que hizo en 1873, cuando predijo que el centro católico en lugar de los 60 mandatos que poseía en el Reichstag, ganaría pronto 100 y que el Kulturkampf de Bismarck terminaría de una manera piadosa y apresuraría la caída de su autor.

No hace mucho se me ha hecho el honor de incluirme entre esos "profetas". No podría ciertamente encontrarme en mejor sociedad. Se me ha reprochado el haber escrito sobre la revolución rusa en mi serie de artículos de la *Neue Zeit* titulados "Allerhand Revolutionäres" (Cuestiones revolucionarias)[7] y en el prefacio de la *Etica*, cosas que han sido completamente desmentidas por los acontecimientos.

¿Es esto cierto? He aquí lo que escribí en el prefacio de la *Etica*:

"Nosotros, en cambio, marchamos hacia un período que en verdad no se sabe por cuánto tiempo impedirá que cada socialdemócrata trabaje tranquilo; nuestra actividad empieza a ser una continua batalla. (...) Ahora precisamente, los esbirros del zarismo se han puesto a trabajar con

[7] La serie de artículos "Allerhand Revolutionäres" fue publicada en *Die Neue Zeit* (año XXI, 1903-1904, vol. I). (E.)

Generated by CamScanner from intsig.com

prontitud a fin de emular a los Alba y los Tilly de las guerras de religión de los siglos XVI y XVII, por supuesto que no en empresas militares sino en asesinatos brutales. En Europa occidental, los defensores de la civilización y el orden y de todos los demás bienes sacrosantos de la humanidad saludan con entusiasmo tales violencias, vislumbrando el restablecimiento de un situación legal. Pero como a pesar de éxitos temporarios, los Habsburgos no lograron convertir al catolicismo a Alemania del norte ni a Holanda, tampoco los cosacos de los Romanov lograrán restaurar el régimen del absolutismo, que aún tiene fuerza para devastar el propio país, pero ya no la de gobernarlo.

En cualquier caso, la revolución rusa todavía está muy lejos de haber terminado: no puede terminar hasta que los campesinos rusos sean satisfechos. Cuanto más dura, más se mantiene la excitación de las masas populares en Europa occidental, más aumentará el peligro de catástrofes financieras y más verosímil resulta que en Europa también se inicia una era de agudísimas luchas de clases."[8]

He aquí lo que escribí en enero de 1906; ¿por qué debería avergonzarme de ello? ¿Se imagina que la revolución rusa haya terminado, que la situación del país sea normal? Desde que escribí esas líneas, ¿no ha entrado el mundo realmente en un período de extremos trastornos?

Veamos ahora mi "profecía fallida" del artículo "Allerhand Revolutionäres". Tenía entonces una polémica con Lusnia, quien declaraba imposible que una guerra por causa de Corea pudiera provocar una revolución en Rusia; creía que yo concedía demasiada importancia a los obreros rusos cuando los consideraba como un factor político mucho más real que los obreros ingleses. A esto respondí, en los primeros días de febrero de 1904, al comienzo de la guerra ruso-japonesa:

"Sin duda alguna, el desenvolvimiento económico de Rusia está mucho más atrasado que el de Alemania o el de Inglaterra y su proletariado es mucho más débil y menos experimentado que el proletariado alemán o inglés. Pero todo es relativo y la fuerza revolucionaria de una clase también lo es."

Después de haber mostrado por qué el proletariado ruso poseía entonces una fuerza revolucionaria extraordinaria proseguía en estos términos:

"La lucha se terminará tanto más rápidamente por la derrota del absolutismo cuanto más energía ponga la Europa occidental en negarle toda asistencia. Proceder en el sentido de desacreditar lo más posible al zarismo, tal es en este instante una de las tareas más importantes del socialismo internacional (...). Sin embargo, a pesar de todas las amistades valiosas que posee en la Europa occidental, el malestar del autócrata de todas las

[8] Kautsky se refiere a su libro *Ethik und materialistische Geschichtsauffassung*. (En esp.: *Etica y concepción materialista de la historia*. Cuadernos del pasado y Presente, núm. 58, Córdoba (Arg.), 1975, pp. 4-5.) (E.)

Rusias aumenta a ojos vistas. La guerra con el Japón puede apresurar de un modo prodigioso la victoria de la revolución rusa... Veremos repetirse lo que pasó después de la guerra ruso-turca, un impulso formidable del movimiento revolucionario, pero esta vez con una intensidad más grande."

Después de haber fundamentado esta aserción, continuaba en estos términos: "Una revolución no podría establecer inmediatamente en Rusia un régimen socialista, pues las condiciones económicas están allí demasiado atrasadas. No podría fundar, desde luego, otra cosa que un régimen democrático; pero éste estaría sometido al impulso de un proletariado enérgico e impetuoso que arrancaría por su propia cuenta concesiones importantes. Una constitución semejante no dejaría de obrar poderosamente sobre los países vecinos; desde luego estimularía y atizaría en ellos el movimiento obrero, el cual recibiría así un impulso vigoroso que le permitiría entregarse al asalto de las instituciones políticas que se oponen al advenimiento de una verdadera democracia —tal es, ante todo, en Prusia el sufragio de las tres clases—. Luego desencadenaría las múltiples cuestiones nacionales de la Europa oriental."

He ahí lo que escribía en febrero de 1904. En octubre de 1905 la revolución rusa era un hecho cumplido, el proletariado combatía en primera fila y la repercusión sobre los países vecinos no se hizo esperar. En Austria, la lucha por el sufragio universal recibió desde entonces un impulso irresistible y terminó en seguida con una victoria; Hungría se encontraba a dos pasos de una verdadera insurrección y la socialdemocracia alemana se declaraba por la huelga general; ésta se lanzaba con ardor, en Prusia especialmente, a la lucha por el sufragio universal, lucha que, desde el mes de enero de 1908, daba lugar a tales manifestaciones en las calles de Berlín como no se habían visto desde 1848. El año de 1907 había visto las sorprendentes elecciones llamadas de los "Hotentotes"[9] y la caída completa de la democracia burguesa alemana. Si yo esperaba, además, un desen-

[9] Después de un notable ascenso electoral en 1903, el Partido Socialdemócrata Alemán, influenciado por la revolución rusa de 1905, condujo una enérgica campaña contra el militarismo y la guerra, cuyo peligro se había agudizado desde la primera crisis marroquí, y contra la represión de las sublevaciones de los indígenas hereros en las colonias africanas. Por otra parte, planteó la necesidad de usar la huelga política de masas contra la reacción. El resultado fue que en las elecciones de 1907 la socialdemocracia sufrió la primera gran derrota electoral, favorecida por las hábiles maniobras del canciller von Bülow, quien movilizó a la opinión pública burguesa y medio pequeñaburguesa contra el "enemigo interno". En adelante se llamó a estas elecciones "de los hotentotes" como una clara referencia al triunfo de los sectores imperialistas alemanes.

Las consecuencias de la derrota de 1907 fueron sumamente graves para el futuro de la socialdemocracia. El viraje moderado de la mayoría del partido, encabezada por Bebel y Noske fue apoyada resueltamente por los sindicatos y el bloque ortodoxo se disgregó conformándose la corriente "centrista", encabezada por Kautsky, y la corriente de "Izquierda", cuya figura sobresaliente era Rosa Luxemburg. (E.)

Generated by CamScanner from intsig.com

cadenamiento de movimientos nacionales en la Europa oriental, los acontecimientos superaron en mucho mi esperanza: hemos asistido, en efecto, al despertar súbito del oriente, de la China, de la India, de Marruecos, de Persia, de Turquía, lo que, en estos dos últimos países, se ha traducido ya por levantamientos revolucionarios victoriosos.

Hay que agregar todavía a esos acontecimientos una agravación creciente de los antagonismos internacionales, que ya por dos veces, primero a causa de Marruecos, después de Turquía, han puesto a Europa a un paso de la guerra.

Si alguna vez una "profecía" se ha cumplido —admitiendo que se quiera servirse de este término—, es ciertamente la que anunciaba la revolución rusa y preveía que sería seguida de un período de trastornos políticos extremos y de agravación de todos los antagonismos sociales y nacionales.

Por cierto que no preví la derrota momentánea de la revolución rusa. Pero si alguien previó en 1846 la revolución de 1848, ¿se diría que se había equivocado porque ésta fue aplastada en 1849?

Sin duda que en todos los grandes movimientos y levantamientos debemos contar con la posibilidad de una derrota. Loco es quien, en la víspera de la lucha, se cree ya seguro de la victoria. Sin embargo, el único objeto posible de nuestras investigaciones es saber si tenemos la perspectiva de grandes luchas revolucionarias, problema que podemos resolver con alguna certidumbre. En cuanto al resultado de cualquiera de estas luchas, nada podemos decir por anticipado. Pero seríamos unos pobres diablos, qué digo, no seríamos más que traidores a nuestra causa e incapaces de toda lucha si estuviéramos persuadidos por anticipado de que la derrota es inevitable y si no contáramos con la posibilidad de una victoria.

Naturalmente que todas las previsiones no pueden cumplirse. Quien pretendiera hacer oráculos infalibles o pidiera que los demás lo hicieran, admitiría en el hombre la existencia de fuerzas sobrenaturales.

Todo político debe considerar el caso en el cual sus predicciones no se cumplirán; y, no obstante, el "oficio de profeta" no es un pasatiempo ocioso, sino una ocupación indispensable para todo político reflexivo y clarividente, siempre que se ejerza prudente y metódicamente; y a esto aludía Bebel.

Sólo el rutinario vulgar se contenta con creer que las cosas sucederán en lo porvenir con la misma marcha que hoy. El político que sea al mismo tiempo pensador computa, ante cada nuevo acontecimiento, todas las eventualidades que contiene y deduce de ello las más lejanas consecuencias. Cierto es que las fuerzas de inercia son enormes en las sociedades, por lo cual en nueve casos sobre diez el rutinario parece tener razón cuando sigue su marcha ordinaria sin preocuparse mucho de las situaciones y de las eventualidades nuevas. Pero he aquí que sobreviene un acontecimiento lo bastante poderoso para vencer las fuerzas de inercia, ya minadas por hechos anteriores, aunque aparentemente nada hubiera cambiado en ellas.

Entonces entra la evolución en nuevas vías, lo cual hace perder la cabeza a todos los rutinarios, mientras los hombres políticos que se han familiarizado con las nuevas eventualidades y sus consecuencias son los únicos capaces de mantener su dominio.

Sin embargo, no hay que creer que mientras las cosas siguen su curso normal, el rutinario triunfa sobre el político que se aventura a "profetizar" y a calcular el porvenir. Esto sólo sería exacto si el segundo tomara las eventualidades cuyas consecuencias calcula por realidades y pretendiera regular sobre ellas su actividad práctica inmediata. ¿Pero quién osaría sostener que Engels, Bebel o cualquiera de los políticos de quienes se trata aquí, se hayan forjado jamás una idea semejante en sus profecías?

El rutinario vulgar nunca se siente impelido a estudiar el presente, que a su juicio no hace sino repetir las situaciones ya conocidas y en medio de las cuales ha vivido hasta entonces. Pero el hombre que en cada situación calcula todas las eventualidades y consecuencias, está en condiciones de cumplir este trabajo porque estudia las fuerzas presentes y se siente inclinado, ante todo, a consagrar su atención a los factores nuevos y casi ignorados.

Lo que el filisteo considera como profecías en el aire y carentes de todo sentido es en realidad el resultado de estudios profundos y por ellos se enriquece siempre nuestro conocimiento de la realidad. Sólo se podría atacar a los Engels y a los Bebel a causa de sus "profecías", si hubieran sido soñadores alejados del mundo real. Pero verdaderamente nadie ha dado al proletariado, en situaciones difíciles, consejos más juiciosos y más oportunos que estos profetas, y ello justamente porque tomaban a pecho el oficio de profeta. Si ha ocurrido hasta ahora con demasiada frecuencia que una clase se haya extraviado en su movimiento de ascensión, la culpa no ha sido de los políticos, siempre ávidos de horizontes más amplios, sino de los "políticos realistas", que jamás ven más allá de la punta de su nariz, que sólo tienen por reales los objetos en los cuales dan de narices y declaran inmenso e insuperable todo obstáculo en el cual se las aplastan.

Hay aún otra categoría de "profetas" además de la que acabamos de indicar. La evolución de una sociedad depende en último caso de la evolución de su modo de producción, cuyas leyes conocemos ahora con exactitud suficiente para poder reconocer con alguna seguridad la dirección en la cual necesariamente se cumple la evolución social y extraer conclusiones respecto a la marcha necesaria de la evolución política.

Se confunden con frecuencia estos dos géneros de profecías que son radicalmente diferentes. En el primer caso se trata de eventualidades muy diversas que un acontecimiento particular o una situación dada tienen en reserva; nuestra tarea consiste entonces en buscar las consecuencias probables. En el segundo caso se trata de una dirección única, necesaria, de la evolución; nuestra tarea está en reconocerla. En el primer género de profecía partimos de hechos determinados y concretos; el segundo sólo

Generated by CamScanner from intsig.com

puede indicarnos tendencias generales, sin suministrarnos indicios precisos sobre las formas que ellas revestirán. Hasta cuando ambos modos de investigación parecen conducir al mismo resultado, hay que cuidarse mucho de confundirlos. Decir, por ejemplo, que una guerra entre Francia y Alemania lleva a la revolución o que la agravación creciente de los antagonismos de clases en la sociedad capitalista lleva a la revolución, es anunciar dos profecías en apariencia idénticas, y no obstante tienen diferentes sentido. Una guerra entre Francia y Alemania no es un acontecimiento del cual se pueda determinar por anticipado su conclusión con tanta seguridad como si se tratase de una ley natural. La ciencia no ha llegado a eso. La guerra no es más que una de las numerosas eventualidades que pueden surgir; por otra parte, la revolución que resulta de una guerra está sometida a formas determinadas. Puede suceder que en la más débil de ambas naciones beligerantes el deseo imperioso de lanzar contra el enemigo todas las fuerzas populares llame al poder a la clase más intrépida y más enérgica, es decir, al proletariado; esto es lo que en 1891 Engels creía posible para Alemania si ésta hubiera tenido que luchar a la vez contra Francia, que todavía no era tan inferior en cuanto a su población, y contra Rusia, que aún no había sufrido derrotas y que la revolución no había desorganizado todavía.

La guerra puede también provocar una revolución cuando el ejército destrozado rehusa a soportar los sufrimientos y un levantamiento de las masas populares derriba al gobierno, no para continuar la lucha con más energía, sino para finalizar una guerra desastrosa y sin objeto y hacer la paz con un adversario que tampoco pide nada más.

En fin, la guerra puede también comportar una revolución bajo la forma de un levantamiento general provocado por una paz vergonzosa y desastrosa, levantamiento que une el ejército y el pueblo contra el gobierno.

Si es, pues, posible precisar por anticipado ciertos aspectos de la revolución en el caso de que resulte de la guerra, su forma queda, por el contrario, completamente indecisa cuando se la considera como una consecuencia de la agravación creciente de los antagonismos de clase. Podemos afirmar con toda certidumbre que la revolución que debe resultar de una guerra estallará en el curso de ésta o inmediatamente después. Pero si entiendo por revolución el resultado de la agravación creciente de los antagonismos de clases, ignoro completamente el momento en que se producirá. Puedo afirmar con certidumbre que la revolución que resulte de una guerra será de corta duración; pero no puedo decir lo mismo de la que provenga de la agravación creciente de los antagonismos de clases. Esta puede requerir muy largo tiempo y la revolución que provenga de la guerra no desempeña, respecto de ella, más que el papel de un episodio. No se puede afirmar por anticipado que la revolución que proceda de una guerra será victoriosa. Por el contrario, el movimiento revolucionario que provenga de la agravación creciente de los antagonismos de clases, no puede sufrir más que de-

rrotas momentáneas; terminará forzosamente por la victoria. Por otra parte, la guerra, que en el primer caso es la condición previa de la revolución, es, como lo hemos visto, un acontecimiento de realización incierta. Nadie se pronunciará sobre esto de manera categórica. En cambio, la agravación de los antagonismos de clases resulta necesariamente de las leyes de producción capitalista. Si la revolución, considerada como el resultado de una guerra, no es más que una eventualidad entre muchas otras, considerada como consecuencia de la lucha de clases es de una necesidad absoluta.

Se ve, pues, que cada uno de ambos géneros de "profecías" tiene su método propio y exige estudios particulares; de su profundidad depende el valor de las "profecías", mientras que las personas que no se forman idea alguna de estos estudios consideran esas profecías como vanas quimeras.

Pero sería erróneo creer que sólo los marxistas "profetizan". Ni los políticos burgueses, que se colocan en el terreno de la sociedad presente, pueden pasarse sin vasta perspectivas sobre el porvenir. Esto es lo que constituye, por ejemplo, toda la fuerza de la política colonial. Si sólo tuviéramos que entendernos con la política colonial actual, sería bien fácil terminar con ella. Para todos los estados, exceptuada Inglaterra, es una mala operación; pero es el único campo que parece prometer todavía, bajo el régimen capitalista, porvenir brillante; y es justamente a causa de este porvenir brillante de la política colonial que predicen sus partidarios entusiastas, y no a causa de su miseria presente, por lo que ejerce encanto tan fascinante sobre todos los que no están convencidos de la llegada del socialismo. Nada más falso que pretender que sólo los intereses presentes desempeñan el papel decisivo en la política y que las lejanas aspiraciones ideales no tienen ningún valor práctico; nada más falso que creer que nuestra agitación electoral tendrá tanto más éxito cuanto más "prácticos" sean nuestros modos de obrar, es decir, más sosos y más mezquinos; cuando hablemos únicamente de impuestos y de aduanas, de embrollos policiales, de socorros para enfermedades y de otras cuestiones semejantes; cuanto más trataremos nuestro propósito final como un extinguido amor de juventud, el cual se recuerda aún en el fondo del corazón, pero se disimula lo más posible públicamente.

Generated by CamScanner from intsig.com

3. EL DESARROLLO HACIA EL ESTADO FUTURO

En política no se puede dejar de profetizar. Solamente los que predicen que por mucho tiempo las cosas marcharán como ahora, no se dan cuenta de que también profetizan.

Naturalmente que no hay un solo militante obrero satisfecho de la situación presente y que no se esfuerce, en consecuencia, por provocar su transformación radical; y tampoco existe, en cualquier partido que sea, un político inteligente y un tanto desprovisto de prejuicios que no encuentre absurda la concepción según la cual el trastocamiento económico de la sociedad podría proseguir con un paro tan rápido como hoy y la situación política permanecer por mucho tiempo la misma.

Si, a pesar de todo, el político no quiere oír hablar de revolución política, es decir de un enérgico desplazamiento de las fuerzas en el estado, no le queda sino buscar formas bajo las cuales los antagonismos de clases se resuelvan lentamente, insensiblemente, sin grandes luchas decisivas.

Los liberales sueñan con restablecer la paz social entre las clases, entre explotadores y explotados, sin que la explotación desaparezca, lo que se lograría con que cada clase se impusiese simplemente cierta moderación respecto a la otra y se abstuviera de todo exceso y de reivindicaciones exageradas. Así se imagina que el antagonismo que divide al obrero y al capitalista mientras están aislados, cesará cuando se entiendan por sus organizaciones respectivas. Los *contratos colectivos* serían el advenimiento de la paz social. En realidad, la organización no puede hacer más que centralizar la dirección de los antagonismos. Las luchas entre las dos partes son cada vez más raras, pero más formidables y conmueven mucho más la sociedad que las pequeñas escaramuzas de otrora. La *organización* hace mucho más irreductible el antagonismo de los intereses contrarios, el cual, gracias a ella, aparece menos como antagonismo *fortuito* de personas aisladas y más como antagonismo necesario de *clases*.

Un socialista no puede compartir la ilusión de la reconciliación de las clases y de la paz social, y es socialista justamente porque no la comparte. Sabe que no es la quimera de la reconciliación de las clases, sino su supresión lo que puede establecer la paz social. Pero si no tiene fe en la revolución, sólo le queda aguardar del progreso económico la supresión pacífica e insensible de las clases por el crecimiento en número y en fuerza de la clase obrera hasta absorber poco a poco a las otras.

Tal es la teoría de la *evolución pacífica* hacia el socialismo.

Esta teoría presenta un aspecto positivo; se apoya en ciertos hechos de la evolución real que confirman que vamos en efecto hacia el socialismo.

Son justamente Marx y Engels quienes han descrito este fenómeno demostrando que tiene carácter de ley natural.

Evolucionamos hacia el socialismo en dos aspectos: de una parte, por el desenvolvimiento del capitalismo y por la concentración del capital. La competencia hace que el gran capital amenace al pequeño, lo aplaste con su superioridad y termine por eliminarlo. He aquí una razón suficiente, dejada aparte la avidez de ganancia, para impulsar a cada capitalista a aumentar su capital y a agrandar el círculo de sus operaciones. Los establecimientos industriales son cada vez más vastos y están reunidos cada vez más en un número más pequeño de manos. Ya hoy son los bancos y las organizaciones patronales los que gobiernan y organizan la mayor parte de las empresas capitalistas de los diferentes países, y de este modo se prepara más cada día la organización social de la producción.

Paralelamente a esa centralización de las empresas industriales observamos el acrecentamiento de las grandes fortunas, fenómeno que el sistema de las sociedades por acciones de ningún modo traba; al contrario, son las sociedades por acciones las que no sólo permiten a un pequeño número de bancos y de organizaciones patronales dominar hoy la producción, sino que hasta dan el medio de convertir en capital las más pequeñas fortunas y, por consecuencia, entregarlas al proceso de centralización capitalista.

Las sociedades por acciones son las que ponen los pequeños ahorros a disposición de los grandes capitalistas, los cuales los emplean como su propia fortuna personal y aumentan así la fuerza centralizadora de sus capitales.

Las sociedades por acciones son, en fin, las que vuelven completamente inútil al capitalista para la marcha de la empresa. Su eliminación de la vida económica deja de ser, en el orden económico, una cuestión de *posibilidad* o de *oportunidad*, para no ser más que una cuestión de *fuerza*.

No obstante, la marcha hacia el socialismo por la concentración del capital no es más que un aspecto de la evolución hacia el estado futuro. Observamos en el seno de la clase obrera un proceso paralelo que conduce igualmente hacia el socialismo. Al mismo tiempo que el capital aumenta, el número de proletarios crece también en la sociedad; llegan a ser la clase más numerosa y sus organizaciones se desenvuelven simultáneamente. Los obreros fundan cooperativas que eliminan a los intermediarios y regulan la producción según las necesidades; fundan sindicatos que restringen el absolutismo patronal y procuran ejercer influencia en la marcha de la producción; envían representantes a las asambleas municipales y a los parlamentos, los cuales procuran hacer aprobar reformas y leyes de protección obrera, transformar las empresas nacionales y comunales en establecimientos modelos y aumentar sin cesar su número.

Ese movimiento prosigue sin interrupción; estamos ya, como dicen nuestros reformistas, en plena revolución social, hasta en pleno socialismo, si creemos a algunos. Basta que la evolución continúe por el mismo cami-

Generated by CamScanner from intsig.com

no; ninguna falta hace una catástrofe, que sólo serviría para trastornar la evolución pacífica hacia el socialismo; lo mejor es no soñar en ella y dedicarse únicamente a la labor "positiva".

Esta perspectiva es, por cierto, muy atrayente. Habría que ser de una naturaleza verdaderamente diabólica para querer trastornar con una catástrofe esa soberbia "ascensión gradual por el camino de las reformas". Si nuestras ideas se rigen según nuestros deseos, todos nosotros, marxistas, deberíamos inflamarnos por esta teoría de la evolución pacífica. Desgraciadamente, tiene un pequeño defecto: el progreso que señala no es el de *un solo* elemento sino *el de dos* y hasta el de dos elementos muy *contrarios*, el capital y el trabajo. Lo que los "reformistas" consideran como evolución pacífica hacia el socialismo no es más que el progreso de las fuerzas de dos clases antagónicas que permanecen en estado de hostilidad irreductible; este progreso significa solamente que el antagonismo entre el capital y el trabajo, que en su origen sólo existía entre cierto número de individuos, que constituían una pequeña minoría de la nación, ha crecido de tal modo que ha llegado a ser en nuestros días una lucha entre dos organizaciones enormes y robustas que dirigen toda la vida social y política. Evolucionar hacia el socialismo es, pues, evolucionar hacia las grandes luchas que conmoverán al estado, llegarán a ser por fuerza cada vez más gigantescas y sólo podrán terminar por el aplastamiento y la expropiación de la clase capitalista. Pues el proletariado es indispensable para la sociedad; puede ser abatido momentáneamente pero nunca aniquilado. La clase capitalista, al contrario, ha llegado a ser inútil; primero la gran derrota que sufra por la posesión del poder político comportará forzosamente su derrota completa y definitiva.

Nadie puede obstinarse en negar esas consecuencias de nuestra evolución constante hacia el socialismo, a menos de no ver el hecho esencial de nuestra sociedad, el antagonismo de clase entre el capital y el trabajo. La evolución hacia el socialismo no es más que una expresión para designar la agravación creciente de los antagonismos de clases, la marcha hacia una época de luchas de clases decisivas que podemos comprender con la expresión de revolución social.

Sin duda, los revisionistas no quieren convenir en eso, pero hasta ahora no han logrado oponer argumentos plausibles a esa concepción. Todo lo que ellos objetan son hechos que, si tuvieran consecuencias y probaran algo, no "demostrarían" que la sociedad "evoluciona" hacia el socialismo sino que se aleja de él; tal es, por ejemplo, la hipótesis de que el capital en lugar de centralizarse se descentraliza. Esta contradicción lógica reside en la naturaleza del revisionismo: tiene que reconocer la teoría marxista del capitalismo si quiere probar la evolución hacia el socialismo. Pero también tiene que rechazar esta teoría si quiere hacer creer en el progreso pacífico de la sociedad y en la atenuación de los antagonismos de clases.

Sin embargo, los revisionistas y sus vecinos comienzan a sospechar que

la evolución pacífica hacia el socialismo no se realiza sin desgarramientos. Un artículo sobre "los destinos del marxismo" que Naumann ha publicado en el número de octubre de 1908 de la *Neue Rundschau* y en seguida en *Hilfe*, es, a este respecto, muy característico. Es verdaderamente confusa la exposición de esos destinos tal como el ex-jefe del partido nacionalsocial nos la presenta. Naumann se imagina que la concentración del capital y la constitución de sindicatos patronales son fenómenos que sorprenden y confunden a los marxistas, algo en lo cual nosotros nunca habríamos creído. Por otra parte, pretende que los militantes revisionistas de los sindicatos han sido los primeros que, en oposición con los marxistas, hicieron resaltar la importancia de la legislación obrera y de la organización sindical. Este excelente hombre no sospecha por nada del mundo que Marx ha sido, en el continente, quien ha descubierto estos dos fenómenos y ha reconocido su importancia, así como la de los sindicatos patronales, mucho antes que los otros socialistas.

Pero la ignorancia de estos señores en tal materia no es nueva ni hay que sorprenderse de ella. Por el contrario, es un hecho digno de señalar que Naumann descubra en su artículo la fuerza todopoderosa del capital centralizado, de suerte que la evolución económica no conduce, a su juicio, hacia el socialismo, sino hacia "un nuevo feudalismo que dispone de armas económicas formidables". Contra los sindicatos patronales, dice, las cooperativas y los sindicatos obreros son impotentes.

"La dirección de la industria se encontrará, en un porvenir próximo, del lado donde colaboren los sindicatos y los bancos. De esta parte han crecido fuerzas que ninguna revolución social podrá destronar, mientras que años espantosos de desocupación y de miseria no desencadenen en las masas odio formidable que derribe todo ciegamente sin poder construir nada mejor. Para los espíritus objetivos la idea de revolución social ha terminado. Cierto que esto es muy penoso para los socialistas de la vieja escuela y para nosotros, ideólogos socialistas que habíamos esperado una marcha más rápida de los éxitos obreros, pero, ¿para qué ilusionarnos?; el porvenir más próximo pertenece a los sindicatos industriales."

He ahí lo que poco se parece a evolución hacia el socialismo y menos todavía a evolución pacífica. El mismo Naumann no ve otro medio de abatir al nuevo feudalismo que un "odio formidable que derribe todo", en una palabra, una revolución; pero entonces su lógica da bruscamente media vuelta. Primero reconoce que los sindicatos patronales no pueden ser desalojados de sus posiciones más que por una revolución. Pero enseguida rechaza la idea de una revolución, pretendiendo simplemente que ella no podrá ser más que una revuelta de hambrientos que "derribarán todo ciegamente sin poder crear algo mejor". Por qué debe ser así, por qué la revolución está condenada desde el primer momento a la esterilidad, todo ello es el secreto de Naumann.

Pero después de haber destruido de un plumazo y sin ninguna argu-

Generated by CamScanner from intsig.com

mentación la idea de la revolución, lejos de abandonarse a completa desesperanza, he aquí que se revela lleno de fe y de alegría. Ha descubierto que los sindicatos patronales sólo son obstáculo insuperable para los marxistas que profesan el determinismo económico y niegan el libre albedrío. Basta reconocer la existencia del libre albedrío para dar cuenta de los sindicatos patronales. He aquí cómo las "armas formidables del nuevo feudalismo" pierden su carácter de obstáculos irresistibles.

Lo que la revuelta de las masas no puede cumplir, lo cumplirá el reconocimiento del libre arbitrio del individuo, la "personalidad". Atraer la atención sobre este hecho es hacer "política realista y práctica".

Escuchad más bien a Naumann:

"Marx casi no quiso oír hablar de apelación al libre albedrío, pues veía en todo un proceso necesario. Por lo menos en teoría; pues como individuo era una personalidad dotada de voluntad y un maestro de energía. Actualmente se produce en los socialistas que reflexionan cierto retorno de la teoría del determinismo a la del libre albedrío y por consecuencia a la base fundamental de todos los movimientos liberales. Eduardo Bernstein es quien ha expresado más claramente la necesidad de volver a la escuela de Kant. En los movimientos anarquistas o anarquizantes próximos al socialismo observamos la misma tendencia a abandonar la creencia en un destino natural que gobierna ciegamente la vida económica, para reconocer que la voluntad puede dar a los objetos formas diversas. Este retorno a la teoría de la voluntad es consecuencia del afianzamiento del nuevo reinado de los industriales. Apercíbese que su imperio no se hundirá solo sino que hay que arrancarle concesiones por actos voluntarios."

"Los" que acaban de hacer ese descubrimiento son los adeptos de la evolución pacífica al socialismo. En cuanto a nosotros, marxistas, en verdad que no necesitamos esas luces. Pero para los revisionistas y para sus ramificaciones en los campos anarquista y nacionalsocial es un enorme descubrimiento. Semejantes a las abejas que liban el jugo de cada flor, los revisionistas creen haber encontrado aquí también una nueva refutación de las doctrinas marxistas; y lo mismo creen sus hermanos los intelectuales liberales, nacionales sociales, anarquistas o anarquizantes. Todos acusan a Marx de no haber conocido más que una evolución económica "ciega", "automática" y de haber ignorado la voluntad humana. Suscitar, pues, esa voluntad debe ser justamente nuestra tarea capital.

He ahí lo que enseñan no sólo Naumann sino también Friedeberg; lo que enseñan todos los elementos de nuestro partido que oscilan entre Naumann y Friedeberg, como Eisner y Maurenbrecher; lo que enseñan los teóricos del revisionismo como Tugán-Baranovski cuando escribe:

"El autor de *El capital* exageraba la importancia del aspecto natural de la evolución histórica y no comprendía el enorme papel creador que representa en este proceso la personalidad humana" *(Der moderne sozialismus*, p. 91).

Todo esto demuestra hasta la evidencia que la teoría de la evolución "pacífica" hacia el socialismo presenta una gran laguna, que la enorme función creadora de la viviente personalidad humana y el libre albedrío están llamados a llenar. Pero este libre albedrío que debe perfeccionar la evolución hacia el socialismo, en realidad la suprime. Si la voluntad es libre, como afirma Naumann, y si ella puede "dar a los objetos formas diversas", puede dar también a la evolución económica direcciones diversas, y entonces es completamente imposible saber qué seguridad tenemos de evolucionar hacia el socialismo; y hasta es imposible discernir una evolución cualquiera en la sociedad, y hay que renunciar a todo conocimiento científico de los fenómenos sociales.

Generated by CamScanner from intsig.com

4. LA EVOLUCION ECONOMICA Y LA VOLUNTAD

Los revisionistas no dejarán de objetar a la exposición precedente que existe una contradicción mucho más flagrante en el mismo Marx: como pensador, no reconoce el libre albedrío y hace depender todo de un desarrollo económico necesario y automático; como militante revolucionario ha manifestado siempre la más fuerte voluntad y ha hecho llamamientos a la del proletariado. Hay en Karl Marx una contradicción irreductible entre la teoría y la práctica; esto es lo que los revisionistas, los anarquistas y los liberales proclaman con una unión conmovedora.

En realidad, tal contradicción no existe en Karl Marx; es el producto de la confusión que reina en el espíritu de sus críticos; confusión incurable puesto que se reproduce sin cesar. Resulta simplemente de la identificación de la voluntad con la voluntad libre. Marx no ha desconocido jamás la importancia de la voluntad y la "función enorme de la personalidad humana" en la sociedad; ha negado solamente la libertad de la voluntad, lo que es completamente distinto. Esta cuestión ha sido expuesta demasiadas veces para que sea necesario volver aquí sobre ella.

Además, esa confusión estriba en una concepción muy singular de la economía social y de la evolución económica. Todos esos sabios se imaginan que la evolución económica, puesto que se opera según las leyes fijas, se cumple de modo automático, mecánico, sin el concurso de personalidades humanas de voluntad; la voluntad humana aparece así al lado de la economía social y por sobre ella como factor particular que la completa y que imprime "formas diversas" a los objetos que los factores económicos condicionan. Esta manera de ser es propia de inteligencias que se forjan de la economía una idea completamente escolástica, que han sacado sus conceptos de los libros y trabajan con ayuda de ellos de una manera puramente especulativa, sin poseer una idea viviente del verdadero proceso económico. En este aspecto los proletarios les son ciertamente superiores; es porque están mejor calificados, digan lo que quieran Maurenbrecher y Eisner, para comprender este proceso y su función histórica, no solamente más que los teóricos burgueses que no tienen la práctica de las cuestiones económicas, sino también que los prácticos burgueses que no tienen ningún interés por la teoría ni demuestran ninguna necesidad de adquirir, en materia de ciencia económica, conocimientos más extensos que los necesarios para realizar grandes ganancias.

La ciencia económica se reduce a escolástica vacía si no se parte del hecho de que en todo fenómeno económico la fuerza motora es la *voluntad* humana, pero no una voluntad libre, una voluntad en sí, sino una voluntad

determinada. Es en última instancia la *voluntad de vivir* lo que constituye el fundamento de todo fenómeno económico; ella aparece al mismo tiempo que la vida en todos los animales dotados de movimiento propio y de conocimiento. Todas las formas de la voluntad se refieren en último caso a la voluntad de vivir.

La voluntad de vivir de los organismos reviste en cada caso formas particulares en relación con las condiciones especiales de su existencia, tomada la palabra condición en el sentido más extenso, de modo que comprenda no sólo los medios de subsistencia, sino también los peligros de la vida y los obstáculos que la dificultan. Las condiciones de existencia de un organismo determinan las modalidades de su voluntad, las formas y los resultados de su actividad. Esta noción es el punto de partida de la concepción materialista de la historia. Tanto, es verdad, cuanto las relaciones que ella explica son simples en los organismos inferiores, es crecido en los organismos superiores el número de intermediarios que se interponen entre la simple voluntad de vivir y las formas múltiples que puede revestir.

Pero sería apartarme de mi objeto extenderse más sobre esa cuestión. Sin embargo, me permitiré algunas observaciones.

Las condiciones de existencia de un organismo son de dos especies; por una parte, las que se renuevan sin cesar, que persisten sin modificación a través de numerosas generaciones. Una voluntad adaptada a esas condiciones, conforme con ellas, llega a ser hábito que se transmite por herencia y se acrece por la selección natural; se convierte en instinto, en movimiento impulsivo; el individuo termina por obedecerlo en todas las circunstancias, hasta en las anormales, en las cuales esta obediencia en lugar de favorecer la existencia y conservarla, la perjudica y a veces acarrea la muerte. La causa primera de esa impulsión no es menos la voluntad de vivir.

Al lado de las condiciones de existencia que se renuevan siempre invariablemente, existen aquellas que sólo se presentan raras veces o están sujetas a variaciones. Entonces el instinto es impotente y la conservación de la existencia depende esencialmente de la facultad de conocer el organismo, de que se muestre capaz de reconocer la situación en la cual se encuentra y adaptar a ella su conducta. Cuanto más las condiciones de existencia de una especie animal están sujetas a variaciones frecuentes, más se desenvuelve su inteligencia, a causa, por una parte de que los órganos de la inteligencia están más sujetos a tributo, y por otra, a que los individuos cuya inteligencia es inferior son eliminados más rápidamente.

En el hombre, en fin, la inteligencia adquiere un grado tal que llega a crearse órganos artificiales, armas y herramientas, a fin de asegurar mejor su existencia en medio de las condiciones en las cuales se encuentra. Luego, obrando así, crea nuevas condiciones de existencia a las cuales debe adaptarse. Así es como el progreso técnico, producto de inteligencia elevada, favorece a su vez el progreso de la inteligencia.

El progreso técnico es también una consecuencia de la voluntad de vivir, pero la modifica de modo notable. El animal quiere solamente vivir como ha vivido hasta entonces; no pide nada más. Por el contrario, la invención de una nueva arma o de una nueva herramienta entraña la posibilidad de vivir mejor que precedentemente, de procurarse nutrición más abundante, más ocio, más seguridad o, en fin, de satisfacer nuevas necesidades antes desconocidas. Cuanto más se desarrolla el aparato técnico, más la voluntad de vivir se transforma en voluntad de vivir mejor.

Esa voluntad es la que caracteriza al hombre civilizado. Ahora bien, la técnica no modifica solamente las relaciones entre los hombres y la naturaleza, sino también las relaciones de los hombres entre sí.

El hombre forma parte de los animales sociales, es decir, de aquellos cuyas condiciones de existencia no les permiten vivir aislados, sino solamente en sociedad. En este caso la voluntad de vivir es la voluntad de vivir con y para los miembros de la sociedad. El progreso técnico, al modificar las condiciones de existencia en general, modifica también las condiciones de la vida y de la cooperación sociales. Llega, sobre todo, a este resultado al procurar al hombre órganos distintos de su propio cuerpo. Las herramientas y las armas naturales, uñas, dientes, cuernos, etc., son comunes a todos los individuos de la misma especie, siempre que sean del mismo sexo y edad. Pero las herramientas y las armas artificiales pueden llegar a ser propiedad de ciertos hombres con exclusión de los demás. Los que disponen exclusivamente de esas herramientas o de esas armas viven en otras condiciones que los que están desprovistos de ellas. Así se forman diversas clases, en el seno de las cuales la misma voluntad de vivir reviste formas diferentes.

Un capitalista, por ejemplo, en las condiciones de existencia que le son propias, no puede vivir sin obtener ganancias. Su voluntad de vivir lo lleva a realizar ganancias y su voluntad de vivir mejor a esforzarse en acrecerlas. Esto ya es razón suficiente para aumentar su capital; pero la competencia tiene el mismo efecto y obra sobre él con mucha más fuerza; lo amenaza con la ruina si no puede aumentar incesantemente su capital. La concentración de capitales no es un fenómeno mecánico que se cumple sin que los interesados lo quieran y sin que tengan conciencia de él. Sería completamente imposible si los capitalistas no tuvieran la enérgica voluntad de enriquecerse y de suplantar a sus competidores más débiles. Hay en este una sola cosa independiente de su voluntad de enriquecerse y de su conciencia: el hecho de que los resultados de su voluntad y de sus esfuerzos crean las condiciones convenientes para la producción socialista. Ciertamente, los capitalistas no lo quieren; pero no hay que deducir de esto que la voluntad del hombre y "la enorme función creadora de la personalidad humana" están excluidos de la evolución económica.

La misma voluntad de vivir que anima a los capitalistas obra también sobre los obreros; pero como sus condiciones de existencia son diferentes, reviste en ellos otras formas. Estos no quieren realizar ganancias, sino ven-

Generated by CamScanner from intsig.com

der sus fuerzas de trabajo; y la quieren vender a precio elevado y comprar víveres a bajo precio. Por esto fundan cooperativas y sindicatos y procuran conquistar leyes de protección obrera. De ahí la segunda tendencia que, con la de la concentración del capital, está calificada de evolución hacia el socialismo. Pero no se trata, de ningún modo, en este caso, de un fenómeno privado de voluntad y de conciencia, tal como se lo concibe comúnmente.

En fin, existe otro aspecto de la voluntad de vivir que tiene también su función en la evolución social. Hay casos en los cuales la voluntad de vivir de un individuo o de una sociedad no puede ejercerse sino anulando la de los otros individuos. Un carnicero no puede vivir sino exterminando a otros animales. Con frecuencia su voluntad de vivir hasta le obliga a despojar a los animales de su propia especie que le disputan la presa o le reducen la porción correspondiente. Para ello no es necesario que los extermine, pero sí que reduzca su voluntad por la superioridad de sus músculos o de sus nervios.

La especie humana conoce también luchas de ese género, pero menos entre individuos que entre sociedades; tienen por objeto la posesión de los medios de subsistencia, luego los terrenos de caza y los lugares de pesca, hasta llegar a los mercados y las colonias. Una de ambas partes concluye por exterminar a la otra o con más frecuencia por quebrantarla y someter su voluntad. No obstante, eso no es más que un fenómeno pasajero. Pero el hombre somete también de modo durable la voluntad de otro mediante la creación de instituciones que mantienen la explotación en estado permanente.

Los antagonismos de clases son antagonismos de voluntad. La voluntad de vivir de los capitalistas está llamada a ejercerse en condiciones que les obligan a someter la voluntad de los obreros y ponerlas a su servicio. Sin esta sujeción de la voluntad no habría ganancias capitalistas, los capitalistas no podrían existir. Por otra parte, la voluntad de vivir de los obreros les impulsa a la insurrección contra la voluntad de los capitalistas. De aquí la lucha de clases.

Se ve, pues, que la voluntad es la fuerza motora de la evolución económica, la que forma el punto de partida y penetra en cada una de sus manifestaciones. Nada hay más absurdo que considerar la voluntad y las relaciones económicas como dos factores independientes uno del otro. Es, en el fondo, esa concepción fetichista que confunde la economía social, es decir, las formas del trabajo cooperativo y recíproco en las sociedades humanas, con los objetos materiales de este trabajo, primeras materias y herramientas. El fetichista se imagina que así como el hombre se sirve de las materias primas y de las herramientas para modelar a su gusto determinados objetos, la "personalidad creadora" dotada de voluntad libre se sirve de la economía para dar, según sus necesidades, formas diversas a las relaciones sociales. Puesto que el obrero es independiente de la materia

Generated by CamScanner from intsig.com

prima y de las herramientas, puesto que las domina y las dirige, el economista fetichista se imagina que el hombre es independiente de la economía social y que la domina y la dirige como le place a su libre voluntad. Y como la materia prima y las herramientas no poseen voluntad ni conciencia, cree que todo el proceso económico se cumple mecánicamente, sin voluntad ni conciencia.

No hay error más ridículo que ese.

En el dominio de la economía la necesidad no equivale a ausencia de voluntad. Esta proviene de la necesidad absoluta para los seres vivos de querer vivir y de utilizar con este fin las condiciones de existencia ante las cuales se encuentran. Es la necesidad resultante del ejercicio de determinada voluntad.

No hay opinión más errónea que la que consiste en creer que la noción de despertar previamente esta facultad en los obreros, por ejemplo por medio de biografías de generales y de otros maestros de voluntad y por conferencias sobre el libre arbitrio. Haced creer a la gente que existe una cosa, y existirá; más aún, ¡la poseerán! ¡Basta con creer en la libertad de la voluntad para adquirir la voluntad, hasta voluntad libre! Ved a nuestros profesores e intelectuales burgueses educados en la escuela de Kant y en la admiración de la energía poderosa de los Hohenzollern; ¡qué fondo prodigioso de voluntad inflexible han extraído de ello!

Si el fundamento de toda necesidad en el dominio económico, la voluntad de vivir, no obrase poderosamente sobre el obrero, si hubiera que despertar previamente su voluntad por medios artificiales, todos nuestros esfuerzos serían prodigados con pura pérdida.

Sin embargo, eso no quiere decir que no existe relación alguna entre la voluntad del hombre y su conciencia y que éste no posea influencia sobre ella. Ciertamente la energía con la cual se manifiesta la voluntad de vivir no depende de la conciencia, pero la conciencia determina las formas que la voluntad de vivir reviste en cada caso especial y la repartición de la energía entre estas diversas formas. Hemos visto que además del instinto, la conciencia dirige la voluntad y que las formas de la voluntad dependen de la manera cómo la conciencia conoce las condiciones de existencia y de la profundidad de ese conocimiento. Pero como la facultad de conocimiento es distinta en los diferentes individuos, su voluntad de vivir puede obrar, aunque sea la misma, diferentemente sobre las mismas condiciones de existencia; y esta diversidad la que da la ilusión del libre arbitrio; las formas de la voluntad del individuo no parecen depender de sus condiciones de existencia sino de su voluntad.

Si es posible influir sobre las fomas de la voluntad del proletariado y la repartición de su energía entre esas diversas formas de modo apropiado a sus intereses, no sería ciertamente por leyendas y edificantes especula-

ciones sobre el libre albedrío, sino sólo ampliando sus conocimientos de las condiciones sociales.

La voluntad de vivir es el hecho que debe servirnos de punto de partida; es el hecho primordial. En cuanto a las formas que ella reviste y a la intensidad con la cual se manifiesta, dependen en los diferentes individuos, clases y naciones, etc., de su conocimiento de las condiciones de existencia, condiciones que, cuando engendran en dos clases de voluntades antagónicas, son también *condiciones de lucha*. Sólo de estas condiciones nos ocuparemos aquí.

La *voluntad* aplicada a la lucha está determinada por los factores siguientes: 1) por el *premio de la lucha* reservado a los combatientes; 2) por el *sentimiento* que tienen de su *fuerza*; 3) por su *fuerza verdadera*.

Cuanto más grande es el premio de la lucha, más ardor y energía despliegan los combatientes para salir victoriosos, con la condición, sin embargo, de que crean poseer las fuerzas y las capacidades requeridas para ello. Si ellos mismos no tienen la confianza necesaria, por seductor que sea el premio de la lucha no se desprende de él voluntad alguna, sino solamente un deseo, una aspiración, que puede ser ardiente, pero que no engendra ningún acto ni tiene valor práctico alguno.

En cuanto al sentimiento de la fuerza, es peor que inútil si no reposa más que en simples ilusiones y no sobre un conocimiento serio de las propias fuerzas y de las del adversario. La fuerza sin ningún sentimiento de fuerza permanece estéril; no engendra voluntad. Un sentimiento de fuerza sin fuerza real puede, en ciertos casos, producir actos que sorprendan e intimiden al adversario, que hagan plegar y paralicen su voluntad. Pero es imposible lograr éxito durable sin fuerza verdadera. Las empresas que deben su éxito durable sin fuerza verdadera, sino fingida, que engaña al adversario, fracasan necesariamente tarde o temprano y el desaliento que sigue es tanto más grande cuanto más brillantes hayan sido los primeros éxitos.

Al aplicar estas observaciones a la lucha de clases del proletariado, se ve claramente cuál es la tarea de los que quieren participar en esta lucha y secundarla y qué influencia ejerce el partido socialista sobre ella. Nuestra primera y más importante tarea es aumentar las fuerzas del proletariado. Naturalmente, no podemos acrecerlas a discreción. En la sociedad capitalista las fuerzas del proletariado están determinadas a cada instante por las condiciones económicas del momento considerado; no se puede multiplicarlas arbitrariamente. Pero se puede aumentar el efecto de las fuerzas existentes, impidiendo su disipación. Considerados desde el punto de vista de la finalidad, los fenómenos naturales en los cuales la conciencia no existe están acompañados de enorme disipación de fuerzas. Esto sucede porque la naturaleza no se propone ningún fin. La voluntad consciente del hombre es la que le asigna ciertos fines y la que le indica al mismo tiempo el camino

Generated by CamScanner from intsig.com

para conseguirlos sin disipación de fuerzas, con el menor dispendio posible de energía.

Estas observaciones se aplican también a la lucha de clases del proletariado. Ciertamente, ésta no se cumple jamás, ni siquiera en sus comienzos, sin que los interesados tengan conciencia de ello; pero su voluntad consciente no va más allá, en estas luchas, de sus necesidades personales inmediatas. Las *transformaciones sociales* que resultan de la lucha están al comienzo ocultas para los beligerantes. Como fenómeno social, la lucha de clases es, pues, durante largo tiempo un fenómeno inconsciente, y como tal está acompañado de toda la disipación de fuerzas inherentes a todos los fenómenos inconscientes. Sólo el *conocimiento* del proceso social, de sus tendencias y de sus fines, puede poner término a esa disipación; tal conocimiento puede concentrar las fuerzas del proletariado y coordinarlas en organizaciones poderosas, unidas por la persecución de un gran fin, organizaciones que subordinan sistemáticamente la acción personal y momentánea a los intereses de la clase que representan, los cuales sirven a la causa de toda la evolución social.

En otros términos, es la teoría la que permite al proletariado realizar el despliegue más grande de fuerzas posible; la que le enseña, en efecto, a emplear de la manera más oportuna las fuerzas que saca de la evolución económica y la que impide su disipación.

Pero la teoría no sólo aumenta las fuerzas vivas del proletariado, sino que aumenta también el sentimiento que éste tiene de su fuerza; y esto no es menos necesario.

Hemos visto que la voluntad no está determinada solamente por la conciencia, sino también por los hábitos y los instintos. Una situación que se repite durante siglos, engendra hábitos e instintos que persisten hasta después que su base material ha desaparecido. Una clase puede estar debilitada desde largo tiempo, después de haber reinado a favor de su fuerza, mientras que la clase que ella explota, débil otrora y sometida a la primera, ha llegado a ser fuerte. Pero el sentimiento de fuerza tradicional persiste mucho tiempo de una y otra parte, hasta que sobreviene una prueba —una guerra, por ejemplo—, que revela toda la debilidad de la clase dirigente. La clase explotada adquiere de súbito conciencia de su fuerza y entonces se produce una revolución, una rápida catástrofe.

Así es como el proletariado conserva mucho tiempo el sentimiento de su debilidad original y la creencia en la fuerza invencible del capital.

El modo de producción capitalista nace en una época en la cual los proletarios vagan sin recursos por las calles, llevan existencia de parásitos, inútiles para la sociedad. El capitalista que los tomaba a su servicio era su salvador; les procuraba "pan", o "trabajo", como se dice hoy, aunque esta expresión no sea mucho mejor. Su voluntad de vivir los impulsaba a venderse. Fuera de este medio de existencia no veían otro; tampoco veían un medio de resistir al capitalista. Pero poco a poco los papeles cambiaron. De men-

dicantes importunos, a quienes se hacía trabajar por piedad, los proletarios han llegado a ser la clase obrera que mantiene la sociedad; la persona del capitalista, al contrario, es cada vez más inútil para la marcha de la producción, como lo muestran hasta la evidencia las sociedades por acciones y los trusts. De necesidad económica que fue, el asalariado se transforma cada vez más en una simple relación de fuerza a fuerza mantenida por la del estado. El proletariado llega a ser la clase más numerosa en el estado y también en el ejército, sobre el cual reposa el poder del estado. En un estado tan industrial como Alemania o Inglaterra, el proletariado tendría desde hoy la fuerza para conquistar el poder y las condiciones económicas le permitirían, desde luego, servirse de él para sustituir la producción capitalista por la producción social.

Pero lo que falta al proletariado es la conciencia de su fuerza. Alguna categoría de proletarios la poseen; falta al conjunto del proletariado. El partido socialista hace lo posible para inculcársela. Esto siempre por la propaganda teórica, pero no solamente por ella. Para hacer que el proletariado adquiera conciencia de su fuerza, la acción será siempre superior a cualquier teoría. Por los éxitos que consigue en la lucha contra el adversario, el partido socialista muestra más claramente al proletariado la fuerza de que él dispone, y es el modo más eficaz para aumentar en él el sentimiento de esa fuerza. Pero el partido socialista sólo consigue esos éxitos porque está guiado por una teoría que permite al proletariado consciente y organizado desplegar en todo momento el máximo de las fuerzas de que dispone.

Fuera de los países anglosajones, la acción sindical fue suscitada y fecundada desde sus cominenzos por la teoría socialista. Y no son solamente los éxitos de los sindicatos, sino también las luchas victoriosas libradas en torno de los parlamentos y dentro de ellos, son las que han exaltado poderosamente en el proletariado el sentimiento de su fuerza y su fuerza misma. No sólo por las ventajas materiales que de ello obtienen ciertas categorías de proletarios, sino especialmente porque la masa de los desposeídos, tan largo tiempo aterrorizada y desesperada, veía surgir una fuerza que entablaba atrevidamente la lucha contra todas las fuerzas dominantes, conseguía victoria tras victoria, y, sin embargo, no era nada más que una organización de esos mismos desposeídos.

Es lo que constituye la importancia del Primero de Mayo, de las campañas electorales y de las luchas por el derecho de sufragio. El proletariado no saca siempre de ellas ventajas materiales considerables y con frecuencia las ventajas no compensan los sacrificios de la lucha, pero cuando esas luchas terminan por una victoria tienen siempre por consecuencia el acrecentamiento enorme de las fuerzas activas del proletariado, acrecentamiento debido al sentimiento poderoso que le dan de su fuerza y a la energía que comunican a su voluntad en las luchas de clases.

Por consiguiente, nada asusta tanto a nuestros adversarios como el ver crecer ese sentimiento de fuerza. Saben que nada deben temer del gigante

Generated by CamScanner from intsig.com

mientras no tenga conciencia de su fuerza. Ahogar ese sentimiento es su mayor preocupación; les cuesta menos hacer concesiones materiales que ver a la clase obrera lograr victorias morales que exaltan en ella el sentimiento de su propio valor. Por eso luchan frecuentemente con más energía para mantener el absolutismo en la fábrica, el derecho de "ser amo en su casa", que para rechazar los aumentos de salario; de ahí también su odio encarnizado contra el paro del Primero de mayo, sus esfuerzos por mutilar el sufragio universal allí donde ha llegado a ser medio de mostrar a la población de modo evidente la marcha victoriosa e irresistible del socialismo. No es el miedo a una mayoría socialista lo que los hace obrar así, pues entonces aún podrían esperar tranquilamente más de una elección. ¡No!; es el miedo de que las continuas victorias electorales del partido socialista den al proletariado tal sentimiento de su fuerza e intimiden a tal punto a sus adversarios, que toda resistencia llegue a ser imposible, y siendo impotentes los poderes públicos, se produciría un completo desplazamiento de fuerzas en el estado.

Por eso debemos esperar a que nuestro próximo triunfo electoral nos valga un atentado sobre el sistema de sufragio en vigor para el Reichstag; lo que de ningún modo quiere decir que tal atentado triunfe. Puede, al contrario, desencadenar luchas en las cuales las potencias dominantes recojan finalmente derrotas todavía más serias y más desastrosas que nuestras victorias electorales.

Ciertamente, nuestro partido no registra sólo victorias, sino también derrotas. Pero éstas nos descorazonarán tanto menos cuanto más nos habituemos a prescindir del tiempo y del lugar para considerar nuestro movimiento en toda su conexión a través de generaciones y en todos los pueblos. Entonces, la ascensión irresistible y rápida de todo el proletariado llegará a ser, a pesar de algunas derrotas muy sensibles, de tal modo evidente, que nada nos podrá arrebatar nuestra fe en su victoria definitiva.

Apliquémonos, pues, a considerar cada una de nuestra luchas en sus relaciones con la evolución social, pues entonces veremos con toda claridad el fin gigantesco de nuestros esfuerzos, que es librar a la clase obrera y, por consecuencia, a la humanidad de toda dominación de clase; entonces se ennoblecerá el trabajo práctico incesante e indispensable que la voluntad de vivir impone al proletariado; entonces la grandeza del premio de la lucha exaltará su voluntad hasta la altura de una pasión revolucionaria, que no será la emoción estúpida de la sorpresa, sino el fruto del conocimiento.

He ahí cómo el partido socialista ha influido hasta aquí en la voluntad del proletariado, y los resultados que ha obtenido son tan brillantes que no hay la menor razón para cambiar de método.

5. NI REVOLUCION NO LEGALIDAD A CUALQUIER PRECIO

De una parte, se nos reprocha a nosotros, marxistas, que excluimos la voluntad de la política y hacemos de ésta un proceso mecánico. Pero, de otra parte, son los mismos críticos los que sostienen justamente lo contrario, a saber, que nosotros hacemos más caso a nuestra voluntad que al conocimiento de la realidad. Mientras esta última nos demuestra la imposibilidad de toda revolución, nosotros nos aferramos a la idea de la revolución por puro fanatismo sentimental, embriagándonos con esta idea. Según nuestros críticos, querríamos la revolución a cualquier precio, por ella misma aun cuando hubiéramos podido avanzar más basándonos en los principios legales existentes.

Es verdad que Engels, en 1895, en el prefacio bien conocido que escribió para *Las luchas de clases en Francia*, de Karl Marx, mostraba que las condiciones habían cambiado desde 1848. Para vencer –escribía– es necesario que tengamos detrás de nosotros masas "que comprendan las exigencias de la situación", y es mucho más ventajoso para nosotros, "revolucionarios", "recurrir" a procedimientos legales que a medios ilegales y a la revolución. Pero no hay que olvidar que Engels sólo tenía en cuenta la situación del momento. Los que quieren saber cómo hay que interpretar este pasaje de Engels deben compararlo con sus cartas, a las cuales yo hacía recientemente alusión en *Neue Zeit* XXVII, 1, p. 7) se ve allí con qué energía se defiende de pasar por "adorador pacífico de la legalidad a cualquier precio". He aquí lo que yo escribía entonces en *Neue Zelt*:

"La introducción a *Las luchas de clases en Francia*, de Karl Marx, está fechada el 6 de marzo de 1895. Pocas semanas después apareció el libro. Yo había rogado a Engels que me autorizara a imprimir la introducción en *Die Neue Zeit* antes de la publicación del libro. El 25 de marzo me respondió en estos términos:

'He recibido tu telegrama y respondo enseguida: ¡con placer! Por separado envío el texto corregido, cuyo título es este: Introducción a la nueva edición de *Las luchas de clases en Francia 1848-50*, de K. Marx, por F.E. Como se dice en el texto, los materiales corresponden a viejos artículos de *Die Neue Rheinische Zeitung. Mi texto ha sufrido un poco a consecuencia de las aprensiones de nuestros amigos de Berlín*, que temen el proyecto de ley sobre las actividades subversivas; debía tenerlas en cuenta en esta circunstancia.'

"Para comprender esas líneas, hay que recordar que el proyecto de ley sobre las actividades subversivas, que preveía, con el propósito de impedir la propaganda socialista, la agravación notable de las leyes existentes, fue sometido al Reichstag el 5 de diciembre de 1894; éste lo envió el 14 de

Generated by CamScanner from intsig.com

enero de 1895 a una comisión que lo discutió durante más de tres meses (hasta el 25 de abril). Justamente durante ese intervalo fue escrita la introducción de Engels.

"Engels juzgaba grave la situación, tal como resalta de un pasaje posterior de la misma carta, en el cual escribe: 'Tengo por absolutamente cierto que veremos en Austria una reforma electoral que nos abrirá el parlamento, a menos que un período de reacción general estalle súbitamente. En Berlín parece que se esfuerzan en provocar uno por medios violentos; pero, desgraciadamente, allí nunca se sabe lo que se quiere de un día para otro.'

"Algún tiempo antes, el 3 de enero, inmediatamente antes de ocuparse en la introducción, Engels me había escrito: 'Me parece que váis a ver en Alemania un año muy agitado. Si el señor Koller continúa igual, todo es posible, conflicto, disolución, golpe de estado. Naturalmente, se contentarían con menos si fuera necesario. Los hidalgos no pedirían nada más que un aumento de los dones gratuitos; pero para obtenerlo será necesario apelar a ciertas veleidades del gobierno personal, y hasta prestarse a ello, y prestarse hasta el punto en que los factores de resistencia entren también en juego, y es entonces cuando el azar, es decir, lo incalculable, lo no intencionado, entra en juego. Para asegurarse los dones gratuitos, hay que blandir la amenaza de un conflicto —un paso más, y el propósito primordial, el donativo, adviene accesorio, la corona se pone contra el Reichstag, hay que someterse o romper, y entonces eso puede llegar a ser gracioso. Leo justamente la obra de Gadnier, *Personal Government of Charles I* (El gobierno personal de Carlos I). La situación recuerda la de Alemania actual, casi hasta en lo ridículo. Por ejemplo, los argumentos a propósito de la inmunidad para los actos cometidos en el recinto parlamentario. Si Alemania fuera país latino, el conflicto revolucionario sería inevitable, pero como están las cosas, nada seguro puede decirse.' Se ve pues, que Engels juzgaba la situación grave y preñada de conflictos, y eso en la época en la cual los revisionistas le hacen proclamar que estaba abierta la era de la evolución legal y pacífica a cualquier costo, que su reino estaba siempre asegurado y que había pasado la era de las revoluciones.

"Es claro que Engels, al juzgar así la situación, evitaba toda palabra que los adversarios habrían podido explotar contra el partido y que, permaneciendo, naturalmente, inquebrantable en el fondo, se mostraba tan reservado como era posible en la forma.

"Entre tanto, el *Vorwärts*, sin duda para ejercer influencia favorable en los debates de la comisión encargada del proyecto de ley, publicó algunos pasajes de la introducción y los combinó de tal manera que considerados aisladamente producían la impresión que los revisionistas han cargado más tarde a la cuenta de Engels. Este se llenó entonces de cólera. En una carta del 1 de abril escribió: 'Con gran sorpresa veo en el *Vorwärts* de hoy un extracto de mi introducción impreso sin mi aprobación y aderezado de tal manera, que yo tengo el aire deser adorador

pacífico de la legalidad a cualquier precio. Estoy más contento de ver aparecer ahora íntegramente la introducción en *Die Neue Zeit*, a fin de que esa impresión vergonzosa sea borrada. No dejaré de decir lo que pienso de ello a Liebknecht y a ellos, cualesquiera que sean, que le han dado esta ocasión de desnaturalizar mi pensamiento.'

"No sospechaba de que poco tiempo después, amigos íntimos, más calificados que los demás para proteger su pensamiento contra toda alteración, llegarían a creer que esa opinión desnaturalizada era la suya propia y que eso que le parecía una vergüenza era la proeza más soberbia de toda su existencia: el luchador revolucionario terminaba en adorador pacífico de la legalidad a cualquier precio."

Si esas líneas no bastasen para precisar el punto de vista de Engels relativo a la revolución, nos remitiríamos a un artículo sobre el socialismo en Alemania [10] que publicó en *Die Neue Zeit* en 1892, es decir, pocos años antes de la introducción a *Las luchas de clases en Francia* de Marx. Escribió:

"¡Cuántas veces los burgueses nos han sugerido que deberíamos renunciar en todos los casos al empleo de medios revolucionarios y atenernos a la legalidad hasta que la ley de excepción sea suprimida y el derecho común restablecido para todos, hasta para los socialistas! Desgraciadamente, no estamos en condiciones de satisfacer en ese punto a los señores burgueses. Lo que de ningún modo impide, por lo demás, que en este momento no sea a nosotros a quienes la legalidad está en camino de perder. Al contrario, trabaja para nosotros a maravilla; tanto, que sería locura de nuestra parte infringirla mientras las cosas sigan de este modo. Es mucho más justo preguntarse si ¿no son más bien los burgueses y su gobierno los que atentarán contra la ley y el derecho para aplastarnos por la violencia? Pero dejemos venir las cosas. Entretanto, 'disparad primero, señores burgueses'.

"No hay duda de que ellos tirarán primero. Un buen día la burguesía alemana y su gobierno dejarán de contemplar con los brazos cruzados la marea creciente del socialismo; recurrirán a la ilegalidad y a la violencia. ¿Pero para qué? La violencia puede aplastar a una pequeña secta en un territorio restringido; pero hay que buscar todavía la fuerza capaz de extirpar un partido de más de dos o tres millones de hombres extendido por todo el territorio de un imperio. La superioridad momentánea de la contrarrevolución podrá tal vez retardar por algunos años el triunfo del socialismo, pero solamente para hacerlo más completo y definitivo."

Hay que tener en cuenta estos pasajes, así como las cartas antes mencionadas, para comprender bien las expresiones de la introducción de Engels relativas a la legalidad, tan ventajosa para nuestro partido. No son de ningún modo un renunciamiento a la idea de la revolución. Rechazan segura-

[10] Se refiere al artículo de Engels, "Der Sozialismus in Deutschland" (El socialismo en Alemania), publicado en *Die Neue Zeit*, año X (1892), vol. 1. (E.)

Generated by CamScanner from intsig.com

mente de modo categórico la opinión de los que quisieran vernos sacrificar todo a la idea de la revolución, a la cual se representan como simple repetición de los acontecimientos de 1830 y 1848. Pero esto sería tan erróneo como imaginarse por eso que mi punto de vista está en contradicción con el de Engels. La verdad es que antes de la introducción de Engels yo había hecho el mismo razonamiento que él, en otras circunstancias y en otra forma.

En el duodécimo año de *Die Neue Zeit* escribí, en diciembre de 1893, un artículo sobre un "catecismo socialdemócrata"[11] en el cual discutía en detalle la cuestión de la revolución. He aquí lo que puede leerse en él:

"Somos revolucionarios, y no sólo en la acepción del término que nos hace decir, por ejemplo, que la máquina de vapor es un agente revolucionario. La transformación social que queremos realizar sólo puede cumplirse por una revolución política y por la conquista de los poderes públicos, lo que será obra del proletariado militante. La sola constitución política bajo la cual el socialismo puede realizarse es la republicana; la república en su acepción más general, es decir la república democrática.

"La socialdemocracia es un partido revolucionario; no es un partido que hace revoluciones. Sabemos que nuestros objetivos pueden ser alcanzados sólo mediante una revolución, pero sabemos también que está tan poco en nuestras manos hacer esta revolución como en las de nuestros adversarios impedirla. Por esto no nos pasa siquiera por la mente el querer provocar o preparar una revolución. Y puesto que la revolución no puede ser hecha a nuestro arbitrio, no podemos decir absolutamente nada respecto al tiempo, las condiciones y las formas en que ella se producirá. Sabemos que la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado durará mientras éste último no se halle en plena posesión del poder político con cuya ayuda establecerá el socialismo. Sabemos que esta lucha de clases no puede menos que ganar incesantemente en extensión y en intensidad; que el proletariado se engrandecerá cada vez más en número y en fuerza, tanto desde el punto de vista moral como del económico y que, por consecuencia, su victoria y la derrota del capitalismo son inevitables. Pero en cuanto a saber cuándo y cómo se librarán las últimas batallas decisivas de esta guerra social, es

11 "Ein sozialdemokratischer Katechismus" (Un catecismo socialdemócrata), *Die Neue Zeit*, año XII (1893-1894), vol. II, Convencido de que el desarrollo capitalista y sus crecientes contradicciones tornaban inevitable por una ley natural el advenimiento del socialismo, Kautsky sostenía en este trabajo que: 1) las revoluciones no se fabrican; 2) que cuando llega la hora de la revolución no hay nada que pueda detenerla; 3) que la progresiva maduración de la revolución en el plano objetivo predispone en la socialdemocracia una actitud favorable para recoger a través del respeto de las reglas parlamentarias los frutos de su influencia creciente hasta la toma del poder, sin apelar a golpes de mano que ayuden a la reacción; 4) que esta fuerza históricamente irresistible de la socialdemocracia puede, en presencia de un estado democrático y parlamentario, inducir a la clase dirigente a aceptar pacíficamente la condena de la historia. (E.)

guerra social, es cuestión sobre la cual no podemos emitir sino las más vagas hipótesis. Todo esto no es nuevo (...)

Como no sabemos nada preciso concerniente a las batallas decisivas de esta guerra social, es natural que no podamos decir por anticipado si serán sangrientas, si la fuerza física desempeñará en ellas papel importante o si se librarán exclusivamente con la ayuda de la presión económica, legislativa y moral.

"No obstante, se puede considerar como muy probable que en las luchas revolucionarias del proletariado los últimos procedimientos prevalecerán con más frecuencia que el empleo de la fuerza física, es decir militar, que en las luchas revolucionarias de la burguesía. Una de las razones por las cuales es probable que las luchas revolucionarias recurran con menos frecuencia en el porvenir al empleo de medios militares es, como se ha repetido frecuentemente, que el equipo de los ejércitos modernos supera infinitamente las armas de las cuales dispone la población 'civil'; toda resistencia de parte de ésta se encuentra en general reducida desde el comienzo a la impotencia.

"Por el contrario, las clases revolucionarias disponen hoy de mejores armas que aquellas de que disponían los del siglo XVIII para organizar la resistencia desde los puntos de vista económico, político y moral. Solamente Rusia constituye una excepción a este respecto.

"Hay que ver en la libertad de coalición, de prensa y de sufragio universal (oportunamente también en el servicio militar obligatorio para todos) no sólo armas que dan al proletariado de los estados modernos ventajas sobre las clases que han librado las luchas de la revolución burguesa, sino también las instituciones que ponen en evidencia las fuerzas relativas de los partidos y de las clases y el espíritu que los anima, cosa imposible en los tiempos del absolutismo.

"Bajo el régimen del absolutismo, las clases dirigentes, lo mismo que las clases revolucionarias, marchaban a tientas. Siendo imposible cualquier manifestación del espíritu de oposición, ni el gobierno ni los revolucionarios podían conocer sus fuerzas. Cada una de las dos partes corría el riesgo de exagerar sus propias fuerzas mientras no se había medido en la lucha con el adversario, o de dudar de ellas cuando hubiera sufrido un solo fracaso y renunciar a toda esperanza. Es probablemente una de las razones principales por las cuales el periodo revolucionario de la burguesía nos muestra tantas refriegas aplastadas de un solo golpe y tantos gobiernos derribados súbitamente; de ahí la sucesión de revoluciones y de contrarrevoluciones.

"Hoy sucede de otro modo, por lo menos en los países que poseen instituciones un tanto democráticas. Se ha llamado a estas instituciones la válvula de seguridad de la sociedad. Si con ello se quiere entender que en una democracia el proletariado deja de ser revolucionario y que contentándose con expresar abiertamente su indignación y sus sufrimientos renuncia a la revolución política y social, esta calificación es falsa. La democracia

Generated by CamScanner from intsig.com

no puede destruir los antagonismos de clases de la sociedad capitalista, ni aplazar el inevitable resultado final, que es la caída de esta sociedad. Pero lo que puede hacer es impedir, si no la revolución, por lo menos muchas tentativas de revolución prematura y sin probabilidad de éxito; puede dispensar así de más de un movimiento revolucionario. La democracia pone en evidencia las fuerzas relativas de los partidos y de las clases, no destruye los antagonismos ni posterga el resultado final que es su consecuencia, pero tiende a impedir que las clases ascendentes aborden la solución de problemas para los cuales no están maduras; tiende también a impedir que las clases dirigentes rehúsen concesiones cuando no tienen la fuerza para hacerlo. La dirección de la evolución no se modifica, pero su marcha llega a ser más continua y más calma. El empuje del proletariado en los estados un tanto democráticos no está señalado por victorias tan ruidosas como las de la burguesía durante su periodo revolucionario, pero tampoco por tan grandes derrotas. Desde el despertar del movimiento obrero socialista moderno, que se produjo después de 1860, el proletariado europeo ha sufrido una sola gran derrota, la Comuna de París en 1871. Francia se resentía todavía del régimen imperial que había rehusado al pueblo instituciones verdaderamente democráticas; solamente una minoría muy pequeña del proletariado francés había adquirido conciencia de sí misma y había sido forzada a la insurrección.

"Puede ser que los métodos de lucha de la democracia proletaria parezcan más fastidiosos que los de la revolución burguesa; son seguramente menos dramáticos, menos teatrales, pero también exigen muchos menos sacrificios. Esta ventaja deja tal vez impasibles a los literatos ingeniosos y a los que con el socialismo se procuran un deporte y motivos interesantes, pero no a los que toman verdaderamente parte de la lucha.*

"El llamado método pacífico de la lucha de clases democrático-proletaria, limitado al empleo de medios no militares, tales como parlamentarismo, huelgas, manifestaciones, periódicos y otros medios de presión semejante, tiene tantas más probabilidades de ser conservado en un país en el cual las instituciones democráticas son más eficaces y la población posee más perspicacia en materia política y económica y más dominio sobre ella misma.

"Sin embargo, cuando están enfrentados dos adversarios, en circuns-

* "Las revoluciones burguesas, como la del siglo XVIII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilarse serenamente los resultados de su periodo impetuoso y agresivo. En cambio, las revoluciones proletarias (...) se critican constantemente (...)." (Marx, *Der 18 Brumaire*, p. 4 [*El dieciocho brumario de Luis Bonaparte, Obras escogidas*, cit., t. 1, p. 233].) Cuando Marx comparaba así, en 1852, la revolución burguesa con la revolución proletaria, no podía aún, naturalmente, tener en cuenta la influencia ejercida sobre ésta última por las instituciones democráticas.

tancias iguales, aquel que se siente superior al otro es el que mantiene mejor su sangre fría. Quien no tiene confianza en sí mismo ni en su causa pierde demasiado fácilmente la calma y el imperio sobre sí.

"En los países civilizados modernos es la clase proletaria la que tiene más fe en sí misma y en su causa. Para ello no tiene necesidad de forjarse ilusiones; le basta considerar la historia de la última generación para comprobar en todas partes su ascensión ininterrumpida; le basta considerar la marcha de las cosas en nuestra época para extraer de ella la certidumbre de que su victoria es inevitable. No hay, pues, motivo para esperar que el proletariado pierda fácilmente su calma y su sangre fría e inaugure una política de aventuras en los países donde ha alcanzado un elevado grado de desarrollo. Hay tanto menos motivo para esperarlo, cuanto que la educación y el discernimiento de la clase obrera están allí más desarrollados y el estado es más democrático.

"En cambio, no se puede depositar la misma confianza en las clases dirigentes. Ellas sienten y comprueban sus debilitamiento gradual, y como se vuelven cada vez más inquietantes y temerosas, sus actos son cada vez más imprevistos. Entran, a simple vista, en un estado de ánimo del que cabe esperar un súbito acceso de rabia, que las hará precipitarse con ciego furor sobre el adversario, para abatirlo, sin cuidarse de los golpes que se darán a sí mismas y a toda la sociedad y de los desastrosos estragos que acarrearán.

"La situación política en que se encuentra el proletariado hace prever que, mientras le sea posible, procurará aprovecharse del uso exclusivo de los métodos "legales" antes mencionados. El peligro de ver contrarrestar esta tendencia reside sobre todo en la nerviosidad de las clases dirigentes.

"Sus hombres de estado desean generalmente ese acceso de rabia y, de ser posible, no sólo en las clases dirigentes, sino también en la masa de los indiferentes; desean verlo estallar lo más pronto, antes de que la socialdemocracia tenga fuerza para resistirlo. Es el único medio que aún les queda para retardar, por algunos años, al menos , la victoria de los socialistas. En verdad echan así la última carta: si la burguesía, en este acceso colérico, no logra aplastar al proletariado, entonces, agotada por este esfuerzo, se hundirá más rápidamente y el socialismo triunfará tanto más pronto. Pero los políticos de las clases dirigentes están ya, en su mayoría, en un estado de ánimo en que creen que no les queda sino jugarse el triunfo. Quieren provocar la guerra civil por miedo a la revolución.

"Así, pues, la socialdemocracia no sólo no tiene razón alguna para adoptar esta política desesperada, sino que tiene sobrados motivos para hacer de modo que el ataque de rabia de los dirigentes, si es inevitable, sea al menos demorado en lo posible, a fin de que no estalle sino cuando el proletariado habrá llegado a ser bastante fuerte como para abatir al loco furioso y dominarlo sin otro proceso; este ataque sería, así, el último, y los daños que causaría, los sacrificios que costaría, serían los mínimos posibles.

"La socialdemocracia debe, pues, evitar e incluso combatir todo

fuera una inútil provocación de las clases dominantes, todo lo que diera a sus políticos un pretexto para arrastrar a la burguesía y su séquito a un loco odio comesocialistas, cuyas consecuencias pagarían los socialistas. Si declaramos que es imposible hacer revoluciones, si juzgamos insensato y hasta funesto el querer fomentar una revolución, y si obramos en consecuencia, no es ciertamente por amor a nuestros gobernantes, sino sólo en el interés del proletariado militante. Y en este punto, la socialdemocracia alemana está de acuerdo con los partidos socialistas de los otros países. Gracias a esta actitud, los hombres de estado de las clases dirigentes no han podido hasta ahora proceder como habrían querido, respecto del proletariado militante.

"Por débil que sea todavía, relativamente, la influencia política de la socialdemocracia, es, sin embargo, ya demasiado considerable en los estados modernos, como para que los políticos burgueses puedan obrar con él según les venga en gana. Las pequeñas medidas, los embrollos, de nada les sirven; no hacen más que exasperar a los afectados, sin asustarlos, sin enfriar su ardor combativo. Por otra parte, toda tentativa de recurrir a medidas enérgicas, haciendo imposible la lucha al proletariado, provoca el peligro de una guerra civil que, cualquiera que fuese el resultado, comportaría enormes perjuicios. Esto es lo que sabe hoy perfectamente todo hombre un poco perspicaz. Luego, por fundamentos que tengan los políticos burgueses para desear que las fuerzas del partido socialista sean puestas a prueba cuanto antes, prueba que ellos mismos no están tal vez en condiciones de sostener, los dirigentes de la burguesía no querrían saber de una experiencia que puede arruinarlos a todos, en menor grado si guardasen su sangre fría, si no les acometiese el acceso de rabia de que hemos hablado. Porque, entonces, el burgués es capaz de todo, y cuanto más miedo tenga, más sangre fría exigirá.

"El interés del proletariado manda hoy imperiosamente, como nunca, evitar todo lo que pudiese empujar inútilmente a las clases directoras a una política de violencia. Y la socialdemocracia procede en consecuencia.

"Pero hay una tendencia que pasa por proletaria y socialista revolucionaria, y cuya tarea principal, además de la lucha contra la socialdemocracia, consiste en provocar una política de violencia. Esta táctica, tan ardientemente deseada por los hombres de estado de la burguesía, la única todavía capaz de detener la marcha victoriosa del proletariado, es la que constituye justamente la especialidad de esa tendencia; no hay que sorprenderse, pues, de que goce de la benevolencia de los Puttkamer [12] y consortes. Sus partidarios no buscan el debilitamiento de la burguesía, sino el ponerla rabiosa.

"La Comuna de París de 1871 es, como lo hemos dicho, la última gran

[12] Robert Viktor von Puttkamer (1828-1900), ministro prusiano del Interior desde 1881 hasta 1888, durante la aplicación de la ley contra los socialistas. (E.)

Generated by CamScanner from intsig.com

derrota del proletariado. Desde entonces, la clase obrera ha hecho progresos continuos en casi todos los países siguiendo el método que hemos descrito, progresos menos rápidos que los que habríamos deseado; pero más seguros que los de todos los movimientos revolucionarios anteriores.

"Sólo en algunos casos, después de 1871, el movimiento obrero tuvo que sufrir reveses notables; el error se debió cada vez a la intervención de ciertas personas que se sirvieron de medios que el uso actual designa como anarquistas, y que responden en todo caso a la táctica de la 'propaganda por la acción', predicada hoy por la inmensa mayoría de los anarquistas. Recordemos el perjuicio que los anarquistas ocasionaron a la Internacional y al levantamiento revolucionario español de 1873. Cinco años después de este levantamiento, ocurrió la reacción universal provocada por los atentados de Hödel y Nobiling;[13] sin esos atentados, Bismarck difícilmente habría conseguido hacer pasar la ley contra los socialistas. En todo caso, no habría sido posible aplicarla tan rigurosamente como lo fue en los primeros años; el proletariado alemán se habría ahorrado sacrificios enormes y su marcha victoriosa no habría sido obstaculizada un sólo instante.

"Después fue en Austria donde el movimiento obrero sufrió, en 1884, un nuevo revés, como consecuencia de las cobardías y bestialidades de Kammerer, Stellmacher y consortes. El poderoso empuje del movimiento socialista fue quebrado de un solo golpe sin la menor resistencia; fue aplastado no por las autoridades sino por el furor general de la población, que achacó a los socialistas la obra de esos anarquistas.

"Otro revés se produjo en Estados Unidos de América en 1886. El movimiento obrero había tomado entonces en este país un impulso rápido y potente. Avanzaba a pasos gigantescos, con tanta celeridad que algunos observadores creían ya que podría sobrepasar en poco tiempo al movimiento europeo y tomar la delantera. En la primavera de 1886, la clase obrera de la Unión desplegó una actividad colosal para conquistar la jornada de ocho horas. Las organizaciones obreras crecieron en proporciones enormes, las huelgas sucedían a las huelgas, un entusiasmo indescriptible reinaba en las filas de los trabajadores, y los socialistas, que estaban siempre en la primera línea y se mostraban los más activos, comenzaron a tomar la dirección del movimiento. Entonces, el 4 de mayo de 1886, fue lanzada en Chicago la famosa bomba, en uno de los numerosos choques que ocurrían por esa época entre la policía y los obreros. Todavía se ignora quién fue el autor del atentado. Los anarquistas ejecutados por ese hecho el 11 de noviembre, y sus camaradas condenados a largos años de cárcel, fueron víctimas de un asesinato judicial. Pero el acto respondía a la táctica que han preconizado siempre los anarquistas: desencadenó la furia de la bur-

[13] El 19 de octubre de 1878, por 221 votos contra 149, fueron aprobadas en el Reichstag las leyes bismarckianas antisocialistas, luego del fallido atentado de un joven obrero llamado Hödel contra el Kaiser Guillermo I en la avenida Unter den Linden. Nobiling intentó infructuosamente pocos días después asesinar al Kaiser. (E.)

Generated by CamScanner from intsig.com

guesía norteamericana, llevó al desorden a las filas obreras y desacreditó a los socialistas, que no se sabía o no se quería a menudo distinguir de los anarquistas. La lucha por la jornada de ocho horas terminó con la derrota de los trabajadores, se hundió el movimiento obrero y el partido socialista se encontró reducido a una función insignificante. Sólo ahora comienza lentamente a levantarse de nuevo en los Estados Unidos.

"Los únicos perjuicios notables que ha debido sufrir el movimiento obrero en estos 20 años han tenido por causa los actos cometidos por anarquistas, o al menos de acuerdo con la táctica que ellos predican. La ley contra los socialistas en Alemania, el régimen de opresión en Austria, el crimen judicial de Chicago, y todas sus consecuencias, no habrían sido posibles sin esos actos. . .

"El anarquismo tiene hoy menos probabilidades que nunca de recuperar la dirección de las masas en cualquier país.

"Las dos causas principales que predisponían a las masas para el anarquismo eran la falta de perspicacia y la desesperación, sobre todo la imposibilidad aparente de obtener alguna mejora con ayuda de la política.

"Hacia 1880 y en los años siguientes, cuando los obreros austríacos y norteamericanos se dejaban seducir en masa por la fraseología anarquista, se observa en ambos países un crecimiento extraordinario del movimiento obrero, pero al mismo tiempo una ausencia casi completa de dirección. Los batallones obreros se componían casi exclusivamente de reclutas sin educación, sin conocimientos, sin experiencia y sin jefes. Además, parecía imposible sacudir por la lucha política la dominación del capital. En Austria, los obreros estaban privados del derecho de sufragio y no tenían esperanza de obtenerlo por medios legales, sino a largo plazo. En América, desesperaban de poder acabar, por el empleo de la política, con la corrupción de los poderes públicos.*

"Se manifestó entonces en el movimiento obrero una tendencia pesimista; y no sólo en estos dos últimos países, sino también en otros.

* En uno de los últimos números del órgano socialista americano, el *Vorwärts*, hemos leído el resumen de un discurso pronunciado por Michel Schwab, una de las víctimas del atentado de 1886, salido hace poco de la prisión. Reconoce la absurdidad y la locura de la táctica anarquista. Pero explica cómo el anarquismo pudo propagarse en Chicago a partir de 1880: "Jamás se repetirá bastante que esta táctica (la táctica anarquista), no ganó terreno en Chicago sino a contar del día en que un juez decidió que estaba permitido, frente a los comunistas, falsificar las boletas de voto. La mayoría de vosotros recordará la elección que hizo entrar a Frank Stauber en el consejo municipal. El resultado de la elección fue falseado de la manera más impúdica por dos miembros de la junta electoral. ¡Es lo que afirmaron bajo juramento los agentes de policía y otros testigos; es lo que demostró todavía, antes de la clausura de los debates, que se retardaron cuanto fue posible, la confesión pura y simple del acusado! ¡Y a pesar de todo el juez absolvió a los falsarios! la indignación fue general entre los obreros, y no quisieron saber más de los métodos que hasta entonces habían seguido. Muchos de nosotros hemos aprendido después que en política no hay que dejarse llevar por arrebatos puramente sentimentales."

"Hoy la situación ha cambiado en todos los países, tornándose mejor.

"En Austria había otra circunstancia que favorecía el progreso del anarquismo: La *socialdemocracia había perdido allí la confianza de las masas.* Cuando la ley contra los socialistas destrozó las armas políticas y económicas del proletariado alemán —sus organizaciones y su prensa—, el anarquismo, que acababa de hacer su aparición, supo hacer creer a los obreros que nuestro partido, una vez amordazado, había depuesto las armas y renegado de sus principios revolucionarios. Los socialdemócratas austríacos, que defendían a sus camaradas alemanes, no lograron rehabilitarlos a los ojos de la mayoría de los obreros austríacos, y sí sólo desacreditarse ellos mismos. Un procurador, el conde Lamezan, acudía en ayuda de los anarquistas, que naturalmente le agradaban más, declarando con desprecio que los socialistas no eran sino 'revolucionarios en *robe de chambre*'.

"Aún en nuestros días los anarquistas se toman todas las molestias posibles e imaginables para demostrar a los obreros que los socialdemócratas son revolucionarios de salón. Hasta ahora no han tenido éxito. Pero si alguna vez el movimiento anarquista de cierta importancia llegase a triunfar en Alemania, no habría que buscar sus orígenes en la propaganda de los independientes'; tendría por causa, o bien una maniobra de las clases dirigentes para sembrar la desesperación en las masas obreras e impedir los progresos de su discernimiento, o bien declaraciones emanadas de los medios socialistas, tendientes a hacer creer que nosotros queremos renegar de nuestros principios revolucionarios. Cuanto más 'moderados' nos volviésemos, más haríamos el juego a los anarquistas, prestando así nuestro apoyo a un movimiento cuyos esfuerzos tienden a remplazar las formas civilizadas de la lucha por formas más brutales. Se puede decir, entonces, que en la actualidad hay solamente una circunstancia que podría impulsar a las masas proletarias a derogar los métodos 'pacíficos' de lucha examinados más arriba: el desvanecimiento de la fe en el carácter revolucionario de nuestro partido. Nosotros podemos poner en peligro el desarrollo pacífico sólo mediante un pacifismo extremo.

"No es necesario insistir sobre las otras calamidades que acarrearía aún esta actitud conciliadora.

"No atenuaría la hostilidad de los poseedores y no nos daría un solo amigo seguro. Pero llevaría la confusión a nuestras filas; los tibios se volverían aún más tibios y los enérgicos se apartarían de nosotros.

"El gran móvil de nuestro éxito es el entusiasmo revolucionario. En el futuro lo necesitaremos como nunca, porque las más grandes dificultades no son las que hemos vencido sino las que el porvenir nos reserva. Serían desastrosos los efectos de una táctica que tendiese a enfriar ese entusiasmo.

"Así, pues, el peligro de la situación actual consiste en que corremos el riesgo de parecer más 'moderados' de lo que somos. Cuanto más crece nuestra fuerza, más las cuestiones prácticas pasan al primer plano, más

Generated by CamScanner from intsig.com

necesario nos es extender nuestra propaganda más allá de la esfera del proletariado industrial, y más debemos evitar las provocaciones inútiles y las amenazas vanas. Luego, es muy difícil no extralimitarse, hacer plena justicia al presente sin perder de vista el futuro, entrar en el pensamiento del campesino y del pequeñoburgués sin abandonar el punto de mira proletario, evitar en lo posible toda provocación y, sin embargo, hacer sentir a todos que somos un partido de lucha, de lucha irreconciliable contra todo el orden social actual."

Tal era el artículo de 1893. Contiene también una profecía que se cumplió. Lo que temía en 1893 sucedió pocos años después. En Francia, una fracción de socialistas llegó a ser temporariamente partido de gobierno. Las masas obreras tuvieron la impresión de que el partido socialista había renegado de sus principios revolucionarios, perdieron su confianza en él y pasaron en gran parte a ser presa de la variedad más nueva del anarquismo, el sindicalismo revolucionario. Este último, igual que el antiguo anarquismo de la propaganda por la acción, se preocupa menos de fortificar al proletariado que de asustar inútilmente a la burguesía, de enfurecerla, y de someter al proletariado a pruebas intempestivas que en la circunstancia exceden la medida de sus fuerzas.

Entre los socialistas franceses son justamente los revolucionarios marxistas quienes se han opuesto más categóricamente a esos manejos. Combaten al sindicalismo tan enérgicamente como al ministerialismo; consideran tan nocivos el uno como el otro.

Son los revolucionarios marxistas quienes, hoy todavía, representan la opinión expuesta por Engels y por mí, de 1892 a 1895, en los artículos antes citados.

No somos partidarios de la legalidad a cualquier precio ni revolucionarios a toda costa. Sabemos que no se pueden crear a voluntad las situaciones históricas y que de acuerdo con ellas es menester elaborar nuestra táctica.

En el artículo precedente, yo pensaba que el mejor medio de acelerar el progreso del proletariado era entonces el de proseguir tranquilamente la edificación de las organizaciones obreras y continuar desarrollando la lucha de clases en el terreno legal. No obedezco, pues, como se me reprocha, a la necesidad de exaltarme con intransigencia revolucionaria cuando me inclino a creer, observando las condiciones presentes, que la situación ha cambiado bastante desde 1890; cuando pienso que tenemos sobrados motivos para creer que hemos entrado ahora en un periodo de lucha por la constitución y por la conquista del poder, luchas de las cuales no se pueden prever por el momento ni las formas, ni la duración, pero que continuarán quizás durante decenas de años a través de vicisitudes diversas, y acarrearán muy verosímilmente y en un porvenir bastante próximo, desplazamientos de fuerzas notables en favor del proletariado, si no su hegemonía exclusiva en la Europa occidental.

Voy a exponer brevemente ahora las razones que tengo para creerlo.

6. EL CRECIMIENTO DE LOS ELEMENTOS REVOLUCIONARIOS

Hemos visto que en general los marxistas no se han mostrado tan malos profetas como se ha querido hacerlo creer; es verdad que algunos de ellos se han equivocado siempre hasta aquí en un punto, el que se refiere a la determinación del momento en que se producirían grandes luchas revolucionarias y desplazamientos de fuerzas considerables en el terreno político en favor del proletariado.

¿Qué razones tenemos, pues, para creer que ese momento tan deseado se acerca ahora, que el estancamiento político toca a su fin, y que las luchas ágiles, el ímpetu victorioso hacia la conquista del poder político van a reanudar su curso?

Engels, en la introducción de *Las luchas de clases en Francia* de Marx, insistía con razón en que las grandes luchas revolucionarias no pueden ser realizadas hoy sino por grandes masas conocedoras de las exigencias de la situación. Pasaron los tiempos en que pequeñas minorías podían, mediante una acción enérgica, derribar de improviso al gobierno y poner otro en su lugar. Esto era posible en estados centralizados, donde toda la vida política estaba concentrada en una capital que dominaba al país entero, mientras las poblaciones y las pequeñas ciudades no mostraban vestigios de vida política ni de cohesión. Bastaba entonces paralizar o conquistar el ejército y la burocracia de la capital para apoderarse del gobierno, y para proceder a una revolución económica si la situación general la exigía.

Hoy, en el siglo de los ferrocarriles y del telégrafo, de los diarios y de las reuniones públicas, de los muchos centros industriales, de los cañones y de los fusiles a repetición, es absolutamente imposible para una minoría paralizar el ejército de la capital, a menos que ya esté completamente desorganizado; y es igualmente imposible circunscribir una lucha política en los límites de la capital. La vida política es la vida de toda la nación.

Donde existan esas condiciones, un desplazamiento de fuerzas en el terreno político lo bastante considerable como para hacer imposible un régimen antidemocrático, está sometido a las siguientes condiciones previas:

1. Es menester que ese régimen sea directamente hostil a la gran masa del pueblo.

2. Es menester que haya un gran partido de oposición irreconciliable, que agrupe en sus organizaciones a las masas populares.

3. Es menester que ese partido represente los intereses de la gran mayoría de la población y que posea su confianza.

4. Es menester, en fin, que la confianza en el régimen existente, en su

Generated by CamScanner from intsig.com

fuerza y en su estabilidad, esté resentida en sus propios órganos, es decir en la burocracia y en el ejército.

En las últimas décadas, no se han dado juntas dichas condiciones, por lo menos en la Europa occidental. El proletariado no formaba ni con mucho la mayoría de la población, y la socialdemocracia no era el partido más fuerte. Si, no obstante, esperábamos entonces la venida próxima de la revolución, era porque contábamos no sólo con el proletariado, sino también con las masas revolucionarias de la pequeño burguesía democrática y con la muchedumbre de pequeñoburgueses y campesinos que marchaba detrás. Posteriormente, la democracia burguesa ha defeccionado por completo. A estas horas no es en Alemania siquiera un partido de oposición.

Además, la inseguridad que reinaba antes de 1870 en los grandes estados de Europa ha desaparecido después de esta época, excepto en Rusia. Los gobiernos se han consolidado, han ganado en fuerza y en estabilidad. Cada uno de ellos, en fin, ha sabido hacer creer a la nación que representaba sus intereses. Es así como justamente al comienzo de la época que vio nacer un movimiento obrero durable y autónomo, es decir desde 1860, las probabilidades de una revolución política disminuyeron cada vez más durante cierto tiempo, mientras el proletariado, que cada vez tenía mayor necesidad de esta revolución y se la imaginaba semejante a las revoluciones realizadas después de 1789, la esperaba en un futuro próximo.

Sin embargo, la situación se transforma poco a poco en su favor. La organización del proletariado se agranda. Tal vez Alemania es donde este crecimiento se manifiesta del modo más impresionante. Fue particularmente rápido en los últimos doce años. Vimos entonces alcanzar los efectivos de la socialdemocracia a medio millón de miembros organizados, y los de los sindicatos que están unidos con ella por un estrecho vínculo intelectual, a dos millones de miembros. Simultáneamente prosperaba la prensa, que es la obra de las organizaciones y no de una empresa privada: nuestra prensa política cotidiana alcanzaba una cifra redonda de un millón de ejemplares, y la prensa sindical, generalmente hebdomadaria, una tirada bastante más considerable aún.

Esto representa una potencia de organización del pueblo trabajador y explotado, de la que no hay ejemplo en la historia.

La superioridad de las clases dirigentes sobre las dirigidas se fundaba aquí, en gran parte, en que las primeras disponían de las fuerzas organizadas del estado, mientras que las clases inferiores estaban casi desprovistas de toda organización, por lo menos de una organización que abarcase todo el territorio del estado. Cierto, las clases trabajadoras no podían pasarse completamente sin organizaciones; pero en la antigüedad, en la edad media y aún hasta en los tiempos modernos esas organizaciones eran *asociaciones locales*, unas y otras fraccionadas y estrechamente circunscriptas; eran organizaciones *corporativas* o *comunales*, entre las cuales estaban las comunidades rurales para el cultivo del suelo. La comuna podía llegar a ser

en la ocasión un punto de apoyo muy fuerte contra el estado; nada es tan falso como asimilar sin diferencia la comuna al estado y considerar a las dos como organizaciones al servicio de la misma clase. La comuna puede ser una organización de las de este género, lo es a menudo, pero puede también constituir en el propio seno del estado una organización de las clases gobernadas, cuando éstas forman la mayoría en la comuna y conquistan en ella el poder. Esta función se manifestó en la Comuna de Paris, en distintas épocas, de la manera más sorprendente. Por momentos esta comuna fue hasta una organización de las últimas clases de la sociedad.

Pero frente a estados tan fuertes como los grandes estados modernos, ni una sola comuna puede mantener hoy su autonomía. Ha llegado a ser indispensable organizar las clases inferiores en grandes asociaciones extendidas por todo el territorio nacional y que abarcan los oficios más diferentes.

A este respecto, Alemania es la que mejor lo ha conseguido. En Francia y asimismo en Inglaterra, el país de las viejas *Trade Unions*, las organizaciones sindicales y políticas están todavía muy divididas. Sin embargo, por rápido que sea el crecimiento de las organizaciones proletarias, nunca llegarán en una época normal, no revolucionaria, a agrupar a todos los trabajadores del país; no contendrán sino lo selecto que las particularidades profesionales, locales o individuales favorecen y que se eleva así por sobre la gran masa de la población. Al contrario, en tiempos de la revolución, cuando hasta los más débiles se descubren capacidad y temperamento belicoso, el reclutamiento de las organizaciones de clases no tiene otros límites que los de las clases cuyos intereses representan.

Ahora, es bien notable que el proletariado industrial forma hoy, en el imperio alemán, la mayoría no sólo de la *población*, sino también de los *electores*.

El empadronamiento de 1907 no nos ha dado aún cifras exactas relativas a la clasificación de la población obrera; no poseemos sino las cifras del empadronamiento de 1895. Comparándolas con las cifras suministradas por la elección de 1893, hacemos las siguientes comprobaciones:

En 1893, el número de los electores era de 10 628 292. Por otra parte, había en 1895, 15 506 482 personas de sexo masculino que ejercían alguna profesión. Si se excluye a los hombres menores de 20 años, y a la mitad de los que tienen de 20 a 30 años de edad, se obtiene 10 742 989 como número aproximado de los individuos masculinos que ejercen una profesión y gozan del derecho de sufragio. Este número coincide casi con el de los electores en 1893.

El mismo cálculo nos muestra que, de los individuos masculinos con derecho a voto, ocupados en la agricultura, el comercio y la industria, 4 172 269 trabajaban por su cuenta, y 5 590 743 eran obreros o empleados, y puesto que de los 3 144 977 establecimientos industriales y comerciales, más de la mitad, a saber, 1 714 351, no ocupaban más que una sola persona,

Generated by CamScanner from intsig.com

cuyos intereses, en la inmensa mayoría de los casos, coincidían con los del proletariado, de ningún modo es exagerado pretender que la población electoral en 1895 incluía, al lado de tres millones y medio de personas establecidas por su cuenta e interesadas en el mantenimiento de la propiedad privada de los medios de producción, más de seis millones de proletarios interesados en su supresión.

Es lícito suponer que la proporción es igual en otras capas de la población que entran en la cuenta; tales, especialmente, las "personas independientes sin profesión", rúbrica que comprende, por un lado, a ricos rentistas capitalistas, y por otro, a inválidos y ancianos que cobran una pensión muy mezquina.

Pero si consideramos a todas las personas que ejercen una profesión y no más sólo a los electores, encontramos que el proletariado forma una mayoría bastante más considerable todavía, pues entre los individuos que aún no tienen derecho al voto, los proletarios son casi los únicos que ejercen un oficio. Se dan entonces las siguientes cifras:

Edad	Establecidos por su cuenta	Obreros y empleados
De 18 a 20 años	42 711	1 335 016
De 20 a 30 años	613 045	3 935 592
y por otra parte:		
De 30 a 40 años	1 319 201	3 111 115
De 40 a 50 años	1 368 261	1 489 317
De más de 50 años	2 102 814	1 648 085

En suma, había en 1895 en la agricultura, la industria y el comercio, al lado de 5 474 046 personas establecidas por su cuenta, 13 438 377 obreros y empleados. Si se elimina aún de la primera categoría a los obreros a domicilio y otros proletarios convertidos en personas "establecidas por su cuenta", se puede decir firmemente que las capas de la población interesadas en la propiedad privada de los medios de producción sobrepasan apenas, desde 1895, una cuarta parte de los individuos con profesión, pero aún forman un buen tercio de los electores.

Trece años antes, en 1882, la situación no era todavía tan favorable. Comparando las cifras de la estadística profesional de 1882 con las de la elección de 1881, y haciendo el mismo cálculo que para 1895, obtenemos los siguientes resultados:

Años	Total de electores	Electores establecidos por su cuenta	Electores obreros
1882	9 090 381	3 947 192	4 744 021
1895	10 628 292	4 172 269	5 590 743
Aumento	1 537 911	225 077	846 722

El número de explotaciones con una sola persona era casi el mismo en 1882 que en 1895, a saber, 1 877 872. Pero el número de individuos no proletarios entre las personas establecidas por su cuenta era ciertamente más elevado en 1882 que en 1895. Podemos, pues, deducir que el número de los electores interesados en la propiedad privada de los medios de producción era casi tan elevado en 1882 como en 1885, es decir, que alcanzaba, en cifras redondas, a tres millones y medio; pero el de los proletarios ascendía a cinco millones. Así, pues, el número de los campeones de la propiedad sería el mismo de 1882 a 1895, mientras que el de sus adversarios entre los electores habría crecido en un millón.

El número de electores socialistas ha aumentado en este lapso en proporciones todavía más grandes; ha pasado de 311 901 a 1 780 989. Es cierto que en 1881 la cantidad de votos socialdemócratas fue restringida artificialmente por efectos de la ley contra los socialistas.

Desde 1895, el desarrollo del capitalismo, y, por consiguiente, el del proletariado, ha hecho, naturalmente, nuevos progresos. Por desgracia, no tenemos aún las cifras completas, para todo el imperio, de la estadística de 1907, que ponen en relieve este hecho.

Según datos provisorios, el número de individuos masculinos establecidos por su cuenta en la agricultura, la industria y el comercio ha aumentado, de 1895 a 1907, en 33 084, es decir, casi nada; el de los empleados y obreros masculinos o, dicho de otro modo, proletarios, ha aumentado en 2 891 228, vale decir, cerca de *cien veces* más.

El elemento proletario, que prevalecía desde 1895, tanto en el cuerpo electoral como en la población, ha adquirido después una preponderancia enorme.

En 1907 el número de electores ascendía a 13 352 900. Por otra parte, se contaban, el 12 de junio de 1907, 18 583 864 individuos masculinos que ejercían una profesión, de los cuales 13 951 000 tenían más de 25 años. Si se quita de esta última cifra a los extranjeros, los soldados, las personas socorridas por la asistencia pública o condenadas a la pérdida de sus derechos cívicos, la cifra restante coincide con el número de los electores.

Sobre las 18 583 864 personas masculinas con oficio, 4 438 123 estaban establecidas por su cuenta en la agricultura, la industria y el comercio, y 12 695 522 eran obreros y empleados.

Admitiendo hoy la misma proporción de electores que en 1895, entre los individuos masculinos establecidos por su cuenta y los obreros, podemos completar el cuadro anterior de este modo:

Años	Total de electores	Electores establecidos por su cuenta	Electores obreros
1895	10 628 292	4 172 269	5 590 743
1907	13 352 900	4 202 903	7 275 944
Aumento	2 724 608	30 634	1 685 201

Generated by CamScanner from intsig.com

En este aumento del número de electores, la parte capital corresponde al proletariado, y en una proporción todavía más grande que para el período que va de 1882 a 1895.

Pero las cifras del último empadronamiento (1905) no son menos características del progreso industrial.

En general, las ciudades ofrecen un terreno más favorable que la campaña para la vida política, la organización proletaria y la propaganda de nuestras ideas. La despoblación del campo y el acrecentamiento de las ciudades es, pues, un fenómeno de capital importancia.

El cuadro siguiente demuestra con qué rapidez se ha cumplido esa evolución. Por población rural hay que entender la de las comunas con menos de 2 000 habitantes, y por población urbana la de las comunas con 2 000 habitantes por lo menos:

	Población rural		Población urbana	
Años	Cifra absoluta	Con relación a la población total	Cifra absoluta	Con relación a la población total
1871	26 219 352	63.9 o/o	14 790 798	36,1 o/o
1880	26 513 531	58,6 o/o	18 720 530	41,4 o/o
1890	26 185 241	53 o/o	23 243 229	47 o/o
1900	25 734 103	45,7 o/o	30 633 075	54,3 o/o
1905	25 822 481	42,6 o/o	34 818 797	57,4 o/o

La población urbana se ha más que duplicado en el espacio de 30 años, mientras que la población rural ha sufrido una disminución no sólo relativa, sino absoluta. En tanto que la población urbana aumentaba en veinte millones, la población rural disminuía en casi un millón. La campaña tenía aún, desde la fundación del imperio, cerca de las *dos terceras partes* de la población; hoy apenas tiene las *dos quintas partes*.

Notemos todavía que, entre los diferentes estados del imperio, crecen más velozmente aquellos en que la industria está más desarrollada. El siguiente cuadro muestra, en diferentes épocas, el reparto de la población total del territorio actual del imperio entre los diversos estados (en porcentajes).

Los territorios que constituyen hoy Prusia y Sajonia contenían, pues, en 1816 el 60 o/o de la población que vivía entonces en los límites de la Alemania actual, y en 1905 ya cerca del 70 o/o. La Alemania del sur, cuya población sobrepasaba en 1816 la mitad de los territorios que forman ahora Prusia y Sajonia, no tenía en 1905 más que un tercio de esta población. Los territorios actuales de Prusia y Sajonia contaban en 1816 quince millones de habitantes, y los cuatro estados del sur con Alsacia y Lorena

Designación	1816	1855	1871	1905
Prusia	55,2 °/o	59.0 °/o	60.1 °/o	61.5 °/o
Sajonia	4.8 °/o	5.6 °/o	6.2 °/o	7.4 °/o
Total	60.0 °/o	64.6 °/o	66.3 °/o	68.9 °/o
Baviera	14.5 °/o	12.5 °/o	11.8 °/o	10.8 °/o
Wütemberg	5.7 °/o	4.6 °/o	4.4 °/o	3.8 °/o
Baden	4.1 °/o	3.7 °/o	3.6 °/o	3.3 °/o
Hesse	2.3 °/o	2.2 °/o	2.1 °/o	2.0 °/o
Alsacia-Loreno	5.2 °/o	4.3 °/o	3.8 °/o	3.0 °/o
Total	31.8 °/o	27.3 °/o	25.7 °/o	22.9 °/o

juntas, ocho millones. Luego, en 1905, los primeros tenían 42 millones, y los últimos 14 millones de habitantes. Aquellos han *triplicado* casi su población; éstos ni han *duplicado* la suya.

Así, pues, la evolución económica tiende sin cesar a reducir el número de los elementos conservadores y a aumentar a sus expensas el de los elementos revolucionarios, es decir, de los elementos que tienen interés en destruir la forma actual de la propiedad y del estado. Tiende a dar cada vez más a estos últimos la preponderancia en el estado.

Es verdad que esos elementos son, desde luego, *virtualmente*, y no *realmente*, revolucionarios. Constituyen el dominio de reclutamiento de "soldados para la revolución"; pero no están dispuestos a luchar por ella inmediatamente.

Salidos en gran parte de pequeñoburgueses o de pequeños campesinos, muchos proletarios llevan largo tiempo todavía las marcas de su origen; no se sienten proletarios; tienen el deseo de poseer. Ahorran para comprar un lote de tierra, abrir un mezquino comercio o ejercer "por su cuenta" un oficio, en minúscula escala y con algunos desdichados aprendices. Otros han perdido esa esperanza, han reconocido que llevarían así una existencia miserable; pero se sienten incapaces o no tienen el valor de luchar junto con sus camaradas por una existencia mejor. Traicionándolos, creen hacer más fácilmente su camino. Se transforman en "amarillos" y en "rompehuelgas". Otros, en fin, van más lejos todavía; reconocen ya la necesidad de luchar contra el adversario capitalista y sin embargo no se sienten aún ni bastante seguros ni bastante fuertes para declarar la guerra a todo el sistema capitalista. Procuran el apoyo de los partidos burgueses y de los gobiernos.

Hasta entre los que han llegado a reconocer la necesidad de la lucha de

Generated by CamScanner from intsig.com

las clases proletarias, hay un número bastante grande todavía que no ve más allá de la sociedad presente y que duda y hasta desespera de la victoria del proletariado.

A medida que se acelera el desarrollo económico y, por consiguiente, la proletarización de las masas, a medida que crece el número de los que emigran del campo a la ciudad, del este al oeste, que pasan de la clase de los pequeños propietarios a las filas de los desposeídos, vemos acrecentarse simultáneamente en el seno del proletariado el número de los elementos que no han comprendido todavía qué interés tienen en una revolución social, que ni siquiera comprenden los antagonismos de clases de nuestra sociedad.

Inducirlos a la idea socialista es una tarea indispensable, pero infinitamente difícil en tiempo normal, una tarea que exige la mayor abnegación y la más grande habilidad y que, sin embargo, no marcha tan ligera como desearíamos. Nuestro campo de reclutamiento comprende hoy seguramente las *tres cuartas partes* de la población y probablemente más aún, mientras que el número de nuestros votos no alcanza todavía a *un tercio* de todos los electores.

Pero la marcha del progreso se torna súbitamente veloz en los tiempos de efervescencia revolucionaria. La gran masa de la población, con una rapidez increíble, se instruye entonces y adquiere una concepción neta de sus intereses de clase. El sentimiento de que por fin ha llegado la hora de salir de las tinieblas para ir hacia la luz deslumbrante del sol, no sólo exalta su coraje y su ardor belicoso, sino que estimula también poderosamente su interés por los problemas políticos. Hasta el más indolente se vuelve activo, hasta el más flojo se vuelve audaz, hasta el más limitado ve ensancharse su horizonte. Una educación política de las masas que, de ordinario, exige generaciones, se logra entonces en algunos años.

Cuando se ha llegado a tal situación, cuando un régimen ha alcanzado el punto en que sus contradicciones interiores lo llevan a la ruina, si existe en la nación una clase interesada en adueñarse del poder y que tenga la fuerza para hacerlo, no falta sino un partido que posea su confianza, un partido animado de una hostilidad irreconciliable hacia el régimen claudicante y que sepa reconocer claramente las exigencias de la situación, para conducir a la victoria a la clase revolucionaria.

Ese partido es, desde hace mucho, la socialdemocracia. Tenemos, asimismo, la clase revolucionaria; ella forma, desde hace algún tiempo, la mayoría de la nación. Falta saber si podemos contar también con la quiebra moral del actual régimen.

7. DEBILITAMIENTO DE LOS ANTAGONISMOS DE CLASES

Hemos visto que en 1885 Engels hizo notar que, después de la revolución francesa que se extendió con sus contragolpes de 1789 a 1815, se sucedieron en Europa las revoluciones, es decir grandes desplazamientos de fuerzas en el terreno político, cada 15 ó 18 años aproximadamente: 1815, 1830, 1848-52, 1870-71. Suponía, pues, que hacia 1890 debía acaecer una revolución. Y, en efecto, hubo entonces un viraje político que se tradujo por la caída del régimen de Bismarck y por un renacimiento de las aspiraciones democráticas y del espíritu de reformas sociales en toda Europa. Pero este impulso fue bastante débil y de corta duración, y pronto habrán transcurrido veinte años sin que se haya producido una verdadera revolución, al menos en la Europa propiamente dicha.

¿A qué se debe esto? ¿Por qué esta agitación continua en Europa de 1789 a 1871 y, desde esta fecha, una calma política que ha llegado a ser en los últimos tiempos un marxismo completo?

Durante toda la primera mitad del siglo XIX las clases de la población europea más importantes para la vida económica e intelectual de la época estaban en todas partes excluidas del gobierno; éste, al servicio de la aristocracia y del clero, no comprendía sus aspiraciones o hasta luchaba directamente contra ellas. En Alemania y en Italia la división política obstaculizaba todo vuelo económico. En el período comprendido entre 1846 y 1870 esta situación cambió completamente. Fue entonces cuando el capital industrial triunfó sobre la propiedad territorial, comenzando en Inglaterra por la supresión del derecho sobre los granos y la introducción del librecambio; en otros países, tales como Alemania y Austria, consiguió por lo menos ser colocado en pie de igualdad con la propiedad territorial. Los intelectuales recibieron la libertad de prensa y la libertad individual, y la pequeña burguesía y los pequeños campesinos el derecho de sufragio. La unidad alemana y la unidad italiana dieron satisfacción a un largo y doloroso deseo de esas dos naciones. Cierto es que tales acontecimientos se cumplieron después de la derrota de la revolución de 1848 y no por movimientos políticos internos sino por guerras exteriores. La guerra de Crimea (1854-1856) suprimió la servidumbre en Rusia y obligó al gobierno del zar a tomar en cuenta la burguesía industrial. Los años 1859, 1866 y 1870 vieron realizar la unidad italiana, y 1866 y 1870 la unidad alemana, aunque incompletamente; en 1866 se estableció en Austria un régimen liberal, mientras que Alemania se preparaba para introducir el sufragio universal, así como cierta libertad de prensa y de coalición. El año 1870 acabó estos esbozos y valió a Francia la república democrática. En Inglaterra,

Generated by CamScanner from intsig.com

el año 1867 había aportado una reforma electoral que acordaba a la parte más acomodada de la clase obrera y a las capas inferiores de la pequeña burguesía el derecho al sufragio, del cual estaban privados hasta entonces. Fue así como todas las clases de las naciones europeas, a excepción del proletariado, recibieron las instituciones políticas fundamentales sobre las cuales podían asentar su existencia. Habían visto triunfar, si no todas, al menos una buena parte de las reivindicaciones que, desde la gran revolución, eran el objeto continuo de sus aspiraciones. Y si todos sus deseos no estaban satisfechos y tampoco podían serlo, ya que los intereses de las clases poseedoras son a menudo opuestos, las clases mal compensadas no se sentían bastante fuertes como para obtener la autoridad exclusiva del estado, y lo que les faltaba no era tan importante como para que corriesen los riesgos de una revolución.

Sólo quedaba una clase revolucionaria en la sociedad europea: el *proletariado*, y sobre todo el de las ciudades. En el proletariado subsistía aún el impulso revolucionario. Aunque el trastorno de las instituciones había cambiado completamente la situación política, el proletariado, fundándose en la experiencia de casi todo un siglo, desde 1789 a 1871, continuaba alimentando la esperanza de una próxima revolución que no sería, naturalmente, aún su obra exclusiva sino la de la pequeña burguesía y del proletariado, revolución que éste dirigiría, dada su acrecentada importancia. Es lo que esperaban no sólo algunos "marxistas ortodoxos", como Engels y Bebel, sino también políticos realistas en los cuales el marxismo no había hecho mella, Bismarck, por ejemplo. La necesidad, en la que él creía desde 1878, de recurrir a leyes de excepción contra la socialdemocracia, a pesar de que el partido no obtuviese todavía medio millón de votos, es decir menos del 10 por ciento de los votantes y menos del 6 por ciento de los electores; el proyecto desesperado que abrigaba, de llevar la socialdemocracia a la calle antes de que llegase a ser demasiado poderosa; todo esto no se explica sino porque creía ver venir ya la revolución de la pequeñoburguesía y del proletariado.

Y, en efecto, una serie de circunstancias confirman esta opinión, prescindiendo del recuerdo de las experiencias del siglo pasado.

En 1873 estalló en Europa la *crisis económica* más grave, más extendida y más larga, vista hasta entonces; duró hasta 1887. La miseria que engendró en el proletariado y la pequeña burguesía, las pusilanimidad que produjo en los medios capitalistas fueron agravadas todavía por los efectos concomitantes de la *competencia en la producción de materias alimenticias*. Esta competencia, debida sobre todo a América y Rusia, parecía que iba a poner fin, en la Europa occidental, a toda producción de mercancías en el dominio de la agricultura.

La miseria general de los campesinos, de los artesanos y de los proletarios, el apuro creciente de la burguesía, la represión brutal de las aspiraciones socialistas –después de 1871 en Francia y después de 1878 en Alema-

nia y también en Austria—, todo parecía indicar la proximidad de una catástrofe.

Pero las instituciones políticas nacidas de 1848 a 1871 respondían demasiado bien a las necesidades de la masa de la población para que fuesen ya enterradas. Al contrario, a medida que el peligro de la revolución, que en lo sucesivo no podía ser sino proletaria y anticapitalista, parecía inminente, las clases acomodadas estrechaban filas alrededor de los gobiernos. Los pequeñoburgueses y los pequeños campesinos tenían, así, en los nuevos derechos políticos, sobre todo en el sufragio, un medio eficaz de obrar sobre los gobiernos y de arrancarles concesiones materiales de todo tipo. Sólo intentaban comprar por servicios políticos el favor del gobierno, tanto más cuanto que la clase con la cual se habían aliado hasta entonces en las luchas políticas los inquietaba de sobremanera.

El espíritu de descontento que la crisis económica y la opresión política habían originado en diversas capas de la población, no engendró, así, sino un débil viraje político que, como lo hemos dicho, se tradujo sobre todo por la caída de Bismarck (1890). Puede agregársele la tentativa de "boulangismo" en Francia (1889) [14] para cambiar por medios violentos la constitución. Pero este amago de movimiento revolucionario no pasó de allí.

Ahora bien, en el momento preciso en que ocurría este viraje político, terminaba la depresión industrial de tanto tiempo atrás. Comenzó un poderoso movimiento económico que duró casi sin discontinuidad hasta estos últimos años. Los capitalistas y sus ideólogos, profesores, periodistas y otros intelectuales recobraron el ánimo. Los artesanos tuvieron su parte en este despegue y la agricultura también volvió a levantarse. El rápido acrecentamiento de la población industrial amplió el mercado agrícola, sobre todo para los productos que, como la carne y la manteca, sufrían menos la competencia extranjera. No fueron los derechos protectores sobre los productos agrícolas los que salvaron la agricultura europea, puesto que mejoró también en los países librecambistas como Inglaterra, Holanda, Dinamarca, sino que la salvó el repunte rápido de la industria después de 1887.

A su vez, este repunte era una consecuencia del ensanchamiento rápido del mercado internacional, de ese mismo ensanchamiento que había hecho

[14] Se refiere al intento de golpe de estado realizado por el general Boulanger contra la tercera república francesa. El movimiento boulangista era una coalición de grupos completamente heterogéneos, agrupados bajo la bandera común de un nacionalismo tan fanático y neurótico como superficial. El rápido ascenso del general Boulanger, un mediocre y timorato oficial del ejército francés que se había convertido en una suerte de héroe nacional en 1887 por su política frente al ejército alemán, era en parte la consecuencia de los graves errores cometidos por los propios políticos republicanos, sobre todo por Clemenceau, que en 1886 había introducido a Boulanger en el gabinete como ministro de Guerra. (E.)

Generated by CamScanner from intsig.com

afluir a Europa los productos agrícolas de países lejanos y, por consiguiente, causado la crisis agraria. La dilatación del mercado internacional fue provocada sobre todo por el desarrollo de la red ferroviaria fuera de Europa occidental.

Así lo demuestra el cuadro siguiente, en el que la longitud de los ferrocarriles está expresada en kilómetros:

	1880	1890	1906	Aumento de 1880 a 1906
Alemania	33 634	42 869	57 376	70 °/o
Francia	25 932	36 895	47 142	82 °/o
Inglaterra	28 854	32 297	37 107	29 °/o
Y, por otro lado:				
Rusia	22 664	32 390	70 305	210 °/o
India inglesa	14 772	27 316	46 642	215 °/o
China	11	200	5 953	54 000 °/o
Japón	121	2 333	8 057	6 566 °/o
América del norte	171 669	331 599	473 096	176 °/o
Africa	4 607	9 386	28 193	513 °/o

Se ve, pues, que la construcción de ferrocarriles después de 1880 y sobre todo desde 1890 hizo progresos mucho más rápidos en todos los territorios recién abiertos al capitalismo que en los viejos países.

Al mismo tiempo aumentaron de un modo prodigioso los transportes marítimos. El cuadro siguiente indica el tonelaje comparado de vapores:

	1882	1893	1907
Imperio alemán	249 000	783 000	2 097 000
Gran Bretaña	3 700 000	6 183 000	9 606 514
Suecia y Noruega	140 000	392 000	1 240 000
Dinamarca	67 000	123 000	376 000
Francia	342 000	622 000	723 000
Estados Unidos	617 000	826 000	2 077 000
Japón	40 000	108 000	939 000

Estas cifras reflejan el ensanchamiento sorprendente del mercado internacional en los últimos veinte años, ensanchamiento que lo puso en condiciones de hacer frente por algún tiempo al aumento de la producción de mercancías. Esto hizo pasar a primer plano, en todos los países industriales, el interés por el mercado internacional y, en consecuencia, por la *política colonial* considerada como un medio de extender ese mercado. Es

verdad que la adquisición de nuevas posesiones en los países de ultramar no tiene, después de 1880, sino poca relación con la extensión del mercado internacional. Desde esa fecha la política colonial contemporánea se ha ocupado casi exclusivamente de Africa, único continente, donde había muchos de esos territorios que las potencias europeas llaman "libres", es decir desprovistos de un gobierno fuerte. Basta considerar el cuadro anterior relativo a la construcción de ferrocarriles para comprobar que Africa tiene allí muy poca figuración. Cierto es que su red pasó de 4 600 kilómetros en 1880 a 28 000 kilómetros en 1906. Pero, ¡qué es eso comparado con Asia, que pasó de 16 000 kilómetros a 88 000 y con América del Norte, que pasó de 171 000 a 473 000 kilómetros! Y en Africa misma, no son las colonias adquiridas después de 1880 las que absorben la mayor parte de las nuevas líneas, sino las viejas colonias y los estados independientes, como lo muestra el siguiente cuadro:

Longitud de los ferrocarriles en kilómetros

	1880	1890	1907
Argelia	1 405	3 104	4 906
Egipto	1 449	1 547	5 544
Abisinia	—	—	309
Colonia del Cabo	1 457	2 922	6 123
Natal	158	546	1 571
Transvaal	—	120	2 191
Orange	—	237	1 425
Resto de Africa	438	919	7 729
Totales	4 607	9 356	29 798

No hay, pues, sino 7 700 kilómetros de ferrocarril, un cuarto de la red africana, ni siquiera un uno por ciento (0.8 %) de la red mundial, que se reparten entre los últimos países; y todavía estos territorios, no son en su totalidad, sino sólo en gran parte, adquisiciones recientes de la política colonial de Europa. Se ve, pues, cuán poca relación tiene esta política colonial con el ensanchamiento del mercado internacional desde hace veinte años, y con el nuevo impulso de la producción.

Sin embargo, este nuevo impulso tenía manifiestas relaciones con la apertura de ciertos mercados exteriores, la cual coincidía con la política colonial contemporánea desde 1880, de suerte que la gran masa de la burguesía estableció una conexión entre esta política colonial y el impulso económico. La burguesía de los grandes estados europeos tuvo desde entonces un nuevo ideal, y comenzó hacia 1890 a oponerlo al socialismo, a este mismo socialismo que desde 1880 había hecho capitular a más de un pensador burgués. Ese nuevo ideal era el de la conexión de un imperio colonial a la metrópoli europea: es decir, lo que se llama *imperialismo*.

Generated by CamScanner from intsig.com

El imperialismo es, para una gran potencia, una política de conquista; es la hostilidad hacia los otros estados que quieren seguir la misma política de conquista en los mismos territorios. El imperialismo no es posible sin armamentos poderosos, sin fuertes ejércitos permanentes, sin flotas capaces de librar batallas en mares lejanos.

Hasta las proximidades de 1860 y más tarde aún, la burguesía era, en general, hostil al ejército, porque era también hostil al gobierno. Detestaba al ejército permanente, que costaba sumas tan considerables y que era el apoyo más sólido de un gobierno que la combatía. La democracia burguesa juzgaba inútil un ejército permanente, porque quería quedarse en sus límites, no quería emprender guerras de conquista.

Pero desde 1870, la burguesía manifiesta creciente simpatía por el ejército, y no sólo en Alemania y en Francia, donde la guerra lo hizo popular: en Alemania por las brillantes victorias conseguidas; en Francia, porque se espera impedir con él la repetición de semejantes desastres.

También en otros estados comienzan a entusiasmarse con el ejército, y se cuenta con éste para aplastar al enemigo, tanto interior como exterior. La adhesión de las clases poseedoras al ejército aumenta en la misma medida que su adhesión al gobierno. Por divididas que estén por antagonismos de intereses, todas están de acuerdo, desde los demócratas más radicales hasta los feudales más conservadores, cuando hay que hacer sacrificios para los armamentos militares. Sólo el proletariado, la socialdemocracia, se opone.

La fuerza de los gobiernos ha aumentado, pues, considerablemente, en las últimas decenas de años; la posibilidad de voltear al gobierno, de hacer una revolución, parece alejada a incalculable distancia.

La oposición sistemática, que no hay que confundir con la oposición de una gavilla de arrivistas contra un gobierno que los excluye de la ralea, es cada vez más la actitud exclusiva del proletariado. Hasta ciertas capas del proletariado perdieron su ardor revolucionario después del último viraje político del año 1890.

Este viraje había hecho desaparecer en Alemania y en Austria los síntomas más graves de la opresión política del proletariado. En Francia, los últimos restos de la era de persecución que había seguido a la Comuna, ya habían desaparecido.

Es cierto que las reformas sociales y la legislación obrera no avanzaban. La época más favorable para su progreso es aquella en que la industria capitalista está bastante desarrollada como para arruinar tan visiblemente la salud pública que se hace necesario remediarla urgentemente; no hace falta aún que el capital industrial ejerza un imperio absoluto sobre el estado y la sociedad; es necesario que choque con la oposición enérgica de la pequeña burguesía, de la propiedad territorial y de una parte de los intelectuales, y al mismo tiempo es necesario también que se crea posible conten-

tar al proletariado, que comienza a ser una fuerza, con algunas medidas de protección obrera.

Tal era la situación en que se encontraba Inglaterra desde 1840. Por entonces fue adoptada la medida más importante de su legislación social: la *jornada de diez horas* para los obreros (1847).

La Europa continental siguió a paso lento. Hasta 1877 Suiza no tuvo la ley confederal sobre el trabajo en las fábricas, ley que fijó en *once horas* la jornada máxima para los trabajadores de ambos sexos. Austria adoptó en 1885 la misma jornada máxima. El viraje político que siguió a la caída de Bismarck aportó también pequeños progresos en Alemania y en Francia. En 1891 fue adoptada en Alemania la ley del código industrial que fijaba la jornada máxima de *once horas* para las mujeres, sin protección hasta entonces. La misma disposición fue introducida en Francia en 1892.

¡Y eso es todo! Ningún progreso que merezca ser citado se realizó después. En Alemania, al cabo de 17 años, llegamos a establecer la jornada de diez horas para las obreras. Los obreros no están más protegidos que antes.

En el dominio de la legislación obrera y las reformas sociales reina, en general, un estancamiento completo.

Pero el resurgimiento económico posterior a 1887 ha permitido a ciertas categorías de trabajadores mejorar su situación, sin la ayuda legislativa, por la "acción directa" de los sindicatos y gracias al rápido aumento de la demanda en el mercado del trabajo. Este aumento está evidenciado por la disminución de la emigración alemana.

El número de emigrantes alemanes era:

En 1881	220 902
En 1887	104 787
En 1891	120 089
En 1894	40 964
En 1900	22 309
En 1908	19 883

La creciente demanda de trabajo creó, para cierto número de categorías de obreros, una posición relativamente favorable con respecto al capital. Los sindicatos alemanes, franceses, austríacos, que en los veinte años posteriores a 1870 sólo habían podido desarrollarse lentamente, a causa de la crisis económica y de la opresión política, cobraron en adelante un impulso rápido, sobre todo en Alemania, donde el desarrollo económico era más poderoso. Los sindicatos ingleses, viejos campeones de la clase obrera, fueron alcanzados y hasta sobre pasados; los salarios, la duración de la jornada y las demás condiciones de trabajo fueron objeto de notables mejoras.

En Austria, el número de sindicados pasó de 46 606 en 1892 a 501 094 en 1907; en Alemania, de 223 530 en 1893 a 1 865 506 en 1907. Al mismo tiempo, las tradeuniones inglesas pasaron de más de 1 500 000 miembros en 1892, sólo a 2 406 746 en 1907. Aumentaron, pues, 900 000 miembros mientras los sindicatos alemanes lo hicieron en 1 600 000.

Y no sólo por su rápido desarrollo los sindicatos alemanes aventajaron durante este periodo a los sindicatos ingleses; representaban asimismo una forma superior del movimiento sindical. Las tradeuniones inglesas se habían formado de un modo puramente instintivo, era casi exclusivamente el resultado de la práctica; los sindicatos alemanes fueron fundados por socialistas a quienes guiaba la fecunda teoría marxista. Por eso el movimiento sindical alemán ha encontrado formas mucho más apropiadas a sus fines. En lugar de la disgregación local y profesional de las tradeuniones inglesas, ha creado grandes uniones industriales centralizadas; ha sabido reducir mucho mejor las desaveniencias que surgen entre las organizaciones por cuestión de límites; en fin, ha evitado muy bien los peligros del corporativismo y de la exclusividad aristocrática. Mucho mejor que los sindicatos ingleses, los alemanes se sienten representantes de todo el proletariado y no sólo de los sindicatos de su profesión. Sólo lentamente los ingleses consiguen desembarazarse de su tradicional estrechez de espíritu. Son los sindicatos alemanes los que toman cada vez más la dirección del movimiento sindical internacional, porque, consciente o inconscientemente, han recibido hasta ahora más que sus colegas ingleses la influencia de la teoría marxista.

Este brillante desarrollo de los sindicatos y especialmente de los sindicatos alemanes, produjo en el proletariado una impresión tanto más profunda cuanto que, en el mismo lapso, las reformas sociales dormían en los parlamentos y la clase obrera obtenía cada vez menos éxitos positivos en el terreno político.

Los sindicatos, así como las cooperativas, parecían destinadas a dirigir el resurgimiento gradual de la clase obrera, sin conmoción política, sirviéndose simplemente de las instituciones legales; parecían tener que reducir así cada vez más al capital hasta el extremo, sustituir el absolutismo capitalista por la "fábrica constitucional" y, por esta transición, llegar, poco a poco, sin ruptura violenta, sin catástrofe, a la "democracia industrial".

Pero mientras los antagonismos de clases parecían atenuarse así de más en más, ya se desarrollaban los factores que debían agravarlos nuevamente.

Generated by CamScanner from intsig.com

8. AGRAVACION DE LOS ANTAGONISMOS DE CLASES

Al mismo tiempo que la organización sindical obrera, se formaba otra poderosa organización que amenaza cada vez más cerrarle el paso: *las asociaciones de los industriales.*

Hemos mencionado antes las *sociedades por acciones*. Pronto se apoderaron ellas de las empresas comerciales y de los bancos. Después de 1870 se desarrollaron crecientemente en la industria. Hemos insistido también en el hecho de que la concentración de las empresas en un pequeño número de manos, preparada ya por la extensión de la gran producción, fue activada considerablemente por las sociedades de accionistas. Estas favorecen la expropiación de las pequeñas fortunas, colocadas en acciones por los señores de la alta finanza que saben orientarse mucho mejor que los pequeños "inversores", en el océano peligroso de la vida económica moderna; más aún, son ellos los que provocan artificialmente en ese océano las alzas y las bajas. Gracias a las sociedades anónimas, las pequeñas fortunas colocadas en acciones se vuelven medios de dominación puestos a la entera disposición de los reyes financieros, amos soberanos de aquellas sociedades. En fin, esas sociedades permiten a algunos señores de las finanzas, a algunos multimillonarios y a algunos grandes bancos, someter a su imperio a numerosos establecimientos de la misma rama, aun antes de tomarlos directamente en posesión y de agruparlos en una organización común.

Así vemos, después de 1890, nacer como hongos las organizaciones patronales en todos los países capitalistas y, revestidas de las más diversas formas, según la legislación del país, perseguir todas el mismo fin: crear monopolios artificiales para aumentar la ganancia. Consiguen este aumento sea elevando los precios de los productos, es decir, por una refinada explotación de los consumidores, sea reduciendo los gastos de producción. Esta reducción de gastos se obtiene de diferentes maneras, pero acaba siempre en el despido de obreros o en una explotación más intensa, y a menudo en ambas cosas.

Más fácil aún que organizarse en *cárteles* y en *truts* para elevar los precios, resulta a los capitalistas hacerlo en asociaciones para reprimir a los obreros. En éstas, por más competencia, por más antagonismos que los dividan, se encuentran todos de acuerdo. Igual interés une entonces no sólo a los empresarios de la misma rama industrial, sino también a los de las ramas más diversas. Por enemigos que sean en el mercado donde compran y venden mercancías, son los mejores amigos del mundo en ese otro mercado donde todos compran la misma mercancía que se llama fuerza de trabajo.

Generated by CamScanner from intsig.com

Estas organizaciones de los capitalistas obstaculizan cada día más el progreso de las organizaciones sindicales de la clase obrera. Ciertamente Naumann exagera su fuerza en el artículo antes citado. Frente a esas organizaciones los sindicatos no están completamente faltos de voluntad. Pero su marcha victoriosa es entorpecida cada vez más en los últimos años, se encuentran reducidos a la defensiva en toda la línea, los patrones oponen los *lock-outs* a las huelgas, con un éxito creciente. Cada vez son más raras las ocasiones favorables en que los sindicatos pueden todavía librar batalla con probabilidades de triunfo.

Agrava aún esta situación la creciente afluencia de obreros extranjeros, cuyas necesidades son casi nulas. Es una consecuencia necesaria del impulso industrial, impulso que proviene, asimismo, del hecho de que los buques a vapor y los ferrocarriles han extendido el mercado internacional y abierto los últimos rincones del globo a los productos de la industria capitalista. En las regiones recién abiertas, esos productos suplantan a los de la industria local y especialmente de la industria a domicilio de los nativos; resulta así que por una parte se manifestan nuevas necesidades entre los habitantes de esas regiones, y por otra éstos se encuentran obligados a tener *dinero* en el bolsillo. Al mismo tiempo, la decadencia de la industria local produce en esas regiones atrasadas una superabundancia de brazos. Los trabajadores no encuentran empleo en su país y mucho menos empleo que les procure dinero. Pero los nuevos medios de comunicación, ferrocarriles y vapores, les permiten fácilmente hacerse transportar, en cambio, como carga viva, hacia el país industrial que les promete un trabajo lucrativo.

El canje de hombres por mercancías es una consecuencia inevitable del ensanchamiento del mercado de la industria capitalista. En el propio país donde ésta se desarrolla, envía sus productos de la ciudad a la campaña e importa de ella no sólo materias primas y víveres sino también obreros. Desde que un país industrial exporta mercancías, comienza también en seguida a importar hombres. El primer ejemplo de este fenómeno fue Inglaterra, que recibió durante la primera mitad del último siglo grandes masas de obreros, sobre todo de Irlanda.

Realmente, este aflujo de elementos atrasados es un serio obstáculo para la lucha de clases del proletariado, pero es una consecuencia necesaria del desarrollo del capitalismo en la industria.

No es posible alabar, según gustan hacerlo los adeptos modernos del socialismo "práctico", la expansión del capitalismo como un beneficio para el proletariado, y maldecir, por otra parte, contra la calamidad de la inmigración extranjera, como si la calamidad nada tuviese de común con el beneficio. En el sistema capitalista, todo progreso económico está acompañado de un flagelo para la clase obrera. Si los obreros americanos quieren impedir el aflujo de japoneses y chinos, deben también oponerse a que los vapores lleven sus productos americanos a Japón y a China y a que en esos

países se construyan ferrocarriles con dinero americano. Lo uno no va sin lo otro.

La inmigración de obreros extranjeros es un medio de moderar al proletariado, así como lo son la introducción de máquinas, el remplazo de hombres por mujeres y el de obreros calificados por obreros no calificados. Si las consecuencias son deprimentes, no hay razón para tomársela con los obreros extranjeros, y sí para luchar contra la dominación del capital y renunciar a todas las ilusiones que tienden a hacer creer que el desarrollo rápido de la industria capitalista es un beneficio durable para los obreros. Este provecho es sólo pasajero, y las amargas consecuencias no se hacen esperar. Es lo que aparece de nuevo, de modo manifiesto, en este mismo momento.

Hemos visto antes que la emigración alemana disminuyó mucho en los últimos veinte años. Al mismo tiempo aumentaba en Alemania el número de extranjeros. He aquí el cuadro de este aumento:

1880	276	057
1890	433	254
1900	778	698
1905	1 007	179

El censo se realizó siempre el 1 de diciembre, es decir durante la estación muerta para la agricultura y la construcción. No toma, pues, en cuenta, a numerosos obreros extranjeros que sólo trabajan en Alemania en el verano y retornan a su país en el otoño.

Las crecientes dificultades suscitadas al movimento sindical obrero por los sindicatos patronales y por la inmigración de obreros extranjeros no organizados, sin exigencias y sin defensa, se hicieron sentir mucho más cuando los precios de los víveres comenzaron a subir.

La baja de los precios de los víveres después de 1870, de la cual ya hemos hablado, era de una importancia capital para el costo de vida de los obreros europeos. Aumentaba el valor adquisitivo de sus salarios, atenuaba los efectos de la reducción de esos salarios durante la crisis y, pasada ésta, hacía subir el salario real más rápido que el salario nominal, a condición, sin embargo, de que los derechos sobre los productos agrícolas no anulasen los provechosos efectos del bajo precio de los víveres.

Pero después de algunos años los precios comenzaron a subir nuevamente.

Se puede observar su variación, del modo más seguro, en Inglaterra, pues en ese país no hay derechos sobre los productos agrícolas, que la traben o la desvíen. Según una estadística de Conrad, el precio de una tonelada de trigo ha variado en Inglaterra de esta manera:

Generated by CamScanner from intsig.com

1871-75	246.4 marcos
1876-80	206,8 marcos
1881-85	180.4 marcos
1886-90	142,8 marcos
1891-95	128,2 marcos
1896	123,0 marcos

Por otra parte, los boletines trimestrales de la estadística del imperio alemán (1908, cuaderno cuarto), nos muestran cómo se ha operado esta variación en los últimos años. He aquí cuál era en Liverpool, de julio a septiembre, el curso del trigo del Plata:

1901	129,1 marcos
1902	
1903	139,3 marcos
1904	152,1 marcos
1905	144,8 marcos
1906	138,0 marcos
1907	160,0 marcos
1908	176,0 marcos

Naturalmente, los precios varían cada año según la cosecha. No obstante, parece que el alza actual de los precios de los víveres no es un fenómeno pasajero, sino constante.

La bancarrota de la agricultura rusa, por un lado, y la transformación de Estados Unidos de país agrícola en país industrial, por otro, hacen prever que la afluencia hacia Europa de víveres a bajo precio cesará poco a poco.

La producción de trigo, por ejemplo, ha dejado de aumentar en América desde hace varios años. El siguiente cuadro indica el rendimiento de esta producción de 1901 a 1907:

Años	Superficie cultivada en acres	Rendimiento en bushels	Precio medio por bushel al 1 de diciembre
1901	49.9 millones	748 millones	62.4 cts.
1902	46.2 "	670 "	63.0 "
1903	49.5 "	638 "	69.5 "
1904	44.1 "	552 "	92.4 "
1905	48.9 "	693 "	74.8 "
1906	47.3 "	735 "	66.7 "
1907	45.2 "	634 "	87.4 "
1908	47.6 "	664 "	92.9 "

se ve, pues, que la producción sufrió un movimiento más bien retrógrado que progresivo: En cambio, los precios acusan una tendencia muy pronunciada al alza.

Al aflojamiento en la importación de productos agrícolas se añade la acción de los sindicatos capitalistas que hacen aumentar artificialmente todos los precios y las tarifas de transportes.

Prescindamos completamente de los derechos sobre los productos agrícolas que, sumándose al alza de los precios de esos productos, agravan todavía, en nombre del estado, las cargas de las clases obreras.

Si a todo esto se suma una crisis que entraña una gran desocupación, como la que sobrevino al final del año 1907, la situación del proletariado se vuelve terrible. Es justamente el caso de este momento. En consecuencia, el proletariado no debe confiar en que el fin de la crisis restablezca el auge de los años 1895 a 1907. Los altos precios de los víveres subsistirán y hasta aumentarán; no cesará la afluencia de la mano de obra extranjera a bajo precio; al contrario, aprovechará muy bien de una coyuntura mejor. Los sindicatos patronales, sobre todo, formarán como nunca un círculo de hierro, que no será posible romper por los métodos puramente sindicales.

Por importantes, aun por indispensables que sean los sindicatos en el presente y en el porvenir, no debemos esperar que a través de métodos puramente sindicales hagan progresar tan vigorosamente al proletariado, como lograron hacerlo en los últimos doce años. Más aún, debemos esperar que el adversario volverá a tener fuerza, temporariamente, para rechazar a la clase obrera.

Ya en los últimos años de prosperidad, cuando la industria estaba en su apogeo y se quejaba constantemente de la falta de brazos, los obreros no lograban —cosa digna de notarse— hacer aumentar su salario real, es decir expresado no en dinero sino en medios de subsistencia; este salario tendía más bien a bajar. Es lo que ha sido demostrado en Alemania por encuestas privadas entre diferentes categorías de obreros. En América del Norte el hecho ha sido *comprobado oficialmente* en todas las categorías.

La Oficina del Trabajo de Washington organiza cada año, desde 1890, una encuesta sobre las condiciones de trabajo en cierto número de establecimientos de las industrias más importantes de los Estados Unidos. En los últimos años, 4 169 fábricas y talleres fueron objeto de la encuesta, que se refería a los salarios, la jornada, el presupuesto familiar, el género de consumos de los obreros y el costo de su alimentación. Comparando en seguida las cifras obtenidas, se ve si las condiciones de vida de los trabajadores mejoran o empeoran.

Para cada uno de los rubros considerados, la cifra 100 representa la media de las cifras del periodo 1890-1899. La cifra 101 indica, pues, que las condiciones han mejorado 1 por ciento en comparación con el promedio; la cifra 99, que han empeorado 1 por ciento. Veamos ahora las cifras obtenidas por la oficina:

Años	Salario semanal de un obrero plenamente ocupado	Precios minoristas de los medios de subsistencia consumidos por la familia del trabajador	Poder adquisitivo del salario semanal
1890	101.0	102.4	98.6
1891	100.8	102.8	97.1
1892	101.3	101.9	99.4
1893	101.2	104.4	96.9
1894	97.7	99.7	98.0
1895	98.4	97.8	100.6
1896	99.5	95.5	104.2
1897	99.2	96.3	103.0
1898	99.9	98.7	101.2
1899	101.2	99.5	101.7
1900	104.1	101.1	103.0
1901	105.9	105.2	100.7
1902	109.2	110.9	198.5
1903	112.3	110.3	101.8
1904	112.2	111.7	100.4
1905	114.0	112.4	101.4
1906	118.5	115.7	102.4
1907	122.4	120.6	101.5

Este cuadro nos muestra, desde luego, qué hay que entender por el pretendido "movimiento de ascensión reformista" del proletariado. Los últimos 17 años resultaron excepcionalmente favorables para la clase obrera; fueron señalados en EEUU por una prosperidad inaudita que tal vez nunca se reproduzca. En ningún país la clase obrera goza de tanta libertad, en ningún país sigue una política más positiva, más exenta de todas las ideologías revolucionarias que podrían apartarla del trabajo práctico cuyo fin es mejorar su situación. Y sin embargo, en 1907, año de prosperidad, en que el salario nominal superaba por lo menos en un 4 por ciento le media del año precedente, el salario real apenas excedía al de 1890, año en que los negocios eran muy poco brillantes. Naturalmente, la desocupación, la inseguridad de la existencia, crean una diferencia enorme entre una época de crisis y una época de prosperidad; pero el poder adquisitivo del salario semanal del obrero constantemente ocupado es casi el mismo en 1907 que en 1890.

Es cierto que el *salario nominal* ha aumentado considerablemente. Durante el periodo de depresión, de 1890 a 1894, había caído de 101,0 a 97,7, es decir más de 3 por ciento; volvió a subir en seguida de un modo constante hasta 1907, en que alcanzó 122,4, o sea un aumento de 25 por ciento.

Generated by CamScanner from intsig.com

Al contrario, los precios de los *víveres* bajaron de 1890 a 1896 más rápidamente aún que el salario nominal, a saber, de 102,4 a 95,5, o sea cerca de 7 por ciento, de suerte que el poder adquisitivo del salario semanal no diminuyó en la misma proporción que su tasa expresada en dinero. De 1890 a 1894, el salario real no bajó sino de 98,6 a 98,0, es decir, sólo 0,6 por ciento, mientras que el salario nominal bajó simultáneamente un 3 por ciento. De 1894 a 1896 el salario nominal subió de 97,7 a 99,5, mientras que los precios de los víveres continuaron bajando. El salario nominal del obrero tenía, pues, en 1896, un poder adquisitivo de 104,2. Después no ha alcanzado más este poder. Por grande que haya sido la prosperidad, el salario real ha seguido siendo, *desde hace más de 10 años*, inferior al de entonces. ¡He aquí lo que se llama ascensión lenta, pero *segura*, de la clase obrera!

No es menos interesante comprobar que, en el torbellino más desenfrenado de los negocios, cuando los capitalistas embolsaban las mayores ganancias, el salario real del obrero no permanecía siquiera estacionario, sino que comenzaba ya a bajar. Es verdad que de 1906 a 1907 el salario nominal subía de 118,5 a 122,4, es decir cerca de un 4 por ciento, pero los precios de los víveres saltaban al mismo tiempo de 115,7 120,6, o sea un aumento de cerca del 5 por ciento, de modo que aun en esta época el poder adquisitivo del salario semanal bajaba de 1 por ciento. En realidad la situación es todavía peor; pero las estadísticas americanas no acostumbran presentarla con colores demasiado pesimistas.

Todo eso hace prever que, pasada la crisis, y vuelta la prosperidad, el proletariado no debe contar con el retorno de una época tan brillante para los sindicatos como fue la última.

Pero, entiéndase bien, no queremos decir con ello que los sindicatos sean impotentes o inútiles. Seguirán siendo, para la masa del proletariado, las más grandes organizaciones, sin las cuales la clase obrera sería relegada irremediablemente a la más profunda miseria. El cambio de situación en nada disminuirá su importancia; no hará otra cosa que modificar su estrategia. Cuando afronten a las grandes organizaciones patronales, es posible que no ejerzan sobre ellas presión directa; pero sus luchas contra esas organizaciones alcanzarán dimensiones colosales, podrán conmover toda la sociedad, todo el estado y si los capitalistas niegan cualquier concesión, podrán influir sobre los gobiernos y los parlamentos.

En las ramas de la industria colocadas bajo el imperio de los sindicatos patronales, y cuya importancia es capital para toda la vida económica, las huelgas revisten cada vez más un *carácter* político. Por otra parte, en las luchas puramente políticas, por ejemplo, en las luchas por el sufragio universal, vemos multiplicarse las ocasiones en que el arma de la huelga general puede ser empleada con éxito.

Los sindicatos reciben, pues, de más en más, *atribuciones políticas*. En Inglaterra y en Francia, en Alemania y en Austria, se orientan cada vez

Generated by CamScanner from intsig.com

más hacia la política. Por eso se justifica el sindicalismo en los países latinos; pero desgraciadamente, a consecuencia de su origen anarquista, degenera en antiparlamentarismo. Pues la "acción directa" de los sindicatos no puede ser empleada útilmente sino para *completar* y *reforzar* –y no para *remplazar*– la acción parlamentaria del partido obrero.

Vemos hoy, más que en los últimos veinte años, dirigirse hacia la política todo el peso de la acción proletaria. Y, desde luego, como es natural, el proletariado se interesa de nuevo en las reformas sociales y en las leyes de protección obrera. En este terreno encuentra un estancamiento general del que no es posible salir con ayuda de las instituciones políticas actuales, dadas las fuerzas relativas de los partidos existentes.

Por estancamiento no hay que entender marasmo completo, cosa imposible en una sociedad tan furiosamente agitada como la nuestra, sino más bien un aflojamiento en la marcha del progreso, aflojamiento que parece una detención, casi un retroceso, si se compara esta marcha con el andar de la revolución técnica y económica y la intensificación de la explotación. Y hay que preparar, arrancar con grandes luchas organizadas, sobre todo por los sindicatos, esos progresos de increíble lentitud. Las cargas y los sacrificios que exigen aumentan rápidamente y, al fin de cuentas, sobrepasan cada vez más los resultados positivos.

No hay que olvidar que nuestra acción "positiva" y "reformista" no tiene sólo por efecto fortificar al proletariado; lleva asimismo a nuestros adversarios a oponernos una resistencia de más en más enérgica. A medida que las luchas por las reformas sociales toman el carácter de luchas políticas, las asociaciones patronales se esfuerzan por inducir a los parlamentos y gobiernos a usar el "rigor" con los obreros y sus organizaciones, y a mutilar sus derechos políticos.

La lucha por estos derechos es trasladada, así, al primer plano y las cuestiones relacionadas con la constitución y los fundamentos de la vida política adquieren capital importancia.

Los adversarios del proletariado hacen los mayores esfuerzos para restringir sus derechos políticos. En Alemania, ante cada gran victoria electoral del proletariado se hace más inminente el remplazo del sufragio universal por un sistema de voto plural. En Francia y en Suiza, el ejército carga contra los huelguistas. En Inglaterra y en América, los tribunales restringen la libertad de acción del proletariado, ya que el congreso no tiene el coraje de atacarla abiertamente.

Pero no basta que el proletariado resista lo más posible toda tentativa de amordazamiento. Su situación será cada vez más intolerable, si no consigue imponer una transformación de las instituciones que le permita poner constantemente el aparato político al servicio de sus intereses de clase. El proletariado alemán es el que hoy más lo necesita, exceptuando el proletariado ruso. Hasta la práctica del sufragio en vigor para las elecciones del Reichstag va cada vez en mayor detrimento del proletariado

urbano. Las circunscripciones son todavía las mismas hoy que en 1871. Sin embargo, hemos visto en qué medida se ha modificado desde entonces la relación de la población urbana y la población rural. En 1871; los dos tercios de la población residían aún en la campaña y un tercio en la ciudad; hoy tenemos la proporción inversa, pero las circunscripciones han sido mantenidas en la misma forma. Dan mayores ventajas a la campaña en perjuicio de las ciudades. En las últimas elecciones del Reichstag, la socialdemocracia obtuvo el 29 por ciento de todos los sufragios depositados, pero sólo un 10,8 por ciento de los mandatos, mientras que el centro católico obtenía 19,4 por ciento de los sufragios y 26,4 por ciento de los mandatos, y los conservadores 9,4 por ciento de los sufragios y 15,7 por ciento de los mandatos.

Los dos últimos partidos no lograron juntos tantos votos como la socialdemocracia y, sin embargo, obtuvieron el 42,1 por ciento de los mandatos, es decir, cuatro veces más. La representación proporcional habría dado en 1907 a la socialdemocracia 116 mandatos en lugar de 43, y a los conservadores y al centro católico reunidos, 115 mandatos en lugar de 164.

Mantener las actuales circunscripciones electorales es dar un derecho de voto plural a las capas más atrasadas de la población, y esta desigualdad del derecho de voto aumenta cada año, a medida que crece el proletariado urbano.

Además, tenemos un sistema de voto que consagra, precisamente en la campaña y en las pequeñas ciudades, la sujeción del proletariado a las clases poseedoras, casi tanto en el orden político como en el orden económico. Efectivamente, por el sistema actual los sobres de las boletas hacen más ilusorio todavía que con el antiguo sistema, el secreto del voto.

En verdad, la sola supresión de estos abusos de nada serviría. ¿Para qué aumentar nuestra influencia, nuestra autoridad en el Reichstag, si éste no tiene ni influencia ni autoridad? Es necesario ante todo conquistar esta autoridad para el Reichstag, es necesario establecer un régimen verdaderamente parlamentario, es necesario hacer de modo que el gobierno del imperio sea una comisión del Reichstag.

Sin embargo, la independencia del gobierno del imperio frente al Reichstag no es el único vicio de que éste adolece; no lo es menos el hecho de que el imperio no sea, de ningún modo, un verdadero estado unitario. Las facultades del Reichstag son extremadamente reducidas; tropieza a cada paso con la soberanía de los distintos estados, de sus gobiernos y de sus cámaras, y con su limitado particularismo. Sin duda triunfaría fácilmente ante los pequeños estados, pero hay un enorme obstáculo que le cierra el camino: Prusia, con su cámara elegida por el sufragio de tres clases. Hay que destruir ante todo el particularismo prusiano; es menester que la cámara prusiana deje de ser el asilo de todas las reacciones. Conquistar el sufragio universal y el escrutinio secreto para las elecciones de las cámaras de la Alemania del norte y sobre todo de la cámara prusiana;

transferir al Reichstag la autoridad suprema: he aquí problemas políticos que se cuentan entre los más urgentes de la hora actual.

Y todavía, si fuese así posible transformar Alemania en un estado democrático, el proletariado no habría avanzado más en él. Ciertamente, y puesto que forma hoy la gran mayoría de la población, tendría la palanca de la legislación en sus manos; más no le serviría de nada si el estado no dispusiese de los abundantes recursos indispensables para llevar a cabo las reformas sociales.

Pero todos los recursos del estado son absorbidos hoy por los gastos del *militarismo* y del *marinismo*.[15] El acrecentamiento continuo de estos gastos hace que el estado descuide ahora hasta las obras civilizadoras más urgentes, en las cuales no sólo el proletariado, sino toda la población está interesada; tales son, el mejoramiento de las escuelas, de las vías de comunicación, canales y caminos, etc., empresas que aumentarían notablemente la productividad del país y le permitirían sostener mejor la competencia, y que, por consiguiente, se imponen hasta desde la simple mira comercial y capitalista.

Mas es imposible encontrar bastante dinero para hacer frente a tales gastos, pues el ejército y la flota devoran todo y seguirán devorándolo mientras dure el actual sistema.

Son indispensables la *supresión de los ejércitos permanentes y el desarme* para que el estado pueda cumplir reformas sociales importantes. Lo reconocen cada día más hasta los políticos burgueses, pero son incapaces de tomar este partido. Y no es la fraseología pacifista a lo Suttner la que nos hará avanzar un paso.

El progreso de los armamentos es sobre todo una consecuencia de la *política colonial* y del *imperialismo*; luego, de nada sirve hacer propaganda pacifista en tanto se participa en esta política. Todo partidario de la política colonial debe ser igualmente partidario de los armamentos de tierra y mar, porque sería absurdo proponerse un fin y rechazar los medios necesarios para alcanzarlo. Sea dicho para aquellos de nuestros amigos que se entusiasman por la paz universal y el desarme, y al mismo tiempo consideran indispensable la política colonial; aunque quieran una política colonial ética y socialista. Toman así el mismo camino que los progresistas

[15] Se designa como "marinismo" a la política armamentista en favor de la marina de guerra iniciada a fines del siglo pasado por el imperio alemán. La designación del contralmirante Alfred von Tirpitz, como jefe del nuevo ministerio de la Marina del Reich creado en 1881 y poco más tarde de Bernhard von Bülow, como secretario de estado del exterior inauguró la nueva era de la llamada *Weltpolitik* alemana, basada en la exacerbación del nacionalismo de las clases medias. Tirpitz logró que en 1898 fuera aceptada por el Reichstag la ley naval que sentaba las bases para la construcción de la futura escuadra alemana. Al año siguiente le siguió una nueva ley en la que se mostró en forma descarnada el objetivo de la política naval de Tirpitz, cual era la de crear una flota lo suficientemente poderosa como para anular la tradicional hegemonía británica en ese campo. (E.)

Generated by CamScanner from intsig.com

prusianos después de 1860: políticos burgueses, temían la revolución y querían realizar la unidad alemana no por la revolución, sino por las victorias de los Hohenzollern; *demócratas*, se empeñaban en restringir el militarismo y negaban en lo posible a los Hohenzollern los recursos militares indispensables para el cumplimiento de su obra. Esta inconsecuencia los perdió.

Si se quiere hacer popular el imperialismo, hay que decidirse a tomar parte en la política de los armamentos. Si, al contrario, se quiere detener el progreso armamentista, hay que demostrar a la población que la política colonial es *inútil*, hasta nefasta.

Esta es, en la actual situación, la tarea más urgente del proletariado militante, esta debe ser su política "positiva". Mientras estos problemas no sean resueltos, el proletariado no debe fundar grandes esperanzas en una "ascensión reformista", dados el desarrollo de los sindicatos patronales, el alza del precio de los víveres, la afluencia de la mano de obra de lugares atrasados, el estancamiento general de la legislación social y el aumento de las cargas del estado, cuyo peso soporta.

Reformar el sistema electoral del Reichstag, conquistar el sufragio universal y el escrutinio secreto para las elecciones de las cámaras y notablemente las de Sajonia y Prusia, elevar al Reichstag por sobre los gobiernos y las cámaras de los diferentes estados, tales son las cuestiones que esperan especialmente al proletariado alemán. Todavía están por conquistarse una constitución verdaderamente democrática y la unidad del imperio. En cuanto a la lucha contra el imperialismo y el militarismo, es tarea común de todo el proletariado internacional.

Sin duda más de uno piensa que la solución de estos problemas no nos hará adelantar algo. ¿No tenemos en Suiza el ejemplo de un estado que llena ya todas esas condiciones? ¿No posee Suiza la democracia más completa y el sistema de milicias? ¿No ignora ella completamente la política colonial? Y, sin embargo, la legislación social está allí igualmente estacionaria, y la clase obrera explotada y sojuzgada por el patronato como en cualquier otro país.

A esto responderemos que Suiza está bien lejos de sustraerse a las consecuencias de la política armamentista que sus vecinos practican a porfía. Ella también se arma, no sin que le cueste mucho dinero. Los cantones soportan una parte de los presupuestos militares y, sin embargo, los gastos de la confederación aumentan en proporciones enormes, según resulta del siguiente cuadro:

1875	39	millones	de	francos
1885	41	"	"	"
1895	79	"	"	"
1905	117	"	"	"
1906	129	"	"	"
1907	139	"	"	"
1908	151	"	"	"

Generated by CamScanner from intsig.com

Sobre todo aumentan rápidamente los gastos militares; pero aumentan con no menor rapidez las entradas de las aduanas, como lo muestra el siguiente cuadro:

Años	Gastos militares de la Confederación	Ingresos del departamento de finanzas y aduanas
1895	23 millones	4 millones
1905	31 "	64 "
1906	35 "	62 "
1907	42 "	73 "
1908	40 "	70 "

Si se quita de los ingresos y de los gastos los de correos y telégrafos, que se equilibran casi exactamente (63 millones de gastos contra 66 millones de entradas), se tiene para el año 1908 81 millones de ingresos, de los cuales 70 millones provienen de las aduanas, y 88 millones de gastos, de los cuales 40 millones para el ejército y 6 millones para intereses de la deuda pública.

Se ve, pues, que en la misma Suiza el militarismo absorbe la parte más grande de las rentas del estado y que sus exigencias aumentan rápidamente.

Después, hay una diferencia enorme entre un derecho que se recibe por tradición o concesión, y un derecho que se conquista en luchas llenas de encarnizamiento y sacrificios.

Nadie tendrá la ingenuidad de pretender que pasaremos insensiblemente y sin lucha alguna, del estado militarista y absolutista a la democracia, y del imperialismo ávido de conquistas a la federación de pueblos libres. La idea de "evolución pacífica" no podía nacer sino en una época en que se creía que toda la evolución futura se realizaría exclusivamente en el terreno económico, sin necesidad de cambio alguno en las fuerzas relativas de los partidos y en las instituciones políticas. Reconocer la necesidad absoluta de esos cambios en interés del proletariado, para que pueda proseguir su ascensión económica, es reconocer igualmente la necesidad de las luchas políticas, de los desplazamientos de fuerzas y de las revoluciones.

Luego, las fuerzas del proletariado deberán aumentar enormemente en el curso de tales luchas; y no podrá salir de ellas victorioso, no podrá alcanzar el más alto fin, o sea la democracia y la supresión del militarismo, si no consigue una posición dominante en el estado.

La conquista de las instituciones democráticas y la destrucción del militarismo producirán, pues, forzosamente, en un gran estado moderno, muy distintos efectos que las milicias tradicionales y la constitución republicana de Suiza, sobre todo si esas conquistas son obra exclusiva del proletariado. Por otra parte, no es verosímil que el proletariado encuentre

auxiliares fieles en las próximas luchas. Antes esperábamos que nos vendrían aliados de los medios burgueses; contábamos sobre todo con los pequeñoburgueses y los pequeños campesinos. Hemos visto que Marx y Engels esperaron largo tiempo que la pequeña burguesía democrática tomaría partido por la revolución, por lo menos al principio, como lo había hecho en París en 1848 y aun en 1871. Después de la defección de los políticos y de los partidos democráticos, creíamos todavía, nosotros, marxistas, que podríamos atraernos una parte notable de pequeñoburgueses y pequeños campesinos, e interesarlos en nuestros fines revolucionarios. Yo formulé esta esperanza aún en 1893, en el artículo citado más arriba, y ella está expresada con más fuerza en la introducción de Engels en 1895:

"Si este avance continúa, antes de terminar el siglo habremos conquistado la mayor parte de las capas intermedias de la sociedad, tanto los pequeños burgueses como los pequeños campesinos y nos habremos convertido en la potencia decisiva del país [. . .]." [16]

Esta esperanza no se realizó. Se confirmó una vez más que nos vemos frustrados en nuestras esperanzas y en nuestras profecías cada vez que exageramos los sentimientos revolucionarios de la pequeñoburguesía. Se prueba también cuán poco fundamento tiene el reprochar a los marxistas que su fanatismo ortodoxo aleja del partido a esos elementos. Si Engels se pronunciaba en 1894 contra el programa agrario del partido francés, y yo mismo un año más tarde contra el del partido alemán, no era porque juzgásemos inútil atraernos los campesinos, sino sólo porque nos parecían falsos los medios propuestos para lograrlo. Hemos visto después a camaradas de Francia, Austria y Suiza tentar fortuna con los campesinos, ayudados de esa táctica, pero sin éxito.

Lo mismo con la pequeña burguesía. Se puede decir en general que hoy es más difícil que nunca traer hacia nosotros las clases medias, con cualquier modo que adoptemos para propagar el socialismo entre ellas. Esta opinión no emana de nuestra "ortodoxia" marxista —hemos visto que el error del marxismo era más bien esperar demasiado que demasiado poco— sino que nos es impuesta por las amargas experiencias de los últimos años. El "fanatismo ortodoxo" de los marxistas no juega en esto un papel sino en la medida que le permite apreciar esas experiencias en su justo valor y comprenderlas más fácilmente, es decir, descubrir sus causas —condición indispensable de una fructífera "política realista".

En esta ocasión, comprobamos otra vez que nuestro trabajo positivo, al aumentar las fuerzas del proletariado, aumenta también el antagonismo que lo separa de las otras clases.

Algunos de los nuestros esperaban que los cárteles y las alianzas de

[16] Cfr. en *Obras escogidas* cit. de Marx y Engels la "Introducción" de *La lucha de clases en Francia*, 1895 conocida durante muchos años como el "testamento político" de Engels. La cita corresponde al t. I. p. 206 (E.)

Generated by CamScanner from intsig.com

capitalistas, así como la política proteccionista, nos atraería las clases medias, que tanto sufren sus consecuencias. Pero se produjo lo contrario. Los derechos sobre los productos agrícolas y los sindicatos patronales hicieron su aparición al mismo tiempo que los sindicatos obreros. Los *artesanos* se vieron entonces amenazados simultáneamente por todas partes a la vez. Las aduanas y las asociaciones empresarias hacían aumentar los precios de los víveres y de las materias primas que aquellos necesitaban, mientras los sindicatos obreros hacían aumentar los salarios. En verdad esta elevación de los salarios se refería a menudo al salario nominal, no al salario real; los precios aumentaban más rápido que los salarios. Pero las luchas organizadas por los sindicatos para esa elevación no exasperaban por eso menos a los pequeños patrones, y desde entonces vieron en los sindicatos capitalistas y en los ávidos proteccionistas sus aliados contra los obreros organizados. ¡Se imputó a los obreros y no a las aduanas y a los cárteles, no sólo el alza del salario nominal, sino también los precios elevados de las materias primas y de la vivienda, cuya causa se quería atribuir al aumento de los salarios!

Los *pequeños comerciantes* se vieron amenazados, a su vez, por la elevación de los precios, pues la capacidad adquisitiva de sus clientes, obreros en la mayor parte, no aumentaba en la misma proporción. Sin embargo, la emprendieron más bien con los obreros que con la política proteccionista y las asociaciones empresarias, tanto más cuanto que los obreros procuraban escapar a las consecuencias del alza de los precios eliminando con las cooperativas los intermediarios.

Un alza de precios tiene siempre por efecto agravar el antagonismo entre los compradores y los vendedores. Aumenta, por consiguiente, el antagonismo entre los proletarios, que compran víveres, y los *campesinos* que los venden.

No hay que olvidar que el obrero actúa en el mercado de un modo muy particular. Los otros individuos no sólo compran en él los productos, sino que también los venden. Lo que pierden como compradores con el alza general de los precios lo ganan como vendedores por alza de sus propias mercancías. Sólo el obrero no juega en el mercado un papel de vendedor de productos, y sí de comprador únicamente. Su fuerza de trabajo es mercancía de un género particular, cuyo precio obedece a leyes especiales; el salario no sigue de golpe las variaciones generales de los precios. La fuerza de trabajo no es un producto independiente del hombre que la posee; está ligada a su propia vida de manera indisoluble; su precio está sometido a condiciones fisiológicas, psíquicas, históricas, que no cuentan para las demás mercancías, y que dan al salario nominal una fuerza de inercia más grande que la de los precios de los productos.

El salario no sigue sino lentamente las variaciones de los precios y sólo hasta cierto límite. Durante una baja de precios, el obrero gana más que los otros compradores de productos; durante un alza pierde más. Su posi-

ción en el mercado es opuesta a la del vendedor; no obstante que produce todo y sólo consume una parte de sus productos, se coloca en el punto de vista de consumidor y no en el de productor, pues los productos de su trabajo pertenecen a su explotador, al capitalista. Este último es quien aparece en el mercado con los productos del trabajo del obrero, como productor y vendedor de los productos. El obrero sólo aparece como comprador de medios de subsistencia.

De ahí el antagonismo entre el obrero y los vendedores de medios de subsistencia, entre quienes hay que colocar a los campesinos, puesto que éstos venden al obrero. No sólo en el asunto de los derechos sobre los productos agrícolas, sino también en otros casos, por ejemplo en el de las tentativas para aumentar el precio de la leche, son justamente los obreros quienes hacen la oposición más enérgica a los campesinos.

Los campesinos que ocupaban obreros no se exasperaron menos por la suba de los salarios y el mejoramiento de las condiciones de trabajo en la industria. La época de la prosperidad industrial, del desarrollo de los sindicatos obreros y de sus éxitos, fue señalada, asimismo, por la falta de brazos en la agricultura.

No sólo los servidores, sino hasta los propios hijos del campesino se pasaban a la industria, sustrayéndose así a las bárbaras condiciones del trabajo agrícola. Y si faltaban brazos en los campos, la culpa era de los malditos socialistas.

Es así como en las clases de la población que formaban antes el núcleo de la pequeña burguesía democrática y que, después de haber sido las campeonas enérgicas de la revolución se habían hecho aliadas, aunque un poco tímidas, del proletariado revolucionario, son cada vez más numerosos los elementos que se vuelven ahora sus furiosos enemigos. Esto en menor grado aún en nuestra Alemania "infectada de marxismo" que en Francia, Austria y Suiza.

Tal hostilidad de las clases medias contra el proletariado está agravada en los grandes estados por la divergencia de actitud en la cuestión del imperialismo y de la política colonial. El que no se coloca en el punto de vista socialista, el que combate el socialismo, no tiene otro recurso, si no quiere desesperar, que creer en el porvenir de la política colonial. El imperialismo es la única perspectiva que el capitalismo puede todavía ofrecer a sus defensores. Desde luego, el imperialismo entraña lógicamente la aceptación de los armamentos de tierra y mar. Por eso los *intelectuales*, esta categoría de la clase media que no comparte los intereses de los artesanos, de los intermediarios comerciales y de los productores de artículos alimenticios, a menos de convertirse al socialismo se alejan del proletariado y de sus representantes más clarividentes, porque éstos combaten el imperialismo y el militarismo. Ved los Barth, los Brentano, los Naumann, que manifiestan tanta simpatía por las organizaciones sindicales y cooperativas del proletariado y hasta por sus aspiraciones democráticas; son todos partidarios

entusiastas de la marina y de la política colonial, y sólo muestran alguna amistad hacia el socialismo mientras no se pone sobre el tapete el imperialismo y sus agentes.

El imperialismo parece, pues, llamado a completar el *aislamiento* del proletariado y a condenarlo a la impotencia política en el preciso momento en que más necesidad tiene de desplegar sus fuerzas sobre el terreno político.

Mas esta política imperialista puede llegar a ser justamente la palanca que permitirá trastocar el sistema entero.

Generated by CamScanner from intsig.com

Hemos visto con qué rapidez aumentan en Suiza los gastos del militarismo. Pero éstos no dan sino una pálida idea de los de los grandes estados militares. Veamos un poco el imperio alemán. He aquí, según el *Statistischen Jahrbuch für das Deutsche Reich* (Anuario estadístico del Imperio), los gastos en millones de marcos, para las siguientes rúbricas:

Designación	1873	1880-81	1891-92	1900	1909
Ejército de tierra	308	370	488	666	814
Marina	26	40	85	152	409
Administración colonial	---	---	---	21	32
Fondos de retiro	21	18	41	68	115
Intereses de la deuda pública	---	9	54	78	171
Total	355	437	668	985	1 541
Aumento anual		12	21	35	62
Gastos totales del Imperio	404	550	1 118	2 056 ó 1 640	2 350
Aumento anual		21	52	58	88

Se ve, pues, que los gastos aumentan sin cesar y que este movimiento es siempre progresivo; en los diez primeros años del imperio, el aumento era de 21 millones de marcos por año; en los diez últimos se elevó a 88 millones. En los últimos años el aumento anual de los gastos totales alcanzó hasta 200 millones (1905: 2 195; 1906: 2 392; 1907: 2 810; 1908: 2791; 1909: 2 850 millones es decir en cuatro años más de 700 millones).

La mayor parte de este aumento corresponde a costo de armamentos de guerra y más aún a la flota que al ejército terrestre. Mientras que la población del imperio pasaba de 50 millones en 1891 a 64 millones en 1909, es decir aumentaba *un cuarto*, los gastos del ejército de tierra aumentaban

*Después de 1900, los gastos de correos, ferrocarriles del imperio e imprenta imperial figuran en el presupuesto de gastos, donde todavía no estaban inscriptos. En 1900 se elevaron a 416 millones.

Generated by CamScanner from intsig.com

el doble, los de fondos de retiro e intereses de la deuda pública casi al *triple*, y los de la marina el *cuádruple*. Y no será posible detener esta insensata progresión mientras el régimen actual no sea cambiado totalmente. La transformación ininterrumpida del utillaje, consecuencia del maquinismo capitalista y de la aplicación de las ciencias a la producción, se manifiesta también en el dominio militar; entraña una competencia permanente entre los nuevos inventos, una continua depreciación del utillaje, un acrecentamiento constante de los medios de acción, cuyo efecto no es como en el dominio de la producción, el aumento continuo de la productividad del trabajo, sino la multiplicación de los estragos en tiempo de guerra y el derroche improductivo en tiempo de paz.

Además de la transformación del utillaje, el agrandamiento continuo de la esfera de dominación, o al menos de influencia, de todos los grandes estados como consecuencia de la política imperialista, los obliga cada vez más a aumentar sus medios de acción. Mientras dure el imperialismo, la locura de los armamentos aumentará forzosamente hasta el agotamiento. Hemos visto, pues, que para la sociedad presente el imperialismo es la única esperanza, la única perspectiva provechosa, fuera de lo cual no queda otra alternativa que el socialismo. La locura de los armamentos irá creciendo, pues, hasta que el proletariado tenga fuerza para dirigir la política del estado, poner fin a la política imperialista y remplazarla por la del socialismo. Cuanto más dure la política armamentista, más pesadas serán las cargas que impondrá a los pueblos. Como cada clase procurará descargarse sobre las otras, los armamentos agravarán de más en más los antagonismos de clases.

En el imperio alemán se impone a los obreros, naturalmente, la mayor parte de las cargas. Esto era ya bastante desagradable en la época de prosperidad, de los víveres baratos, del empuje victorioso de los sindicatos obreros, y se hace insoportable en la época de crisis, de *carestía*, de supremacía de las asociaciones patronales.

El aumento de los impestos no sólo rebaja la renta del obrero y disminuye el poder adquisitivo de su salario, sino que amenaza terriblemente el propio progreso industrial, ese progreso que el imperialismo, según se decía, debía favorecer.

Los Estados Unidos hacen la competencia más peligrosa a la industria alemana. Y lo que coloca a nuestra industria en situación inferior es el sistema proteccionista alemán. Sin duda América tiene derechos protectores aún más elevados, pero sólo sobre los productos industriales y no sobre los de la agricultura. Tiene los víveres más baratos y produce casi todas las materias primas. Posee, en fin, la ventaja de no tener por vecina ninguna potencia considerable. No necesita, pues, arrancar cada año medio millón de hombres a la producción para hacerlos jugar tontamente a los soldados.

A medida que el militarismo se desarrolla en Europa, se acentúa más la

superioridad industrial de los Estados Unidos, mientras que en la misma medida se atenúa el progreso económico de Europa. La situación económica empeora igualmente en la misma proporción, tendencia que se acelera desde que se le imponen los más pesados sacrificios.

Los Estados Unidos han entrado, asimismo, en la ruta del imperialismo y, por consiguiente, del progreso de los armamentos. Después de la guerra con España sus gastos para el ejército y la marina también aumentan. Sin embargo, no en el mismo grado que las grandes potencias europeas, pues no tienen que mantener como éstas un fuerte ejército permanente. En todo Estados Unidos no hay más que 70 000 hombres de tropa. En el dominio de los armamentos, así como en el de la competencia industrial, los Estados Unidos pueden seguir mucho tiempo la corriente sin miedo a perder pie.

He aquí el cuadro de sus gastos y de sus exportaciones:

Años	Población, en millones de hombres	Deuda pública en millones de dólares	Gastos para el ejército de tierra en millones de dólares	Gastos para la Flota en millones de dólares	Valor de exportación con relación a la exportación total		
					Artículos alimenticios	Materias primas	Productos fabricados
1880	50	1 724	38	14	56	29	15
1890	63	725	45	22	42	36	21
1900	76	1023	138	56	40	24	35
1907	86	894	125	98	28	32	40
1908	87	897	140	119	28	30	42

Se ve, pues, que disminuye la deuda pública. Sin duda, en 1900 aumentó, así como los gastos para el ejército, como consecuencia de la guerra con España. Pero después fue posible reducirla de nuevo, a pesar de que aumentaron los gastos para el ejército y la marina. Los gastos para el ejército terrestre se elevaban en 1908 a 190 millones de dólares, o sea casi tanto como en Alemania; cierto es que la población de Estados Unidos es de 86 millones de hombres.

Por otra parte, el cuadro de las exportaciones muestra con qué rapidez aumenta la exportación de los productos fabricados; y prueba que la América del Norte tiene cada vez más en el mercado internacional el papel de estado industrial y no el de estado agrícola.

Sobre 7 000 millones de marcos, cifra total de las exportaciones alema-

Generated by CamScanner from intsig.com

nas en 1908, figuraban 4 300 millones de productos fabricados (62 por ciento). Sobre 8 000 millones de marcos (1 855 millones de dólares), valor total de las exportaciones americanas, figuraban más de 3 000 millones (740 millones de dólares) de productos fabricados. En 1890 el valor de los productos fabricados exportados por Alemania alcanzaba a cerca de 2 147 millones de marcos; el de los productos fabricados exportados por América no llegaba en cifras redondas sino a 800 millones de marcos (179 millones de dólares). La exportación de Alemania ha aumentado, pues, en este periodo 150 por ciento, y la de América 300 por ciento.

Se advierte, entonces, que los Estados Unidos nos apremian ya en el terreno industrial.

Añadamos a esto que mientras la deuda pública de Estados Unidos disminuía de 1900 a 1908 en 130 millones de dólares (más de 1 000 millones de marcos), la de Alemania aumentaba en el mismo intervalo en 1 500 millones de marcos. Ahora, en el preciso momento en que escribo estas líneas, Alemania se dispone a acrecentar todavía los gastos en proporciones colosales, y a aumentar en 625 millones la cifra de los impuestos.

Aunque estas cargas castigan sobre todo a la clase obrera, la industria no deja de sufrirlas, pues disminuyen su aptitud para sostener la competencia, lo que al fin de cuentas recae sobre el obrero, ya que éste paga los gastos de la lucha entre los competidores. Pero hay límites más allá de los cuales no es posible echar sobre el obrero el peso de esas cargas; el progreso armamentista debe terminar, pues, por paralizar el de la industria.

Al mismo tiempo esa política agrava de más en más los antagonismos nacionales; atiza el peligro de una guerra, en vez de servir, como se pretende, al mantenimiento de la paz. El progreso armamentista, ininterrumpido, precipitado, se torna cada día más insoportable para todos los gobiernos, pero ninguna de las clases dirigentes busca la causa en la política imperialista, que es su política. No quiere percibirla en ésta política, supremo refugio del capitalismo. Cada una busca el culpable entre sus vecinos: los alemanes en Inglaterra, los ingleses en Alemania. Se vuelven, así, cada vez más nerviosas y desconfiadas, lo que las excita aún para proseguir los armamentos con frenético ardor, hasta que vendrá un momento en que parecerá preferible una catástrofe a este terror sin fin.

Fuera de la revolución, la guerra es el único medio de acabar con este acrecimiento insensato de las cargas públicas, sobrepujado mutuamente por los diferentes países. Hace ya mucho tiempo que esta situación habría llevado a la guerra, si la revolución no se hubiese vuelto más inminente por la guerra que por la paz armada. La fuerza creciente del proletariado impide, desde hace 30 años, una guerra europea, y hace que todos los gobiernos, aún hoy, retrocedan horrorizados ante esa guerra. Pero las grandes potencias llevan las cosas a un punto en que los frenos dispararán solos.

Ahora bien, hay un fenómeno paralelo que, más aún que el progreso de

los armamentos, está llamado a reducir al absurdo la política imperialista, y, en consecuencia, a cerrar toda salida al modo actual de producción.

La política colonial o imperialista reposa sobre la hipótesis de que los pueblos de civilización europea son los únicos capaces de desarrollarse espontáneamente. Los hombres de las demás razas pasan por niños, idiotas o bestias de carga, según el trato más o menos rudo que se les hace sufrir; en todo caso, por seres inferiores que se pueden dirigir a capricho. Hasta hay socialistas que comparten este modo de ver, puesto que quieren hacer política colonial, claro está que de manera ética. Mas la realidad les enseña luego que el principio de igualdad de todos los hombres, proclamado por nuestro partido, no es una simple frase sino un hecho positivo.

Es verdad que los pueblos ajenos a la civilización europea se han mostrado, durante estos últimos siglos, incapaces de resistencia, por así decirlo, incapaces en todo caso, de oponer una resistencia durable; pero no hay que buscar la causa en una inferioridad natural, como se lo imagina la presunción orgullosa de la burguesía europea, que encuentra su expresión científica en las concepciones fantásticas de los defensores de la teoría de las razas. Esos pueblos estaban simplemente aplastados por la superioridad del material técnico europeo y también, en verdad, del espíritu europeo; mas esta superioridad descansa, en última instancia, sobre la del material técnico. Fuera de algunos millares de hombres repartidos en un pequeño número de tribus completamente atrasadas, los pueblos extraños a la civilización europea son muy capaces de iniciarse en nuestra vida intelectual. Hasta ahora no ha faltado a esos pueblos más que las condiciones materiales para cumplir dicho progreso.

Durante mucho tiempo la expansión del capitalismo casi no modificó ese estado de cosas. Los exportadores capitalistas llevaron, desde luego, a las regiones ajenas a la civilización europea (civilización que se extiende hoy, naturalmente, a América y Australia), no la *producción* capitalista sino *productos* capitalistas. Y aun sus operaciones comerciales se limitaban a las vías navegables, a las costas del mar y de algunos grandes ríos. A este respecto se produjo un cambio enorme en el período de la última generación y sobre todo en los últimos veinte años. No sólo se inauguró una nueva era de la política conquistadora en los países de ultramar, sino que también se vio a los países industriales importar a los países bárbaros no únicamente *productos* sino, además, los *medios de producción y de transporte* de la industria moderna.

Ya hemos visto con qué rapidez se desarrolló en nuestra época la red de ferrocarriles, especialmente de Oriente (incluida Rusia). No hicieron menores progresos, asimismo, las *industrias* capitalistas, textil, metalúrgica y minera. Esta última ha revolucionado también Africa del Sur.

Esta exportación de *medios de producción* significó para la industria capitalista, después de 1887, una nueva etapa de prosperidad. Parecía haber alcanzado entonces el término de su carrera, y, en efecto, lo había

Generated by CamScanner from intsig.com

alcanzado en lo que concernía a la exportación de productos fabricados.

La exportación de los medios de producción, que le valió ese impulso inesperado y brillante, no era posible sino porque introducía el modo de producción capitalista en los países extraños a la civilización europea y destruía en ellos rápidamente el estado de cosas tradicional en el orden económico. También puso fin simultáneamente a las viejas formas del pensamiento oriental. Al tiempo que se aclimataba el nuevo modo de producción introducido por los europeos, se elevaba súbitamente al nivel del espíritu europeo las facultades intelectuales de esos pueblos hasta enconces bárbaros. Sin embargo, el nuevo espíritu no era favorable a los europeos. Los nuevos países entraban en competencia con los antiguos. Desde luego, los competidores son *enemigos*. El despertar del espíritu europeo en los países orientales no los hizo amigos de Europa, sino enemigos y enemigos de igual fuerza. Este fenómeno no se reveló enseguida. Hemos visto antes que el *sentimiento de fuerza* tiene un papel importante en la vida social: una clase, una nación en ascenso, aunque con fuerzas para independizarse, pueden quedar mucho tiempo en situación subalterna si aún no tienen conciencia de su fuerza. Es lo que se vio en esta circunstancia. Los pueblos de Oriente habían sido vencidos con tanta frecuencia por los europeos que llegaron a creer que toda resistencia era inútil. Los europeos eran del mismo parecer, y sobre esta opinión se fundaba su política colonial y sus procedimientos respecto de esos pueblos, de los cuales disponían arbitrariamente, canjeándolos, trocándolos como si se tratase de hacienda.

Pero desde que los japoneses rompieron el fuego, todo Oriente se sacudió enseguida. Todo el este de Asia, todo el mundo mahometano aspiró a la autonomía y se levantó contra la dominación extranjera.

El imperialismo no puede ahora dar un paso más adelante. Y, sin embargo, es indispensable proseguir la política imperialista, como lo es para el capitalismo extenderse de más en más para que su explotación no se vuelva completamente intolerable.

Africa ecuatorial es el único país todavía propicio para esa expansión; pero allí el clima es el mejor aliado de sus habitantes; nocivo para los soldados europeos, hay que enrolar indígenas, equiparlos y educarlos en el manejo de las armas, con lo que se prepararía la época en que esos mercenarios se volverían contra sus propios amos.

En Asia y en Africa se incuba por todas partes el espíritu de rebelión al mismo tiempo que se extiende el uso de nuestras armas y que aumenta la resistencia contra la explotación europea. Es imposible trasplantar a un país la explotación capitalista, sin sembrar en él el grano de la rebeldía contra esta explotación.

Esto se traduce, desde luego, por las grandes dificultades que encuentra la política colonial y por el acrecentamiento de los gastos que requiere. Los fanáticos de esta política nos consuelan de las cargas que hoy nos imponen las colonias, aludiendo a las ricas cosechas que nos prometen para

el futuro. La realidad es que cada vez aumentan más los gastos militares necesarios para conservarlas, y esto por ahora. Hay que esperar lo peor todavía. La mayor parte de los países de Asia y Africa se encaminan a un estado de cosas en que la revuelta dejará de ser pasajera para convertirse en abierta y permanente, y los llevará por fin a sacudir el yugo extranjero. Las posesiones inglesas de las Indias orientales son las que están más próximas a ello, y su pérdida equivaldría a la bancarrota del estado inglés.

Ya vimos que desde la guerra ruso-japonesa, el Asia oriental y el mundo mahometano se pusieron en actitud de defensa contra el capitalismo europeo. Combaten, pues, al mismo enemigo que el proletariado europeo. Sin embargo, no hay que olvidar que, si bien combaten al mismo enemigo, no es enteramente con el mismo objeto. No los lleva a la revuelta el deseo de asegurar al proletariado la victoria sobre el capital, sino el de oponer al capitalismo extranjero un capitalismo nacional. No debemos forjarnos ilusiones a este respecto. Los boers eran los peores verdugos, los amos del Japón son los más encarnizados perseguidores de los socialistas, y los jóvenes turcos han probado ya también la necesidad de castigar con rigor a los huelguistas. Debemos, pues, armarnos de crítica para juzgar a los adversarios del capitalismo europeo en el resto del mundo. Mas esto no impide que los nuevos competidores debiliten el capitalismo europeo y sus gobiernos y que aporten al mundo un elemento de trastornos políticos.

Según hemos visto, Europa atravesó, de 1789 a 1871, una época de continuos trastornos, hasta que la burguesía industrial conquistó en todos los países las instituciones políticas que le permitirían desarrollarse rápidamente. El año 1905, con la guerra ruso-japonesa, ha inaugurado para Oriente una era análoga de continuos trastornos políticos. Los pueblos del Asia oriental y del Islam, así como los de Rusia, entran ahora en una situación parecida por muchos aspectos a la que se encontraba la burguesía europea hacia fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Naturalmente, la situación no es del todo idéntica. El solo hecho de que el mundo haya envejecido un siglo, basta para crear diferencias. El desarrollo político de un país no depende sólo de sus propias condiciones sociales, sino también de las de los países vecinos que influyen sobre él. Quizá la posición recíproca de las distintas clases en Rusia, Japón, India, China, Turquía, Egipto, etc., sea análoga a la existente en Francia antes de la gran revolución. Pero padecen la influencia de las experiencias adquiridas en las luchas de clases por que atravesaron después Inglaterra, Francia, Alemania. Por otra parte, su lucha no tiende sólo a crear condiciones favorables para una producción capitalista nacional; es al mismo tiempo una lucha contra la dominación del capital extranjero, lucha que los pueblos de Europa occidental no conocieron en el período revolucionario de 1789 a 1871.

Si estas diferencias son lo bastante grandes como para que los actuales acontecimientos en Oriente no reiteren simplemente los que ocurrieron en Occidente hace un siglo, la situación es, sin embargo, lo bastante parecida

Generated by CamScanner from intsig.com

como para que se pueda prever que Oriente va a atravesar una era análoga de revoluciones, una era de conspiraciones, de golpes de estado, de insurrecciones, de reacciones seguidas de nuevas insurrecciones, de continuas revueltas, que durarán hasta que esos países obtengan las condiciones necesarias para un desenvolvimiento pacífico, y las garantías de su independencia nacional.

Así, pues, el Oriente —dando a esta palabra el sentido más amplio— se encuentra, gracias al imperialismo, unido de tal modo al Occidente desde el punto de vista político y económico, que los trastornos políticos de Oriente tienen repercusión en Occidente. El equilibrio político de nuestros estados, tan difícil de obtener, se encuentra roto desde entonces por cambios inesperados que están fuera de su influencia; problemas que parecía imposible resolver por medios pacíficos y que, por eso mismo, se dejaban para las calendas griegas, verbigracia la cuestión de los Balcanes, surgen repentinamente y exigen una solución. Por doquier inquietud, desconfianza, inseguridad. La nerviosidad, acrecentada ya por el progreso armamentista, llega al máximo. Se aproxima de un modo amenazante la guerra universal; y la guerra es la revolución. En 1891, Engels pensaba todavía que una guerra sería para nosotros una desgracia, pues entrañaría una revolución y nos llevaría prematuramente al poder. Creía que el proletariado podía aún durante algún tiempo, sirviéndose de las instituciones políticas existentes, hacer progresos más positivos que corriendo los riesgos de una revolución provocada por la guerra.

Pero la situación ha cambiado después. El proletariado ha hecho suficientes progresos como para poder encarar una guerra con más calma. Y no sería ya el caso de una revolución prematura, pues el proletariado ha sacado de las instituciones políticas actuales toda la fuerza que le podían dar y una transformación de esas instituciones ha llegado a ser condición previa de sus progresos ulteriores.

El proletariado detesta enérgicamente la guerra; y pondrá en juego todos sus medios para impedir las manifestaciones del espíritu guerrero. Pero, si a pesar de todo, estallase, el proletariado es hoy, de todas las clases, la que podría esperar el resultado con más confianza.

No sólo ha crecido considerablemente su fuerza numérica desde 1891, no sólo se han fortificado sus organizaciones, sino que también ha adquirido una enorme superioridad moral. Hace veinte años, el partido socialista alemán tenía que luchar todavía contra el gran prestigio que los jefes del imperio habían adquirido en las batallas de su fundación. Hoy ese prestigio está desvanecido.

Por otra parte, a medida que se acentúa la quiebra del imperialismo, el partido socialista pasa a ser el único que combate por una gran idea, por un gran propósito, el único que sabe desplegar toda la energía y abnegación que inspira tan grande finalidad.

Al contrario, en las filas de nuestros adversarios dominan la pusilanimidad

y la apatía, porque tienen conciencia de la corrupción y de la incapacidad de sus jefes. No creen más en su causa ni en sus jefes que, en este mismo momento, en una situación cuyas dificultades aumentan de día en día; se muestran, por la fuerza de los hechos, cada vez más incapaces, y se revelan cada día más en su completa nulidad. Estos síntomas no se deben al azar, ni a la culpa de los individuos; se explican por la situación del momento.

Sus causas son de naturaleza muy diferente. Desde que una clase o una sociedad han pasado el período revolucionario y entrado en el estadio conservador, desde que no necesitan combatir por su existencia o su lugar bajo el sol, desde que se acomodan a la situación presente y se limitan a corregir algunos detalles menudos, el horizonte intelectual de sus portavoces y de sus jefes se estrecha forzosamente. Pierden todo interés por los grandes problemas, su audacia carece de estímulantes, los pensadores y los luchadores intrépidos resultan molestos y son puestos a un lado, mientras pasan a primer plano los intrigantes mezquinos y los caracteres débiles.

Otro hecho concurre a producir el mismo resultado: los hombres políticos y los pensadores de las clases y de los estados que ya no tienen que luchar por un gran fin, en lugar de consagrarse a los intereses de toda la clase, de la comunidad de la sociedad, no sirven sino su propio interés. Si procuran llegar al poder, ya no es porque les posea un deseo imperioso de hacer obra grande y nueva para la comunidad, sino sólo el deseo de adquirir para sí mismos riqueza y poder. Su arribismo sin escrúpulos encuentra el complemento en la tendencia de los dirigentes a rodearse en adelante no de los individuos más capaces para el servicio de la cosa pública, sino de los que saben adaptarse con la mayor flexibilidad y complacencia a sus necesidades y propensiones.

A estas causas generales de decadencia moral e intelectual de todos los dirigentes, desde que han entrado al estadio conservador, hay que agregar otras especiales que son propias de nuestra época y derivan del carácter particular del capitalismo.

Antes, los dirigentes se reclutaban en la clase de los explotadores; por lo menos, éstos se reservaban las más altas funciones en el aparato político. Al contrario, la clase capitalista está tan absorbida por los negocios, que abandona la política a otras personas, las cuales no son, en el fondo, es verdad, otra cosa que sus dependientes: tales, en los países democráticos, los políticos profesionales, parlamentarios y periodistas; bajo el régimen de absolutismo las gentes de la corte; en países de constitución intermediaria una mezcla confusa de esos dos elementos, en la que predominan ora uno, ora el otro.

Mientras la explotación capitalista es débil, ahorrar es la consigna del capital, y procura inculcarla en los servicios del estado. La pequeña burguesía, de buen o de mal grado, permanece fiel a esa consigna; en cambio, el gran capital, a medida que la explotación que ejerce gana en intensidad,

Generated by CamScanner from intsig.com

ostenta un fausto y una disipación que terminan por hacer progresos tan insensatos como los de los armamentos, y revisten formas igualmente extravagantes.

Antiguamente los jefes del estado humillaban a todos con su riqueza y su magnificencia. Hoy, los políticos y los hombres de estado, aún los de más elevada jerarquía, son eclipsados por los soberanos de las altas finanzas.

No es cosa fácil aumentar en el presupuesto los sueldos regulares de los gobernantes, sobre todo en los estados parlamentarios, donde hay que cuidarse de los electores y de los contribuyentes, que exigen a gritos economías. Más difícil es todavía cuando los armamentos militares absorben casi la totalidad de las rentas públicas.

Si los políticos y los hombres de estado quieren imitar el fausto de los grandes explotadores, no les queda más que procurarse, fuera de las entradas legítimas, ingresos ilegítimos, subastando y prostituyendo su crédito político. Sacan, así, partido de su conocimiento de los secretos del estado y de su influencia sobre la política general para especular en la bolsa; abusan como parásitos de la hospitalidad de los ricos explotadores; se hacen pagar sus deudas por ellos; cuando menos, aceptan coimas y venden, en cambio, su crédito político.

Este mal cunde en todos los estados capitalistas, allí donde hay grandes explotadores. Ataca siempre con preferencia los órganos políticos más influyentes; en los estados democráticos a los parlamentarios y periodistas, en los regímenes del absolutismo a la gente de la corte. En todas partes engendra profunda corrupción progresiva, más rápida cuando la explotación y la disipación capitalista, y, por consiguiente, las necesidades de los políticos y hombres de estado, aumentan más y más, y se agrandan la fuerza y las funciones económicas del estado.

Ciertamente no hay que creer que todos aquellos que se corrompen tienen siempre conciencia de su estado, ni que los gobernantes y los políticos de las clases dirigentes son siempre corrompidos. Esta opinión sería exagerada. Mas en estos medios las seducciones aumentan sin cesar y es necesaria una fuerza de carácter cada vez más grande para no sucumbir a ellas; pues se sucumbe mucho más fácilmente cuando la atmósfera de corrupción se extiende y los procedimientos corruptores se hacen más inteligentes e insinuantes. Es así cómo los corrompidos no tienen conciencia de su propia caída.

A medida que los problemas de la política se complican y exigen de los hombres de estado más saber y delicadeza de conciencia, miras más elevadas y mayor firmeza, vemos que en las clases dirigentes la seriedad científica cede cada día al verbalismo más insípido, la delicadeza de conciencia la viveza, la lógica realización de un vasto programa a lo advenedizo y a las intrigas mezquinas, la firmeza serena y resuelta a una perpetua hesitación entre la brutalidad provocativa y el retroceso ignominioso. Al mis-

mo tiempo la codicia y la corrupción se muestran en toda su amplitud; aparecen ora en un escándalo "panamista", ora en un pacto entre gobernadores y estafadores, por todas partes en los fraudes de proveedores de material de guerra que entregan malas planchas de blindaje o cañones inutilizables; o que cobran a su patria el doble de lo que obtienen en el extranjero. Siempre las provisiones de guerra han sido para muchos capitalistas un medio de hacer fortuna; pero jamás los proveedores han tenido con los gobiernos tan estrechas relaciones como hoy, ni tanta influencia sobre el sector político que decide la guerra y la paz.

Estos mismos proveedores son hoy los más ricos industriales, los más grandes explotadores del proletariado, y están vivamente interesados en una guerra brutal contra el enemigo interior o exterior. Ejercen, en fin, influencia considerable sobre los gobiernos que se componen cada vez más de individuos irresolutos.

Hay que esperar, pues, que en cualquier momento y en cualquier país el estado esté expuesto a una provocación, a una sorpresa de sus vecinos, y lo mismo la clase obrera por parte de sus gobernantes. Los desastres que sobrevendrían son incalculables. Todo esto, por otro lado, puede llevar a la pequeña burguesía a nuevos caminos.

Naturalmente, las esferas en que se cumple la decadencia moral de las clases dirigentes son inaccesibles a la gran masa del pueblo. Hace falta una catástrofe, como la guerra ruso-japonesa, por ejemplo, para revelar toda la podredumbre del sistema. En tiempos normales sólo una torpeza puede de vez en cuando levantar una punta del velo que de ordinario cubre todo púdicamente. Los proletarios conscientes de su situación de clase apenas se impresionan por esas revelaciones. Siempre hostiles a las clases dirigentes, no se forjan ilusión alguna sobre sus cualidades morales.

Otra cosa ocurre con la pequeña burguesía. A medida que reniega de su pasado democrático para agazaparse detrás de los gobiernos de los cuales espera ayuda, deposita más confianza en ellos y en su solidez, y se horroriza más cuando advierte la profundidad de su caída y la dispersión de su prestigio.

Se encuentra, así, cada vez más abrumada simultáneamente por los grandes sindicatos de capitalistas y por las exacciones que el gobierno practica en sus economías. Su confianza en las clases dirigentes no está recompensada.

Pero si la incapacidad, la torpeza, la corrupción de los gobiernos provocasen frívolamente una catástrofe, guerra o golpe de estado que llevase al país al peor extremo, la pequeña burguesía perdería completamente la cabeza. Se volvería entonces de golpe, en un acceso de ciego furor, contra el gobierno, con tanta rapidez y ferocidad cuanta más confianza habría depositado en él y cuanto más hubiese exagerado su inteligencia y sublimidad.

Los diez últimos años han engendrado, por cierto, en la pequeña bur-

Generated by CamScanner from intsig.com

guesía un odio sin cesar creciente contra el proletariado. Este debe prepararse a librar completamente solo las batallas futuras. Pero Marx ya insistió sobre el hecho de que el pequeñoburgués, tipo intermediario entre el capitalista y el proletario, oscila del uno al otro, y es hombre de dos partidos. No debemos contar con la pequeña burguesía; jamás será una aliada digna de confianza, por lo menos en conjunto, pues algunos de sus miembros pueden llegar a ser excelentes socialistas. Su hostilidad contra nosotros puede aún aumentar. Mas eso no impide, quizás, que llegue un día en que, por efectos del peso insoportable de los impuestos y de una súbita caída moral de los dirigentes, acuda hacia nosotros en masa, maniobra que podrá barrer al adversario y decidir nuestra victoria. Y en verdad nada mejor podría hacer; pues el proletariado victorioso ofrecerá a todos —excepto a los explotadores—, a todos los oprimidos y explotados, aun a los que vegetan hoy en la clase de los pequeñoburgueses y pequeños campesinos, un enorme mejoramiento de sus condiciones de existencia.

Por grande que sea momentáneamente su hostilidad hacia nosotros, la pequeña burguesía dista de ser un apoyo sólido de la presente sociedad. También ella vacila y cruje, como los otros soportes de la sociedad.

El régimen actual tambalea de más en más, fenómeno que se manifiesta tan bien en la conciencia popular como en la realidad; se siente que hemos entrado en un periodo de inseguridad general, que las cosas no pueden llevar el mismo paso que durante la última generación, que la situación se torna cada día más insoportable y que no sobrevivirá a la generación que comienza.

La tarea más urgente del proletariado en medio de esta inseguridad general está indicada. Ya la hemos expuesto. No puede avanzar más un paso sin transformar las instituciones fundamentales del estado que son terreno de sus luchas. Proseguir enérgicamente la democratización del imperio, así como la de los distintos estados, especialmente de Prusia y Sajonia, es su misión más apremiante para Alemania; desde el punto de vista internacional lo es la lucha contra el imperialismo y el militarismo.

No menos evidentes que esta tarea son los medios de que disponemos para llevarla a cabo. A los empleados anteriormente hay que agregar la huelga general, que adoptamos en principio hacia 1893, y cuya eficacia en circunstancias favorables ha sido probada después varias veces. Si fue dejada de lado después de las gloriosas jornadas de 1905, no cabe deducir sino una cosa: que no es apropiada para cualquier situación y que sería insensato querer servirse de ella en todas las circunstancias.

Hasta aquí la situación es clara. Pero no sólo el proletariado tendrá papel en las próximas luchas; muchos otros factores completamente imprevistos entrarán también en juego. Lo imprevisto son nuestros hombres de estado. Sus personas cambian rápidamente y asimismo su ánimo. Ya no se puede esperar de ellos una política ordenada y consciente de su finalidad.

Lo imprevisto es la pequeña burguesía; descansando ora sobre uno, ora sobre otro de los platillos de la balanza, los hace subir o bajar alternativamente.

Lo imprevisto es más aún el caos de la política extranjera; tantos estados sujetos a bruscas viradas participan en ella que lo imprevisto de la política interior de cada país aparece en mayor escala en la política exterior.

Lo imprevisto reside, en fin, y sobre todo, en las metamorfosis de los estados de Oriente, donde entran en juego tantos factores completamente nuevos, de los cuales no tenemos experiencia alguna.

Todos estos factores obran y reaccionan hoy unos sobre otros de manera profunda e ininterrumpida. Nos harán ir de sorpresa en sorpresa.

La socialdemocracia se mantendrá tanto mejor en esta inestabilidad general cuanto más estable permanezca, cuanto más inquebrantable en la fidelidad de sus principios. Frente a una política sin espíritu de perseverancia y sin consistencia, hará que las masas obreras tengan cada vez más conciencia de su fuerza, tanto mejor cuanto que su teoría le permite seguir una política consecuente, una política que va derecha a su fin. A medida que la socialdemocracia aparezca como una fuerza inquebrantable en medio del caos en que toda autoridad vacila, su propia autoridad aumentará. Cuanto más persista en su oposición irreconciliable contra la corrupción de las clases dirigentes, más ganará, en medio de la podredumbre general, la confianza de las masas populares; en medio de esta podredumbre que ha alcanzado ya a la democracia burguesa, democracia que abjura sus principios para merecer los favores gubernamentales.

Cuanto más inquebrantable, consecuente, intransigente, se mantenga la socialdemocracia, más pronto triunfará de sus adversarios.

Exigir a la socialdemocracia su participación en una política de coalición o de bloque en el preciso momento en que la expresión de masa reaccionaria se vuelve una verdad, es aconsejarle a su abdicación política. Querer que se alíe con los partidos burgueses cuando éstos acaban de prostituirse y de comprometerse del modo más vil, es exigirle su abdicación moral; es pretender que prosiga de acuerdo con ellos la obra de prostitución.

Amigos bien intencionados temen que la socialdemocracia llegue prematuramente al poder *por* una revolución. Pero no hay para nuestro partido sino un medio de llegar prematuramente al poder: y es el de obtener una ficción de poder *antes* de la revolución, es decir, antes que el proletariado haya conquistado verdaderamente el poder político. Por el momento la socialdemocracia no puede participar en el poder sino vendiendo su fuerza política a un gobierno burgués. El proletariado, como clase, nada podría ganar con ello; sólo los parlamentarios que concluyesen la venta podrían ganar alguna cosa.

Cualquiera que vea en la socialdemocracia un arma de emancipación del proletariado debe oponerse con toda energía a que participe en la co-

Generated by CamScanner from intsig.com

rrupción de las clases dirigentes. Si hay un medio de hacernos perder la confianza de todos los elementos sinceros de la masa, de atraernos el desprecio de todas las capas combativas del proletariado, de trabar nuestra marcha hacia adelante, ese medio es la participación de la socialdemocracia en un bloque burgués.

Los únicos elementos que sacarían provecho serían esos para quienes nuestro partido sólo es un trampolín que les permite elevarse, los arrivistas y los sinecuristas. Cuanto menos nos atraigamos a esos elementos, cuanto más los alejemos de nosotros, más éxito tendrán nuestras luchas.

En cuanto a las formas particulares que éstas revestirán, casi no es posible decir algo más preciso que las indicaciones formuladas precedentemente. Nunca ha sido tan difícil como en nuestra época predecir las formas y la marcha de la evolución próxima, pues, a excepción del proletariado, todos los factores que entran en el cómputo son, en estos momentos, bastante indeterminados y rebeldes al cálculo.

Sólo hay una cosa cierta: la inseguridad general. Hemos entrado en un período de trastornos universales, de constantes desplazamientos de fuerzas que, cualesquiera sean su forma y su duración, no podrán dar lugar a un período de estabilidad durable mientras el proletariado no encuentre la fuerza para expropiar política y económicamente a la clase capitalista e inaugurar así una nueva era de la historia universal.

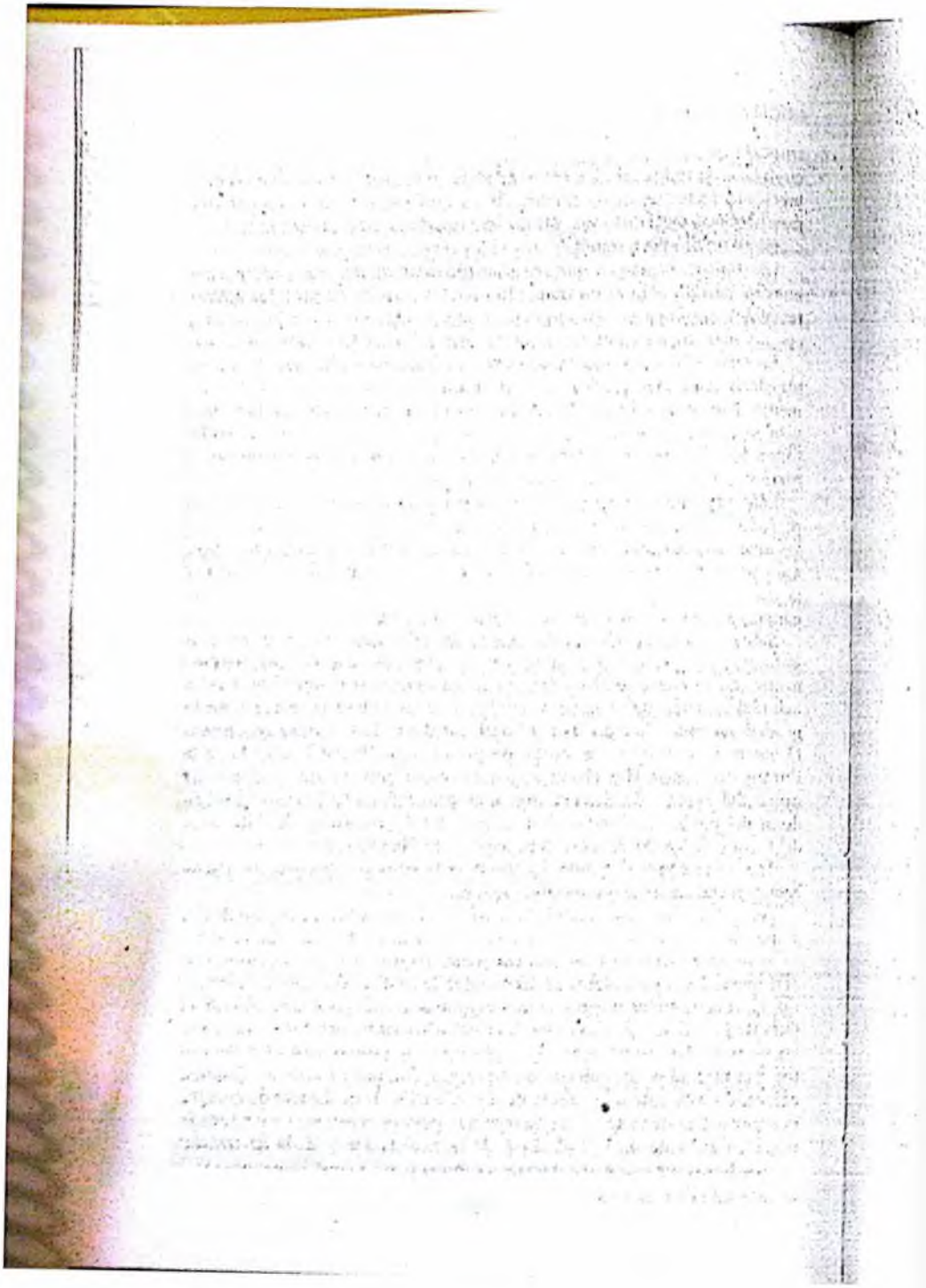
Saber si este período revolucionario durará tanto tiempo como el de la burguesía, que se extendió de 1789 a 1881, es cuestión que, naturalmente, no se puede resolver. Sin duda, la evolución se cumple hoy mucho más rápidamente que antes, pero también el campo de batalla se ha ampliado prodigiosamente. Cuando Marx y Engels escribían el *Manifiesto del Partido Comunista*, el teatro de la revolución proletaria se limitaba para ellos a la Europa occidental. Hoy abarca el mundo entero. Hoy no son solamente las orillas del Spree y del Sena las que verán desarrollarse las luchas emancipadoras del pueblo explotado, sino también las del Hudson y del Mississipi, del Neva y de los Dardanelos, del Ganges y del Hoang-ho.

Tan vasta como el campo de batalla es la tarea por cumplir; la organización socialista de la producción mundial.

Pero el proletariado saldrá del período revolucionario que comienza, y que durará quizás una generación, muy distinto de como ha entrado.

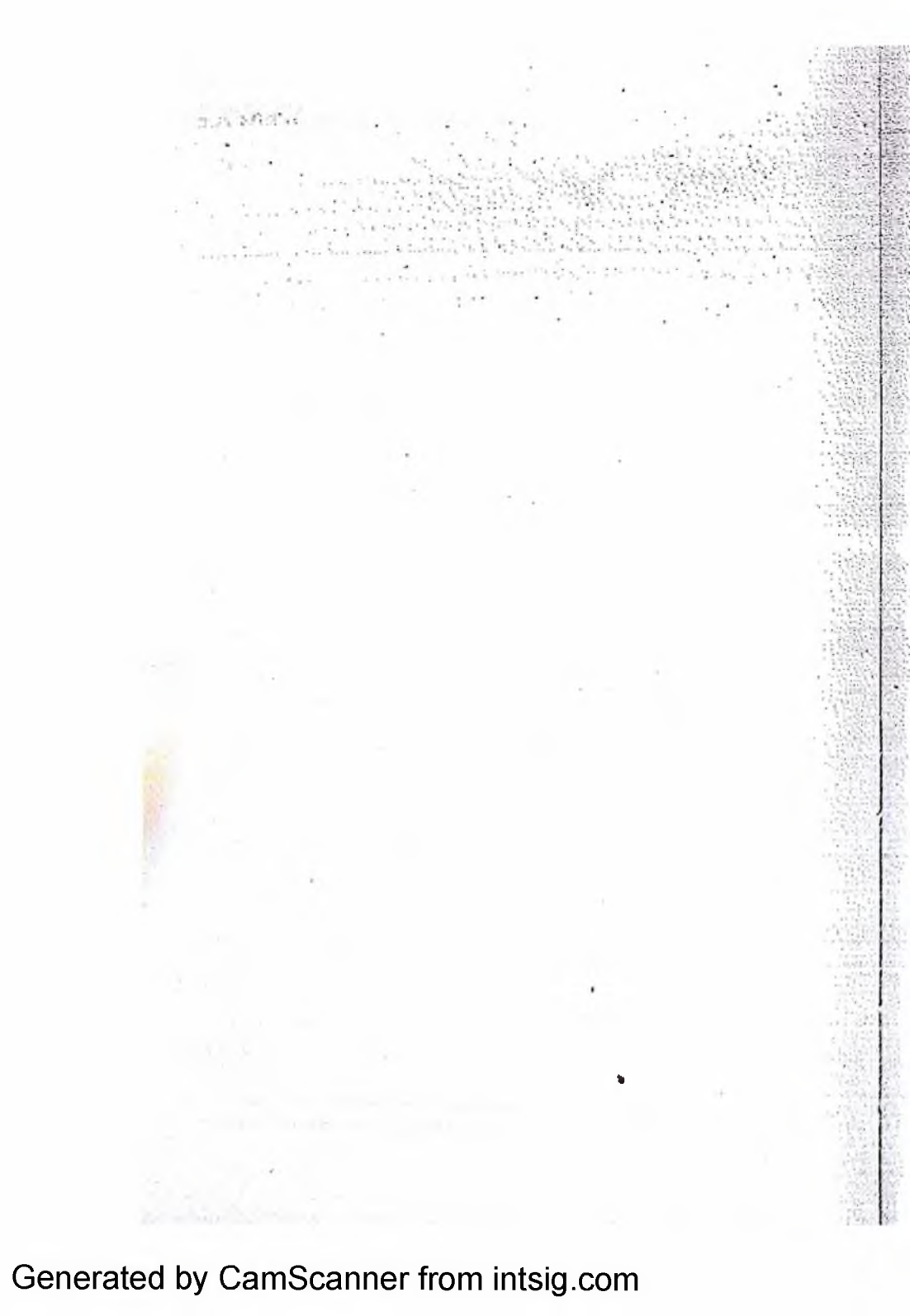
Si su elite incluye ya los elementos más fuertes, más clarividentes, más desinteresados, más audaces de los pueblos de civilización europea, elementos agrupados en las organizaciones espontáneas más poderosas, absorberá durante la lucha, y gracias a ella, los elementos desinteresados y clarividentes de todas las clases; organizará, educará en su propio seno a sus elementos más atrasados, los colmará de esperanza, formará su criterio; después, colocando esta elite a la cabeza de la civilización, la hará capaz de cumplir la enorme transformación económica que pondrá fin en el globo a toda la miseria resultante de la esclavitud, de la explotación y de la ignorancia.

¡Dichosos los que estén llamados a tomar parte en esta lucha sublime y en esta soberbia victoria!



Generated by CamScanner from intsig.com

APENDICE



Generated by CamScanner from intsig.com

I. CORRESPONDENCIA ENTRE KARL KAUTSKY Y OTROS DIRIGENTES SOCIALISTAS

1. KARL KAUTSKY A HUGO HAASE

Berlín- Friedenau, 19.2. 1909

Querido amigo: Sin duda estará asombrado de no haber recibido aún noticias mías. Pero lo que pasa es que todavía no puedo decir nada. El Comité directivo no se ha dejado convencer; casi unánimemente, menos un voto –Luisa Zietz [1] fue la única que en dicho comité se portó como un hombre– exigió que mi folleto sea tirado al cesto de los papeles. Apelé a la comisión de control [2] quien decidirá el asunto esta tarde. Quería escribirle inmediatamente después de esto.

Si lo hago ahora es porque Bebel me envió la carta que usted le había escrito; por ella me enteré que en la carta que él le envió, apoyaba su juicio en el de tres de nuestros abogados. Este asunto es todo un escándalo. Bebel tuvo que confesarme que en la discusión en el comité directivo ninguno de [3] los tres abogados había leído el folleto. Sólo les mostró los dos pasajes de las páginas 55 y 62 [4] y, luego de hojearlas rápidamente,

[1] Luisa Zietz formaba parte, como asesora, del Comité directivo elegido en el congreso del partido en 1908 y que estaba compuesto además por Bebel y Singer (presidentes), Gerish (tesorero), Ebert, Molkenburh, Müller y Pfannkuch (secretarios).

[2] Según los estatutos del partido, Kautsky tenía derecho a dirigirse a la Comisión de control, "como procedimiento de apelación, para las quejas contra el Comité directivo".

[3] Uno de los abogados consultados por Bebel era el diputado del Reichstag, Joseph Herzfeld (véase carta 9).

[4] En su capítulo "El crecimiento de los elementos revolucionarios", Kautsky enumera en la página 220, las condiciones necesarias para el derrocamiento de un "régimen hostil al pueblo". En la primera edición de su libro, Kautsky escribe: "Si se produce una situación revolucionaria, si un régimen se halla a punto de hundirse bajo el efecto de sus contradicciones internas y si hay en la nación una clase que tiene interés en la revolución, y también la fuerza suficiente para hacerla, sólo necesita un partido que posea la confianza de esta clase cuya hostilidad al régimen tambaleante es irreconciliable y que reconoce claramente la situación dada para llevar la revolución a la victoria. Desde hace tiempo, la socialdemocracia es ese partido. La clase revolucionaria también está allí y desde hace cierto tiempo constituye la mayoría de la nación. ¿Podemos esperar que el hundimiento moral del régimen reinante se produzca también en corto plazo?" En la segunda edición autorizada por el Comité directivo, este pasaje quedó así: "Cuando la situación es tal, cuando un régimen ha llegado al punto en que las contradicciones interiores lo llevan a la ruina, si existe entonces en la nación una clase que tiene interés en adueñarse del poder y que tenga la fuerza de hacerlo, no falta sino un partido que posea su confianza, un partido

declararon que era preocupante. Cuando ridiculicé al comité directivo por estos "expertos jurídicos", por cierto que no me prestó atención.

Entre tanto también he hablado con Mehring, quien me confirmó que el folleto no era nada peligroso. La discusión en el Comité directivo ha sido extremadamente deprimente, puesto que reveló un nivel de pensamiento político de una espantosa debilidad.

Ya en el congreso internacional de Stuttgart jugó un deplorable papel, del que es un poco responsable la poltronería de August, [5] y esto irá empeorando. Durante años, August ha sido el único luchador y el único hombre político del Comité directivo. Ahora está mortalmente agotado. Pero no quiere reconocerlo y como quiere marchar siempre a la cabeza, debemos regular nuestros pasos para que él pueda seguirnos. Es humanamente comprensible, pero muy lamentable para nuestro partido. Yo no desespero por esto, pero otros lo hacen. Los hechos trabajan para nosotros, pero no hacemos lo que podríamos hacer para explotarlos. Si antes nuestros hombres, desde la dirección aceleraron nuestra marcha tano como pueden hacerlo los individuos del mismo modo la frenan hoy.

Algo más antes de concluir. Molkenbuhr declaró que usted era siempre muy optimista en los procesos. Usted le habría asegurado que Karl Liebknecht sería absuelto. [6] Por el contrario, Mehring afirma que usted le había dicho, ya en Stuttgart, que Liebknecht sería condenado. Supongo que es Mehring el que tiene mejor memoria.

Si le escribo ahora, es esencialmente porque usted me señala que espera escribirle muy pronto a Bebel con detalles. Es bueno pues que esté exactamente al corriente de la historia de los expertos.

Su K.K.

animado de una hostilidad irreconciliable hacia el régimen claudicante y que sepa reconocer claramente las exigencias de la situación, para conducir a la victoria a la clase revolucionaria. Ese partido es, desde hace mucho, el partido socialista. Tenemos, asimismo, la clase revolucionaria; ella forma desde hace algún tiempo, la mayoría de la nación. Falta saber si podemos contar también con la quiebra moral del régimen actual" (p. 227.)

[5] Kautsky alude aquí al debate del congreso de Stuttgart sobre el militarismo. En esa oportunidad, Bebel había declarado: "En Alemania luchamos contra el militarismo reinante en tierra y en el mar, bajo todas las formas y con todas nuestras fuerzas. Pero no podemos, yendo más lejos, dejarnos arrastrar por métodos de lucha que podrían volverse fatales para la vida del partido y eventualmente para la existencia misma del partido." Congreso Socialista Internacional de Stuttgart (18-24 de agosto de 1907). Bebel rechazó el compromiso de hacer la huelga general en caso de guerra.

[6] Karl Liebknecht había sido condenado a 18 meses de prisión por su folleto sobre militarismo y antimilitarismo.

Generated by CamScanner from intsig.com

2. KARL KAUTSKY A HUGO HAASE

Berlín-Friedenau, 25.2.1909

Querido amigo: En estos últimos días, aquí era verdaderamente martes de carnaval y miércoles de cenizas. El asunto se vuelve cada vez más extravagante.

Después de la sentencia de los miembros de la Comisión de control, el Comité directivo no se ha expedido.[1] Le escribí pidiéndole que diera cuenta de los pasos a realizar ahora. Le decía que sólo veía dos medios de salir de esto si no quería autorizar directamente el folleto, en lo que ni había que soñar, según las distintas declaraciones que Bebel y Singer me hicieron. O sea, que el Comité directivo debía indicar sin ambages cuales eran los pasajes que quería ver modificados. Hasta ahora sólo había andado con rodeos designando cada vez pasajes diferentes. Pero si rechaza al folleto en su totalidad, tengo el derecho, después de la sentencia de los inspectores, de entregarlo a una editorial. En todo caso, le pedía al Comité directivo que decidiera lo más pronto posible.

Apenas había enviado esta carta cuando recibí el artículo de la *Leipziger Volkszeitung*.[2] Estaba perplejo y no sabía si debía alegrarme o enojarme. Enojarme porque eso me volvía sospechoso de haber conspirado contra el Comité directivo, de haberle jugado una mala pasada a escondidas; o alegrarme de que la situación esté ahora aclarada y que ya no hay marcha atrás posible. En todo caso, de cualquier forma que se tome el artículo desde el punto de vista de la disciplina y de la camaradería, resulta ahora de imperiosa urgencia publicar el folleto. Si el mismo podía causar algún daño, ya estaba hecho con la publicación de las citaciones, subrayadas con grandes líneas.[3] Continuar guardando el folleto sólo podía aumentar el daño, si éste existía, y no atenuarlo, ya que aislados de su contexto, tales pasajes son mucho peores que en el folleto mismo.

Me precipité al Comité directivo y le rogué encarecidamente que se decidiera de inmediato. Pero él no se dejó sacar de su somnolencia y retrasó la reunión para el día siguiente o, dicho de otro modo, para ayer. Ahí expuse mi caso tan fría y objetivamente como era posible. La indolencia y las maniobras dilatorias del Comité directivo me habían irritado de tal forma que tenía la intención de romper toda relación con él si no aceptaba mi pedido, y renunciar a la redacción de la *Neue Zeit*. Curiosamente, fue Mehring quien me aconsejó la moderación, diciéndome que no debía abandonar sin necesidad la única posición segura que aún teníamos.

[1] Se trata de la decisión de la Comisión de control desautorizando al Comité directivo del partido socialdemocrata "por primera vez desde hace al menos 30 años" (Kautsky a Haase, carta del 20 de febrero de 1909) y autorizando la publicación del folleto *El camino del poder*, sin modificaciones.

[2] "Un viento fresco", artículo aparecido en el *Leipziger Volkszeitung* núm. 43 del 22 de febrero de 1909, en el que el folleto de Kautsky era caracterizado como trayendo un "viento fresco" en la vida política alemana e internacional.

[3] La *Leipziger Volkszeitung* había reproducido entre otros un largo pasaje del capítulo criticado por el Comité directivo: "El crecimiento de los elementos revolucionarios."

Acepté sus argumentos (esto ocurrió antes de la reunión) y hablé lo más calmadamente posible durante la reunión. El Comité directivo también estaba tranquilo, nada conmovido, como lo suponía yo, por el artículo, cuya responsabilidad no me achacaba. Bebel reconoció que el mismo Comité directivo era responsable; por haber descuidado de pedir a las redacciones que no publicaran nada sobre mi folleto. Pero... aún ahora, el folleto no debía aparecer. Por una parte, el procurador no puede proseguir la acción simplemente en base a citaciones, si no posee el folleto, y el Comité directivo asegura que no lo tiene y que jamás lo tendrá. Por otra parte, las citaciones no correspondían a los pasajes más peligrosos, otros lo eran mucho más, y, por último, lo serían mucho más en mi contexto que en los artículos.

Además, ¡el editor y su representante se rehusaban a publicar el folleto porque podían ser objeto de un proceso por complicidad en un asunto de alta traición! Como si alguien hubiera tenido alguna vez la intención de actuar contra el editor de Liebknecht. En resumen, si se difundía el folleto, podía ir a prisión ¡porque podía probarse que me había beneficiado con el mismo!

En vano traté de luchar contra estos argumentos, nada sirvió. Estaban ciegos ante el enorme escándalo que desencadenaban, ciegos ante el peligro que me hacen correr con su actitud que es una denuncia a la vez que una confesión de mi culpabilidad, y que ofrece al procurador argumentos mejores que los que él mismo pudiera encontrar.

En mi irritación, estaba a punto de romper con el Comité directivo a pesar de todas las advertencias de Mehring, pero me dominé y declaré que renunciaba a su aparición en el *Vorwärts* o en cualquier parte de Alemania. Pero que no podía llegar a renunciar a toda publicación.

Ahora que ya se conoce la obra, sería para mí un suicidio político, pero para el partido también un grave daño. Ya que incluso si se lograra que todos los camaradas del partido acepten tranquilamente la prohibición de la obra, nuestros adversarios se aprovecharían aún más de ésto, ya sea para denunciar en alta voz los ataques contra la libertad de expresión, ya sea para señalar que junto a nuestro programa público tenemos uno clandestino que el Comité directivo no quiere que se revele. No se podrá poner fin a la sospecha. Por esta razón me parece indispensable, tanto en interés del partido como en el mío propio, que el folleto llegue a conocimiento de la opinión pública y que ésta lo juzgue. Voy a Viena y haré publicar el folleto allá. El Comité directivo no ha podido prohibirme eso. Salgo mañana. Yendo a Viena, no sólo tengo la intención de buscar personalmente un editor y vigilar que mi "desvío hacia la impotencia" aparezca por el camino más corto, [4] tengo otras intenciones al mismo tiempo.

Quisiera convencer a Viktor Adler para que intervenga. Para el Comité directivo es un político estimado y no un teórico sin práctica a quien se mira con piedad y condescendencia. Pero Viktor Adler tiene también una amplia visión, un sentido de los imponderables y todavía no ha sucumbido a la esclerosis burocrática que causa estragos en el partido. Espero que comprenderá qué grave daño se corre y el peligro a infligir al crédito del partido si la editorial partidaria se niega públicamente a editar mi folleto. Tal vez, él logre convencer al Comité directivo y hacerle cambiar de opinión. Ten-

Generated by CamScanner from intsig.com

go pocas esperanzas, es cierto, porque el Comité directivo es demasiado obstinado, lo que se traduce naturalmente en la forma siguiente: me reprocha mi "obstinación" y dice que todo iría bien si yo renunciara al folleto. Como si aún dependiera de mi buena voluntad el que la opinión pública oiga hablar o no de él. Desgraciadamente no hay en el Comité directivo nadie que tenga la menor idea sobre problemas de publicación.

Pero tengo todavía una tercera razón para ir a Viena. Me temo que en los próximos días estalle una crisis en el partido que pueda provocar la intervención del ministerio público. Ya se habla en todas partes de mi obra, mucho más que si hubiera aparecido. Nadie piensa en las consideraciones jurídicas; en general, se incluye detrás del retiro una intriga revisionista. Si se hace público ahora que, en definitiva, no será publicada por la editoral del partido, esto hará probablemente mucho ruido y nuestros adversarios van a estimular y explotar esta reacción. ¿Qué responderá a esto el Comité directivo? Ya le he planteado esta cuestión. El Comité directivo ha respondido que: se dirá simplemente que la editorial y yo mismo no hemos podido entendernos sobre algunas formulaciones. ¡Estos sagaces políticos creen poder arreglar así el asunto!

Puede temerse que la verdadera disputa haya sólo comenzado y que el Comité directivo declare que el retiro del folleto no fue decidido en consideración a los revisionistas, sino en consideración al procurador. Pero, incluso si no se llega a tal declaración, puede temerse que el retiro incite al procurador a proceder judicialmente contra mí, aunque más no fuera para poder llamar como testigos al editor y al Comité directivo y hacerles decir qué contenía ese folleto tan obstinadamente escondido y qué pasajes eran objeto de escándalo. Si se llega a eso, mi posición en Alemania se volverá insostenible. Ahora bien, eso puede ocurrir de un día para otro, sin que yo sepa nada ni pueda defenderme. Además, aunque estoy listo para defender mi obra, tengo pocas ganas de poner mi suerte en manos de gente que no ha manifestado demasiado inteligencia y a la que no se le puede pedir que corra el riesgo de algunos años de detención por falso testimonio, simplemente para ahorrarme algunos años a mí. También llamé la atención del Comité directivo sobre esta eventualidad. ¡A esto Bebel respondió que si alguien atestiaguaba contra mí sería necesario que yo tratara de arreglármelas como pudiera! Verdaderamente es muy simple y muy cómodo para los demás.

Y se excluye poder utilizar el proceso para fines de propaganda, después del giro que han tomado las cosas. Si se tratara únicamente de mi folleto, yo hubiera asumido el riesgo de algunos años en prisión, no con gusto precisamente —no estoy tan ávido de placeres—, pero sin recriminación. Si fuera condenado por esta obra, eso provocaría un descontento muy amplio y tendría un poderoso efecto propangandístico, tal vez todavía más que el proceso de Liebknecht. Esta certidumbre podía hacerme aceptar el sacrificio de varios años. En última instancia poco importa como se obtiene un resultado, si se lo obtiene, no es necesario que sea siempre a través de la pluma.

Pero si se llega ahora a un proceso, luego de que la editorial del partido ha retirado mi obra de circulación, no es el ministerio público quien se comprometerá, sino los cuadros del partido que serán los principales

testigos y jugarán el papel más lastimoso del mundo. Y no sé si debo arriesgar tres años de prisión para permitir que se ponga en escena esta tragedia del partido.

Pero tal vez mis amigos en el partido, entre ellos, usted, tenga otra opinión. Tal vez estimen que deba presentarme en todos los casos ante mis jueces.* Si usted así lo cree, lo haré; en este asunto mis amigos pueden juzgar mejor que yo que estoy implicado personalmente.

En todo caso, quiero reservarme la libertad de discutir esto con mis amigos, ponerme al abrigo de las sorpresas y ésta es también una de las razones de mi viaje a Viena. Mi plan es el siguiente: si debe haber disputa, ésta se pondrá en marcha en los próximos días. Esperaré a ver las declaraciones que se harán entonces. Si hay alguna que me comprometa jurídicamente, me quedaré en el extranjero hasta que haya pasado el plazo de seis meses. Si el asunto pasa sin dejar rastro ni en el partido ni fuera de él, que es lo que anhelo, entonces creo que puedo volver sin temor al cabo de algunas semanas. Si se diera un proceso, que me parece improbable, no habrá el peligro inmediato de que mis camaradas de partido sean públicamente lanzados contra mí. Por lo demás, no tengo miedo. Le agradecería mucho si me hiciera saber muy pronto lo que usted piensa, acerca de la aparición de mi folleto en Viena y de mi estadía en el extranjero.

No quiero iniciar la impresión en Viena antes de tener su opinión y tampoco quiero emprender nada sin su consejo. Nadie puede, en esta situación, aconsejarme mejor que usted que sabe, más correctamente que ninguno de mis otros amigos, reunir en una sola persona al jurista, al amigo y al camarada de partido.

La crisis es ahora bastante seria como para que no tenga, creo, más necesidad de rogarle que me disculpe por el tiempo que le hago perder.

Le agradezco de todo corazón lo que hasta ahora hizo por mí y lo que todavía hará.

Con los mejores saludos de todos nosotros a usted y a los suyos.

Suyo K.K.

Mi dirección hasta nueva orden es la de V. Adler, Viena VI, Blümelgasse 1.

* Nota agregada por Kautsky: "En mi caso, hay que tener aun en cuenta que de ese modo no obtendré la posibilidad de seguir siendo activo en Alemania, ya que después de mi liberación seré, sin duda, expulsado." (Debe recordarse que Kautsky era de nacionalidad austríaca.)

Generated by CamScanner from intsig.com

3. KARL KAUTSKY A HUGO HAASE

Viena, (después del 26. 2. 1909)

Querido amigo: Adler reaccionó como yo lo esperaba, está indignado por los alocados procedimientos del Comité directivo. No comparte el punto de vista del folleto; tiene mucho que decir sobre esto desde el punto de vista político, pero lo considera jurídicamente sin inconveniente y estima que lo único peligroso, en última instancia, son los procedimientos del Comité directivo. También está convencido de que la obra debe publicarse y escribió muy enérgicamente en este sentido a August y a Paulus (Singer). Para hoy ha sido convocada una nueva reunión del Comité directivo, en la que deben participar también los miembros de la Comisión de control presentes en Berlín, lo que me parece, a decir verdad, incongruente. Pero esto es asunto de la comisión de control.

Ayer recibí, además de la suya, una carta de Clara que confirma que el Comité directivo ahora busca excusas diciendo que el editor no quiere hacerse responsable, de modo tal que el Comité directivo no está en condiciones de aplicar la decisión de la Comisión de control.

Esta excusa fracasa debido al ofrecimiento hecho por Clara de hacerse responsable de la edición. Ahora no tienen más excusas. Enseguida se lo comunicaré al Comité directivo y le diré al mismo tiempo que si a pesar de todo se obstina en su rechazo, ya ningún motivo de disciplina me impedirá hacer aparecer el folleto en otro editor alemán. Usted tiene razón, no debe aparecer en el extranjero.

Si todo va bien, el asunto puede aún arreglarse amistosamente. En caso contrario, será necesario que regrese a Berlín o a Leipzig y que deje pasar mis vacaciones.

Usted escribe que en ningún caso debo "volver antes de que nos hayamos entendido". Pero yo, le escribí como postdata en mi carta que, si se me procesa judicialmente, debo presentarme. En consecuencia, hágame saber, por favor, por qué razones tiene ahora objecciones a mi regreso inmediato. Hay también otro punto que me gustaría aclarar. Usted piensa que debo atrasar la aparición del folleto hasta agosto, entonces gozará de la inmunidad. ¿Por qué? O el procurador ya tiene un ejemplar y puede desde ya proceder, o no lo tiene y entonces el plazo de prescripción correrá desde la nueva aparición en agosto.

¿O bien usted piensa que antes de transcurrido el plazo de prescripción, en agosto, sería peligrosa una discusión pública sobre el folleto?

Pero, justamente lo que más temo es que semejante discusión se haga bajo la forma más peligrosa, y que gire en torno a las razones que tiene el Comité directivo para prohibirla si no aparece inmediatamente. Hay que esperar que la editorial o yo mismo seamos interpelados publicamente y que se nos pregunte por qué el folleto, que ya había aparecido, no se difunde más. No veo, pues, muy bien, por el momento, la posibilidad y el interés de retrasar la aparición hasta agosto.

Usted me ha confundido tanto con su atención que le pido que me aclare más sobre estos dos puntos, en la medida en que la decisión tomada hoy

por el comité directivo, que aún no conozco, les asigne importancia. Adler lo saluda muy atentamente, y yo lo hago extensivo a usted y a los suyos.

Su fiel K.K.

4. AUGUST BEBEL A VIKTOR ADLER (Viena)

Schöneberg-Berlín, 28. 2. 1909.

Haupstrasse 97

Querido Victor: Por supuesto que no te guardo rencor, está en tu derecho decir lo que piensas tan claramente como puedas.

A decir verdad, no estoy de acuerdo contigo en lo que respecta a tu apreciación jurídica, y no se trata más *que del aspecto jurídico*, pero estoy de acuerdo, en cuanto a mí, a reexaminar el asunto. Voy a convocar para el martes a la tarde al comité directivo del partido y a los miembros aquí presentes de la comisión de control y deliberaremos de nuevo. Ya estaba decidió ayer a hacerlo, y tu carta de hoy ha reforzado mi dicisión.

No quiero discutir más sobre el fondo, pero únicamente quisiera señalar que es un error de tu parte pensar que la situación política casi no permite un proceso. Si está probado que se puede evitar el proceso, estoy por la continuación de la publicación. Pero habrá que luchar duro en el comité directivo.

En primer lugar, le he enviado tu carta a Paul, quien forma parte de los más encarnizados, como lo supe recién ayer por él mismo, cuando le hablé de una eventual nueva discusión.

Mi estado todavía deja mucho que desear. Sobre todo me falta el apetito y debo estimularlo artificialmente. Debido a esta situación estoy físicamente muy aplastado. Los reumatismos en el brazo, la conjuntivitis, son cosas pequeñas que pueden descuidarse. Espero doliente una mejora del tiempo. En abril, cuento también con descansar algunas semanas.

Saludos cordiales de mi familia a la tuya y también a Karl.

A.B.

5. JOSEPH HERZFELD A AUGUST BEBEL

Berlín, 2. 3. 1909

Querido camarada Bebel: Adjunto le envío el resumen del folleto.[1] Indudablemente de allí se deduce, según mi opinión, que en este folleto se trata de un estudio sobre las tendencias que hacen posible una revolución

[1] Se trata evidentemente de *El camino del poder*.

Generated by CamScanner from intsig.com

y una exposición que prevé las formas, los ritmos y los efectos de esta revolución, pero de ninguna manera se trata de una acción o de una incitación a la acción, o de la preparación de una acción con vistas a trasformar directamente por la violencia la constitución del Reich alemán o de un estado federal o la sucesión al trono del susodicho estado (81, 82, 85, 86 del código penal).

Sin embargo, para evitar toda provocación inútil y para no dar motivos al procurador, propondría la supresión o modificación de los pasajes siguientes: en la página 13, en lugarde "pasaje pacífico", yo pondría "pasaje económico".[2]

En la página 60, suprimiría la frase entre paréntesis "ellos constituyen el terreno de reclutamiento para los soldados de la revolución; pero no todos son enseguida tales soldados".[3]

En la página 62, tacharía los dos últimos párrafos desde "Pero si una situación revolucionaria..." hasta "en breve plazo".[4] En la página 68, en el penúltimo párrafo, la parte de la frase que va de "y" hasta "desaparecer en un futuro imprevisible".[5] En la página 84, en el párrafo cuarto, las palabras "pacífica e imperceptiblemente"[6] En la página 97, en el primer y segundo párrafos, desde "Pero la guerra" hasta "condición de su desarrollo posterior".[7] En la página 104, la frase del último párrafo: "Feliz" hasta "magnífica victoria".[8]

Por más simpática que sea para mí esa frase, la considero la más preocupante de todo el folleto; ya que de ella podría deducirse una incitación

[2] Kautsky escribía: "En los próximos decenios, deberíamos aplicar la táctica del pasaje pacífico y de la política de bloque entre proletarios y burgueses." No cambió esta frase en su segunda edición.

[3] En la segunda edición, la expresión "soldados de la revolución" está entre comillas.

[4] Véase sobre las modificaciones de este pasaje, nota 4 de la carta 1.

[5] El pasaje dice: "La fuerza de los gobiernos ha aumentado notablemente en la última decena de años: la posibilidad de voltear al gobierno, de hacer una revolución apareció relegada a una distancia incalculable."

[6] En la frase: "Nadie será tan ingenuo para pretender que pasaremos pacífica e imperceptiblemente del estado militar... a la democracia...;" Kautsky cambió "pacífico" por "sin combate".

[7] Kautsky escribía: "Ahora bien, la guerra, es la revolución. En 1891, Engels todavía pensaba que sería una gran desgracia para nosotros una guerra que acarreara una revolución y nos llevara prematuramente al poder. Creía que el proletariado podía aún por algún tiempo sirviéndose de las instituciones políticas existentes, hacer progresos más seguros que corriendo los riesgos de una revolución provocada por una guerra. Pero desde entonces la situación ha cambiado mucho. El proletariado ha hecho suficientes progresos para poder considerar una guerra con más calma. Y ya no se trataría de una revolución prematura porque el proletariado ha extraído de las instituciones políticas actuales toda la fuerza que podían darle y porque la trasformación de estas instituciones se ha vuelto una condición previa para sus progresos posteriores." Kautsky no hizo correcciones a este pasaje.

[8] En la primera versión, al igual que en la nueva, el folleto termina con esta frase: "Dichosos los que están llamados a tomar parte en esta lucha sublime y en esta soberbia victoria!"

a la revolución, en el sentido del parágrafo 85 del código penal, mientras que todo el resto del folleto sólo representa un estudio sobre la maduración y el desarrollo de la revolución futura.

Por lo demás, como estamos todos de acuerdo, nada puede decirse de preciso sobre la posibilidad de un proceso por alta traición. Si los tiempos son tales que se crea poder intentarlo, se lo hará y entonces, con toda seguridad, concluirá en una condena.

Con respecto a esto, sin duda todavía podría considerarse hacer aparecer el folleto en Stuttgart. Le adjunto el folleto; pero le ruego que me lo devuelva, porque sólo tengo un ejemplar.

Con mis saludos cordiales

Suyo J.H.

Generated by CamScanner from intsig.com

KARL KAUTSKY

UN COLABORADOR DE LA LIGA DEL REICH

En el número veintidós de *Kommunalen Praxis* (La práctica comunal) del 22 de mayo, un cierto señor S. se ocupa de mi libro *El camino del poder*, trabajo al que caracteriza como totalmente desacertado. La revolución proletaria sería, según él, una manía propia, privada, con la que el partido nada tiene que ver. Ya que esta juiciosa afirmación no va acompañada de una fundamentación objetiva no valdría la pena que me detuviese en ella; las manías privadas de un S. cualquiera me son totalmente indiferentes, por más que las publique un órgano partidario.

No puede resultarme indiferente, sin embargo, el hecho de que en un órgano de nuestro partido se expresen dudas en torno a mi persona, que por el lugar en que aparecen adquieren un cierto peso.

S. pretende suplir la carencia de críticas objetivas buscando desacreditar en un punto el material factual por mí suministrado. Y escribe:

"Con este propósito [el de mostrar que debemos contar con una revolución proletaria], Kautsky aporta esta vez una revelación: a saber, que el conocido prefacio de Friedrich Engels al libro de Karl Marx sobre las luchas de clases en Francia —muchas veces considerado como su testamento político—, no habría respondido a los verdaderos puntos de vista de su autor. Engels lo habría redactado en la forma que lo hizo teniendo en cuenta únicamente el proyecto de ley antisubversiva, inminente por aquel entonces, tal como se desprendería claramente de ciertos pasajes de sus cartas. Resultaría difícil investigar si tales pasajes resultan suficientes para probar la pretendida tesis de Kautsky, o si éstos se han resentido en cierto modo, es decir, si *ellos* contienen el punto de vista definitivo de Engels en la cuestión."

S. no se atreve a negar que los pasajes citados de las cartas resultarían totalmente satisfactorios en caso de contener el punto de vista "definitivo" de Engels. Para invalidar su fuerza demostrativa, recurre, por consiguiente, al argumento de levantar sospechas: resultará difícil investigar si estos pasajes de las cartas "no se han resentido". Si esta frase tiene algún sentido, sólo puede ser el de que yo he arreglado los pasajes para mi propio uso.

Por ello exigo al crítico S. que explique de manera clara e inequívoca el sentido que da a su frase. Exijo una reparación clara e inequívoca, o por el contrario, una acusación igualmente clara e inequívoca, que no quedará sin respuesta.

Sólo faltaba que permitiéramos que se incorporaran a nuestro partido los métodos de la Liga del Reich con el objeto de desacreditar las ideas revolucionarias.

KARL KAUTSKY

ENGELS, EL HOMBRE SIN CARACTER

En *Kommunalen Praxis*, cierto señor S. (evidentemente el delegado Sudekum), al considerar mi libro *El camino del poder*, escribió entre otras cosas lo siguiente:

"Con este propósito [el de mostrar que debemos contar con una revolución proletaria], Kautsky aporta esta vez una revelación: que la conocida introducción de Friedrich Engels al libro de Karl Marx sobre las luchas de clases en Francia —muchas veces designado como su testamento político— no habría respondido a los verdaderos puntos de vista de su autor. Engels lo habría redactado en la forma que lo hizo únicamente con vistas al proyecto de ley antisubversivo, inminente por aquel entonces, tal como se desprendería de manera evidente de ciertos pasajes de sus cartas. Resultaría difícil investigar si tales pasajes resultan suficientes para probar la pretendida tesis de Kautsky o si éstos "se han resentido en cierto modo", es decir si *ellos* contienen el punto de vista definitivo de Engels sobre la cuestión".

Yo había interpretado sus palabras como una acusación de haber manipulado las cartas de Engels para hacerlas servir a mis propios fines, y le exigí una explicación inequívoca acerca de su afirmación.

"Karl Kautsky, en una nota aparecida en el núm. 36 de *Die Neue Zeit* del 4 de junio de 1909, me exhorta a presentar una reparación clara e inequívoca puesto que de mis consideraciones en torno a su opúsculo *Der Weg zur Macht* publicadas en el núm. 21 de *Kommunalen Praxis* se deduciría necesariamente que yo habría pretendido reprocharle una manipulación en su propio beneficio, de los pasajes allí citados de las cartas de Engels. De haber sido esa mi intención, lo hubiera expresado con claridad, pero en ningún momento llegué a pensarlo; por el contrario —como permite reconocerlo con toda claridad el tenor de mi trabajo a cualquiera que lo lea sin prevenciones —no pretendía otra cosa que llamar la atención acerca del hecho de que, así como Engels un buen día, de acuerdo a lo que él mismo admitió, tuvo en cuenta las necesidades 'oportunistas' de la dirección del partido de aquel entonces en la redacción de la citada introducción, acaso otro día, en las cartas mencionadas por K.K. se le haya ocurrido satisfacer las necesidades 'revolucionarias' del destinatario.

"De hecho, resulta imposible averiguarlo. Y por consiguiente, la utilización de las cartas de Engels para los fines concebidos por K.K. resulta en mi opinión, improcedente.

"Por lo demás no quiero permitir que con la nota de Kautsky quede oculto el hecho de que, felizmente, no soy el único que en el partido sustenta el juicio de que su opúsculo se opone a la prosperidad del partido. K.K. sabe muy bien quiénes son los que comparten mi punto de vista; sin

Generated by CamScanner from intsig.com

embargo, muchos de los correligionarios aparentemente no tienen aún en claro hasta qué punto las 'concepciones revolucionarias' de Kautsky se desvían de la posición mantenida hasta la actualidad por el Partido Socialdemócrata.

"Paso por alto los improperios que K.K. incorporó a su nota con un sentimiento de auténtica compasión. Firma: S."

Esto en lo que respecta a S. Sé apreciar en debida forma la condescendencia con la que este gran hombre me expresa su sentimiento de auténtica compasión.

Es ist gar hübsch von einem grossen Herrn,
So menschlich mit dem Teufel selvs zu sprechen,[1]

dice Mefistófeles refiriéndose a Dios.

Pese a su "sentimiento de auténtica compasión" no estoy, empero, en condiciones de retractarme por aquellos "improperios" que podían encontrarse en mi nota. Allí acusaba a S. de apelar al "recurso de la sospecha" para desacreditar concepciones revolucionarias, y lo calificaba de un método propio de la Liga del Reich."

Esta acusación la mantengo en pie pese a la aclaración de que S. no había pensado, en modo alguno, imputarme la falsificación de la carta. Pues esta aclaración sólo invalida la sospecha dirigida contra mi persona para lanzar una sospecha casi peor aún contra Friedrich Engels con el solo fin de desacreditar mis concepciones revolucionarias. S. afirma nada menos que no resulta improbable pensar que Engels no expresara en sus cartas su auténtica posición; que sus cartas dirigidas a mí no tenían otra finalidad que la de "satisfacer las necesidades 'revolucionarias' del destinatario". Que, por consiguiente, Engels habría sido uno de esos sujetos faltos de carácter que hablaba según el gusto y paladar de las gentes, que frente a un revolucionario adoptaba una actitud revolucionaria y frente a los oportunistas una actitud oportunista.

Sin duda que S. no pretende con ello injuriar a Engels. Expresa esta opinión con la mayor sangre fría, sin sospechar en lo más mínimo el descrédito que se deriva de la misma. Pero otras personas piensan de modo diferente; perderían todo respeto por Engels si la opinión de S. fuese verdadera y se vieran obligados a ver en nuestro gran pensador ya no un carácter intransigente, sino una especie de "Liman" que ora adopta una actitud oportunista, ora una actitud revolucionaria, según las personas a las que se dirige y para las cuales escribe.

¿Pero acaso no he sido yo mismo, como pretende S.; quien "ha revelado" que el prefacio de Engels "no correspondía a los verdaderos puntos de vista del autor"? En absoluto; en modo alguno "revelé" que Engels escribiera algo que no creyera. Lo que yo "revelé" fue otra cosa totalmente distinta.

En ningún momento afirmé que Engels, en su introducción, expresara

[1] "Resulta bien grato hablar tan humanamente de un señor de elevada alcurnia con el diablo en persona." (E)

pensamientos oportunistas. Por el contrario, al igual que ahora en mi *Camino del poder*, ya diez años atrás había combatido contra la apariencia oportunista que se pretendía adjudicar a la introducción de Engels. Ello sucedió en mi polémica de aquel entonces contra Bernstein (véase *Die Neue Zeit*, XVII, vol. 2, p.46 ss.). Allí mostraba que en la introducción no podía encontrarse palabra alguna que fuera incompatible con la posición revolucionaria que Engels había sustentado a lo largo de su vida, y que a lo sumo la introducción se diferenciaba de otros trabajos anteriores de Engels por cuanto la posición revolucionaria no se destaca con tanta fuerza. Pero expresaba ya en aquel entonces que ello no ocurría por culpa de Engels. En su manuscrito, la posición revolucionaria había sido enérgicamente enraizada pero los pasajes revolucionarios fueron tachados en Berlín por obra de Richard Fischer, si mi información es correcta. Friedrich Engels no escribió nunca una línea que contuviera una concesión al oportunismo, cualquiera fuese su naturaleza. Pero Engels, que vivía en Inglaterra, no se consideraba autorizado, frente a la amenaza de la inminente ley antisubversiva, a exigir la publicación de pasajes de los cuales sus amigos alemanes temían que pudieran causar dificultades al partido cuyas consecuencias ellos y no él debían afrontar.

Esto, por cierto, constituye una actitud totalmente leal y nada tiene que ver con aquella cobarde doblez que habría poseído Engels si sus cartas a sus más fieles amigos no expresaran su verdadero modo de pensar, "su opinión definitiva", como dice S., por lo que resultaría difícil "sondear" cual es ésta, y por consiguiente, "ilícito" utilizar sus cartas para "sondear" sus concepciones.

Hasta qué punto una calumnia de este género respecto de las cartas de Engels, a los fines de desacreditar a la revolución, está a la altura de los métodos de la Liga del Reich, lo dejo tranquilamente a criterio de los camaradas del partido.

Sin embargo, S. no se muestra parcial; posee aún otras artes además de la de la calumnia. Se dirige a mí diciendo: "K.K. sabe muy bien quiénes son los que comparten mi punto de vista".

¿Qué significa ésto? La alusión a los poderes que están detrás de S., ¿pretende ser una amenaza velada, un intento de intimidación? En todo caso, no se trata de un argumento científico. Pero, ¿a qué viene este juego a las escondidas? Si las personas que están detrás de S. tienen algo que declarar, que salgan a la luz.

Si nuestro S. no tiene otro recurso que el de aferrarse a faldones ajenos, que nos nombre al menos al misterioso dueño de éstos. Los faldones anónimos no nos infunden un gran respeto.

Generated by CamScanner from intsig.com

KAUTSKY, KARL

ESTADISTICAS NEGLIGENTES

Hace algún tiempo fui invitado a responder a un artículo del *Grundstein* en el que se declaraba que en *El camino del poder* yo había reproducido sin el menor reparo una estadística norteamericana que había resultado ser una chapucería negligente. Dado que no es posible responder a todos los críticos si también se pretende llevar a cabo "trabajos positivos", no tomé en cuenta al *Grundstein*. Veo ahora, empero, que el *Korrespondenzblatt der Gewerkschaften* reitera la acusación de aquel periódico. Pareciera, por consiguiente, que en los círculos del sindicalismo se hubiera formado una leyenda acerca de esta estadística. Así, resultará oportuno decir algunas palabras sobre esta cuestión. Se trata de la estadística reproducida en la página 240 de mi trabajo, de la que se afirma:

"La oficina del Trabajo de Washington organiza cada año, desde 1890, una encuesta sobre las condiciones de trabajo en cierto número de establecimientos de las industrias más importantes de los Estados Unidos. En los últimos años, 4 169 fábricas y talleres fueron objeto de la encuesta, que se refería a los salarios, la jornada, el presupuesto familiar, el género de consumos de los obreros y el costo de su alimentación. Comparando enseguida las cifras obtenidas, se ve si las condiciones de vida de los trabajadores mejoran o empeoran.

"Para cada uno de los rubros considerados, la cifra 100 representa la media de las cifras del período 1890-1899. La cifra 101 indica, pues, que las condiciones han mejorado 1 por ciento en comparación con el promedio de 1890-1899; la cifra 99, que han empeorado 1 por ciento: Veamos ahora las cifras obtenidas por la oficina".

Esta tabla provoca el enojo de los periódicos *Grundstein* y *Korrespondenzblatt*. Aquel afirma (núm 23 del 5 de junio);

"Si entendemos esta tabla, entonces ella contiene errores absolutamente imperdonables. El resultado en la última columna debe deducirse de las cifras de las dos columnas anteriores. Para el año 1890, las cifras resultan correctas: 102—101,0 = 1.4 + 98.6 = 100.00. También resultan correctas para algunos otros años, pero por lo general resultan diferencias de 0.2 a 0.4 por ciento. Se percibe pues que se trata de una tabla elaborada con gran negligencia, y Kautsky no debe haber encontrado otra para sus fines."

Y el *Korrespondenzblatt*, luego de hablar de "críticos precipitados" del movimiento sindicalista, afirma (núm. 25 del 19 de junio): "Como prueba, Kautsky adoptó acríticamente una estadística norteamericana, sin considerar siquiera necesario controlar las cifras, pese a que éstas contienen evidentes errores."

Y a continuación, en el mismo artículo, se afirma: "Quien quiera despertar de su sueño a las masas desorganizadas, encauzarlas a las organi-

Años	Salario semanal del trabajador pleno ocupado	Precios minoristas de los medios de subsistencia consumidos por la familia del trabajador	Poder adquisitivo del salario semanal
1890	101.0	102.4	98.6
1891	100.8	103.8	97.1
1892	100.3	101.9	99.4
1893	101.2	104.4	96.9
1894	97.7	99.7	98.0
1895	98.4	97.8	100.6
1896	99.5	95.5	104.2
1897	99.2	96.3	103.0
1898	99.9	98.7	101.2
1899	101.2	99.5	100.7
1900	104.1	100.1	103.0
1901	105.9	105.2	100.7
1902	109.2	110.9	98.5
1903	112.3	110.3	101.8
1904	112.2	111.7	100.4
1905	114.0	112.4	101.4
1906	118.5	115.7	102.4
1907	122.4	120.6	101.5

zaciones y educarlas como combatientes conscientes de clase del movimiento obrero sindical, no tiene necesidad de complicar esta actividad con estadísticas falsas y no controladas."

A decir verdad, es imposible concebir una acusación más grave contra un socialdemócrata. Una acusación que sólo debería ser formulada después de un examen cuidadoso del material de prueba. Este examen debería ser tanto más cuidadoso puesto que el acusador se escandaliza por la ligereza del acusado.

El material de la acusación lo constituye la estadística por mí reproducida, cuya negligencia sería evidente como lo reconocieron a primera vista mis críticos. Y con todo, éstos pasaron por alto el error más abultado que aparece en la tabla, y que supera a todos los errores por ellos descubiertos. Las cifras correspondientes al año 1892 dan como resultado 101,9 – 100,3= 1,6 + 99,4 = 101.0. Aquí no aparece un mero exceso del 0.4 sino de todo un 1 por ciento.

Este error, por cierto, no corre por cuenta de la estadística norteamericana sino que es un error de imprenta de la prueba, que no aparece en el original, y que fue pasado por alto. La cifra debería ser 101,3 y no 100,3.

Este error único, que es un verdadero error, aun cuando no un error en el cálculo sino de imprenta, fue pasado por alto por mis severos críticos. Pero, ¿qué es lo que sucede con los otros "errores imperdonables"?

Generated by CamScanner from intsig.com

La tabla norteamericana habría sido calculada con negligencia si la cifra de la última columna, para un año determinado, hubiera resultado simplemente de sustraer la cantidad indicada por la segunda columna de la cantidad indicada por la primera, cuando ésta es mayor, o a la inversa, cuando es menor, como creen *Grundstein* y *Korrespondenzblatt;* y que en el primer caso el resultado se restaba de 100, y en el segundo se sumaba. Pero lamentablemente, los norteamericanos, en su negligencia, renunciaron a servirse de este método, por la sencilla razón de que carecería de sentido, porque no es posible proceder con las cifras porcentuales de la manera como parecen suponer mis críticos.

Con ello, empero, queda en la nada la grave e hiriente acusación acerca de mi negligente obstaculización del trabajo organizativo y de agitación.

Los estadísticos norteamericanos no obtuvieron las cifras de la última columna por sustracción y adición de las cifras de las dos primeras columnas, sino que calcularon la última columna de manera inpedendiente como todas las demás, con un método extremadamente laborioso, a partir de un sinnúmero de cifras absolutas. Además, ellos calcularon otras columnas fuera de las que yo consigno. Me limité a estas tres para no fatigar al lector con un número excesivo de cifras; pues de otro modo me habría visto obligado a consignar también las cifras relativas del número de trabajadores, de las horas de trabajo por semana, del jornal por hora de trabajo, para no hablar de las cifras absolutas que están en la base de las relativas y que llenan más de trescientas páginas.

Evidentemente, si los cálculos son correctos, las cifras porcentuales de la última columna deben estar en una cierta relación con las dos primeras, relación que empero no se expresa exactamente por sustracción y adición, ya que el número básico de cada columna, 100, ha sido obtenido en cada caso de manera distinta: el de la primera columna nos proporciona el promedio de los salarios semanales calculados desde 1890 hasta 1899, fijados en 100. El de la segunda columna nos proporciona el promedio de los precios de los medios de subsistencia consumidos por la familia del trabajador, de los años 1890 hasta 1899; finalmente, el número básico de la tercera columna proporciona el promedio del poder adquisitivo del salario semanal para cada uno de los años del decenio 1890-1899, respecto de los citados medios de subsistencia.

Resultaría verdaderamente sorprendente si el coeficiente anual de la última columna coincidiera siempre hasta la última fracción con aquella obtenida por simple sustracción de las cifras correspondientes de las primeras dos columnas.

Como explicación para el lector, ponemos como ejemplo un caso simplificado con cifras absolutas. Supongamos que el salario semanal medio en un determinado año, por ejemplo 1906, asciende a 50 marcos, el precio de la libra de harina a 20 céntimos y que sólo se tome en consideración este alimento para medir el poder adquisitivo del salario. Con el jornal de una semana es posible adquirir 250 libras de harina. Ello constituye el poder adquisitivo del mismo, expresado en harina. Ahora bien, al año siguiente el jornal de la semana se eleva de 50 a 60 marcos, y a la vez sube el precio de la libra de harina a 22 céntimos. Tendríamos así:

Año	Jornal/semana	Precio de harina	Poder adquisitivo del jornal semanal expresado en libras de harina.
1906	50 marcos	20 céntimos	250 libras
1907	60 marcos	22 céntimos	270 libras

Si fijamos las cifras correspondientes al año 1906 en 100, las cifras correspondientes adoptan la siguiente forma:

Año	Jornal/semana	Precio de harina	Poder adquisitivo del jornal semanal
1906	100	100	100
1907	120	110	108

De acuerdo al método de *Grundstein*, el poder adquisitivo hubiera ascendido a 110 y no a 108. Esto es un "error de cálculo" de 2.

Supongamos otras cifras:

Año	Jornal/semana	Precio de la harina/libra	Poder adquisitivo expresado en harina.
1906	50 marcos	20 céntimos	250 libras
1907	80 marcos	30 céntimos	266 libras

Cifras relativas:

Año	Jornal/semana	Precio de la harina por libra	Poder adquisitivo en harina.
1906	100	100	100
1907	160	150	106

Aquí el "error de cálculo" se hace mayor aún. De acuerdo al método de la sustracción, la cantidad relativa del poder adquisitivo habría ascendido nuevamente a 110. Aquí sólo llega a 106. ¡Qué negligencia!

Finalmente, otro ejemplo de poder adquisitivo en descenso:

Año	Jornal/semana	Precio de la harina por libra	Poder adquisitivo en harina.
1906	50 marcos	20 céntimos	250 libras
1907	60 marcos	25 céntimos	240 libras

Cifras relativas:

Año	Jornal/semana	Precio de la harina por libra	Poder adquisitivo en harina
1906	100	100	100
1907	120	125	96

Generated by CamScanner from intsig.com

¿Tenemos aquí, nuevamente, un error de cálculo? El poder adquisitivo de 1907 sólo hubiera debido ascender a 95 si se hubiera restado simplemente.

Se ve que el método estadístico de la sustracción de las cifras relativas es extremadamente simple, pero igualmente ridículo. Los "errores de cálculo" descubiertos de acuerdo a este método primitivo, no prueban nada en absoluto, fuera de la inexperiencia de quienes los exponen, y ello en un ámbito en el que de manera altanera emiten juicios negativos acerca de mi "negligente" acción en perjuicio del movimiento obrero.

Después de establecer así la "inutilidad" de la estadística norteamericana, resulta una tarea fácil mostrar la razón por la cual la he utilizado. No había otra que contuviera lo que yo necesitaba.

"Las estadísticas de los sindicatos alemanes, reconocidas de manera general como ejemplares, les son desconocidas a estos críticos, pues no se acomodan a sus propósitos" afirma el *Korrespondenzblatt*.

También aquí nos enfrentamos nuevamente a aquel método de la calumnia en torno a nuestras intenciones, utilizado de tan buen grado por los revisionistas en contra nuestra, los marxistas. Este método tan poco grato no facilita precisamente la tarea de permanecer en un plano objetivo; pese a ello, no me apartaré de una discusión puramente objetiva.

¿Pero acaso no resulta verdaderamente sorprendente, aún para un crítico con menos prevenciones, el hecho de que extraiga mi material de Norteamérica y no de Alemania? ¿Qué es lo que me movió a ello?

Hay dos razones que me parecen decisivas. En primer lugar, la estadística norteamericana citada es tan completa como ninguna otra de las estadísticas conocidas. Las estadísticas alemanas de salarios que he podido conocer se refieren sólo a unas pocas ramas, y por lo general no abarcan sino un corto período de tiempo. La estadística norteamericana abarca 4169 empresas tipo con más de 350.000 trabajadores de 41 ramas industriales y 333 géneros de actividad. Es cierto que faltan datos sobre el transporte, la minería la agricultura, pero la industria propiamente dicha se halla representada en sus ramas más importantes a través de un gran número de muestras. Además, la investigación se prolonga a través de dieciocho años y los datos acerca de los salarios obtenidos de los libros de las correspondientes empresas se han relacionado con una estadística de los precios de treinta de los más importantes artículos alimenticios de los trabajadores para el mismo período de tiempo, obtenida de los datos de 1014 comerciantes, en 68 ciudades. La incidencia relativa de los precios medios de todas estas mercancías en el presupuesto del obrero fue determinada a partir de 2567 presupuestos obreros registrados en 1901.

No conozco otra estadística salarial que disponga de un material tan considerable. Y el hecho de que se trate de una estadística oficial la exime de la sospecha de un pesimismo intencionado.

Pero ésta no es más que una de las razones por las cuales me atuve a la estadística norteamericana y no a la alemana. La otra es que, en cierto sentido, Norteamérica nos muestra nuestro futuro, así como Inglaterra lo hace en otro sentido.

Inglaterra es el país del capitalismo industrial más antiguo; nos lo presenta en un estadio de creciente inhibición en su expansión; la acumulación del

capital adopta dimensiones gigantescas, en tanto que el mercado interno del consumo individual de las masas no crece sino lentamente; la acumulación sólo puede mantener su marcha a través de la exportación cada vez mayor de capitales, o sea por medio de la creación de la competencia industrial en el extranjero. La industria misma experimenta un desarrollo cada vez más lento y penoso.

Norteamérica, por el contrario, es un país cuyo mercado interno todavía se expande rápidamente, que aún cuando no ofrece posibilidades ilimitadas sí ofrece posibilidades muy grandes para una industria en rápido crecimiento, que todavía permite una gran acumulación de capital, pese a ocasionales retrocesos, y que es utilizado industrialmente en el país. Sin embargo, el "fuerte incremento de poder y de riquezas" que resulta de ello es monopolizado, en mayor medida aún que en otras partes, por un pequeño grupo de magnates capitalistas gracias a los trusts que en ninguna parte se desarrollan como aquí.

Quien quiera estudiar los problemas que surgen de la contradicción entre una acumulación acelerada del capital y el crecimiento lento del mercado, encontrará para ello el terreno clásico en Inglaterra. Norteamérica, por el contrario, nos permite estudiar de la mejor manera los problemas que tienen su raíz en la concentración y la organización del capital. Cada uno de estos países nos muestra un aspecto de nuestro futuro.

Así pues, mis críticos deberán dispensarme del hecho de que "se acomode a mis propósitos", el que en mis investigaciones trasponga las fronteras de Alemania y observe los distintos fenómenos del modo de producción capitalista allí donde aparecen con sus rasgos más pronunciados.

Mis "propósitos" no son otros que la investigación de la verdad, resultándome del todo indiferente que ello contribuya o no a mi popularidad entre los "políticos realistas" u otras gentes.

Indudablemente que la interpretación de mis críticos es otra. El "propósito" al que se acomodaría la estadística norteamericana no sería otro que la intención de desprestigiar y disminuir a los sindicatos y los éxitos logrados por éstos.

Creo haberme ya referido de manera exhaustiva a esta cuestión en mi polémica con Bauer. Pero el problema es tan importante, y los prejuicios de mis críticos sindicalistas se hallan tan profundamente enraizados que no sería superfluo volver otra vez sobre esta cuestión.

Si se quiere tener una idea clara acerca de si el trabajo sindical es estéril o no, es preciso establecer exactamente lo que se entiende por el éxito del mismo. *Grundstein* explica: "En su trabajo más reciente, Kautsky hizo el intento reiterado en varias ocasiones de probar que los sindicatos no están en condiciones de mejorar las condiciones de vida de los trabajadores de manera permanente."

Si aquí se pretende afirmar que yo niego que los sindicatos pueden ejercer una acción positiva sobre las condiciones de vida de los trabajadores, este pasaje resulta decididamente falso.

En el examen de la acción que los sindicatos pueden ejercer sobre el salario de los trabajadores, es preciso distinguir dos cuestiones: el salario en un momento determinado y el desarrollo del salario de trabajo.

Generated by CamScanner from intsig.com

Si se considera la cuestión desde el primer punto de vista, resulta indudable que en cada momento determinado el salario de los trabajadores tiene un nivel mucho más elevado cuando éstos poseen una organización sindical fuerte que cuando carecen de organización sindical o ésta es deficiente. Y aún más. El sindicato no sólo constituye uno de los instrumentos para elevar el salario real de los trabajadores por encima del nivel que adquiriría en otro caso sino que además constituye el medio más adecuado, el más vigoroso y eficaz. Incluso la protección estatal de los trabajadores no puede en este punto desarrollar plenamente su eficacia sin el apoyo de sindicatos fuertes; por otra parte, éstos constituyen el arma más eficaz para la estructuración de la conquista de la protección laboral.

En este sentido, la acción de los sindicatos es inestimable.

Algo distinta es, en cambio, la cuestión de si los sindicatos están en condiciones de elevar cada vez más, de manera permanente e ininterrumpida, los salarios de los trabajadores de modo que la plusvalía o los beneficios se vean por ello reducidos y que disminuya la explotación, como sostienen los defensores de la idea del desarrollo reformista hacia el socialismo, sin revolución.

Esta es la postura contra la cual me dirijo, niego un éxito de tal naturaleza de la organización sindical; pero ello, en modo alguno implica negar todos los éxitos.

El sindicato eleva los salarios y demás condiciones de trabajo de los trabajadores por encima del nivel que en otro caso percibirían; pero no puede superar un determinado límite. Y la dirección en que se mueve el nivel general del salario depende de distintos factores. El movimiento sindical constituye uno de los factores, pero sólo determina uno de los momentos y no el decisivo en el movimiento de aquella dirección.

Sería un error afirmar que las condiciones de vida de las masas experimentan un deterioro absoluto constante; ningún marxista ha sostenido en este sentido la llamada "teoría de la pauperización". Pero no resulta menos errado creer que aquellas condiciones se elevan necesariamente de modo permanente con el progreso del desarrollo capitalista. Junto a las fluctuaciones más o menos breves del mercado de trabajo, pueden darse también períodos más o menos largos de permanente ascenso así como períodos de permanente regresión en las condiciones de vida de la clase trabajadora. Estos movimientos que progresan en un mismo sentido por un período más o menos largo dependen de la incidencia de factores históricos, como el cambio de las rutas comerciales, las revoluciones técnicas, las revoluciones políticas, de factores que no pueden ser provocados ni controlados ni siquiera por la más poderosa organización proletaria o capitalista.

En mi libro *El camino del poder* intenté poner de manifiesto las condiciones que en los últimos decenios provocaron un ascenso más o menos permanente de las condiciones de vida de las masas trabajadoras. Sin embargo, mis investigaciones me llevaron al resultado de que estas condiciones favorables para la clase trabajadora parecen aproximarse a su fin, y que amenaza sobrevenir un período sino de descenso por lo menos de estancamiento respecto de las condiciones de vida, un período cuya duración depende esencialmente de la energía revolucionaria de la clase trabajadora, puesto que los factores que impiden todo ascenso ulterior en las

condiciones de vida del proletariado son de tal índole, que sólo pueden ser suprimidos o alterados en beneficio de la clase trabajadora por grandes cambios políticos.

Si la opinión de mis críticos es otra, a ellos les toca demostrar que estos factores no existen o que no poseen la fuerza que yo les asigno. Pero no crean que podrán evitarse este trabajo colocándome frente a los correligionarios simplemente como un enemigo del sindicalismo, que dictamina que ningún trabajo sindical tiene perspectivas de éxito y que perturba de manera negligente todo tipo de trabajo sindical.

Cualesquiera sea la evolución del nivel de vida de los trabajadores, el sindicalismo los mantendrá siempre en un nivel más alto que el que pudieran alcanzar de otro modo. Lo que el sindicalismo puede determinar es que en caso de un ascenso generalizado de las condiciones de vida, éstas se eleven más rápidamente para los trabajadores organizados; y en caso de un descenso generalizado de las condiciones de vida, éstas caigan más lentamente que de otra manera. Estos son los éxitos que el sindicalismo puede lograr en lo que respecta a las condiciones de vida de los trabajadores. Estos éxitos los alcanza el sindicalismo bajo cualquier circunstancia, y ellos solos convierten a aquél en absolutamente necesario para la clase trabajadora; e incluso se podría llegar a decir que se hace más necesario en los períodos de condiciones de vida en descenso y no en los períodos de condiciones de vida en ascenso; más necesario en períodos de crisis, de desocupación que en períodos de prosperidad, en los que los trabajadores son buscados y por lo tanto pueden también plantear exigencias.

Claridad en torno a los éxitos que son posibles para el sindicalismo y aquéllos que no lo son; claridad respecto al hecho que ciertamente el sindicalismo puede mantener siempre relativamente más alto el nivel de los salarios, que de otra manera; pero que no es capaz de garantizar el incremento absoluto e ininterrumpido de los mismos. La claridad en torno a esta cuestión debería ser aceptada de buen grado y no como nociva para la actividad sindical, pues únicamente esta claridad puede proteger al sindicalismo de que sus miembros exijan más de lo que puede dar.

Aquellos dirigentes sindicales que suponen que una claridad de tal índole entorpecería el trabajo propagandístico en favor de los sindicatos están muy equivocados. En manera alguna entorpece el reclutamiento de los afillados permanentes que nunca exigen lo imposible. Aquellos afiliados que vienen con ilusiones y que prontamente sufren desengaños no pueden ser retenidos de manera permanente y nunca podrán tener una actuación eficaz dentro del movimiento sindical mientras pertenezcan a él.

Sólo aquellos sindicalistas que sueñan con el desarrollo pacífico hacia el Estado futuro a través del sindicalismo tienen sobrados motivos de queja respecto de mi trabajo. Pues, sin ninguna duda, se trata de demostrar allí la esterilidad de este género de actividad sindical.

Con ello, empero, no creo en manera alguna disminuir la significación de los sindicatos. Todo lo contrario. Es cierto que afirmo que entramos en un período en el que la lucha salarial no tiene ya las mismas posibilidades con los medios sindicales tradicionales como las que tuvo por lo general en los últimos diez años; sin embagro, no restrinjo las tareas sindicales a aquella lucha; mi opinión es que le esperan tareas aún mayores y más im-

Generated by CamScanner from intsig.com

portantes, y que con ello se incrementará la significación del sindicalismo para el proletariado. Es de suponer que el centro de gravedad de la lucha proletaria de clases se ubicará cada vez más, en los próximos años, en el terreno político, pero que esta lucha para lograr éxitos en este terreno necesitará del concurso enérgico del sindicalismo.

Y afirmo, por fin, que el sindicalismo, para poder hacer frente a esta enorme y ardua tarea no necesita solamente de cajas llenas y de gran número de afiliados sino también de un entusiasmo ímprobo que no puede provenir del mero trabajo menudo, sino, solamente, de una gran meta..

No predico la esterilidad del sindicalismo; sólo pretendo mostrar la índole de los éxitos que son posibles de lograr para el sindicalismo y cuáles son las condiciones en que estos éxitos pueden darse.

Si me equivoco, que se me refute. Pero no se vicie de antemano la discusión denunciándome como enemigo del sindicalismo.

No es nada nuevo esto que combato. Bernstein publicó recientemente una conferencia que Marx pronunció en el año 1865 sobre *Salarios precios y ganancias.* Al final de la misma sintetiza:

"Los sindicatos son eficaces como centro de resistencia contra los abusos del capital. En ciertos casos aislados pueden aparecer como ineficaces, cuando se hace un uso irreflexivo del poder de los mismos. Por lo general, no logran alcanzar sus objetivos cuando se limitan a una guerra de guerrillas contra los efectos del actual sistema, en lugar de trabajar simultáneamente por su trasformación y de utilizar su fuerza organizada para la emancipación definitiva de las clases trabajadoras, esto es, para la abolición definitiva del sistema salarial."

Es evidente que este "juicio acerbo acerca del trabajo sindical" no es privativo de un minúsculo círculo de socialistas de Europa oriental, como proclama *Grundstein.* Pero sólo en este sentido emito mis juicios en torno al movimiento sindical.

OTTO BAUER

EL CAMINO DEL PODER*

Este año festejamos el 1 de mayo con un estado de ánimo distinto al de otras veces. En los años precedentes el 1 de mayo adquirió el carácter de un día de alegría y de regocijo por las victorias obtenidas. Ocurre que durante el período de prosperidad por el que atravesamos, nuestros sindicatos se vieron fortalecidos y se impusieron a la clase burguesa en un sinnúmero de luchas exitosas. Tanto en la fábrica, como en el marco de toda la nación, la clase obrera organizada se convirtió en una fuerza poderosa y temida. El derecho al sufragio igualitario y universal fue conquistado. La fracción socialdemócrata del parlamento se transformó en un arma de peso de la clase obrera contra la coalición burguesa. Orgullosos del poderío alcanzado, el 1 de mayo era festejado como una fiesta del trabajo.

Pero en la actualidad, la miseria y la desocupación han regresado como consecuencia de la crisis económica. Los sindicatos nuevamente tuvieron que limitarse a la defensa de las conquistas ya obtenidas. La situación nacional hoy imperante dificulta la labor por imponer reformas sociales en el parlamento. Al amenazador peligro de guerra tan sólo hemos podido oponerle palabras de protesta. Y si algo nos enseñó este último año es a reconocer dónde están los límites del poder conquistado por nosotros. Por tanto, en este 1 de Mayo nuestra preocupación gira, como no puede ser de otro modo, en torno a nuevas batallas por el poder. La cuestión crucial acerca de cuál es el camino a seguir para conquistarlo encuentra hoy eco favorable y un estado de ánimo totalmente predispuesto por parte de la clase obrera.

Consideremos rápidamente la última época historica abierta con la revolución francesa de 1848 y que concluyó con la revolución rusa de 1905. La misma se puede dividir en dos períodos perfectamente delimitados:

Desde el año 1848 hasta el 1871 estamos frente a una época de grandes transformaciones sociales, políticas y nacionales. Dentro de este período se produjo la revolución europea del año 1848, el conflicto militar prusiano y la campaña de agitación de Lassalle en 1863, la rebelión polaca, la fundación de la Primera Internacional en 1864 y el levantamiento del proletariado parisino de 1871. En este mismo período se produce la guerra italiana de 1848, la de 1859 y de 1866; la guerra de Crimea en 1853, la guerra danesa en 1864, la guerra prusiano-austríaca de 1866 y la guerra franco-alemana de 1870. Fue una época de enormes transforma-

* Publicado en *Der Kampf*, año 2, cuaderno 8, 1 de Mayo de 1909. (E.)

Generated by CamScanner from intsig.com

ciones sociales: la revolución burguesa puso fin a la dominación feudal, obtuvo la libertad de asociación y sentó las bases del comercio internacional. Se trataba de un período de formación de nuevos estados nacionales: así fue como surgió el imperio alemán, el reino italiano, el estado nacional húngaro; todos ellos son producto de estas luchas. Prácticamente la totalidad de los estados existentes sufrieron bruscas modificaciones constitucionales. Así, en Austria nació la constitución provisional de marzo y de mayo de 1848, el proyecto de constitución de inspiración mercantil y la constitución que luego fue impuesta en marzo de 1849, la legislación de vísperas de año nuevo impuesta en 1851, el diploma de octubre de 1860, la legislación implantada en 1861, la bolición de la constitución de 1865, los decretos de diciembre de 1867 y la conquista del derecho de asociación en 1870. Las postimerías del año 1871 marcan simultáneamente el apogeo y el fin de este período de cambios colosales. ¡Y qué cantidad de transformaciones!

Luego de este primer período tan convulsionado sigue una época de desarrollo, pacífica, de evolución lenta y paulatina, que dura desde 1871 hasta 1905. Durante este tiempo Europa central no se ve sacudida por ninguna guerra, por ninguna revolución, no nace ningún nuevo estado. A pesar de que precisamente en el transcurso de estos treinta años el capitalismo se vio enormemente fortalecido en Europa y no obstante que justamente en este período expandió su dominio por toda la superficie de la Tierra, sin embargo, la existencia de las naciones europeas no se vio afectada por ninguna convulsión de importancia.

Por cierto, Karl Kautsky intenta fudamentar en su nuevo escrito *El camino del poder* las razones por las cuales nos enfrentamos ahora a un período más semejante al de la época revolucionaria que se prolongó desde 1848 hasta 1871, que el momento de tranquilidad vivido desde los años 1871 hasta 1905. Este supuesto se basa en el siguiente razonamiento:

En todos los estados capitalistas desarrollados, el proletariado representa la parte más amplia y de más rápido crecimiento; en el Reich alemán ya constituye casi las tres cuartas partes de la población. Las capas más maduras del proletariado se encuentran reagrupadas en poderosas organizaciones políticas y sindicales. En una etapa de desarrollo lento de la sociedad no les es posible a tales organizaciones reunir a toda la clase obrera en un gran ejército unido y preparado. Cuando más crece el proletariado, tanto más numerosos son los elementos en el interior de la clase obrera que aún no se pueden liberar del mundo conceptual pequeñoburgués y campesino. Sólo en una época de gran transformación política que sacuda a las masas, miles de obreros podrán aprender en pocos años lo que en otras circunstancias les llevaría una vida entera. Nos enfrentamos a una época semejante.

La clase obrera sufre hoy los elevados precios de los víveres y medios de consumo. La transformación de los Estados Unidos en un estado industrial y la bancarrota de la agricultura rusa dificultan el aprovisionamiento de Europa con víveres económicos. Tanto los cárteles como los trusts encarecen los productos industriales. Dicha tendencia es aun reforzada por las aduanas protectoras e impuestos indirectos. Ello empu-

ja a los obreros hacia el logro de aumentos salariales. Empero, frente a la lucha sindical se levantan poderosas barreras; la constitución de asociaciones empresariales y la afluencia de obreros extranjeros. A pesar de la imprescindibilidad de los sindicatos, ciertamente no deberíamos esperar que ellos habrán de impulsar nuevamente al proletariado tal como ocurrió en los doce últimos años.

La clase obrera requerirá de mayor energía para obtener la colaboración del estado. Pero también aquí se oponen al éxito grandes obstáculos. El armamento terrestre y marítimo requerido por la política colonial y el imperialismo reducen el poder financiero del estado o impiden, por ello, la utilización de tal poder con fines sociales y políticos. Las clases medias, que anteriormente evaluaban la lucha de clases de los obreros en contra de los empresarios industriales de manera neutral o aun con simpatía hoy son enemigas de la clase obrera: el maestro artesanal y los pequeños comerciantes, porque se sienten amenazados por los sindicatos y las cooperativas de consumo, respectivamente; los campesinos, porque reclaman un precio elevado por sus víveres, contrariamente a los obreros; los intelectuales, pues se sienten marginados de la lucha del proletariado contra el imperialismo. La clase obrera no está en condiciones de obtener grandes reformas sociales. Por ello, debe aspirar a la transformación de la constitución con el fin de elevar su poder en el interior del estado. En el imperio alemán, ella exige la nueva distribución de las circunscripciones electorales del parlamento alemán, el aumento del poder y la ampliación de los derechos del mismo, la democratización del derecho electoral para el parlamento regional en Prusia y Sajonia, la reducción del armamento terrestre y marítimo. La acción política, la lucha por el poder político, se ubica en primer lugar en la conciencia del proletariado.

Frente a estas luchas políticas se encuentran aún miles de obreros ciertamente indiferentes, que sólo podrán ser sacudidos por los grandes acontecimientos históricos mundiales. El imperialismo y la política armamentista provocan un peligro de guerra que ya no será posible evitar. Los pueblos asiáticos y del Africa del norte comienzan a levantarse en contra del dominio del enorme poder capitalista. Su despertar provocará también en Europa efectos de gran trascendencia. Igualmente los disturbios guerrilleros y las revoluciones sangrientas de los pueblos sometidos de Oriente provocarán en Europa un período de fuertes transformaciones de poder. Y este período no puede culminar en otra cosa que en la conquista del poder político por parte del proletariado. Naturalmente, no es aún posible saber si la etapa de la revolución proletaria tendrá la misma duración que la de la burguesía, la cual comenzó en 1789 y se prolongó hasta 1871, en qué forma se completarán las grandes transformaciones políticas y de qué armas se serviran las clases combatientes. Pero lo cierto es que en esta época de grandes cambios, el proletariado arrastra detrás de si los elementos desinteresados y perspicaces de todas las clases, satisface con prudencia y esperanza a los elementos rezagados en su medio y, de esta manera, estará en condiciones de introducir la gran transformación económica y la organización social de la economía mundial.

Las conclusiones de Kautsky se basan en la observación de algunos hechos irrefutables. Sin embargo, creemos que a algunas de las tendencias

Generated by CamScanner from intsig.com

del desarrollo expuestas por Kautsky se les contraponen fuertes tendencias contrarias.

El compañero Kautsky cree que en la lucha sindical y en la lucha por reformas sociales el proletariado ya obtuvo casi todo aquello que ni siquiera le es posible conseguir sin una gran transformación de las relaciones políticas del poder. El siguiente progreso del proletariado se enfrentará a obstáculos cada vez más significativos; la superación de tales inconvenientes sólo es factible a través de una gran transformación política.

Resulta indudable que el *poder adquisitivo del salario* se ve disminuido por el encarecimiento de muchas mercancías; resulta indudable también que los precios de las mercancías se verán incrementados en el futuro, en la medida en que este incremento pueda ser atribuido a la política de precios de los cárteles y los trusts, al incremento de los recargos aduaneros y a las contribuciones indirectas. Sin embargo, aún no es posible determinar si junto a Norteamérica no han de surgir muy pronto otras grandes áreas productivas capaces de abastecer al mercado europeo de cereales. Acaso Egipto exporte cereales en cantidades considerables en los próximos años, lo mismo que Asia Menor, para abastecer a Europa. Tampoco pienso que es seguro que Rusia no esté en condiciones, en los próximos años, de incrementar su exportación de cereales. Precisamente en nuestros días se va gestando en ciertas regiones de Rusia un avance acelerado hacia el cultivo intensivo; y la política fiscal rusa, forzada por las grandes cargas de las deudas del estado, velará porque los beneficios de su agricultura accedan al mercado mundial. Por lo demás, el incremento de los precios de las mercancías debe ser atribuido también, en parte, a la disminución de los costos de producción del oro; en la actualidad, no es posible determinar aún si este factor ha de gravitar, y con qué fuerza, en el incremento futuro de los precios de las mercancías.

Por cierto, la ampliación de las *asociaciones empresariales* presenta a los sindicatos nuevas y difíciles tareas. Pero, quien compare el número de los organizados con la masa de los trabajadores capacitados para la organización, quien recuerde la rapidez con que crecieron los sindicatos durante la última época de prosperidad y lo poco que ellos han disminuido en los años de la depresión, cómo su poder financiero al igual que la disciplina y el sacrificio de sus miembros ha aumentado más rápidamente que su número, quien considere la magnitud alcanzada por el ejército de obreros instruidos y, por lo tanto, de fuerza de trabajo difícilmente reponible para la supervisión del proceso automático de producción de la gran industria moderna, no dudará de la posibilidad de obtener resultados directos aún utilizando medios de lucha de naturaleza puramente sindical. Es posible que en las ramas industriales en las que las condiciones sean particularmente favorables al empresario, sencillamente fallen los medios sindicales de lucha. Pero basta observar la estadística empresarial para darse cuenta de que tales ramas de la producción ocupan solamente un pequeño porcentaje del conjunto de la comunidad obrera.

La *inmigración de obreros extranjeros* influye sobre el mercado de trabajo. Pero puesto que los obreros extranjeros emigran desde países industriales capitalistas, ellos podrán ser atraídos por las organizaciones

sindicales con tanta mayor facilidad cuanto más rápidamente se desarrolle el movimiento sindical en el este y sur de Europa. Su número es alto tan sólo cuando alguna industria de rápido crecimiento se ve perjudicada por la falta real de fuerza de trabajo, es decir, frente a una situación favorable en el mercado de trabajo; tal movimiento perjudica el mercado de trabajo de cierta región, provocando al mismo tiempo el efecto contrario en otra zona del mundo capitalista. Lo cual no dificulta el ascenso de toda la clase obrera, puesto que simplemente nivela las diferencias excesivas de los aumentos salariales. Mayor peligro presenta la inmigración desde regiones de economía agraria de tipo doméstico. Mientras tales inmigrantes penetraron masivamente en ramas idénticas de la producción de Alemania y Austria, los obreros se vieron beneficiados durante los años de prosperidad, debido a lo cual, y a pesar de la afluencia de inmigrantes, los salarios crecieron en forma nada despreciable, particularmente la producción rural. Por cierto, no resulta en absoluto descartable que también en Europa se intente importar grandes masas de esclavos contractuales. Asustados por la escasez de trabajadores, los agricultores de Alemania, Austria, e inclusive los de Galitzia y Hungría, plantean esta exigencia. Es indudable que un intento de tal naturaleza resultará sin duda, lo más apropiado para conducir a un alzamiento revolucionario de los trabajadores europeos.

No obstante, en la actualidad, no hay motivo alguno para que cunda el temor acerca de la posibilidad de obtener nuevas conquistas a través de la lucha sindical. Kautsky deduce de una estadística de salarios de Norteamérica que allí el salario real del obrero ha descendido y que esto ha ocurrido incluso en los últimos años del período de prosperidad. A mi juicio, esta estadística, confeccionada con métodos de reconocida inutilidad, no puede probar nada. Sea como fuere, al menos no demuestra nada para la clase obrera europea. Los obreros norteamericanos tienen que agradecer sus salarios relativamente elevados al hecho de que Norteamérica poseía hasta hace aún poco tiempo el carácter propio de una colonia. En la actualidad, puesto que aquella situación ha comenzado a perder significación, es probable que el nivel salarial de los obreros norteamericanos se halle en peligro; en todo caso, seguramente, resultará difícil lograr un nuevo aumento del mismo. En Europa, por el contrario, no subyace una transformación semejante entre las causas que determinan el nivel del salario. Finalmente, tampoco debe perderse de vista que la lucha sindical no sólo se ocupa de la cuestión salarial, sino que también toma en cuenta la duración de la jornada de trabajo, las condiciones de higiene y la posición social del obrero en la empresa. El hecho de que en este campo se obtuviera un conjunto de conquistas importantes no hace menos cierto que otras tan significativas como aquéllas habrán aún de ser logradas. Esto es una realidad indiscutible.

En última instancia, la fuerza de las asociaciones empresariales, lo mismo que la fuerza de las organizaciones sindicales, depende de la relación que existe entre la tasa de crecimiento del capital variable utilizado en el interior de un país y la tasa de crecimiento de la población obrera disponible en dicho país. Esta relación se ve afectada negativamente, de una parte, por el rápido progreso que se opera en la composición orgánica del capital y por la exportación de capitales, y, de otra parte, por la veloz multiplica-

Generated by CamScanner from intsig.com

ción de la población proletaria. A su vez, se ve afectada en forma positiva para la clase trabajadora por el extraordinario crecimiento que experimentan las masas de plusvalor acumulables, por el crecimiento de la tasa de acumulación y por la transformación en capital de toda fracción disponible de riqueza, por pequeña que ésta sea, proceso que en la actualidad se verifica aceleradamente. Bajo tales circunstancias, el punto de vista pesimista de Kautsky no puede menos que parecernos infundado.

Del mismo modo, a diferencia de Kautsky, somos menos pesimistas en cuanto a las posibilidades de la lucha por *leyes de reforma social*. Es cierto que la resistencia de las clases poseedoras contra toda reforma social se ha acrecentado. La época en que una gran parte de los sectores propietarios se entusiasmaba con la legislación proteccionista de los obreros hace tiempo que ha concluido. No obstante, por grande que sea la aversión que los partidos burgueses sientan hacia las concesiones otorgadas a los trabajadores, la competencia por conquistar el apoyo del proletariado y el temor a la oposición socialdemócrata lleva a que, de tiempo en tiempo, los obreros se vean beneficiados con algunas sobras de la bien servida mesa de aquéllos.

Cuanto más crece el temor de los partidos burgueses a la radicalización revolucionaria de los sectores obreros que aún se hallan ganados por concepciones y formas de pensar burguesas, tanto menor es la resistencia que pueden oponer a esta exigencia, puesta sobre el tapete por los riesgos que sufre su propia subsistencia y las necesidades que ésta impone.

Por ello creemos que, en lo que se refiere a las conquistas inmediatas, inclusive bajo las relaciones de poder actualmente existentes, la clase obrera no se verá frustrada y ello no sólo en el plano de la lucha sindical, sino también en el plano de la lucha política.

Que el ingreso global de la clase obrera crece más lentamente que el ingreso global de la sociedad por ella producido, es tan cierto como tan infundada resulta la afirmación de que la clase obrera ya no podrá aumentar la magnitud absoluta de su ingreso real bajo la sociedad burguesa.

Precisamente porque concebimos como correctas las conclusiones a las que arribó Kautsky en su búsqueda por desentrañar el "camino hacia el poder" es que nos parece en extremo peligroso hacer descansar semejantes conclusiones sobre premisas incorrectas y frágiles. Nosotros no creemos que el proletariado sólo pueda ser considerado maduro para la lucha decisiva por el poder político cuando bajo el dominio burgués no sea ya posible obtener ninguna conquista parcial. ¡Todo lo contrario! Una clase obrera que a lo largo de años pone lo mejor de sí en una lucha donde, a pesar de tales esfuerzos, no logra éxito alguno, difícilmente podrá sustraerse a la tentación de buscarlos a través de otros medios que puedan conducirla por caminos alejados de los carriles por los que discurre la lucha de clases revolucionaria. Si enseñamos a los obreros que no podrán obtener éxito alguno mientras no les llegue la ayuda de acontecimientos externos, provenientes de circunstancias que dependen de una lejana historia mundial, no cabe duda de que sus fuerzas para lanzarse a la acción se verán debilitadas, menguarán sus esperanzas y perderán parte de su energía y de su valor. En cambio, cada triunfo obtenido en la lucha cotidiana robustece la conciencia de clase y brinda nueva confianza en el triunfo final de los obreros. Un proletariado educado en el socialismo adquirirá el coraje de

luchar por lo máximo, justamente a través de una serie de luchas emprendidas con valentía por conquistas parciales. Más aún, estamos convencidos de que nos acercamos a un período de luchas de esta índole.

Vivimos en una época de un asombroso crecimiento económico. Jamás en un plazo tan breve el dominio del capitalismo se expandió tanto com en los años que van de 1895 a 1997. Los yacimientos carboníferos, la producción de hierro y acero, la industria de maquinaria —precisamente las ramas de la producción que proveen de materias primas y abastecen de medios de producción a toda la economía— multiplicaron sus productos y resultados en una escala nunca vista. Este crecimiento externo se halla acompañado por significativas transformaciones de la propia naturaleza de las empresas capitalistas.

En tiempos de la elaboración de la literatura clàsica del socialismo científico, en cada rama de la producción coexistían muchas empresas aisladas, cada una de ellas era propiedad de un único capitalista, y éstos estaban empeñados en la más dura lucha por competir entre sí. Debido a la rápida evolución de las sociedades por acciones y al estrecho entrelazamiento de la industria con el sistema bancario, aquellas condiciones sufrieron una completa transformación. En la actualidad, en cada gran empresa capitalista se hallan comprometidos muchos capitalistas —en calidad de poseedores de acciones, de acreedores, como propietarios de acciones bancarias o como inversores—, y, a su vez, cada capitalista de envergadura se halla vinculado con diversas empresas.

El entrelazamiento económico de las empresas, originado en la propiedad del capital y sus nuevas formas, encuentra expresión organizativa en su fusión en cárteles y trusts. Los cuales, por su parte, tienden a configurar instituciones cada vez más poderosas y permanentes, que no se limitan a establecer precios, sino que inclusive determinan el volumen de la producción, la división del trabajo, procuran la distribución de las mercancías, transformando a los comerciantes en sus agentes. El empresario individual ya no es más el señor omnipotente de su propia casa: el mercado de capital se halla dominado por los grandes bancos, el mercado de mercancías por el *cartel*, el mercado de trabajo por los *gremios*. Las decisiones económicas sobre la naturaleza y el volumen de la producción, precio y distribución de las mercancías, pareciera que ya no se hallan dictadas por las leyes ciegas de la competencia, sino que son aconsejadas y adoptadas por organizaciones perfectamente articuladas.

Los pequeños empresarios de la industria, del comercio y de la agricultura, fundan empresas capitalistas comunes. El *cooperativismo capitalista* libera a la empresa rural de las molestias de obtener capital por sí misma, de la venta y de la elaboración de los productos agrícolas, y transfiere estas funciones a una empresa que posee todas las caracterísitca típicas de una empresa capitalista pero que, a su vez, no es propiedad de un gran capitalista, sino una cooperativa cuyos propietarios son pequeños empresarios. Tendencias relativamente parecidas, si bien con menos fuerza, operan en la industria y en el comercio. Al igual que en la gran industria; las esferas más débiles de la economía irrumpen en la era de *la asociación del*

Generated by CamScanner from intsig.com

capital, de la organización consciente de la vida económica sobre bases capitalistas.

La sociedad ya no está compuesta por empresas capitalistas aisladas, desvinculadas entre sí, que se encuentran en la lucha por la competencia, sino integrada por grandes organizaciones capitalistas que descansan sobre diversas formas de asociación del capital y se enfrentan recíprocamente en la lucha por el poder.

En el antiguo período del capitalismo individual, cada empresario se hallaba sometido a las leyes de la competencia, leyes que se le imponían cual fuerzas naturales, y que no eran controlables por ningún hombre aislado, por ninguna organización, ni siquiera por el propio estado. Se trataba de leyes que, según la expresión del joven Engels, discurrían "sin conciencia de sus participantes". En la actualidad, estas leyes, ciertamente, continúan actuando. Cada modificación de la coyuntura revela a las organizaciones capitalistas los límites insuperables de su poder. Pero ahora los dictados de las leyes que rigen la vida capitalista deben "pasar por la cabeza de los hombres", y ser sopesados y decididos por sus organizaciones. Todo el acontecer económico se resuelve a través de la acción *consciente* de las organizaciones capitalistas. Inclusive el estado se convierte en una organización de esta índole. El liberalismo manchesteriano ha muerto. Todas las organizaciones económicas buscan poner a su servicio al estado. Ahora ya no sólo le exigen la protección de su propiedad, sino que reclaman su partipación directa en la vida económica. En la lucha por el poder político todas ellas tratan de influir, para intervenir en la vida económica, sobre los medios de que el estado dispone, algunos de los cuales mencionamos aquí: El sistema de los aranceles aduaneros y los permisos de importación; las tarifas ferroviarias y del transporte marítimo; las subvenciones; los premios y concesiones; la política impositiva con sus complicados sistemas de prorrateo, reparaciones, desgravaciones fiscales y reintegros; la utilización de las empresas del estado; la concesión de monopolios y regalías para fines económicos; la regulación de las obras públicas y los suministros. La totalidad de la vida política se reduce a la pugna por el poder entre los diversos grupos interesados.

En estas luchas, dichos grupos pronto prescinden de la envoltura ideológica con que se encubrían sus esfuerzos. Cada cuestión jurídica o administrativa que se suscita es examinada con el mayor de los descaros por cada organización, de acuerdo con los intereses de sus integrantes y según lo aconsejan sus exigencias de poder. Cada organización reconoce abiertamente que sólo busca conquistar una posición que asegure sus ganancias, poder, importancia y capacidad de lucha. Todo el mundo se extasía ante la palabra *poder*. La burguesía deja de lado su cristianismo, se olvida incluso de la nación y de su patria. Hasta la infamia más desvergonzada se halla permitida si aporta beneficios económicos; cualquier traición resulta legítima si conduce a la obtención del poder.

En esta atmósfera del egoísmo más descarado por parte de los grupos de intereses, en esta lucha desembozada por el poder, vive, también el proletariado. Su conciencia se halla, de igual modo, impregnada de aspiración por el poder. Puede que revolucionarios y oportunistas discrepen y polemicen acerca del camino hacia el poder, pero en lo que respecta al objeti-

vo, sin embargo, se hallan unidos. Cuanto más se disuelve la vida política en la lucha por el poder de las organizaciones económicas, tanto mayor se toma la presión del proletariado por la conquista del poder político.

Las *relaciones internacionales* también están impregnadas de este estado de ánimo y estos pensamientos descaradamente egoístas y que no persiguen otro fin que el de la obtención de ganancias. La burguesía abandonó toda resistencia al militarismo. Anhela que su propio estado —la organización económica más poderosa y de mayor alcance que posee esté munido de un armamento que sirva para imponer el terror. Ahora son utilizados y puestos en práctica todos los medios, aprovechándose de las aspiraciones nacionales y de las ansias de poder de los respectivos estados: el sometimiento de otros pueblos, los enormes sacrificios que la preparación bélica reclama, el aprovechamiento inescrupuloso de cada debilidad del enemigo, los pactos con la revolución y con la contrarrevolución simultáneamente, y se esgrime la amenaza de la guerra y el holocausto que ella implica, incluida la masacre colectiva y la miseria general. De este modo la agudización de la lucha económica en el interior de los países encuentra su contrapartida en el ensañamiento de los estados y las naciones entre sí. Situación que, por cierto, aproxima año a año el peligro de una guerra europea.

Simultáneamente con esto, por otra parte, surgen nuevos problemas en Europa oriental. Las transformaciones sociales, económicas y políticas que allí se están operando conducen a las masas —predominantemente campesinas— de la población y las naciones por ellas constituidas a ocupar un lugar destacado en el escenario de la historia. Durante meses, el problema servio nos tuvo en ascuas. La cuestión servio-búlgara de Macedonia es un problema europeo de antigua data. Los problemas nacionales de Hungría amenazan al estado nacional magiar. Pero aún nos queda por poner de relieve los problemas nacionales más importantes, como son los diversos y múltiples problemas que la cuestión de las nacionalidades plantea en Rusia. Sea cual fuere el futuro que en nuestra fantasía atribuyamos al imperio ruso, no cabe duda de que el rutenio, el ruso blanco, el campesino letón, el lituano, despertarán en el siglo XX a una nueva existencia. Hoy no sabemos aún si la burguesía logrará insuflar paulatinamente vida a la constitución formal existente en Rusia; si los campesinos conformarán, imponiéndose, una alianza con el proletariado; si el proletariado por sí solo alcanzará a erigir una nueva configuración estatal o si la clase obrera aliada con el campesinado llegará a quebrar el servilismo impuesto por el zarismo. No obstante, por sobre el hecho de cuál de estas hipótesis —tan controvertidas en los círculos de la intelectualidad rusa— sea la que encuentre confirmación histórica, el desarrollo del imperio ruso traerá aparejado, como no puede ser de otro modo, la transformación de la agricultura y de toda la producción rural, y junto con ello provocará la irrupción de las masas campesinas y la elevación de las *naciones carentes de una historia propia de alguna significación*. Los polacos estarán indefensos mientras permanezcan enfrentados al imperio campesino ruso y éste se mantenga como un todo compacto; también su problema nacional volverá a cobrar vida y ello ocurrirá tan pronto como las otras nacionalidades sin historia, y que se distribuyen desde el mar del Norte hasta el Cáucaso, se levanten.

Generated by CamScanner from intsig.com

La pregunta que de inmediato se suscita es la siguiente: ¿acaso las luchas nacionales de los pueblos oprimidos del Este desempeñarán en la época revolucionaria que se avecina el mismo papel que desempeñaron las luchas de las naciones históricas —tal como la de los alemanes, italianos, polacos y húngaros— en el período revolucionario anterior?

Por otra parte, los problemas nacionales que comienzan a tener lugar en Asia y en el norte africano son aún mayores. Desde que el hombre amarillo venció en la guerra ruso-japonesa al blanco, el Cercano y el Lejano Oriente se hallan convulsionados. Hemos asistido al drama de la revolución turca. Inglaterra y Rusia se confabularon para someter a Persia revolucionaria, cuya rebelión hubiera podido significar un mal ejemplo para los pueblos oprimidos por ambos estados. Sabemos de movimientos revolucionarios en Egipto y en la India. Todos ellos no pueden sino influir sobre las relaciones que las potencias europeas mantienen entre sí, y, por tanto, también gravitan en la lucha por el poder en el interior de los estados europeos.

Por cierto que a la reacción no le falta fuerza. No hemos asistido a ninguna nueva revolución en Europa oriental ni en la Europa central. Faltan fe y confianza en la revolución, y son éstos los presupuestos que conforman la premisa de su desencadenamiento. La democracia reviste de formas parlamentarias las luchas por el poder de los distintos grupos de interés, y con ello logra limar las aristas más sobresalientes y agudas de los enfrentamientos; todo problema que se presente y que posea una cierta envergadura queda reducido a una serie de pequeñas cuestiones parciales. Tanto el temor de los que ejercen el dominio frente a las masas armadas de la población, como el miedo de los grandes grupos capitalistas a los que cualquier transformación política puede provocarles enormes pérdidas, operan como disuasivos del peligro. Los terratenientes y capitalistas rusos y polacos pactaron la paz con el zarismo por temor a la revolución proletaria. El despertar de las naciones sin historia del este europeo se desarrolla más lentamente de lo que, hasta hace aún pocos años, muchos suponían. El movimiento revolucionario en Asia y en Africa del norte todavía se halla restringido a una capa reducida de la población y a regiones relativamente pequeñas. Pero por fuertes que juzguemos a las tendencias contrarias que enfrentan y tratan de detener el avance, subsisten todos los indicios políticos que auguran grandes transformaciones revolucionarias. ¿No será que el período de la revolución ya se ha iniciado en el año 1905 —el glorioso año de la guerra ruso-japonesa y la revolución rusa, del conflicto militar húngaro y de las luchas por el derecho de elección en Austria? ¿Podrá ser considerada la coalición de Reval, el armamento de la flota tanto por parte de Alemania como de Inglaterra, los incidentes ocurridos en la península Balcánica y en Persia, como indicios del comienzo de acontecimientos de importancia histórica y mundial, cuyo desencadenamiento preanuncia la revuelta en las principales ciudades europeas? ¿O es que una vez más permanecerá abierta la posibilidad de que sea lograda la postergación del inicio de las batallas decisivas? Sea como fuere, tenemos que contar con la probabilidad de que nos estemos aproximando a un período de guerras, de rebeliones nacionales y de transformaciones sociales. Nos hallamos al borde de una época que en el Occidente adoptará las ca-

racterísticas de lucha entre las clases y el poder del estado, y que en el Este tendrá la impronta de una lucha de las naciones por su existencia como estados independientes. Austria se encuentra justo en el centro entre el Este y el Oeste. En alianza con el proletariado de Occidente lucharemos por la conquista del poder, y en alianza con los pueblos del Este tendremos que participar en las batalls por la autodeterminación de las naciones. Para la educación de la masa obrera austríaca, la difusión y profundización de esta situación resulta impostergable.

Hace muy poco tiempo que la socialdemocracia austríaca se ha convertido en un partido parlamentario. La mayor parte del peso de nuestra acción se halla comprometida en la lucha electoral y parlamentaria. Pero el miembro del parlamento, cuya atención se halla obligadamente concentrada, por completo, en los procesos que se desarrollan dentro de esta institución, y que tiene que sacrificar todas su fuerzas y su habilidad en esta lucha, con mucha facilidad termina por concebir la historia del mundo como una serie de luchas electorales, arengas, mociones e impugnaciones, triquiñuelas e intrigas parlamentarias. Se trata de una enfermedad que proviene de su profesión, ya que tiende a olvidarse de que son las transformaciones económicas, los cambios que se operan en la composición social de las naciones y en la conciencia de las clases, las relaciones de poder, los que deciden sobre el destino de las clases y los pueblos. Y al olvidarse de ello, ignora al mismo tiempo que son estas fuerzas reales las que determinan el acontecer parlamentario, oponiéndole un límite a su poder y fijándole un sentido a sus esfuerzos. Nosotros tampoco podíamos estar absolutamente exentos de esta enfermedad profesional propia de los parlamentarios y que ya fuera denominada por Marx como *cretinismo parlamentario*, desde el momento en que la lucha parlamentaria se convirtió en una parte inseparable de nuestra acción. Y, lo que es más, somos sumamente propensos a ella desde el momento en que el derecho al sufragio universal e igualitario se constituyó para nosotros en un arma nueva, conquistada sobre la base de una dura lucha. Por tanto, difícilmente podíamos escapar a una sobrevaloración de su efectividad. Pero, posiblemente el cretinismo parlamentario no sea en ningún lado tan peligroso como lo es en Austria. Allí donde la lucha a menudo gira en torno a fruslerías, donde se halla en juego el prestigio y los sellos, y donde esto prima por encima del debate de cuestiones de importancia, la lucha parlamentaria origina el peligro de que también nos contagiemos por esa *afición a lo insignificante*. Y, junto con esto, que la disputa por tonterías, de las cuales evidentemente no depende el destino ni de las clases ni de los pueblos, más bien contribuya a dividir el ejército proletario, amenazando nuestra *unidad*, que es la principal garantía de nuestra fuerza, y poniéndole precio con miras a la obtención de algún escaño. Por ello, aquí, resulta doblemente necesario dirigir la atención de las masas obreras de todas las nacionalidades al acontecer mundial, con cuyo desarrollo tenemos un enorme compromiso que habremos de cumplir como si fuera un deber común.

En Austria, las luchas sociales están estrechamente vinculadas con las luchas nacionales. De su entrelazamiento emergen diversos peligros. Por un lado, en calidad de partido internacional, nos aproximamos a la vecindad comprometedora de las naciones carentes de *estado* propio, aparecemos

Generated by CamScanner from intsig.com

como aliados de aquéllas en la lucha contra el chovinismo. Por otra parte, cada sector de la Internacional constituye una fracción de su nación, súbdito de su clase dominante y, en calidad de tales, nos sentimos llamados a participar en la lucha por la universidad y las escuelas secundarias, el nombramiento de jueces y el protocolo jurídico. Debido a esto, por un lado, la unidad internacional de la clase obrera ve amenazado su carácter revolucionario, y, por el otro, se pone en peligro su articulación nacional y su conciencia de clase. No obstante, estos peligros encuentrán su causa en las condiciones de nuestra lucha y no pueden ser desechados por completo. Pero no podrá oponérsele nada más eficaz que el reconocimiento de que las naciones sólo habrán de conquistar su soberanía, en el periodo revolucionario que se aproxima, con la formación de nuevos estados y las transformaciones constitucionales que traerá aparejado; de que la unidad y libertad de nuestra nación se establecerá junto con la unidad y libertad de las demás naciones, como resultado de la lucha de la clase obrera contra y por el poder estatal. Y, junto con esto, el reconocimiento de que nuestra misión principal no consiste en la reyerta diaria por problemas minúsculos, sino en la preparación de las grandes decisiones del futuro, tanto en el plano de la lucha nacional como en el de la lucha social.

KARL KAUTSKY

TRABAJO POSITIVO Y REVOLUCION

Quien escribe libros debe resignarse a que éstos sean criticados. Carecería de sentido que el autor pretendiera polemizar con cada crítico en particular en artículos por separado, sobre todo cuando ambas partes sostienen puntos de vista diferentes. Un crítico que no ha sido convencido a través de la exposición detallada de un libro, menos aún lo será a través de artículos. Por lo demás, los críticos sólo rara vez aducen hechos o ideas que no hayan sido ya conocidos de antemano por el autor, cuando se trata de un libro bien elaborado. Si su interpretación de estos hechos e ideas difería de la del crítico, evidentemente era porque creía tener razones bien fundadas para ello.

Por el contrario, una polémica con un crítico puede resultar indicada cuando éste presenta nuevos hechos o nuevas concepciones que el autor no conocía aún cuando preparaba su libro, y que introducen modificaciones en las explicaciones del mismo, así como, también, cuando un crítico bien intencionado, comprensivo y competente no interpreta correctamente las ideas del autor. Si ello le sucede con un crítico de este género, es imaginable que por lo menos una parte de su público será víctima de equívocos similares: en tal caso, el autor se verá inclinado a pensar, indudablemente, en una aclaración de los mismos. Es un motivo de este último género el que se da, en mi opinión, con el comentario de mi opúsculo *El camino del poder,* publicado por el camarada Otto Bauer en el número de mayo de *Der Kampf.*

Bauer, en lo esencial, se ubica en el mismo terreno y llega a resultados similares a los míos. También él sostiene el punto de vista de que está próxima "una era de revoluciones, de formaciones de estados y de cambios constitucionales violentos"; también él reconoce la agudización progresiva de las contradicciones de clase así como de las contradicciones entre los países imperialistas; cree, sin embargo, que hay un punto en el que estoy errado. Niega que la clase trabajadora, sobre la base de las actuales relaciones de poder, no pueda ya alcanzar nada:

"Por ello creemos que, en lo que se refiere a las conquistas inmediatas, inclusive bajo las relaciones de poder actualmente existentes, la clase obrera no se verá frustrada y ello no sólo en el plano de la lucha sindical, sino también en el plano de la lucha política. Que el ingreso global de la clase obrera crece más lentamente que el ingreso global de la sociedad por ella producido es tan cierto como tan infundada resulta la afirmación de que la clase obrera ya no podrá aumentar la magnitud absoluta de su ingreso real bajo la sociedad burguesa.

"Precisamente porque concebimos como correctas las conclusiones a las que arribó Kautsky en su búsqueda por desentrañar el 'camino hacia

Generated by CamScanner from intsig.com

el poder' es que nos parece en extremo peligroso hacer descansar semejantes conclusiones sobre premisas incorrectas y frágiles. Nosotros no creemos que el proletariado sólo pueda ser considerado maduro para la lucha decisiva por el poder político cuando bajo el dominio burgués no sea ya posible obtener ninguna conquista parcial. ¡Todo lo contrario! Una clase obrera que a lo largo de años pone lo mejor de sí en una lucha donde, a pesar de tales esfuerzos, no logra éxito alguno, difícilmente podrá sustraerse a la tentación de buscarlos a través de otros medios que puedan conducirla por caminos alejados de los carriles por los que discurre la lucha de clases revolucionaria. Si enseñamos a los obreros que no podrán obtener éxito alguno mientras no les llegue la ayuda de acontecimientos externos, provenientes de circunstancias que dependen de una lejana historia mundial, no cabe duda de que sus fuerzas para lanzarse a la acción se verán debilitadas, menguarán sus esperanzas y perderán parte de su energía y de su valor. En cambio, cada triunfo obtenido en la lucha cotidiana robustece la conciencia de clase y brinda nueva confianza en el triunfo final de los obreros. Un proletariado educado en el socialismo adquirirá el coraje de luchar por lo máximo, justamente a través de una serie de luchas emprendidas con valentía por conquistas parciales. Más aún, estamos convencidos de que nos acercamos a un periodo de luchas de esta índole".

Bauer dirige sus ataques contra mí en la medida en que sucumbe a un equívoco. Nunca he afirmado que "el proletariado sólo pueda ser considerado maduro para la lucha decisiva cuando bajo el dominio burgués no sea ya posible obtener ninguna conquista parcial", ni, tampoco, que "bajo las actuales condiciones de poder, resulta imposible, para la clase trabajadora, obtener conquistas inmediatas tanto a través de la lucha política como a través de la lucha gremial". Esta no es, en absoluto, mi opinión. Contra lo que yo combato en mi opúsculo es contra la concepción del desarrollo hacia el socialismo, que Bauer rechaza tanto como yo, contra la concepción de un proletariado que, en base a las condiciones dadas de poder, estuviera en condiciones de alcanzar "éxitos parciales" y "conquistas inmediatas" que se extendieran de modo tal que a través de las mismas se hiciera retroceder, se limitara cada vez más la explotación capitalista, hasta llegar finalmente, por esta vía, a su completa supresión.

Mi concepción de la agudización de las contradicciones de clase presupone, en verdad, una serie de "éxito parciales" y "conquistas inmediatas" del proletariado. No es nuestra "errada táctica política", sino nuestros éxitos y nuestras conquistas, los resultados de nuestro "trabajo positivo", lo que determina que el mundo burgués enfrente con violencia cada vez mayor al proletariado, que relegue progresivamente a un segundo plano sus disidencias internas y que estreche cada vez más sus filas para enfrentar a las masas trabajadoras. Los éxitos parciales no se toman, por ello, absolutamente imposibles, pero su conquista se hará cada vez más difícil, serán cada vez más contados; el progreso político y económico de la clase trabajadora adquirirá un ritmo cada vez más lento mientras que la revolución de los modos de producción tomará un ritmo cada vez más acelerado, con el consiguiente incremento cotidiano de la explotación del proletariado por el capital, la propiedad del suelo y el poder del estado.

No niego la posibilidad de éxitos parciales y de conquistas prácticas para el proletariado; sólo trato de hacer frente a la sobrevaloración de los mismos, y de advertir que no deben ser considerados como hechos aislados que por sí solos proporcionen la medida del progreso social de la clase trabajadora. Ellos adquieren un significado por completo diferente cuando se los compara con los éxitos y las conquistas prácticas a que arriba al mismo tiempo la clase capitalista.

Nadie más que yo otorgará valor a los éxitos parciales y a las conquistas prácticas del proletariado. Estas resultan indispensables para su formación, para su elevación física y moral, para el desarrollo de su energía y de su inteligencia. Pero con ello sólo se logra incrementar su capacidad de lucha y su empuje, aunque no pueden detener, en absoluto, el agravamiento de su situación relativa frente a la clase capitalista mientras sigan perdurando los ordenamientos de clase subsistentes en los estados.

Se trata aquí de una de las múltiples contradicciones cuyo acrecentamiento continuado volverá ineludible, por fin, a la revolución social.

El siguiente pasaje prueba la importancia que concedo a los éxitos prácticos para el revolucionamiento de las masas y para la elevación de la conciencia de sus propias fuerzas.

"Para hacer que el proletariado adquiera conciencia de su fuerza, la acción será siempre superior a cualquier teoría. Por los éxitos que consigue en la lucha contra el adversario, el partido socialista muestra más claramente al proletariado la fuerza de que él dispone, y es el modo más eficaz para aumentar en él el sentimiento de esa fuerza" *(El camino del poder*, p. 206).

En lo que respecta a los sindicatos obreros, tampoco afirmo, en particular, la imposibilidad de obtener logro alguno, sino, solamente, que las oportunidades para estos se tornan cada vez más escasas y que las luchas contra el capitalismo adquieren una dimensión siempre mayor y exigen cada vez más sacrificios:

"Esas organizaciones de los capitalistas obstaculizan cada día más el progreso de las organizaciones sindicales de la clase obrera. Ciertamente Naumann exagera su fuerza en el artículo antes citado. Frente a estas organizaciones los sindicatos no están completamente faltos de voluntad. Pero su marcha victoriosa es entorpecida cada vez más en los últimos años, se encuentran reducidos a la defensiva en toda la línea, los patrones oponen los *lock-outs* a las huelgas, con un éxito creciente. Cada vez son más raras las ocasiones favorables en que los sindicatos pueden todavía librar batalla con probabilidades de triunfo" *(op. cit.*, p. 237*)*.

"Pero, entiéndase bien, no queremos decir con ello que los sindicatos sean impotentes o inútiles. Seguirán siendo, para la masa del proletariado, las más grandes organizaciones, sin las cuales la clase obrera sería relegada irremediablemente a la más profunda miseria. El cambio de situación en nada disminuirá su importancia; no hará otra cosa que modificar su estrategia. Cuando afronten a las grandes organizaciones patronales, es posible que no ejerzan sobre ellas presión directa; pero sus luchas contra esas organizaciones alcanzarán dimensiones colosales, podrán conmover toda la sociedad, todo el estado y si los capitalistas niegan cualquier con-

Generated by CamScanner from intsig.com

cesión podrán influir sobre los gobiernos y los parlamentos" *(Op. cit.*, p. 242).

"Y, desde luego, como es natural, el proletariado se interesa de nuevo en las reformas sociales y en las leyes de protección obrera. En este terreno encuentra un estancamiento general del que no es posible salir con ayuda de las instituciones políticas actuales, dadas las fuerzas relativas de los partidos existentes.

"Por estancamiento no hay que entender marasmo completo, cosa imposible en una sociedad tan furiosamente agitada como la nuestra, sino más bien un aflojamiento en la marcha del progreso, aflojamiento que parece una detención, casi un retroceso, si se compara esta marcha con el andar de la revolución técnica y económica y la intensificación de la explotación. Y hay que preparar, arrancar con grandes luchas organizadas, sobre todo por los sindicatos, esos progresos de increíble lentitud. Las cargas y los sacrificios que exigen aumentan rápidamente y, al fin de cuentas, sobrepasan cada vez más los resultados positivos" (*op. cit.*, p. 243).

No afirmo, pues, en modo alguno, la imposibilidad absoluta de alcanzar nuevos éxitos en la lucha proletaria de clases, teniendo en cuenta las bases en que se sustenta el estado en la actualidad. Sólo planteo la hipótesis de que, a medida que se avanza en el desarrollo, cada uno de los grandes logros del futuro serán alcanzados sólo a costa de duras luchas, de sacrificios cada vez mayores, que aquéllas sacudirán cada vez más la sociedad, que de ambos lados irá creciendo el flujo del odio y del encono. Y no confío ya que las organizaciones sindicales "a través de métodos puramente sindicales hagan progresar tan vigorosamente al proletariado, como lograron hacerlo en los últimos doce años" *(Op. cit.*, p. 242*)*. Estimó que esto es válido al menos para los países de un capitalismo desarrollado, vale decir no para Europa oriental ni para Asia. Pero sí indudablemente para Europa. Posiblemente esto sea válido también para los Estados Unidos.

En todo caso, donde menos confío que puedan alcanzarse mayores logros en la lucha del proletariado es en el terreno del trabajo asalariado. Resultará cada vez más difícil elevar los salarios y, como ocurre en los últimos años, los precios de los medios de subsistencia tenderán a crecer más velozmente que los salarios.

Para ilustrar este proceso, reproduzco una estadística de la Oficina del Trabajo de Washington, que tiene el mérito de basarse en datos anuales, recogidos desde 1890 en base a un mismo procedimiento, de modo que resulta posible establecer comparaciones entre los datos de los distintos años. Esta estadística muestra que desde 1900 los salarios en los Estados Unidos se han incrementado en un 18 por ciento, mientras que los precios de los medios de subsistencia sufrieron un incremento de casi el 20 por ciento.

Bauer opone reparos a esta estadística; afirma que los datos que presenta habrían sido recogidos según un método desechado por muchos estadígrafos, y que, por consiguiente, éstos no resultan probatorios. Es posible, sin ninguna duda, oponer reparos a esta estadística, pero no se puede afirmar en modo alguno que pinta las cosas demasiado negras. Sólo recientemente un buen crítico burgués afirmó, respecto de las cifras que presenta,

que éstas reproducen "con todo, un cuadro limitado, más bien demasiado favorable que desfavorable, respecto de la realidad, No abarcan siquiera la totalidad de los trabajadores organizados. Las observaciones de la Oficina del Trabajo acerca de las condiciones de vida de 2 567 familias se refieren, sin duda alguna, en su mayor parte, si no exclusivamente, a las condiciones reinantes en los cuadros industriales del este. Pero cualquiera que conozca Norteamérica a través de observaciones propias sabe que las condiciones de vida de la población industrial empeoran a medida que nos aproximamos a la costa del Pacífico [. . .]. Apenas existe otro lugar donde el contraste entre una pequeña aristocracia laboral organizada y un extenso proletariado no organizado sea tan agudo, tan pasmoso, como en la Unión." [Dr. M. Lindsay, "Experiencias del presente y perspectivas futuras del socialismo en los Estados Unidos", *Revista de las ciencias Sociales*, núm 2, 1902, p. 99]

Los trabajadores no organizados se ven sometidos a reducciones salariales en un grado mucho más elevado, y están menos capacitados para obtener aumentos salariales que los trabajadores organizados. Por consiguiente, el reparo que podría oponerse a la estadística norteamericana que utilizo es, más bien, que no permite reconocer con la suficiente claridad el fenómeno a que en ella se alude.

Más aún, el que quiera objetar que las condiciones norteamericanas no prueban nada para Europa debería recurrir a las cifras inglesas. En el *Korrespondenzblatt* de las organizaciones sindicales del 20 de febrero, se presenta un informe acerca de una publicación del ministerio británico de trabajo. El corresponsal se lamenta por las tasas extraordinariamente elevadas de desempleo, y prosigue:

"Pero no es el desempleo el único que acarrea las penurias y la miseria en las filas de la clase trabajadora; también los salarios, que han descendido en un porcentaje muy considerable; como puede percibirse en las siguientes tablas."

A continuación sigue la tabla que nosotros reproducimos aquí, con las modificaciones salariales de los últimos ocho años, a las que añadimos las cifras acerca de la suma de ingresos que pagan impuestos (más de 160 libras esterlinas):

Año	Cifra de trabajadores	Incremento salarial en libras esterlinas	Reducción salarial en libras esterlinas	Suma de ingresos superiores a 160 l. ester. en l. ester.
1901	928 926	--	76 587	867 millones
1902	887 206	--	72 595	880 "
1903	896 598	--	38 327	903 "
1904	800 058	--	39 230	912 "
1905	688 880	--	34 066	925 "
1906	1 115 160	57 897	--	944 "
1907	1 246 464	200 912	--	990 "
1908	908 627	--	--	1 040 "
Total		258 809	260 805	173 millones

Generated by CamScanner from intsig.com

Se observa que de ningún modo puede hablarse aquí de un incremento continuado de los salarios en los últimos ocho años, que incluyen algunos años de gran prosperidad comercial. Más bien podría hablarse de una caída, pues la suma de las reducciones salariales es, en este periodo, ligeramente superior a la de los incrementos salariales: ¡y éste es el movimiento de los salarios de trabajadores organizados! ¡También en este caso cabe preguntarse por la situación que atravesaron los trabajadores no organizados! Al mismo tiempo, experimentó un incremento incesante la suma de los gravados por impuestos, vale decir de aquellas personas que tienen ingresos mayores, suma que en la actualidad asciende anualmente a 173 millones de libras esterlinas más que en el año 1901, pese a todas las crisis.

Al tiempo que crecían únicamente los grandes ingresos y caían los salarios, aumentaban los precios de los medios de subsistencia. En Liverpool, el trigo de La Plata* costaba, en el año 1901, 129 marcos, y en el año 1908, 176 marcos.

El propio Bauer admite que el poder adquisitivo de los salarios tiende a decrecer antes que a incrementarse:

"Resulta indudable que el *poder adquisitivo del salario* se ve disminuido por el encarecimiento de muchas mercancías; resulta indudable también que los precios de las mercancías se verán incrementados en el futuro, en la medida en que este incremento pueda ser atribuido a la política de precios de los cárteles y los trusts, al incre mento de los recargos aduaneros y a las contribuciones indirectas. Sin embargo, aún no es posible determinar si junto a Norteamérica no han de surgir muy pronto otras grandes áreas productivas capaces de abastecer al mercado europeo de cereales. Acaso Egipto exporte cereales en cantidades considerables en los próximos años, los mismo que Asia Menor, para abastecer a Europa. Tampoco pienso que es seguro que Rusia no esté en condiciones, en los próximos años, de incrementar su exportación de cereales. Precisamente en nuestros días se va gestando en ciertas regiones de Rusia un avance acelerado hacia el cultivo intensivo; y la política fiscal rusa, forzada por las grandes cargas de las deudas del estado, velará porque los beneficios de su agricultura accedan al mercado mundial. Por lo demás, el incremento de los precios de las mercancías debe ser atribuido también, en parte, a la disminución de los costos de producción del oro; en la actualidad, no es posible determinar aún si este factor ha de gravitar, y con qué fuerza, en el incremento futuro de los precios de las mercancías."

Tampoco Bauer se aventura a pronosticar una caída permanente de los precios de los medios de subsistencia, y yo no he ido más allá en mis afirmaciones. Me expreso con extremo cuidado cuando hablo del incremento en los precios de los medios de subsistencia. No afirmo otra cosa sino que, en mi opinión, con los precios en aumento de los medios de subsistencia desde comienzos de este siglo, no nos encontramos ante un fenómeno pasajero, sino, por el contrario, ante un fenómeno permanente (p. 242). Pero es indudable que mi percepción de la situación, que me induce a sostener esta hipótesis, es considerablemente menos optimista que la de

*Es decir, importado del Río de la Plata, o, más bien, de la República Argentina. (E.)

Bauer. El confía todavía en un incremento considerable del abastecimiento ruso, pero funda su confianza en dos supuestos, que se excluyen recíprocamente: en el progreso acelerado de la agricultura rusa hacia el cultivo intensivo, y en la opresión creciente de los campesinos rusos en razón de las deudas del estado y los impuestos, que lo forzarían a poner en venta la mayor cantidad posible de su cosecha y a cualquier precio. Pero son precisamente estas deudas y estas cargas las que provocan la pauperización del campesino y la de su economía, y que ahogan en su origen todos los intentos de un cultivo más intensivo y racional. Esta presión puede forzar pasajeramente la exportación, pero con el tiempo provocará la ruina de la agricultura. El desarrollo de la agricultura rusa supone que cese el endeudamiento del estado ruso, que éste obtenga capitales para orientarlos hacia la agricultura, que el campesino, junto con sus animales, pueda satisfacer regularmente su hambre, cosa que no ocurre ni lejanamente en nuestros días, que el campesino esté en condiciones de adquirir herramientas y otros productos industriales para desarrollar con ello la industria, para elevar los salarios y el consumo de los trabajadores urbanos. El saneamiento de la agricultura rusa sólo puede producir bajo condiciones que den lugar a un gran incremento en el consumo de los medios de subsistencia, que precisamente limiten su exportación.

Y lo que sucede en Rusia sucede también en los países del Oriente. También aquí la exportación de productos alimenticios se origina únicamente en una explotación creciente de sus campesinos, y, por lo tanto, en un deterioro progresivo de su agricultura; por lo que se trata solamente de un fenómeno pasajero que ha de conducir a la ruina de la agricultura o a una revolución social que incrementará el poder de consumo del campesino y el desarrollo de una industria autóctona, factores ambos que se oponen a la exportación de productos alimenticios.

Del mismo modo, en su época, se esperaba que las Indias Orientales proveyeran al mercado mundial de grandes cantidades de trigo. La exportación creció rápidamente para estancarse muy pronto. El valor de la exportación de trigo de las Indias Orientales ascendió en 1872 a veintidos millones de marcos, se elevó a ciento veinte millones en 1881, en 1888 sólo asciende a ciento cinco millones, y en 1906 a noventa y ocho millones de marcos (no tengo a mano, en este momento, las cifras correspondientes en tonelajes).

Sin embargo, los precios de las mercancías no se determinan sólo por el volumen de la oferta. Esos dependen, en última instancia, de las condiciones bajo las cuales son producidas. La caída de los precios de los cereales en los años ochenta y noventa fue provocada por la colonización, en América, de enormes superficies de tierras totalmente vírgenes hasta ese momento, que no solamente proporcionaron grandes rendimientos a través de la explotación extensiva de las miasmas, sino que, por el hecho de no haber pasado aún a manos de la propiedad privada, no se encontraban gravadas todavía por la renta del suelo. Pero esto ya no sucede: apenas podrán encontrarse grandes superficies de suelo fértil para el cultivo de cereales, que no se encuentren en manos de la propiedad privada. Por lo tanto, ya se había configurado en el mundo entero una situación que rige desde hace mucho tiempo en las civilizaciones antiguas, la de la monopoli-

Generated by CamScanner from intsig.com

zación del suelo por obra de una clase terrateniente que presenta la tendencia a elevar permanentemente los precios de los productos del suelo y, con ello, el valor de la renta del suelo. Pero cualquiera sea la opinión que se sustente –y me abstengo, en este momento, de emitir un juicio definitivo– lo cierto es que el mismo Bauer no puede pretender afirmar que nos encontramos próximos a una época de precios en descenso de los productos alimenticios, y que estos precios en descenso se verán acompañados por un rápido incremento de los salarios, que fue lo que aconteció en los años noventa, al menos para una parte de la clase trabajadora. Y lo que yo niego es un retorno de esta situación, que fue la que generó la utopía del desarrollo hacia el socialismo. No es que, bajo las condiciones actuales, sea ya absolutamente imposible que el proletariado alcance ciertos éxitos; pero ha pasado aquella época que generó la convicción del desarrollo progresivo hacia el socialismo, en que el salario puede paulatinamente ir ganando terreno económico a las ganancias, y que estas últimas sean absorbidas por los primeros.

Pienso que en esta apreciación no existe una diferencia fundamental entre mi posición y la sustentada por Otto Bauer, sino que, sólo por razones propagandísticas, Bauer cree conveniente no acentuar con tanto vigor la dificultades crecientes que se oponen al avance del proletariado. Por una parte, por su temor desmoralizar al proletariado, y, por la otra, por la razón de que en Austria estas dificultades no han adquirido aún la dimensión que tienen aquí en Alemania, pues en primer lugar el capitalismo no ha alcanzado en ese país un desarrollo tan elevado, y, en segundo lugar, porque, debido a las características del estado, la lucha nacional debilita al gobierno y a la burguesía, fortaleciendo en cambio al proletariado internacionalmente solidario de una manera que no se daría en otro caso.

En lo que toca al primer punto, que es el único que nos interesa aquí, los temores de que con nuestras comprobaciones pudiéramos desmoralizar al proletariado, no constituye, evidentemente, una prueba en contra de la corrección de las mismas, y sólo podrían poner en cuestión la oportunidad de ellas. No creo que deba engañarse nunca al proletariado; no puedo compartir la concepción de que las ilusiones constituyan un factor de progreso. La fuerza que proviene de ilusiones es comparable a la fuerza generada por la embriaguez. Sus triunfos se obtienen al precio de retrocesos con largas borracheras.

Pero aun cuando no debamos alimentar ilusiones, sería contrario a todas las reglas tácticas atemorizar a los contendientes durante la lucha, proclamando que todos sus esfuerzos son vanos y están condenados al fracaso.

Bauer, empero, interpreta mi trabajo de manera totalmente errada cuando supone que es eso lo que yo hago. Al comprobar el creciente estancamiento político y social no indico ninguna novedad para el proletariado que lucha en Alemania, y, en general, en Europa Occidental. Sólo explico un hecho que él mismo percibe y reconoce.

Para ello basta un solo ejemplo. En el *Metallarbeiterzeitung* [Gaceta de los trabajadores metalúrgicos] del 24 de abril, podemos leer:

"Recientemente, el compañero Eduard Bernstein escribió en los *Sozialistische Monatshefte* (núm. 24, 1908) un artículo sobre las líneas fun-

damentales del reformismo de la socialdemocracia, en el que se encuentran los siguientes pasajes: 'Es preciso manifestar que en cada caso existen límites para los incrementos salariales y para la reducción en el rendimiento del trabajo; y que trasgredir estos límites puede provocar el resultado opuesto al que se buscaba; que la misión de la organización sindical, en lo que toca al problema salarial, consiste predominantemente en proteger al trabajador contra la depreciación de los salarios y contra las fluctuaciones salariales repetidas; es preciso destacar con más fuerza el valor de la permanencia de los salarios en relación con el incremento de su poder adquisitivo al que se debe tender, es decir acentuar el ingreso real de los trabajadores frente a las ilusiones acerca de la posibilidad de incrementos salariales incesantes. En parte, es la práctica la que lleva a las organizaciones sindicales a reconocer este hecho y adecuar a él su política. Pero sólo pondrá en práctica esta política con todo el vigor y sistemáticamente, en la medida en que la teoría socialista, liberada de su andamiaje utópico, deje a un lado sus ilusiones sobre el derrumbe, y que sustituya declaraciones que se basan aún en la utopía, como la de la supresión del trabajo asalariado, por declaraciones y exigencias acordes con las tendencias reconocidas del desarrollo de la vida económica'. Estas afirmaciones complacieron de manera excepcional al *Deutsche Metallarbeiter* [El trabajador metalúrgico alemán] publicación de la confederación 'cristiana'. Ellas motivaron un largo artículo que lleva por título 'Política salarial y moral social cristiana', en el que se pretende probar que las explicaciones de Bernstein no son otra cosa que el cumplimiento de 'las exigencias de la moral cristiana', o, como suele decirse también, de la 'moral social cristiana', y se nos sigue diciendo, a continuación, que fueron precisamente las organizaciones sindicales cristianas las que adoptaron siempre el punto de vista reconocido por Bernstein como necesario.

"Constituye una peculiaridad de los cristianos el reivindicar como obra propia todo aquello que con el tiempo ha resultado ser necesario y evidente en lo que toca al problema sindical, proclamarlo como su principio, el ponderarlo como la suma de la 'moral social cristiana' [...] Lo que Bernstein proclama en los pasajes arriba citados no es el producto de ésta o aquella teoría social o moral social; él afirma con razón que las organizaciones sindicales llegaron al reconocimiento de la necesidad de adecuar sus exigencias a las condiciones reales, a través de la vía de la práctica. En opinión de Bernstein, este reconocimiento se incorporará e impondrá con tanta mayor prontitud en la práctica cuanto menos se le oponga y se lo involucre con pensamientos referidos a lejanas e inciertas posibilidades. [...] En base a la experiencia adquirida, las afirmaciones de Bernstein resultan todo lo evidentes que se puede concebir. Para las organizaciones sindicales, el problema salarial no se agota en la obtención de un plus fortuito y dudoso; éste exige, de manera igualmente perentoria, la consolidación de lo ganado, la estabilidad del ingreso frente a la desvalorización de los salarios, pero también el incremento del poder adquisitivo del salario, el aumento del ingreso real de los trabajadores."

Por consiguiente, el incremento salarial no constituye para nuestro sindicalista otra cosa que un "plus fortuito y dudoso", en el que las organizaciones sindicales deben dejar de poner sus miras "con toda su fuerza y sistemáticamente", para ponerlas, por el contrario, en la estabilidad de los

Generated by CamScanner from intsig.com

salarios y en el incremento del poder adquisitivo de los mismos (a través de cooperativas de consumo y de la derogación de los impuestos indirectos).

Nos encontramos aquí con la misma interpretación de la situación que la hecha por mí, aun cuando expresada en otros términos.

¿Dónde se encuentra el punto de divergencia entre mi interpretación y la de los "practicistas" y *Realpolitiker* [políticos realistas]? Estos conciben a la actual situación como una "situación natural", que resulta "todo lo evidente que se puede concebir". La misión de tales políticos no es sólo la de adoptar en cada caso la táctica adecuada a dicha situación, sino también la de adoptar a ésta las "exigencias", denunciando cualquier perspectiva que vaya más allá de la situación dada como una "ilusión del derrumbe" perjudicial y como una "utopía".

Habría que pensar, ciertamente, que de ese modo se ha desechado la expectativa de un desarrollo hacia el socialismo. Pero no obstante se tienen reparos en hacerlo expresamente. Los revisionistas salen del paso caracterizando al estancamiento como progreso, e, incluso, como el único método correcto del progreso, pues lo principal para ellos es la seguridad y ésta a su vez dependería de la mesura. La "ciencia" misma reconoce que todo desarrollo verdadero se caracteriza por la mesura y por el hecho de pasar inadvertido en su proceso, que toda aspiración por un desarrollo acelerado y evidente no es científico, y, por lo tanto, desechable. De ahí que cuanto menos notorio sea el progreso, tanto más seguro será el avance del mismo.

Und soll der Fortschritt recht gedeihn,
*so darf er nicht zu merken sein.**

como dice la canción de los estudiantes.

Nuestra misión es pues la de prepararnos para la persistencia ilimitada de esta situación.

Yo, por mi parte, opongo reparos a esta interpretación. El centro de gravedad de mi exposición no está en la comprobación de aquel estancamiento, de las dificultades crecientes que se oponen a la obtención de grandes éxitos, sino en el hecho de que ese estancamiento es meramente un estadio transitorio, es la quietud previa a la tormenta, la preparación para luchas grandes y decisivas. Y Bauer coincide conmigo en ello.

Lo que él me objeta, la comprobación del estancamiento, es algo que comparto, aun cuando no terminológicamente, sí en el diagnóstico efectivo, con nuestros "políticos realistas". Sin embargo, puesto que, a diferencias de éstos, explico el estancamiento a través de relaciones que se agudizan siempre más y crean situaciones cada vez más insostenibles, mi interpretación en modo alguno puede despojar a la clase trabajadora de "sus esperanzas y energías, de su pasión y su coraje". Percibo más bien en ello un medio de conservar fortalecidas a las masas en el actual estancamiento, de inspirarles esperanzas y energías, las que quedarían quebradas con mucha mayor razón si se les indujera a pensar que las perspectivas no serán, por muchas generaciones, muy diferentes a las de estos últimos años.

*"Y si el progreso ha de medrar [Esto] ha de ser sin que se lo perciba." (E.)

Por consiguiente, no descubro el estancamiento; sólo verifico algo por todos conocido. Lo que añado es la explicación del estancamiento. Pero de ningún modo niego el hecho de que junto a las tendencias a partir de las cuales explico este fenómeno, existan tambien tendencias opuestas que obren contra aquéllas. Aquí sólo cuestiono, lo mismo que en otros puntos que me objeta Bauer, que estas tendencias opuestas sean las más vigorosas. Y es ello precisamente lo que cuenta. Si las tendencias opuestas son más débiles que las otras, sólo pueden diferir el curso de los acontecimientos, pero no detenerlos. Quien edifica sobre ellas edificará sobre la arena.

¿Pretende Bauer afirmar que las tendencias opuestas que él presenta son más vigorosas que las expuestas por mí, y que aquéllas tienen el poder de anular a éstas en sus efectos?

A modo de ejemplo de sus objeciones, además de las ya citadas, damos a conocer la siguiente. En efecto, Bauer afirma:

"En última instancia, la fuerza de las asociaciones empresariales, lo mismo que la fuerza de las organizaciones sindicales, depende de la relación que existe entre la tasa de crecimiento del capital variable utilizado en el interior de un país y la tasa de crecimiento de la población obrera disponible en dicho país. Esta relación se ve afectada negativamente, de una parte, por el rápido progreso que se opera en la composición orgánica del capital y por la exportación de capitales, y, de otra parte, por la veloz multiplicación de la población proletaria. A su vez, se ve afectada en forma positiva para la clase trabajadora por el extraordinario crecimiento que experimentan las masas de plusvalor acumulables, por el crecimiento de la tasa de acumulación y por la trasformación en capital de toda fracción disponible de riqueza, por pequeña que ésta sea, proceso que en la actualidad se verifica aceleradamente. Bajo tales circunstancias, el punto de vista pesimista de Kautsky no puede menos que parecernos infundado."

Por consiguiente, también el punto de vista "pesimista" de Karl Marx, que en su trabajo sobre *Trabajo asalariado y capital*, llega a este resultado:

"Si el capital crece aceleradamente, la competencia entre los trabajadores crece con una aceleración incomparablemente mayor, o sea, tanto más disminuyen relativamente los medios ocupacionales, los medios de vida de la clase trabajadora, y el crecimiento acelerado del capital en modo alguno constituye la condición más favorable para el trabajo asalariado."

Bauer sólo toma en consideración uno de los factores, aquel que condiciona la expansión del capital utilizado en la producción, la acumulación de capital nuevo. Pero la expansión de la producción depende aún de un segundo factor, de la expansión del mercado. Si éste no se amplía aceleradamente, la producción se detiene, por más que los capitalistas no consuman sus ganancias sino que intenten invertirlas como nuevo capital.

Ambos factores, empero, la expansión del capital y la extensión del mercado, no se desarrollan en un sentido similar, sino, más bien, contrapuesto. El capital crece tanto más aceleradamente cuanto mayor es el plusvalor y cuanto mayor la parte del mismo que se convierte en capital, es decir cuanto menor es el consumo personal de los trabajadores y del capitalista. El mercado crece tanto más aceleradamente cuanto más se incrementa el consumo de los trabajadores y de los capitalistas. Esta contradicción encuentra su expresión una y otra vez en las crisis periódicas. El

Generated by CamScanner from intsig.com

hecho de que las épocas de sobreproducción no debiliten más a las asociaciones sindicales que a las organizaciones empresariales no será cuestionado, indudablemente, por Bauer.

Si pretendemos hacer abstracción de esto y considerar como único factor de la expansión de la producción a la velocidad de acumulación del capital, encontramos en tal caso que Bauer sobrevalora aquellos momentos que aceleran la acumulación y que no aprecia debidamente aquellos momentos que se oponen a ésta.

Entre los factores favorables al proletariado, Bauer cita uno, la transformación de todos los bienes dispersos en capital, que desempeña un papel importante en la transición de métodos precapitalistas a métodos capitalistas, pero que en el modo de producción capitalista desarrollado se encuentra ya tan extendido que no es posible una expansión mayor, o en todo caso ésta se verifica con infinita lentitud. Es posible que en Austria existan aún considerables sumas de dinero en una situación de improductividad; en un país como Inglaterra, todas las instituciones que sirven para la transformación de "bienes dispersos en capital", como bancos y cajas de ahorro, se hallan difundidas y estructuradas de tal manera, que apenas podrían encontrarse bienes dispersos en consideración que pudieran servir de capital y que no cumplen tal función. Ya no puede hablarse ahí de un incremento acelerado de este factor.

Por lo tanto, debe ser borrado de la lista de los factores favorables al proletariado. En su lugar, Bauer olvidó uno de los factores que traban el crecimiento del capital, y que se incrementa con una inquietante celeridad: el derroche provocado por gastos improductivos, principalmente, por los armamentos de guerra y las guerras.

Sin duda que pese a ello la suma de las masas acumuladas de plusvalor sufren un incremento acelerado, pero en los viejos países capitalistas como Francia e Inglaterra un porcentaje cada vez menor es utilizado en nuevas inversiones, y éstas, en su mayor parte, para remplazar a los trabajadores por máquinas y métodos que ocasionan una economía de trabajo. La parte del león sale al exterior para incrementar allí la cifra de los establecimientos que a través de su competencia restringen el mercado.

A la vez crece rápidamente el volumen de fuerza de trabajo disponible en el país. El fenómeno que más llamó la atención en el último censo de población, en Alemania, fue la afluencia acelerada de la población rural a las ciudades, el incremento acelerado de extranjeros en el reino. Pero el fenómeno más ostensivo del último censo ocupacional lo constituyó sin duda el enorme incremento del trabajo femenino. De 1895 a 1907 la cifra de mujeres activas creció en casi tres millones, cerca del 57 por ciento.

Por último, la fuerza relativa de las asociaciones empresariales y de las organizaciones sindicales depende no sólo de la relación entre el crecimiento del capital variable y la población obrera. Esta relación determina en última instancia sólo la relación de fuerzas entre capitalistas y trabajadores bajo el supuesto de la libre competencia. Pero la acción de ésta se ve perturbada precisamente por la competencia de organizaciones –proletarias por una parte, capitalistas por la otra– así como por la organización del estado.

Los empresarios ejercen un dominio cada vez mayor sobre el estado. En

consecuencia, en lo que respecta a las organizaciones, observamos que la del empresariado se ve estimulada cada vez más por las circunstancias favorables, mientras que la del proletariado se encuentra cada vez más obstaculizada.

Por una parte, el número de los establecimientos industriales va decreciendo, mientras crece el número de los trabajadores.

En la industria alemana, la situación es la siguiente:

Años	núm. de establecimientos		núm. de trabajadores
1882	2 560 442		5 933 633
1895	2 428 473		8 000 503
1907	2 326 200		10 852 910
disminución	234 242	incremento	4 919 277

Precisamente en aquellas ramas industriales más decisivas para nuestro modo de producción se verifica con particular energía o bien la disminución de la cifra de establecimientos o bien el incremento de trabajadores y, en ocasiones, hasta ambas cosas a la vez. Así, por ejemplo, se hizo el siguiente censo:

Ramas industriales	Establecimientos		Trabajadores	
	1882	1907	1882	1907
Minería y metalurgia	8 144	6 079	430 134	860 903
Elaboración de metal	177 347	166 663	459 713	937 020
Industria textil	406 574	161 218	910 089	1 088 280

Cuanto menor es el número de trabajadores, tanto más fácil resulta dominarlos. Así pues, resulta cada vez más fácil organizar a los empresarios, y cada vez más difícil organizar a los trabajadores. Sin embargo, las cifras no logran expresar adecuadamente las dificultades crecientes que deben enfrentar las organizaciones obreras así como las facilidades crecientes para la organización de los empresarios. Considerados en sí mismos, los establecimientos de las distintas ramas industriales pierden progresivamente su independencia, caen de manera creciente bajo la férula de algunos pocos bancos, de unas pocas camarillas de capitalistas estrechamente emparentadas y entroncadas, que entre sí llegan a fáciles entendimientos.

Por el contrario, en el proletariado industrial, a medida que éste se dilata, se incrementa la diversidad de sus elementos y el número de aquellos sectores difíciles de organizar, los individuos provenientes de las regiones rurales, del extranjero, las mujeres.

Para que no se me interprete mal otra vez reitero lo dicho: ello no excluye que aún puedan obtenerse éxitos; y precisamente bajo estas condiciones cada uno de los éxitos alcanzados sean cada vez más excepcionales, que requieran de manera creciente de trabajos previos organizativos incan-

Generated by CamScanner from intsig.com

zables y prolijos para cohesionar las masas cada vez más numerosas, y que los triunfos sólo puedan lograrse, en general, después de las más duras batallas y a través del incesante potenciamiento de los medios de presión, aun en el terreno político. Eso determina que también en las luchas sindicales el centro de gravitación se desplace siempre más del terreno propiamente sindical al terreno político, que estas luchas se compliquen cada vez más para convertirse en luchas por el poder político, en las que se trata cada vez más de una alternativa.

He citado antes un artículo del *Metallarbeiterzeitung* en el que se expone que lo principal no es el incremento de los salarios, sino el incremento del ingreso real. Ello empero exigiría la lucha contra el sistema de protección aduanera a la vez que la lucha contra nuevos impuestos. Pero estos aranceles aduaneros y estos impuestos están indisolublemente ligados al sistema del imperialismo y a la carrera armamentista, la cual se ha convertido a su vez en el fundamento de la economía existente en su totalidad ¿Cómo emprender una lucha exitosa contra esta situación cuando todo pensamiento revolucionario es estigmatizado como "ilusión del derrumbe", ilusión que debe ser combatida con toda energía?

Hemos arribado aquí al punto capital que separa mi interpretación de la interpretación de nuestros "políticos realistas". No discrepamos en lo que toca a la comprobación del estancamiento, ni tampoco en el reconocimiento del hecho de que pertenece al pasado en el período de los avances acelerados a través de las luchas puramente económicas y que el centro de gravitación recae nuevamente en el terreno de lo político: lo que nos separa es nuestra concepción respectiva de la política, lo que de ella podemos esperar y de qué manera hemos de intervenir en ella.

Algunos de mis camaradas revisionistas, al discutir mi opúsculo *El camino del poder*, objetaron que, a través de mi punto de vista revolucionario, aparto a la socialdemocracia del "trabajo positivo", de que planteo como accesorios los trabajos en pequeño. Estos camaradas no han comprendido aún la gran obra del marxismo, la unificación del socialismo con el movimiento obrero, de la reforma con la revolución. Para ellos, la naturaleza del propio partido es aún más confusa que incluso para algunos de nuestros críticos burgueses. Así, por ejemplo, el periódico *Frankfurter Zeitug* [La gaceta de Francfurt] cita, en una polémica contra mi trabajo, una jeremiada del camarada Kolb en torno a mi "teoría catastrofista", la que supuestamente paralizaría a la socialdemocracia, que la tornaría inepta para cualquier acción práctica, culpándola del estancamiento en el que se encuentra momentáneamente el proletariad alemán. A esto observa el periódico burgués:

"Se afirma, y ello también se evidencia a través de esta cita, que una política del presente, tal como se exterioriza en la colaboración de proyectos legislativos y análogos, no puede conciliarse propiamente con las expectativas revolucionarias. Pero Kautsky es por demás razonable como para no reparar en una contradicción tan notoria, si ella se diera. De hecho resulta posible anhelar los pequeños progresos cotidianos para fortalecer posiciones y sostener con todo el punto de vista que lo principal sólo puede ser efectuado por una gran revolución. Hasta aquí Kautsky se muestra coherente. Pero existen otros puntos en los que la teoría marxista y la práctica so-

cialdemócrata, si verdaderamente pretende ser una práctica, no pueden conciliarse. La teoría exige que la socialdemocracia permanezca en una posición de aislamiento mientras que la práctica requiere todo lo contrario. La práctica sólo puede prosperar cuando el partido puede reclamar una cierta confianza; ¿pero cómo lograr que surja esta confianza hacia la socialdemocracia en los círculos burgueses más amplios, para colaborar políticamente con ella, si siempre vuelve a surgir aquella teoría según la cual los pequeños trabajos no son más que remiendos en un viejo pantalón, mientras que lo que se pretende son los nuevos ropajes que la revolución ha de traer? Los socialdemócratas más perspicaces hace tiempo que han reconocido esta contradicción, y se lamentan por ella, sin que hoy por hoy se modifique la situación. Esto, por cierto, es una pena, pues la socialdemocracia podría ser algo mejor que aquello para lo cual la prepara Kautsky"

Por cierto que debo declinar el cumplido según el cual yo soy quien convierte a la socialdemocracia en lo que es actualmente. Lamentablemente no soy uno de los autores del *Manifiesto Comunista*. Todos mis conocimientos provienen de, y los he adquirido a través de la socialdemocracia. Por consiguiente el crítico del periódico de Frankfurt, desde su punto de vista, debería afirmar más bien: Kautsky podría ser algo mejor de lo que es por obra de la socialdemocracia.

Pero en lo que acierta el periódico de Frankfurt es que el punto de vista revolucionario no excluye en absoluto un poderoso interés por el "trabajo positivo". Sin embargo, pone también de manifiesto la oposición que se da entre la postura de los socialdemócratas más perspicaces y mi propia postura, la cual no estaría en el hecho de que sólo yo percibo un estancamiento y no aquéllos, sino también en que aquéllos creen, supuestamente, que nuestro programa revolucionario, la conocida leyenda en torno a la "voracidad", constituye la causa del estancamiento, y que éste puede ser superado de inmediato para inaugurar una era de las más prósperas reformas políticas y sociales tan pronto ganemos la confianza de la burguesía, por cierto que a cambio de que renunciemos a emancipar al proletariado de la opresión del capitalismo. La contradicción de clases entre la burguesía y el proletariado no estaría fundada, según estos "socialdemócratas más perspicaces" lo mismo, que según los demócratas burgueses igualmente perspicaces, en las condiciones económicas, sino en el programa de la socialdemocracia. Según esto, no somos revolucionarios por el hecho de reconocer que la contradicción de clases entre el capital y el trabajo es inconciliable y que se ahonda cada vez más, sino que porque somos revolucionarios la contradicción de clases se hace cada vez más profunda. Y esto constituye la razón por la cual el proletariado no avanza, pues así se aísla, se debilita y se vuelve inepto para la lucha.

Es a esta concepción a la que me opongo en mi breve trabajo. Es contra ella que lucho pues siembra la desconfianza respecto del proletariado y la confianza en su peor enemigo, paraliza la lucha de clases y reprime en el proletariado el sentimiento de sus propias fuerzas, llevando a sus filas la inseguridad y la discordia. Por ello, por estas consideraciones eminentemente prácticas en torno a nuestro trabajo circunstancial, y no por alguna complacencia que pudiera sentir en fabulaciones y profecías fantásticas, es

Generated by CamScanner from intsig.com

que me he visto en la obligación de poner de manifiesto que el estancamiento momentáneo no es obra de nuestras teorías, sino de condiciones eminentemente reales, que conducen fatalmente a la revolución. Que son los trabajos prácticos, positivos, que llevamos adelante, y a través de los cuales fortalecemos al proletariado, y no nuestros discursos y escritos revolucionarios los que agudizan la contradicción de las clases burguesas frente al proletariado, aislándolo y acumulando también de ese modo obstáculos cada vez más poderosos en el camino de su avance. Pero que son precisamente las causas de este estancamiento las que contienen en sí los gérmenes de nuevas luchas violentas y extendidas, que estas luchas están próximas y que habrán de inaugurar una nueva época de acelerados progresos, no a través de un fortalecimiento de la confianza en el proletariado, sino a través del fortalecimiento de su capacidad de golpear y de la conciencia de su fuerza.

Se puede pensar que estas esperanzas son erradas, aunque para Bauer no es éste el caso. Al igual que yo, y de manera independiente, anunció, en una serie de conferencias, la inminencia de una época de revoluciones. Yo no creo, sin embargo, que sea posible percibir en estas convicciones algo que conduzca a mermar la "esperanza y la fuerza de acción, la pasión y el valor" en el proletariado. Por el contrario, nada podrá enaltecer más que la perspectiva de la revolución, y colmar de un contenido sublime y grandioso a nuestro trabajo cotidiano, despojándolo así con mayor certeza de la penosa monotonía que conlleva al actual estancamiento.